OLIVER PÖTZSCH

EL SEPULTURERO Y EL CRIMEN DE LA CRIPTA

Ocultismo, desapariciones y muerte en la Viena de 189[illegible]



Annotation

Viena, 1895. Durante una visita turística clandestina a la Cripta de San Esteban aparece el cuerpo de un hombre con el rostro deformado por el horror. En un momento en el que los fantasmas y el espiritismo se imponen como moda, el difunto se empeñaba en desenmascarar a los impostores que ganaban dinero estafando a la gente crédula. Leopold von Herzfeldt será el encargado de investigar el caso junto a la joven Julia, con quien mantiene una relación a espaldas del cuerpo de policía. Mientras, el sepulturero Augustin Rothmayer decide investigar la desaparecen tantos niños y qué tiene que ver un viejo cuento infantil prtagonizado por el Grajo Nocturno pensado para asustar a los más pequeños.

OLIVER PÖTZSCH

El sepulturero y el crimen de la cripta

El sepulturero Nº3

Traducción de Héctor Piquer Minguijón

PLANETA

Título Original: *Der Totengräber und der Mord in der Krypta*
Traductor: Piquer Minguijón, Héctor

Colección: Planeta Internacional
ISBN: 9788408292449
Generado con: QualityEbook v0.87

EL SEPULTURERO Y EL CRIMEN DE LA CRIPTA

OLIVER PÖTZSCH



A vosotros, estimados lectores y lectoras,
que me habéis seguido por los reinos de mi imaginación
durante más de quince años. ¡Gracias por vuestra fidelidad, vuestro aliento
y las incontables palabras amables
que me motivan cada día para crear nuevos mundos!

No hay nada más engañoso que un hecho evidente.

ARTHUR CONAN DOYLE



Personajes

Jefatura de la Policía de Viena

INSPECTOR LEOPOLD von Herzfeldt
Inspector Erich Loibl
Inspector jefe Paul Leinkirchner
Jefe superior de policía Moritz Stukart
Julia Wolf, fotógrafa forense

Cementerio Central de Viena

Augustin Rothmayer, sepulturero
Anna, niña huérfana

Participantes en las sesiones de espiritismo

Maria Vanotti, cantante de ópera
Claire Pauly, médium
Theodor Lichtenstein, médico y enemigo del espiritismo
Richard Landing, pianista
Siegfried Schneider, catedrático de Filología Clásica
Eleonore von Drasche-Wartinberg, esposa del Barón del Ladrillo
Barón Richard von Drasche-Wartinberg
Arthur Conan Doyle, novelista

Otros personajes

Eduard Hofmann, director del Instituto de Medicina Forense
Wilhelmine von Herzfeldt, madre de Leo
Harry Sommer, periodista del *Neues Wiener Journal*
Adelheid Rinsinger, casera de Leo
La Gorda Elli, propietaria del burdel Dragón Azul
Bruno, portero del Dragón Azul

Margarethe, amiga de Julia
Hermine Schuh, hija del barón Karl von Reichenbach
Profesor Franz Exner, yerno de Hermine Schuh
Ingrid Exner, hija de Hermine Schuh
Gustav von Meyerling, fotógrafo de espíritus
Adolf Becher, gerente del hotel-palacio del Cobenzl
Annegret Wildmoser, directora del orfanato
Niko el Impío y Krampus, celadores del orfanato

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Cabe suponer que existen fantasmas y espíritus desde que existen seres humanos.

Los antiguos griegos y romanos ya dan cuenta de almas desgraciadas que, al no hallar reposo en el reino de Hades, vagan envueltas en mortajas blancas. Suelen aparecerse en cementerios, sobre todo a la hora bruja, entre la medianoche y la una de la madrugada. Entre sus habilidades se incluyen la levitación ingrávida o la capacidad de atravesar paredes e, incluso, personas. En cualquier caso, su aspecto es terrorífico. Algunos de estos fantasmas pueden hablar, otros cambian de aspecto y su manifestación suele ir acompañada de una repentina sensación de frío. En libros antiguos también se habla de apariciones de animales espectrales sin cabeza o con tres patas.

A pesar de mi dilatada trayectoria profesional en el Cementerio Central de Viena, nunca se me ha aparecido ningún espíritu. Lo que sí he visto, sin embargo, han sido madres plañideras que no podían creer que su amado hijo tuviera que abandonarlas tan pronto; o gallardos maridos cuyos sollozos resonaban en el fondo de una fosa recién excavada. Pero también he visto a gente escupiendo sobre el ataúd, llena de desprecio por quien ha salido tan bien parado.

También se han dado casos en los que el muerto se ha llevado un secreto a la tumba para siempre.

Pero hay una cosa que me llama la atención cuando leo literatura especializada: con frecuencia, la aparición de un espíritu va acompañada de un crimen sin resolver, como un asesinato, por ejemplo. Solo cuando el incidente ha sido esclarecido; el asesino, encontrado, y el crimen, reparado, puede la pobre alma pasar a mejor vida.

De hecho, una vez me encontré con un caso así.

Prólogo

Viena, catedral de San Esteban,
noche del sábado 17 de agosto de 1895

El sacristán Josef Waldleitner abrió la puerta de la cripta y una brisa helada le rozó la cara. El aire olía a polvo, moho y podredumbre, y desprendía un hálito muy particular que quizá solo Waldleitner podía percibir. Era el olor de huesos antiquísimos en descomposición.

«El aroma de la muerte —pensó el anciano sacristán mientras volvía a guardarse el manojo de llaves oxidadas en el bolsillo—. Todos olemos así en algún momento.»

De allí descendía una empinada escalera de piedra con los peldaños gastados por las generaciones de clérigos que habían transitado por ella. A pesar de lo tarde que era, afuera, en la plaza de la catedral de San Esteban, todavía reinaba una temperatura canicular. Sin embargo, el anciano Waldleitner temblaba de frío y jugueteaba instintivamente con su raído hábito. Tenía la sensación de que las escaleras no solo conducían a un sótano, sino también a otra estación del año; a otro siglo, incluso. El sacristán se cruzó de brazos y se volvió hacia el pequeño grupo que esperaba impaciente tras él.

—Estimadas damas y caballeros, espero que una agradable brisa fresca no les cause ninguna molestia —dijo Waldleitner—. Si les sirve de consuelo, los muertos de ahí abajo llevan menos ropa que ustedes y no pasan frío.

El sacristán miró de reojo a dos jovencitas vestidas con ropa de verano de tela muy fina. Ambas estaban al lado de una señora con semblante amargado que debía de ser su madre y que lucía un sombrero de paja. Las jóvenes soltaron una risita burlona y se sonrojaron, a lo que el padre, que estaba detrás de ellas, golpeó enojado el suelo con su bastón.

—¡Pauline, Adelheid, comportaos! ¡Esto no es Wurstelprater! —las reprimió el caballero, quien, al igual que los demás, iba elegantemente vestido, con frac y sombrero de copa, y portaba en la mano una vela encendida cuya luz parpadeaba con la corriente que ascendía desde la cripta.

—¿A qué esperamos? —refunfuñó otro visitante, un joven universitario que, igual que su compañero, parecía llevar unas cuantas copas de más. Se apartó de la cara sudorosa la gorra de visera y dijo —: Karl y yo queremos ir después a alguna taberna para brindar por el guiñol de esqueletos.

El joven se colocó la mano delante de la boca y eructó, lo que hizo que la señora del sombrero de paja lo mirase con desprecio.

El sacristán Josef Waldleitner dejó escapar un suspiro. ¡Esos turistas se habían convertido en una verdadera plaga! Desde hacía algunas décadas era cada vez más frecuente verlos por las calles de Viena. A menudo eran alemanotes procedentes de Berlín o de Frankfurt, que llegaban haciéndose los bravucones y terminaban pidiendo manzanilla en los cafés porque se habían atiborrado de la pesada repostería austríaca. O bien asaltaban como hordas de hunos las tabernas de vino joven y exigían a la banda de músicos que interpretara una marcha prusiana. Pero lo cierto era que traían a la ciudad un dinero que muchos vieneses necesitaban con desesperación. La gran depresión económica todavía era reciente y la vida era cada vez más cara, también para un simple sacristán de la catedral de San Esteban.

Waldleitner cogió su linterna y descendió el primero de los resbaladizos peldaños de piedra.

—Síganme y guarden el debido respeto —exigió al pequeño grupo —. Y asegúrense de que sus velas no se apaguen, pues es fácil perderse por aquí. Nunca se sabe qué fantasmas pueden estar rondando por la noche.

—Hay mujeres que, incluso en vida, son como pálidos fantasmas plañideros —susurró el estudiante mirando a la taciturna señora del sombrero de paja. Los dos jóvenes se echaron a reír y empezaron a descender hacia la cripta detrás de la familia.

Mientras Waldleitner, con la linterna en la mano, encabezaba el grupo, se preguntaba, una vez más, si había sido un error volver a bajar a la cripta de San Esteban con otro puñado de turistas. Por la mañana, el cura de la catedral lo había mirado con recelo, como si sospechara algo. El sacristán había estado a punto de negarse cuando la familia de Frankfurt fue a su encuentro, pero entonces aparecieron también los dos universitarios berlineses y le ofrecieron una buena suma. Maldita sea, ¿sabía acaso el distinguido señor cura catedralicio la miserable paga que él, Waldleitner, percibía como simple sacristán? ¿Qué había de malo en querer sacarse un sobresueldo? Además, ¿a quién molestaba? A los muertos, seguro que no, pues ninguno de ellos había mostrado su descontento ni hablado de ver perturbada su paz eterna.

Entretanto llegaron a la galería del sótano, de la que partían a derecha e izquierda cámaras funerarias individuales de gran altura. Olía a humedad y el suelo de piedra estaba cubierto de una capa viscosa y resbaladiza. Waldleitner dirigió la luz hacia una de las cámaras e inmediatamente sonó un grito de sorpresa a sus espaldas. Era la mayor de las dos jovencitas.

—¡Ay! ¡Está lleno de calaveras! ¡Me están mirando, papá!

En efecto, debajo de un arco tapiado había apiladas varias hileras de cráneos que, a la luz de la linterna y las velas parpadeantes, parecían sonreír a los turistas. A un lado, alguien había levantado una alta torre de huesos que amenazaba con derrumbarse en cualquier momento.

El estudiante de la gorra de visera sonrió.

—¿Qué esperabas encontrar, pequeña? ¿Un fantasma vendiendo almendras tostadas? —se burló el joven que, con expresión aburrida, se volvió hacia Waldleitner y preguntó—: ¿Cuántos muertos hay en esta cripta?

—No lo sabemos con exactitud, pero probablemente haya más de diez mil —respondió el sacristán encogiéndose de hombros—. Podría haber muchos más, hace mucho tiempo tapiaron un gran número de cámaras. Nadie sabe qué se esconde detrás de estos muros.

El caballero del sombrero de copa dio un silbido entre dientes.

—Una ciudad debajo de la ciudad... ¡Extraordinario!

Waldleitner asintió:

—Antes había un cementerio alrededor de la catedral de San Esteban, pero, debido a las miasmas infecciosas, fue clausurado en tiempos del emperador José. Cuando llegó la peste negra, los muertos eran arrojados aquí por una rampa. —Hizo un gesto de invitación con la mano—. Síganme, por favor, ¡pero tengan cuidado! Esto está lleno de huesos...

De alguna parte llegó una brisa que hizo ondear el hábito de Waldleitner como si las manos de un muerto tirasen de él. El sacristán sabía que solo era producto de su imaginación: sus descensos a la cripta de San Esteban eran demasiado frecuentes como para que algo así lo amedrentara. Ayer mismo había guiado por las catacumbas a un grupo aún más numeroso, y también había tenido que aguantar a un sabidillo: cada vez que Waldleitner empezaba a explicar una de sus historias de fantasmas, el tipo intervenía con alguna pregunta estúpida. ¡¿A quién podían interesarle datos atmosféricos precisos o fechas exactas?! La gente iba allí a pasar miedo, y punto.

Waldleitner también aportaba su granito de arena a la hora de asustar, y lo hacía a cambio de la correspondiente propina, por supuesto.

Desde que las catacumbas habían sido cerradas unos cien años atrás, los sacristanes bajaban a ellas para guiar a visitantes dispuestos a pagar. No tenían permiso para hacerlo, pero la Iglesia siempre hacía la vista gorda. Lo importante era no meterse en la cripta del obispo, y mucho menos en la de los Habsburgo, la familia imperial. Pero a los curiosos no les entusiasmaba tanto el ataúd precintado de un príncipe como un cráneo macilento, un hueso cubierto de musgo o una historia

escalofriante. ¡Y de todo ello había allí en abundancia!

Antiguas leyendas hablaban de un hedor infernal que había atravesado el techo y ascendido hasta la plaza de la catedral. Corría también la voz de que en la sede obispal se oían suspiros y gritos de difuntos. Cuando las cámaras funerarias ya no dieron abasto, clérigos valientes y convictos que habían sido obligados descendieron para amontonar los huesos y hacer más sitio. Se decía que un preso había sido abandonado allí abajo por descuido. Su cuerpo fue encontrado mucho después, con la cara momificada en una mueca de grito mudo, como si cientos de fantasmas le hubieran estrechado la mano.

Entretanto, el grupo de visitantes había llegado a otra gran cámara. Waldleitner oyó un jadeo sobresaltado procedente de varias gargantas a sus espaldas, y asintió satisfecho con la cabeza. Ese lugar en concreto causaba siempre una fuerte impresión.

Cráneos y huesos yacían caóticamente amontonados. Había cadáveres que no se habían descompuesto del todo y se mantenían enteros gracias a los tendones resecos y la ropa enmohecida. Contra una pared cercana se apoyaba el cuerpo acartonado de una mujer envuelta en sucios harapos negros que en otro tiempo debieron de ser un lujoso vestido. A su cráneo se aferraban los retazos deshilachados de un velo bajo el cual se adivinaban los restos de un pelo desgreñado. De uno de los pies esqueléticos aún colgaba un zapato de cuero.

La mayor de las dos hermanas gritó horrorizada y se tapó la boca con la mano, mientras la menor miraba el cadáver momificado con indisimulada fascinación.

—¡Heinz Rüdiger! —gritó la mujer del sombrero—. ¡Esto es espantoso! No tendríamos que haber venido con las niñas.

—Tranquilízate, Mathilde —la apaciguó el marido llevándose un pañuelo a la boca—. Tampoco es para tanto. ¿O debo recordarte quién era la que tenía tantas ganas de entrar en la cripta? Si hubiera sido por mí, ahora estaríamos paseando por el parque Volksgarten y más tarde...

Se oyó otro grito, esta vez de la hermana más joven. Con dedos temblorosos, la niña señaló un rincón oscuro de la cámara donde había una silueta negra agazapada detrás de una pila de huesos.

—Ahí detrás, papá, mira —susurró—. ¿Es un... espíritu?

—¡Demonios! —exclamó uno de los estudiantes—. ¡Más luz, por el amor de Dios! Ahí hay..., hay algo de verdad...

Josef Waldleitner levantó la linterna y también pudo distinguir lo que había.

—Jesús, María y José... —dijo con un hilo de voz—, por todos los cielos...

Justo entonces, una corriente de aire recorrió el techo abovedado y apagó todas las velas. Era tal la oscuridad que Waldleitner sintió

como si hubiera descendido a las profundidades marinas.

Y se desencadenó el caos a su alrededor.

I

Delante de la Ópera de Viena, la misma noche

La Ópera de Viena brillaba con un tono amarillo cálido, igual que un ámbar de dimensiones colosales.

Desde la acera opuesta del Opernring, Julia veía cómo las luces centelleaban, fulguraban y resplandecían a través de las ventanas del enorme edificio. Por la ancha avenida de circunvalación transitaba un flujo interminable de fiacres que se detenían y escupían su preciosa carga: damas con vestidos henchidos y largos hasta los tobillos, coronadas con atrevidos sombreros y temerarios tocados, y hombres con frac y sombrero de copa, unos con bastones y otros con sedosos pañuelos de cuello. También había matronas entradas en años, ataviadas con collares de perlas y alhajas de oro, arrastrando tras de sí a sus frágiles maridos. Todos se congregaban esa noche de sábado en el pórtico de la Ópera, donde, al llegar, se saludaban haciendo inclinaciones y reverencias y besándose las manos. Una comunidad muy unida que acudía a su cita semanal.

Julia no vio a ningún niño. Pensó entonces en las exhaustas y explotadas institutrices y amas de cría que probablemente estaban cantando una nana a los mimados vástagos para que se durmieran. No pudo evitar sonreír. A Sisi, la hija de Julia, también la estaban acostando, pero por una panda de prostitutas pintarrajeadas con colorete y un portero con cara de matón y grande como un armario ropero que estaba dispuesto a satisfacer cualquier capricho que saliera de la boca de la pequeña. ¿Qué tendrían que decir al respecto todos esos distinguidos miembros de la alta sociedad? Julia respiró hondo y cruzó el Ring con paso lento y ampuloso, la barbilla levantada y desprendiendo tal elegancia que los cocheros aminoraban la marcha, embobados a su paso.

—¡Aquí un humilde servidor, bella dama! —la piropeó uno de ellos levantándose el bombín—. ¿Adónde va tan sola?

—A la Ópera —respondió Julia hablando más para sí misma—. Voy a la Ópera de Viena.

Todavía no podía creer que estuviera a punto de entrar en ese símbolo de la ciudad, el edificio más importante del Ring, que incluso disponía de electricidad desde hacía ya varios años. Era casi imposible conseguir una butaca para la Ópera de Viena, pues la mayoría de las entradas se repartían entre los asiduos adinerados; en todo caso se podía encontrar alguna localidad de pie en las últimas filas, pero

incluso estas eran escandalosamente caras. Sin embargo, Leo había echado mano de sus contactos. Las entradas del palco eran su regalo de cumpleaños para ella. Julia se sentía halagada de que a Leo no se le hubiera olvidado la fecha, aunque en un primer momento ella se hizo un poco de rogar. No le gustaba que le hiciera grandes regalos, pues siempre había tenido muy claro que Leo y ella venían de mundos muy distintos: él, de la aristocracia, y ella, de lo más bajo. ¿Cómo podía funcionar esa relación?

Habían atravesado numerosos altibajos desde su primer encuentro dos años atrás en la Jefatura de Policía de Viena, pero en los últimos meses se habían reencontrado con más asiduidad. La función de esta noche, justo el día de su cumpleaños, era muy especial para Julia. Desde pequeña había soñado con visitar el famoso Teatro de la Ópera de Viena. Ahora, por fin, su sueño iba a hacerse realidad.

Entretanto ya había llegado a la fuente de mármol que habían elegido como punto de encuentro, a la izquierda de la entrada principal. Julia miró a su alrededor en busca de Leo, que, fiel a su costumbre de acudir a las citas en el último minuto, tampoco esta vez había aparecido todavía. Esperó junto al surtidor borboteante, tratando de aparentar que un vestido de noche azul oscuro y un sombrero con flores de seda era la cosa más normal del mundo para la joven hija de un humilde herrero de la remota región del Innviertel.

Julia notaba satisfecha las miradas envidiosas de algunas asistentes a la función. Estaba radiante, y lo sabía. Iba maquillada con sutileza, con su melena castaña recogida, y llevaba además un pequeño bolso y zapatos de tacón alto. ¡Como si esas damas tan supuestamente distinguidas se pasearan cada día luciendo esos modelos! Había pedido prestada la ropa a la Gorda Elli, la propietaria del Dragón Azul, el burdel en el que Julia seguía viviendo con su hija de cuatro años. El fondo de armario del prostíbulo contenía prendas valiosísimas; algunas eran regalos de los clientes a las chicas, pero la Gorda Elli las conservaba en su poder en concepto de alquiler de habitación.

Sonó un melodioso gong y entraron los primeros espectadores, pero no muchos. Era una calurosa noche de verano y algunos asistentes esperaron un poco más delante del Teatro de la Ópera. Julia pensó por un momento en encenderse un cigarrillo, pero no habría sido lo más adecuado. Las damas distinguidas del distrito primero no fumaban, eso era algo propio de las fulanas de los suburbios, de Ottakring o Neulerchenfeld, en el distrito decimosexto, donde Elli tenía su burdel.

Julia miraba nerviosa a su alrededor. ¿Dónde se habría metido Leo? Si la dejaba plantada precisamente hoy, que era su cumpleaños... No quería ni imaginarse lo decepcionada que se sentiría. Pero justo

entonces lo vio aparecer. Había saltado de uno de los fiacres estacionados cerca de la puerta de acceso y corría hacia ella agitando las entradas con la mano. Vestido, como tantas otras veces, con su frac negro recién planchado, camisa blanca inmaculada y su rígido sombrero Homburg, parecía un joven aristócrata, justo lo que en realidad era. Esbozó una tímida sonrisa, casi de colegial.

—Por poco me dejo las entradas en la pensión.

—Y me temo que algo más —replicó Julia con sorna.

—De eso, nada —dijo Leo sacándose una rosa de debajo del frac y entregándosela con una elegante reverencia—. Feliz cumpleaños, señorita Wolf. ¡Y por muchos más años felices juntos!

—Gracias, muy considerado de tu parte. —Julia no pudo disimular una sonrisa y sintió que se ruborizaba. Como siempre, Leo hablaba un alemán central puro, circunstancia que a menudo le hacía ganarse la antipatía de los vieneses—. Lo que dudo que encontremos en la ópera es un jarrón para poner la rosa en agua.

—Podemos meterla en una copa vacía. He pedido que nos traigan champán y canapés al palco en el entreacto.

Julia puso los ojos en blanco.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan fanfarrón, Leo?

—Bueno, qué menos que una botella de champán cuando la Reina de la Noche es la mismísima Vanotti. Dicen que su voz hace estallar las copas. —Leo suspiró teatralmente—. ¡Si no estuviera contigo, caería rendido a sus encantos!

—La Vanotti es una ballena —se burló Julia—, solo que sabe disimularlo muy bien con esa ropa tan holgada.

—Una ballena que canta como los ángeles. Es una de las mejores sopranos de nuestro tiempo —replicó Leo, y le guiñó un ojo a Julia—. Sin embargo, reconozco que prefiero tu voz. Sin público, a ser posible. Y sin ropa.

Julia cantaba de vez en cuando en La Caverna, un bar de Neulerchenfeld que formaba parte del burdel de Elli. Había llegado a Viena hacía muchos años para convertirse en cantante, pero las circunstancias de la vida, que incluían una hija ilegítima, se habían interpuesto en ese camino.

—Va, entremos —dijo Julia tendiéndole el brazo—. Me encanta notar en la espalda las miradas de esas señoronas celosas cuando Julieta, de la mano de su Romeo, sube la gran escalinata de la Ópera. Solo espero que no se me rompa el vestido si respiro demasiado hondo, eso sería…

Se interrumpió en medio de la frase y Leo la miró asombrado.

—¿Qué pasa?

Julia hizo un leve movimiento con la cabeza y murmuró casi en silencio:

—Allí arriba, junto a la columna de la izquierda. ¿Lo ves?

Leo miró y dio un sutil resoplido.

—¡Lo que me faltaba! No sabía que al jefe le gustara la ópera.

En efecto, allí estaba el jefe superior de policía Moritz Stukart. Como siempre, iba impecablemente vestido, con un chaleco muy ceñido, cuello de pajarita y el pelo engominado con la raya a un lado. Sobre el puente de la nariz llevaba sujetos unos quevedos a través de los cuales observaba con atención a todos y cada uno de los asistentes a la función.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Leo a Julia en voz baja—. Agacha la cabeza, ¡rápido!

Demasiado tarde. Stukart ya los había visto. El jefe superior de policía levantó el dedo índice al tiempo que enarcaba una ceja, lo que Julia interpretó como una clara invitación a acercarse a él.

—¡Maldita sea! ¿Y ahora qué le decimos? —mascculló ella entre dientes—. No parece que estemos precisamente en una misión.

Leo y Julia trabajaban en la Jefatura de Policía de Viena. Él era inspector jefe en la llamada Oficina de Seguridad y ella fotógrafa forense en escenarios del crimen. Leo le había conseguido el puesto después de su primer caso y, con el tiempo, Julia había logrado que el resto de los compañeros masculinos llegaran a aceptarla. Sin embargo, los líos amorosos entre empleados estaban prohibidos. La relación entre Leo y Julia era, por lo tanto, secreta. Pero los más próximos en la Jefatura seguro que sospechaban algo.

—Inspector Von Herzfeldt —saludó Stukart cuando por fin estuvieron ante él. Alzó su sombrero—. Celebro muchísimo haberlo encontrado.

Hasta ese momento no le había dirigido ninguna mirada a Julia.

—El placer es mío, jefe superior. —Leo le devolvió el saludo con una leve inclinación—. ¿También le gusta la ópera? ¡Qué bien! Desconocía esta afición suya, sobre todo teniendo en cuenta que en *La flauta mágica* no hay grandes muertes, ni un solo asesinato. Solo un viejo dragón.

—Bueno, digamos que me identifico con nuestro emperador —aclaró Stukart—. Él utiliza su reservado de la ópera más bien para reuniones.

—¿Una reunión…? —Leo frunció el entrecejo y carraspeó—. Tal vez no lo sepa, jefe superior, pero esta es mi noche libre. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Me lo ha dicho su casera, la he llamado por teléfono antes de venir —explicó Stukart esbozando una sonrisa—. ¡Celebro que tenga conexión telefónica en su domicilio, Herzfeldt! Es extraordinariamente útil cuando se presenta una emergencia. Sueño con que un día habrá pequeños aparatos telefónicos portátiles que mis inspectores llevarán

siempre encima, pero supongo que todavía falta mucho para eso.

—¡Una emergencia? Yo..., no entiendo... —balbuceó Leo—. Leinkirchner está de servicio. ¿Por qué no...?

—Mire, mejor se lo explico todo en el fiacre y así no perdemos tiempo. Y como da la casualidad de que la señorita Wolf está aquí —la mirada de Stukart se posó por primera vez sobre Julia, y su ceja, peluda como una oruga, dio un respingo—, también tengo una misión para usted. Diríjase a la Jefatura a toda prisa y coja su equipo fotográfico. Tome un fiacre por cuenta de la policía. Luego nos reuniremos todos en la cripta de la catedral de San Esteban, en el acceso exterior de la capilla de la Santa Cruz. Y les ruego la máxima discreción.

—¿En la cripta? —preguntó Leo—. Pero...

—Se trata de un asunto delicado, necesito a alguien con un poco de tacto, alguien como usted, Herzfeldt. ¡En marcha! Mi coche de oficial espera en la entrada.

Julia se había quedado tan perpleja y decepcionada que no era capaz de articular palabra. Sabía que Stukart los tenía a ambos en un puño. Ir a la ópera con un inspector, y encima siendo su subordinada, bastaba para recibir una sanción administrativa, incluso podía ser motivo de despido. Pero tanto más sorprendida quedó cuando la voz de Stukart adquirió un repentino tono cálido al dirigirse a ella.

—Oh, señorita Wolf. Hace poco revisé su expediente. Quizá sepa que los números son mi debilidad. Por ello, antes de que se me olvide... —se inclinó e hizo el gesto de besarle la mano—, le deseo un feliz cumpleaños, en mi nombre y en el de la Jefatura de Policía de Viena.

La puerta del coche de caballos se cerró de golpe y las ruedas retumbaron sobre los adoquines de la avenida del Ring. Durante un buen rato, los dos hombres permanecieron callados cara a cara. Stukart contemplaba pensativo el cielo nocturno a través de la ventanilla. Al cabo, Leo estalló:

—¿Sabe lo que me han costado las entradas para la ópera? ¡Eran de palco!

—Por lo que sé, cincuenta y seis coronas por dos asientos de palco en tercera fila —respondió Stukart encogiéndose de hombros—. En mi opinión, excesivamente caras, incluso si las compró a precio de ganga a la secretaria del director general de la Policía.

Leo tragó saliva. Una de las cualidades más sobresalientes de Stukart era la de estar siempre muy bien informado, si bien en esta ocasión no había incluido en su cálculo el ramo de flores ni el montón de zalamerías que Leo había invertido en la secretaria.

—No es por el dinero —dijo con evasivas—. Es más bien el valor... sentimental.

Leo intentaba disimular su enojo. El hecho de que su superior lo hubiera pillado justo antes de entrar en la ópera era más que fastidioso. Había estado esperando con mucha ilusión esa velada con Julia y Maria Vanotti, la soprano italiana aclamada en toda Europa. A Leo le encantaba la ópera, y *La flauta mágica* era la primera a la que había asistido con su madre en Graz. Pero, por encima de cualquier ópera, Leo amaba a Julia. Solo podía esperar que Stukart no utilizara contra él esa salida juntos.

—¡Pero, por favor! ¡Si *La flauta mágica* es una obra infantil! —objetó Stukart—. Además, seguro que puede cambiar las entradas o acudir a otra función. Hablaré con el director general de la Policía; tiene un palco privado que casi nunca utiliza.

—¡Es mi día libre! —volvió a protestar Leo—. Sigo sin entender por qué el compañero Leinkirchner no puede...

—¡Deje de quejarse, por Dios! Espere a que le cuente lo sucedido, estoy seguro de que lo entenderá. —Stukart respiró hondo y continuó en voz baja—: ¿Le suena el nombre de Theodor Lichtenstein?

—Lichtenstein, mmm... —Leo se encogió de hombros—. La verdad es que no. ¿Debería?

—Como persona abierta a los nuevos métodos de la criminalística moderna, Herzfeldt —replicó Stukart decepcionado—, debería usted conocer al doctor Lichtenstein. Theodor Lichtenstein es un médico y psicólogo de renombre en el nuevo campo de la criminalística. O, mejor dicho, lo era. Hace una hora ha sido encontrado muerto en la cripta de San Esteban. Los documentos de identidad hallados en su traje y la descripción de la víctima no dejan lugar a dudas.

—Probablemente asesinado —intervino Leo—; de lo contrario, no habría venido a buscarme a la ópera.

—Eso... aún no está del todo claro —apuntó Stukart vacilante—. Bueno, hay ciertos indicios de asesinato...

—¿Indicios de asesinato? ¿A qué se refiere?

El jefe superior de policía suspiró.

—Mire, yo también me he enterado del caso por casualidad. Estaba en mi despacho cuando recibimos una llamada de un guardia del distrito primero. De momento, todo apunta a un infarto, pero la llamada estuvo motivada por... circunstancias especiales. El cuerpo ha sido descubierto por un grupo de visitantes en la cripta de San Esteban. Lo cierto es que está prohibido entrar allí, pero por lo visto el sacristán la utilizaba para sacarse un sobresueldo... —Stukart se encogió de hombros—. En cualquier caso, reinó el caos. Una corriente de aire apagó las velas, uno de los visitantes perdió el conocimiento durante un breve espacio de tiempo, la gente creía haber visto un fantasma...

—Pues ahí tiene la explicación —arguyó Leo—. Por lo que he

oído, en la cripta de San Esteban se amontonan grandes cantidades de esqueletos y calaveras. Un ruido perturbador, una montaña de huesos que empieza a desprenderse... Es normal que alguien pueda sufrir un infarto.

Stukart negó con la cabeza.

—¡El doctor Lichtenstein gozaba de una salud de hierro! Con cincuenta años, todavía era miembro del Club de Remo del Danubio, era vegetariano y nunca bebía más de un vaso de oporto por la noche. Ni un montón de huesos podría trastornarlo, ¡y menos aún siendo médico!

—Con su permiso, jefe superior, ¿cómo sabe todo esto?

—Pues porque... —Stukart dejó escapar otro suspiro y volvió a mirar a través de la ventana hacia el cielo oscuro, como si allí fuera a encontrar una respuesta. Respiró hondo y dijo—: Porque jugábamos al ajedrez una vez a la semana, por eso lo sé. Theodor Lichtenstein era uno de mis mejores y más viejos amigos. Nos conocíamos desde la época del colegio.

Leo guardó silencio durante un rato mientras el coche se dirigía hacia la catedral de San Esteban. El relincho de los caballos y el chasquido de los látigos sonaban en el exterior.

—Entiendo —dijo por fin—. Mis condolencias. —Además, creyó comprender por qué Stukart lo había puesto a él en el caso y no a su compañero Leinkirchner. Carraspeó y preguntó—: ¿Acierto al suponer que el doctor Lichtenstein era judío?

Stukart asintió con la cabeza. Su silencio era para Leo más elocuente que cualquier palabra. En la Jefatura de Policía, la hostilidad hacia los judíos estaba tan extendida como entre el resto de la población vienesa, quizá incluso más. El inspector jefe Leinkirchner, superior inmediato de Leo, era considerado un antisemita especialmente contumaz. En más de una ocasión se había enfrentado por ello con Leo, que tenía raíces judías. Stukart también venía de una familia judía, pero los pocos que lo sabían tampoco se atrevían a divulgarlo a los cuatro vientos. El jefe superior no había llegado a lo más alto de la Oficina de Seguridad de Viena gracias a su simpatía y su trato afable, sino porque era el mejor en muchas cosas, incluida la de acordarse de sus enemigos y vengarse en el momento oportuno.

—Nunca pensé que tendría que decírselo algún día, Herzfeldt —habló por fin Stukart mientras el fiacre con la capota cerrada atravesaba la Stephansplatz—, pero los judíos debemos permanecer unidos. Nadie tiene por qué enterarse de que no puedo ser imparcial en este asunto, así que me mantendré al margen de la investigación en la medida de lo posible. Pero me gustaría resolverlo.

—Aunque su amigo estuviera rebosante de salud, su corazón podría haberse parado de repente —objetó Leo—, ocurre más a

menudo de lo que pensamos. Por lo tanto, supongo que debe de haber otro motivo que le haga pensar que no ha sido un accidente. ¿Me equivoco, jefe superior?

Stukart asintió con la cabeza.

—No se equivoca.

El carruaje se detuvo y Leo vio a través de las cortinillas la silueta negra de la catedral de San Esteban. En la plaza todavía quedaban muchos noctámbulos, algunos estaban sentados en las terrazas de los cafés bajo la luz de las farolas de gas.

Stukart se asomó por la portezuela y gritó al cochero que estaba sentado en el pescante:

—¡Pare un momento! El señor se apea aquí. —Se incorporó en su asiento y dijo en voz baja—: Mi amigo Theo era un poco..., bueno, un poco especial. Sabe usted lo que son las sesiones de espiritismo, ¿verdad?

—¿Se refiere a esas reuniones donde los participantes se sientan alrededor de una mesa e invocan al espíritu de su bisabuelo fallecido? —respondió Leo con tono sarcástico.

Las sesiones de espiritismo eran cada vez más populares en Viena, sobre todo como entretenimiento nocturno entre miembros de la alta sociedad. Leo consideraba que esas invocaciones eran una pura estupidez y, en el peor de los casos, incluso una estafa. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Su amigo era espiritista?

—No, por Dios. ¡Todo lo contrario! Theo se había propuesto poner al descubierto esa patraña, y lo hacía acudiendo de incógnito a las sesiones espiritistas y destapando el engaño. ¡Se han armado verdaderos escándalos! El sábado pasado volvió a ocurrir. Incluso los periódicos hablaron de ello, pero solo en las columnas de cotilleos. Quizá por eso no se haya enterado —precisó Stukart sonriendo por lo bajo antes de retomar el tono grave—. Poco después de esa sesión y de la publicación del artículo en el periódico, Theo vino a mi casa. Estaba muy afectado. Mientras jugábamos al ajedrez, me habló de la última sesión espiritista y comentó que se sentía amenazado. Cuando le pregunté por qué, guardó un silencio sepulcral. No volvimos a hablar de ello, por desgracia.

Leo dio un resoplido.

—Y ahora su amigo yace muerto ahí abajo, en la cripta de San Esteban. Seguro que el escándalo en la prensa ha puesto en su contra a alguno de esos espiritistas chiflados.

—Sobre todo porque estaba escribiendo un tratado contra el espiritismo —dijo Stukart—. Conociendo a Theo, seguro que iba a ser una diatriba ferocísima.

Leo asintió pensativo.

—Entonces, puede que exista un móvil para el asesinato. ¿Dónde tuvo lugar la última sesión a la que asistió?

—Verá, eso hace que el caso sea algo delicado. —Stukart se aclaró la garganta—. La sesión tuvo lugar en la vivienda de Maria Vanotti, aquí, en el distrito primero.

—¿Vanotti? —Leo enmudeció por un momento—. ¿No se referirá a la diva de la ópera? —consiguió decir al fin.

—La misma —asintió el jefe superior—. Parece que, después de todo, va a tener su función, Herzfeldt. Y, por si fuera poco, una función privada, en primera fila.

Stukart golpeó en el cubículo del carruaje y el cochero abrió la portezuela.

—Manténgame informado del caso —dijo Stukart volviéndose hacia Leo—. ¡Y ninguna palabra de que sigue órdenes mías! De lo contrario, se habrá armado la gran conspiración judía. Ya sabe a lo que me refiero. ¡Buena suerte, Herzfeldt!

Leo estaba a punto de salir, pero el jefe superior lo retuvo una vez más.

—Una mano lava la otra, y ambas, la cara —dijo Stukart en voz baja—. Usted esclarece el caso y yo haré como que no he visto a la señorita Wolf en la ópera. Y en la Jefatura también haré la vista gorda. Por lo demás, creo que hacen buena pareja, no solo profesionalmente. *Mazel Tov*!

Dicho esto, Stukart cerró la portezuela, el carruaje partió y Leo se quedó solo frente a la inmensa catedral de San Esteban, cuya silueta oscura se perfilaba entre las numerosas farolas de gas de la plaza.

La entrada de la capilla de la Santa Cruz estaba situada en la esquina noroeste del templo. Frente a ella se había congregado un corrillo de personas iluminado por una solitaria lámpara de queroseno que sostenía un guardia con mostacho. Al acercarse, Leo oyó un llanto infantil. Una dama con un elegante sombrero consolaba a una adolescente, a la que acompañaban también su padre y una muchacha más joven, así como un hombre mayor con una larga túnica negra, presumiblemente el sacristán. Todos tenían la tez pálida y las criaturas temblaban a pesar del calor y el bochorno reinantes incluso a esas horas de la noche. La ropa de la familia estaba manchada y tenía restos de telarañas. Cuando Leo se alzó el Homburg para saludar, se dio cuenta de que el frac de ópera y la pajarita no eran el atuendo más apropiado para un inspector de policía.

El guardia lo miró desconcertado.

—¿Usted es...? —inquirió titubeante.

—Inspector Leopold von Herzfeldt. Buenas noches, caballeros —comenzó Leo sin rodeos—. Y no, este no es el nuevo uniforme de la policía de Viena, vengo de la ópera. Gracias por la espera.

Trató de reprimir la consternación por lo que el comisario acababa de contarle. ¡La Vanotti, espiritista! ¡E implicada en un posible caso de asesinato! Si los periódicos se enteraban, el revuelo en las cafeterías a la mañana siguiente sería mayúsculo.

Intentó concentrarse de lleno en el interrogatorio que tenía por delante.

—¡Inspector, por fin! —exclamó la dama apretando a su llorosa hija contra la pechera—. ¿Se da cuenta de que nos están pidiendo demasiado? Primero, ese horripilante... hallazgo. Y ahora, este grosero gendarme no nos deja volver a casa. Llevamos más de una hora esperando mientras *otros* lo están pasando bien en la ópera —añadió, lanzando una mirada enfurecida al frac de Leo—. Nuestras niñas nunca podrán olvidar lo que han visto esta noche, y probablemente yo tampoco... —Con las manos temblorosas, sacó un frasquito de sales de amoníaco y aspiró de él—. Era como si..., como si ese pobre hombre muerto me estuviera mirando..., como si fuera un espíritu... —Se volvió hacia su marido y, con la voz entrecortada, le gritó—: ¡Di algo, Heinz Rüdiger!

—¡Esto es una retención ilegal! —rezongó el marido.

—Yo lo llamaría interrogatorio de testigos —respondió Leo cansado. Tampoco estaba muy convencido de que el interrogatorio sirviera de mucho—. ¿Ha tomado los datos personales de esta familia? —preguntó al guardia.

El gendarme mostachudo se llevó la mano al casco.

—¡Sí, señor inspector! —Esbozó una sonrisa y añadió—: Incluidos los de esos universitarios de allí, que, con su permiso, no parecen andar muy finos. Ya han vomitado dos veces.

Leo miró a los dos jóvenes de rostro lívido que estaban apoyados en una lápida de la catedral. Era evidente que habían bebido más de la cuenta, pero también era muy posible que su estado se debiera a lo que acababan de presenciar en la cripta.

—Entonces, acabemos con esto cuanto antes —dijo Leo sacando la pequeña libreta que siempre llevaba consigo—. Todos queremos irnos a la cama.

Hizo unas preguntas rutinarias y tomó algunas notas. Luego dejó marchar a la familia de Frankfurt y a los universitarios, que se fueron visiblemente aliviados. Por último, se dirigió al sacristán.

—Usted se va a quedar un rato más.

El empleado eclesiástico acató la orden con resignación, consciente de que no se iba a librar con tanta facilidad como los demás.

El inspector sacó su reloj de bolsillo.

—Estoy esperando a una persona, la fotógrafa forense. Debe de estar al caer.

—Fotografía forense, vaya, vaya —comentó el guardia sacudiendo la cabeza—. Antes no hacía falta tanta parafernalia. Y encima, ¡una mujer! Además, ya he inspeccionado el lugar del crimen. El panorama no es precisamente agradable ahí abajo, pero, si me lo pregunta, señor inspector…

—No le he preguntado nada —replicó Leo—. Deje que los expertos nos encarguemos del caso, y ello incluye a la señorita fotógrafa forense.

El guardia se enervó. Estaba a punto de responder, cuando un coche de dos caballos de color negro entró en la Stephansplatz.

—Ahí llega —dijo Leo aliviado.

Julia se bajó del carruaje cargada con un pesado maletín y un trípode. Todavía llevaba puesto el vestido azul oscuro de la ópera, pero en la Jefatura del Schottenring se había cambiado los zapatos de tacón alto por otros más cómodos.

Leo fue a su encuentro con una sonrisa forzada.

—Señorita, está usted tan radiante como siempre. ¿Me permite que le lleve su bolso de noche?

—Cierra el pico —dijo Julia en voz baja—. Sé que no es culpa tuya, pero ahora mismo no estoy para bromas. ¡Me había imaginado una velada muy distinta!

—Yo también, te lo aseguro. Al menos, el caso es tan emocionante o más que el *Don Giovanni* de Mozart. Atiende…

Con pocas palabras, Leo le puso al corriente de los detalles.

—En mi opinión, todo parece un poco rebuscado —dijo al fin Julia—. Tenía al jefe superior Stukart por una persona más razonable, por muy amigo suyo que fuera la víctima. ¿Qué crees que es más probable en el caso de una persona mayor y respetable? ¿Un asesinato o un ataque al corazón?

—Mira, si hacemos nuestro trabajo, Stukart hará la vista gorda en lo que a nosotros dos se refiere —respondió Leo encogiéndose de hombros. Señaló entonces la capilla situada detrás de ellos, donde esperaban el sacristán y el guardia—. Va, si nos damos prisa quizá tengamos tiempo de pedir una jarrita de vino en la Stephansplatz, ya que estamos aquí.

Acompañados por el sacristán, accedieron a la entrada de la cripta. Leo hizo un gesto al guardia con la cabeza y le dijo:

—Quédese fuera y vigile el acceso. Nadie puede entrar aquí, ¿me ha oído?

—¡A sus órdenes, inspector! —acató el gendarme dando un obediente taconazo.

Mientras bajaba las escaleras, Leo se alegró de llevar puesto el abrigo. ¡Era increíble el frío que podía hacer en una cripta! Se subió las solapas del cuello y, con el pesado maletín de Julia en la mano,

trató de no patinar sobre los resbaladizos escalones. El sacristán había tomado prestada la lámpara de queroseno del guardia, pero esta iluminaba mal las catacumbas. La luz no dejaba entrever más que un montón de pálidos huesos y cráneos.

—¿Decía usted que conocía a la víctima de otra visita guiada? —preguntó Leo al eclesiástico mientras avanzaban de una cámara a otra. Su voz resonaba en los muros de piedra.

—Pues sí —respondió afligido el sacristán—. Había venido con el grupo que llevé a la cripta ayer por la noche. Nadie ha bajado aquí desde entonces.

—¿Y al volver no se dio cuenta de que faltaba uno?

—Era un grupo muy numeroso, no me fijé demasiado. Además, tenía prisa. Si alguien nos hubiera visto salir de aquí...

—Se metería en un buen lío, claro —asintió Leo—. Pues bien, ahora sí que está metido de lleno. Y en un lío muy gordo, esta vez.

—Yo... no quería ningún mal a nadie —se lamentó el sacristán—. ¿A quién le importa si la gente viene a pasar miedo? Bueno, tal vez no tendríamos que contribuir necesariamente a asustarlos, ¡pero es lo que la gente busca! Supongo que esas nuevas novelas de terror tienen algo que ver. Fantasmas, vampiros, monjes negros...

—¿A qué se refiere con contribuir? —quiso saber Julia, que cargaba con el trípode al hombro. Vestida de noche en aquella cripta, a Leo le recordó al fantasma de una dama de otros tiempos.

—Bueno..., pues... —balbuceó el sacristán—. De vez en cuando los turistas te ofrecen alguna propina para que asustes a sus amigotes o compañeros de trabajo. Entonces le pido a un compinche que se esconda detrás de las osamentas y que aúlle y gima un poco. A veces le pido que se cubra con una túnica blanca.

—¿Se dedican a jugar a los fantasmas aquí abajo? —preguntó Leo perplejo.

—¡Es solo una broma! —se lamentó el sacristán—. ¡No hacemos daño a nadie y a la gente le divierte! Además, ¿sabe lo que gano aquí, inspector? Con mi sueldo apenas puedo comprar carbón en invierno. ¡No se chive al obispado, se lo ruego!

—Entonces, ¿ayer y hoy ha habido baile de disfraces por aquí? —preguntó Leo haciendo caso omiso de los ruegos del viejo servidor eclesiástico. Se quedó pensativo. Si el doctor Lichtenstein había muerto de un infarto, el desencadenante podría haber sido un fantasma terrorífico.

—¡No, por mi honor! —respondió el sacristán—. Solo lo hacemos en contadas ocasiones, y solo si nos lo piden. Además, no creo que la broma hubiera dado resultado con el malogrado caballero.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Julia, que, con visible aversión, andaba a tientas junto a algunos cadáveres momificados que yacían

entremezclados como muñecos.

—Bueno, parecía una persona muy escéptica. No paraba de hacer preguntas, quería saberlo todo al detalle. Si le soy sincero, era un verdadero pelmazo; pero no está bien hablar mal de los muertos... Por cierto, ahí está.

El sacristán elevó la lámpara de queroseno y señaló un rincón. Leo entornó los ojos y distinguió un cuerpo sin vida que yacía detrás de un montón de huesos y cráneos macilentos. Reparó en un sombrero de copa que sin duda se había desprendido de la cabeza del muerto.

—¿Ha tocado algo? —le preguntó al sacristán.

El hombre sacudió la cabeza.

—Ni un hueso, ¡lo juro!

Mientras Julia preparaba la cámara y el trípode, Leo se abrió paso entre los escombros y las osamentas enmohecidas. El cadáver yacía en el lado opuesto de la estancia. Llevaba un traje negro con alguna mancha, una pequeña perilla y aparentaba unos cincuenta años. Las gafas se le habían desplazado a un lado y le colgaban de una oreja por una varilla. Tenía la mirada sin vida clavada en la oscuridad y la boca abierta lanzando un grito mudo de terror.

«Como si hubiera visto un fantasma de verdad», pensó Leo en un primer momento, pero borró la idea rápidamente de su cabeza. El tétrico entorno le estaba haciendo empezar a creer en fantasmas.

El inspector trató de imaginar la partida de ajedrez de hacía unos días entre Theodor Lichtenstein y el jefe superior Stukart. El doctor había comentado que recibía amenazas. Pero ¿de quién? ¿Y por qué? Pensativo, Leo palpó los rígidos brazos del cadáver. El *rigor mortis* aún no había remitido y el viejo sombrero de copa yacía en el suelo a un metro de distancia.

—¿A qué hora fue la visita guiada de ayer? —preguntó Leo volviéndose hacia el sacristán que, desconcertado, mantenía una cierta distancia.

—Más o menos como siempre, sobre las ocho de la tarde. Aquí abajo estuvimos quizá una hora. En esta cámara entramos al final. Siempre la dejo para el último momento porque... bueno, porque es especialmente terrorífica.

—¿Y lleva a los visitantes hasta este rincón? —quiso saber Leo.

—No, el hombre debió de llegar hasta aquí por iniciativa propia. Yo no lo habría permitido. ¡Nunca nos apartamos de los caminos marcados! Como le he dicho, era un caballero muy curioso. Tuvo que llegar hasta aquí después de que yo volviera con el grupo. Puede que buscara algo.

—Quizá a algún payaso cubierto con una sábana. —Leo olfateó—. Huele como a humo de puro, ¿verdad?

El viejo sacristán asintió.

—Ahora me acuerdo. El hombre estuvo fumando aquí abajo. Le dije que no lo hiciera, porque luego no es fácil limpiar esto de humo. Guardó el puro, pero es posible que volviera a sacarlo más tarde.

—Mmm... —Leo olisqueó de nuevo. El traje del cadáver olía a humo frío. Era evidente que el doctor Lichtenstein había sido un fumador empedernido. Sin embargo, había algo más...

«Pero ¿el qué?»

—¿Has terminado tu inspección? —preguntó Julia, que entretanto ya había preparado el equipo fotográfico, una cámara Goldmann que Leo le había regalado hacía algún tiempo, consistente en una caja de madera con un fuelle. El aparato estaba montado sobre un trípode de madera de tilo que cojeaba ligeramente entre los escombros y los huesos. La joven fotógrafa sostenía una especie de bandejilla en la que había depositado un polvo de color blanco—. Si es así, ayúdame con la lámpara de destello, que yo sola no puedo.

—Un momento.

Leo se inclinó sobre el cadáver y lo examinó con más detenimiento. La mano derecha del muerto estaba cerrada en un puño. Leo no pudo abrirla debido al *rigor mortis*, pero descubrió unas hebras marrones entre los dedos rígidos. Se agachó y las olió.

El corazón le empezó a latir más rápido al reconocer el olor.

«Stukart podría estar en lo cierto.»

Con creciente excitación, se volvió hacia Julia.

—Cuando hayas hecho las fotografías enviaré un recadero al profesor Hofmann, del Instituto de Medicina Forense, para avisar de que vengan a recoger el cadáver y lo examinen en profundidad. Sobre todo el puro —precisó, señalando el puño cerrado del cuerpo sin vida —. El doctor Lichtenstein todavía tiene restos de la colilla en la mano.

—Había fumado, ¿y qué? —replicó Julia, escéptica.

—Pues que en el momento de morir seguía sosteniendo el puro en la mano, incluso agarrándolo con fuerza. Pero hay algo más...

Se oyó una sacudida. Unos huesos cayeron al suelo provocando un estrépito y Leo se sobresaltó. Maldita sea, ¡esas historias de fantasmas podían volverlo chiflado a uno!

—¿Quién anda ahí? —gritó en la oscuridad. Se volvió hacia el sacristán y le recriminó—: Por Dios, ¡haga el favor de iluminar bien! ¡No se ve a un palmo de la cara!

El viejo zarandeó la lámpara y Leo vio una silueta a la entrada de la estancia. Caminaba algo encorvada, con las manos extendidas hacia delante y emitiendo un sonido de pasos arrastrados.

«¡Un muerto viviente!», pensó por un momento.

Pero entonces vio que el muerto viviente llevaba un moderno traje de verano de color claro y sombrero de paja.

Además, blasfemaba con un cerrado acento vienés.

—¡Hostia consagrada! ¡Qué oscuro está esto! ¡Como el culo del Gran Visir!

—¿Quién es usted? —gritó Leo—. ¿Qué se le ha perdido por aquí?

El hombre apareció entonces a la luz de la lámpara de queroseno. Tendría unos treinta años, era alto, de complexión atlética y llevaba bigote de lápiz encima del labio.

—Soy Harry Sommer, del *Neues Wiener Journal* —dijo el hombre parpadeando—. Un placer, inspector. —Sacó su bloc de notas y un lápiz—. Parece que han encontrado un muerto en la cripta de San Esteban. —Esbozó una sonrisa sarcástica y continuó—: Un cadáver fresco, quiero decir, no un montón de huesos. ¿Puede darme algún detalle…?

—¡Maldita sea! ¿Quién le ha dejado entrar? —lo increpó Leo.

—Pues el guardia —respondió el periodista encogiéndose de hombros—. Bueno, en realidad no me ha dejado entrar, pero la libertad de prensa exige que…

Se oyó otra sacudida, luego un grito corto y un gemido. El guardia entró a trompicones en la cámara con las manos en las rodillas. Al parecer, acababa de caer encima de unos huesos.

—¡Mil disculpas, inspector! El tipo no callaba y de repente se coló…

—¡Desaparezcan de inmediato de la escena del crimen! —ordenó Leo—. ¡Los dos!

—Conque una escena del crimen… —El periodista empezó a tomar notas—. ¿Cuál es el crimen, exactamente?

—¡No es asunto suyo! —Leo se acercó con paso firme al insolente individuo y lo agarró del brazo. Era más alto y corpulento que el inspector, pero no opuso ninguna resistencia.

—¡Eh! ¿Cómo se atreve? —gritó el reportero—. No puede…

—Claro que puedo, ¡sobre todo si no desaparece ahora mismo! Puedo por ejemplo arrestarlo por interferir en la labor policial. —Leo se volvió hacia Julia—. ¿Puedes arreglártelas sola con las fotografías? Creo que este señor y yo tenemos que discutir algo afuera. —Se dirigió entonces al guardia, que respiraba con dificultad—: ¡Y con usted también! Me temo que una señorita habría controlado mejor la puerta, ¡tarugo!

Leo agarró al reportero y lo sacó a rastras de la cámara, ignorando sus protestas.

Al hacerlo, no se percató de que el hombre, con un gesto cómplice y cariñoso, le guiñó un ojo a Julia.

II

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Nadie sabe por qué, pero Viena es la capital de la muerte. En ningún otro lugar se cantan tantas canciones sobre la muerte ni existen tantas maneras de referirse a ella: abandonar el escenario por última vez, guardar las pantuflas para siempre, ponerse el pijama de madera, mirar las patatas desde abajo... ¡Y estas solo son unas pocas! Pero si Viena es la capital de la muerte, también debería ser la metrópoli de los fantasmas y los espíritus. Al fin y al cabo, la creencia en lo sobrenatural está íntimamente relacionada con el deseo profundamente humano de vencer a la muerte.

Julia entregó al cochero unas monedas, cogió el pesado maletín y bajó del fiacre.

—¿La ayudo con el equipaje, señorita? —preguntó el hombre—. ¿Adónde va?

—Gracias, pero no hará falta, muy amable —respondió ella con una sonrisa formal, tras lo cual se puso en camino. ¡Lo último que necesitaba era que ese cochero le hiciera también de mozo de cuerda! Se había pasado todo el trayecto importunándola con sus insinuantes cumplidos. Seguramente esperaba una buena propina, o quizá algo peor. Julia no quería que nadie supiera adónde se dirigía, y por ello le había mandado detenerse a un par de esquinas de distancia de su destino.

El cofre de madera con las placas fotográficas pesaba lo suyo, al igual que la cámara. Julia se había llevado ambas cosas a casa al volver el día anterior de la misión en la cripta de San Esteban. No había podido sacarse de la cabeza en toda la noche aquellos cráneos, huesos y cadáveres momificados. Por suerte, a su llegada se había encontrado a Sisi dormida con una sonrisa de felicidad y restos de chocolate en los labios. Sus tías postizas habían vuelto a darle todos los caprichos que había pedido. O quizá había sido Bruno, el portero, quien le había llevado a escondidas un trozo de chocolate cuando Sisi ya estaba acostada. Julia respiró con alivio. Por lo menos su hija parecía haber pasado una buena noche.

Cuando hubo dejado el maletín con las fotografías debajo de la cama, las imágenes volvieron a aparecerse en su cabeza como los destellos de la cámara en la oscuridad de la cripta de San Esteban. El rostro helado de espanto del doctor Theodor Lichtenstein, los huesos mohosos a su alrededor, el puño cerrado del muerto con las hebras de tabaco... Julia había tomado un primer plano de este último, tal como Leo le había pedido, aunque seguía sin saber por qué le interesaba tanto.

Por otro lado, su cumpleaños había sido un completo desastre. En primer lugar, el sueño de ir a la ópera se había ido al traste, y después, el asunto de la cripta y el escándalo con la prensa...

Leo y ella habían ido luego a tomar una copa de vino a uno de los mejores locales de los alrededores de la Stephansplatz, pero a pesar de tener un motivo de celebración, no les había quedado ánimo para nada, por mucho que Leo le hubiera prometido por lo más sagrado que recuperarían su noche en la ópera.

Julia llegó a su destino en la Nussdorferstrasse, un edificio de tres plantas con fachada neoclásica oscurecida por el hollín y el polvo de la calle. Había mucho movimiento en el distrito noveno esa mañana de domingo. Los coches de caballos traqueteaban sobre los adoquines de la calzada, la campana de un tranvía repiqueteaba insistentemente y los transeúntes andaban a toda prisa. Un elegante caballero salió del portal y Julia aprovechó para entrar sin tener que llamar. Subió los peldaños desgastados de una estrecha escalera hasta el segundo piso, donde fue recibida por el martilleo de máquinas de escribir, gargantas vociferantes, timbres de aparatos telefónicos y trajín de pasos. La puerta de acceso a la redacción del *Neues Wiener Journal* estaba abierta, de manera que entró. Sin mediar palabra, pasó de largo por delante de la recepcionista.

—¡Eh, señorita! —gritó la mujer a su paso—. ¿Se puede saber adónde...?

Pero Julia ya estaba junto a la puerta de cristal que separaba la gran redacción de un despacho más pequeño. Abrió la puerta con rabia y dejó el maletín sobre el escritorio con tanta fuerza que por un momento temió que se hubieran roto las placas fotográficas que había en el interior. El hombre sentado al otro lado de la mesa levantó la vista, sobresaltado.

—¡¿Puedes explicarme lo de ayer?! —le gritó ella—. ¿Qué diantre estabas haciendo en la cripta de San Esteban? ¿Y qué significaba ese estúpido guiño, Harry? Como Leo se haya dado cuenta...

—No lo vio. Y aunque lo hubiera visto... —El hombre de constitución atlética y bigote de lápiz se serenó y se encogió de hombros—. No es ilegal que una fotógrafa sea amiga de un periodista.

—Soy fotógrafa forense, ¿recuerdas, imbécil? ¡Si alguien se entera

de que colaboro con un periódico, perderé mi trabajo! Además, Leo nunca me lo perdonaría.

—No me vengas con esas, ¿eh? Tu novio vestirá muy elegante, pero es un perfecto maleducado. ¡Casi me rompe el brazo! —Harry Sommer hizo una mueca de dolor—. Y luego me dio un sermón afuera, como si hubiera matado a alguien. —Le lanzó una mirada escrutadora—. ¿Qué hay del muerto de la cripta? ¿Fue un asesinato?

—A ti te lo voy a contar… —respondió Julia ásperamente.

Conocía a Harry desde niña. Había crecido no muy lejos de su lugar natal. Era algo mayor que ella y de niño había sido un joven arrogante y entrometido, pero más listo y astuto que el resto de los chicos del pueblo. Ya entonces estaba claro que el pequeño Harald no se iba a quedar en el Innviertel. De hecho, podría haberse convertido en un exitoso hombre de negocios o en el cabecilla de una banda de malhechores. Julia no había contado con que acabaría trabajando de reportero en un periódico vienés.

—¿Cómo te enteraste de la aparición del muerto en la cripta de San Esteban? —preguntó ella—. Desde luego, no lo supiste por mí. Me quedé tan pasmada como Leo cuando te vi.

Harry sonrió con malicia.

—También tengo otras fuentes, es todo lo que puedo revelar. Palabra de honor de reportero.

—¿Palabra de honor? ¿Tú? —desdeñó Julia—. Es lo mismo que mezclar café con sal.

Hacía unos seis meses que se habían vuelto a ver por primera vez desde la época del Innviertel, precisamente en un escenario del crimen. Un matarife de Meidling había acabado con la vida de su esposa a cuchilladas en plena calle. Harry se alegró de ver allí a Julia. Para él, ambos eran como dos náufragos que el mar había arrojado a esa mastodóntica ciudad. En aquella ocasión intentó sonsacarle información sobre el caso, y al final le pidió si podía hacer para él una fotografía del lugar de los hechos.

Desde entonces trabajaban juntos en ocasiones y salían a tomar alguna copa y a charlar, no solo de los viejos tiempos. Julia le revelaba detalles sobre el trabajo de la policía y le proporcionaba fotografías de manera clandestina, a cambio de lo cual recibía una cantidad mensual fija, dinero que podía gastar en ella, pero sobre todo en su hija. El pacto era provechoso para ambos. Harry se había convertido en reportero jefe del *Neues Wiener Journal*, tenía despacho propio y un moderno aparato telefónico.

—¿Son las fotografías de la cripta? —preguntó, señalando el maletín de encima del escritorio.

—No es asunto tuyo —dijo Julia—, y desde luego no te voy a dar ninguna. De hacerlo, ya podría ir presentando mi dimisión. —En

realidad, todavía no había revelado las placas; lo haría más tarde, en la Jefatura—. A ti te traigo otras fotografías, tal como acordamos. —Abrió el maletín y rebuscó en el interior—. El accidente del tranvía de caballos del distrito séptimo y algunas imágenes del mercado central de ganado y del matadero, como me pediste. El estado de las instalaciones es escandaloso, y no solo para los animales.

Harry asintió con la cabeza y añadió:

—Y por eso nuestra redacción va a denunciarlo con la máxima dureza para conseguir que cambien las cosas. Ya estoy escribiendo el artículo. Puedes contar conmigo, será una historia espectacular que nadie podrá pasar por alto.

Los reportajes sociales y las crónicas sobre las precarias condiciones en las que vivía la gente corriente eran la última tendencia en la prensa vienesa. Harry estaba preparando una serie de piezas sobre el matadero de Viena, donde cada día se sacrificaban miles de animales. El mercado de ganado de Sankt Marx era uno de los más grandes de Europa y disponía incluso de estación de ferrocarril propia. Era una fábrica sanguinaria de dimensiones gigantescas, y Julia estaba segura de que las personas que trabajaban en ella no gozaban de mejores condiciones que los animales.

Harry observaba las fotografías sobre su escritorio con expresión apreciativa. Como tantas otras veces, llevaba el botón superior de la camisa desabrochado y las mangas arremangadas, lo que le daba un aspecto desenfadado. Sin embargo, detrás de la fachada burguesa, todavía se podía reconocer en él al hijo de un pequeño campesino de la Alta Austria.

—Son muy buenas, Julia. ¡Enhorabuena! Casi se pueden escuchar los berridos del ganado. Somos un periódico joven, así que necesitamos historias impactantes y lacrimógenas. ¿Puedes proporcionarme más imágenes como estas?

—Ya veremos, no sé cuándo voy a volver por allí. Hoy tengo que ir a la Jefatura a revelar unas placas...

—¿Las fotografías de la cripta de San Esteban, quizá? —Harry le guiñó un ojo—. ¡Vamos, mujer! Si no me vas a dar ninguna, al menos cuéntame algo. Tu amigo habló de un escenario del crimen. ¿De qué se trata? ¿De un asesinato?

—Aún... no lo sabemos —dijo Julia vacilante—. Tenemos alguna pista.

—Y supongo que tampoco me revelarás la identidad del muerto...

—¿Te crees que soy estúpida, Harry? Si te lo digo, en la Jefatura no tendrán que echar muchas cuentas para saber de dónde has sacado el nombre del muerto. Y entonces yo perderé mi trabajo y tú, a tu mejor fuente.

—Tenía que pedírtelo, lo siento. —Suspiró y levantó las manos en

ademán de rendirse—. Tienes razón, no tengo por qué arrastrarte conmigo en esto, así que me limitaré a escribir sobre un misterioso cadáver encontrado en la cripta de San Esteban. Suena mejor, ¿de acuerdo?

—Haz lo que te parezca —concluyó Julia cerrando el maletín—. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a la Jefatura y, después, a cuidar de mi hija.

Harry ladeó la cabeza y la observó con expresión seria.

—Te admiro de veras, Julia. Cómo sales adelante, con ese horrible trabajo, tu hija, su maldita discapacidad... Si alguna vez mandas a paseo a ese matón engreído, ya sabes dónde encontrarme...

—Gracias por la oferta, pero sería como salir del lodo y caer en el arroyo. —Sonrió con ironía—. No sois tan distintos... Hasta la próxima, entonces. Envíame el giro a mi apartado de correos.

Julia tomó el maletín y salió del despacho. Harry le lanzó un beso a través de la puerta de cristal, se inclinó sobre el escritorio y retomó el martilleo de su máquina de escribir.

Ya en la concurrida Nussdorferstrasse, Julia levantó la mano y llamó a un fiacre. Los viajes en carruaje no eran baratos, pero ahora no podía atravesar media ciudad a pie cargando con el pesado maletín de placas fotográficas. Por lo menos, esta vez le tocó un cochero discreto.

Durante el trayecto por calles adoquinadas, Julia volvió a pensar en Harry. Nunca le había hablado a Leo de él, ni que fuera solo para decirle que había filtrado fotografías a la prensa. Leo nunca se lo habría permitido, aunque probablemente la habría entendido. Al fin y al cabo, lo hacía por Sisi. Buscaba sin cesar cualquier forma de combatir la enfermedad de su hija, pero las medicinas y los tratamientos eran muy caros.

Pero si era honesta consigo misma, había otro motivo: la verdad era que Harry... le gustaba. Siempre le había gustado, ya de jóvenes en el Innviertel, cuando él, borracho, la sacaba a bailar en las romerías. Si Leo era lo más parecido a un aristócrata británico, Harry, en cambio, era un encantador pirata con sonrisa de tiburón. En realidad no le despertaba sentimientos eróticos, pero lo mejor era que Leo no supiera nada de Harry. Y después del encuentro en la cripta de San Esteban, con más motivo todavía.

El cochero dejó a Julia en el Schottenring, delante de un portal ostentoso por el que se accedía a la Jefatura de Policía de Viena.

Todavía se podía apreciar que el edificio había sido un hotel dos décadas atrás, con sus pasillos enrevesados, peldaños desgastados y ese laberinto de habitaciones sin luz natural que ahora servían de despachos. Era domingo y no había mucho movimiento. El portero hizo a Julia una cansada seña con la cabeza, ni siquiera le pidió su

identificación, y ella se dirigió hacia la tercera planta por las escaleras. Contrariada, se acordó entonces de un aparato de reciente invención del que había oído hablar, llamado *lift*, que transportaba a las personas de un piso a otro. En Hamburgo ya tenían algo parecido, pero en Viena aún había que subir las escaleras sudando y resollando. Ninguno de los compañeros varones que la adelantaban se ofreció a cargar con el pesado maletín.

En su camino, Julia pasó junto a las centralitas de teléfonos, desde las que se oían los timbrazos agudos y las voces resonantes de las telefonistas. La cifra de aparatos telefónicos había crecido en los últimos años y en los techos de las oficinas se acumulaban verdaderas marañas de cables.

La joven llegó por fin a su laboratorio fotográfico. Era un habitáculo oscuro y minúsculo, pero adecuado para su cometido. Hacía solo unos meses que habían autorizado su instalación allí, junto a las centralitas telefónicas. Antes, revelaba las fotografías en el desván del burdel donde vivía.

El hecho de que el cubículo ni siquiera tuviera un tragaluz era incluso una ventaja. Julia encendió la lámpara de gas del techo y contempló su pequeño reino. Había una mesa con tres cubetas de zinc, una luz roja y una hilera de bastidores de madera para secar las fotografías. En una repisa había recipientes con líquido revelador, placas fotográficas sin exponer y todo tipo de cachivaches. Dio la vuelta al letrero de cartón que colgaba en el exterior de la puerta para dejar a la vista el mensaje de REVELADO FOTOGRÁFICO, ¡NO ENTREN! y se puso manos a la obra.

Julia había quedado cautivada por la fotografía cuando visitó con Leo un estudio en la Mariahilfer Strasse. Además, su padre había sido inventor en sus ratos libres y le había transmitido el interés por las nuevas y apasionantes posibilidades que ofrecían los tiempos modernos: vehículos automóviles que funcionaban con gasolina, conexiones telefónicas entre Viena y Budapest… Y en París, desde hacía poco, ese cinematógrafo con el que se podían ver en grandes salas oscuras imágenes en movimiento como si fueran reales.

Estaba a punto de extraer del cartucho las placas expuestas, cuando oyó un ruido a sus espaldas. Intuitivamente cerró la palanca situada a un lado de la cámara para proteger las placas de la inesperada luz directa, y justo entonces se abrió la puerta. El inspector jefe Paul Leinkirchner, con su habitual puro en la boca, asomó la cabeza para curiosear.

—¿Trabajando también en domingo, señorita Wolf? ¿No sale de agradable paseo veraniego con su afortunado elegido?

—Por Dios, ¿no sabe leer? —se le escapó a Julia.

Leinkirchner borró la sonrisa de la cara.

—¡Ándese con ojo, jovencita! Está hablando con un superior.

—¡Estoy revelando placas fotográficas! Si les da la luz, todo el trabajo se habrá ido al traste. Trabajo policial, por cierto, pagado con dinero de los contribuyentes. Por eso he puesto un cartel afuera.

—No sea impertinente —gruñó Leinkirchner—. No he visto el cartel. Además, creo que nos estamos excediendo un poco con estas malditas fotografías. Si seguimos así, pronto necesitaremos un edificio entero para archivarlas. —La miró con recelo—. ¿De qué fotografías se trata?

—Son de un trabajo pendiente —procuró ella de escurrir el bulto.

Leo le había explicado ayer por qué el jefe superior Stukart no quería asignarle el caso a Leinkirchner. La cuestión iba a salir a la luz de todos modos, pero no tenía por qué ser ella quien le contara al inspector jefe que un judío había aparecido muerto en la cripta de San Esteban.

—¡Qué demonios! —Leinkirchner hizo un ademán de desprecio con la mano. Era un hombre de complexión robusta, ancho de hombros y calvo; parecía un boxeador retirado—. Solo quería preguntarle si ha visto a Herzfeldt. —Y añadió con tono burlón—: Me refiero aquí, no en su cama.

—Tenía entendido que este fin de semana le tocaba el turno a usted, inspector jefe —replicó Julia sin responder a la insinuación de Leinkirchner.

—Es cierto, pero por lo visto Herzfeldt se ha pasado esta mañana por la Jefatura. Loibl se ha cruzado con él en el pasillo. Me gustaría saber qué trama a mis espaldas.

Julia se encogió de hombros.

—No sé qué decirle, inspector jefe, lo siento. Pero si quiere echar un vistazo en mi cama, allá usted. Ahora, si es tan amable y me deja volver a mi trabajo...

—Vale, vale, entendido. Pero haga un cartel más grande, que este apenas se ve. O mande instalar un pestillo, por el amor de Dios.

Paul Leinkirchner cerró de un portazo y dejó a Julia con la duda de si el inspector jefe no habría ido hasta allí con la intención de sabotear su trabajo. Lo cierto era que la fotógrafa no le caía bien. Quizá fuera porque solo soportaba la presencia de mujeres en la Jefatura si eran telefonistas. Pero también podría tener algo que ver su sospecha de que Julia seguía teniendo una aventura con Leo. La relación laboral entre el inspector Von Herzfeldt y Leinkirchner era difícil. Ambos eran buenos policías, cada uno a su manera, y trabajaban en el mismo departamento. El inspector jefe había ascendido desde lo más bajo con su propio esfuerzo, mientras que Leo había entrado directamente como inspector. Además, Herzfeldt era un alemanote estirado de madre hannoveriana. Y, para colmo, judío,

circunstancia que Leinkirchner no dejaba de echarle en cara siempre que podía.

Julia atrancó la puerta apoyando una silla debajo del picaporte. Después, a la luz de la lámpara roja, sacó las placas de los cartuchos. Había tomado una docena de imágenes en la cripta, pero no estaba segura de que todas hubieran salido bien. La suerte era un factor determinante en la fotografía. La luz podía ser insuficiente o demasiado intensa, el disparador podía atascarse, el trípode podía tambalearse o los objetos fotografiados podían moverse en el momento exacto de tomar la imagen. Aunque esto último era lo que menos preocupaba a Julia.

Los objetos que fotografiaba solían estar muertos.

Con la misma rutina de siempre, fue sumergiendo las placas de vidrio una tras otra en las cubetas llenas con líquido revelador y líquido fijador, las colocó en los bastidores y esperó a que se secaran. Los vapores que se desprendían por la pequeña sala le provocaron un leve mareo.

Julia miraba en el reloj de pared cómo avanzaba la manilla de los segundos. Cuando pasó el tiempo adecuado, volvió a encender la luz de gas. Solo entonces pudo observar las fotografías una a una.

Maldijo en voz baja. Las dos primeras imágenes reveladas habían quedado borrosas y movidas. Por lo visto no había apuntalado bien el trípode sobre el suelo irregular de la cripta. Después vio el primer plano de la mano del muerto, entre cuyos dedos podían distinguirse, algo desenfocadas, las hebras de tabaco. Leo todavía no le había dicho por qué eran tan importantes. Prefería esperar a los resultados del Instituto Forense.

Luego vinieron los planos generales que había hecho al principio. Por lo menos habían salido bien. En ellos aparecía el cadáver desde distintos puntos de vista: de frente, por la derecha, por la izquierda...

Julia renegó de nuevo. La primera fotografía de la serie también había salido mal. ¡Qué rabia! ¡Esa imagen, precisamente! Una sombra tapaba una parte del cuerpo sin vida. ¿O era Leo atravesando el encuadre?

Aturdida por los vapores del líquido revelador, Julia parpadeó y sostuvo la fotografía cerca de sus ojos. De repente, se estremeció. La placa estuvo a punto de caérsele y hacerse añicos en el suelo.

«¿Qué demonios es esto?»

El corazón se le disparó. Observó la placa con una creciente inquietud y sin creer lo que estaba viendo.

«Es imposible. ¡Imposible!»

Sin embargo, se veía con claridad.

Notó cómo un escalofrío le subía por la nuca y sintió unas ligeras náuseas. Dejó la imagen a un lado, se frotó el rostro y la cogió otra

vez.

Esa… cosa seguía allí.

Con los dedos temblorosos, volvió a colocar la placa de vidrio en el bastidor y abrió la puerta. A pesar del aire viciado y húmedo del pasillo, se sintió liberada. Cerró la puerta con suavidad y se alejó a toda prisa.

¡Tenía que encontrar a Leo! Tal vez él podría decirle qué era aquella *cosa*.

III

Leo se arregló nerviosamente el corbatín, se lo ciñó un poco más al cuello y comprobó los botones del chaleco y la camisa. Luego tiró del llamador situado junto a la puerta. Sonó una dulce campanada, seguida de una voz aguda y estridente que le lastimó los oídos.

—*Arrivo subito! Arrrrrrivo*!

Leo hizo una mueca de dolor. Esa no podía ser la voz de Maria Vanotti. ¿O quizá a la diva le dolía la garganta? La había oído cantar una sola vez, el año pasado, en *La traviata*, de Verdi. ¡Una experiencia inolvidable! Por desgracia, Julia no había podido acompañarlo porque su hija estaba en cama con tosferina. Por eso a Leo le había hecho tanta ilusión conseguir entradas de *La flauta mágica* para los dos. Y ahora, aunque la ocasión no fuera la más agradable, no se podía creer que estuviera a punto de visitar en persona a la estrella de la Ópera de Viena.

Ese domingo por la mañana, Leo había estado en la Jefatura de Policía, donde Stukart le había preguntado acerca de sus averiguaciones en el caso, y después hizo a pie el corto trayecto que conducía hasta la Kärntner Strasse. Notaba un ligero cosquilleo en el estómago. Los interrogatorios no eran ninguna novedad para él, pero sí lo era someter a una celebridad mundial a una serie de preguntas sobre un asesinato. Además, también le rondaba por la cabeza ese periodista entrometido. Leo seguía sin saber cómo ese sinvergüenza se había enterado de lo del muerto en la cripta. Probablemente uno de los universitarios o la familia de Frankfurt se había ido de la lengua. Era asombroso lo rápido que había llegado a la escena del crimen ese chupatintas, como si se hubiera olido literalmente la desgracia.

Leo esperó ante la puerta con creciente nerviosismo, pero, a pesar del estridente aviso en italiano, nadie abrió. Se encontraba en el último piso de un edificio señorial ubicado no lejos de la Ópera. La Vanotti había alquilado allí un ático. Se decía que la diva iba a menudo de gira a Florencia, París, Londres o, incluso, Nueva York, y cuando actuaba en Viena se alojaba en la Kärntner Strasse. El inmueble solo contaba con una vivienda por planta, y en la puerta de la calle vigilaba un portero de librea que, de mala gana, había dejado entrar al inspector después de pedirle varias veces que le mostrara su insignia.

Seguía sin acudir nadie a abrir, así que Leo volvió a tirar del cordel.

—*Arrivo, subito, arrrrrivo*! —volvió a anunciar la voz chillona.

Sonaba como si estuvieran estrangulando a alguien. Leo se irguió y golpeó la puerta con fuerza.

—*Signora* Vanotti, ¿se encuentra bien? ¿*Signora* Vanotti?

—*Arrivo subito... Arrriiiivooooo...*

—¿Necesita ayuda, *signora* Vanotti? ¡Voy a entrar!

Leo retrocedió un paso para tomar impulso y, justo cuando estaba a punto de golpear la puerta con el hombro, esta se abrió como por arte de magia. Leo apenas pudo detenerse a tiempo y casi impacta con una voluminosa dama vestida con una túnica de seda que lo miraba con los ojos abiertos como platos.

—*Dio buono*! —susurró la mujer—. ¡Domínese, jovencito! Si quiere un autógrafo, deberá tener un poco de paciencia.

—Yo... —Leo se aclaró la garganta cuando la voz ensordecedora volvió a sonar.

—*Arrivo subito, aaarrrrriiiivoooo*!

—¡Cállate de una vez, Cora! ¿O quieres que te retuerza el pescuezo? —La elegante dama de voluptuoso escote, que no podía ser otra que Maria Vanotti, suspiró profundamente—. *Perdono*! Disculpe mi vocabulario, pero este pajarraco me va a llevar a la tumba. Es un guacamayo muy valioso, obsequio de un maharajá y admirador indio. En vez de eso, podría haberme regalado diamantes. —Escrutó a Leo con mirada curiosa—. ¿Quién es usted? ¿Otro admirador, o quizá un apuesto ladrón? *Ah, che emozione*!

—Todo lo contrario, *signora* —dijo Leo después de recuperar la compostura. Mostró su insignia, una pieza de fieltro de color gris oscuro con el águila bicéfala de los Habsburgo—. Inspector Leopold von Herzfeldt, de la Oficina de Seguridad de Viena. Tengo que hacerle un par de preguntas...

—¿El tipo insiste demasiado, Maria? —preguntó otra voz femenina desde el interior de la vivienda—. ¿Llamo al portero?

Detrás del imponente aspecto de Maria Vanotti, Leo entrevió a una joven menuda y delicada, con el pelo corto y liso y un peinado casi masculino. En la mano sostenía una larga boquilla con un cigarrillo humeante en la punta. Llevaba un vestido verde que llegaba casi hasta el suelo.

—No hará falta, Claire —dijo la Vanotti—, el señor es policía. —La diva iba maquillada como si tuviera que salir al escenario, y desprendía un intenso olor a perfume—. ¿Viene por lo de la sesión de espiritismo? —preguntó.

—Pues..., en efecto —balbuceó Leo sorprendido—. ¿Cómo lo ha sabido?

—¡Un verdadero escándalo! *Maledizione*, fue un... ¿cómo se dice? ¡Un allanamiento de morada! Esa persona se aprovechó de mi amistad, nos vino con mentiras. He sido engañada, ¡engañada! *Dio*

buono! —exclamó abanicándose con teatralidad.

—¿Se refiere al médium impostor?

—*Mi scusi*? ¡Ah, no! ¡Estoy hablando de ese monstruo de Lichtenstein, por supuesto! Primero arma un escándalo aquí y después acude con la historia a los periódicos... —Maria Vanotti puso los ojos en blanco.

Leo se dio cuenta en ese momento de que la diva no solo era una mujer voluminosa, sino también muy alta, como una valquiria de las óperas de Wagner.

—¿Han conseguido detenerlo? —preguntó ella.

—Bueno, no exactamente —respondió Leo evasivo—. ¿Le importa si entro? Así podré explicarle los detalles.

—Sí, sí, claro. Si esto ayuda a atrapar a ese monstruo... —Hizo una seña a Leo para que entrara—. Claire y yo acabábamos de sacar el tablero de güija, pero podemos esperar. Además, los astros no parecen del todo favorables, según Claire.

Leo entró en el ático, cuyo vestíbulo era igual de ancho que una calle pequeña. El parqué de roble estaba cubierto de mullidas alfombras y por las paredes se sucedía una retahíla de selecto mobiliario francés. A izquierda y derecha había varias puertas de doble hoja; algunas estaban abiertas y dejaban ver unas estancias luminosas con altos ventanales. Del techo de una de ellas colgaba una gran jaula dorada con un guacamayo de color azul y amarillo en el interior. El pájaro volvió a gritar:

—*Arrrriiivo subito, arrr...*

Maria Vanotti cerró la puerta de golpe, amortiguando así los chillidos.

—Pensé que sería divertido enseñarle esa frase en italiano, ¡pero ya me está sacando de quicio! Probablemente lo donaré al zoológico de Schönbrunn o mandaré disecarlo.

Bajo la mirada suspicaz de la joven del pelo corto, Leo siguió a las dos damas hasta un salón con ventanales que daban a la catedral de San Esteban. Detrás, el telón de fondo de la ciudad de Viena resplandecía a la luz del mediodía estival. Leo pensó entonces en su pequeña habitación de la pensión de Josefstadt y llegó a la conclusión de que no daba ni para un vestidor en ese ático.

Un piano de cola dominaba el centro de la sala. Junto a él había una gran mesa alargada con capacidad para una docena de invitados. Dos tazas de porcelana fina y una jarra con caracteres chinos formaban el único servicio, junto al cual Leo reconoció una especie de tablero de juego de madera con letras inscritas.

—Tome asiento, inspector —dijo la Vanotti—. ¿Le apetece un té?

—No, muchas gracias —respondió Leo—. No voy a robarle mucho tiempo.

Todavía no podía creer que estuviera en casa de la diva de la ópera famosa en el mundo entero, ni mucho menos que esta le estuviera ofreciendo un té. Lo cierto era que todo aquello le resultaba muy incómodo. Los tres se sentaron a la gran mesa.

—Vayamos al grano, inspector —dijo la joven aspirando por la estrecha punta de la boquilla. Tenía acento estadounidense, lo que en parte explicaba su aspecto frívolo—. ¿Por qué ha venido?

—Puede que quieran empezar contándome qué pasó exactamente en esa... sesión de espiritismo de la semana pasada —sugirió Leo—. Eso facilitaría las cosas.

—Fue una catástrofe —gimió Maria Vanotti—, ¡una verdadera catástrofe! ¡Claire se había preparado tan bien! Y conocíamos a la mayoría de los participantes. Al doctor Lichtenstein lo conocí en un estreno en la Ópera y me dijo que estaba interesado en el espiritismo, así que lo invité a una sesión. Me dio la impresión de ser una persona muy seria. Apagamos las luces y nos cogimos de las manos, como de costumbre. Claire estaba a punto de entrar en contacto...

—Entonces usted es... ¿cómo se dice? ¿Médium? —preguntó Leo a la joven estadounidense.

—¡Claire Pauly no es una médium cualquiera, sino un regalo del Señor! —intervino Maria Vanotti—. ¡Es mi musa, mi oído para escuchar en el más allá! La conocí el año pasado, después de un concierto en Londres. Enseguida nos hicimos amigas y ahora somos como hermanas. Quizá lo fuimos en una vida anterior. —Bajó la voz y continuó con un susurro—: Ha hablado con Washington en persona...

—¿Washington? —preguntó Leo.

—George Washington —aclaró Claire Pauly tirando la ceniza del cigarrillo en una de las tazas—, el primer presidente de los Estados Unidos de América, vencedor en la Guerra de la Independencia.

—¡Ah, ese Washington! ¿Y qué cuenta el bueno de George desde el más allá? —preguntó Leo con ironía—. ¿También llevan pelucas allí?

—Ya veo que no es usted un adepto —dijo Claire Pauly levantando una ceja—. ¡Búrlese cuanto quiera, inspector! No todo el mundo es capaz de ver las cosas que hay detrás de las cosas.

—Volviendo a nuestra conversación, ¿qué cosas vio la semana pasada?

—No llegamos a tanto —dijo Maria Vanotti—. Como ya he dicho, había poca luz y estábamos cogidos de las manos cuando oímos una melodía de violín. Venía de la habitación de al lado... Una interpretación muy virtuosa, por cierto. Era una pieza de Beethoven, la sonata para violín en la menor. Después se oyó el tintineo de una pandereta y Claire llamó al espíritu por su nombre, pero justo cuando este iba a responder, el doctor Lichtenstein se levantó y pulsó el

interruptor de la luz. Después me enteré de que el tipo había hecho lo mismo en otras sesiones. Dice que lo hace para desenmascarar a estafadores, pero, en mi opinión, lo único que busca es notoriedad.

—¿Y qué vio el doctor Lichtenstein en la sala iluminada? —preguntó Leo.

—Me vio a mí de pie, con la pandereta —respondió Claire Pauly.

—Creía que estaban todos sentados alrededor de la mesa y cogidos de las manos…

—Yo me había levantado para atraer con la pandereta al violinista del más allá. El doctor Lichtenstein me acusó entonces de impostora. Según él, yo había hecho sonar el violín. Entonces se produjo una escena muy desagradable y, al final, Maria lo echó. —Claire Pauly asintió enfurecida con la cabeza—: Solo quiero que ese entrometido no interrumpa más sesiones en Viena. En cualquier caso, los espiritistas ya estamos prevenidos.

—Pues debo decirle que el doctor Lichtenstein no volverá a interrumpir ninguna sesión más —dijo Leo—, sobre todo porque está muerto.

—¿Muerto? —Maria Vanotti suspiró—. Una triste noticia, sin duda, pero tampoco lo lamento demasiado. El tipo no estaba en la flor de la vida, que digamos. ¿Algún problema cardíaco?

—Probablemente fue asesinado, *signora*.

—¿A… asesinado? —La Vanotti palideció bajo la gruesa capa de maquillaje—. Pero…

—¡Un momento! —saltó Claire Pauly enfurecida—. ¿Insinúa que tenemos algo que ver con ese crimen? ¿Por eso ha venido a vernos?

—Yo solo pregunto, *madame*. Es mi trabajo como inspector de policía. Y, por supuesto, busco posibles causas. Deduzco que los participantes en la sesión del sábado no estaban, por decirlo suavemente, en muy buenos términos con el doctor Lichtenstein. Por ello me gustaría saber sus nombres.

—¿Quiere decir que uno de nosotros se vengó de Lichtenstein y acabó con su vida? —Claire Pauly soltó una carcajada—. ¡Menudo disparate, inspector! *Nonsense*!

—Es posible, pero permítame preguntarle: ¿alguno de ustedes habló con el doctor Lichtenstein más tarde? Tenemos la sospecha de que… bueno… había recibido amenazas.

—¿Amenazas? —Claire Pauly resopló—. ¡Esto se pone cada vez más interesante!

—Reichenbach… —susurró de repente Maria Vanotti—. ¡Ha sido Reichenbach! —Leo vio que temblaba. La diva cogió un abanico y se aventó—. *Dio buono, é terribile*!

—¿Perdón? —El inspector frunció el entrecejo—. ¿Qué ha dicho, *signora*?

—¡El barón Von Reichenbach! ¡Él se ha vengado de Lichtenstein!

—Creo que no la entiendo —dijo Leo—. ¿Quién es el barón Von Reichenbach? —Le lanzó una mirada burlona—. ¿No se referirá al espíritu que estaban intentando invocar?

—No mencione su nombre tan a la ligera —susurró Claire Pauly mirando desconfiada a su alrededor—. Quién sabe si ahora mismo no está entre nosotros. Precisamente queríamos contactar con él usando la güija —señaló el tablero que había sobre la mesa— y disculparnos por la ofensa que sufrió la semana pasada.

—¿Y se puede saber quién es ese tal Reichenbach?

Las dos mujeres intercambiaron unas miradas. Al cabo, Maria Vanotti asintió con la cabeza y Claire Pauly dio la vuelta al tablero. En la parte inferior, pegada con chinchetas, había una fotografía descolorida. En ella aparecía un anciano de unos setenta años luciendo un bigote de los que habían estado de moda a mediados de siglo, al igual que el rígido frac y el sombrero de copa que llevaba de atuendo.

—El barón Karl Ludwig Friedrich von Reichenbach —explicó Claire Pauly—, alquimista, brujo y descubridor del Od.

—¿El qué? —preguntó Leo irritado.

Seguía mirando la fotografía del anciano. Había algo en ella que le resultaba familiar, pero no sabía qué era. Amortecido, el chillido agudo del guacamayo se escuchaba de fondo como una risa burlona.

—El Od, la fuerza ódica. —Claire Pauly introdujo otro cigarrillo en la boquilla y lo encendió—. En los círculos espiritistas actualmente se habla de una cosa llamada ectoplasma. Es una especie de aura que pervive cuando hemos abandonado el mundo de los vivos. Fluye de nosotros, es como una energía espiritual. Hay quien dice que podría tratarse de nuestra alma. —Se encogió de hombros—. Por desgracia, el barón no ha dejado mucha obra escrita. ¡Sus conocimientos serían de suma importancia hoy en día! Intentamos ponernos en contacto con él la semana pasada, pero, por desgracia, el doctor Lichtenstein vino a interrumpirnos.

—Lo cual me lleva de nuevo al motivo de mi visita —retomó Leo apartando la mirada de la fotografía—. Como decía, me gustaría saber quién estuvo presente en esa sesión.

—¿Sospecha que mis invitados y yo somos unos asesinos? —preguntó sin rodeos Maria Vanotti—. Pero ¿cómo se atreve, inspector? Además, es posible que sus nombres aparezcan en ese sórdido artículo de prensa del que me habló Claire. ¡Busque ahí!

Leo suspiró.

—Ahí no aparecen, *signora*.

Esa mañana había estado indagando en la hemeroteca de la Jefatura. En la sección de espectáculos del *Neues Wiener Journal* había encontrado un pequeño artículo sobre la sesión de espiritismo

celebrada en el ático de la Vanotti y que, a su vez, había desatado el escándalo. A Leo le sorprendía un poco que el artículo no tuviera una mayor repercusión, pero probablemente fuera porque las sesiones de espiritismo ya habían dejado de ser una rareza en Viena. Se rumoreaba que incluso la emperatriz participaba de vez en cuando en ellas.

—En el artículo no se mencionaba ningún nombre aparte del suyo, *signora* —dijo Leo—. Comprenda que me gustaría interrogar a todos y cada uno de los participantes, sin que trascienda su identidad, por supuesto, ni que fuera para descartar cualquier sospecha —añadió para transmitir confianza.

—Pues debe saber que no va a conseguir esos nombres. ¡No de nosotras! —dijo Claire Pauly con tono autoritario—. Esto ya empieza a parecer una estupidez. Además, ya sabemos quién es el culpable.

—Ah, ¿sí? ¿Quién? —preguntó Leo—. Si me lo dice, me ahorraré los interrogatorios y podré arrestar al tipo.

—Pero si se lo acaba de decir Maria. ¡El espíritu de Karl Reichenbach! Él mató al doctor Lichtenstein para vengarse de su insolencia.

—El espíritu... —Leo se quedó sin habla por un momento—. Eso..., eso no se lo cree ni usted.

—Creo que Claire tiene razón, inspector —dijo Maria Vanotti asintiendo con la cabeza—. Hay muchas cosas entre el cielo y el infierno que no sabemos explicar... de momento. El barón Karl von Reichenbach sería la clave. Y él acaba de demostrarnos de lo que es capaz.

—¡Un espíritu! —Leo se rio—. Eso... ¡eso es absurdo!

—¿Usted cree? —Maria Vanotti lo miró desafiante—. Voy a proponerle algo, inspector. Tendrá usted sus interrogatorios, pero con una condición: asistir a una de nuestras sesiones de espiritismo. Invitaré a los mismos participantes de la última vez, exceptuando al doctor Lichtenstein, por supuesto. Aunque no descarto que el pobre intente contactar con nosotros desde el más allá para pedirnos perdón. —Sonrió con malicia—. Entonces usted podrá interrogar a los invitados uno por uno, aquí, en mi casa. Y así se hará una idea de lo que es el espiritismo. Es mi última palabra. *Arrivederci*! —Se levantó y añadió—: Lo acompañaré hasta la puerta, ¿o acaso va a arrestarme?

—Por supuesto que no, *signora* —respondió Leo, levantándose con brusquedad.

—Pasado mañana a medianoche, la hora bruja. Sea puntual. Claire lo tendrá todo preparado, ¿verdad, Claire?

Claire Pauly miró a la diva con escepticismo y le preguntó:

—¿Crees que es una buena idea? ¿Quién nos asegura que el inspector no alterará la sesión, tal como hizo Lichtenstein?

—No lo hará, me fío de él. El inspector es un caballero. —Tendió la mano a Leo—. ¿No es cierto? Lo noto. Puede que nos veamos en la ópera. Me encantaría.

—Lo mismo digo —dijo él vacilante.

—Por cierto, esperamos un invitado muy especial —dijo Maria Vanotti mientras cruzaban el pasillo hacia la salida—. Una auténtica celebridad, al menos en su campo. Vamos a darle una sorpresa. La policía de Viena podría aprender mucho de él.

—¿Es policía también? —preguntó Leo.

—No exactamente, inspector. Pero sabe muchísimo de asesinatos, se lo aseguro.

—*Arrrrrrivo subito*! —graznó el guacamayo.

Justo al cerrarse la puerta del ático tras él, Leo reparó en qué era lo que le había irritado tanto de la fotografía del barón.

Apenas había entrado en la Jefatura de Policía cuando se encontró a Julia, que corría hacia él. Estaba sin aliento y parecía muy alterada.

—Te he estado buscando por todas partes. ¡Tenemos que hablar!

—¡Qué casualidad! —dijo él—. Yo también quería verte. ¿Has revelado ya las fotografías de la cripta? Me gustaría comprobar una cosa. Verás...

—¡De eso se trata! ¡Esas malditas fotografías! —Julia bajó la voz cuando el indiscreto guardia de la entrada levantó la vista de su periódico—. Sobre todo una de ellas. Hay algo que deberías ver, ¡y si es ahora mismo, mejor!

Tiró de él y subieron a toda prisa las escaleras hasta el tercer piso. Margarethe, una amiga de Julia con la que había trabajado en la centralita telefónica, se cruzó con ellos en el pasillo. Llevaba una taza de café humeante en las manos y parecía dispuesta a compartir algún que otro chismorreo.

—¿Adónde vais, tortolitos? —preguntó con voz meliflua y guiñando un ojo—. ¿Buscáis un poco de intimidad? Os recomiendo el cuarto de las escobas, al fondo del pasillo.

—La que nos faltaba —murmuró Leo. Margarethe era la persona más cotilla que conocía, y lo último que necesitaba Leo ahora era que el inspector jefe Leinkirchner se enterara del caso antes de la próxima reunión con Stukart. La miró con mala cara y le dijo—: Estamos trabajando, querida, cosa que usted también debería estar haciendo. No le pagan por tomar café.

—Trabajando, claro. ¿Una vista oral, tal vez? Entiendo... —Margarethe volvió a guiñarles el ojo y desapareció con su taza de café por la puerta de la centralita telefónica, donde le faltó tiempo para empezar a chismorrear con sus compañeras.

—Como se le ocurra contar que me ha visto por aquí en domingo

contigo… —empezó Leo.

—Vamos, no tenemos tiempo para eso. —Julia abrió la puerta del laboratorio de revelado e hizo pasar a Leo a empujones. Señaló la única silla que había—. Siéntate.

El inspector obedeció. Ella encendió la lámpara de gas, cogió una de las fotografías del bastidor y la colocó sobre la vieja mesa frente a Leo.

—Me refería a esta fotografía.

—Mmm, parece un fallo de exposición, o… —Leo se inclinó sobre la imagen y, sorprendido, exclamó—: ¡Qué demonios…! No… ¡no es posible!

—Yo reaccioné igual, pero ahí está —dijo Julia encogiéndose de hombros—. No tengo explicación para ello.

Leo observó la fotografía con detenimiento. En ella aparecía el cuerpo sin vida del doctor Theodor Lichtenstein en la cripta, rodeado de huesos y cráneos. Ya era bastante lúgubre por sí misma, pero además, justo encima del muerto, se veía, borrosa y espectral, la figura perfectamente reconocible de otro hombre. Parecía que estaba… flotando.

Como un espíritu.

La aparición llevaba frac, sombrero de copa y bigote.

—Pero…, pero… —balbuceó Leo.

—¡Te juro que no tengo la menor idea de cómo ha llegado esto hasta aquí! —dijo Julia—. La placa debe de tener algún defecto…

—Maldita sea, ¡conozco a ese hombre! —exclamó Leo.

—¿Cómo que lo conoces? —preguntó Julia, consternada—. ¿A qué te refieres?

—Acabo de ver un retrato suyo. ¡Es el barón Karl von Reichenbach! —Leo miraba absorto la fotografía—. O, mejor dicho, lo era. Esos espiritistas intentaron invocar su espíritu la semana pasada.

Leo le explicó a toda prisa la conversación que había mantenido con la *signora* Vanotti y su amiga estadounidense. Julia escuchaba boquiabierta. La puerta estaba cerrada y la lámpara de gas desprendía un resplandor inquietante.

—Claire Pauly hizo de médium en la sesión a la que asistió Lichtenstein —terminó Leo—. Y quiere volver a invocar al barón. Esas dos mujeres creen de verdad que el fallecido Reichenbach asesinó a Theodor Lichtenstein. ¡Un espíritu! Son majaderías, por supuesto. Pero ¿por qué tiene que aparecer en esta fotografía?

Siguió observando la imagen un rato.

—No me lo explico. Como tampoco me explico esto. —Leo señaló otra de las fotografías que había encima de la mesa—. ¿Ves el sombrero de copa que está en el suelo? Es idéntico a la chistera del barón. Ya me di cuenta de ello en su momento. ¿Por qué llevaba el

doctor Lichtenstein el mismo sombrero de copa que ese tal Reichenbach?

—¿Seguro que es el sombrero de Lichtenstein? —preguntó Julia—. De acuerdo, estaba junto a él en la cripta, pero eso no significa que también lo hubiese llevado puesto.

—¿Qué intentas decir? —Leo rio secamente—. ¿Que un barón que lleva un cuarto de siglo muerto ha asesinado a Lichtenstein en la cripta de San Esteban y se ha dejado olvidada la chistera?

—Solo quiero decir que todo esto es muy extraño. —Julia señaló las placas de cristal que colgaban en el bastidor—. No he perdido de vista estas placas en ningún momento. Siempre han estado conmigo. Primero, en casa, y después, en el maletín. ¡Y ahora aparece en una de ellas ese difunto barón Von Reichenbach! Es un poco inquietante, ¿no crees?

—Prefiero calificarlo de «extraño» o, si quieres, «inexplicable por el momento» —reflexionó Leo—. Si es un truco que todavía no hemos descubierto, ¿cómo lo han hecho? ¿Y quién lo ha hecho? Simplemente, no lo entiendo. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa y siguió reflexionando—: Como mínimo creo que Lichtenstein fue asesinado —concluyó—, sin espíritus de por medio.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Estoy esperando los resultados de la autopsia del Instituto Forense, pero ese cigarro desmenuzado en la mano rígida de Lichtenstein… —Leo señaló la fotografía con el primer plano—, olía a algo muy particular, y no solo a humo.

—¿A qué, entonces? —preguntó Julia con impaciencia. Odiaba que Leo la mantuviera en vilo con sus reflexiones—. ¡Me tienes en suspenso!

—Esperemos a tener los resultados. Estamos haciendo demasiadas conjeturas y prefiero ir sobre seguro. —Leo miró la inquietante fotografía con el fantasma del barón levitando—. Parecía un típico caso de asesinato, sin más. Pero esto… —Sacudió la cabeza—. No sé qué pensar. Puede que no sea más que una casualidad, pero algo me dice que no lo es. Al fin y al cabo, la Vanotti me ha hablado de Reichenbach y he visto la fotografía en su casa…

—Sé de alguien que podría echarnos una mano —dijo Julia.

Leo la miró con recelo.

—¿No te referirás a…?

—Sí, me refiero a él. Hace poco fui con Sisi a verlo al Cementerio Central. Está trabajando en un nuevo libro.

—Si tiene el mismo éxito que el anterior, Augustin Rothmayer podrá colgar los hábitos como sepulturero —vaticinó Leo—. Su almanaque *Ritos funerarios y cultura popular* está a la venta en una de cada dos librerías de Viena. ¡Cómo le puede gustar a la gente algo tan

macabro!

—¿Es que no te alegras de que, a su edad, haya encontrado un público vivo? Hasta ahora se dedicaba en exclusiva a los muertos...

—No es mi amigo —replicó Leo resoplando—. Es más bien un... un colaborador esporádico. ¡Y un bicho rarísimo!

—Va, que te cae bien, no lo niegues. —Julia sonrió—. No es tan mal tipo, solo es un poco... difícil. Digamos que cuesta familiarizarse con él.

—No te falta razón —refunfuñó él—. Y también cuesta familiarizarse con su olor. Apesta a tierra húmeda de sepultura.

—En mi última visita, el señor Rothmayer me habló un poco de su último trabajo. Todavía está en la fase de investigación. —Guiñó un ojo—. Por lo visto va de apariciones de fantasmas...

—Claro, ¿y por eso crees que nos podrá decir algo sobre este fantasma?

—Creo que valdría la pena intentarlo. —Julia le acarició el pelo —. Además, una excursión con Sisi nos vendría bien a los dos, ¿no crees? Después de todos esos encuentros tan inquietantes...

IV

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Cerca del puerto fluvial de Albern, en el distrito vienés de Simmering, hay un camposanto muy particular. Se llama Cementerio de los Anónimos y en él son enterrados los cadáveres de ahogados que el Danubio ha arrastrado hasta la orilla. Muchos centenares de almas desventuradas descansan allí. De ellas, no son pocas las que, guiadas por la desesperación, han acabado voluntariamente con sus vidas terrenales. Los cuerpos terminan hinchados por el agua y roídos por los peces hasta hacerlos irreconocibles. Nadie sabe sus nombres, e incluso sus tumbas están empapadas, pues el cementerio se inunda periódicamente debido a las crecidas del Danubio.

La gente dice que ese cementerio está encantado. De hecho, no hay lugar en Viena y sus alrededores donde se hayan presenciado más fenómenos fantasmales que en el Cementerio de los Anónimos. No es de extrañar, si tenemos en cuenta la de destinos oscuros, dolor y tristeza que hay enterrados allí… Quizá el encantamiento no sea otra cosa que el desconsuelo por la muerte inesperada de alguien a quien le han arrebatado la vida antes de tiempo.

Un aura que perdura en el aire como un mal olor.

Traqueteando y haciendo sonar la campanilla, el tranvía tirado por caballos avanzaba a paso de tortuga hacia Simmering.

Julia veía a través de la ventanilla cómo el paisaje se transformaba durante la hora larga de trayecto. Ir hasta el Cementerio Central era como dar una pequeña vuelta al mundo. Incluso los periódicos bromeaban diciendo que era más fácil para un vienés viajar a América que llegar a su propio cementerio. Después de que, décadas atrás y por motivos de higiene, el ayuntamiento decidiera prohibir los entierros en los cementerios situados dentro del cinturón de circunvalación de la ciudad, en Simmering se había creado un enorme camposanto, más odiado que amado entre los vieneses.

El paisaje era cada vez más rural. Los carros y carretas levantaban polvo al circular por los caminos, y en las lindes se divisaban ya los

campos de trigo amarillo a la luz de la tarde. Leo tosió y se secó el sudor de la frente con su pañuelo blanco recién planchado.

—¡Si hubiéramos tomado un coche de punto ya habríamos llegado! —Miró a su alrededor en el sofocante compartimento, donde mujeres rollizas con bolsas de la compra y obreros con pantalones sucios se peleaban por los pocos asientos libres que quedaban—. Y la compañía habría sido más agradable, es decir, solo nosotros tres.

Sisi, a la que habían ido a recoger al Dragón Azul, iba sentada en el regazo de Julia. La niña no dejaba de señalar por la ventanilla y comentar el viaje con alegres gorjeos.

—Un poco de aire campestre no te va a matar —dijo Julia con una sonrisa—. ¡Mira lo contenta que está Sisi!

—Ya va siendo hora de que electrifiquen la vía, aunque solo sea para deshacerse de tanto muerto... ¡Esto es insufrible!

—Deja de quejarte y disfruta del domingo con nosotras. Considéralo mi regalo de cumpleaños atrasado. —Julia besó la frente de su hija—. Sisi se lo pasa muy bien cuando vamos a ver al señor Rothmayer. Lo llama «el señor cuervo».

Julia y Leo conocían a Augustin Rothmayer desde su primer caso juntos. El sepulturero vivía en el Cementerio Central de Viena, donde no solo se ocupaba de los muertos, sino que también recopilaba todo tipo de datos curiosos sobre los temas más peculiares. En varias ocasiones había ayudado a Leo con retorcidos casos de asesinato. El último libro de Augustin Rothmayer, que iba sobre ritos funerarios, estaba teniendo una muy buena acogida e incluso se vendía en la conocida librería Braumüller am Graben, lo cual ponía un poco celoso a Leo.

—Sisi quiere jugar al escondite con Anna entre las tumbas —dijo Julia, y miró a su hija—. ¿No es cierto, Sisi? —Julia hizo unos signos con la mano, a lo que Sisi asintió emocionada y respondió también con unos gestos.

Sisi era el fruto de una violación. Sin embargo, a Julia nunca se le pasó por la cabeza ir a una abortadora clandestina durante su embarazo. La pequeña era sorda de nacimiento, pero ello no quitaba que, a sus cuatro años, fuera una niña muy comunicativa. Julia tenía una pequeña guía de lenguaje de signos y ya se comunicaba bastante bien con Sisi. Leo también había aprendido algunos signos.

—Bueno, Sisi, ¿qué te parece? —dijo Leo, e hizo unos gestos que provocaron un estallido de carcajadas en la niña. Perplejo, las miró a ambas y dijo—: ¿Qué pasa? Solo le he dicho que le compraré un helado.

—Lo siento —dijo Julia, riéndose para sus adentros—, pero parecía que estabas imitando a un pez de colores.

—Claro, claro, un pez de colores. —Leo sonrió con ironía—. Pues

vigila, que no me ponga a cantar también en lenguaje de signos.

Los tres empezaron a juguetear, ajenos a las miradas irritadas del resto de los pasajeros. Eran estos momentos los que hacían feliz a Julia, sentirse como una familia normal y corriente que sale de excursión un domingo cualquiera. Pero sabía que esa no era la realidad. El pañuelo de Leo llevaba bordadas sus iniciales y el traje tweed que llevaba puesto estaba confeccionado en Londres. Ella, en cambio, se lavaba su propia ropa y usaba su falda raída hasta que prácticamente podía verse a través de la tela.

La espontánea excursión dominical hizo que Julia olvidara por un tiempo la inquietante fotografía y el cadáver de la cripta de San Esteban. Le apetecía pasar una tarde al aire libre en la naturaleza, aunque siguiera estando rodeada de cadáveres.

«Al menos estos muertos están bajo tierra y no saludan en las fotografías…»

Por la derecha asomaron los altos muros del cementerio que bordeaban la carretera de Simmering. El trayecto finalizaba en una explanada pavimentada frente a la entrada principal, donde esperaban varios coches fúnebres aparcados en fila. Julia veía gente vestida de luto por todas partes; las mujeres, con sombreros y velos negros, y los hombres, con frac y chistera. El domingo era el día preferido para los entierros. Los cerca de un centenar de sepelios que se celebraban a diario daban mucho quehacer a las funerarias vienesas. A Julia le pareció notar un olor a putrefacción ligeramente dulzón, lo que no era de extrañar dadas las temperaturas caniculares.

—Es muy probable que Rothmayer no tenga tiempo para nosotros —dijo Leo—. Se ve mucho ajetreo por aquí.

—Como mínimo veremos a Anna —replicó Julia—, y tú jugarás con ella al escondite, Sisi.

Rothmayer vivía cerca del muro del cementerio con una niña huérfana llamada Anna. A Sisi le gustaba Anna y las dos se entendían muy bien sin palabras. Este era otro de los motivos por los que Julia acudía a menudo al silencioso Cementerio Central, donde nadie se quedaba mirando a su hija como si fuera un mono o, peor aún, le lanzaba un gruñido de desaprobación.

Bajaron del tranvía de caballos y se abrieron paso entre la multitud de dolientes. La entrada al camposanto seguía ofreciendo un aspecto inacabado, pese a que habían transcurrido ya dos décadas desde su inauguración. Unos barracones hacían las veces de salas de espera y en un quiosco se servía cerveza y salchichas bañadas en aceite de fritura. Los tres portones altos del acceso se encargaban de infundir una cierta atmósfera sacra.

Sisi corría adelantada junto al pórtico por un estrecho sendero que los condujo hasta una hilera de lápidas y fosas recién cavadas. La

morada de Rothmayer no estaba muy lejos del campo de los suicidas, junto a la tapia trasera del cementerio, a un buen cuarto de hora de distancia a pie desde la entrada principal. Era una bonita cabaña con jardineras en los alféizares y rosales trepadores en las paredes. Solo las cruces sepulcrales que rodeaban la choza como un círculo de piedras celtas se encargaban de alterar el escenario idílico.

Del interior de la casita llegaba el sonido de unas notas de violín ligeramente chirriantes, como si alguien estuviera practicando un poco a tientas una melodía. Julia se detuvo a escuchar mientras Sisi seguía caminando hacia la cabaña. Cada vez que recordaba que su hija no podía oír música se le encogía el corazón.

—Eso que suena es… —empezó Julia.

—La canción del pajarero, de *La flauta mágica* —terminó Leo la frase—. Parece que, después de todo, vas a tener tu función de ópera, y al aire libre, nada menos —bromeó.

Entretanto, Sisi había abierto la puerta y entrado corriendo en la cabaña. La melodía cesó y, poco después, una muchacha de pelo negro y vestida con una blusa de trabajo apareció en la entrada, cogida de la mano de Sisi. Una vez más, Julia se maravilló de lo mucho que había crecido Anna en el último año. Tendría unos trece o catorce años, nadie lo sabía con certeza, y mucho menos la propia joven. Hacía dos que había recalado en casa de Rothmayer siendo una huérfana extraviada. A pesar de una serie de obstáculos burocráticos, el administrador del cementerio había accedido a adoptarla y, desde entonces, vivía legalmente con Rothmayer como su aprendiz. Eran como padre e hija.

—¡Visita sorpresa! —exclamó Leo—. Parece que hemos tenido suerte. Estáis en casa.

Anna negó con la cabeza.

—Solo yo, señor inspector. El señor Rothmayer está trabajando.

A pesar de su estrecha relación, Anna seguía llamando al sepulturero por su apellido.

Julia frunció el ceño.

—Pero, esa música…

—Bueno…, era yo… —confesó Anna mirando al suelo, avergonzada.

—¿Tocas el violín, Anna? —se sorprendió Julia—. ¡No tenía la menor idea! Felicidades, suena muy bien. ¿Has aprendido por tu cuenta?

Anna asintió en silencio.

—¡No se chive, por favor! —rogó—. Al señor Rothmayer no le gusta nada que toque su violín. Tiene miedo de que se lo rompa. Solo toco cuando él no está…

—Pues para no tener profesor, no está nada mal. Te felicito.

¡Tienes mucho talento!

Julia sabía que Anna amaba la música por encima de todo. La niña sonrió con timidez mientras Sisi arrancaba unas margaritas marchitas de las jardineras.

—Bueno, esperemos que el señor Rothmayer venda pronto muchos libros y pueda comprarte un violín —dijo Leo para animarla—. ¿Dónde se ha metido el viejo cascarrabias?

—Se ha ido al sector cinco. Está probando la máquina para enterrar cadáveres que ha comprado el administrador del cementerio. —Anna se encogió de hombros—. Pero me temo que el señor Rothmayer no está muy convencido.

—Escucha —dijo Julia—, tenemos que hablar con él de algo importante. ¿Crees que podemos dejarte a Sisi un ratito? —Le guiñó un ojo cómplice—. Si es así, no nos chivaremos. ¡Te lo prometo!

—Todavía tengo que trenzar algunos adornos para las tumbas. Estos días hay un montón de entierros. El señor Rothmayer dice que, con este calor, los ancianos caen como moscas. Pero no me vendrá de media hora... —Anna cogió a Sisi de la mano y una sonrisa se dibujó en su rostro—. Vayan tranquilos. Sisi me echará una mano.

La peculiar pareja de jovencitas desapareció por detrás de la casa y Julia y Leo empezaron a caminar junto al muro del cementerio siguiendo las indicaciones de los carteles situados en las bifurcaciones.

—¡Este cementerio es un verdadero laberinto! —refunfuñó Leo—. Ya no sé las veces que me he perdido por aquí. Sector quinto, mmm... Creo que es por aquí...

Se oyó un crujido ensordecedor, seguido de un burdo juramento vienés.

—Parece que está por ahí —dijo Julia—. Solo conozco una persona que maldiga de esa forma.

Poco después llegaron a un conjunto de lápidas en cuyo centro había un enorme socavón. Sobre el hoyo, en la superficie, se elevaba un extraño artefacto consistente en unos puntales de hierro pintados de negro y formando un rectángulo, con varias manivelas, palancas, varillas y correas sobre ellos. De un extremo del artilugio sobresalían dos asideros, y en el otro se podían apreciar un par de ruedas. El conjunto parecía una mezcla de carretilla gigantesca y locomotora de vapor.

—¡Vaya trasto inútil! Ahí te quedas. ¿Acaso pretenden utilizar esta especie de rodillo para enterrar? Pero, claro, como es caro y moderno... Un funcionamiento impecable... ¡Ja! ¡Deja que me ría!

La voz chirriante provenía del fondo de la fosa, lo cual le otorgaba una turbadora reverberación. Julia y Leo se acercaron con cautela al borde del agujero y se asomaron para ver qué pasaba. Entre unos sacos y listones astillados vieron a Augustin Rothmayer

incorporándose y sacudiéndose la tierra de su chambergo de ala ancha. Llevaba puesto su abrigo negro a pesar del calor y tenía arcilla húmeda pegada en las botas.

«Sisi tiene razón —pensó Julia—, parece un cuervo gigante.»

—Señor Rothmayer, ¿está herido? —gritó ella hacia el fondo de la fosa.

—Yo no, pero ese tal Groeppner lo estará si me lo encuentro de cara. «Groeppner e Hijos», ¡ja! ¡Groeppner e Higos, debería llamarse! ¿Cómo se puede construir semejante armatoste? Ese panoli provinciano se va a acordar de la denuncia que le voy a poner.

Rothmayer se asió a una de las correas que colgaban del aparato y tiró de ella para ayudarse a subir. Al ver sus brazos largos y delgados, Julia se acordó de los grandes simios del parque zoológico. El sepulturero, todavía fuera de sí, se plantó frente a ellos al momento.

—¡Seiscientas coronas por esa basura! —exclamó indignado—. ¡Seiscientas coronas! Y al primer intento de ponerla en funcionamiento, ¡va y se descoyunta!

—¿Es ese el nuevo aparato para enterrar cadáveres? —preguntó Leo.

—¡Aparato para enterrar billetes, mejor dicho! —Rothmayer se sorbió la nariz, llevándose tierra y mocos—. La aracnopolea para ataúdes de mi invención cuesta muchísimo menos. Pero, claro, los señores de la administración no quieren ni oír hablar de ella. Prefieren comprar el Senkomat, del aclamado ingeniero Groeppner. Senkomat, ¡por favor! ¿No pueden ponerle un nombre más estúpido?

Leo volvió a asomarse a la fosa.

—Y todos esos sacos… ¿Quería comprobar con ellos la resistencia de la máquina?

Rothmayer asintió entusiasmado.

—No sabe usted lo que puede llegar a pesar un cadáver. Hay dignatarios orondos, consejeros regordetes, alcaldes cebados…

—Pero, perdóneme, los sacos están llenos de piedras hasta los topes —protestó Leo—. ¡Deben de pesar por lo menos media tonelada! No hay cadáveres tan gordos.

—Espere y verá, inspector. La gente está cada vez más sebosa. —Rothmayer resopló desafiante—. Mi aracnopolea para ataúdes puede con ese peso, pero el Senkomat, no. Lo acabo de comprobar. Cuando se lo diga al administrador…

—Esto…, señor Rothmayer —intentó cambiar de tema Julia—, no estamos aquí porque nos interesen los aparatos para enterrar cadáveres. En realidad hemos venido a pedirle un autógrafo. —Sacó un ejemplar del almanaque sobre ritos funerarios que había comprado en una librería de la Schwarzenbergplatz—. Es para la madre de Leo, que vive en Graz. Le hará mucha ilusión.

Leo pareció irritado en un primer momento, pero luego asintió.

—Pues sí, a ella le encantan los… funerales.

—Oh, en ese caso… —De repente, Augustin Rothmayer sonrió y dejó a un lado su mal humor. Se rascó la cabeza con timidez y preguntó—: ¿Tiene algo para escribir?

Julia rebuscó en su bolso y entregó un lápiz a Rothmayer. El sepulturero lo cogió con la mano manchada de arcilla y garabateó su rúbrica en la primera página del libro, dejando también algunas manchas oscuras y rastros de tierra de fosa funeraria.

—Tiene un autógrafo muy peculiar —observó Leo—. ¿Ha pensado qué va a hacer con los derechos de autoría del libro? Por lo que he oído, se está vendiendo muy bien.

—El dinero lo cobra el profesor Hofmann, del Instituto de Medicina Forense, y lo ingresa en su totalidad en una cuenta a nombre de Anna. Yo ya no necesito nada. Además, ya hace tiempo que me construí mi propio ataúd para cuando me llegue la hora. —Rothmayer mostró su dentadura en lo que probablemente pretendía ser una sonrisa—. Cuando Anna cumpla la mayoría de edad, podrá comprarse algo con todos esos cuartos. ¿Ya han pasado a saludarla?

—Anna ha tenido la amabilidad de cuidar de Sisi un rato —dijo Julia—. De hecho, nos gustaría hablar con usted. Se trata de un asunto en el que podría sernos de ayuda.

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¡Sabía que no habían venido al cementerio solo para que les hiciera un simple garabato! —Rothmayer ladeó la cabeza y les lanzó una mirada llena de curiosidad—. ¿Un crimen sin resolver? ¿Un cadáver imposible de identificar? ¿Una pelandusca que se ha colgado del pescuezo? ¿O quizá algo más interesante?

—Me parece que sí —dijo Julia—. Esta vez se trata de un fantasma de carne y hueso.

Al cabo de un rato estaban los tres en la linde del cementerio, sentados en un banco de piedra cubierto de musgo. Leo le había explicado sucintamente a Rothmayer el caso del muerto en la cripta de San Esteban, la inquietante presencia en la fotografía y la conversación en el ático de Maria Vanotti. El sepulturero no dejaba de rascarse la cabeza y morderse las uñas roñosas, lo que Julia interpretó como un signo de que Rothmayer estaba prestando toda su atención. Le encantaban los enigmas, y todo apuntaba a que este también le estaba fascinando. No dejaba de mirar la fotografía, que Julia también había traído consigo.

—Mmm, asombroso —dijo al fin Rothmayer—. ¡Extraordinario! Un espíritu vengador…

—Antes me ha hablado de su nuevo libro —intervino Julia—. ¿No trata también de apariciones de fantasmas?

—De espíritus y fenómenos fantasmales, para ser exactos. —

Augustin Rothmayer levantó un dedo profesoral—. ¡Pero no es lo mismo, ni mucho menos! Hablamos de espíritus cuando nos referimos a personas fallecidas que, por un motivo u otro, no pueden entrar en el más allá, mientras que un fenómeno fantasmal puede ser cualquier manifestación extraña e inexplicable: golpes, traqueteos, aullidos, objetos levitantes o un aliento gélido que nos roza de repente. También están los trasgos, las llamadas Damas Blancas, los fuegos fatuos, los duendes…

—Pero usted no se creerá esas patrañas, ¿verdad? —interrumpió Leo.

Augustin Rothmayer le dirigió una mirada casi compasiva.

—Verá, inspector. Mi familia lleva casi tres siglos trabajando en cementerios. Si hubiera espíritus aullando y haciendo sonar sus cadenas, los Rothmayer habríamos acabado en el manicomio hace mucho tiempo. Por otro lado, es normal que un lugar como este invite a imaginar todo tipo de historias de fantasmas —y empezó a enumerar con los dedos—: muertos vivientes, vampiros, la famosa hora bruja… También se dan casos de desaparición de calaveras de las tumbas. La gente gasta bromas con ellas y dice que incluso pueden hablar.

—Eso es repugnante —comentó Julia.

—Y quizá también bastante rentable —añadió Leo—, como mínimo para quienes escriben sobre ello. Ese tipo de historias se venden muy bien. Ya entiendo por qué está escribiendo un libro sobre el tema.

—Puede que tenga razón… —dijo Rothmayer con cara de niño travieso. Entonces, su expresión cambió bruscamente—. Por otro lado… —Miró a Leo y a Julia—. ¿Saben cuando algo es imposible de explicar? Una voz que viene de la nada, una corriente de aire donde no debería haberla, la sensación de que alguien te sigue pero no hay nadie detrás… A menudo experimento cosas así, sobre todo aquí, en el Cementerio Central, ¡oh, sí!

El sepulturero asintió entusiasmado con la cabeza y continuó:

—Decimos que son fantasmas, pero posiblemente se trate de fenómenos para los que la ciencia aún no ha encontrado un nombre, de la misma manera que hasta hace poco no sabíamos nada de la maldita electricidad ni se nos había ocurrido pensar que podríamos hablar a cientos de kilómetros de distancia a través de un extraño embudo. Me gustaría llegar hasta el fondo de esos fenómenos inexplicables, pero, claro, hay un montón de impostores y charlatanes que ganan mucho dinero a costa de las creencias de la gente. Y por eso estoy escribiendo el libro, para separar el grano de la paja.

El sepulturero devolvió la fotografía a Julia, que volvió a notar cómo se le erizaba el vello de la nuca cuando vio la imagen de reojo. Con una sensación de inquietud, miró a su alrededor y vio que las

sombras proyectadas por las lápidas se habían alargado y oscurecido.

—Ese barón Von Reichenbach —susurró ella al cabo—, ¿le suena? Al parecer, se dedicó a investigar algo llamado Od.

—Sí, la fuerza ódica. Me interesa el asunto. —Rothmayer se levantó del banco—. Caminemos un poco, así charlaremos mejor.

Juntos empezaron a pasear junto a las numerosas cruces funerarias y los montículos de las sepulturas que sobresalían del suelo. Augustin Rothmayer silbaba la *Marcha fúnebre* de Chopin y de vez en cuando se detenía para oler una flor o apartar del camino una rama caída. Para el sepulturero, el cementerio no se diferenciaba mucho de un acogedor parque.

«Este es su hogar —pensó Julia—, y yo ya empiezo a ver fantasmas...»

—Esa fuerza ódica, o el Od, como lo llamaba Reichenbach, es un fenómeno harto extraño —apuntó Rothmayer al cabo de un rato—. Tal vez sea el equivalente al alma, algo que sigue existiendo incluso cuando la persona lleva muerta mucho tiempo.

Leo asintió con la cabeza.

—La norteamericana chiflada dijo algo parecido.

Rothmayer señaló los túmulos con sus dedos huesudos.

—De ser eso cierto, y con la de cadáveres que hay enterrados aquí, todo esto debe de estar lleno de fuerza ódica. Pero, por lo que parece, es invisible.

—En cambio, sí puede olerse —replicó Leo arrugando la nariz—, sobre todo en verano. ¿Qué sabe de ese tal Reichenbach? Según Claire Pauly, era una especie de brujo. Es todo lo que sé.

—El señor inspector no se anda con chiquitas. —Rothmayer suspiró con resignación—. Un alemán de pura cepa, qué le vamos a hacer... —Se detuvo, pensó un instante y siguió hablando—. Algo he leído sobre el barón Von Reichenbach, pero no mucho. Por lo visto venía de buena familia, y al principio era un sobrio hombre de ciencias. Se hizo un nombre como mineralogista y botánico, ese tipo de cosas. Pero también se dedicó a investigar otros campos, hace ya más de cincuenta años. Tenía un palacio aquí, en los alrededores de Viena, donde estudiaba ese extraño Od. Al parecer, estaba obsesionado con el tema. Es posible que experimentara con los cadáveres que le compraba al sepulturero de Grinzing... ¡Una deshonra para el gremio, dicho sea de paso! —apostilló Rothmayer con un gesto de indignación—. La gente llamaba a Reichenbach brujo y alquimista. Decían que había hecho un pacto con el diablo.

—Apuesto lo quiera a que acabó volando por los aires en un experimento químico y fue directo al infierno —se burló Leo—. Igualito que el estimado doctor Fausto.

—Pues no. Vendió el palacio y murió entrado en años en Leipzig.

Muy aburrido. Demasiado aburrido para mi libro. —Rothmayer se encogió de hombros—. Es todo lo que sé, pero quizá averigüe algo más. En cuanto a esa extraña fotografía… —Se volvió hacia Julia—. ¿Puedo verla otra vez?

Julia le entregó la foto. El sepulturero la estudió brevemente y asintió con la cabeza.

—Creo que conozco a alguien que puede decirnos cómo se hace.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es? —preguntó Leo.

—Mi amigo Gustl, del Wurstelprater. Lo conocí aquí, en la morgue del cementerio. Se dedica a fotografiar difuntos postrados en sus ataúdes, a modo de estampitas de recuerdo. A la gente le encanta y está bien pagado.

—¿Tiene un amigo fotógrafo? —quiso saber Julia con curiosidad.

—No es un fotógrafo cualquiera. Gustl es fotógrafo de espíritus con certificación oficial.

—¿Fotógrafo de espíritus? —preguntó extrañada la joven—. ¿Eso existe?

—Lo que oye. Hace fotografías de espíritus. Bueno, no son espíritus de verdad, solo lo parecen… —aclaró Rothmayer—. Es un poco complicado. Quizá no sea mala idea que la señorita y yo vayamos a visitar a Gustl al Prater para que sea él mismo quien nos lo explique. ¿Qué me dice?

El sepulturero le guiñó un ojo a Julia y le tendió el brazo cual galán entrado en años. Entonces se volvió hacia Leo y le dijo con voz firme:

—Y usted, inspector, acudirá sin falta a la sesión en casa de la Vanotti. En mi libro voy a dedicar un capítulo a esas reuniones de espiritistas y a las estafas que se cometen en ellas. Puede ser muy interesante. —Tiró de Julia para sí y dijo—: Y ahora, volvamos a la cabaña antes de que esas dos mocosas se pongan a jugar otra vez a la petanca con los cráneos de las fosas del sector tercero.

Cuando, esa misma noche, Leo subía las escaleras de su pensión en el céntrico distrito de Josefstadt, la cabeza le daba vueltas. Habían pasado muchas cosas ese domingo: la conversación con la *signora* Vanotti y su médium, la fotografía con la inquietante aparición, la posterior visita al Cementerio Central… ¿Qué habría querido decir Rothmayer cuando dijo que su amigo del Prater era un fotógrafo de espíritus?

«Hace fotografías de espíritus. Bueno, no son espíritus de verdad, solo lo parecen…»

Leo nunca había pensado que el sepulturero tuviera amigos.

Pues resultaba que tenía uno y que también era un bicho raro. En cualquier caso, no era mala idea que Julia fuera al Prater con Rothmayer por la mañana. Ella seguía siendo la que mejor se llevaba

con él.

Leo y Julia se habían dado un fugaz beso de despedida antes de que ella se fuera de vuelta a Neulerchenfeld con su hija. Sisi tenía que ir a la cama; había quedado agotada después de jugar con Anna. A Leo también le habría gustado tumbarse nada más llegar, tal vez con un vaso de vino en la mesilla y uno de sus apreciados cigarrillos Yenidze, cuyas cajetillas se mandaba traer regularmente. Pero cuando abrió la puerta de la pensión, su casera ya lo estaba esperando en el vestíbulo. Seguro que la señora Rinsinger había oído sus pasos en la escalera.

—¡Por fin ha llegado! —lo recibió la mujer, con un ligero tono de reproche.

Adelheid Rinsinger era una distinguida viuda de casi sesenta años. Su difunto marido, un alto funcionario, le había dejado en herencia una espaciosa vivienda en la Lange Gasse. El recibidor y el pasillo rezumaban puro espíritu imperial austrohúngaro, como atestiguaban los numerosos cuadros descoloridos y el desgastado mobiliario de estilo Biedermeier que la señora Rinsinger limpiaba de polvo a diario con meticulosa disciplina marcial.

—No me diga que me estaba esperando —respondió Leo, agotado —. Si es por la cena, no tenía pensado comer gran cosa...

—No lo espero yo, sino su madre —lo interrumpió la señora Rinsinger.

—¿Mi... madre? —Casi se le cae la llave de la mano—. ¿Me está diciendo que está aquí, en esta casa?

—No, aunque me encantaría conocer de una vez a la señora. —La casera enarcó una ceja—. Al fin y al cabo, lo normal es que un joven soltero invite a su madre y la saque a pasear un rato. Así es como debe ser.

—Ahora mismo habla usted igual que ella —se quejó Leo.

En realidad, hacía mucho tiempo que no veía a su madre. Leo había huido literalmente de Graz hacía más de dos años, tras la ruptura de un compromiso matrimonial y de batirse en un duelo que se había saldado con la vida de su mejor amigo. Su padre no le dirigía la palabra desde entonces y su madre le enviaba una pequeña paga todos los meses. Él se limitaba a cumplir escribiéndole amables cartas.

—Pues ha llamado varias veces —dijo la señora Rinsinger—. Parecía importante. Por cierto, su señora madre tiene una voz muy bonita. Hemos estado charlando sobre el tiempo. Dice que ahora refresca un poco en Graz. Yo no puedo con el calor...

—¿Dijo qué quería? —preguntó él, preocupado.

La señora Rinsinger disponía de teléfono desde hacía poco, y Lili, la hermana de Leo, ya había contactado con él en varias ocasiones, pero su madre todavía no lo había hecho. Leo sospechaba que aún no estaba familiarizada con el nuevo medio de comunicación. Así que

debía de tratarse de algo muy importante si descolgaba el teléfono.

En ese preciso instante sonó un timbre en el salón.

—Debe de ser ella otra vez. Voy a contestar —dijo la casera, adentrándose a paso rápido en el pasillo antes de que Leo pudiera elevar ninguna protesta.

La sala de estar (o salón, como prefería llamarla Adelheid Rinsinger) estaba repleta de muebles y repisas sobre las que había expuestos, convenientemente alineados, jarrones con flores de cera, vajillas esmaltadas y simpáticas figurillas de ángeles de escayola. La casera recopilaba angelitos como quien colecciona sellos, y cuanto más ramplones eran, mejor. Junto a una figura especialmente chabacana estaba el aparato telefónico: una caja de madera provista de cables y dos embudos de latón y apoyada sobre un cojín de terciopelo verde. La señora Rinsinger se llevó uno de los embudos a la oreja y gritó por el otro como si estuviera hablando con la otra punta del mundo.

—¿Sí? ¿Me escucha? Sí, por favor, páseme la conferencia. ¿Hola? ¡Ah, señora Von Herzfeldt! Sí, está aquí… —Se dirigió entonces a Leo—: Es su madre. Le he dicho que está usted aquí.

—Ya lo he oído —murmuró Leo.

—¡Sí, espere un momentito! —volvió a vociferar la mujer al micrófono—. ¡Se lo paso!

Le entregó el auricular a Leo, pero no se separó ni un milímetro de él.

—Señora Rinsinger, si no le importa… —dijo el inspector, indicando la puerta con la mirada.

Visiblemente a disgusto, la casera abandonó el salón dejando la puerta entreabierta; Leo supuso que la mujer se había quedado junto a la ranura.

—¡Mamá! —gritó al embudo, tratando de parecer más alegre de lo que en realidad se sentía—. ¡Qué sorpresa tan agradable! Espero que no haya pasado nada…

—¿Sabes lo que he tardado en dar con esta cosa… este número de teléfono? —resonó la voz familiar y criticona de su madre. Se oía un leve ruido de fondo, pero, por lo demás, la comunicación era excelente—. Podrías habérmelo indicado en una de tus cartas. ¡He tenido que pedírselo a tu hermana!

—Ah, es que pensaba que preferías el correo al teléfono…

—Mira, he decidido ir a Viena. Hace mucho que no te veo y ya no sé qué aspecto tienes. ¿Comes bien, hijo? Tu casera dice que no te cuidas mucho…

—¿Que vienes a Viena? —la interrumpió Leo, sorprendido—. Pero… ¿cuándo, si se puede saber?

—Pues esta misma semana. Mi tren llega el miércoles a las dos de

la tarde a la Estación del Sur. Me encantaría que vinieras a recogerme. ¿No te hace ilusión?

—Eh…, claro que me hace ilusión, pero…

—Tenía que salir de Graz. Tu padre se ha vuelvo un viejo cascarrabias y se pasa el día en casa. ¡Tienes que presentarme a esa joven tan simpática de la que me has hablado tantas veces en tus cartas! Además, siempre he querido visitar los museos de Viena e ir a la ópera. Tenemos que ir a la ópera, ¿me oyes? Como hacíamos antes, ¿te acuerdas? Eras un niño tan dulce, con tu traje de terciopelo azul. Una vez te manchaste la camisa con nata montada y tuve que…

—¿Y dónde te alojarás? —interrumpió Leo la verborrea de su madre.

—Oh, no te preocupes, he encontrado un hotel precioso. Me lo ha recomendado el concejal de comercio Meier. ¿Te acuerdas de los Meier? Viven a una calle de casa, en la esquina con…

—Mamá, no sé si es buena idea. Me refiero a que ahora mismo estoy muy ocupado…

—¿Estás diciendo que no puedes dedicarle un poco de tiempo a tu madre? —Su voz adquirió ese tono, mezcla de queja y lamento, que Leo recordaba muy bien—. ¡Después de todo lo que he hecho por ti! Creía que te haría ilusión…

—¡Por supuesto que me hace ilusión! ¡Te lo juro! Solo que es un poco repentino y…

—Bien, no te olvides de llevar un paraguas cuando vayas a recogerme a la estación. Puede que llueva y llevaré un sombrero nuevo. Un modelo maravilloso que he comprado en una tiendecita de Budapest…

Leo seguía con el auricular pegado a la oreja, pero ya no atendía a lo que decía su madre.

Solo pensaba en cómo iba a presentarle a esa joven tan simpática sin decirle que Julia vivía en un burdel, se dedicaba a fotografiar víctimas de asesinatos y tenía una hija ilegítima y sorda. Y que él se encontraba ahora mismo tras la pista de un asesino que ciertas personas sostenían que era un espíritu.

Iba a ser una semana sumamente extenuante.

V

El Instituto de Medicina Forense era una sobria construcción de varias plantas contigua a un aula de la Facultad de Medicina, convenientemente situado en la Sensengasse. Leo había recorrido tantas veces a pie el trayecto desde la Jefatura hasta allí que podría dar con él con los ojos vendados. Todas las víctimas de asesinato acababan aquí tarde o temprano, y en una gran urbe como Viena eso significaba para Leo una visita casi diaria. Al principio no dejaba de asombrarle la rutina con la que los responsables de las autopsias diseccionaban cadáveres o serraban cráneos mientras enumeraban con un canturreo monótono los métodos homicidas más espantosos. Pero la actitud de Leo hacia todo aquello había cambiado, y en los cadáveres de las mesas de disección ya no veía a personas, sino carne inerte que guardaba un secreto. Y su labor como policía era descubrir ese secreto y llevar a los culpables ante la justicia.

Era por la mañana temprano. Leo acababa de enterarse por el profesor Hofmann, a través del nuevo teléfono de su despacho, de que el examen del cadáver de Lichtenstein había concluido. Se había pasado toda la noche pensando en cómo quitarse a su madre de encima, pero no se le había ocurrido nada. Bueno, tendría que arreglárselas de alguna manera, quizá haciendo de guía turístico en algún rato libre y organizando un inofensivo encuentro con Julia en un café... En el fondo, estaba deseando volver a ver a su madre. Siempre se había mostrado mucho más cercana a él que su severo e inaccesible padre.

El jefe superior Moritz Stukart lo esperaba frente a la entrada del Instituto Forense. Leo no se sorprendió, pues contaba con que Stukart no dejaría pasar la ocasión de conocer de primera mano los resultados de la autopsia de su amigo. Probablemente, Hofmann también lo había telefoneado.

—Buenos días. —Stukart saludó con voz ronca y se enderezó los anteojos sin patillas—. Espero que haya tenido un buen fin de semana.

—Digamos que no me he aburrido, señor.

—¿Deduzco entonces que ha avanzado un poco en el caso? —preguntó Stukart.

—Se podría decir que sí, pero eso no lo hace menos complicado.

Mientras caminaban por los largos pasillos del Instituto Forense, Leo puso al jefe superior de policía al corriente de la investigación y de la conversación con la *signora* Vanotti. También le habló de la extraña fotografía.

—Todavía estamos..., bueno, estoy intentando averiguar de qué se trata —concluyó Leo—. Es probable que sea algún fallo en la placa fotográfica. Pero al menos ahora sé que sus sospechas estaban fundadas, señor. Su amigo ha sido asesinado. El profesor Hofmann me ha confirmado mi teoría por teléfono esta mañana.

—¿Y cuál es? —inquirió Stukart.

—El profesor se lo explicará mucho mejor.

—Está usted despertando mi curiosidad. —Stukart frunció el entrecejo—. ¿El sacristán de la catedral de San Esteban estaría implicado?

—No lo creo —disintió Leo—. Creo que las visitas guiadas no son más que un sobresueldo. Pero lo cierto es que Lichtenstein no le pasó inadvertido la noche anterior. El doctor lo acribilló a preguntas indiscretas, probablemente con la intención de acabar con el embuste de los fantasmas en la cripta de San Esteban, igual que en la sesión de espiritismo.

Entraron en una sala alargada con el suelo espolvoreado de serrín. Leo percibió de inmediato el olor dulzón y ya familiar a formol y descomposición. Sobre una de las tres mesas de disección yacía un cuerpo humano cubierto con una sábana de la que sobresalían los dedos de los pies. Un hombre delgado vestido con bata estaba de espaldas lavándose las manos en una palangana. Se volvió y saludó amistosamente con la cabeza.

—¡Ah..., los señores de la policía, incluido el jefe superior en persona! ¡Qué honor! Estaba a punto de pedirle a mi secretaria que me preparara un café. ¿Les apetece uno? ¿Un moka doble corto de leche, quizá, o uno solo? Granos de Arábica recién tostados, ¡una delicia!

El profesor Hofmann dirigía el Instituto de Medicina Forense y era uno de los patólogos forenses más prestigiosos del mundo. Tenía una barba cerrada atusada con mimo y vestía camisa y chaleco bajo la bata salpicada de sangre. Siguiendo su costumbre, llevaba pajarita, como si no estuviera diseccionando cadáveres sino dando una de sus largas disertaciones en alguna tertulia con una copa de champán en la mano.

—Gracias, profesor —dijo Moritz Stukart—, quizá en otro momento. Como sabrá, la policía siempre tiene un poco de prisa. —Señaló el cuerpo cubierto con la sábana—. ¿Es nuestro hombre? —Nada en la voz de Stukart dejaba entrever que allí yacía, rígido y sin vida, uno de sus mejores amigos.

Hofmann asintió con la cabeza y confirmó:

—En efecto. —Apartó la sábana y dejó a la vista el cuerpo pálido y azulado de Lichtenstein. Tenía la caja torácica cosida, se podía distinguir la amplia sutura—. Para decirlo sin rodeos, su joven colega tenía razón. ¡Mis felicitaciones! El pobre no ha muerto de causas

naturales.

—¿Y de qué ha muerto, entonces? —preguntó Stukart.

—Envenenamiento. Con un puro.

—Disculpe, ¿he oído bien? —preguntó Stukart, sorprendido—. ¿Con un... puro?

Leo carraspeó e intervino:

—Encontré hebras de tabaco en la mano de Lichtenstein. Olían muy raro, como a...

—*Prunis dulcis amara* —dijo Hofmann con tono profesoral—, es decir, almendra amarga. El típico olor del ácido prúsico. No todo el mundo puede captar ese aroma, pero, afortunadamente, el compañero inspector tiene una capacidad sensorial exquisita. He analizado el tabaco y, sí, contenía una cantidad considerable de cianuro. La muerte fue causada por la inhalación del humo.

—¿La inhalación ya es venenosa? —preguntó Stukart, incrédulo.

—¡Por supuesto! El efecto es incluso más rápido. ¡Una pérfida forma de matar! —El profesor Hofmann parecía entusiasmado—. El arma homicida se desintegra, por así decirlo, al convertirse en cenizas. Es muy difícil demostrarlo, ya que la dosis de ácido prúsico presente en el tabaco es ínfima. Y se puede adquirir en una farmacia si se tienen los contactos adecuados.

Moritz Stukart silbó entre dientes. Leo notó que el rostro inexpresivo del jefe superior palidecía.

—Mis respetos, inspector —dijo Stukart a Leo—. Si estos son los nuevos métodos de investigación que ha traído de Graz, lo animo a seguir practicándolos. Alguien debió de ofrecerle al doctor este puro envenenado, o bien el homicida lo manipuló a espaldas de la víctima. A Theo..., perdón, al doctor Lichtenstein le gustaba fumar, sobre todo cuando... jugaba al ajedrez. Es probable que el asesino lo supiera.

Moritz Stukart contempló el rostro rígido de su amigo muerto. Por primera vez, Leo creyó ver verdadera emoción en la expresión de su superior. Pero aquello duró solo un instante, y Stukart levantó bruscamente la cabeza.

—¿Cuánto tarda en producirse la muerte? —preguntó el jefe superior con voz cortante.

—Oh, como he dicho, no mucho tiempo, en realidad —respondió Hofmann—, pero, para la víctima, toda una eternidad. Alrededor de unos veinte minutos. No es una muerte agradable, a decir verdad. Empieza con dificultades respiratorias, opresión en el pecho, aceleración del ritmo cardíaco...

—Los síntomas de un infarto. —Leo asintió con la cabeza—. Alguien ha pensado en todo.

—El ácido prúsico es un veneno traicionero... —El profesor empezó una de sus típicas disertaciones—. Su descubrimiento se

remonta casi doscientos años atrás, con la invención de un pigmento llamado azul de Prusia, de ahí el nombre. El ácido prúsico está presente, en pequeñas dosis, en las almendras amargas. Entre mis numerosos cargos, ostento también la presidencia de la Sociedad Botánica de Viena. Hace poco di una interesante conferencia. ¿Sabían que la ingestión de apenas cinco almendras amargas puede resultar mortal en los niños…?

—Gracias, profesor —lo interrumpió Stukart—. Creo que ya sabemos todo lo que queríamos. Puede tomarse su café cuando guste.

—Claro, claro —replicó Hofmann algo disgustado, y se dirigió entonces a Leo—: ¿Sigue viendo de vez en cuando a su amigo el sepulturero?

Leo suspiró. De hecho, Julia había quedado por la tarde con Augustin Rothmayer para ir a ver al extraño fotógrafo de espíritus del Wurstelprater y pedirle su opinión sobre la inquietante fotografía de la escena del crimen.

—No es mi amigo, es más bien… una fuente que consulto de vez en cuando.

—En ese caso, salude a su fuente de mi parte. La editorial está deseando reunirse con él para hablar de su nuevo libro…

—¿Qué libro? —preguntó Stukart.

—Es una larga historia, pero no es importante. —Leo alzó el sombrero para despedirse—. Debemos irnos ya. Ha sido un placer, como siempre. Y disfrute de su café, espero que no esté demasiado amargo…

Cuando, poco después, Leo y Stukart volvían a estar frente a la entrada del Instituto Forense, el jefe superior respiró hondo. Se limpió las gafas y Leo vio que tenía los ojos llorosos.

—No es nada —dijo Stukart, que volvió a fijarse los anteojos sobre la nariz como si fueran la mira de un arma—. Tenemos, pues, el arma homicida: un puro envenenado. Y también un posible móvil: la venganza de un espiritista loco por haber perturbado una sesión. Recuerde que la última vez que jugamos al ajedrez, Theo me dijo que había gente que quería matarlo. Es posible que lo amenazaran. Y a los pocos días entra en la cripta de San Esteban con un puro envenenado…

—Fuma, se queda rezagado del grupo —prosiguió Leo—, quizá quiere echar una ojeada para ver si hay algo que huela a engaño…, y entonces se desploma en un rincón. Nadie lo echa de menos hasta que aparece el cadáver durante la visita de la noche siguiente. —Asintió con la cabeza y concluyó—: Un crimen casi perfecto.

—Exacto, casi perfecto. —Stukart apuntó con el dedo hacia Leo—. ¡Mañana debe ir sin falta a esa sesión! No podemos citar a la Vanotti para declarar porque se armaría un escándalo y la prensa se nos

echaría encima. Así que sea amable y despliegue sus encantos; sé que puede hacerlo, Herzfeldt. —Pensó un instante—. ¿Sabe una cosa? Llévese también a la señorita Wolf.

—¿La señorita Wolf? —Leo quedó perplejo—. Creía que…

—Por Dios, Herzfeldt, ¿me toma por estúpido? Hay que pasearse por la Jefatura con los ojos cerrados para no darse cuenta de que entre ustedes dos hay algo. —Stukart enarcó una ceja—. Aunque no lo crea, yo también fui joven y tampoco le hacía ascos a los placeres. Pero hay un reglamento. De todas formas, irán en misión no oficial. Cuatro ojos ven más que dos, y la señorita Wolf conectará mejor con las damas.

—Si usted lo dice, señor…

En realidad, Leo no veía del todo mal la idea de ir con Julia a la sesión espiritista del día siguiente. Le iría bien un poco de apoyo.

—Sí, yo lo digo. Tiene que averiguar quién demonios está detrás de esto, y no importa cómo lo haga. ¡Se lo debo a Theo! —Stukart miró fijamente a Leo—. Nuestro pacto sigue en pie, Herzfeldt. Resuelva este caso y pasaré por alto su aventura con una compañera de trabajo.

—¿Y la fotografía? —preguntó Leo.

Moritz Stukart hizo un gesto de despreocupación.

—Me ha dicho que probablemente hubo un fallo en la placa fotográfica. No le daría demasiada importancia. Lo que menos necesitamos ahora son más historias de fantasmas y espíritus. Con lo que tenemos nos basta. —El jefe superior de policía se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. ¡Maldito calor! ¡Con lo temprano que es! Ah, otra cosa más, Herzfeldt. —Guardó el pañuelo—. No he podido seguir ocultando el asunto a su compañero Leinkirchner. Él ya conoce el caso, pero le he dicho que usted es el único que va a investigar. Él ya tiene otros casos sobre la mesa. Y asegúrese de que no intente entorpecerlo solo porque la víctima es judía.

—No creo que se atreva —dijo Leo.

—No abiertamente, por supuesto. Y para que no me malinterprete: Leinkirchner es un buen policía. Pero también es un antisemita. —Stukart suspiró—. A diferencia de mí, Theo nunca ha ocultado su judaísmo y participaba de forma activa en la comunidad judía, donde se había hecho un nombre. Y tampoco era, digamos… una persona fácil.

—¿A qué se refiere?

—No está bien criticar a los muertos, pero lo cierto es que Theo siempre quería tener la razón y no dudaba en litigar contra todo y contra todos. Quizá porque, como judío en Austria, uno tiene que hacer valer sus derechos si no quiere que lo pisoteen. Posiblemente Leinkirchner también haya oído hablar de él. —Stukart resopló—. Para el compañero inspector jefe, los judíos solo somos cuerpos

extraños, y le da igual uno más o uno menos.

—Pero, señor...

Stukart levantó la mano.

—No me hago ilusiones al respecto, Herzfeldt. La gente me respeta como judío siempre que ofrezca buenos resultados. Es lo que he hecho toda mi vida, siempre he sido el mejor. —Miró a Leo a los ojos—. Quizá sea nuestro destino como judíos. Tenemos que ser siempre los mejores para que nos acepten, y eso hace que todavía les gustemos menos. Es un círculo vicioso. —Stukart sacudió la cabeza.

Leo se acordó de algo.

—Quería preguntarle una cosa, señor. ¿Su amigo usaba sombrero de copa? Uno de esos altos y antiguos.

—¿Sombrero de copa? —reaccionó Stukart, perplejo—. No. De hecho, nunca llevaba sombrero. Y si lo hubiera llevado, seguro no habría sido ningún modelo burgués y pasado de moda, sino un Homburg o un bombín. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, junto a su cadáver había un sombrero de copa. —Leo se encogió de hombros—. Si no era de Lichtenstein, ¿de quién, entonces? ¿Del asesino?

«O de un espíritu», pensó Leo para sus adentros. Pero no lo repitió en voz alta.

Cuando, poco después, Leo volvió a su despacho, ya estaba allí Loibl, el compañero algo gruñón con el que compartía espacio. A pesar de ciertas dificultades iniciales, habían terminado aviniéndose, aunque el entusiasmo de Loibl por el trabajo seguía teniendo sus limitaciones. Justo en ese momento estaba ocupado con su segundo desayuno. Limpiándose un resto de espuma de leche de su bigote de morsa, el compañero saludó a Leo inclinando la cabeza con la boca llena.

—Paul Leinkirchner ya le echa de menos —dijo después de tragar, y sacudió con la mano las migas de pan que había encima de las carpetas—. Ha preguntado dónde estaba.

—Pues va a seguir echándome de menos —dijo Leo, y tomó asiento frente a Loibl—. Stukart me ha asignado un caso personalmente. Bastante espinoso, por cierto.

—Lo sé. —Loibl sonrió—. Por eso Leinkirchner quería hablar con usted. Supongo que ya habrá leído el periódico, ¿verdad?

—Pues no. Al menos, no en profundidad. ¿Por qué?

Justo en ese momento, la puerta del despacho se abrió de golpe y apareció el inspector jefe Paul Leinkirchner. Tenía la calva llena de pequeñas gotas de sudor y se abanicaba con un periódico doblado. Cojeaba un poco a causa de una herida de guerra mal curada que le resultaba más molesta cuando hacía bochorno.

—¡Estimado compañero! —dijo sin sacarse el puro de la boca; su

voz desprendía un tono acechante—. Acabo de ver al jefe superior Stukart en el pasillo y me ha dicho que han ido juntos al Instituto Forense. ¿Algún muerto se ha puesto a aullar y rondar por el depósito de cadáveres? ¿Han tenido algún encuentro con el más allá?

—¿Un encuentro con el más allá? —preguntó Leo, receloso—. Me temo que no lo entiendo. No sé qué ve de gracioso...

—Gracioso, no lo sé, pero desagradable, seguro. No lo envidio por el caso, Herzfeldt. —Leinkirchner lanzó el periódico sobre el escritorio. Era el *Neues Wiener Journal*. El diario ya estaba abierto por una página en concreto—. ¿A qué policía le puede gustar que un espíritu lo ponga en ridículo? Diviértase con la caza del fantasma.

Leo se inclinó sobre la página... No podía creer lo que estaba leyendo. Pero ahí estaba, con letra negrilla y delante de sus ojos:

HALLADO UN CADÁVER EN LA CRIPTA DE SAN ESTEBAN. ¿ES UN ESPÍRITU EL ASESINO?

El doctor Theodor Lichtenstein, conocido médico y detractor del espiritismo, fue encontrado muerto el pasado sábado por la noche en la cripta de San Esteban, con la mirada petrificada de terror y una expresión de infinito espanto en el rostro. Como ya ha informado el *Journal*, Lichtenstein había asistido recientemente a una sesión de espiritismo celebrada en la vivienda de la famosa diva de la ópera Maria Vanotti. Allí iba a ser invocado el alquimista y brujo Karl von Reichenbach, pero el doctor Lichtenstein interrumpió la ceremonia y la tachó sin tapujos de patraña. En los círculos ocultistas corre la voz de que el espíritu del barón Von Reichenbach se habría vengado de Lichtenstein. ¿Es, pues, el asesino un fantasma? ¿Quién será la siguiente víctima? Más información en exclusiva, próximamente, aquí, en el *Journal*.

Acompañaba el texto una escalofriante representación de un espíritu abalanzándose sobre el doctor. La imagen mostraba también huesos y calaveras, así como una lúgubre cripta y, volcada en el suelo, una lámpara que desprendía una luz tétrica. El sensacionalista artículo iba firmado por un tal Harry Sommer.

El mismo Harry Sommer que había irrumpido en la cripta de San Esteban el sábado por la noche.

—¡Ese maldito periodista! —murmuró Leo entre dientes—. Pero ¿cómo es posible...?

—No me gustaría estar en su pellejo, Herzfeldt —se burló Leinkirchner—. Por cierto, Stukart está que trina. Acabo de mostrarle el artículo. Se pregunta, con razón, de dónde habrá sacado el *Journal* todos esos datos. ¿De usted?

—Pero ¿qué se ha creído? —se indignó Leo, pero recuperó la calma. El jefe superior Stukart tenía razón. ¿Cómo se había enterado

ese gacetillero de la identidad del cadáver y, sobre todo, cómo sabía lo del alquimista Karl von Reichenbach? Solo podía haber una explicación: alguien del grupo de espiritistas se había chivado al periódico. ¿Quizá para desviar la atención? Bueno, ahora tenía otro motivo más para acudir a la sesión del día siguiente. ¡Y su madre tenía que venir justo ahora!

—¿Desde cuándo nos interesa en la policía lo que publica la prensa sensacionalista? —replicó Leo con aparente frialdad.

—Tiene razón —asintió Leinkirchner. Tenía la camisa manchada de sudor y su robusto tórax se inflaba y desinflaba como el fuelle de un herrero—. De todas formas, no entiendo a qué viene tanto alboroto por el judío muerto. Simplemente sufrió un infarto. ¿A quién le puede preocupar?

—Fue envenenado —dijo Leo—. El profesor Hofmann acaba de confirmarlo, por eso he ido al Instituto Forense con Stukart.

—Así que envenenado… Bueno, un judío menos.

Leinkirchner farfulló la última frase entre dientes, pero Leo se dio cuenta y preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—Digo que ese tal Lichtenstein tenía muchos enemigos, y no solo entre los espiritistas.

Leinkirchner se encogió de hombros y Leo se acordó de lo que el jefe superior Stukart le había dicho; a saber, que su amigo siempre quería tener la razón.

—A ver si se entera, Herzfeldt —continuó Leinkirchner—. El tipo pregonaba su judaísmo como quien vende fruta en el mercado, sin el menor rastro de asimilación. Al contrario, era cerril, impertinente y siempre creía saber más que los demás, como todos los de su tribu. ¡Mire lo que ha pasado en Francia! Son los judíos, como ese capitán Dreyfus, los que se empeñan en acabar con los países cristianos…

—No veo qué tiene que ver un médico asesinado en Viena con un capitán destituido en París, sobre todo cuando hay dudas más que razonables sobre su culpabilidad. —Leo intentaba mantener la calma. El caso del capitán judío Alfred Dreyfus, condenado en Francia por espionaje, también había causado sensación en Austria.

—Pues que los dos son judíos —replicó Leinkirchner—. Los judíos son listos, sin duda. Pero son distintos, y eso es científicamente demostrable. Según unos estudios recientes sobre la morfología craneal que…

—¿Por qué no comparte sus revolucionarios hallazgos con el jefe superior? —lo interrumpió Leo, que apenas pudo contenerse—. Seguro que le interesarán.

Leinkirchner enmudeció. Mientras tanto, Loibl mantenía la cabeza inclinada sobre sus documentos, como si estuviese concentrado en

algo muy importante. Se instaló en el despacho un silencio tenso, apenas interrumpido por el zumbido de una solitaria mosca que no dejaba de chocar contra el cristal de la ventana.

—Vamos a dejarlo ahí… —dijo al cabo Leinkirchner, aplastando la punta del puro en un cenicero que había sobre el escritorio de Leo —, esto no lleva a ningún sitio. Además, tengo cosas más importantes que hacer que discutir con un judío. Que tengan un buen día, caballeros. —Golpeó el periódico con su grueso dedo índice—. Le dejo esto aquí, Herzfeldt. Úselo como material para su investigación. Quizá encuentre pronto a su espíritu. ¡Buena suerte! El inspector se alzó el sombrero y abandonó el despacho. Leo respiró hondo. Tenía la sensación de que el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Se acercó a la ventana y la abrió de par en par.

—No lo dice con mala intención… —intervino Loibl al cabo de un rato—. Ya sabe cómo es. Paul se irrita con facilidad, y con el calor que hace… Además, ya tiene bastantes problemas.

—¿Ah, sí? —reaccionó Leo—. No me extraña, si siempre se comporta como un elefante en una cacharrería.

Le vino entonces a la mente el puro envenenado con el que habían asesinado al doctor Lichtenstein. Por un momento pensó que el corpulento Leinkirchner y su grueso cigarro habían tenido algo que ver, pero borró esa imagen de su cabeza al instante.

—Es por el caso Czerny —continuó Loibl—. Paul tiene al director general de la policía encima y todavía no ha obtenido ningún resultado. El chico ha desaparecido sin dejar rastro.

Leo asentía con la cabeza mientras miraba desde la ventana la concurrida Ringstrasse e intentaba recobrar la calma.

Alexander Czerny tenía once años y era el hijo de un barón húngaro. Hacía casi una semana que había desaparecido de la residencia de verano de la familia en Viena sin dejar rastro. En realidad, el caso no era competencia de la Oficina de Seguridad, pero los Czerny tenían contactos en las más altas esferas y ejercían toda la presión que podían. Paul Leinkirchner suponía que el joven se había escapado de casa para ver mundo, pero la madre ponía en duda esa posibilidad y temía que detrás hubiera un crimen.

—Siempre es triste que desaparezcan menores —dijo Leo, y se volvió hacia Loibl—. Viena es una gran ciudad y sus calles han engullido a muchos jóvenes, pero nunca se había armado tanto revuelo por un niño desaparecido. Probablemente sea porque sus padres tienen línea directa con el emperador…

Loibl carraspeó.

—Esto… A propósito de las formas de los cráneos…

—¡No me venga ahora con eso! —se quejó Leo.

—Solo es un comentario. Paul me habló hace poco de un tal

Cesare Lombroso.

—¡Pero eso no tiene nada que ver! —se indignó Leo—. Además, solo son estupideces.

Cesare Lombroso era un médico forense italiano que creía que la morfología craneal podía ser la causa de un instinto criminal. Leinkirchner parecía muy entusiasmado con esta nueva teoría. Confiaba en que, con el tiempo, se pudiera detener a los delincuentes antes de que cometieran el delito.

—Si tuviéramos que recurrir a una nueva ciencia, esa sería la dactiloscopia —dijo Leo en un tono más suave—. La culpabilidad de un criminal se puede probar con sus huellas dactilares, no con el contorno de su cráneo. La policía de otras ciudades lo está aplicando, y esperemos que pronto ocurra lo mismo en Viena.

—También puede preguntar esos espiritistas chiflados —comentó Loibl esbozando una sonrisa sarcástica—. Una vez oí que las autoridades británicas recurrieron a un médium para declarar culpable a un asesino. El tipo, que se llamaba a sí mismo «cazador de fantasmas», cobró una fortuna por sus servicios y después desapareció sin dejar rastro.

Leo pensó en la sesión de espiritismo a la que Julia y él asistirían al día siguiente en casa de la Vanotti. Tendría que hacer un esfuerzo para que no se le escapara la risa en plena ceremonia. La tal Claire Pauly falsearía la voz, hablaría como el difunto barón y dejaría a todo el mundo pasmado.

Leo seguía sin tener ni idea de cómo se había hecho la fotografía ni qué tenía que ver el barón Von Reichenbach con todo aquello. Tampoco podía explicarse lo del sombrero de copa. Si no era del doctor Lichtenstein, ¿de quién, entonces? En el Instituto Forense, Leo había examinado por encima la ropa del muerto, que más tarde acabaría metida en una bolsa en el depósito de objetos probatorios. El sombrero no tenía nada de particular. Era de copa plegable, viejo y lleno de manchas, algo abollado y con el ala rasgada. Tendría que examinarlo más detenidamente en otro momento. Ahora solo cabía esperar que Julia averiguara algo más sobre el barón en su visita al Prater con Rothmayer esa tarde.

«Reichenbach...»

De repente, Leo se acordó de algo.

—Maldita sea, casi lo olvido —murmuró—. ¡Claro!

Cogió el teléfono.

—¿A quién llama? —preguntó Loibl—. ¿Al espíritu, por casualidad?

Leo ignoró a su compañero. Esperó la voz de la telefonista.

Lo atendió Margarethe, la amiga de Julia.

—¡Ah, inspector Herzfeldt! —dijo la telefonista con voz meliflua

—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Póngame con el profesor Hofmann, del Instituto de Medicina Forense —ordenó—. Rápido, todavía debe de estar en la pausa del café.

Leo esperó la conexión mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Después de todo, quizá podría descubrir alguna cosa más sobre ese barón fantasma.

VI

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Un espíritu que suele aparecerse en palacios, castillos y monasterios es la llamada «Dama Blanca». Se trata de una aparición femenina, generalmente vestida de blanco con túnicas vaporosas y guantes también blancos. A menudo se trata de un antiguo miembro de la familia que deambula en silencio por los pasillos de la casa anunciando con su aparición un suceso inminente, como un accidente grave o un fallecimiento, pero también una boda o un nacimiento. La Dama Blanca siempre anuncia una muerte en los Habsburgo en el Palacio Imperial de Hofburg.

Julia llevaba un vestido de color verde musgo y sombrero de paja, y esperaba junto a la entrada del parque de atracciones del Wurstelprater, cerca de la plaza del Praterstern. La música de violín, las campanas y las bocinas de las atracciones, las risas estridentes y los gritos de los vendedores se entremezclaban creando un barullo ensordecedor. El olor a nueces tostadas y grasientas salchichas húngaras con repollo alcanzó el olfato de Julia y le abrió el apetito. Apenas había probado un par de bocados durante la comida de la tarde con Sisi antes de tomar el tranvía de caballos para dirigirse al distrito segundo. Los campanarios de las iglesias de Leopoldstadt estaban a punto de dar las ocho.

Buscaba a Augustin Rothmayer con la mirada. Habían quedado en el Praterstern, desde donde irían juntos a ver a Gustl, el amigo de Rothmayer, en el Prater. El fotógrafo de espíritus había despertado la curiosidad de Julia desde el momento en que el sepulturero lo había mencionado. Sabía de la existencia de ese extraño oficio, pero nunca había tenido la oportunidad de conocerlo de cerca. Para ella, la fotografía no solo era un oficio, sino también una pasión. De hecho, sospechaba cómo el barón fantasma había ido a parar a la fotografía de la escena del crimen, pero no lograba explicarse bajo qué circunstancias… Tal vez el tal Gustl supiera algo más.

No pasó mucho tiempo hasta que Julia distinguió a Augustin Rothmayer entre la multitud de curiosos que se dirigían al Prater. No

pudo evitar sonreír. Era evidente que el sepulturero se había puesto de punta en blanco para la cita. Llevaba una levita de largos faldones que parecía de la época de Johann Strauss, padre. Por debajo asomaba una camisa razonablemente blanca, y los pantalones, exceptuando alguna mancha de tierra de tumba, habían sido lavados. Siempre se habían visto en el Cementerio Central, por lo que Julia sospechó que Rothmayer no salía demasiado a menudo.

«Probablemente, nunca —pensó—. Además, ¿adónde? ¿Y con quién?»

El sepulturero la reconoció y se acercó dando pasos largos, como un ave zancuda. Acompañándose de una exagerada reverencia, sacó un crisantemo blanco de debajo de la levita.

—Mis respetos, señorita —saludó, y le entregó la flor—. Recién arrancada de una tumba.

—Todo un detalle, muchas gracias.

Julia aceptó la flor con una sonrisa y Rothmayer se apartó con timidez de la frente un mechón untado con pomada para el pelo.

—Sí, verá... Es muy placentero vernos también de esta manera, señorita Wolf.

—¿Se refiere a no vernos solo con ocasión de un entierro o probando un aparato para enterrar cadáveres? —Julia se asió del brazo del sepulturero y se dio cuenta de que el hombre se había echado encima litros de agua de colonia—. Estoy totalmente de acuerdo.

Juntos atravesaron el Wurstelprater, paseando al lado de las numerosas casetas de comida, teatrillos de variedades, organillos tintineantes y tiovivos. A pesar de que era lunes, aún había ambiente a esa hora de la tarde. La gente se agolpaba, reía y jaleaba. Julia pensó apenada en su hija Sisi, que se había quedado en el Dragón Azul en compañía de Bruno, el portero, y las chicas, sus supuestas tías. A la pequeña le encantaba el Wurstelprater, con sus puestos de dulces, los payasos y las atracciones, pero la visita de hoy no era apta para niños. Además, era ya muy tarde.

Pasaron junto al Calafati, una atracción consistente en una enorme estatua de un personaje chino alrededor del cual circulaba una pequeña locomotora con vagones, y se detuvieron justo delante del Gabinete de Curiosidades de Präuscher, a cuyas puertas un pregonero anunciaba la exhibición de unos gemelos siameses como si fueran mercancía exótica. Julia se estremeció.

—Nunca he soportado estos espectáculos con seres humanos. La gente los mira como si fueran animales del zoológico.

—Pero esas pobres almas se ganan la vida así —replicó Rothmayer—. Donde Präuscher hay una mujer sin brazos ni piernas capaz de tejer una excelente bufanda de lana en un santiamén, y en el

circo…

La voz de un muchacho vendedor de periódicos se superpuso a las alabanzas de Rothmayer. Julia se volvió hacia el chico. Había escuchado una palabra que le hizo aguzar el oído.

Espíritu…

—¡Un espíritu! ¡El asesino es un espíritu! —volvió a gritar el joven—. ¡Lean las terroríficas y siniestras revelaciones que ofrece el *Neues Wiener Journal*!

Julia se sobresaltó y murmuró entre dientes:

—No me lo puedo creer.

Corrió hacia el chico de los periódicos y se hizo con el último ejemplar que quedaba a la venta. Su indignación fue creciendo a medida que recorría con la mirada las líneas impresas.

—¡Maldito seas, Harry! ¡Eres un cabrón embustero! —soltó.

Rothmayer la miró de lado y dijo:

—Parece que la prensa ya se ha enterado de lo de nuestro barón fantasma.

—Pero ¿cómo es posible? Quiero decir, ¿cómo sabe Harry que…? —Julia se calló al ver la mirada interrogativa de Rothmayer—. Da igual. Lo importante ahora es ir a ver a su amigo lo antes posible.

—Había pensado que podríamos pasarnos antes a por un cucurucho de almendras tostadas…

—En otro momento, señor Rothmayer. Ahora no estoy de humor.

Furiosa, tiró el periódico en una papelera. Harry le había mentido descaradamente. Le había dicho que no sabía nada del caso, ¿y ahora, esto? Alguien lo había puesto en antecedentes. Mañana mismo iría a cantarle las cuarenta. ¡Pobre de él si volvía a tomarle el pelo!

Decepcionado, Rothmayer guio a su acompañante entre la multitud hasta una pequeña tienda de campaña. A Julia le recordó un poco a un tipi indio, como los que aparecían descritos en las novelas del Oeste de Karl May, tan populares por entonces. En la parte superior de la entrada había un gran rótulo de hojalata.

—«Gustav von Meyerling, fotógrafo de espíritus con licencia oficial» —leyó Julia con cierto escepticismo—. ¿Con licencia oficial? ¿En serio?

—Paparruchas. Gustl es fotógrafo y punto, solo tiene una licencia para ejercer. Y lo del «von» antes del apellido también es inventado. Pero a la gente le gusta.

—Entonces, ¿su amigo toma fotografías de espíritus?

—Fotografías de espíritus y de cadáveres, para ser precisos. Pero él se lo explicará mejor.

Rothmayer descorrió una cortina y accedió con Julia al interior de la tienda. El aspecto era el de un típico estudio fotográfico, de los que cada vez abundaban más. Un aparato fotográfico descansaba

sobre un trípode, delante del cual, curiosamente, había una tarima. Un panel de papel negro servía de fondo, y del techo de la tienda colgaba una lámpara de queroseno que emitía una luz tenue. Completaban el conjunto un escritorio y unos marcos de madera para el secado de las placas fotográficas. Una cortina mullida impedía que la luz penetrara en la parte trasera. Julia dedujo que allí se encontraba el laboratorio de revelado.

De entre los pliegues de la cortina apareció el hombre más diminuto que Julia había visto nunca. Mediría poco más de un metro y medio, su rostro sin edad recordaba al de un duende, y vestía un traje negro que parecía haber pertenecido a algún joven para llevarlo el día de su confirmación. A Julia le vino a la mente el Gabinete de Curiosidades de Präuscher que acababan de ver. ¿Se les habría escapado un enano?

—¡Que me aspen si no es...! —El hombrecillo hizo una mueca de alegría—. ¡Augustin, menuda sorpresa! —exclamó con una voz grave. El duende extendió los brazos—. ¿Qué se te ha perdido en el Prater? ¿Se ha caído alguien del Calafati y vienes a llevarte el cadáver? —Fijó entonces la mirada en Julia—. Y encima, acompañado de una bella mujer, *oh, là, là*!

El comentario turbó a Augustin Rothmayer.

—Te presento a la señorita Wolf —dijo señalando a Julia—. Trabaja de fotógrafa en la policía. Somos, bueno... amigos. Su hija y Anna juegan juntas de vez en cuando. Te acuerdas de Anna, ¿verdad?

—Por supuesto. —El enano ladeó la cabeza y escudriñó a Julia de arriba abajo—. Una guripa, mmm... Lo que hay que ver... —De repente, sonrió con una mueca—. Me imagino que habéis venido por lo del barón fantasma, ¿verdad? Acabo de leerlo en el periódico.

Julia suspiró. Por lo visto, toda Viena se había enterado ya del caso.

—Así es, señor Von Meyerling —asintió ella—, necesitamos su consejo, pero le pediría la máxima discreción. Se trata de esta fotografía.

Julia mostró al pequeño fotógrafo la imagen del fantasma y le habló del caso, pero solo lo que consideró necesario.

—¿Puede decirme cómo se ha podido tomar esta imagen? —preguntó para concluir.

—Mmm... —Gustav Meyerling reflexionó y se acercó a una mesa sobre la que había varias fotografías. Hizo señas a Julia y Rothmayer para que se acercaran a él—. Mire, señorita, voy a enseñarle algo.

Aquellas fotografías mostraban a personas en ataúdes verticales, con sus mejores ropas y con la habitual rigidez y seriedad que caracteriza a los rostros de los muertos. Todos tenían los ojos cerrados, cosa que Julia agradeció.

—¿Se refiere a estas fotografías? —preguntó dubitativa.

—No, a las otras. Estas de aquí.

Gustav Meyerling apartó las fotografías a un lado y dejó a la vista unas típicas imágenes de estudio. Gente de pie o sentada, con un fondo de cortinas de terciopelo y algún jarrón de escayola como ocasional elemento de adorno. Solo tras una segunda ojeada pudo Julia apreciar encima de las personas la presencia de unas apariciones espectrales. Fantasmas envueltos en paños, ancianas con aspecto de brujas, pero también niños pequeños que parecían lanzar una mirada triste al espectador. Otras imágenes mostraban rostros borrosos encima de las personas fotografiadas.

—Dobles exposiciones, supongo. —Julia cogió una de las fotografías para observarla más de cerca. La imagen mostraba, muy borrosa, a una dama vestida con una túnica vaporosa que parecía cernirse sobre un joven caballero. Sus ojos estaban teatralmente desorbitados y tenía la boca abierta, como si mascullara un grito afónico.

—La señorita sabe de lo que habla —la elogió Meyerling.

—Sospeché algo parecido con mi fotografía —asintió Julia—, pero no entiendo cómo ha podido ocurrir en mi placa.

Sabía que esas fotografías salían cuando alguien pasaba un momento por el fondo durante la toma. Otra posibilidad era que la placa fotográfica se expusiera dos veces por accidente.

Rothmayer carraspeó e intervino:

—Quizá te apetezca explicar a la señorita cómo lo haces, Gustl. Mantendremos la confidencialidad de tus explicaciones, por supuesto.

Gustav Meyerling sonrió.

—Me temo que la gente ya sabe que es un truco, pero de todos modos hace ver que se lo cree, y ahí está la gracia. Señorita… —señaló la cámara fotográfica—, yo soy un fotógrafo serio. Me especialicé en hacer fotografías de cadáveres hace mucho tiempo. A la gente le gusta tener una última imagen de sus seres queridos fallecidos, así que yo los fotografío en su casa, de cuerpo presente…

—O en el depósito de cadáveres del Cementerio Central —añadió Rothmayer—. Gustl me da una propina y el administrador hace la vista gorda.

—El caso es que me di cuenta de que la gente siente apego por sus difuntos, les gusta pensar que siguen estando ahí, invisibles, como buenos espíritus… Así que abrí este negocio en el Prater. —Meyerling señaló las fotografías de espíritus que había sobre la mesa—. En primer lugar, lo que hago es fotografiar al muerto en el depósito de cadáveres. A continuación, en la misma placa, hago un bonito retrato del cliente y, ¡abracadabra!, ya tenemos el fantasma de la abuela flotando detrás del nieto.

—¿Y si no tiene ninguna placa del cadáver? —preguntó Julia.

—Entonces improviso un poco. Le pregunto al cliente cómo era el difunto, qué tipo de ropa llevaba, y…

El hombrecillo fue hacia la cortina y la descorrió. Al otro lado había unos maniquíes de tamaño natural, como los de los grandes almacenes de la Mariahilfer Strasse, y prendas de vestir de distintos estilos colgadas de perchas. Julia reconoció incluso algunas pelucas y barbas postizas.

—Armo un muerto, por así decirlo —explicó Meyerling con orgullo—. A veces también utilizo modelos humanos y les hago una fotografía desenfocada para que no se noten los detalles. Así pueden pasar por el abuelo, la abuela, el hijo amado o la esposa fallecidos; al fin y al cabo, eso es lo que cuenta. Y la fe se encarga del resto. Se venden como churros, más que las fotografías con los muertos reales.

—¿Y eso está permitido? —preguntó Julia, incrédula.

—Nadie se ha quejado todavía —respondió Meyerling encogiéndose de hombros—. Como he dicho, se supone que los clientes saben que no es real. Y si alguien no queda satisfecho, le confieso que es un truco, magia de feria, y ya está.

Julia guardó silencio y se quedó pensativa.

—Pero si de verdad se trata de una doble exposición —dijo al cabo, colocando junto a las fotografías de espíritus su imagen de la escena del crimen con la figura espectral de Reichenbach—, lo que no entiendo es cómo ha llegado el barón a mi placa. Cargué los cristales vírgenes en los portaplacas cuando estaba en la Jefatura. Y no las perdí de vista ni un momento, porque tuve la cámara conmigo hasta el instante del revelado… No me lo explico.

Gustav Meyerling levantó sus manecitas de niño y exclamó:

—¡Entonces, estimada señorita, es muy posible que haya fotografiado un fantasma de verdad! ¡La felicito! Debería vender esa imagen al mejor postor entre los círculos espiritistas. O al Gabinete de Curiosidades de Präuscher.

Cuando, poco después, Julia y Augustin Rothmayer salieron de la tienda, ella tuvo que respirar hondo para recuperarse. Todavía tenía presentes las espeluznantes imágenes sobre la mesa de Meyerling, con los muertos en los ataúdes, pero sobre todo los supuestos espíritus con los rostros borrosos, como los de un cadáver bajo el agua… Sabía que era un truco, pero aun así sintió un horror gélido, como si se hubiera asomado al otro mundo. Experimentaba la misma sensación con su fotografía del escenario del crimen. Todo era una burda manipulación, pero por más vueltas que le daba, no se explicaba cómo habían hecho el ardid y, mucho menos, quién podría estar detrás. Pero ¿y si no era un truco? No pudo evitar pensar en lo último que les había dicho Meyerling.

«¡Entonces, estimada señorita, es muy posible que haya fotografiado un fantasma de verdad!»

Julia se estremeció y miró a su alrededor. Veía pasar el intenso bullicio del Prater, la gente reía, comía, bebía y se divertía. Le fue bien volver a estar rodeada de personas, incluso si el hombre que la acompañaba era un sepulturero.

—¡Lo que pueden llegar a creerse esos panolis! —se lamentó Augustin Rothmayer—. Me parece que voy a dedicar un capítulo entero de mi libro a la fotografía de espíritus. Tal vez Gustl me pueda proporcionar un par de esas horripilantes estampitas.

—Me temo que no hemos avanzado mucho —dijo Julia—. Y después está el sombrero de copa de la cripta de San Esteban. ¡El mismo que lleva el barón en el retrato! ¿No será que…?

Julia se quedó callada y Rothmayer la miró con curiosidad.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha dejado algo donde Gustl?

—Ese hombre de ahí atrás —susurró ella—, el que está de pie junto a la columna del Gabinete de Curiosidades. ¿Lo ve?

Rothmayer volvió la cabeza.

—¿Dónde?

—¡Diablos, se ha ido! —Julia se mordió los labios—. Juraría que nos estaba observando. Llevaba un sombreo de copa muy alto, de los antiguos…

Se sobresaltó cuando tres borrachos salieron corriendo del Gabinete de Curiosidades dando voces. Por la calleja desfilaba una comparsa de artistas de variedades con coronas de cascabeles y toscamente maquillados. Uno de ellos dio una voltereta que provocó carcajadas agudas y estridentes entre las mujeres.

—No me diga que acaba de ver a nuestro barón fantasma —se regodeó Rothmayer.

—¡Ay! Me parece que tanta historia de espíritus me está trastocando —dijo Julia alterada, tomando al sepulturero de la mano —. Vamos a casa, señor Rothmayer. Estoy cansada y tengo que cuidar de Sisi.

—Había pensado que tal vez podríamos ir a tomar una copita de vino…

—En otro momento, señor Rothmayer, en otro momento. No se enfade conmigo, pero no estoy de humor. Y si ahora me tomo una copa, podría ver más fantasmas.

—Lo que la señorita diga.

Rothmayer hizo una rígida reverencia y acompañó a Julia a través del Wurstelprater hasta la plaza del Praterstern, donde paraban los tranvías de caballos.

En el camino, Julia creyó sentir la mirada del hombre del sombrero de copa clavada en su espalda, pero cada vez que se volvía,

no veía más que a la turba contenta y vocinglera dirigiéndose a los puestos de feria, los tiovivos y los restaurantes del Prater.

Una buena media hora más tarde, Julia llegaba al burdel de Neulerchenfeld. Lamentaba haber tenido que dar calabazas a Augustin Rothmayer, pero le había asaltado la mala conciencia por su hija y, además, se moría de cansancio. La calle estaba oscura como boca de lobo y la farola de la esquina había exhalado su último suspiro de gas. Delante del Dragón Azul merodeaban unas sombras, pero no se apartaban de las tinieblas. Julia era conocida aquí. Ningún cliente se atrevería a ponerle la mano encima. Y si alguien lo hacía, primero tendría que vérselas con Bruno y, después, recoger de la cuneta los pocos dientes que le quedaran.

Las ventanas del Dragón desprendían una luz cálida. Al otro lado resonaban las estridentes risas de los parroquianos.

«Mi hogar», pensó Julia mientras llamaba a la puerta. Fue Bruno quien le abrió.

—¿Cómo está Sisi? —preguntó ella automáticamente.

—Como cualquiera después de haber cenado tres raciones de tarta de manzana —respondió Bruno con una sonrisa—. Elli está cebando a tu hija como a un lechón.

Bruno era el portero del burdel y, a su vez, ejercía de cuidador, compañero de juegos y caballito saltarín de Sisi. Adoraba a la pequeña. Cualquiera que viera por primera vez a ese gigantón de dos metros de altura y nariz abollada de boxeador, nunca imaginaría que, antes de arrojar por la ventana a clientes molestos, se ha pasado un buen rato cantando canciones de cuna con voz melosa.

—Si no andamos con ojo, Sisi se va a poner como ella.

Julia cruzó la puerta y, cuando estaba a punto de quitarse el abrigo, Bruno le dirigió una mirada cautelosa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Bueno, Sisi ya duerme y hoy es lunes. Pensaba que ibas a pasarte un rato por La Caverna.

—Bruno, te lo ruego, ¡hoy no! —se quejó—. Estoy agotada, he tenido un día muy duro. Por la mañana he estado en la Jefatura y después he salido con Sisi...

No le dijo a Bruno adónde había ido con Sisi. Nadie lo sabía, ni siquiera Leo. Era su secreto. Un secreto bastante caro.

—Mira, Elli ya ha preguntado varias veces si hoy ibas a actuar —insistió Bruno—. Está allí con los clientes. Algunos de esos maromos ya han preguntado por ti. —Sonrió mostrando los dientes—. El «Gorrión de Neulerchenfeld», así es como te llaman. Se supone que deberías ir a mover las alas y piarles un poco.

—En otra ocasión, Bruno. —Julia le entregó el abrigo y el sombrero—. Hoy estoy demasiado cansada para aletearle a nadie.

Tampoco podría cantar bien, y mucho menos bailar.

—Pues es una pena —refunfuñó Bruno—. Siempre es un placer verte cantar.

Julia solía actuar regularmente en La Caverna, un garito de baile que pertenecía al Dragón Azul. Había ganado un poco de dinero extra cantando y bailando el nuevo y exótico tango, pero sus actuaciones eran cada vez más escasas. El paseo vespertino por el Wurstelprater le había despertado viejos recuerdos, y lo cierto era que cada vez llegaba más cansada del trabajo o afectada por las espantosas fotografías que tenía que hacer en los escenarios del crimen. Sin embargo, por otro lado, nunca sabía cuándo iba a tener que necesitar el dinero. No quería que Leo le diera nada, era demasiado orgullosa. La relación con él era, por decirlo de algún modo, complicada... Se querían y salían juntos, pero en lo tocante a Sisi, Julia no sabía qué sentía Leo por su hija. Y una cosa estaba clara: Julia Wolf y su hija iban en el mismo paquete.

Haría cualquier cosa para que la pequeña se curara y pudiera reír, cantar y decir tonterías como el resto de los niños.

«Quizá haya una esperanza, después de todo.»

—Me lo pensaré para la semana que viene, ¿de acuerdo, Bruno? —sugirió Julia.

Subió las escaleras hasta el piso de arriba, donde resonaban gemidos agudos y risas ruidosas. Abrió la puerta de su habitación, se tumbó en la cama junto a su hija, que dormía plácidamente, y poco después también ella se quedó dormida.

En sueños vio a un hombre con una chistera de copa alta y la cara pintada de colores chillones que le daba a Sisi una manzana escarchada. Tenía los dientes enormes, como los de un animal de rapiña.

Augustin Rothmayer sacó su manojo de llaves y abrió la pequeña puerta de servicio situada en el muro del cementerio. Se oyó un chirrido y el sepulturero maldijo en voz baja. Tenía que engrasar las bisagras sin falta. ¡Ese rechinar le ponía de los nervios! Por lo demás, se alegró del silencio reinante.

«Un silencio sepulcral», pensó.

Ya sabía el porqué de sus raras incursiones al exterior del Cementerio Central. Los pocos víveres y artículos de consumo cotidiano que necesitaba los compraba aquí, en Simmering. En realidad nunca se desplazaba a la grande y ruidosa Viena; como mucho iba al Instituto de Medicina Forense para ver al profesor Hofmann. Ese día había hecho una excepción con la señorita Wolf, pero cuando recordaba el tumulto, la agitación y el griterío del Prater, se ponía enfermo. Augustin disfrutaba con el silencio. Los únicos ruidos que podía tolerar a largo plazo, e incluso disfrutar, eran las

notas de su violín. Mozart, Haydn, Schubert y Beethoven eran sus dioses. ¡Sobre todo Mozart y Haydn! Cuando tocaba su violín, estaba en paz con el mundo. En cambio, ¡vaya música barata y lastimera había escuchado en el Prater!

Augustin cerró la verja tras de sí y entró en el oscuro Cementerio Central. La luna se reflejaba luminosa sobre las cruces de las tumbas, un mochuelo ululaba, un ruiseñor cantaba... El sepulturero respiró el aire fresco de la noche y sonrió: aquí, en el cementerio, todo iba bien. El ser humano solo estaba en paz cuando estaba muerto, y la idea de que esa paz pudiera verse perturbada por espíritus acechantes no podía ser más ridícula. ¿A santo de qué iban los muertos a acecharse a sí mismos? En todo caso, eran siempre los vivos quienes alteraban el descanso de los muertos, y no al revés. Niños gritones, adultos que tiraban la basura en estercoleros, por no hablar de los jóvenes y de los estudiantes universitarios que consideraban una prueba de valentía el andar vagando de noche por el cementerio... En el peor de los casos, robaban calaveras para asustar con ellas a sus compañeros. Últimamente sucedía cada vez con más frecuencia. ¡Una auténtica plaga!

Volvió a respirar hondo para calmar su ira. Le llegó a la nariz el aroma a tierra húmeda de una fosa recién cavada. Pensó en la señorita Wolf, y eso también lo tranquilizó.

Una mezcla de curiosidad y ganas de investigar había sido lo que le había llevado a proponerle a la señorita la visita al Prater. Era una lástima que no todas las explicaciones pudieran encontrarse en los libros y que a veces hubiera que salir a buscarlas al mundo exterior. Aunque, a decir verdad, también lo había hecho por la señorita. Y es que... le gustaba. Su trato cálido y amable, la forma de hablar con Sisi, y también de dirigirse a Anna. Julia traía a menudo ropa para Anna: una bonita falda, un sombrerito, unas braguitas..., en fin, ese tipo de cosas en las que a Augustin nunca se le ocurriría pensar. Le habría encantado tomar una copa de vino con ella, incluso en el ruidoso Prater. La señorita Wolf había hecho revivir en Rothmayer algo que parecía apagado desde hacía mucho tiempo.

Como mínimo, desde el día en que enterró a su hija.

De eso hacía ya muchos años y, desde entonces, Augustin Rothmayer vivía instalado en el silencio.

La gravilla clara del camino era fácil de reconocer a la luz de la luna. Los pocos árboles que se habían plantado en el Cementerio Central en las últimas décadas se erguían oscuros y silenciosos. Augustin pasó junto al cementerio judío y el sector quinto, y se desvió por el camino que conducía hasta su pequeña morada.

De repente, se detuvo.

Oyó un ruido que no debería estar oyéndose, al menos no a esas

horas y no sin su presencia.

Echó a correr y en un momento llegó a la cabaña. Furioso, abrió la puerta de un empujón y vio a Anna en medio de la estancia tocando el violín. ¡El violín del sepulturero!

—¡Atontada! —gritó—. ¿Sabes lo que cuesta eso? ¿Sabes de quién…?

Se calló al ver los ojos de Anna abiertos de par en par del susto que se había llevado. La niña se apartó del cuello el violín que acababa de tocar.

—Lo… lo siento mucho, señor Rothmayer. No sabía que…

—… que iba a volver tan pronto, ¿verdad? —gruñó él como un perro—. ¡Te he pescado in fraganti! ¿Cuántas veces te he dicho que no toques el violín, jovencita? Es una reliquia. Lo heredé de mi padre, y él lo heredó de su padre, y él a su vez… —Iba gestualizando con la mano—. Ay, estoy yendo demasiado lejos. Algún día te contaré quién fue el primer dueño de este violín. En cualquier caso, déjame decirte que no debe estar en manos de una niña pequeña.

—¡Ya no soy ninguna niña pequeña! —Anna le lanzó una mirada desafiante—. ¡Y me apetecía tocar el violín! ¡Ya sé un poco! No es tan difícil.

—¡No me hagas reír! Solo sabes tocar música ratonera, ya te he oído alguna vez. ¿Qué se suponía que era lo que estabas tocando?

—No lo sé. Se lo he escuchado a usted.

Augustin hizo un gesto de invitación.

—Bueno, sigue tocando entonces.

Anna vaciló un momento, bajó el arco sobre las cuerdas y empezó a rascar. Sonaba como un chirrido, pero la melodía se distinguía claramente. Era la canción del pajarero, de *La flauta mágica*. Tocó incluso los pequeños trinos.

Augustin escuchaba con los brazos cruzados, cautivo de una extraña emoción.

«Toca como…, como… —pensó—. ¡Oh, Señor, deja de atormentarme! ¿Qué he hecho para que sigas fastidiándome con mis recuerdos?»

No quiso terminar el pensamiento.

—Bueno, vale, no ha estado tan mal —refunfuñó por fin—. ¡Pero sostienes mal el arco! Mira, tienes que hacerlo así.

Tomó el instrumento y le enseñó cómo debía colocarlo.

—Ponte el violín así, mira, cerca de la barbilla.

Entonces tocó y el rostro de Anna se iluminó.

—Qué bonito… Es maravilloso —dijo ella, y empezó a reflexionar —: Si existe una flauta mágica, existirá también un violín mágico, ¿verdad? ¿Es este un violín mágico, señor Rothmayer?

El sepulturero sonrió.

—Sí, podríamos decir que es un auténtico violín mágico.

Quizá había llegado el momento de contarle más cosas sobre aquel instrumento, el objeto más valioso que los Rothmayer habían tenido nunca. Pero, justo en ese instante, se oyó algo rascar en la puerta.

Augustin miró a su alrededor con desconfianza.

—¡Jesús! ¿No se cansa de rascar?

—¿Qué es? —preguntó Anna angustiada—. ¿Es un animal?

—Pronto lo sabremos.

Sin soltar el violín, Augustin abrió la puerta.

Apenas pudo esquivar la presencia ensangrentada que se abalanzó hacia el interior de la vivienda.

El sepulturero se sobresaltó tanto que el violín se le resbaló de la mano. El instrumento impactó en el suelo con un golpe seco y emitió un desagradable zumbido al romperse una de las cuerdas.

—¡No! —gritó Augustin, desviando su atención de la presencia y atrapando el violín al vuelo mientras la figura intrusa se desplomaba frente a él. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se trataba de un niño. Llevaba camisa y pantalones, pero iba descalzo. Tenía restos de sangre pegados por todo el cuerpo, incluso el pelo estaba impregnado de ella. El chico jadeó y se acurrucó como un gato moribundo.

—Dios mío, pero si es…, es Jossi. ¡Jossi! —Anna se inclinó sobre el niño y le dio la vuelta con cuidado hasta que pudo verle la cara—. ¡Jossi! —gritó de nuevo y se volvió hacia Augustin—. ¡Haga algo, señor Rothmayer!

—¿Qué…? ¿Cómo…?

Augustin, sosteniendo aún el violín con la cuerda rota, era incapaz de articular palabra alguna. Hacía un momento, la hermosa melodía de Mozart había llenado la estancia, y ahora se había desatado el caos. Y un niño malherido y ensangrentado yacía en el suelo.

—¿Conoces a este renacuajo? —consiguió decir finalmente.

—¡Es Jossi, un amigo mío! Nos conocimos en la calle, pero a él se lo llevaron al orfanato de Margareten y yo me quedé con usted. Nos hemos visto unas cuantas veces, cuando él se fugaba. —Anna se atragantó de la emoción—. ¡Sabía que yo vivía aquí y supongo que ha venido a buscarme! Por el amor de Dios… ¡Haga algo!

—¡Santo crucifijo! Si estuviera muerto, sabría qué hacer con él… —Augustin se calló al darse cuenta de que no estaba diciendo las palabras adecuadas. Cogió entonces un paño y un cuenco de agua de la cocina y se arrodilló junto al niño, que no paraba de gemir.

—Tenemos que desnudarlo para ver dónde tiene las heridas —dijo.

Juntos le quitaron la ropa y le lavaron su cuerpo delgaducho.

Jossi tendría más o menos la misma edad que Anna. Su piel era pálida como el pergamino y presentaba varios moratones y golpes, pero eso no era lo peor. Lo peor eran las heridas de navaja. Augustin contó hasta tres en el tórax. Dos eran superficiales, pero la tercera, en el costado derecho, era profunda. El chico ya debía de haber perdido bastante sangre.

—El Nachtkrapp…, el Nachtkrapp… —repetía jadeante.

—¿De qué habla? —preguntó Augustin.

—No lo sé. —Anna apartó un mechón de pelo ensangrentado de la cara del joven—. ¿Qué ha pasado, Jossi? ¿Quién te ha hecho esto?

—¡Pequeño Pinzga! —balbució entonces Jossi—. ¡No salgas, pequeño Pinzga!… —Puso los ojos en blanco y ladeó la cabeza.

—Acostémoslo en la cama —dijo Augustin—. Vamos, ¡ayúdame!

Juntos levantaron a Jossi del suelo. No pesaba más que un ataúd infantil. Lo llevaron con cuidado a través de la estancia hasta la habitación trasera, donde estaba la cama de Augustin. Anna solía dormir en el salón.

—Puede quedarse en la cama conmigo —dijo Augustin en voz baja—. Ahora iré a ver al administrador y llamaré a un médico —añadió, consciente de que probablemente el médico haría el viaje en vano. Augustin ya había visto demasiados muertos con heridas de navaja similares.

—El… el Nachtkrapp —mascculló una última vez con voz áspera—. El Nachtkrapp de Margareten… Los niños están en peligro… Ayúdenlos…

De repente se hizo el silencio. Augustin se inclinó sobre el chico.

Antes de que pudiera contarle la triste y fatal verdad a Anna, esta empezó a llorar y a gritar.

VII

Solo eran las nueve de la mañana y el calor de ese martes ya era sofocante en la Maria-Theresia-Platz. Leo se desabrochó el botón superior de la americana de tweed, se desplazó el sombrero Homburg hacia la nuca y se dirigió a la entrada del Museo de Historia Natural.

El Museo de Historia Natural, al igual que el Museo de Historia del Arte situado enfrente, había sido inaugurado hacía pocos años y ya atraía a un gran número de visitantes. Con estos dos edificios situados en pleno Ring, delante del Palacio Imperial de Hofburg, los arquitectos Semper y Hasenauer habían creado una maravilla de la construcción. Leo había visitado con frecuencia el Museo de Historia del Arte, pero al de Historia Natural apenas había ido una vez con Julia y solamente por hacerle un favor. A decir verdad, le aburrían los animales disecados, las mariposas atravesadas con agujas y las flores prensadas. Solo la colección antropológico-etnológica, con su exposición de armas, trajes y máscaras, consiguió despertar algo de su interés. Pero hoy estaba de visita de servicio, así que por esta vez podría ignorar las polvorientas vitrinas.

Su llamada del día anterior al profesor Eduard Hofmann había sido todo un acierto. Leo había recordado que Hofmann le había dicho en alguna ocasión que pertenecía a la junta de botánicos vieneses. El barón Karl von Reichenbach había sido botánico, entre otras cosas, y Hofmann pudo darle alguna información a partir de ese nombre. De hecho, incluso conocía a la hija del barón, quien por lo visto también era botánica en el Museo de Historia Natural.

«Hermine Schuh es su nombre de casada», le había dicho el profesor por teléfono. «¡Y es toda una eminencia! No es ninguna jovencita, pero eso no significa nada en el mundo científico, ¡al contrario!»

Antes de que el profesor se explayara con un discurso sobre la sabiduría de la vejez, Leo le había deseado un buen día y colgado el teléfono.

El detective subió los amplios peldaños que conducían a la entrada. El museo era un edificio de planta alargada y estilo renacentista, con una altura de dos plantas y coronado por una cúpula. Aunque estaba abierto al público, con el calor que hacía no estaba muy concurrido. Leo mostró su insignia en la taquilla.

—Vengo a ver a la señora Hermine Schuh —le dijo al portero—, en el departamento de botánica.

—Bueno, bueno... —El ocioso portero levantó la vista de su

periódico—. ¿Usted también?

—¿Cómo que también? —Leo frunció el entrecejo y tuvo un mal presentimiento—. ¿Ha venido alguien más?

—Sí, un tipo de la prensa, hace un momento. Un tal Sommer. No sé para qué quería ver a la señora Schuh. —El portero sonrió—. Pero no ha tardado en irse. Conociendo a la anciana, seguro que se habrá llevado un buen rapapolvo. Si no puedes recitar tu herbario en latín, tienes muy poco que hacer con la señora Schuh.

—¡Maldito gacetillero! —renegó Leo.

—¿Lo conoce?

—No, pero él sí que se va a enterar de quién soy yo.

Leo pidió al portero que le indicara el camino hacia el departamento de botánica y subió furioso las escaleras hasta el piso superior. ¡Ese reportero se iba a enterar cuando lo tuviera delante! Al parecer, Sommer también había sacado sus propias conclusiones y le había tomado la delantera a Leo. ¡Pues se iba a enterar! Eso era como mínimo obstrucción a la investigación, y un juez de instrucción seguramente lo vería de la misma manera.

Los peldaños de mármol de la suntuosa escalinata discurrían junto a estatuas de destacadas personalidades científicas iluminadas por la luz matinal que penetraba por la cúpula de cristal. El departamento de botánica estaba en la segunda planta, de cuyo pasillo partían varias puertas. Olía a moho, polvo, cola seca y animales muertos, pero el ambiente era menos sofocante de lo que Leo había esperado. El museo debía de tener una buena ventilación. En una silla del pasillo estaba sentado uno de los vigilantes habituales, un tipo mayor y regordete, vestido con un uniforme que le venía grande, y que leía un librito deshojado, probablemente una novela barata de indios y vaqueros.

—Disculpe, busco a la botánica Hermine Schuh —dijo Leo con voz firme.

El vigilante se sobresaltó y guardó el libro a toda prisa. Leo sonrió al pensar que quizá acababa de despertarlo de sus ensoñaciones de pistolero californiano.

—La señora Schuh… —dijo el hombre con un tono apático—. Hermine Schuh… Sí, pero… ¿Por qué? Otra vez…

—Sí, sí, ya sé, el periodista. Parece que la señora Schuh es una persona muy solicitada. —Leo volvió a mostrar su insignia—. Mi visita está justificada. Si me indica dónde puedo encontrarla…

El vigilante se levantó despacio y dio unos pasos arrastrando los pies.

—Acompáñeme —dijo—. Está ahí detrás, pegando y prensando.

Sin dar más explicaciones, el hombre condujo al inspector hasta una de las salas de exposición, donde había decenas de urnas de cristal. Al pasar junto a ellas, Leo vio en su interior flores y hojas

descoloridas pegadas en láminas de papel con sus nombres escritos a mano. En otras vitrinas había recipientes con alcohol donde flotaban peciolos de color verde apagado y flores cortadas que parecían extraños órganos en conserva. Leo se preguntó si a la gente que visitaba el museo le interesaba de verdad el departamento de botánica. Probablemente fuera por eso por lo que su lugar era ese, el último piso del edificio.

El vigilante llamó a una discreta puerta que había junto a las urnas.

—Señora Schuh —dijo el hombre con un tono sumiso—. Disculpe...

—¡Por Dios! ¿Otra vez? —sonó en el otro lado una voz transparente y severa—. Ahora no tengo tiempo...

—Gracias, ya seguiré por mi cuenta —dijo Leo, apartando al vigilante rechoncho y abriendo la puerta. Al otro lado había una sala con altas estanterías repletas de legajos y carpetas, como en un archivo. El olor a moho era incluso más intenso que en las salas de exposición. Una señora mayor con moño estaba sentada a una mesa frente a un amasijo de hojas de plantas prensadas.

—Siento molestarla, señora Schuh —empezó a decir Leo, y cerró la puerta antes de que el vigilante pudiera entrar tras él—. Soy el inspector Leopold von Herzfeldt, de la Oficina de Seguridad de Viena, y venía...

La repentina ráfaga de viento provocada por el portazo hizo volar las hojas de la mesa.

—¡No! —gritó la señora Schuh, que trató de atrapar en el aire los fragmentos vegetales desecados. Pero ya era demasiado tarde y las hojas volaron hasta el suelo como copos de nieve en invierno.

—¡Por el amor de Dios! ¿Sabe lo que me ha costado clasificar todas estas hojas? —refunfuñó la anciana—. ¿Lo sabe? —Se agachó dando un gemido y se puso a ordenar concienzudamente aquel caos—. Es el herbario que William Lawson mandó crear en 1813, cuando cruzó por primera vez las Montañas Azules australianas. Si se extravía una sola plantita, lo haré responsable.

—Oh, lo... lo siento muchísimo —balbuceó Leo. Se arrodilló junto a la mujer y empezó a recoger las hojas secas. Algunas se desmenuzaban en su mano.

—¡Así no, torpe! —gritó Hermine Schuh—. ¡Tome! —Le dio unas pinzas—. Coloque las hojas y las flores con cuidado en el sobre que hay encima de la mesa para que no vuelvan a salir volando. ¡Con cuidado, he dicho!

Leo obedeció en silencio mientras se preguntaba si el periodista que había venido antes que él también se había mostrado igual de torpe. Pensó en su madre, que el día anterior le había llamado dos

veces para comentarle algún detalle sin importancia de su visita a Viena y le había recordado varias veces que acudiera puntual el miércoles a la estación. En cierto modo, la señora Schuh le recordaba mucho a su madre. Como mínimo, podía llegar a ser igual de exigente.

Cuando por fin hubo recogido todas las hojas, Hermine Schuh, agotada, se dejó caer en la silla y resopló.

—Estoy demasiado vieja para esto —se quejó.

Leo examinó a la botánica. Debía de tener unos setenta años, tal vez incluso más, pero aún parecía bastante ágil. Tenía su pelo canoso recogido en un moño y llevaba un vestido oscuro de corte sobrio, pero el valioso collar de perlas que lucía alrededor del cuello le daba un aire distinguido. Eso, y toda la actitud que irradiaba. Impaciente, señaló una silla coja que había delante del escritorio.

—¡Siéntese de una vez y deje de mirarme como si fuera un pez de colores!

Leo obedeció sin rechistar.

—¡Solo espero que no sea periodista! —manifestó Hermine Schuh con voz amenazadora—. ¿De verdad viene de la policía?

—Así es —respondió Leo mientras mostraba una vez más su insignia—. Se estará preguntando el motivo de mi visita, señora Schuh...

—Si le soy sincera, después de la entrada en escena de ese gacetillero hace un momento, ya nada me puede sorprender. El tipo quería sonsacarme información sobre mi padre. Y después me ha mostrado un artículo que decía que el espíritu de mi progenitor se había aparecido en Viena. ¡Menuda ridiculez! —La mujer miró con suspicacia a Leo—. No me dirá que en la Policía de Viena también creen en semejantes disparates.

—¡Oh, no, por Dios! —Leo rio con cierta afectación—. Al contrario. Es solo que..., bueno, su difunto padre tiene un extraño papel en uno de nuestros casos. Una fotografía de él, para ser más exactos.

Le habló a la anciana del crimen de la cripta y de la fotografía, así como de la sesión de espiritismo en la que Claire Pauly había intentado invocar a Karl von Reichenbach. Por último, le mostró la imagen de la escena del crimen. Julia había mandado hacer varias copias el día anterior.

—Este es su padre, ¿verdad? Me refiero al hombre que parece flotar sobre el cadáver.

Hermine Schuh observó la fotografía durante un buen rato.

—Sí, es él —confirmó—, el barón Karl von Reichenbach. Por cierto, no cometa la estupidez de llamarme baronesa. ¡No me gusta ese tipo de arrogancia! —exclamó levantando el dedo con severidad, y volvió a mirar pensativamente la fotografía—. Debo admitir que es

muy inquietante. ¿Y quién es la víctima?

—El doctor Theodor Lichtenstein, un acérrimo adversario del espiritismo. Por ello sospechamos que el responsable de su muerte es algún participante de esa sesión.

—¡Qué falta de gusto! —Hermine Schuh seguía con la mirada fija en la fotografía—. Esta imagen de papá proviene de un retrato que se hizo en los últimos años de su vida. Por entonces ya vivía en Leipzig. Yo también tengo esa fotografía, varias copias, incluso. Las mandó hacer en un estudio fotográfico de Leipzig como tarjetas de visita; eran fáciles de reproducir. Supongo que debe de haber muchas copias en circulación, ya que mi padre no era ningún desconocido. Alguien debe de haber utilizado uno de esos retratos para incluirlo en esta fotografía. —Le devolvió a Leo la imagen del escenario del crimen.

—Quizá podría hablarme un poco de su padre —sugirió Leo.

La anciana suspiró.

—Hay algo que debe saber de antemano, inspector. Todo lo que la gente dice de él y lo que ha salido publicado en el periódico es un completo disparate. Mi padre fue un científico reconocido, también después.

—¿Qué quiere decir con «después»? —preguntó Leo.

—De joven trabajé con él. Me lo enseñó todo. Íbamos al campo a recoger flores, insectos, piedras... Una vez incluso encontró un meteorito en un patatal. —Se rio—. Probablemente todo empezó con el meteorito, con algo que no es de este mundo. Empezó a interesarse por el magnetismo y el mesmerismo. Supongo que sabrá lo que es el mesmerismo, ¿verdad?

—Solo por encima —dijo Leo—. Lo que se dice por ahí, que todos tenemos un aura, o algo así, y esa aura puede alterarse o curarse.

—Lo descubrió Franz Anton Mesmer en el siglo pasado. O se lo inventó —soltó una risotada—, dependiendo del bando.

Leo hizo amago de sacar un Yenidze de su pitillera, pero se detuvo al ver la expresión de Hermine Schuh.

—¿Pretende que dos siglos de herbarios sean pasto de las llamas? —preguntó retadora—. ¡Adelante, pues, inspector, que esto arde como la yesca! Me haría un favor, así tendría que dejar de ordenar este montón de malditas carpetas.

—Esto..., disculpe. —Leo guardó el cigarrillo—. Continúe, por favor.

—Mi madre murió pronto, por eso mi padre y yo estábamos casi siempre solos, pero éramos muy felices. Empezamos a distanciarnos más tarde, por distintos motivos... —Titubeó—. Pero antes de eso vivimos nuestra época más feliz, en el Cobenzl.

—¿Cobenzl? —preguntó Leo levantando una ceja.

Hermine Schuh sonrió.

—Usted no es de aquí, ¿verdad, inspector? De lo contrario, sabría que el Cobenzl es un palacio situado en la colina de Reisenberg, uno de los destinos de excursión favoritos de los vieneses. Mi padre se lo compró a un conde y lo reformó a su gusto. Yo era muy joven entonces y allí me sentía como una princesa. El palacio tenía un gran jardín y pasillos serpenteantes, y yo me pasaba días enteros explorando todas sus estancias. Había incluso un enorme laboratorio en el sótano...

—El barón Karl von Reichenbach, famoso brujo y alquimista —murmuró Leo. Se acordó de lo que le había explicado Claire Pauly, y también el propio Augustin Rothmayer.

—¡Nada de eso! —saltó Hermine Schuh—. Fue un investigador muy serio que quiso respaldar las teorías del magnetismo y el mesmerismo. Papá llamó a esta aura invisible el Od por el dios Odín. Hizo grandes progresos con sus investigaciones, pero se endeudó y al final tuvo que vender el palacio y mudarse a Leipzig. Yo me quedé en Viena y me hice botánica.

Absorta en sus recuerdos, Hermine Schuh se puso a ordenar unas cuantas hojas secas sobre la mesa.

—Mi marido murió de tuberculosis hace muchos años y desde entonces vivo con mi hija y mi yerno —continuó—. En realidad, me jubilé hace mucho tiempo, pero ¿qué es el ser humano sin un trabajo al que dedicarse? —Se encogió de hombros—. Los del museo me dejan investigar y catalogar los viejos herbarios en este rincón de los archivos, donde no molesto a nadie. Una anciana como yo, marchita como una flor seca... —Se reclinó en la silla y sus ojos desprendieron un brillo burlón—. Y ahora, en plena vejez, viene la prensa y la policía a interesarse por mí. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—¿Tiene alguna idea de por qué su difunto padre aparece en esa fotografía? —preguntó Leo—. En el lugar del crimen encontramos un sombrero de copa que no creemos que perteneciera a la víctima. Se parece a la chistera de su padre, un modelo muy... anticuado. Puede que el asesino lo dejara allí intencionadamente. Pero me pregunto por qué.

—Bueno, ya lo ha dicho antes: esos espiritistas chiflados querían vengarse del doctor Lichtenstein porque perturbó su ceremonia de invocación de espíritus. ¡Muy bien hecho por parte de ese doctor, por cierto! ¿Cómo se atreven a ensuciar de esta manera la memoria de mi padre? ¡Debería estar prohibido invocar a los muertos! Antes se acababa en la hoguera por menos.

—Comparto su indignación, señora —asintió Leo—, pero lo que me pregunto ahora es el porqué de todo este esfuerzo, de toda esta farsa. La fotografía, el sombrero de copa... ¿Para distraer la atención del verdadero asesino y sus motivos? ¿De verdad piensan esos

espiritistas que pueden presentar un espíritu como una pista falsa? ¡Es absurdo!

—Mmm… ¿Y si alguien quiere hacer creer, no a usted, sino a los espiritistas, que el culpable es mi padre? ¿Ha pensado en ello, inspector? —reflexionó Hermine Schuh—. ¿Qué me dice de esa médium norteamericana de la que me ha hablado?

—¡Claire Pauly, claro! —Leo se golpeó la frente con la palma de la mano—. Tiene razón. ¡La creo muy capaz de hacerlo! Claire Pauly necesita ganarse la confianza del círculo espiritista, y sobre todo la de Maria Vanotti, que probablemente la esté manteniendo. Y para conseguirlo, ¿qué mejor que hacer entrar en escena al barón Von Reichenbach como si fuera un espíritu vengador y, al mismo tiempo, eliminar a la persona que podría poner al descubierto todo el montaje de la estadounidense? ¡Todos los adeptos al espiritismo caerían rendidos a sus pies! —Leo se levantó—. No sabe cómo se lo agradezco, señora Schuh. Me ha ayudado a dar un paso muy importante en la búsqueda del culpable.

—A veces solo se necesita una visión desde fuera —dijo la anciana con una sonrisa—. Con la ciencia pasa lo mismo. —Emitió un leve quejido y arqueó la espalda—. Y ahora, si me disculpa, todavía tengo que catalogar varios cientos de viejos herbarios —dijo señalando los estantes repletos—. ¡Un trabajo de Sísifo, se lo aseguro! Apenas he clasificado unos pocos, y siguen llegando nuevos. La gente se alegra de deshacerse por fin de las viejas cajas de hojas secas de sus abuelos.

Leo se despidió y salió a la sala de exposición. Fuera, en el pasillo, el vigilante seguía sentado con la mirada perdida, tal vez imaginando una aventura en algún lugar a orillas del Misisipi.

—¿Puedes explicarme esto?

Julia estuvo a punto estampar la edición del día anterior del *Neues Wiener Journal* contra el elegante peinado de Harry, pero se limitó a lanzarla con ira contra su escritorio. Había entrado en la redacción hecha una furia, pasado junto a la enfadada recepcionista, cogido uno de los periódicos que se exhibían como fetiches por toda la oficina y ahora estaba plantada delante de Harry Sommer, que, sorprendido, había levantado la vista de su máquina de escribir.

—Qué placer verte por aquí…

—¡No me vengas con esas ahora, Harry! ¡Métete tu voz melosa donde te quepa! —Señaló el artículo en el periódico abierto que tenía delante—: «Hallado un cadáver en la cripta de San Esteban. ¿Es un espíritu el asesino?». ¡Ja! Seguro que estabas escribiendo este artículo cuando vine a verte el domingo, ¡admítelo! Conque un reportaje social sobre el matadero y los bajos salarios de los trabajadores… ¡Hipócrita! ¡Me pediste más información cuando ya lo sabías todo sobre el caso!

Eres un...

—No es lo que crees. —Harry intentó sofocar el arranque de ira de Julia—. Es..., es más complicado.

—¿Más complicado? ¡Explícame entonces cómo has conseguido la información! Porque yo no te la he dado, desde luego. Y a estas alturas, media Jefatura debe de estar pensando que yo soy la soplona. Miserable, embustero...

Julia bajó la voz al percatarse de que varios compañeros de Harry miraban con curiosidad a través del cristal de la puerta del despacho.

—¡Escúpelo de una vez! —dijo ella entre dientes—. ¿Cómo lo has sabido? —Volvió a señalar el artículo—. No podías saber el nombre del muerto ni el del barón Von Reichenbach. ¿Quién te ha dado esa información?

Indefenso, Harry levantó las manos.

—Está bien, te lo contaré antes de convertirme yo mismo en víctima de un asesinato. —Esbozó su típica y estudiada sonrisa—. Sigues siendo un verdadero torbellino, ¿lo sabes? Como en la época del Innviertel. ¿Te acuerdas de cuando íbamos a...?

—Déjalo, Harry. Una estupidez más y tu máquina de escribir saldrá volando por la ventana. ¡Hablo en serio!

—De acuerdo. Es un poco raro, la verdad... —Carraspeó y siguió hablando—: Hace poco más de una semana escribí el artículo sobre el círculo de espiritistas en torno a la Vanotti. Fue entonces cuando el propio Lichtenstein vino a verme a la redacción.

—¿El doctor Lichtenstein? —preguntó Julia incrédula—. ¿Al que matarían después?

—¡El mismo! Quería que informáramos sobre el asunto. No era la primera vez que el tipo interrumpía una sesión de espiritismo, destapaba el engaño y acudía luego a la prensa. Pero esta vez dudamos un poco. La Vanotti es una estrella mundial y nos demandaría al instante. Así que lo publicamos en un artículo pequeño al final de todo, en la página doce, en la sección de noticias varias. Tampoco citamos a ningún otro participante en la sesión, era demasiado arriesgado para nosotros.

Julia asintió con la cabeza. Leo ya le había hablado del artículo del periódico.

—Pero ¿cómo sabías que en la cripta de San Esteban yacía el cuerpo del doctor Lichtenstein? —preguntó ella—. ¿Y quién te ha dicho que los espiritistas creen que el asesino habría sido el barón muerto?

—Recibí una carta anónima el sábado, hacia el mediodía. Un chico de los recados la trajo a la redacción. —Harry se recostó en su silla y cruzó los brazos. En cierto modo, ahora volvía a tener el control —. La carta decía que fuera a la cripta de San Esteban, donde me

esperaría una sorpresa, ¡una auténtica primicia para nuestro periódico! Según el escrito, yo mismo podría confirmar con mis propios ojos cómo el espíritu del barón Von Reichenbach se habría vengado de ese médico judío. Al principio no me lo tomé en serio y tenía otros compromisos en la agenda. —Se encogió de hombros—. Pero cuando me pasé por la noche para echar un vistazo, la policía había llegado antes que yo. Y fue cuando tu arrogante inspector me puso de patitas en la calle. Tenía la esperanza de que me contarías alguna cosa...

—Pero ¿es que no te das cuenta de lo que eso significa? —Julia bajó aún más la voz—. Cuando Leo y yo fuimos a la cripta, nadie excepto los presentes sabía nada del asesinato. Todos los testigos seguían allí y ninguno de ellos conocía la identidad de la víctima. Por consiguiente, esta carta la ha enviado el propio asesino o, cuando menos, alguien que conoce al asesino.

—¿Entonces fue un homicidio? —Harry enarcó una ceja con interés. Acercó hacia él una pluma y una libreta—. ¿No fue un infarto inesperado? Pensé que ese supuesto espíritu...

—¡Por Dios, Harry! ¡No estamos hablando de un derbi en el Prater ni de una boda de ricachones! Una persona ha muerto, la policía quiere averiguar qué ha pasado y tú te dedicas a sabotear nuestra labor con una historia de fantasmas y espíritus vengadores. ¿No te das cuenta de que lo que estás haciendo es perjudicarme a mí y, de rebote, a mi hija? No puedo permitirme que me echen de la policía. Leinkirchner ya me mira como si sospechara de mí.

Efectivamente, por la mañana, en la Jefatura, Julia había tenido la sensación de que se estaba tramando algo en contra de ella. Quizá no fuera más que una paranoia suya, pero lo cierto era que había aprovechado la hora del almuerzo para ir al despacho de Harry y cantarle las cuarenta. Maldita sea, si no necesitara el dinero con tanta urgencia...

Miró al periodista con un gesto suplicante.

—¿Qué le ha pasado al Harry que conocí en el Innviertel? Siempre te han molestado las injusticias, ¿te acuerdas? Siempre criticabas a los grandes terratenientes cuando nosotros, la gente pobre, teníamos que agachar la cabeza. Cuando me dijiste hace unas semanas que ibas a escribir ese reportaje sobre el matadero, pensé que...

—¡Quiero escribirlo, pero a los lectores les encantan las historias de miedo! —se lamentó Harry—. ¿Sabes cuántos ejemplares vendimos ayer? Casi el doble de lo habitual. El redactor jefe no deja de insistir, quiere que escriba otro artículo sobre espíritus. Y yo, claro, lo escribiré porque..., porque... —Titubeó un momento—. Voy a ser sincero contigo, aunque solo sea por los viejos tiempos. —Sonrió—. Además, si no te lo digo, mañana volverás a la redacción y prenderás

fuego a mi despacho. Hoy he vuelto a recibir un anónimo.

Harry abrió el cajón del escritorio y sacó un sobre marrón del tamaño de la palma de su mano. En su interior había unas fotografías en las que aparecía la avenida principal del Prater, la Stephansplatz y otros lugares emblemáticos de Viena. En todas ellas podía verse, entre los transeúntes, la presencia de una silueta borrosa pero reconocible.

Era un hombre vestido con un frac pasado de moda y un vetusto sombrero de copa alta. Tenía la cabeza girada, como si quisiera mandar al observador un último saludo antes de regresar al reino de los muertos. Julia sintió un escalofrío gélido por toda la espalda.

—Pero si es... —dijo ella con un hilo de voz.

—El barón Karl von Reichenbach —confirmó Harry—. O al menos es idéntico. Nuestro barón fantasma se está paseando por Viena.

Julia pensó en el inquietante personaje que había visto el día anterior en el Wurstelprater. Llevaba el mismo sombrero de copa.

—¿Quién te ha enviado estas fotografías? —preguntó ella.

—La misma persona que me mandó la primera carta: «Cordialmente: anónimo» —dijo Harry sonriendo con sarcasmo—. He reconocido la caligrafía.

—La letra del asesino —concluyó Julia.

—Es posible. Y las fotografías son demasiado buenas como para no publicarlas. ¡Son las imágenes de un fantasma! ¿Qué otro periódico tiene este documento? Todavía estoy puliendo el artículo, me falta recabar algo de información, sobre todo acerca de la actividad del viejo barón, alquimia y esas cosas... ¡Va a causar sensación! Julia, te lo ruego... —Harry la miró con cara de perro apaleado y esbozó una sonrisa lastimera—. ¡Tienes que entenderlo! Los mataderos y los trabajadores oprimidos son temas más importantes, pero los fantasmas venden más periódicos.

Chas..., chas..., se oía mientras la tierra impactaba sobre el ataúd. *Chas..., chas...*

Augustin echaba paletadas en la fosa común con la misma rutina de siempre. Hacía un fresco agradable bajo la sombra de los árboles del Cementerio Central, soplaba una brisa seca del oeste y se oía a lo lejos el intenso repicar de una campana; presumiblemente, la del tanatorio. Aquí, bajo una copa frondosa, todavía quedaba espacio para un ataúd de tamaño infantil.

Chas..., chas...

Una flor cayó rodando en la fosa; era un lirio blanco. Augustin dejó de revolver con la pala y miró a Anna, que estaba a su lado. La pequeña se había pasado la noche llorando, pero las lágrimas parecían haber cesado. Tenía la cara pálida y una expresión seria, casi de adulta. Una segunda flor rodó hasta el fondo, y después una tercera... Anna sostenía un ramo de lirios y los iba lanzando uno a uno sobre el

ataúd.

—Eras un buen mozo, Jossi —dijo ella en voz baja—. Saluda a mi madre si la ves.

La madre de Anna estaba enterrada no muy lejos de allí, en el mismo sector donde se encontraban las fosas comunes para los indigentes. En ellas se amontonaban de cuatro a cinco capas de cadáveres, dependiendo del tamaño. A la madre la había atropellado un carruaje. El día de su entierro, Anna estuvo presente y se quedó tendida sobre el túmulo de tierra recién cavada. Así fue como Augustin la había encontrado.

Durante el solitario entierro del joven Jossi, Augustin se acordó de otra fosa en la que había estado algunos años atrás. Por aquel entonces, también había sido el encargado de enterrar un ataúd infantil. Más concretamente, el de su propia hija.

«Anna...»

Con la huérfana Anna, su hija había vuelto a él, al menos un poco. Nadie más lo sabía. Como mucho, el inspector y la señorita Wolf se lo podían imaginar, pero se cuidaban mucho de no hurgar en la vieja herida.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Anna rezaba con los dedos entrelazados. Su voz recordaba el trino de un pajarillo. Solo estaban ellos dos, nadie más había acudido al entierro de Jossi. ¿Quién iba a venir, de hecho? Después de que un médico llamado a toda prisa certificara el fallecimiento durante la noche, un guardia del distrito de Simmering había pasado fugazmente para determinar que no era necesario investigar más a fondo la causa de la muerte. Para él no era más que otro niño sin hogar que había sido apuñalado en la calle por algún viejo borracho. Quizá el muchacho era un chapero o había pasado por el lugar equivocado en el momento equivocado. No había padres que pudieran exigir más aclaraciones, ni amigos influyentes, ni parientes. Se había redactado un breve protocolo, y aquello bastaba.

Al menos Anna había podido informar de que Jossi vivía en el orfanato de Margareten. Al parecer habían inaugurado allí un nuevo hospicio para niños sin hogar. El guardia había llamado por teléfono para comprobar el dato, y al parecer Jossi ya se había fugado de allí en varias ocasiones; la última, hacía unos días. No había vuelto.

Una boca menos que alimentar, un nombre más tachado de la lista.

Anna terminó de rezar.

—No conocí mucho a Jossi —dijo como si estuviera a punto de pronunciar un panegírico—, pero siempre me cayó bien. Antes de mi llegada al Cementerio Central, yo vivía con una pandilla de niños en

la calle. A él… se le daba muy bien cantar y silbar… ¡Se sabía todas las canciones! —Se sorbió la nariz—. A veces bailaba y cantaba para mí en la calle como si estuviera actuando en un teatro. Eran canciones que yo conocía por mi madre. En el orfanato, Jossi tenía comida y una cama caliente en invierno. Sin embargo, se escapaba siempre que podía. La última vez que lo vi fue en Margareten…

—¿Se puede saber a qué vas tú a Margareten? —preguntó Augustin. Margareten era el quinto distrito de Viena y quedaba muy lejos del cementerio—. ¡Cuántas veces te he dicho que no te alejes de Simmering, jovencita! Viena es una ciudad peligrosa, ¡ya lo has visto por ti misma! —le reprendió señalando la fosa, pero enseguida se arrepintió de sus palabras.

Anna lloró.

—Hace apenas un par de semanas volví a verlo —sollozó—. Yo… ¡tendría que haberle tomado en serio! Pero Jossi siempre decía tonterías para llamar la atención…

—¿Qué fue lo que te contó?

—Dijo que… que ya no aguantaba más en el orfanato. Que… que allí desaparecen niños, sin más, eso fue lo que me dijo. Que los descarados, los respondones, los alborotadores, los que rondan las calles…, que todos esos, en algún momento, desaparecen de allí. Y dijo que tenía miedo, que sabía algo. Pero yo…, no le tomé en serio. También me había hablado del Nachtkrapp. Me acordé de eso ayer.

—El Nachtkrapp… —murmuró Augustin.

Jossi lo había nombrado poco antes de morir, varias veces, de hecho, el Nachtkrapp de Margareten. Y también habló de un tal pequeño Pinzga. ¿A qué se refería? Probablemente estaba delirando. Una palabra, nada más. Un personaje salido de sus pesadillas.

—Sabes qué es el Nachtkrapp, ¿verdad? —preguntó Augustin—. Los dos lo sabemos.

Anna asintió en silencio.

—Haga algo, señor Rothmayer —dijo al fin—. Me ayudará, ¿verdad?

—¿Qué dices? —Augustin la miró perplejo—. ¿Ayudarte? ¿De qué estás hablando, jovencita?

—Intente encontrar al desgraciado que le ha hecho esto. Jossi era descarado y respondón, y por eso lo han despachado. ¡Justo como él predijo! Hay algo malo en el orfanato de Margareten y tenemos que descubrir qué es. ¡Y cuando lo sepamos, se lo contaremos al inspector y a la señorita Wolf! ¿Vale?

—Pequeña, ¿te crees que…? —empezó Augustin, pero se calló de inmediato.

Quería decirle a Anna que en realidad no tenía tiempo para eso. Que los muertos, muertos estaban y que no había que remover el

asunto. Además, ya estaba demasiado ocupado con su nuevo libro sobre fantasmas y con esa inquietante fotografía del espíritu que el inspector y la señorita Wolf le habían enseñado.

Pero entonces miró a Anna a los ojos y vio la mirada de su propia hija.

—Por favor —suplicó ella.

Y Augustin supo que la pequeña le había ganado.

VIII

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Se puede ganar mucho dinero aprovechándose de la candidez de las personas. Esto es precisamente lo que ocurre, cada vez con más frecuencia, en las sesiones de espiritismo, donde los impostores y charlatanes abundan como las chinches. Hace unos años, el príncipe heredero Rodolfo, que por desgracia murió demasiado joven, logró destapar una de estas muestras de magia barata. En 1884, acompañado de un amigo y del ilusionista Georg Homes, Su Excelencia participó de incógnito en una sesión espiritista. Utilizando una cuerda oculta y una suerte de cepo, el príncipe heredero Rodolfo se aseguró de que el supuesto espíritu —una persona con la cara tapada con un velo y calcetines gruesos en los pies, para amortiguar sus delatores pasos— quedara atrapado en la habitación contigua.

Por extraño que parezca, los participantes siguieron creyendo en fantasmas.

Leo llamó a la puerta del Dragón Azul tratando de ignorar a los borrachos que deambulaban por las calles de Neulerchenfeld cantando y gritando a esas altas horas de la noche. Tras un segundo intento se abrió por fin la pequeña mirilla de la puerta. Detrás apareció la cara de matón de Bruno. El gigante fisgoneó primero con desdén y luego sonrió.

—¡Ah, señor inspector! ¡Bienvenido! Viene usted hecho un pincel, como de costumbre.

Abrió la puerta y Leo entró.

—La señorita Wolf no tardará en venir —dijo Bruno—. Está acostando a Sisi. Voy a decirle que ha llegado.

El portero gigantón subió la chirriante escalera y Leo esperó abajo, en el salón.

Las paredes estaban decoradas con papel pintado de motivos eróticos y las ventanas estaban tapadas con gruesas cortinas de terciopelo rojo. En una esquina, encima de una mesilla, se encontraba el teléfono, una de las adquisiciones más recientes del burdel. A Leo nunca dejaba de asombrarle la rapidez con la que esta nueva forma de

comunicación se había abierto camino en Viena. Hacía apenas unos años, solo unos pocos hogares y edificios públicos disponían de un aparato. Ahora, sus molestos timbrazos se oían en hoteles, pensiones e, incluso, prostíbulos.

La Gorda Elli estaba sentada en un sillón de respaldo alto. Desde su trono se dedicaba a observar a los clientes que accedían al local. Cualquiera que presentara síntomas de embriaguez o diera la impresión de no disponer de suficiente dinero para pagar era de inmediato expulsado por Bruno. Leo saludó con la cabeza a la madama del burdel.

—Me alegro de verte, Elli. ¿Cómo va el negocio?

La mujer se encogió de hombros, lo que hizo temblar varias decenas de repliegues de grasa en su cuerpo. Elli era la persona más gorda que Leo había conocido. Las vaporosas túnicas que llevaba y el rostro maquillado como una muñeca de porcelana siempre le hacían pensar en un emperador en decadencia poco antes de la caída del Imperio romano.

—No puedo quejarme, inspector. La bofia me deja en paz.

Leo sonrió.

—Me imagino el porqué.

Entre los clientes de Elli había varios altos funcionarios, e incluso algún miembro de la nobleza, que se aseguraban de que el burdel no fuera clausurado. Y si algún preboste se mostraba reticente a esta medida, Elli disponía de un medio persuasivo muy eficaz: había convencido a Julia para que hiciera fotografías de tapadillo a varios clientes: enmascarados, blandiendo látigos y en posturas que podrían ser de indudable interés para sus recatadas esposas.

—¡Y trate bien a Julia! —amenazó Elli levantando uno de sus dedos regordetes repletos de anillos—. De lo contrario, se las tendrá que ver con Bruno.

—Solo iremos a dar un paseo, Elli.

—¡Y una mierda! Julia me ha dicho que van a ver a esos espiritistas chiflados. Nunca he entendido esa afición. Cuando uno se muere, se muere y punto. No me imagino al cachondo de Günther, el de las polainas, volviendo de entre los muertos. ¡No, por favor! —Se estremeció—. Probablemente todavía esté gritando en su tumba: ¡devuélveme la guita!

—Vamos como invitados, nada más —dijo Leo—. Puede que esos espiritistas sean un poco excéntricos, pero son inofensivos. Ni Julia ni yo tenemos nada que temer.

Esa tarde había acordado con Julia que irían juntos a casa de Maria Vanotti, como había sugerido el jefe superior de policía. Julia no se había opuesto, al contrario, sentía curiosidad por ver qué giro tomaría la sesión y si el fantasma de Reichenbach se aparecería al

final, en la forma que fuera. Para Leo sería una oportunidad de observar más de cerca a cada uno de los participantes.

La Gorda Elli estaba a punto de poner algún reparo, cuando Julia entró en el salón. Había elegido para la ocasión un vestido azul oscuro ajustado, el más recatado que pudo encontrar en el vestuario de Elli. Llevaba la melena castaña recogida en un moño que hacía resaltar aún más los pendientes de perlas. Leo pensó que estaba irresistible.

—¡Quiero esos pendientes de vuelta, moza! —dijo Elli—. Me los dio el consejero Senfling a cambio de diez latigazos en el culo. ¡Valen un dineral!

—Gracias, Elli, iré con cuidado. Y con el vestido, también. —Le tendió el brazo a Leo—. ¿Nos vamos ya, inspector?

—¡Será un placer, señorita! Con usted, hasta el séptimo cielo y de vuelta otra vez.

—No cabe duda de que el ilustrísimo sabe cómo engatusar a las mujeres —refunfuñó Elli al paso de la pareja.

Fuera esperaba una berlina de dos caballos. Julia se volvió burlonamente hacia Leo y le dijo:

—El ilustrísimo ha venido con su carroza. No había otra más pequeña, ¿verdad? Podríamos haber…

—¿Tomado el tranvía de caballos para ir a casa de la Vanotti? —Leo hizo una seña al cochero, que se apeó y les abrió la portezuela haciendo una reverencia—. Vamos a mezclarnos con la alta sociedad, así que, si quiero averiguar algo, debo ponerme a su altura.

—Claro, y por eso también te has puesto este elegante traje inglés —dijo esbozando una sonrisa traviesa—. Admite que lo que quieres es impresionar a tu voluminosa diva de la ópera.

La portezuela se cerró de golpe y se pusieron en marcha. Mientras el carruaje avanzaba traqueteante sobre el adoquinado, Leo resumió lo que había averiguado en los últimos días. También mencionó la anunciada visita de su madre.

—¡Llega mañana por la tarde! Me ha pedido que la recoja en la Estación del Sur. —Lanzó un suspiro de lamentación—. Seguro que me pide que le enseñe la ciudad y que esté por ella. Como si tuviera tiempo para eso.

—Bueno, después de todo es tu madre y te pasa una bonita suma cada mes. Qué menos que hacerle de guía turístico.

—No te falta razón, pero precisamente ahora estoy ocupadísimo con el caso. —Leo miró a Julia con seriedad—. Ya sabes lo que dijo Stukart: el caso Lichtenstein es su máxima prioridad, y por ello pasará además por alto nuestra aventura amorosa.

—Pensaba que lo nuestro era algo más que una aventura —le replicó Julia algo disgustada.

—Por supuesto que lo es, pero así es como lo ve Stukart. Hoy me

ha vuelto a presionar. Ha leído la noticia en los periódicos y ahora está que se sube por las paredes. —Leo frunció el ceño—. Sigo sin entender cómo se han podido enterar. Ese maldito periodista debe de tener algún contacto en la policía. Y ahora todo el mundo piensa que nosotros tenemos algo que ver. —Miró a Julia con aire interrogante—. ¿Qué te pasa? Te has quedado muy pensativa.

—No es nada —respondió negando con la cabeza—. Pero creo que la cosa no se va a quedar ahí. A la gente le encantan las historias de fantasmas y me temo que no va a ser el último artículo de ese tal Sommer.

Leo suspiró.

—Probablemente tengas razón. Si tuviera a ese gacetillero aquí delante le retorcería el cuello, y a su soplón de la policía, también. —Se inclinó hacia ella—. Antes de meternos en la boca del lobo, pensemos en lo que sabemos hasta ahora. —Empezó a enumerar con los dedos—. Theodor Lichtenstein fue envenenado, eso está claro. El hombre se sentía amenazado, y así se lo contó a Stukart la última vez que jugaron al ajedrez. Pero ¿por qué? ¿Y por quién? Puede que sea alguno de los espiritistas ante los que montó el escándalo en la sesión. Pero no lo sabemos. En cualquier caso, hoy tendremos que estar muy pendientes de lo que haga cada uno de ellos.

—Y después está esa inquietante fotografía —recordó Julia—. Sigo sin saber cómo el difunto barón ha conseguido colarse en la imagen del escenario del crimen, ni siquiera tras las explicaciones de Gustav von Meyerling en el Prater. Si no es un fantasma, entonces alguien ha tenido que manipular la placa. ¿Quién puede haberlo hecho?

—Tal vez la misma persona que dejó el sombrero de copa en el lugar del crimen —conjeturó Leo mientras el cochero hacía chasquear el látigo. Meditó un momento—. Hermine Schuh, la hija de Reichenbach, a la que he ido a ver al Museo de Historia Natural, ha hecho una reflexión muy interesante: la médium Claire Pauly es en realidad la persona que más puede beneficiarse de todo este embrollo. Lichtenstein estuvo a punto de destapar el montaje de la norteamericana. De haberlo hecho, la Vanotti la habría despedido y su carrera como médium se habría ido al traste. —Se quedó pensativo—. Claire Pauly puede haber envenenado a Lichtenstein para que no hable. Y entonces decide ir más allá: nos endosa la fotografía de alguna manera y deposita el sombrero de copa en la cripta. Hace todo lo que puede para que el asunto tenga la máxima repercusión y llegue a la prensa. Y una vez que ya tiene a su siniestro barón fantasma campando a sus anchas, todo el mundo cae rendido ante la extraordinaria médium.

—Entonces es posible que a Claire Pauly le interese seguir

alimentando el sensacionalismo entre la opinión pública —dijo Julia vacilante—. ¿Con… más fotografías?

—Interesante teoría —asintió Leo—. Es muy posible que así sea. A ese maldito escritorzuelo de Sommer no le han faltado escrúpulos para ir a visitar a la hija de Reichenbach al museo. Por suerte, la mujer lo mandó a hacer gárgaras. ¡Cuando enganche al compañero de la Jefatura que le está soplando a la prensa, se va a enterar! No me extrañaría que Leinkirchner estuviese intentando ponerme otra vez la zancadilla.

—Sí, es posible —dijo Julia con la boca pequeña.

Entretanto ya habían atravesado el Ring y llegado al distrito primero. Allí se alzaban las casas más regias, las tiendas más exclusivas y los palacios más grandes. Las farolas de gas desprendían un cálido resplandor sobre las calles.

—Tengo curiosidad por saber quién es el invitado sorpresa que Vanotti me anunció la última vez —dijo Leo mirando por la ventanilla de la berlina—. Dijo que la policía podría aprender mucho de él. Esperemos que no se refiriera a cómo invocar espíritus. ¡Ah, ya hemos llegado!

El carruaje entró en la Kärntnerstrasse y se detuvo frente a un gran palacio civil donde había apostado un portero uniformado con librea. Cuando Leo y Julia se apearon, el hombre corrió hacia ellos con actitud servicial. Era evidente que, a la vista del carruaje y la elegante vestimenta de sus ocupantes, esperaba una propina generosa.

—La *signora* Maria Vanotti nos espera en su residencia —se anunció Leo entregándole al conserje un billete y su tarjeta de visita —. Si nos hace el favor de anunciarnos.

El hombre se adelantó raudo y Leo y Julia subieron tras él la amplia escalera alfombrada. Cuando llegaron arriba, la Vanotti los estaba esperando en la entrada con la puerta abierta. Llevaba un vestido de baile holgado y desprendía un aroma a perfume caro y dulce que a Leo le recordó una noche italiana en un campo de amapolas.

—¡*Signore* inspector! —dijo con una sonrisa—. Finalmente ha venido. Y veo que le gusta vestir bien. *Che bella*! —exclamó volviéndose hacia Julia—. Igual que a su encantadora acompañante, a la que por desgracia aún no he tenido el gusto de conocer.

—La señorita Wolf —presentó Leo a Julia—. Es una gran amante del espiritismo. Pensé que la velada podría interesarle.

—¡Oh, no le quepa duda! Pasen y pónganse cómodos. Los demás están esperando.

Al igual que en la visita anterior, Leo se sintió abrumado por las dimensiones del salón, donde el piano de cola acaparaba todo el protagonismo. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que la

vivienda tenía instalación eléctrica. Del techo colgaba una lámpara de araña con varias bombillas visibles entre las numerosas gemas de vidrio. El edificio de la Kärntnerstrasse en el que se hallaba el apartamento era uno de los primeros del distrito primero en disponer de este tipo de iluminación.

Los invitados, que ya estaban sentados a la larga mesa, escrutaron con curiosidad a la pareja recién llegada. Eran cuatro. La mirada de Leo se deslizó por un señor mayor con perilla, quevedos y un frac chapado a la antigua; un joven rubio con ropa elegante; otro señor de mediana edad de aspecto atlético y bigote poblado, y una señora rolliza con un perrito sentado en su regazo que le estaba chupando los dedos. La médium Claire Pauly estaba sentada a la cabeza de la mesa, fumando, y saludó a Leo con un gesto despectivo.

—Estos son el inspector Leopold von Herzfeldt, de la policía de Viena, y su encantadora acompañante —hizo las presentaciones Maria Vanotti—. Ya os había anunciado la presencia del inspector.

—Conque viene a interrogarnos, ¿verdad? —gruñó el señor mayor con perilla. Era alto y, a pesar de tener más de sesenta años, seguía manteniendo un aspecto espléndido. Enderezándose los quevedos, echó un vistazo aprobatorio a Julia y observó escrupulosamente a Leo —. Supongo que habrá traído una autorización. Bajo ningún concepto quiero que la reunión de hoy vuelva a aparecer en los periódicos. ¡Y mucho menos que trasciendan nuestros apellidos! Creo que hablo en nombre de todos los presentes.

—El inspector me aseguró que se trataría de una visita privada, no de un interrogatorio —intervino Maria Vanotti—. Solo por eso accedí a que viniera.

—¡Un interrogatorio! ¡Faltaría más! —trinó la señora con el perro —. Si alguien ha cometido alguna fechoría, sin duda ha sido... ese cretino de Lichtenstein. El tipo ha recibido su justo merecido, ¿verdad, mi pequeña Daisy? —Inclinó la cabeza para mirar al perro, que respondió con un ladrido de satisfacción.

—Pueden estar todos tranquilos —dijo Leo con una sonrisa conciliadora—. Mi intención es, simplemente, hacerme una idea de cómo transcurre la sesión. Y puedo garantizarles que la policía no dará ni un solo nombre.

—Bueno, después de la última mamarrachada publicada en el periódico, ya hemos visto con qué discreción actúa la policía —refunfuñó con sorna Claire Pauly, antes de dar una calada a su cigarrillo.

—Tengo entendido que están tras la pista de un asesinato —intervino el hombre con bigote y de aspecto atlético. Leo se dio cuenta de que hablaba con un marcado acento británico—. *How excitinglWWell*, esperemos que nuestro círculo pueda contribuir a la

resolución del crimen. En Londres, el conocido espiritista Robert James Lees también ha probado este método con Jack el Destripador. ¡No tengo la menor duda de que la policía haría muchos más progresos si confiara más en la telepatía!

—Eso ya se lo dije yo al inspector, Arthur —replicó Maria Vanotti, que se volvió entonces hacia Leo y Julia—. Quizá debería presentarles primero a los participantes en la sesión de hoy. —Señaló al anciano con perilla—. Siegfried Schneider, profesor de filología clásica de la Universidad de Viena y gran aficionado al espiritismo. Le gustaría crear una cátedra sobre el tema algún día...

—Prefiero hablar de física trascendental o, incluso, parapsicología —aclaró el profesor—, pero mis colegas todavía no han llegado tan lejos. Hasta ahora solo he recibido desprecio y burla, ¡pero estoy seguro de que, dentro de unos años, la parapsicología ocupará un lugar destacado entre las ciencias! Tendremos...

El perrito volvió a ladrar y el profesor enmudeció, ofendido.

—Es posible que ya conozcan a la señora del adorable bichón habanero, al menos por su apellido —continuó Maria Vanotti. Señaló a la señora rechoncha del perrito faldero. La mujer llevaba alrededor del cuello una boa de plumas con la que estaba haciendo cosquillas al animal—. La baronesa Eleonore von Drasche-Wartinberg.

Leo inclinó la cabeza y Julia enarcó sorprendida las cejas. En efecto, Eleonore von Drasche-Wartinberg era toda una celebridad en Viena, sobre todo para los lectores de cierto tipo de gacetas. Era la esposa de Richard von Drasche-Wartinberg, el inmensamente rico Barón del Ladrillo, como le llamaban, cuya fábrica de ladrillos y tejas Wienerberger contaba con miles de obreros en su plantilla. El matrimonio cultivaba costosas aficiones. El barón emprendía largos viajes de exploración por todos los rincones del mundo y también se dedicaba a la pintura, mientras que su esposa organizaba en su residencia grandes galas en las que en ocasiones actuaba como cantante; sin ningún talento, como afirmaban las malas lenguas.

Eleonore levantó la cabeza antes de volver a dirigir su atención a la jadeante perrita. A continuación, Maria Vanotti señaló al joven del elegante traje, el único del grupo que todavía no había dicho nada.

—Richard Landing es la nueva estrella del firmamento pianístico. ¡Vamos a oír hablar mucho de él! Es mi pianista acompañante y actualmente estamos practicando varias piezas de Brahms. ¡Toca como los ángeles!

—Solo soy el recipiente del que mana el vino dulce de tu voz —respondió Richard con una sonrisa empalagosa.

—Los invitados comprobarán por sí mismos que eres mucho más que un simple recipiente, queridísimo Richard —dijo Maria Vanotti—. Antes de empezar la sesión interpretaremos algunas de nuestras piezas

de Brahms para crear, digámoslo así, un poco de ambiente.

—¡Oh, magnífico! —exclamó Eleonore von Drasche-Wartinberg aplaudiendo de emoción mientras el bichón habanero meneaba el rabo peludo.

—Pero antes permitidme que presente al inspector a nuestro último invitado, que acaba de llegar de Inglaterra —continuó la Vanotti señalando al caballero de pelo negro y bigote—, donde es toda una celebridad. El escritor Arthur Conan Doyle.

—Bueno, tampoco exagere —dijo el británico sonriendo.

—¡Por favor! Si incluso en el Palacio de Buckingham leen sus historias de detectives sobre ese tal… ¿Cómo se llama? ¿Sherlock Hole?

—Holmes, querida. Sherlock Holmes. —Doyle se encogió de hombros—. Pero eso ya es agua pasada. Uno se tiene que deshacer de los personajes de sus novelas antes de que empiecen a aburrirle. Por eso lo… *Well*… —Suspiró—. *I killed him*. Lo maté en su enfrentamiento final con su antagonista, el profesor Moriarty. *Sorry*, Sherlock…

—Arthur tiene a toda Inglaterra enfadada por eso, la prensa está furiosa —susurró la Vanotti a Leo—. ¡Incluso una lectora empedernida lo atacó en plena calle con su bolso! El señor Doyle ha tenido que huir precipitadamente a Viena…

—Me estoy tomando unas largas vacaciones, *signora*, eso es todo. De niño pasé una época en un internado austríaco. Siempre me ha gustado esta tierra, sobre todo los Alpes.

Leo escrutó al británico de complexión atlética, bigote y pelo negro. Nunca había oído hablar de él. Quizá fuera porque no le interesaban las historias de detectives. Tenía suficiente con las de la vida real.

—*It is a pleasure to meet you, Mister Doyle* —dijo Leo en un perfecto inglés.

—*The pleasure is on my side*, inspector —respondió Doyle con exquisita formalidad.

—¡El señor Doyle es un acérrimo defensor del espiritismo en su país! —explicó Maria Vanotti con un tono ceremonioso—. Cuando supe que se encontraba en Viena, no dudé en invitarlo a nuestra pequeña sesión de espiritismo de hoy.

—Gracias de nuevo, *madame* —dijo Doyle—. Y ahora que, por lo que parece, ese espíritu puede estar vagando incluso como un fantasma en busca de venganza, esta sesión me resulta, sin duda, aún más emocionante. ¡Estamos tras la pista de un asesinato! *How brilliant*! Si mi Sherlock siguiera vivo, este sería un caso muy de su agrado.

La conversación se prolongó un poco más alrededor de la mesa y, llegado cierto punto, Maria Vanotti y Richard Landing se dirigieron al piano de cola. La voz de la diva empezó a flotar angelicalmente en la

sala, pero Leo no era capaz de disfrutar de aquella actuación única. Seguía observando a los invitados uno a uno, alternando más a menudo su mirada entre la Vanotti y su joven pianista acompañante. Saltaba a la vista que entre ambos había algo más que aprecio mutuo. Julia también pareció darse cuenta. Miró a Leo y sonrió. Seguro que la Vanotti no era la primera soprano entrada en años que tenía una aventura con su joven pianista.

Leo también se dio cuenta de algo más. La gran jaula del guacamayo, que había estado colgada en una de las habitaciones contiguas en su visita anterior, se hallaba ahora en el salón. Estaba cubierta con una tela negra y esta vez no se oía ningún ruido enervante.

Al cabo de tres interpretaciones, la Vanotti hizo una reverencia y los invitados aplaudieron eufóricos.

—*Grazie, grazie*! —correspondió la diva con una amplia sonrisa—. Solo han sido unas simples canciones, pero puede que hayan contribuido a crear el ambiente adecuado. —Se volvió hacia Claire Pauly—. Claire, creo que ya puedes empezar.

La estadounidense hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se puso manos a la obra. Leo y Julia miraban con curiosidad cómo la médium se levantaba, cerraba todas las puertas y corría las cortinas. Después se dirigió a la jaula cubierta con la tela y echó un rápido vistazo a su interior.

—Está muy tranquilo, Maria —dijo volviéndose hacia la Vanotti —, tal como te dije. Simplemente no quería estar solo, tu música lo ha calmado.

—Tienes razón, Claire, como de costumbre. —Maria Vanotti aplaudió ilusionada y suspiró—. ¡Qué haría yo sin ti!

—Creo que hoy no necesitaremos la güija —dijo Claire Pauly—. Noto que la energía es muy potente. El espíritu está muy cerca. —Miró a todos los participantes—. Seguro que podrá darnos alguna explicación sobre la muerte del doctor Lichtenstein.

—¡Oh, qué emocionante! —susurró Eleonore.

—Preparémonos para el maestro.

Claire Pauly se acercó al interruptor de la luz y lo pulsó. La oscuridad invadió la estancia. Leo oyó unos pasos mientras la médium volvía a la mesa. A su izquierda estaba sentada Julia y, a su derecha, Arthur Conan Doyle. En la oscuridad, Leo reconoció una silueta más clara en la pared frontal, presumiblemente la de Claire Pauly, que había vuelto a su asiento.

—Me gustaría que nos cogiéramos todos de la mano —pidió la médium—. ¿Podéis sentir mi mano? ¿Profesor Schneider? ¿Maria?

—Noto un flujo energético —anunció el profesor con voz seria—. Parece que la conexión se ha establecido.

—Bien, entonces comencemos. Espíritu, te invocamos. Espíritu, escúchanos...

De pronto la voz de Claire Pauly sonó mucho más grave, casi ni siquiera humana, como la de un ser procedente de las profundidades de la tierra:

—¡Barón Karl von Reichenbach, danos una señal! ¡Ahora!

Se oyó un tintineo procedente de un lugar indeterminado y el perro gruñó. Leo notó una corriente de aire muy suave, como si alguien caminara por la habitación cerca de él.

—El perro debe quedarse quieto —advirtió Claire Pauly con su voz normal—, de lo contrario, el espíritu abandonará la habitación.

—Oh, por supuesto —dijo Eleonore—. Perdóneme, es que yo... Deje que acaricie a Daisy un momento. Eso la tranquilizará.

—¡Pero no tarde! —la apremió el catedrático—. Si no, se interrumpirá el flujo de energía.

La voz inquietante y profunda de la médium volvió a sonar:

—¡Barón Von Reichenbach, maestro del Od! Si nos oyes, danos una señal. Esperamos una señal. ¡Una señal!

No pasó nada durante un tiempo.

Leo sentía la mano de Julia, que apretaba con cariño. En la otra tenía la mano fría y musculosa de Doyle. Todo le parecía muy ridículo. Leo se sentía como en una fiesta de cumpleaños infantil. ¿Por qué se habría prestado a esa pantomima? Su deseo de hablar a voz en grito se hacía cada vez más intenso.

Estaba a punto de volver a apretar la mano de Julia cuando, de repente, se oyó un sonido prolongado, como un lamento lejano.

«¿Qué demonios...?»

Alguien gritaba. Leo supuso que era la Vanotti o Eleonore von Drasche-Wartinberg. Solo al cabo de un momento se dio cuenta de que el sonido era una nota de violín. Entonces empezó a sonar una triste melodía.

—Dios mío —dijo la Vanotti con voz apagada—, ¡es *La muerte y la doncella*, de Schubert! ¡La muerte! *Dio buono*! ¡Si eso no es una señal...!

Leo se sobresaltó y aguzó el oído. ¿Qué estaba pasando? La música de violín sonaba chirriante y algo amortiguada, pero se oía claramente. Era como si las notas flotaran en la sala. El inspector parpadeó y miró a su alrededor. Su visión ya se había acostumbrado a la oscuridad. Vio el contorno de Claire Pauly, que seguía sentada a la mesa, y tampoco parecía que el resto de los invitados se hubiera movido. Entonces, ¿de dónde venía la música? Julia también irguió la cabeza en busca del origen del sonido.

De repente, la canción cesó y varios participantes lanzaron un suspiro de decepción. Pero Claire Pauly volvió a dirigirse al espíritu.

—¡Hemos escuchado tu pieza, maestro del Od! ¡Danos otra señal!

¿Estás aquí, entre nosotros? Si es así, ¡háblanos!

Reinó el silencio. No se oía más que la respiración contenida de Eleonore.

—Estoy aquí, entre vosotros —dijo de pronto una voz profunda y chirriante.

Los asistentes gritaron atemorizados, y Leo también se estremeció. Notó que Julia le apretaba la mano. ¿Qué diablos había sido eso? La voz procedía del centro del salón, donde estaba el piano de cola. Si era Claire Pauly quien fingía esa voz, ¿por qué provenía de allí y no de la mesa? Antes de que Leo pudiera seguir buscando una explicación, el espíritu volvió a hablar. Su voz era áspera y resonaba ligeramente, como si flotara hacia ellos desde algún lugar.

—¿Qué queréis de mí, mortales?

—Dinos, espíritu, ¿eres de verdad el difunto barón Von Reichenbach? —preguntó Claire Pauly—. ¿El maestro del Od?

De nuevo se hizo una pausa, y entonces se oyó con total claridad:

—Sí, lo soy.

Eleonore von Drasche-Wartinberg soltó un chillido y la perrita ladró excitada. Ignorando el ruido, Claire continuó en voz alta:

—Dinos, espíritu, ¿mataste al doctor Theodor Lichtenstein?

—Sí, lo maté. Me deshonró a mí y a mi familia, y por ello me vengué. Cualquiera que no honre a los espíritus sufrirá el mismo destino. El horror acabará con él. ¡Venganza sobre todo aquel que pretenda interponerse en nuestro camino! ¡Venganza! ¡¡Venganza!!

La voz se volvía cada vez más intensa y atronadora. La música de violín volvió a sonar. La lúgubre melodía de Schubert avanzó varios compases hasta que, tras una última y prolongada nota, cesó.

Los participantes permanecieron sentados en silencio durante un buen rato. Finalmente, se oyó el crujir de una silla. Claire Pauly se levantó, fue hacia el interruptor de la luz, lo accionó y el salón volvió a iluminarse con una luz clara y terrenal.

Arthur Conan Doyle fue el primero en recuperarse.

—*That was astonishing*! —exclamó sacudiendo la cabeza. Tenía la tez blanca como la tiza, al igual que el resto de los invitados—. ¡Extraordinario! *Ladies and gentlemen*, creo que hemos presenciado una prueba irrefutable. —El británico dejó que su mirada se deslizara sobre cada uno de los participantes—. Un espíritu en persona ha matado al doctor Lichtenstein. *Ghosts are among us*!

Una hora más tarde, Leo y Julia estaban sentados en el Melker Stiftskeller reflexionando sobre lo que acababan de presenciar. La taberna de la Schottengasse, situada cerca de la Jefatura de Policía, tenía un sótano abovedado donde la temperatura era fresca y agradable. Ambos habían compartido allí muchos momentos felices. El menú era sencillo, pero el vino estaba bueno y se podía hablar y

pensar con tranquilidad.

También sobre espíritus.

—Debe de tratarse de algún tipo de truco —dijo Leo, y dio un sorbo de su vaso de moscatel—, ¡pero no consigo entender cómo lo han hecho! ¿De dónde salía esa música de violín? Y luego esa voz espeluznante… Claire Pauly estaba sentada a la mesa, no ha podido ser ella, ni tampoco nadie del resto de los invitados.

—Quizá había alguien escondido en algún armario o detrás de una puerta —especuló Julia, que ya iba por su segundo chato de vino. Aún seguía impresionada por la inquietante sesión de espiritismo. Antes, de camino a la taberna, se había dado la vuelta varias veces, como si hubiera brujas o fantasmas ocultos en las sombras de los edificios.

—Sí, también he pensado lo mismo, pero la voz se oía perfectamente, como si viniera del centro del salón. —Leo sacudió la cabeza—. Y dentro del piano de cola es imposible esconderse. He mirado y no había nada, excepto las cuerdas.

—Pero tiene que haber alguna explicación —replicó Julia pensativa. Tenía la sensación de que estaba a punto de resolver el enigma, pero algo en su interior se lo impedía, quizá porque el asombro de la experiencia supuestamente sobrenatural todavía le duraba. En cualquier caso, le hacía bien estar en una bodega charlando y bebiendo en compañía de Leo. Era algo que, en los últimos tiempos, no hacían muy a menudo.

Después de la sesión se habían quedado un rato más en la vivienda de Maria Vanotti. Todos los invitados estaban fuera de sí porque el barón Karl von Reichenbach les había hablado. El profesor Siegfried Schneider y el británico Doyle hablaron de espiritismo, mientras las mujeres, emocionadas, rememoraban una y otra vez el espeluznante episodio vivido. Solo Richard Landing, el pianista, había permanecido pensativo y sin decir nada. Al final, se acercó al piano y tocó muy suavemente algo de Chopin, lo cual ayudó a calmar los ánimos. Leo y Julia se fueron al cabo de una hora. Al salir, el inspector aseguró a los participantes que lo sucedido en la reunión no se vería reflejado en ninguna acta de interrogatorio y, menos aún, en ningún periódico.

—Por lo menos Claire Pauly ha conseguido convencer a todo el mundo de que es médium —dijo Julia—. La puesta en escena ha sido perfecta.

—Me alegro de que los dos pensemos que el asesino no es ningún espíritu —bromeó Leo, pero entonces miró a Julia con semblante serio —. Porque los dos lo pensamos, ¿o no?

—Claro que sí. Lo que pasa es que… he pasado mucho miedo, lo admito. —Julia bebió otro sorbo de vino para tranquilizarse—.

¿Sigues pensando que esa norteamericana es la responsable de la muerte de Lichtenstein?

—Hasta ahora creía que era la que tenía más motivos, pero después de esta sesión… —Frunció el entrecejo—. Sin duda, todos los presentes tenían muchas ganas de que Lichtenstein dejara de molestar. El profesor Schneider, por ejemplo, tiene una reputación que mantener en la universidad. Él mismo ha dicho que allí ya lo tratan con desprecio y burla…

—Y esa señora tan espantosa, Eleonore, con su perro que no paraba de ladrar, seguro que tampoco quiere que su amado esposo se entere de sus aficiones ocultas —añadió Julia—. Por lo que dice la prensa, últimamente se los ha visto a ambos discutir en varios eventos sociales. Al parecer, el Barón del Ladrillo piensa que su mujer aparece demasiado en los periódicos.

—Vaya, vaya, ¿ahora te dedicas a leer las páginas de sociedad? —dijo Leo para provocarla—. Yo siempre voy directo a la sección de deportes.

—Pues sí, y por eso no leíste el primer artículo que se publicó sobre el ilustre círculo de espiritistas —le devolvió Julia con aire de suficiencia—. Como mínimo habrás captado que entre la Vanotti y ese pianista empalagoso saltan las chispas. Me apuesto lo que quieras a que tienen una aventura. Y si la prensa se enterara…

—… la Vanotti dejaría plantado a su galán en menos que canta un gallo —terminó Leo la frase—. Ya tendríamos ahí otro motivo.

—En la última partida de ajedrez que jugaron juntos, Lichtenstein le dijo a Stukart que temía por su vida —recordó Julia—; alguien pudo haberlo amenazado.

—Pero ¿quién? —se preguntó Leo—. Cada uno de los participantes tenía, al menos en teoría, un motivo para envenenar a Lichtenstein. Ninguno de ellos quiere que su nombre aparezca en los periódicos. Y eso no nos facilita las cosas.

—Te dejas a uno —dijo Julia—. Ese tal Doyle.

—Obviamente, él todavía estaba en Inglaterra en el momento del crimen, así que lo excluiré del círculo de sospechosos. ¿Es de veras tan famoso? —Leo frunció el entrecejo—. ¡Caray! ¡Debería empezar a escribir sobre mis casos! Mira si no a nuestro excéntrico sepulturero, y ahora ese Doyle. ¿Por qué sigo trabajando de policía y no me dedico a escribir historias de fantasmas o novelas baratas?

Julia sonrió.

—¿No tendrás envidia?

—Solo digo que en la policía hacemos el trabajo sucio mientras otros se dedican a escribir sobre ello y se hacen ricos. ¡Como ese maldito Sommer! Me muero por saber quién le habrá filtrado la información.

—Vamos a tratar de olvidar toda esta basura por un tiempo. No podemos estar pensando en ello todo el rato. —Julia le apretó la mano—. Quizá tendríamos que volver a ir de excursión juntos, o pasar un fin de semana en algún hotel fuera de la ciudad. Podría pedirle a Bruno que se ocupara de Sisi y…

—Hablando de hoteles —la interrumpió Leo—, mi madre llega mañana y voy a tener que estar pendiente de ella. Además, le prometí a Stukart que daría prioridad a este caso. Si no lo hago, podría sacar a la luz nuestra relación.

—¿Acaso tenemos una relación? —Julia sonrió con amargura—. Últimamente lo nuestro no pasa de relación laboral.

—¿Por qué lo dices?

Ella se encogió de hombros.

—De acuerdo, salimos a cenar, nos acostamos juntos, lo pasamos bien… Pero a veces no sé a qué atenerme contigo, Leo. Todo es tan… vago. Siempre que pasamos un buen rato hablando es por temas de trabajo.

—Diablos, tienes toda la razón. Hay tanto que hacer ahora mismo… —Leo suspiró. Entonces hizo una señal al camarero y pidió otra ronda—. A partir de ahora, ni una palabra más sobre fantasmas, asesinatos y madres, ¡lo prometo! Al menos durante las próximas horas. Vamos a disfrutar del vino y luego te llevo a casa.

—¿Y después?

Leo sonrió.

—Después le diré a la Gorda Elli que, por desgracia, a estas horas no encontraré ningún cochero que me lleve a mi pensión en Josefstadt y que tendré que pasar la noche contigo. ¿Todavía hay sitio libre en tu cama?

—Me parece que Sisi dormirá esta noche con Bruno, así que tal vez pueda ofrecerte refugio. Pero solo si me lo pides de corazón.

Julia lo besó en la boca y, por un momento, desaparecieron todas las preocupaciones y fantasmas que la acechaban. Sin embargo, también sabía que ese momento pasaría. Y no se le había escapado que Leo no había respondido a su sugerencia de pasar un fin de semana juntos en algún lugar lejos de todo.

IX

Leo se detuvo en uno de los andenes de la Estación del Sur y observó a los numerosos pasajeros que se habían desplazado hasta Viena en esa tarde de miércoles.

Los hombres lucían frescos canotiers y trajes de color claro, y las mujeres llevaban amplias faldas y sombreros de paja adornados con flores. El enorme andén era un trasiego de mozos con portaequipajes cargados. Justo entonces, otro tren hizo su entrada entre chirridos y silbidos. El vapor de la locomotora se extendió como una nube blanca. La gente agitaba pañuelos y gritaba saludos de bienvenida. El estridente chiflido del silbato de un revisor espantó a los usuarios que esperaban fuera de la zona de vías. El sudor recorría la cara de Leo, que se quitó el Homburg para secarse la frente. Viena en agosto era un hervidero. ¿De dónde podía salir tanto turista?

Se puso de puntillas y oteó entre la multitud para encontrar a su madre. Por los letreros de los vagones pudo saber que el tren recién llegado era el *Archiduque Juan*, que hacía el trayecto entre Trieste y Viena con escala en Graz. Leo abrió la tapa de su reloj de bolsillo: las dos en punto clavadas... No le habría importado un pequeño retraso, así habría podido tomarse un café. Tenía la cabeza como una olla de grillos y estaba medio muerto de cansancio. El día anterior había estado con Julia en el Melker Stiftskeller hasta que cerraron y después la llevó al Dragón Azul. Allí, hasta casi despuntar el día, hicieron el amor y hablaron de lo divino y lo humano, de todo excepto de espíritus y de su último caso. Esa noche les había ido bien a los dos, aunque sus cráneos habían acabado algo perjudicados...

Esa mañana, en la Jefatura, Leo había conseguido mantenerse en pie a duras penas, pero por lo menos no había tenido que aguantar al inspector jefe Paul Leinkirchner, quien, junto con el compañero Erich Loibl, seguía ocupado con el caso del desaparecido hijo de los Czerny.

Leo divisó por fin a su madre entre la multitud. A sus más de cincuenta años, Wilhelmine von Herzfeldt seguía conservando todo su atractivo. Vestía con traje y sombrero confeccionados por los mejores sastres de Graz, y la sombrilla, que sostenía elegantemente con su enguantada mano derecha, era de seda azul claro. Como esposa de Jakob von Herzfeldt, presidente del Banco Herzfeldt e Hijos, de Graz, disponía de todos los recursos que necesitaba y demostraba una conducta acorde a su posición social. Wilhelmine ya se había procurado un mozo de cuerda que caminaba casi aplastado por el pesado equipaje de la señora. Leo sonrió. Su madre iba pertrechada

como si quisiera irse del país.

—¡Estoy aquí, mamá! ¡Aquí!

Leo saludó con la mano y Wilhelmine von Herzfeldt consiguió ver a su hijo entre tantas cabezas. Le devolvió el saludo y aceleró el paso.

—Creí que te habías olvidado de mí —dijo ella con tono de reproche cuando llegó a su lado. Señaló al jadeante portaequipajes—. He tenido que ocuparme yo de las maletas.

—Yo también me alegro de verte, mamá —dijo Leo sonriendo. Su madre seguía siendo la misma—. ¡Qué buen aspecto tienes!

—No puedo decir lo mismo de ti. —Wilhelmine examinó a su hijo con preocupación—. ¿Te encuentras bien? Estás muy pálido. Tu casera me ha dicho que trabajas demasiado y comes muy poco. Una mujer muy amable, por cierto. He tenido una bonita charla con ella por teléfono.

—Sí, parece que os lleváis muy bien.

Leo libró de una de las maletas al agradecido mozo y se adelantó.

—¡Tengo muchas ganas de conocer a tu amiga! —dijo Wilhelmine mientras andaban—. Aunque parece que es algo más que una amiga, ¿me equivoco? En tus cartas no das muchos detalles, pero una madre se da cuenta de estas cosas. —Se detuvo un momento y lo miró a los ojos—. En tus cartas dices que trabaja contigo en la policía. ¿Cómo es eso posible? Mujeres persiguiendo criminales, no sé yo…

—Es fotógrafa, mamá.

—¡Ah! ¿Fotógrafa? —Wilhelmine intentó ocultar la decepción en su voz—. Bueno, ¡a ti también te gustaba hacer fotografías! ¿Te acuerdas de cuando eras niño y te fuiste al lago a retratar peces con tu cámara nueva? Tu padre se subía por las paredes…

Entre otras breves anécdotas y muestras de preocupación de la madre, atravesaron el andén en dirección a la salida. Wilhelmine von Herzfeldt, apellidada Stücklin de soltera, había nacido en Hannover. Leo había aprendido de ella su cuidado acento alto alemán, que a menudo le había supuesto un problema en Viena.

Leo miraba de reojo a su madre. Era probable que Jakob von Herzfeldt no supiese que ella enviaba dinero regularmente a la oveja negra de la familia. Leo tampoco hablaba desde hacía tiempo con su hermano mayor, Viktor, que ya formaba parte del consejo de administración del banco. Solo se llevaba bien con Lili, su hermana pequeña.

—¿Os vais a comprometer?

—¿Qué? —La pregunta de la madre sacó a Leo de sus cavilaciones.

—Bueno, tú y esa… fotógrafa. —Wilhelmine se volvió a detener un momento y tomó la mano de su hijo—. Leo, ya sabes que siempre estaré a tu lado. Lo pasado, pasado está. Y parece que en Viena has

encontrado tu nuevo hogar. Pero ¡una fotógrafa! En Graz podrías haber hecho una brillante carrera como juez de instrucción, y si te hubieras casado con Hanni habrías tenido…

—¡Cochero! —Leo hizo una señal con la mano a uno de los muchos fiacres y cabriolés de un caballo que esperaban pasajeros bajo una marquesina de cristal en un lateral de la estación. ¡Ni en sueños iba a entablar ahora una conversación con su madre sobre carreras profesionales abandonadas ni planes de boda!

El carruaje se detuvo junto a ellos y Leo le dio unas monedas al mozo de cuerda. Una vez cargadas las maletas, el cochero chasqueó su látigo y partieron.

—¿Adónde llevo a los señores? —preguntó el hombre ladeando la cabeza hacia su espalda.

Leo miró a su madre.

—¿En qué hotel te alojas? No te lo había preguntado. ¿El Grand Hotel, el Imperial, o quizá el…?

—Ya te dije que el concejal Meier me recomendó un hotel nuevo en las afueras de Viena. Está en… Espera, aquí lo dice.

Wilhelmine sacó un mapa y se lo entregó a Leo.

—Hotel-palacio del Cobenzl —leyó él en voz alta.

—¡Lo conozco! —dijo el cochero—. Está en la colina de Reisenberg, en el distrito de Döbling. Lo acaban de inaugurar. Muy buena elección, señora.

Leo se quedó mirando el mapa, perplejo. Se acordó de que Hermine Schuh, la hija de Reichenbach, le había hablado del palacio del Cobenzl.

—¿Un hotel-palacio en la colina de Reisenberg…? —pensó en voz alta. Entonces se dirigió al cochero y le preguntó—: ¿Sabe si ese hotel fue en su día un palacio?

—Creo que sí, señor. Dicen que perteneció a un conde o un barón. Ahora lo ha comprado una constructora. ¡Una ubicación inmejorable, justo encima de la colina! Si quieren les puedo mostrar un poco la zona. Es muy bonito…

—No, gracias. Limítese a llevarnos a mi madre y a mí hasta allí.

—¿Qué ocurre, Leo? —preguntó Wilhelmine—. De repente te has puesto más pálido de lo que ya estabas.

—No es nada —murmuró él—. Simplemente, que ya he oído hablar del hotel…, bueno, del palacio. —Se recostó en el asiento y pensó en lo que Hermine Schuh le había contado el día anterior en el Museo de Historia Natural. Karl von Reichenbach había sido el propietario de un palacio en la colina de Reisenberg, donde también habría llevado a cabo sus experimentos. En realidad, el palacio carecía de importancia para el caso, pero si iba a dejar allí a su madre, no estaría de más hacer algunas averiguaciones.

Mientras Wilhelmine seguía parloteando, salieron del centro de la ciudad y llegaron a los suburbios situados detrás de la Linienwall, la antigua línea de fortificaciones de Viena. Aquí se alzaban varias villas elegantes de nueva construcción. En Döbling había un montón de tabernas de vino joven cuyas terrazas estaban muy concurridas en verano. De sus jardines decorados con farolillos llegaba el sonido de risas y música popular. Más allá se extendían los viñedos. El carruaje había abandonado la ciudad y se adentraba en la campiña.

La carretera se hizo más empinada y pronto ascendió por un camino sinuoso colina arriba. La ciudad de Viena se extendía ahora a sus pies, con la catedral de San Esteban sobresaliendo como un estilete entre el mar de tejados. Cruzaron un pequeño bosque y, después, un extenso prado florecido justo debajo de la cresta de la colina. El camino desembocó en una avenida bordeada de robles que conducía a un hotel señorial.

—El hotel-palacio del Cobenzl —anunció el cochero—. Como les he dicho, un rinconcito precioso para un hotel. Pero no es barato.

Leo contempló la larga fachada del edificio de estilo neobarroco. Tenía dos alas, que probablemente se habían añadido con posterioridad. Unos altos ventanales arqueados daban a un elegante salón de café decorado con arabescos y, enfrente, se extendía una terraza donde los clientes, vestidos con elegancia, estaban tomando el té. Unos deslumbrantes caminos de grava blanca conducían a la parte baja del jardín del hotel y a un estanque donde nadaban patos y cisnes.

—¡Qué maravilla! —exclamó la madre, entusiasmada—. El concejal de comercio Maier ha tenido una excelente idea, ¿no te parece?

—Sí, es muy bonito —asintió Leo. Intentaba imaginarse el aspecto que debía de tener el palacio más de medio siglo atrás, cuando el barón Von Reichenbach había llevado a cabo aquí sus experimentos con ese extraño Od.

El fiacre se detuvo y Wilhelmine pagó al cochero un pequeño dineral. Los mozos de equipaje, uniformados con librea de color rojo mate, se apresuraron a recoger las maletas. Mientras tanto, Leo y su madre se dirigieron al vestíbulo de recepción. También allí rezumaba la elegancia. Unos cuantos señores entrados en años estaban sentados en amplios y mullidos sillones, fumando puros y jugando a las cartas, mientras un camarero se encargaba de servirles el jerez y el oporto de la tarde. No tardó en acercarse un hombre de mediana edad. La pomada negra para el pelo hacía que brillase su raya lateral perfectamente peinada. Tenía un bigotín fino y el rostro radiante.

—La señora Wilhelmine von Herzfeldt, si no me equivoco. ¡Un placer! —El hombre le besó la mano con galantería—. Soy Adolf

Becher, el gerente del hotel. Es para mí un honor darle la bienvenida al Cobenzl a la esposa de Jakob von Herzfeldt, presidente del famoso establecimiento bancario de Graz. —Ceceaba un poco, lo cual le hacía parecer más servicial.

—Oh, veo que conoce a mi marido —repuso Wilhelmine, halagada.

—¡Faltaría más! Herzfeldt e Hijos también es una institución muy conocida en Viena. —El gerente sonrió—. Sin embargo, debo confesarle que, como sociedad hotelera, hemos entablado relaciones con varios bancos, por supuesto. Un hotel como este no es precisamente un negocio barato, pero creo que ha merecido la pena. —Hizo una reverencia a Leo—. Déjeme adivinar. Usted es…

—Mi hijo, Leopold von Herzfeldt —se adelantó Wilhelmine—. Vive aquí, en Viena, y trabaja en…

—No queremos aburrir al señor Becher con pormenores profesionales —la interrumpió Leo—. Quizá quiera ofrecernos un pequeño recorrido por las instalaciones…

—Sí, claro. Si hacen el favor de seguirme.

Leo y su madre fueron detrás del gerente, que empezó a perderse en detalles sobre el edificio del palacio.

—Hace apenas medio año que abrimos el hotel —explicó Becher mientras recorrían los distintos salones y pabellones—. ¡Me atrevería a afirmar que podemos compararnos con el Savoy de Londres! El comedor tiene una capacidad para doscientos comensales y disponemos de un balneario con dos piscinas y un baño romano. ¡Y nuestros huéspedes más deportistas pueden disfrutar además de un completo gimnasio!

—¿Y si quiero ir a Viena, o a la ópera, o de compras…? —preguntó Wilhelmine.

—En la entrada tendrá siempre un carruaje a su disposición, *madame*. Estamos en la montaña, pero Viena no queda muy lejos. ¡La vista desde aquí es magnífica!

—¿Es cierto que el palacio perteneció a un conde o a un barón? —preguntó Leo.

Becher asintió con la cabeza.

—A varios, en realidad. Lo construyó un tal conde Cobenzl, de ahí el nombre. Le siguieron otros nobles.

—¿Como el barón Von Reichenbach? —indagó el inspector.

—Así es —confirmó Becher—, pero eso fue hace ya mucho tiempo.

—Debió de ser un personaje extraño. Se dice que aquí experimentó con la alquimia. ¿Es eso cierto?

El hotelero dejó escapar un suspiro y alzó las manos.

—El joven caballero se refiere probablemente al artículo de

prensa en el que se habla del hotel y del barón. Tendría que haberme imaginado que la voz correría con rapidez…

—Un momento… —lo interrumpió Leo—. ¿Hay un artículo donde se menciona este hotel?

—Sí, en el *Neues Wiener Journal*, en la edición de esta mañana —confirmó Adolf Becher enarcando una ceja—. Ayer vino un periodista a hacer preguntas. Si le soy sincero, no me di cuenta de que era un periodista hasta que me lo dijo…

—¡Será hijo de perra! —exclamó Leo entre dientes—. Lo ha vuelto a hacer.

—¿Lo conoces? —quiso saber Wilhelmine—. ¿De qué artículo habla?

—Oh, no es nada, mamá. —Leo fingió restar importancia al asunto—. Algunos periodicuchos cuentan que un barón muerto hace tiempo sigue apareciéndose por Viena, y por lo visto vivió aquí. Pero solo son paparruchadas que se inventan para animar la calma veraniega.

—¿Un fantasma en este hotel? ¡Qué emocionante! —Wilhelmine aplaudió emocionada—. ¡Cada vez me gusta más este alojamiento!

—¿Ese periodista ha vuelto a ponerse en contacto con usted? —preguntó Leo.

—Pues no —respondió Adolf Becher encogiéndose de hombros—. Pero, precisamente hoy, un huésped quería indagar un poco. Quizá ha elegido el hotel por esta razón. Pero no he podido explicarle mucho más de lo que ya les he dicho a usted y al periodista. Sé muy poco sobre el pasado del palacio de Cobenzl. Por cierto, ese huésped está sentado ahí detrás, junto a la ventana.

Leo miró hacia la entrada acristalada del pabellón y lanzó un leve suspiro.

—Tendría que habérmelo imaginado —murmuró.

—Viene de Inglaterra y, por lo visto, es un escritor muy conocido allí —explicó el gerente—. Por desgracia, todavía no he leído nada de él. Se llama Arthur Conan Doyle.

—¿Doyle? ¿Arthur Conan Doyle? —repitió la madre de Leo tapándose la boca con la mano—. ¡No me lo puedo creer! ¡Es él!

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó Leo asombrado.

—Hace poco leí un relato suyo, ¡en inglés! —confirmó entusiasmada—. Como sabrás, también leo mucho en inglés. ¡Escribe unas historias tan emocionantes! Iba de un detective llamado Sherlock Holmes que descubre un escándalo en Bohemia.

—Conocí al señor Doyle anoche —dijo Leo—, pero no imaginaba que…

—¡Tienes que presentármelo! —lo interrumpió su madre—. ¿A qué esperas?

Adolf Becher hizo una leve reverencia.

—En ese caso, señores, dejaré esta ilustre compañía. Si me necesitan, háganmelo saber y acudiré al momento.

Cuando Becher se hubo ido, Wilhelmine arrastró a su hijo hasta el reservado donde estaba sentado Arthur Conan Doyle. Leo no daba crédito. ¿Qué diablos tenía ese autor británico de novelas policíacas? ¡Ahora resultaba que su madre también lo adoraba! ¿Historias de detectives? ¡Bah! Qué sabría ella del trabajo policial si nunca le había preguntado nada a él, que era un detective de verdad.

Doyle estaba sentado de espaldas a ellos, mirando por el ventanal hacia los viñedos que empezaban a resplandecer a la luz del atardecer. Daba caladas a un grueso cigarro puro y tenía un vaso de whisky delante. Leo carraspeó.

—Señor Doyle…

El inglés se volvió mostrando una expresión de sorpresa.

—*God gracious*! Si es el joven inspector de anoche. —Miró entonces a Wilhelmine esbozando una radiante sonrisa de tiburón—. ¿Y la encantadora dama es…?

—Mi madre. —Leo suspiró—. Es una gran admiradora suya. Está de visita en Viena y acabo de traerla al hotel.

—Espero no importunarlo —dijo su madre poniendo voz de jovencita—, pero ¿sería demasiado presuntuoso por mi parte pedirle un autógrafo, señor Doyle?

—No, si me acompaña con un vaso de whisky de las Highlands escocesas, *madame*.

Doyle se levantó y, como un auténtico *gentleman* británico, le ofreció asiento junto al ventanal. Apenas tardaron un instante en entablar una animada conversación en la que Doyle encadenaba una anécdota tras otra y Wilhelmine correspondía con sonoras carcajadas. Leo sonrió satisfecho.

Al menos ahora sabía quién cuidaría de su madre los próximos días.

El olor cáustico del disolvente llegaba a la nariz de Julia mientras sumergía una a una las imágenes en la cubeta de revelado. Aparecieron unos primeros contornos, como siluetas espectrales, y después se distinguieron los cuerpos. Decenas de reses y cerdos, conducidos a través de una enorme compuerta al interior del matadero de Viena. Julia extrajo las fotografías del líquido de olor acre y las sumergió en la cubeta de agua, donde siguió observándolas bajo la luz roja. Algunas estaban borrosas o desenfocadas, como una en la que aparecía un enfurecido pastor trashumante blandiendo un garrote. Pero al menos un par habían salido muy bien.

Antes, a primera hora de la mañana, justo después de que Leo se hubiera despedido de ella con un último y largo beso, Julia se había

desplazado hasta el mercado central de ganado con su equipo fotográfico. El aire fresco de la mañana la ayudó a hacer la resaca más llevadera. Había ido hasta allí para tomar algunas instantáneas que quizá algún día sirviesen para ilustrar el reportaje sobre las condiciones existentes en el matadero; siempre que Harry lo redactara, claro, porque Julia tenía cada vez más dudas al respecto. Pero, si era sincera consigo misma, lo cierto era que simplemente había salido para olvidar los inquietantes sucesos de los últimos días.

No podía quitarse de la cabeza la voz rugosa y apagada del barón fantasma que había oído en la sesión de espiritismo de la noche anterior en casa de Maria Vanotti. Aún no sabía explicarse cuál había sido el truco.

¿Y si no había sido ningún truco? En cualquier caso, al menos las fotografías de los espíritus que Harry le había mostrado tenían que ser un montaje, aunque Julia no supiera quién estaba detrás.

Se estremeció y continuó con su trabajo. En realidad, tenía prohibido revelar fotografías privadas en el pequeño laboratorio fotográfico de la Jefatura. Pero ¿quién iba a molestarse en comprobarlo? Julia pagaba de su bolsillo las placas fotográficas que gastaba. También revelaba allí las imágenes que Elli acumulaba para coaccionar a las personalidades que visitaban su burdel. En cualquier caso, Julia se lo pasaba mucho mejor con las instantáneas que revelaba para los reportajes de Harry.

Había conseguido entrar a escondidas en las instalaciones del matadero. Las fotografías mostraban grandes naves, hombres vestidos con delantales manchados y portando grandes cuchillos de matarife, con los rostros marcados por la dureza del sangriento trabajo... Julia había hablado allí con algunos de los operarios. Estos le habían informado del terrible trato que sufrían no solo los animales, sino también las personas.

Unos pocos años atrás, un periodista había escrito un artículo sobre las miserables condiciones laborales que tenían que soportar los trabajadores de la fábrica de ladrillos Wienerberger; Julia estaba convencida de que las del mercado central de ganado no eran menos malas. Pensó en Eleonore von Drasche-Wartinberg. ¿Sabía esa señora de costumbres de niña mimada que el dinero que ganaba su marido salía de la sangre, el sudor y las lágrimas de los demás? No le faltaba razón a ese tal Karl Marx con su lucha de clases. Tal vez ella, Julia, no solo debería limitarse a hacer fotografías, sino que también debería escribir los artículos. ¿Por qué siempre tenían que hacerlo los hombres?

Estaba extrayendo las siguientes placas fotográficas del cartucho cuando la puerta se abrió de repente.

—¡No! —gritó Julia. Pero ya era demasiado tarde. La luz del

pasillo entró en el cuarto y echó a perder las placas, o al menos las últimas que quería revelar—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo…?

Enfurecida, se dio la vuelta enfadada esperando que fuera el inspector jefe Paul Leinkirchner quien volvía a interrumpirla. Pero cuando vio a la persona que estaba frente a ella, enmudeció.

—Qué oscuro está esto, señorita Wolf —dijo Augustin Rothmayer —. No se ve tres en un burro. ¿No le iría bien un poquito más de luz?

En el hueco de la puerta apareció el sepulturero acompañado de la pequeña Anna. Ninguno de los dos parecía ser consciente de culpa alguna. Julia suspiró.

—Señor Rothmayer, esto es un laboratorio fotográfico y tiene que estar oscuro —explicó señalando las cubetas con las fotografías—. Las imágenes son muy sensibles a la luz, de ahí la bombillita roja. El más mínimo rayo de luz y… —Gestualizó con la mano—. Pero ya da igual. Las fotografías se han velado.

—Lo sentimos mucho —dijo Anna sorbiendo con la nariz—. Ya le he dicho al señor Rothmayer que en el cartel de la puerta pone que no se puede entrar. Pero, según él, los carteles de prohibido el paso son para panolis.

—Si hiciera caso de todas las señales que hay en Viena, no podría salir de Simmering —refunfuñó el sepulturero. Como siempre que salía del Cementerio Central, llevaba puesta la levita negra y el chambergo de ala ancha. Anna lucía un bonito vestido que Julia le había regalado meses atrás. Julia pudo comprobar que de nuevo le quedaba pequeño.

—Bueno, por suerte ya casi había terminado. De todos modos, las últimas fotografías no habían salido muy bien.

Julia se juró a sí misma que instalaría lo antes posible un pestillo para asegurar la puerta por dentro, sobre todo por las fotografías del Dragón Azul, que podían costarle el puesto y el pescuezo…

Malhumorada, extrajo de las cubetas las copias echadas a perder. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo absurda que era la presencia allí de Rothmayer, con las botas cubiertas de tierra; solo le faltaba una pala en la mano. Y, sin embargo, allí estaba, delante de ella, en la tercera planta de la Jefatura de Policía de Viena. A pesar de las fotografías veladas, la situación casi estuvo a punto de arrancarle una sonrisa.

—Me alegra mucho la visita —dijo Julia mirando a Anna—. La próxima vez preferiría veros en una pastelería. ¿Cómo habéis conseguido engañar al portero?

—Le he dicho que somos testigos presenciales del caso Bierbichler —respondió Rothmayer con solemnidad— y que teníamos cita con el inspector Drakovic.

—¿Qué caso Bierbichler? —preguntó Julia, confusa—. ¿Y qué inspector Drakovic?

—¿Lo ve? —Rothmayer esbozó una sonrisa traviesa—. El portero tampoco lo sabía, y por eso nos ha dejado entrar al momento. Después ya solo hemos tenido que encontrar a alguien que supiera dónde estaba la señorita Wolf. Tampoco ha sido muy complicado.

Contra su voluntad, Julia tuvo que sonreír. Si se lo proponía, Augustin Rothmayer podía ser capaz de colarse hasta el dormitorio de la mismísima emperatriz. El sepulturero sería un bicho raro, pero era más astuto que la mayoría de los compañeros de profesión de Leo.

—Y ahora que me ha encontrado, ¿se puede saber a qué viene tanta urgencia? —preguntó—. Podría haber llamado al Dragón Azul y dejarme allí el recado.

—Se trata de Jossi —la interrumpió Anna, que volvió a sorber por la nariz. Por sus ojos enrojecidos, Julia supo que la pequeña había llorado—. Está muerto, ¡lo han asesinado! Queremos descubrir quién lo ha hecho. ¡Tiene que ayudarnos, señorita Wolf! ¡Usted y el inspector!

Julia echó una ojeada al pasillo e hizo una seña a Anna y Rothmayer para que entraran en el laboratorio fotográfico.

—Será mejor que los dos me expliquéis qué ha sucedido.

Después de escuchar toda la historia, Julia guardó silencio durante un buen rato.

—Siempre les toca a los más débiles —dijo por fin—, a los que no pueden defenderse, a los pobres, los trabajadores oprimidos, los huérfanos... —Negó con la cabeza—. Las cosas nunca van a cambiar, es desesperante. —Se volvió entonces hacia Anna y le preguntó—: ¿Y Jossi te comentó que algo no iba bien en el orfanato de Margareten?

Anna asintió con la cabeza.

—Dijo que seguían desapareciendo niños. Y ahora él está muerto, apuñalado como..., como... —Se interrumpió y continuó con un susurro—. También habló del Nachtkrapp, del hombre del saco, ya sabe.

—¿El Nachtkrapp? —preguntó Julia extrañada. La asaltaron recuerdos de su infancia. Hacía mucho tiempo que no escuchaba ese nombre y, por extraño que pareciera, aún le causaba escalofríos.

«¡Niña, ven a cenar ahora mismo! Si no, vendrá el Nachtkrapp y te raptará...»

Julia reaccionó por fin:

—Pero si solo es un personaje inventado que usan los adultos para asustar a los niños.

—El Nachtkrapp es un fantasma con forma de cuervo —explicó Augustin Rothmayer—. También aparece en mi nuevo almanaque. El Nachtkrapp se lleva volando a los niños que se quedan jugando al aire

libre cuando ha oscurecido. Y se los lleva tan lejos que después ya no saben volver a casa. En otros países hay personajes parecidos, como el hombre del saco.

—Muy interesante, señor Rothmayer, pero, como he dicho antes, solo es un personaje inventado para amenazar a los niños.

Rothmayer se encogió de hombros.

—¿Usted cree? Jossi nos advirtió de que fuéramos con cuidado con el Nachtkrapp de Margareten, literalmente. Puede que fueran delirios causados por la fiebre. O quizá el Nachtkrapp sea alguien de carne y hueso que vive en Viena y que se lleva de verdad a los niños.

—¡Los huérfanos desaparecidos! —saltó Anna—. ¿Lo ve, señorita Wolf? Jossi habló de niños desaparecidos. ¿Y si tenía razón? ¿Y si es alguien al que los niños llaman Nachtkrapp? El Nachtkrapp mató a Jossi, ¡estoy segura!

—Cálmate, pequeña. —Julia cogió las manos temblorosas de Anna—. Estás muy fría. Una taza de té caliente te hará bien, mi niña. Ya verás como todo volverá a ser como antes.

—Le prometí a Anna que usted la ayudaría —dijo Augustin Rothmayer—, y por eso hemos venido. A pie, desde Simmering, porque ningún cochero quería llevarnos.

—Yo solo soy fotógrafa. Tiene que ir a la policía, preferiblemente al Cuerpo de Guardia del distrito quinto. Y no se le ocurra mencionar a ningún Nachtkrapp si no quiere que lo encierren en el manicomio de Brünnlfeld.

—¡Los guindillas andan todo el día bebidos! —exclamó Anna desesperada—. Son incapaces de sacar sus culos gordos de las tabernas. Ninguno mueve un dedo cuando se trata de los niños de la calle. ¡Lo único que podemos esperar de ellos es una patada en el trasero!

—Habíamos pensado que tal vez el inspector… —comenzó Rothmayer—. Si fuera usted tan amable de hablar con él. ¿Está aquí?

—Ha ido a recoger a su madre a la estación. No tengo la menor idea de cuándo volverá. Además, está muy ocupado con el caso de la cripta de San Esteban. Ayer fuimos a la sesión de espiritismo…

—¡Tiene que contármelo sin falta! —dijo Rothmayer—, pero más tarde. —La miró con gesto suplicante—. ¿No puede hablar con el señor inspector, o al menos con un colega suyo? Habría que ir al orfanato para comprobar si todo está en orden. ¡Me refiero a que allí desaparecen niños! ¡Y la bofia no puede mirar hacia otro lado! ¡Haya o no ningún fantasma con forma de cuervo!

Julia lanzó un suspiro.

—No se imagina usted la de veces que la bofia mira para otro lado, señor Rothmayer. Además, se trata simplemente de huérfanos, y no de hijos de gente rica… —Se interrumpió al venirle a la mente algo

—. Pero hay alguien a quien por lo menos podría hablarle de todo esto. Quizá él tenga más información. —Recuperó la sonrisa—. Voy a proponeros una cosa. Ahora mismo veré lo que puedo hacer, y cuando sepa algo, os aviso. Y la próxima vez quedaremos en una pastelería o en algún lugar de Josefstadt que sea barato... —Examinó las manchas de tierra incrustadas en la levita de Rothmayer, y añadió—: Y donde las normas de etiqueta no sean muy estrictas.

Poco después, Julia estaba llamando a la puerta del despacho de Leo y Erich Loibl.

—Pase, si no es un asesino —sonó una voz avinagrada.

Cuando Julia entró, encontró al inspector Loibl sentado ante una montaña de carpetas, junto a la cual había un plato con los restos de un bocadillo de queso. Se limpiaba el bigote, sucio, como de costumbre.

—El compañero Herzfeldt no ha vuelto todavía...

—Lo sé —dijo Julia—. En realidad, no lo busco a él, sino a usted.

—¿A mí? —Loibl reaccionó visiblemente confuso—. ¿Es por alguna fotografía forense?

—No, no es eso. Se trata más bien de un asunto... privado. —Julia titubeó—. Está investigando con su compañero Leinkirchner el caso del desaparecido hijo de los Czerny, ¿verdad?

Loibl asintió con la cabeza y permaneció en silencio.

Julia se había enterado del caso esa misma tarde por su amiga Margarethe, quien, en lo que a novedades se refería, seguía siendo la mejor fuente de información de la Jefatura. Cuando Rothmayer le había hablado antes del huérfano desaparecido, le había vuelto a venir a la cabeza.

—Realmente no veo qué le puede importar a usted, señorita Wolf —refunfuñó Loibl, que le señaló la montaña de carpetas—. Pero, maldita sea, ¡sí, me ha tocado a mí! Solo tiene que ver este caos. Leinkirchner todavía no ha llegado. Ha ido a interrogar a los padres y tiene que hacer un par de visitas. ¡Y a mí me toca pelearme con todo el papeleo! Tengo que buscar casos antiguos, encontrar paralelismos... Si quiere saber mi opinión, el chico ahuecó el ala. Parece que lo han visto en compañía de otros jóvenes, simples vagabundos...

—¿No será por casualidad en el distrito quinto? —preguntó Julia.

Loibl le lanzó una mirada recelosa.

—¿Cómo lo sabe?

—Solo es una suposición. Una... amiga me ha dicho que han desaparecido huérfanos por la zona. Al menos es lo que se cuenta. Como sabrá, en Margareten hay un orfanato...

—¿Huérfanos? ¡Bah, eso es otra cosa! De vez en cuando desaparecen, se pierden o son apuñalados por algún cliente. El joven que buscamos es de buena familia.

—Sí, claro, solo le estaba dando vueltas —dijo Julia con aire despreocupado. Entonces señaló la pila de carpetas con un movimiento de cabeza y dijo—: ¿Todo esto son casos de niños desaparecidos en los últimos años?

—¡Sí, maldita sea! En realidad estaba organizado por distritos, pero alguien en el archivo lo ha mezclado todo —se quejó Loibl—. No sé cómo voy a hacerlo. El director general está que trina. Quiere un informe sobre su escritorio mañana por la mañana. ¡Y mecanografiado! Soy incapaz de utilizar esos aparatos modernos...

—Mmm... —pensó Julia—. Podría ayudarlo a ordenar los casos, por ejemplo. ¿Alfabéticamente, quizá? ¿Qué le parece?

—¡No me haga reír! ¿Sabe lo que me dirá Paul Leinkirchner si se entera de que una mujer se está entrometiendo en el caso?

—A ver, cuando se trata de niños, las mujeres solemos tener un instinto especial, ¿verdad? Además, su compañero no llegará hasta la noche, así que ni siquiera se enterará. Y mañana usted podrá entregarle ese informe al director general. —Julia esbozó una amplia sonrisa—. Mecanografiado.

Lo peor era el silencio. El silencio y la oscuridad.

Era un silencio completo, como si se hubiera hundido en el fondo de un profundo océano. O como si lo hubieran metido en una gran caja y lo hubieran enterrado en el bosque, o en un ataúd. No llegaba el menor ruido del exterior, ni el más leve sonido. Lo único que escuchaba era el crepitar de la mecha de la vela encendida, o el siseo de la cerilla cuando volvía a prender la candela menguada después de haber dormido sin soñar. O el crujir de las páginas del libro... O sus propios gritos y llamadas de auxilio ocasionales.

Había dejado de llorar hacía tiempo. Ya no le quedaban lágrimas. Además, tampoco quería que nadie de ahí fuera oyera sus llantos. Ya no era un niño llorica, sino un jovencito de casi doce años. Los iba a cumplir dentro de dos semanas y su padre le había prometido un tren de juguete a vapor, como los de verdad. Pero lo que realmente quería era que lo llevara a las carreras de caballos en el Prater, le comprara una manzana escarchada e hicieran juntos puntería en el Calafati con las anillas. Pero su padre nunca estaba. Y su madre, tampoco. Para ellos, los bailes y las recepciones eran más importantes que su hijo.

En realidad, siempre se había sentido igual de solo que ahora, metido en esta celda.

Alex Czerny miró desafiante la llama de la vela hasta que le dolieron los ojos por la luz. Lanzó a un rincón el libro que había estado ojeando y se acurrucó en el incómodo catre. La novela se titulaba *Robinson Crusoe* y era la historia de un hombre perdido y olvidado en una isla desierta. Alex se mordió los labios para no sollozar en voz alta. Él también se encontraba perdido y olvidado,

pero, a diferencia del Robinson del libro, no tenía ningún amigo llamado Viernes, su isla era una simple y diminuta celda con un camastro, un pozal para hacer sus necesidades, una mesa y un taburete cojos, y una caja con libros ilustrados, bloques de construcción y soldaditos de plomo. Era una caricatura de su habitación en el palacete de sus padres en el distrito cuarto, donde tenía un teatrillo de marionetas, una cama con dosel, un caballito balancín de cuando era más pequeño, cajas de música y muñecos de cuerda, una linterna mágica y cortinas bordadas con estrellas de colores que daban a un gran parque verde.

Tenía la sensación de que habían pasado varios años desde su secuestro, pero como mucho llevaría allí dos o tres días. No podía decirlo con exactitud, porque en esa estancia mal ventilada no entraba la luz diurna. No había ventanas, solo velas, pero en grandes cantidades. ¿Cuánto podía durar cada una? ¿Medio día? Gracias a esos cálculos no perdía el juicio. Y también gracias a los libros que el hombre había dejado en la celda.

Pero ¿era en realidad un hombre? ¿O más bien un fantasma? ¿O un espíritu?

Alex no lo sabía porque no lo había visto nunca. Bueno, solo una vez, por un instante, cuando estuvo esperando en el callejón con Jossi y Sepperl. Pero todo había sido muy rápido. Esa... cosa se había abalanzado sobre ellos. Alex recordaba una enorme capa negra, como las alas de un cuervo. Alguien lo había tirado violentamente al suelo y tapado la boca con un trapo impregnado de un líquido con un olor cáustico. Y entonces se hizo la oscuridad. Ignoraba qué había sido de Jossi y Sepperl. ¿Estarían también encerrados en algún lugar cercano? Había gritado sus nombres, pero nadie había respondido. Su voz se había extinguido en el silencio, como el agua embebida por la arena del desierto.

Sabía que no estaba solo y que alguien rondaba por allí porque, de vez en cuando, aparecía comida y una jarra de agua encima de la mesa. También entonces se vaciaba el cubo con sus necesidades. Eso sucedía cuando dormía. Al principio pensó que era una coincidencia, pero luego se dio cuenta de que caía rendido de cansancio cada vez que terminaba de comer. Siempre eran exquisiteces: pudin de sémola espolvoreado con canela y azúcar, panecillos calientes untados con miel, leche azucarada, pasteles y caramelos... Y nunca eran los mismos manjares, igual que en el cuento *¡Ponte, mesita!* de los hermanos Grimm. A pesar del miedo, siempre tenía ganas de comer.

¿Cuáles eran las intenciones del hombre? ¿Quería utilizarlo para conseguir dinero? Era una posibilidad, ya que los padres de Alex estaban podridos de dinero, o así se lo echaban continuamente en cara Jossi y los otros chicos.

«¡Tus padres te malcrían, tragón! ¡Vete de aquí!»

Alex volvió a pensar en Jossi y Sepperl. Dudaba que Sepperl comprendiera lo que le pasaba, pero con Jossi era distinto. ¿Habría conseguido escapar? Jossi siempre había sido el más listo de la pandilla, pero también el más fresco e impertinente. De hecho, él había sido la razón por la que Alex quiso unirse a ellos. No tenía la menor duda de que quería ser como Jossi desde el día en que se cruzó con los Compinches de Sangre. Así se hacían llamar con orgullo. Formaban una pandilla muy unida. Eso había sido en Margareten, a solo media milla del palacio de sus padres, pero aun así en un mundo diferente.

No era la primera vez que Alex se escapaba de casa. La magnífica habitación de juegos del palacete era en realidad una jaula dorada. En ella se había sentido mucho más recluido que en la celda donde se encontraba ahora. Esta vez había sido una violenta discusión con su madre el desencadenante de la que iba a ser su huida definitiva, primero en una barcaza del Danubio hasta el mar para, allí, enrolarse como grumete en un bergantín… Había pasado unos días escondido con Jossi y los demás en un cobertizo situado en algún patio trasero donde tenían su campamento. Pensó en cómo se había sentado siempre para desayunar con sus padres en el salón, en cómo debía guardar silencio, en el tictac del gran reloj de pie y en el tintineo de los cubiertos de plata. ¡Cómo echaba de menos ahora aquel tintineo tan familiar! Sí, echaba de menos a sus padres, incluso a su madre. Deseó tenerla ahora sentada en su cama, y también a su niñera, leyéndole cuentos.

Los cuentos de hadas siempre acababan bien, a pesar de las terribles criaturas que aparecían en ellos: lobos, dragones, monstruos devoradores de hombres…

Monstruos como el Nachtkrapp.

Alex se estremeció y tiró de la áspera manta hasta la barbilla. Cuando Jossi le habló por primera vez del Nachtkrapp pensó que se trataba de una historia de fantasmas con la que los chicos pretendían asustarlo; de una prueba, como las que le ponían al principio cuando le hacían comer piedras y beberse el pis. Su aceptación definitiva no llegó hasta que venció a uno de ellos en una lucha a brazo partido.

Pero Jossi había vuelto a hablar del Nachtkrapp hacía apenas unos días, en el cobertizo.

«El Nachtkrapp se lleva a los niños, Alex, ¡te lo juro! ¡Existe de veras! Y nosotros lo encontraremos… ¿Te atreves, eh? ¿Te atreves?»

Los ojos se le cerraban, se iba quedando dormido…

De repente se oyó un ruido.

Alex se estremeció. En el silencio absoluto, cualquier sonido retumbaba como un trueno. Era un andar arrastrado procedente del

otro lado de la puerta.

El corazón de Alex latía desbocado. ¡No podía ponerse a temblar ahora! Si lo hacía, el hombre se daría cuenta de que no estaba dormido, así que se tendió lo más silenciosamente que pudo y se cubrió con la manta de lana.

«¡No tiembles!»

Giró la cabeza hacia la puerta y cerró los ojos.

El tintineo de un manojo de llaves, el crujido de la cerradura, el chirrido de la puerta... De nuevo los pasos, pero esta vez dentro de la estancia...

«¡No tiembles!»

Estaba cansado, pero presente.

Alex abrió los ojos apenas una rendija. A través de las pestañas vio una figura espectral. Le pareció gigantesca, pero quizá fuera porque la veía desde la cama, avanzando amenazadora hacia él. Llevaba una capa negra y una capucha que le cubría el rostro, como un monje. En las manos, el hombre sostenía una bandeja con comida fresca y agua, y la colocó sobre la mesa. Luego se volvió hacia Alex.

«¡No tiembles!»

Alex cerró los ojos e intentó respirar de manera profunda y sosegada. Podía sentir literalmente sobre su piel la mirada del hombre. Entonces volvió a oírse el caminar arrastrado, esta vez de vuelta hacia la puerta.

Pestañeando, Alex vio cómo la figura salía de la celda deslizando los pies. Se podía distinguir un pasillo mal iluminado. Tuvo la impresión de que los muros no eran de ladrillo, sino de piedras entremezcladas con tierra negra y húmeda. Automáticamente le vinieron a la memoria las cuevas de los duendes y los pasillos de raíces de los gnomos malvados que secuestraban a los hijos de los humanos y los criaban hasta que ya no recordaban que eran humanos. Pensó en el Nachtkrapp, que cazaba a los niños que andaban de noche por la calle y se los llevaba tan lejos que nunca volvían a encontrar el camino de vuelta a casa.

Antes de que la puerta se cerrara de golpe, Alex volvió a ver la capucha negra. En la penumbra del pasillo, parecía el ala de un cuervo gigantesco.

La llave crujió en la cerradura y los pasos se alejaron lentamente.

X

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Personajes espantaniños abundan en todas las latitudes y se recurre a ellos para enseñar a los más pequeños a ser obedientes. Los hay en todos los lugares y para todos los gustos. Así, por ejemplo, el hombre del saco se lleva a los más traviesos, y el cuco, o coco, se come a los que no quieren dormir. En nuestras tierras austríacas tenemos al Stossbube, que se acerca sigilosamente a los niños que están demasiado cerca de los precipicios y los empuja para que caigan; el Hakemann, por otra parte, es un genio acuático que, con su garfio, arrastra hasta las profundidades a los niños y niñas que no saben nadar y termina devorándolos, y el Nachtkrapp, una figura con alas de cuervo, rapta a los niños que se quedan jugando en la calle cuando el sol ya se ha puesto.

Particularmente interesante me parece la figura del Schwarzer Mann, u «hombre de negro», que en nuestra región también es conocido por un juego infantil en el que los niños huyen de un cazador. Quienquiera que toque la temible figura, cambia de bando y se convierte en el cazador. Fuentes antiguas apuntan a que este hombre de negro sería una representación infantil de la enfermedad de la peste.

La peste negra, esa terrible plaga capaz de infectar a cualquiera y de llevar a la tumba a todo un país.

La mañana siguiente, cuando Julia estaba a punto de entrar en la Jefatura, se cruzó en las escaleras con Margarethe, que mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Se notaba que estaba de muy buen humor.

—¿Una noche larga? —susurró Margarethe con un melodioso canturreo—. Pareces bastante cansada. Espero que por lo menos te lo hayas pasado bien con tu apuesto y joven aristócrata… —Guiñó exageradamente un ojo—. ¡Las hay con suerte! Yo he tenido turno de noche. Tres reyertas, dos accidentes con carruajes y un homicidio antes de desayunar. Por lo visto, antes de las seis de la mañana los vieneses están de un humor aún peor de lo normal. Bueno, tampoco los culpo.

—Sisi no ha dejado de toser en toda la noche, gracias por preguntar —replicó Julia con voz cansada—. Debe de haber alguna gripe veraniega rondando por ahí.

Era cierto que no había pegado ojo en toda la noche. Había llegado tarde a casa después de ayudar al inspector Erich Loibl a redactar el informe para el director general de la policía. Las máquinas de escribir todavía eran una novedad en la Jefatura, a diferencia de lo que sucedía en las redacciones de los periódicos vieneses, que se habían adaptado más rápido a los nuevos aparatos. La dureza de las teclas había hecho mella en los dedos de Julia, pero también había podido hacerse una idea del contenido de los expedientes.

Eran tantos los niños que desaparecían en Viena que los registros estaban muy incompletos. La mayoría de los desaparecidos procedían de las clases más pobres, mientras que los hijos de familias adineradas rara vez desaparecían, y cuando lo hacían, no tardaban en encontrarlos porque los padres conocían a las autoridades y podían mover ciertos hilos. Por esa razón, el hecho de que el hijo de los Czerny llevara desaparecido más de una semana no era una buena señal, por mucho que el inspector jefe Leinkirchner siguiera pensando que el chico simplemente se había unido a una pandilla de vagabundos y que el caso no era más que la aventura de un jovencito de familia rica.

Por desgracia, Julia no había conseguido averiguar nada sobre el pobre Jossi y el orfanato de Margareten, o al menos nada que pudiera tranquilizar a Anna y a Augustin Rothmayer. También le hubiera gustado poder cambiar impresiones con Leo, pero el inspector estaba abducido por su madre. Le había hecho llegar un breve mensaje para comentarle que ese día iba a dar un paseo por la ciudad con Wilhelmine. La tarde también la iba a dedicar a su madre.

—Dime, ¿qué te parece si vamos a tomar un café? —interrumpió Margarethe las cavilaciones de Julia—. Creo que nos vendría bien a las dos. Además, apenas hemos tenido ocasión de charlar desde hace tiempo.

—¡Pobrecilla! —exclamó Julia con aire risueño—. ¡No me creo que todavía no hayas encontrado a nadie para chismorrear!

—Los mejores chismes siempre los guardo para ti, querida —replicó Margarethe guiñándole un ojo—. Tengo novedades sentimentales, *oh, là, là*! ¡Te vas a morir de envidia!

Margarethe y ella habían sido buenas amigas, pero ahora vivían momentos muy distintos. Además, Margarethe tenía celos de Julia a causa de Leo, a quien consideraba el partido perfecto. Constantemente acosaba a la fotógrafa con preguntas sobre el joven y apuesto «aristócrata», como ella lo llamaba, y al menos una vez a la semana le

preguntaba por qué todavía no se habían prometido. Margarethe nunca había tenido mucha suerte con los hombres. Era delgada y huesuda, pero estaba dotada de unos vistosos y sobresalientes atributos que no se molestaba en disimular. Pero sus aventuras solían durar unas pocas semanas y desembocaban en un mar de lágrimas.

Julia resopló. En realidad quería ir a revelar más fotografías de su serie sobre el matadero, las pocas que no se habían velado el día anterior tras la repentina visita de Anna y Augustin Rothmayer al laboratorio. Además, Sisi la esperaba en casa tosiendo. Pero un café le vendría muy bien. Y la verbosidad de Margarethe la distraería sus preocupaciones, por lo menos durante rato.

—Invito yo —dijo Margarethe—. Venga, ¡anímate!

—Bueno, ¿por qué no? En el Sluka, ¿te parece? —Julia sonrió—. Si es que te lo puedes permitir...

Poco después las dos estaban sentadas a una pequeña mesa de la cafetería Sluka, cerca del ayuntamiento, saboreando sendos cafés moka con nata montada generosamente azucarados.

—Vamos, desembucha —instó Julia a Margarethe—. Vas a reventar si no lo cuentas. ¿Quién es tu nuevo príncipe azul?

Margarethe fingió hacerse la remolona.

—Bueno, en realidad me ha prohibido contárselo a nadie en el trabajo. Al fin y al cabo, no es ningún cualquiera —dijo con un aire misterioso—. No vas a escuchar ningún nombre de mi boca, ¡soy una tumba!

—¡Eso suena muy emocionante! —dijo Julia—. ¿Quién es? ¿Un consejero gubernamental con una esposa frígida? ¿O tal vez un joven y virginal actor o cantante de ópera? Espero que te deje dormir tan poco como Sisi a mí.

Margarethe sonrió.

—No te quepa duda de ello. No eres la única que intima en el cuarto de las escobas del tercer piso.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Leo y yo nunca hemos... —Sorprendida, dejó de hablar un instante—. Un momento, ¿estás diciendo que has quedado con tu querido para retozar en la Jefatura de Policía? —Julia dio un silbido de asombro—. Estás hecha una sinvergüenza...

—¡Pero es muy excitante! Alguna noche incluso hemos repetido, primero en el cuarto de las escobas y, después, al lado, en la centralita. Yo tenía turno de noche y no había ninguna compañera... —Soltó una risita y se sonrojó—. ¿Te lo puedes imaginar? Rodeados de cables y entre los timbres de llamadas...

—Algo incómodo para mi gusto, sinceramente. Me alegro de que no hayáis ido a pasarlo bien al laboratorio fotográfico.

—Le abrí la puerta trasera de la Jefatura al finalizar la jornada de

ayer. Ya sabes, por donde siempre entra el servicio de limpieza. ¡Casi me hago pis encima por miedo a que nos viera el portero!

—¿Y desde cuándo dura el romance? —indagó Julia, y dio un sorbo de su café moka. Le estaba sentando muy bien charlar con Margarethe. De repente, todas sus preocupaciones habían quedado apartadas. Era como al principio de trabajar allí, cuando las dos se contaban sus intimidades.

Margarethe se encogió de hombros y respondió:

—Hará cosa de medio año o así. ¡Lo conocí bailando en el Volksgarten! Es tan dulce, ¡siempre me trae rosas! Pero yo también le hago algún que otro favor, no te creas. Hoy por ti y mañana por mí. —Bajó la voz—. Pero no se lo digas a nadie, ¡prométemelo!

—¿El qué? ¿Algo sucio?

—¡Por supuesto que no! ¿Qué te has creído? Es todo un caballero. En realidad tiene que ver con su trabajo...

Margarethe empezó a contárselo. Julia escuchó, divertida al principio, y después prestando cada vez más atención hasta que notó un extraño presentimiento. Con las manos temblorosas, dejó la taza sobre el plato.

«¿Será lo que estoy imaginando?»

—Dime una cosa: este último encuentro con tu amado —interrumpió Julia la verborrea de Margarethe—, ¿no fue por casualidad el domingo?

—Así es —respondió Margarethe sorprendida—. ¿Cómo lo sabes?

—Oh, no importa. Sigue contando...

Julia se terminó el café moka de un trago e hizo un gesto al camarero para que le trajera otro. Necesitaba más cafeína para pensar.

Mientras Margarethe hablaba animadamente de su vida amorosa, de citas secretas y promesas susurradas al oído, Julia ató cabos. Todavía tenía que hacer un par de comprobaciones, pero, en el fondo, estaba segura. No necesitaba ningún nombre.

Un terrible sentimiento de rabia la invadió.

—¿Estás segura de que quieres ir a otra tienda de vestidos? Quiero decir, ¿quién se va a poner toda esta ropa?

Harto y cansado, Leo depositó sobre la acera las bolsas y paquetes que había estado arrastrando detrás de su madre y se secó el sudor de la frente con su pañuelo. Apenas era primera hora de la tarde y ya no sabía cuánto tiempo llevaba acompañando a Wilhelmine con la callada esperanza de que sus superiores no llegaran a enterarse de que estaba haciendo de porteador y chico de los recados de su madre por los grandes establecimientos de la Mariahilfer Strasse, para gran alegría de los comerciantes. Leo había perdido la cuenta del número de tiendas que habían visitado. En realidad, la idea que se había hecho de un paseo por la ciudad con su madre era muy distinta.

—No te puedes ni imaginar lo anticuada que es Graz en lo que a moda se refiere. —Wilhelmine puso los ojos en blanco—. ¡Aquello es como un pueblo! Si no puedo comprar en París, al menos puedo comprar en Viena.

—Pensé que querrías ver los lugares más típicos, el Ring, la catedral de San Esteban, el Palacio Imperial… —Leo se hizo a un lado cuando algunos transeúntes pasaron junto a él y los numerosos paquetes que había en la acera—. No puedo tomarme tantos días libres…

Ella hizo un gesto de despreocupación.

—No estás obligado. También puedo pedirle a Arthur que me acompañe.

—¿Arthur? ¿Te refieres al escritor británico del hotel?

—Es un conversador extraordinario. Sabe muchísimas cosas, ¡también sobre Viena! Y eso que es su primera visita. Pero bueno, los escritores son así.

—Supongo que sí —refunfuñó Leo, y señaló una cafetería situada no muy lejos—. Escucha, ¿qué te parece si te espero allí?

—Ahora que lo dices, me sentaría muy bien un café antes de pasarme por Salsteiner y Jakoby, Además, tenemos un montón de cosas de que hablar. ¡Vamos, Leo, no te hagas el remolón!

Sin decir nada más, Wilhelmine se adelantó.

Poco después estaban los dos sentados a una mesa en la terraza de la cafetería con dos tazas de moka doble. A Leo le habría gustado pedir una cerveza para mitigar el calor, pero no se atrevió a hacerlo delante de su madre. Para ella, la cerveza era la bebida de las clases bajas. Cuando querían refrescarse, los Herzfeldt siempre bebían champán.

—Hablemos de tu… amiga —dijo por fin Wilhelmine.

Leo gimió y dejó la taza de café en el plato.

—¡Mamá, por favor! Si lo sé, no te cuento nada.

—Cuando le diga a tu padre que te has liado con una… fotógrafa, ¡le va a dar un patatús!

—No le dio ningún patatús cuando rompí el compromiso con Hanni —objetó Leo—, ni tampoco cuando os dejé y me fui de Graz, así que no creo que ahora una fotógrafa pueda importar demasiado.

—Tómatelo a broma si quieres —dijo Wilhelmine con cara de disgusto—, pero tienes que entender que…

—¡Mamá, por favor! ¡Cambiemos de tema!

—Dime al menos qué sientes por ella —le pidió—. ¿La quieres o solo es una aventura?

Leo recordó que Julia le había hecho la misma pregunta hacía poco.

«¿Acaso tenemos una relación?»

A veces ni él mismo sabía qué quería en realidad. Sí, amaba a Julia más que a ninguna otra mujer antes, ¡mucho más que a Hanni! Pero los interrogantes que se planteaban lo hacían todo más complicado. Le resultaba difícil mirar al futuro porque estaba constantemente preocupado por el presente. Siempre había algo que se interponía, el trabajo, un nuevo caso... ¿Cómo podía entonces pensar en un futuro con Julia? Pero también sentía que ella le exigía cada vez más ese futuro.

—Por favor, mamá, no hablemos de esto ahora —le dijo a su madre—. Y menos después de pasarnos el día comprando bajo un calor sofocante.

—Como quieras.

Wilhelmine sorbió un trago de su café y mantuvo un ofendido silencio. Cuando, al cabo, volvió a dejar la taza sobre el plato, su humor parecía haber cambiado de nuevo.

—Tengo otra sorpresa para ti, Leo. —Sonrió—. Entradas para la ópera esta noche. Te gusta la ópera, ¿verdad?

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta ir a la ópera! —Eso era mil veces mejor que seguir de compras por la Mariahilfer Strasse y terminar en una cena formal donde, sin duda, su madre le habría seguido dando la lata—. ¿Qué programan hoy?

—*Don Giovanni*, con Maria Vanotti. ¿La conoces?

—¿Va... Vanotti? —Leo tosió en su taza de café—. Esto... sí, más o menos.

No podía revelarle a su madre que acababa de interrogar a la famosa diva de la ópera por un caso de asesinato.

Tres grandes almacenes y varias horas después, el cabriolé en el que viajaba Leo se detuvo frente al hotel-palacio en la colina de Reisenberg. Venía de la pensión, donde se había refrescado y cambiado de ropa. El sol resplandecía rojizo en el horizonte y bañaba los viñedos con una luz cálida, mientras la silueta de Viena brillaba como telón de fondo.

Una bandada de pájaros volaba desde el bosque vecino mientras las parejitas elegantes subían el camino de grava que llevaba del pequeño estanque artificial hasta el hotel, probablemente para tomar un aperitivo antes de ir al restaurante para comer entrecot o pato regados con burdeos. A Leo se le agolparon viejos recuerdos, pues durante su infancia también se había alojado con sus padres y hermanos en establecimientos igual de elegantes.

Tras las compras, su madre había insistido en acompañarlo a su pensión de Josefstadt, cosa que Leo, gracias a Dios, consiguió evitar. ¿Cuál habría sido la reacción de Wilhelmine al ver su habitación?

«¡Dime que esto solo es el vestidor, Leo! ¡Dime que aquí solo guardas la ropa! ¿Y cómo es posible que huela tanto a tabaco? ¿No

hay salón de fumadores en esta pensión?»

—Bonito hotel ha elegido el caballero —dijo el cochero, que apestaba a brandy. Se sonó la nariz en un pañuelo sucio y comentó—: Seguro que no es barato.

—Mi madre se hospeda aquí —respondió Leo al ser despertado de sus ensoñaciones por la estruendosa sonadera del cochero—. Hoy vamos a la ópera y he venido a recogerla.

—Entonces, ¿espero a los señores? —preguntó el cochero examinando el frac recién planchado de Leo y, seguramente, calculando cuánto podría sacarle por la carrera de ida al Cobenzl y vuelta al distrito primero.

—No hace falta, gracias. Tomaremos un carruaje del hotel.

Leo entregó unas monedas al decepcionado cochero y se dirigió a la entrada iluminada del hotel. No podía ocultar que estaba deseando ver la función, aunque hubiera preferido ir a la ópera a solas con Julia. ¡Tenía que conseguir otra vez sin falta entradas para los dos cuando toda esa locura de los espíritus y los fantasmas llegara a su fin! En definitiva, tenían que volver a pasar más tiempo juntos. Tal vez la idea de Julia de pasar un fin de semana en algún hotel no fuera tan mala... ¿Y por qué no aquí, en el Cobenzl?

Como la vez anterior, el gerente Adolf Becher estaba plantado en el vestíbulo y saludaba a cada uno de los huéspedes del hotel antes de que las damas y los caballeros se dirigieran al bar o directamente al restaurante.

—¡Ah, el señor Von Herzfeldt hijo! —Becher hizo una sutil reverencia. Como siempre, iba peinado con pulcritud. Leo comprobó divertido que el cabello untado con pomada negra que lucía el gerente bordeaba una media calva incipiente—. Su señora madre ya me ha comentado que van los tres a la ópera.

—¿Los tres? —preguntó Leo sorprendido—. No sabía que...

Justo entonces entró su madre en el vestíbulo. Wilhelmine von Herzfeldt lucía un ajustado vestido de noche con una especie de cola, y un sombrero descomunal coronaba su cabeza. Extendió su enguantada mano izquierda a un caballero vestido con frac y soltó una risa de jovencita, probablemente causada por algún comentario chistoso. Juntos, cual emperador y emperatriz, cruzaron la alfombra de terciopelo rojo del vestíbulo. Daba la impresión de que su amistad se remontaba a varios años atrás.

«A varios whiskys atrás, como mínimo», pensó Leo.

—Señor Doyle —saludó con frialdad—. Me alegro de volver a verlo tan pronto. No lo esperaba en absoluto.

—Mi querido Arthur también viene a la ópera —susurró la madre, que ya iba algo achispada—. Ha conseguido otra entrada. ¿No es maravilloso?

—Conque el querido Arthur… —Leo asintió con la cabeza—. Salta a la vista que os lleváis muy bien.

—Su madre es una gran conocedora de la literatura británica —intervino Arthur Conan Doyle con voz grave y profunda, mientras acariciaba la mano de Wilhelmine—. Con ella se puede hablar tanto de Lord Byron como de Shakespeare o Marlowe.

—No exageres, Arthie… —Wilhelmine volvió a soltar una risita y Leo puso los ojos en blanco.

«Arthie…»

¡Que no exagerara! Si su padre viera aquello… Pero lo cierto era que Wilhelmine siempre se había sentido atraída por la literatura, mientras que su señor esposo era más bien de números. Leo nunca había visto a sus padres tan felices como lo estaba esa pareja. Al lado del escritor británico, su madre era literalmente otra persona.

—¡Arthie es un conversador brillantísimo! —dijo entusiasmada—, ¡sobre todo cuando cuenta historias de detectives! También me ha hablado con pelos y señales de tu nuevo caso, Leo. Tú nunca me cuentas nada sobre tu trabajo en la Jefatura de Policía —añadió decepcionada.

—¿El joven trabaja en la policía? —preguntó Adolf Becher, que seguía allí.

—¡Sí! ¡Imagínese mi sorpresa, señor Becher! Está investigando el caso del espíritu del barón Von Reichenbach, que vivía aquí y del que ahora dicen que ronda por Viena. ¡Qué inquietante! —Bajó la voz—. Arthur incluso ha hablado con él en una sesión de espiritismo, y me ha dicho que tú también estabas presente, Leo. ¡Y la célebre Maria Vanotti! ¿Por qué no me has dicho nada…?

—¡Mamá, por favor! —Leo se llevó a su madre a la salida del hotel y, cuando estuvieron fuera, le dijo con voz contenida—: ¿Qué pensará ahora de mí el señor Becher? ¿Que he venido a su castillo encantado para perseguir fantasmas? Además, es un asunto confidencial, ¡un secreto oficial! Soy policía y estoy investigando un asesinato…

—Un asesinato cometido por el barón para vengarse —dijo Arthur Conan Doyle, que los había seguido—. *Good gracious*, ¡ese fantasma no descansa! ¿Ha leído hoy los periódicos, inspector?

—Pues sí, los he leído, por desgracia —se lamentó Leo.

El inspector jefe Leinkirchner se había encargado de llevarle personalmente a su despacho la última edición del *Neues Wiener Journal*. Era ya el tercer artículo que aparecía sobre el barón fantasma y, como el anterior, estaba ilustrado con una fotografía borrosa en la que aparecía un hombre vestido a la antigua usanza, con una chistera de copa muy alta, rondando por las calles de Viena. Por lo menos la noticia no decía nada de la sesión de espiritismo a la que habían

asistido Leo y Julia.

—¡Tenemos que aplacar de nuevo la ira de ese fantasma! —imploró Doyle—, y la única manera de hacerlo es mediante otra sesión de espiritismo. Hablaré con la *signora* Vanotti esta noche, cuando termine la función.

—Señor Doyle, es un honor que nos acompañe a mi madre y a mí a la ópera, pero, se lo ruego, ¡no me venga con más disparates espiritistas! —estalló Leo—. Si usted cree en castillos encantados, fantasmas y espíritus vengativos, es su problema. ¡Pero a mí no me meta! —Hizo una señal hacia uno de los carruajes del hotel.

—¡Cómo puedes hablarle así a Arthie, Leo! —se indignó su madre—. Creo que podrías aprender mucho de él. Su detective Sherlock Holmes resuelve todos sus casos con análisis brillantes...

—¡Eso solo ocurre en las novelas, mamá! La criminalística de verdad es un poco más complicada.

—Si usted lo dice, inspector —gruñó Doyle—. Estoy seguro de que ya tiene suficiente experiencia.

El coche se detuvo a su lado y subieron a él. Un silencio incómodo se instaló entre los pasajeros mientras el carruaje de dos caballos bajaba la colina en dirección a los suburbios de Viena.

Finalmente, Leo hizo de tripas corazón, se aclaró la garganta y se disculpó:

—No ha sido mi intención ofenderlo, señor Doyle.

Doyle hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—Olvídelo. En el fondo estoy bastante harto de las historias de crímenes. Tengo pensado escribir libros más ambiciosos, de divulgación, sobre espiritismo, incluso, lo crea o no. Por eso hice morir a Sherlock Holmes. ¿Sabe dónde halló la muerte en mi última historia?

—No sé... ¿En un ferrocarril en llamas entrando en un túnel a toda velocidad? —trató de fantasear Leo. Le parecía lo bastante espectacular para ilustrar la muerte de un héroe.

—En las cataratas suizas de Reichenbach, inspector —dijo Doyle mirando a Leo como si quisiera dar a entender algo más—. ¿Lo capta? *Reichenbach*, ¡como el barón! Creía que el lugar del eterno descanso de Sherlock lo había decidido yo, ¡pero era el barón fantasma quien guiaba mi pluma! ¡Ya por aquel entonces! Probablemente también haya sido él quien me ha traído a Viena, ¡a su viejo palacio! Para presenciar su regreso...

Leo resopló. Se preguntaba cómo era posible que un hombre que había tenido tanto éxito relatando las aventuras de un detective inteligentísimo y dotado de una gran capacidad analítica, estuviera tan obcecado por los espíritus.

—¿Va a menudo a la ópera? —preguntó el inspector para cambiar

de tema.

Doyle se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad, no, ¡pero no se lo diga a la *signora*! Me invitó personalmente. Me interesan más… las cosas tangibles. Tal vez sea porque en realidad soy médico.

—Arthur ha estado embarcado en un ballenero por el Polo y ha matado focas con sus propias manos —comentó Wilhelmine, mientras empezaban a aparecer las primeras farolas de gas de la ciudad—. Incluso esquía, ¡imagínate! Y practica un extraño deporte llamado *football*. Ha intentado explicarme las reglas, pero no consigo entenderlas.

—El cricket ni siquiera lo he probado —dijo Doyle, y gruñó—. De todas formas, ningún europeo continental lo entiende.

Leo sonrió.

—Parece que os lo habéis pasado muy bien estos dos últimos días.

Escrutó a Arthur Conan Doyle con el rabillo del ojo. Ese británico tan bien plantado era todo lo contrario de su descarnado padre. Por primera vez, a Leo se le ocurrió pensar que la repentina visita de su madre a Viena podía tener un motivo muy concreto. Tal vez las cosas entre el matrimonio Herzfeldt no iban sobre ruedas. Leo no podía tomarse a mal que su madre intentara pasarlo bien, pues sabía lo estricto, desapasionado y, sí, terriblemente aburrido que podía llegar a ser su padre.

Solo cabía esperar que el apuesto y espontáneo Doyle no contagiara a la buena de Wilhelmine esa enfermedad de zoquetes llamada espiritismo.

La representación de *Don Giovanni*, a la que llegaron poco después, estaba siendo sublime.

Maria Vanotti brillaba como Donna Anna. Leo veía desde su butaca en el palco cómo la diva lamentaba la muerte de su padre en la ficción y, más tarde, ascendía a lo más alto de su registro vocal con las notas de la famosa aria «Crudele!». Al parecer, la Vanotti había ejercido su influencia para que, en vez de la zona lateral en la que Wilhelmine había reservado las localidades, los tres estuvieran acomodados en el centro, no lejos del palco imperial que, como tantas otras veces, estaba vacío.

La música de cuerda, las arias pegadizas y, sobre todo, la deslumbrante voz de la Vanotti habían hecho que Leo dejara de pensar en espíritus, fantasmas y asesinatos. Sin embargo, volvió a acordarse de todo ello cuando divisó al matrimonio Drasche-Wartinberg a pocos palcos de distancia. Saltaba a la vista que la pareja estaba discutiendo en voz baja. Richard von Drasche-Wartinberg trataba de convencer de alguna cosa a su apreciada Eleonore, a lo cual ella le daba la espalda enfadada y acariciando a su perrito. Leo sonrió.

¿Estaría el Barón del Ladrillo reprochando una vez más a su esposa sus constantes apariciones en las columnas de cotilleos? ¿Y estaría también al corriente de las sesiones espiritistas?

Justo entonces, a Leo le vino un pensamiento a la cabeza. ¿Y si Eleonore von Drasche-Wartinberg patrocinaba las sesiones espiritistas con el dinero de su marido? Claire Pauly probablemente no procedía de una familia adinerada. No sería la primera médium que se dedicara a aprovecharse con descaro de la fe de sus discípulos. Tal vez ese fuera un motivo más por el que Claire Pauly había devuelto la vida al barón.

«¿Y por qué se saca de encima a críticos molestos como Lichtenstein? —se preguntó Leo—. ¿Para mantener vivo el mito y seguir exprimiendo a la *signora* y a la Baronesa del Ladrillo?»

Cuando por fin cayó el telón final, el público rompió en una gran ovación. Leo se puso de pie con los demás y aplaudió mientras la Vanotti no dejaba de hacer reverencias junto con el resto del elenco. Wilhelmine también estaba embelesada. En cambio, el señor Doyle era el único que batía palmas con cierta pesadez. Durante la representación, el escritor había abandonado el palco en varias ocasiones para tomarse un whisky.

—La *signora* me ha dicho que vaya a verla entre bastidores después de la representación —dijo Doyle cuando por fin cesaron los vítores y las ovaciones—. ¿Desean acompañarme?

—¡Qué preguntas haces! —exclamó Wilhelmine—. Me encantaría poder estrecharle la mano a la diva personalmente. ¡Ha estado maravillosa!

—Seguro que eso se puede arreglar —convino Doyle sonriendo y frotándose el bigote con los dedos.

Se abrieron paso los tres entre la multitud por la amplia escalinata, bordearon las columnas de mármol decoradas con querubines tocando instrumentos musicales y llegaron a la planta baja. Allí, Doyle mostró su tarjeta de visita y los porteros les dejaron cruzar una estrecha puerta por la que se accedía a las dependencias cerradas al público. Con silenciosa envidia, Leo se preguntó si a él le habrían dejado entrar tan rápido mostrando su insignia de la policía.

Se agolpaba casi más gentío entre bastidores que afuera. Músicos trajinaban maletas de contrabajo y encargados de vestuario arrastraban baúles por los pasillos. Junto a uno de los camerinos estaba escrito el nombre de Maria Vanotti con letras doradas. Al otro lado de la puerta se oía una conversación en voz baja. Arthur Conan Doyle llamó, las voces cesaron y la puerta se abrió. A Leo no le sorprendió que fuera Claire Pauly la que apareció ante ellos.

—*Mister Doyle* —saludó Claire, y dio una calada a su cigarrillo—. *I hope you*... —Solo entonces se percató de la presencia de Leo y su madre, así que cambió de idioma—. Veo que ha venido acompañado.

La verdad es que Maria está cansada y…

—¡Por favor, Claire! —sonó la voz cristalina de Maria Vanotti—. ¿Desde cuándo no recibimos a los admiradores?

La diva, que estaba sentada frente a un espejo de maquillaje, se volvió hacia ellos. Todavía llevaba puesto el traje de Donna Anna, por lo que Leo tuvo la sensación de que estaba presenciando un acto más de la ópera. Junto al tocador estaba el joven Richard Landing con un gran ramo de flores en la mano. Saludó con la cabeza a los visitantes.

—Me imagino que el inspector está aquí en calidad de admirador, ¿no es cierto? —dijo Maria Vanotti con una sonrisa—. ¿O quizá ha venido a la ópera a interrogarme o, incluso, a llevarme detenida?

—Nada de eso, *signora* —respondió Leo—. De hecho, solo hemos venido a ofrecerle nuestros respetos. ¡Ha estado maravillosa! —Señaló entonces a Wilhelmine—. ¿Me permite presentarle a mi madre? Ha venido expresamente desde Graz para oírla cantar.

No era del todo cierto, pero la señora Von Herzfeldt, agradecida, le siguió la corriente a su hijo.

—¡Viajaría incluso al Polo Norte para escuchar su voz, *signora*! —exclamó entusiasmada—. ¡Ha sido una velada inolvidable! Es un honor conocerla en persona.

Mientras Wilhelmine seguía deshaciéndose en elogios, Leo se fijó en Claire y Richard. Ambos estaban incómodos por la visita, pero había algo más: el inspector tenía la sensación de que acababa de interrumpir una conversación importante. Le llamó la atención una nota que Claire tenía en sus manos. Cuando la norteamericana se percató de la mirada de Leo, guardó el papel en su delgado bolso de mano.

—¿Ha podido el señor Doyle persuadirlo del uso del espiritismo, inspector? —preguntó Claire Pauly cuando Wilhelmine se quedó callada un momento.

—¿Para atrapar a un espíritu, por ejemplo? —replicó con una sonrisa irónica—. La verdad es que la policía de Viena ya dispone de métodos propios muy acreditados.

—Pues me parece un error, si me lo permite —refunfuñó Doyle—. En este caso puede que no necesitemos tanto a la policía como la voz de un médium para apaciguar al espíritu antes de que haya más muertes.

—¿Usted también lo cree? —preguntó Leo incrédulo—. ¿Piensa que el asesinato de Lichtenstein no será el único? ¿Que ese… espíritu o quienquiera que sea volverá a golpear?

—¡Parece que está claro! —dijo Doyle—. El fantasma está furioso. Lo han insultado, incluso han dudado de su existencia…

—Entonces me temo que nos esperan muchísimos más asesinatos —replicó Leo—, pues la mayoría de los vieneses no cree en esas

patrañas.

—*Finito*! —Maria Vanotti endureció la expresión de su cara—. Creía que había venido a rendir un tributo al arte, señor inspector, no a discutir sobre espiritismo.

—Tiene razón, *signora*. Lo siento, ha sido una descortesía por mi parte.

—¡Y que lo digas, Leo! —lo riñó la madre—. ¿Qué modales son estos?

Leo levantó las manos en ademán de rendirse y sonrió.

—Se acabaron las discusiones sobre fantasmas, lo prometo. Soy agente de policía y siempre busco pruebas, pero cuando se trata de creencias, la criminalística tiene muy poco que aportar.

—Pero ¿no le bastaron las pruebas de la sesión de hace dos días? —intervino Claire Pauly echando la ceniza del cigarrillo en una copa de champán vacía—. ¿Qué más quiere?

—La reunión fue… impresionante, no lo niego —admitió Leo, y justo entonces se le ocurrió algo—: Por cierto, ¿el loro ya se ha calmado?

—¿Mi guacamayo? —Maria Vanotti frunció el entrecejo—. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, antes de que le retuerza el pescuezo… A mi casera podría interesarle. Lleva un tiempo buscando un pájaro para hacerle compañía.

—Siento mucho decepcionarlo —dijo Maria Vanotti—, pero se escapó la mañana siguiente a la sesión. Parece que la asistenta no dejó la puerta de la jaula bien cerrada después de darle de comer. La ventana estaba abierta y el animal ya no volvió a aparecer… —Se encogió de hombros—. Admito que tampoco es que me haya llevado un disgusto muy grande. Siempre me molestaba durante los ensayos. Su casera va a tener que buscarse otro pájaro.

—No pasa nada. —Leo hizo un gesto de despreocupación—. Probablemente yo mismo le hubiera retorcido el pescuezo en algún momento. —Sonrió e hizo una leve reverencia—. Ya le hemos robado demasiado tiempo, *signora*. Debe de estar agotada.

—Así es —confirmó Maria Vanotti con expresión cansada. Se volvió entonces hacia Richard Landing y le dijo—: Richard, ¿podrías asegurarte de tener un carruaje listo? Esta noche quiero acostarme pronto. Mañana empezaremos los ensayos en casa un poco más tarde, ¿de acuerdo? Y pon las flores en agua antes de que se marchiten. Por ahí hay jarrones.

—Por supuesto, *signora* Vanotti. Quizá podamos hablar más tarde…

—He dicho que estoy agotada —lo interrumpió la Vanotti—. En otro momento, Richard.

Richard Landing desapareció con el ramo de flores en una habitación contigua más pequeña. Leo se dio cuenta de que el joven pianista dirigió una última mirada a Claire.

Leo, su madre y Arthur Conan Doyle se despidieron de la diva obsequiándola con varios cumplidos más. Al salir del Teatro de la Ópera, Doyle encendió un puro.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó al grupo con tono campechano—. ¿Hay algún buen restaurante por la zona que todavía esté abierto? ¿O un bar donde tomar un whisky escocés?

—Creo que me voy a despedir —dijo Leo—. Estoy casi tan cansado como la *signora*. Me parece que vais a tener que continuar vosotros dos solos.

Con cierto regocijo constató que a su madre no parecía importarle.

Mientras caminaba por el animado tramo del Ring a lo largo del distrito de Josefstadt, Leo reflexionó sobre lo que acababa de presenciar.

La visita a la ópera había sido mucho más esclarecedora de lo que había esperado en un principio.

También para Julia iba a ser una velada esclarecedora.

Estaba sentada en una de las hornacinas del Melker Stiftskeller, delante de un vaso de vino, y se preparaba para lo que estaba a punto de suceder. Trataría de mantener la calma en la medida de lo posible y no dejaría que la ira la delatara. El vino la ayudaría a hacerlo, al igual que los dos cigarrillos que ya se había fumado. Una mujer fumando en público se consideraba una falta de decoro, pero aquí, en la oscura hornacina al final del sótano abovedado, no parecía que pudiera importarle a nadie. Incluso el camarero le había traído un cenicero; ya la conocía de visitas anteriores.

El Stiftskeller estaba a un tiro de piedra de la Jefatura de Policía y era donde solía ir con Leo al salir del trabajo. Sin embargo, esta vez había quedado con otro hombre. Miró el reloj y se le escapó una sonrisa. Era evidente que su cita era igual de impuntual que Leo, pero estaba segura de que iba a venir.

Por supuesto que iba a venir.

De hecho, no pasó mucho tiempo más hasta que vio a Harry bajar las escaleras de la cantina. Él la buscó con la mirada. Estaba recién afeitado, tan guapo como siempre, vestido con un traje de verano de color claro y sombrero de paja, y con un periódico enrollado en la mano. Julia se fijó en los zapatos de cuero cuidadosamente cepillados, que debían de costar una fortuna. No cabía duda de que a Harry le estaba yendo muy bien como reportero jefe. Sin embargo, Julia todavía veía en él al muchacho descarado que robaba manzanas en los mercados del Innviertel o se bebía el vino de misa del cura. Ya por

aquel entonces era un pícaro.

Y lo seguía siendo.

Cuando la vio en la hornacina agitó entusiasmado el periódico para que lo viera y fue a sentarse a su lado.

—Siento llegar tarde, estaba esperando a que la edición matutina saliera de la rotativa —explicó con una sonrisa triunfante—. He conseguido publicar en portada, ¡por primera vez! Colgaré esta página sobre el cabecero de mi cama.

—Déjame adivinar, ¿es otro artículo sobre el barón fantasma?

Harry se encogió de hombros.

—La historia se vende como rosquillas. Ha habido más avistamientos del fantasma, en Leopoldstadt y también en Ottakring. Fui al antiguo palacio del barón, al Cobenzl. Ahora es un hotel. Hice algunas pesquisas por allí. Ese Reichenbach era algo parecido a un alquimista o un brujo… ¡Un brujo! —Se rio y llamó al camarero con la mano—. A la gente le encanta.

—Y seguro que habrás vuelto a conseguir otra fotografía suya, ¿verdad? —preguntó Julia haciéndose la ingenua.

—Bueno, supongo que ya te lo imaginas… —Harry esperó a que el camarero le sirviera el vaso de vino. Una vez que volvieron a estar a solas, continuó en voz baja—: Recibí otro sobre anónimo con unas cuantas fotografías, entre las cuales había también una imagen del hotel-palacio. En ella se ve claramente al barón delante del edificio, como si estuviera flotando. Muy inquietante.

—Se me acaba de poner la piel de gallina. —Julia bebió un trago.

—Sé que esta historia no te gusta, Julia. Pero ¡piénsalo por un momento! Si me publican en primera página, seguro que la próxima vez el editor me hará un hueco para nuestro reportaje sobre el matadero. O sobre algo que nos motive a los dos. Estas historias de fantasmas solo son una herramienta para abrir puertas, ¿lo entiendes? —Harry encendió un cigarrillo y se reclinó en su asiento. Dio una calada, lanzó el humo con fruición y preguntó—: ¿Decías que tenías información interesante para mí?

En efecto, Julia había llamado a primera hora de la tarde a la redacción y le había pedido a su amigo que fuera a verla con la intención de hablar de un nuevo reportaje. Harry había mordido el anzuelo. Ahora solo había que tirar de la caña.

—Sí, tengo información para ti. Pero, primero, te mando un saludo de parte de Margarethe. Está deseando pasar otra noche contigo en el cuarto de las escobas.

Harry, que estaba a punto de dar otra calada, se quedó helado. Lentamente, presionó el pitillo contra el cenicero para apagarlo.

—Ella…, ¿te lo ha contado? —murmuró al fin—. Tendría que habérmelo imaginado. No sabe tener la boca cerrada.

—Nunca ha sabido. —Julia sonrió.

—No sabía que os conocíais. Me lo dijo hace poco, y para entonces ya era demasiado tarde. Si hubiera sabido que erais amigas...

—... ¿no te habrías liado con ella y no le habrías sonsacado nada? —Julia golpeó la mesa con el vaso e hizo que el vino se derramara—. ¡Maldita sea, Harry! ¡No se puede caer más bajo! ¿De verdad crees que no me iba a enterar?

—Mi trabajo como periodista es conseguir información. Y Margarethe no tiene motivos para quejarse. Nunca le han faltado flores...

—No me refiero a eso, Harry. ¡Lo que quiero decir es que tú metiste esa maldita fotografía en mi cámara a escondidas! ¡El retrato de Reichenbach! Sería capaz de...

Julia cogió su vaso y estuvo a punto de estampárselo a Harry en la cara. Se había dado cuenta de todo durante la conversación con Margarethe. No podía creer lo estúpida que había sido.

—Siempre me pregunté cómo había llegado el barón a mi placa fotográfica con la víctima —continuó Julia hablando entre dientes—. Si no era un fantasma, ¿qué explicación había? Pensé que alguien habría manipulado la placa más tarde. Pero ¿cómo era eso posible si las placas estuvieron todo el tiempo conmigo hasta que las revelé? Pues bien, ahora lo sé. ¡Alguien introdujo previamente en mi cámara la placa expuesta! —Le lanzó una mirada fulminante a Harry—. Margarethe me contó que el sábado por la noche estuviste con ella en la Jefatura, en la tercera planta. Dijo que la dejaste sola un momento. Mi laboratorio fotográfico no tiene cerrojo. ¿Por qué iba a tenerlo, si está en un edificio de la policía y no hay nada de valor? Entraste y me endosaste la placa a escondidas, ¡confiésalo! —Levantó amenazadoramente el brazo con el vaso en la mano—. Confiésalo de una vez, o si no...

—Bueno, bueno, no te pongas así. ¡Sí, fui yo! —Asustado, Harry levantó las manos—. Me declaro culpable. Fue una broma, ¿vale? Una broma estúpida.

—¿Una broma? —preguntó ella mirándolo con recelo—. ¿Qué clase de maldita broma es esa? Jesús, casi me dio por... —Se contuvo.

«... creer en fantasmas», pensó, pero prefirió guardárselo para ella.

—Yo..., recibí el primer anónimo el sábado —continuó Harry—. Decía que tenía que acudir a la cripta de San Esteban porque había allí un espíritu haciendo de las suyas. El mensaje incluía una placa fotográfica con una nota que decía que en ella estaba la imagen de ese misterioso espíritu y que podía utilizarla para el periódico. —Suspiró profundamente—. ¡Pensé que alguien quería gastarme una broma! Algún chiflado, quizá. Esas cosas ocurren de vez en cuando, así que no

le di mucha importancia. Además, ya había quedado con Margarethe, así que me llevé el paquetito conmigo a la Jefatura para poder analizar el contenido más tarde en casa. ¡Y entonces descubrí tu laboratorio fotográfico! —Harry se echó a reír—. Me imaginé la cara que pondrías cuando de repente apareciera un fantasma en una de tus fotografías. ¡No imaginé que ibas a utilizar precisamente esa placa para fotografiar al muerto de la cripta de San Esteban!

—No te creo, Harry. —Julia seguía sosteniendo el vaso en la mano—. Pienso que querías un gran reportaje sobre espíritus y que yo, la ingenua de turno, era el instrumento perfecto...

—¡Pero piensa un poco, Julia! Si de veras fuera como dices, ¿por qué no me quedé con la placa y la utilicé para el reportaje? Te la endosé y después decidí pasarme por la cripta de San Esteban. A Margarethe le molestó que me fuera tan pronto. —Esbozó una sonrisa traviesa—. Si te soy sincero, después me enfadé por haber dejado la placa en el laboratorio. Me habría venido muy bien.

—Pero ahora tienes más fotografías —le recriminó Julia señalando el periódico enrollado—. Seguro que aquí hay otra fotografía espeluznante que tú mismo te has encargado de falsificar. ¡Todo es una burda mentira!

—Julia, te juro por mi madre y por los años que pasamos juntos en el Innviertel que las fotografías no son mías. ¡Alguien me las envía y no sé quién es! —Se encogió de hombros—. Vale, quizá sea un poco exagerado contar que Reichenbach se ha aparecido. La gente habla mucho y Ottakring está lleno de borrachos que por media jarra de vino son capaces de jurarte que han visto un fantasma... Pero las imágenes me las envía alguien. Hoy me ha llegado otra, mira.

Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó tres fotografías. En ellas aparecía un hombre mayor con chistera de copa alta posando delante del hotel-palacio, delante de una taberna, probablemente en Ottakring, y en un cruce muy concurrido atravesado por un carruaje. El hombre del frac chapado a la antigua parecía flotar en las tres imágenes y estaba desenfocado, lo cual hacía que su rostro fuera irreconocible.

—Ese sombrero de copa —Julia tocó con la punta del dedo una de las fotografías—, ¿lo colocaste tú junto al muerto en la cripta de San Esteban?

—¡Por supuesto que no! —negó Harry indignado—. ¿Cómo podría haberlo hecho? Llegué al lugar del crimen después de ti y, antes de eso, la cripta había estado cerrada con llave, ¿o lo has olvidado?

—Maldita sea, tienes razón —murmuró Julia. Trató de ordenar sus cavilaciones. Si Harry solo era responsable de la primera fotografía del fantasma, ¿de dónde habían salido las otras imágenes? ¿Y quién

había dejado el sombrero de copa en la cripta?—. Claire Pauly —dijo en voz baja. De hecho, la médium era la que más provecho podía sacar de todo el asunto. Mientras la norteamericana tuviera al barón fantasma rondando por Viena, sus ingresos y su estancia en casa de Maria Vanotti estaban asegurados.

Harry enarcó una ceja y preguntó:

—¿Qué has dicho?

—No, nada —respondió Julia—. Esta tontería de los fantasmas en tu periódico tiene que acabar desde mañana.

—Pero, Julia, ¿no entiendes que...?

—¡Un artículo más, Harry, una imagen más de un fantasma y explicaré a mis superiores que te colaste a escondidas en la Jefatura y entraste en mi laboratorio! ¡Les diré que has manipulado pruebas! Seguro que por todo esto te pueden hacer pasar varios meses entre rejas y tu bonita carrera como reportero jefe habrá terminado.

—Julia, tú nunca me harías eso...

—¡Oh, sí que lo haré! No te quepa la menor duda, Harald Sommer.

—¿Y sobre qué voy a escribir, si no? —protestó Harry—. Mi jefe espera historias emocionantes, nada de mataderos. Lo que necesito es algo que atemorice a la gente y que, a la vez, despierte su interés. Así funcionan las historias.

—Me da igual cómo funcionan las historias, Harry. Solo quiero que... —De repente, Julia se interrumpió. Se le había ocurrido algo—: ¿Quieres una historia que dé miedo y que, a la vez, despierte el interés? —preguntó esbozando una amplia sonrisa—. Creo que tengo algo para ti. Y además harás una buena obra. Escucha...

Julia empezó a hablar mientras Harry sacaba su libreta y tomaba apuntes, al principio vacilante, luego cada vez más deprisa.

—Mmm, esta historia no está nada mal —dijo al cabo de un rato.

—Ya te lo dije. Y sin fantasmas.

Julia pidió otra ronda de vino al camarero. No vio que alguien de la mesa vecina se levantaba, pagaba y echaba una breve pero funesta mirada a la hornacina.

—¿Y usted cree que la señorita Wolf podrá ayudarnos?

—Estoy convencido de ello. Y ahora, haz el favor de sostener el violín plano. ¡Santo crucifijo! ¡Que no es ninguna porra!

Augustin Rothmayer estaba con Anna en la pequeña estancia de la casa del sepulturero. Una lámpara encendida sobre la mesa proyectaba un cálido resplandor sobre sus rostros. Hacía rato que había oscurecido. Anna se llevó el violín a la barbilla y empezó a tocar las primeras notas de la canción del pajarero. Pero se detuvo a los pocos compases.

—Solo digo que...

—Mira, jovencita, así no se puede practicar. —Augustin le quitó el violín—. Te dije que te enseñaría a tocar, al menos un poco. Pero cuando tocas un instrumento musical tienes que estar a lo que estás, si no, lo mejor es dejarlo y dedicarte a cavar fosas.

A Anna se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento mucho, señor Rothmayer. ¡Me gustaría tanto tocar! Pero no puedo evitar ver a Jossi tumbado aquí, en esta habitación, rodeado de sangre por todas partes...

Augustin suspiró. Se sentó a la desgastada mesa con el violín, apartó los platos y vasos sucios y le hizo una seña a Anna para que se acercara. En realidad había pensado que tocar el violín podría distraerla un poco. Desde el entierro de Jossi, la pequeña no había vuelto a ser la misma, y ni siquiera la visita a la Jefatura ni las promesas de ayuda de la señorita Wolf habían conseguido levantarle el ánimo.

—La señorita Wolf dijo que conocía a alguien en la policía que podría tener información —trató él de tranquilizarla—, pero eso llevará algo de tiempo. Ya nos avisará cuando sepa algo.

—¡Pero mientras tanto puede que haya más huérfanos asesinados! Jossi dijo que están desapareciendo niños del orfanato de Margareten... —El cuerpo de Anna tembló cuando otro llanto convulsivo la sacudió—. Quién sabe si ahora mismo...

—Moza, moza, ¿qué tienes...?

Desconcertado, Augustin se sentó a su lado. Sabía cómo había que bajar un cadáver de dos quintales a una fosa, qué corona de flores era la más adecuada para la tumba de un niño y cuál era la mejor madera para un ataúd barato. Sin embargo, no sabía cómo consolar a una niña.

Por probar, alargó la mano y la puso en el hombro de Anna, pero lo único que consiguió fue que sollozara más fuerte. Al final la atrajo delicadamente hacia sí para que apoyara la cabeza en su pecho. Las lágrimas de la pequeña le humedecieron la camisa y una extraña emoción lo invadió. Entonces afloraron los recuerdos.

«El rostro de Anna, blanco como el de un ángel de mármol... Los sollozos de Marthe... Y yo, en medio, impasible, sin derramar ninguna lágrima...»

Nunca había sido capaz de llorar, sollozar, ahogar toda su tristeza en un mar de lágrimas. Quizá fuera porque ya había visto llorar a demasiada gente y no le quedaba espacio para sus propias lágrimas.

Reflexionó.

«Tal vez haya llegado el momento...»

—Voy a contarte a quién perteneció el violín —dijo Augustin al cabo de un rato.

Anna se sorbió la nariz sin separar su rostro de la camisa del

sepulturero.

—¿A... a quién? —sonó por fin la voz ahogada de la niña.

—Es de la persona que escribió la bonita canción que estabas tocando. —Augustin empezó a cantar con un suave graznido—: «Aquí me tenéis, soy el pajarero, siempre alegre y divertido...».

Anna dejó de llorar y se incorporó.

—¿El violín es de... Mozart? —preguntó incrédula—. ¿De Wolfgang Amadeus Mozart?

—Bueno, en realidad es un secreto, un secreto de familia. —Se encogió de hombros—. ¡Bah, qué demonios! Ahora tú también eres... familia.

—Pero... ¿cómo fue? —Anna estaba como hipnotizada y miraba fijamente el violín.

—¡Mozart era un genio! —comenzó Augustin—. Compuso unas melodías maravillosas..., pero no supo cómo administrar su dinero. Lo enterraron en una fosa para indigentes del cementerio de Sankt Marx. Un poco de cal viva, una breve oración y listos. Mi bisabuelo, Joseph Rothmayer, era entonces el sepulturero.

—¿Mozart le regaló el violín a su bisabuelo? —preguntó Anna, picada por la curiosidad.

—¿Cómo iba a regalárselo él si estaba muerto, tontuela? Fue su viuda, Constanze. Quería a su difunto marido para ella sola y no quería grandes procesiones de admiradores, así que le pidió a mi bisabuelo que mantuviera en secreto la ubicación exacta de la tumba. A cambio, como pago por su silencio, le regaló el violín. El violín de Mozart...

Augustin tomó devotamente el instrumento con ambas manos. La caja era de madera de abeto y arce; el mástil, de brillante ébano negro; y el clavijero terminaba en una cabeza de león labrada con todo lujo de detalles. El sepulturero punteó las cuerdas y estas resonaron un buen rato en el silencio de la estancia.

—Mi bisabuelo se lo dio en herencia a mi abuelo, y este, a mi padre, y ahora lo tengo yo. Soy el último... —Miraba el violín con sosegada melancolía—. En una época quise ser músico y tocaba por las terrazas y los bares. ¡Y no se me daba mal! Llegué a ser violinista en la orquesta del joven Strauss, el más gallito de la saga, en el Paradiesgartl... Allí conocí a Marthe, mi esposa... —Fijó la mirada en el vacío cuando los recuerdos lo invadieron.

—¿Y por qué se hizo sepulturero? —preguntó Anna.

Los recuerdos reventaron como pompas de jabón.

—Porque la vida no es un concierto a petición en el Paradiesgartl.

Augustin Rothmayer volvió a poner el violín sobre la mesa con más ímpetu del necesario y una de las cuerdas vibró disonante.

—La vida sigue una sinfonía distinta, normalmente en clave

menor —refunfuñó—. Mi hermano mayor murió de cólera y padre necesitaba un sucesor. Así es la vida, así ha sido siempre. Sin apoteosis, solo un endeble decrescendo, y sanseacabó.

Se levantó. Sentía cómo la camisa humedecida por las lágrimas se le pegaba a la piel.

Anna quiso saber más, pero intuyó que Augustin quería dar la conversación por terminada.

—Ahora entiendo por qué no quiere que toque el violín —dijo al fin ella en voz baja.

—Puedes tocarlo, jovencita, siempre que yo esté presente —aclaró el sepulturero y, levantando el dedo, añadió—: ¡Pero trátalo con respeto, pues en él habita el espíritu de un genio! —Dio un resoplido —. Pero ¿qué estoy diciendo? Tanto escribir sobre fantasmas y espíritus me está haciendo perder la chaveta. Y a ti te pasará lo mismo si sigues pensando en Jossi. —Dio una palmada—. Ya es hora de ir a la cama. ¡Hala, a dormir! Mañana seguiremos practicando.

Anna asintió en silencio y se levantó de la mesa.

—Buenas noches, señor Rothmayer —dijo cuando, ya acostada, el sepulturero apagó la luz—. Y gracias por la historia, es preciosa. Me ha recordado a los cuentos que me contaba mi madre por las noches antes de dormir.

—Eso está bien.

—¿Cree que la señorita Wolf podrá ayudarnos? Porque si no...

—He dicho que a dormir —refunfuñó él—. Mañana será otro día.

—Sí, es verdad, mañana será otro día... —dijo Anna, extrañamente obediente, y cerró por fin los párpados.

Cuando, a la mañana siguiente, Augustin Rothmayer se despertó tras una noche de sueños agitados, la cama de Anna estaba vacía.

Otra persona también había dormido mal esa noche.

A Alex lo despertó un silbido. Era una melodía insulsa, una vieja canción infantil cuya letra no recordaba. Se sobresaltó y aguzó el oído.

Había pasado otro día, otra vela consumida. En su última visita, el Nachtkrapp le había traído unos manjares de aroma tentador: torrijas de pan blanco, pasteles, fruta dulce... Alex había intentado resistirse y no probar bocado. Sabía lo que ocurriría si lo hacía: el veneno que impregnaba la comida volvería a anestesiarlo. Pero el hambre pudo con él. Cató un poco de todo y el cansancio no se hizo esperar.

Debió de haberse quedado dormido un momento, pero ahora lo despertó el silbido, seguido de traqueteos y chirridos. Luego, la melodía silbada otra vez. Alex intentó concentrarse. ¿Qué canción era?

Una y otra vez, el silbido cesaba y se oía el traqueteo, como si el hombre estuviera transportando algo fuera de la celda de Alex, algo

pesado, una caja, un saco… O un…

«Un niño… ¡Es otro niño!»

Alex se tapó la boca con la mano para amortiguar sus gritos. ¿O debería gritar para llamar la atención? En cualquier caso, sabía que sería inútil y, probablemente, empeoraría las cosas. ¿Qué podía hacer? El cansancio se apoderaba de sus extremidades y cada vez le costaba más pensar… Pensaba en Jossi, en Seppi. ¿Qué había sido de ellos? ¿Eran sus cuerpos lo que el Nachtkrapp arrastraba por su pedregosa madriguera para devorarlos en algún momento? ¿Sería él el siguiente? Y si así fuera, ¿por qué el hombre lo alimentaba, le traía comida recién hecha y eliminaba sus deposiciones a diario…?

«No te duermas, no te duermas…»

Antes de volver a cerrar los ojos, Alex tuvo una última idea. En su rostro se dibujó una sonrisa.

¡Ya sabía cómo podría engañar al hombre y cómo podría escapar! Pero para ello tendría que estar despierto, y ahora se sentía cansado. Terriblemente cansado.

«Mañana. Mañana no comeré nada y saldré de aquí, estoy seguro. Huiré de la oscura cueva del Nachtkrapp, me arrastraré bajo la raigambre cargado con tesoros, degollaré al trol, mataré al dragón… Mañana, mañana…»

Sus pensamientos eran cada vez más confusos. Lo último que Alex oyó fue, de nuevo, el silbido.

Entonces volvió a caer dormido, envuelto en pesadillas.

XI

Cuando Leo se disponía a entrar en su despacho a la mañana siguiente, Paul Leinkirchner se le acercó por el pasillo. Ese encuentro aparentemente fortuito no presagiaba nada bueno, ni tampoco la sonrisa de Leinkirchner.

—Buenos días —saludó Leo en voz baja, tratando de esquivar a su colega haciéndose a un lado; el inspector jefe, sin embargo, se le interpuso.

—Tenemos que hablar —dijo sin preámbulos Leinkirchner—. Haga el favor de venir a mi despacho.

Poco después, ya sentados frente a frente, Leinkirchner encendió uno de sus puros. Sobre la mesa, junto al cenicero rebosante de colillas, había un periódico abierto.

Era la edición matutina del *Neues Wiener Journal*.

Leo respiró hondo. Por lo menos ahora ya sabía sobre qué iban a hablar.

—¿Ha leído hoy la prensa? —preguntó Leinkirchner con tono acechante.

—Vayamos al grano —replicó Leo, y señaló el periódico—. Supongo que han publicado otro artículo sobre el barón fantasma, y el autor es el mismo chupatintas que redactó los anteriores. Le juro, inspector jefe, que no sé cómo...

—Hay que reconocer que ese gacetillero sabe muy bien lo que se hace —lo interrumpió Leinkirchner—. Por cierto, esta vez no se trata del antiguo palacio de Reichenbach, sino de un hotel de las afueras, en el Cobenzl. El artículo habla de un antiguo laboratorio alquímico y de una extraña fuerza llamada Od, que no tengo la menor idea de lo que es... Pero menciona otra vez el asesinato de Lichtenstein y añade un par de fotografías escalofriantes... Bueno, supongo que ya conoce todos los detalles y que debe de estar realizando las investigaciones oportunas, ¿no es así, inspector?

Leo cerró los ojos y reflexionó por un momento. El maldito Harry Sommer se estaba envalentonando cada vez más. Tenía suerte de que no se hubiera cruzado con él desde el encontronazo en la cripta de San Esteban, porque no habría salido muy bien parado.

—Sí, estoy al corriente —respondió Leo—. Y créame si le digo que todo este asunto también me resulta muy fastidioso. La verdad es que no tengo la menor idea de cómo consigue ese tipo la información y las fotografías, ni tampoco sé quién se las puede estar filtrando. —Hizo ademán de levantarse de la silla—. Y ahora, si me permite volver

a mi…

—Yo sí lo sé —dijo Leinkirchner dando una calada al cigarro.

Leo lo miró desconcertado y volvió a sentarse.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabe? Soy todo oídos. ¿Es uno de nuestros hombres?

—No es precisamente un hombre. —El inspector jefe exhaló el humo—. Y no le gustará oír mi respuesta, Herzfeldt.

Algo en la expresión de Leinkirchner hizo que Leo tuviera un mal presentimiento. Podía incluso notar cómo su superior se regocijaba a medida que sus sospechas crecían poco a poco.

—¿Insinúa que…?

—Anoche los vi juntos —continuó Leinkirchner—, en el Melker Stiftskeller. Había bajado a comer algo rápido al terminar mi jornada, pero se me fue el apetito. —Sonrió con malicia—. Por cierto, un tipo muy bien plantado, ese Sommer. Viste casi tan elegante como usted, Herzfeldt. Daba la impresión de que se llevaba espléndidamente con la señorita Wolf. Dos rondas de vino, una charla encantadora…

—Pero… ¿cómo supo que era el periodista? —preguntó Leo, paralizado. De pronto se sintió mareado, y no era solo por el humo del puro de Leinkirchner.

—Ella se dirigía a él por su nombre, y tengo muy buen oído. Se tuteaban, por cierto. Además, ¿sabe qué tenían encima de la mesa? —Leinkirchner señaló el periódico—. Este mismo papelucho de aquí. —Se inclinó hacia delante—. ¿Lo estará haciendo por dinero o por amor? ¿Qué cree usted?

Leo apretó los puños.

—¿Cómo se atreve?

Estuvo a punto de levantarse de un salto y romperle la cara a Leinkirchner.

—¡Cálmese, Herzfeldt! Entiendo que pueda perder los estribos, pero yo soy el objetivo equivocado. —Leinkirchner levantó el dedo índice—. ¿Es consciente de que tengo que informar de esto al jefe superior de policía? El que divulgue información policial…

—No hace falta que recite el código de conducta interno —replicó Leo con dureza. Seguía con los puños apretados. ¿Era eso cierto? Llevaba días devanándose los sesos para averiguar quién estaba proporcionando información a Sommer, ¿y ahora resultaba que era Julia? ¡Su Julia! No se lo podía creer. Y, encima, la pulla de Leinkirchner…

«¿Lo estará haciendo por dinero o por amor?»

¿Podía haberse equivocado tanto con Julia?

—Yo… ya hablaré con la señorita Wolf —articuló a duras penas Leo.

—Hágalo, Herzfeldt, hágalo. —Leinkirchner volvió a reclinarse en

la silla y dio otra calada a su puro. El humo se elevó hasta el techo formando una espesa nube—. No es mi caso, ni es asunto mío, pero, ¿sabe una cosa? No informaré a Stukart por ahora.

—¿No lo hará? —Leo miró sorprendido a Leinkirchner.

—No, de momento. Pero me debe un favor, Herzfeldt, y llegará el día en que tendrá que devolvérmelo. Además, tiene que prometerme que hará borrón y cuenta nueva, ¿entendido? —El inspector jefe enarcó una ceja—. Ya sabe a lo que me refiero con lo de borrón y cuenta nueva, ¿verdad? Yo nunca dejaría que una mujer se me subiera a las barbas.

—Yo…, pondré las cosas en claro.

Leo se levantó. Se sentía rígido como una marioneta.

—Si no se le ofrece nada más…

—Puede marchar, inspector. ¡Ah…! —Leinkirchner cogió el periódico—. Y llévese esto, Herzfeldt. Guárdelo como recuerdo, pero tráigame más tarde la sección de deportes, que es lo menos malo.

Leo avanzó por el pasillo estrujando con su mano derecha el ejemplar del *Neues Wiener Journal*. Erich Loibl se cruzó con él y le dio los buenos días, pero Leo no devolvió el saludo. Su cabeza estaba en otro lugar. ¿Le había engañado Julia? Y si lo había hecho, ¿por qué?

Subió rápidamente las escaleras hasta el tercer piso y preguntó a las telefonistas por Julia. No había venido.

«¿Estará con ese chulo de Harry…?»

Leo empezó a imaginarse lo peor. Cuando dio media vuelta para volver a su despacho, Julia se apareció en la escalera. Parecía cansada y falta de fuerzas. Sonrió al verlo.

—¡Leo! Me vienes como anillo al dedo. Tenemos que hablar.

—Lo mismo digo —respondió él apretando los dientes, y le mostró el periódico. Julia frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—Ah, entiendo. Sí, ya lo sé, han publicado otro artículo. No te lo vas a creer. Ayer…

—Julia, me gustaría hablar contigo en privado. Ahora.

Ella sonrió sorprendida.

—Cuánta formalidad… A sus órdenes, inspector.

—Vamos a tu laboratorio.

Leo tomó la delantera y Julia caminó tras él. Cuando entraron en el laboratorio, él cerró la puerta y ella lo miró extrañada.

—Leo, ¿se puede saber qué…?

—¿Es cierto que ayer quedaste con Sommer, el periodista? —preguntó sin más preámbulos—. En el Melker Stiftskeller. Os vieron juntos allí.

El silencio de Julia hablaba por sí solo.

Leo había tenido la esperanza de que ella lo negara, de que Leinkirchner se hubiera equivocado y de que todo hubiera sido un

malentendido.

Algo dentro de él se quebró.

—Escucha, Leo, no es lo que parece... —se defendió Julia.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡A mis espaldas! ¡Confié en ti, Julia! Maldita sea... ¡Te amo! —Su tono de voz iba aumentando—. ¡Y ahora te estás viendo con ese... charlatán, para tontear con él y hablarle de nuestro caso con pelos y señales!

—No estoy tonteando con él...

—Entonces, ¿qué hay entre vosotros?

Julia miró a Leo desconcertada y, para sorpresa de él, se echó a reír.

—¿Entre Harry y yo? ¡Oh, por Dios! ¡Nada! Lo conozco desde que era niña. Volvimos a coincidir por casualidad aquí, en Viena. Somos amigos, eso es todo. Y, sí, a veces le he dado información para sacarme un sobresueldo, pero siempre sobre asuntos banales, nada sustancial: hurtos, incendios provocados, algún que otro homicidio... —Julia lo miró suplicante—. ¡Necesito el dinero, Leo! Y me lo gasto todo en medicamentos para Sisi. Por lo visto ahora ha salido uno que...

—Me has engañado —dijo impasible—. Y a ese tipo le has revelado información confidencial de nuestro último caso.

—¡Eso no es cierto! ¡Y ahora, escúchame! Hay otra cosa mucho más importante que quería contarte.

En breves y apresuradas palabras, Julia le habló de las cartas anónimas y de la broma pesada de Harry con la placa fotográfica.

—¡Fue él! —dijo finalmente—. Harry me endosó la placa a escondidas, ¿lo entiendes? Lo hizo un día que quedó aquí con Margarethe para una cita amorosa. No hay ningún fantasma ni ningún impostor, ha sido Harry, y punto. Y él asegura que no tiene nada que ver con todo lo demás.

—Y tú te lo crees, claro —puntualizó Leo, sarcástico—, porque os conocéis muy bien, ¡desde la infancia! Por cierto, ¿dónde estuviste anoche?

—¿Me estás interrogando? —preguntó ella lanzándole una mirada fulminante—. ¡Por el amor de Dios, Leo! ¡Lo siento! Ya te lo he dicho. Y tienes razón, tendría que habértelo dicho antes, pero...

—¿Sabes quién os ha visto juntos? ¡Leinkirchner! Me ha hecho quedar como un calzonazos. ¡Y ahora tiene la sartén por el mango! En cualquier momento puede ir a Stukart y contárselo todo...

Julia palideció.

—Si lo hace, perderé mi trabajo.

—¿Eso es lo único que te importa? Confiaba en ti, y ahora...

—¡Hombres! ¡Seréis estúpidos...! Siempre pensando en vosotros, en vuestro honor, vuestros sentimientos... ¿Te has preguntado alguna

vez cómo me va a mí? —Julia abrió la puerta bruscamente y salió al pasillo—. ¡Os podéis ir todos al diablo! —Se le saltaron las lágrimas de repente—. ¡Uno detrás de otro!

Se marchó furiosa por el pasillo y Leo, petrificado, la siguió con la mirada.

De repente, se sintió culpable, aunque fuera ella quien se acababa de declarar culpable.

Nunca entendería a las mujeres.

Alrededor de una hora después, Julia estaba con Sisi en la cama de su pequeña habitación del Dragón Azul, dándole un jarabe para calmar la tos.

—Abre bien la boquita, Sisi —dijo gestualizando exageradamente —. Una cucharada para Elli, otra para Bruno...

Intentaba concentrar toda su atención en la niña, pero no le resultaba fácil. Había salido de la Jefatura de Policía como alma que lleva el diablo y durante todo el trayecto de vuelta en el tranvía de caballos no había dejado de luchar contra las lágrimas. Estaba hecha un lío. Leinkirchner la había visto en compañía de Harry, era probable que incluso los hubiera oído. Filtración de información interna a la prensa... Julia sabía bien lo que eso significaba. Si Leinkirchner quería, podía hacer que la pusieran de patitas en la calle. Incluso podían llevarla a juicio, multarla o algo peor. ¿Qué sería entonces de Sisi?

Y encima, Leo estaba furioso con ella. De acuerdo, tendría que haberle explicado lo de Harry mucho antes, pero nunca hubiera imaginado que su supuesta traición afectaría tanto a Leo. Podía sentirse celoso o desengañado, ¡pero estaba siendo muy egoísta! Precisamente ahora, que ella lo necesitaba a su lado. Pero él solo veía que ella lo había traicionado.

«Todos los hombres son iguales —pensó—. ¡Una panda de presumidos que solo se quieren a sí mismos!»

Le temblaba la mano cuando administró a Sisi la siguiente cucharada. La niña torció la boca a causa del sabor amargo del jarabe.

—Una cucharadita más —le dijo Julia— y después podrás...

Sisi golpeó la cuchara con la mano y el pegajoso líquido cayó sobre el vestido de Julia.

—¡Por Dios! —la regañó—. ¡Mira lo que has hecho! ¡Ahora no tengo tiempo para tus gracias!

Justo al pronunciar estas palabras, se dio cuenta de que no le estaba dedicando a su hija todo el tiempo que se merecía. ¿Qué clase de madre era cuando unas cuantas prostitutas y unos gorilas malhablados pasaban más tiempo jugando con su hija que ella misma? Sisi empezó a llorar y Julia trató de consolarla.

—Lo siento, pequeña. —Le acarició la cabeza—. Mamá está un

poco desbordada, eso es todo…

Llamaron a la puerta y Julia volvió la cabeza exasperada.

—Dios santo, ¿qué pasa ahora?

Asomó la cabeza Agnes, una de las chicas que hoy tenía turno. Era bastante joven, en realidad todavía una niña, y también muy delgada. Elli la había encontrado en la calle y la estaba cuidando, a cambio de la correspondiente contraprestación, claro.

—Hay un tipo abajo, en la entrada —dijo Agnes—. Dice que quiere verte.

—Ya me imagino quién es —contestó Julia con ironía. Supuso que Leo querría hablar, pero ella aún no se sentía preparada para enfrentarse a algo así—. Dile a Leo que ahora estoy ocupada…

—No es el señor Von Herzfeldt —la interrumpió Agnes—. Es un hombre alto y delgado, con abrigo negro y un chambergo de ala ancha en la cabeza. Y huele un poco a moho. ¿Es un conocido suyo?

Julia lanzó un leve suspiro. «Augustin Rothmayer… ¡El que le faltaba!», pensó. Seguramente quería saber si había averiguado alguna cosa sobre el orfanato. Estuvo a punto de sacárselo de encima, pero al final dijo:

—Sí, un conocido. Dile que suba.

Cuando, poco después, el sepulturero entró en la habitación, Sisi dejó de llorar de inmediato, corrió hacia Rothmayer y tiró de los faldones de su abrigo, a lo que él reaccionó con su eterno semblante de ultratumba.

—Señor Rothmayer, si ha venido usted por lo del orfanato… —empezó a decir Julia.

—Anna se ha ido.

—¿Qué? —preguntó ella desconcertada.

Quejumbroso, Augustin Rothmayer se sentó al lado de Julia dejando caer todo su peso sobre la cama. Fue entonces cuando ella vio las profundas arrugas de preocupación en el rostro del sepulturero.

—Ha desaparecido, sin más —dijo, y sacudió unas migajas de tierra de la sábana. Se sorbió la nariz y continuó—: Esta mañana no estaba en su cama. La muy fresca me ha dejado una carta diciendo que se iba a Margareten para echar un vistazo por allí. —Entrecerró los labios—. Me preocupa mucho.

Sisi parecía intuir que pasaba algo malo. Permanecía en silencio y arrimada a Rothmayer, como si quisiera consolarlo.

—No se preocupe —dijo Julia—. Anna no es tonta, no le pasará nada. Estoy segura de que volverá a casa esta noche, a más tardar.

—¿Y si no vuelve? ¿Y si ese… Nachtkrapp se la ha llevado, como a Jossi? Si le pasa algo…

Rothmayer se quedó en silencio y, una vez más, Julia se dio cuenta de lo mucho que la niña significaba para él.

«Como si fuera su propia hija.»

—¿Ha podido averiguar alguna cosa? —preguntó Rothmayer—. Me refiero al orfanato. Dijo que conocía a alguien en la Jefatura…

—Bueno, no mucho, la verdad. —Julia se encogió de hombros—. Un joven de familia rica, de Wieden, desapareció hace una semana, fue visto por última vez en Margareten. No sé si puede haber alguna conexión. Probablemente andaría con los chicos de la calle. —Suspiró—. Todavía no sé nada del orfanato, o al menos no se ha abierto ninguna diligencia en los archivos policiales. Pero le he confiado la misión a una persona que quiere profundizar en el caso.

—¿El señor Von Herzfeldt? —preguntó esperanzado Rothmayer.

—No —respondió Julia algo vacilante—. Es otra persona. Alguien bastante… tenaz.

No podía decirle al señor Rothmayer que había encomendado el caso a Harry Sommer. Para sustituir los reportajes del barón fantasma, Harry quería una historia que diera miedo y que, además, llegara al corazón de los lectores. ¿Qué mejor que unos niños desaparecidos? Tras algunas dudas iniciales, se mostró dispuesto a investigar por su cuenta el caso, también porque estaba implicado el hijo de una familia rica y famosa. Esas cosas siempre tenían mucho tirón.

—De acuerdo. Menos da una piedra —asintió Augustin Rothmayer. Entonces levantó la cabeza y preguntó—: ¿Usted me ayudaría a encontrar a Anna?

—¿Ahora? —Julia frunció el entrecejo.

—Diablos, tiene razón —dijo Rothmayer hurgándose pensativo la nariz—. Seguro que no es nada y que está tomándose un helado por ahí, pero me sentiría mejor si me acompañara. Ya le he dicho al administrador que estoy enfermo, así que tengo el día libre para buscarla. Bueno, y por el camino podría hablarme de la sesión de espiritismo. ¿Averiguó alguna cosa sobre las fotografías de espíritus?

Julia sonrió con amargura.

—Oh, sí, al menos sobre la primera.

Le habló entonces de Harry y de la placa fotográfica manipulada. Rothmayer escuchaba con atención.

—¿Y las otras fotografías? —preguntó al cabo.

—Harry dice que se las mandaron de forma anónima. No tiene la menor idea de quién es el remitente ni cómo se han hecho.

—Mmm… —Rothmayer reflexionó. Se quitó el sombrero, se rascó la cabeza y la estrujó con la mano como si con ello pretendiera dar forma a sus pensamientos—. Quizá los dos hemos sido demasiado ingenuos —dijo al cabo de un rato—. Usted, con su apuesto Harry, y yo, con mi amigo Gustl.

—¿Se refiere a Gustav Meyerling, el fotógrafo de espíritus del Prater? —preguntó Julia desconcertada—. ¿Qué insinúa?

—Bueno, alguien tiene que haber tomado esas fotografías de fantasmas, las que han salido publicadas en el periódico. ¿Y quién hay mejor que Gustl?

—¿Quiere decir que… él manipuló las fotografías? ¿Él es nuestro asesino?

—Poco a poco, no se precipite… —Rothmayer levantó la mano—. No tiene por qué ser él el asesino, pero puede que haya sacado algún dinerillo con eso. Al fin y al cabo, se dedica profesionalmente a hacer esas fotografías tan extrañas. No hay otro en Viena tan bueno como él.

—¡Maldita sea, tiene razón! —Julia se golpeó la frente—. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes? Tendríamos que volver a interrogar más de cerca a su amigo.

Pensativa, se mordió los labios. Quizá esta fuera también una posibilidad para reconciliarse con Leo. Si ella lo ayudaba con el caso del fantasma, él se daría cuenta de que no lo estaba traicionando.

Julia titubeó brevemente y dijo:

—Le propongo una cosa, señor Rothmayer. Acompáñeme a ver al señor Meyerling y yo lo ayudaré a encontrar a Anna. Y también me pondré en contacto con mi fuente en la policía para ver si han averiguado algo más. ¿De acuerdo?

El sepulturero esbozó una sonrisa de conejo.

—¿Cómo podría negarle a una dama un paseo por el Prater? —Hizo una torpe reverencia—. ¡A sus pies, señorita! ¡Servidor de usted!

Esta vez tomaron un fiacre. El cochero se volvía de vez en cuando para observar con disimulo a esa extraña pareja que, definitivamente, no sabía cómo clasificar: una joven de muy buen ver con un tipo que parecía un cuervo gigante y que, además, olía a tierra húmeda. Tras algunas dudas iniciales, Julia había dejado a Sisi con Agnes y Bruno; sabía que cuidarían bien de su hija enferma.

De camino, le explicó a Rothmayer cómo había ido la inquietante sesión de espiritismo, pero también le habló de su discusión con Leo. El sepulturero gruñó con sorna.

—¡Ese joven inspector no debería cerrarse como un crisantemo a la primera helada! Pero tal vez usted debería insistirle en que no tiene ningún interés por ese tal Harry. Los hombres a veces son más celosos que cualquier mujer. Se lo digo yo, que he enterrado a no pocas pobres almas cuyos maridos se habían quedado sin mecha.

—Tendría que haberle hablado de Harry hace tiempo. Ahora es demasiado tarde. —Julia suspiró—. Esperemos que recupere la calma.

—Encuentro mucho más interesante la sesión de espiritismo —dijo Rothmayer—. Esa voz inquietante… ¿De verdad no sabe de dónde podía venir?

—No tengo la menor idea, pero estoy segura de que hay algún truco detrás, como en esas fotografías de espíritus. —Julia asintió

pensativamente con la cabeza—. Las imágenes que ha recibido Harry están muy bien hechas, no cabe duda de que son obra de un experto. Quizá el autor sea su amigo Gustl, o puede que él conozca a alguien que también se dedique a lo mismo.

Recorrieron la Mariahilfer Strasse y el concurrido Ring. Era mediodía, el sol estaba en el cénit y la temperatura era de pleno verano. Julia se preguntaba por qué Rothmayer nunca sudaba a pesar de llevar siempre puesto ese abrigo negro de faldones largos. El sepulturero parecía tener un sentido del frío y el calor muy particular.

Por fin llegaron a la plaza del Praterstern, repleta de tranvías de caballos y carruajes a la espera, donde se apearon. Echaron entonces a andar hacia el Wurstelprater, que a esa hora todavía no estaba muy concurrido. Sin embargo, la mayoría de los puestos de comida estaban abiertos y junto al Calafati había unos cuantos turistas observando la gran figura de madera del personaje chino. Parejas protegidas con parasoles paseaban por las avenidas, pero la mayoría de los visitantes estaban sentados a la sombra en las glorietas del Prater, saboreando un vaso de ponche de mayo o degustando una copa de vino blanco bien frío junto a la pista de carreras de caballos al trote.

En apenas un cuarto de hora llegaron a la tienda de Meyerling. A plena luz del día, las telas de colores daban al tipi indio un aspecto aún más extraño que de noche. Julia se preguntó si el pequeño fotógrafo no estaría haciendo su pausa del almuerzo, pero el negocio parecía estar abierto, ya que no había ningún cartel de «cerrado» en la entrada. Augustin Rothmayer descorrió la cortina y se asomó al interior.

—¿Estás ahí, Gustl? —gritó—. Somos nosotros otra vez, la señorita Wolf y yo.

No hubo ninguna respuesta y ambos entraron en la tienda. Julia notó un terrible golpe de calor. En su anterior visita ya había anochecido, pero esta vez, a pleno mediodía, la temperatura bajo el entoldado era tan alta como en una carpa beduina del desierto. Además, no había ninguna luz encendida, y la lámpara de queroseno colgaba inútilmente del techo de la tienda con un lento balanceo.

En la penumbra, Julia reconoció el escritorio y los bastidores de madera para secar las placas fotográficas. Junto a ellos estaba el gran panel de papel negro. El lugar olía a humedad y un poco a dulce, tal vez el fotógrafo se acababa de preparar algo de comer detrás de las cortinas.

—¡Señor Von Meyerling! —intentó llamarlo también Julia. Se dirigió hacia las cortinas que cubrían el fondo del habitáculo—. Disculpe la molestia, pero…

Se interrumpió al darse cuenta de algo.

Delante del panel yacía la cámara fotográfica. Había caído por su

base, no cabía duda, y una de las patas del trípode estaba rota; junto a ella, en el suelo, había unas cuantas placas fotográficas destrozadas.

—¿Señor Von Meyerling...? —susurró Julia.

Y entonces lo vio.

Un charco rojo se extendía por debajo de la mullida tela de la cortina.

Y Julia supo por qué olía tan dulce.

—Maldita sea... —dijo Augustin Rothmayer, que entretanto se había colocado al lado de ella.

El sepulturero descorrió la cortina de un tirón. Detrás yacía Gustav Meyerling, con la mirada inerte clavada en el techo y su manecita de niño agarrándose la garganta abierta en canal, como si quisiera detener la sangre que había abandonado su cuerpo enano hacía ya tiempo.

—Creo que deberíamos llamar al inspector —sugirió Rothmayer con determinación—. Puede que la presencia de un médico ya no sea necesaria. —Se santiguó bruscamente—. Pobre Gustl, ¡descanse en paz! Esperemos que ahora no tenga que ir rondando por ahí como un espíritu.

Cuando, media hora después, Leo acudió acompañado de un guardia, Julia estaba sentada en un taburete, rígida, junto al cadáver de Gustav Meyerling. La cortina volvía a estar cerrada, y la sangre y el cadáver brillaban a la luz de las linternas de queroseno que habían distribuido por todo el interior de la tienda. Augustin Rothmayer había llamado a la guardia del Prater, que inmediatamente avisó al servicio responsable de homicidios de la Jefatura de Policía. Un agente novato con la tez granillosa estaba al lado de Julia mientras los otros guardias esperaban fuera de la tienda.

—A sus órdenes, inspector —graznó el joven, que se llevó la mano a la visera del chacó en cuanto vio entrar a Leo—. ¡La escena del crimen ha sido acordonada!

—Buen trabajo. Y ni una palabra a la prensa, de lo contrario... —Fue entonces cuando Leo se dio cuenta de la presencia de Julia, a la que miró perplejo—. ¿Tú? Pero, por el amor de Dios...

—No te preocupes, no soy la asesina. He venido con el señor Rothmayer y nos lo hemos encontrado así.

Justo en ese momento, como si de un teatrillo de feria se tratara, el sepulturero apareció de detrás de la cortina.

—¡Señor inspector, un placer verlo! —saludó—. Les he dicho a los del Cuerpo de Guardia que lo llamaran. Al fin y al cabo, es su caso.

—¡Un momento! —intervino Leo. Pasmado y sin entender nada, iba alternando la mirada de Rothmayer a Julia, y viceversa—. ¿Qué significa esto? Quiero decir, ¿qué estáis haciendo aquí, en la escena del crimen?

—La señorita es fotógrafa forense —anunció solícito el joven agente—. Ya ha hecho algunas fotografías. —Señaló la cámara de Meyerling, que Julia había recompuesto precipitadamente—. Con eso.

Tras la impresión inicial, Julia había hecho lo que consideró más útil: tomar imágenes de la escena del crimen y del cadáver. Al parecer, Gustav von Meyerling había sido reducido por la espalda y el asesino lo había degollado. La rutina ayudó a Julia a procesar lo que había sucedido, pero le resultaba un poco raro que la víctima fuera en esta ocasión un fotógrafo, como ella. No podía evitar verse a sí misma una y otra vez tendida en el suelo, sin vida, sobre su propia sangre, bajo los fogonazos momentáneos provocados por la antorcha de luz. Sin embargo, había conseguido ordenar las ideas y pensar con calma. El cadáver aún estaba caliente, por lo que la muerte debía de haberse producido hacía poco. Y se había acordado de que la lámpara de queroseno se balanceaba suavemente cuando entraron en la tienda.

¿Sería porque el asesino acababa de abandonar el lugar del crimen?

Leo se volvió hacia los dos agentes del Cuerpo de Guardia.

—¿Les importaría dejarnos un momento a solas?

Cuando los policías salieron de la tienda, el inspector habló:

—Maldita sea, Julia. ¿Qué es todo esto? No tenía ni idea...

—Entonces deja que te lo explique y no preguntes tonterías —replicó Julia, agotada—. ¡Meyerling ha sido asesinado! Probablemente por el mismo hombre que ha hecho circular las fotografías de espíritus. Creo que el fotógrafo enano conocía a su asesino, debían de ser íntimos. —Señaló el cadáver retorcido en el suelo—. Puede que la intención del asesino fuera eliminar a un cómplice incómodo. Por desgracia, hemos llegado tarde.

Julia le explicó sucintamente por qué había ido hasta allí con Rothmayer. Leo escuchó en silencio y con una expresión amarga. Al parecer, todavía no había superado que lo traicionara.

—¿Y qué te hace pensar que el pobre Meyerling fue asesinado por esa razón? —preguntó al cabo.

—Muy sencillo, inspector. Hemos encontrado esto —intervino Augustin Rothmayer, que entregó a Leo una fotografía manchada de sangre—. Estaba en el suelo, detrás de la cortina. Debió de caer durante el forcejeo. Creo que el asesino ha querido deshacerse de todas las fotografías, pero se ha dejado esta, el muy cabrón.

—Aparece el barón Von Reichenbach —dijo Julia mientras Leo escudriñaba la imagen—, o alguien que se le parece. Lleva frac y un sombrero de copa como el que descubrimos en la cripta de San Esteban. El barón está de pie junto al Calafati, y, como de costumbre, no se distingue bien su rostro.

La joven se masajeó las sienes. La luz brillante y el olor dulzón de

la sangre le estaban provocando dolor de cabeza.

—Estoy convencida de que Gustav von Meyerling hizo estas fotografías para nuestro desconocido. Probablemente hizo algunas tomas en el exterior y después hizo una segunda exposición aquí, con un modelo. Quizá incluso sea el propio asesino el que posa delante de la cámara.

Una vez más, Julia pensó en el inquietante desconocido con el sombrero de copa pasado de moda que le había llamado la atención en la anterior visita al Prater. En esa ocasión no había sido ningún fantasma, sino tal vez alguien mucho más peligroso. Concretamente, el asesino, quien en esa ocasión habría ido al estudio de Meyerling para hacerse nuevas fotografías.

Leo observaba pensativo la imagen.

—Sí que podría haberlo hecho así —dijo al cabo de un rato—. Todas las fotografías del periódico. En el Prater, delante del hotel-palacio, por las calles de Viena... Alguien proporciona a Meyerling las plantillas y él las transforma en bonitas fotografías de espíritus. —Levantó la mirada y la dirigió desafiante hacia Julia—. Solo falta saber qué papel tiene en todo esto ese gacetillero amigo tuyo. Quizá debería interrogarlo.

—¡Por Dios, Leo, basta ya! ¿Cuántas veces tengo que decirte que Harry...?

Julia calló cuando la cara del joven guardia se asomó por un resquicio de la cortina.

—Señor inspector...

—¡Ahora no! —bramó Leo.

—Alguien pregunta por usted. —El agente carraspeó—. Alguien importante. Creo que debería...

—Déjelo, joven —sonó una voz familiar—. Puedo arreglármelas solo.

La cortina se descorrió y el jefe superior de policía Moritz Stukart entró en la tienda. Como de costumbre, llevaba su chaleco bien abotonado y la raya perfectamente peinada a un lado. Sorprendido, levantó una ceja al advertir la presencia de Julia.

—¡Ah, señorita Wolf! Justo la estaba buscando... —El jefe superior se colocó los quevedos en la nariz y dirigió la mirada a Augustin Rothmayer, que seguía de pie junto al cadáver—. Y usted debe de ser ese sepulturero, ¿verdad? El profesor Eduard Hofmann me ha hablado mucho de usted, pero nunca me ha dicho que también formara parte de la tropa. Forman ustedes un trío muy singular...

—Jefe superior, deje que le explique... —intervino Leo.

—En realidad quería hablar con usted en mi despacho, inspector —lo interrumpió Moritz Stukart—, para que me pusiera al día sobre su investigación. Pero me dijeron que estaba en un escenario del crimen,

en el estudio de un fotógrafo de espíritus del Prater. —Echó una ojeada al extravagante mobiliario; el panel negro, las cortinas, la cámara fotográfica y el bastidor con las placas—. Es muy raro todo lo que hay aquí. ¿Debo suponer que este crimen está relacionado con otro caso muy concreto?

—Esto… pues sí, probablemente, sí —respondió Leo.

—Entonces cuénteme más, Herzfeldt. —El jefe superior Stukart se sentó en una de las sillas que había junto al cadáver de Meyerling y limpió los cristales de sus quevedos—. Y sea breve. Limítese a los hechos y ahórrese las majaderías sobre fantasmas, que el asunto ya es bastante complicado.

El fiacre pasó a toda velocidad levantando una nube de polvo. Anna saltó a un lado en el último momento.

—¡Ve con cuidado, atontada!

El cochero le lanzó una mirada de desprecio, hizo chasquear el látigo y el carruaje dobló la esquina. La niña se sacudió el vestido. Se había despistado y no había prestado la atención que debía en medio de una calle muy transitada. Se acordó del pequeño Oskar, al que hacía dos años había atropellado un carro cuando estaba recogiendo boñigas de caballo resecas para la lumbre. Tenía apenas cuatro años y los lamentos de su madre se oyeron en todo el distrito de Favoriten. Anna se acordó también del accidente de su propia madre…

En realidad no fue un accidente, sino un asesinato, pero nunca se pudo demostrar.

La madre de Anna se había granjeado enemigos poderosos en aquel entonces y había hecho demasiadas preguntas a las autoridades. Ahora llevaba dos años enterrada en el Cementerio Central de Viena. Anna se había pasado días y noches llorando ante su tumba, y allí fue donde la encontró Augustin Rothmayer. Antes había vivido en la calle el tiempo suficiente para saber lo que aquello significaba: frío, hambre, miradas sórdidas de viejos que recorrían los callejones como hienas en busca de carne fresca y joven.

Fue en esa época cuando conoció a Jossi y a otros niños. Anna no podía quitarse de la cabeza el rostro macilento, el cuerpo enjuto y lleno de heridas de Jossi en la caja de madera que el señor Rothmayer había construido a toda prisa. Cuando el sepulturero clavó los clavos, Anna se estremeció con cada golpe del martillo.

¿Entendería el señor Rothmayer por qué se había ido sola de casa esta mañana? Seguramente seguiría hecho una furia. Pero se había sentido obligada a hacerlo, por Jossi y por el resto de los huérfanos que no habían tenido tanta suerte como ella y vivían aún en la calle o en orfanatos.

Un botín para el Nachtkrapp.

¿Existía de verdad? Jossi nunca lo dudó. Pero Anna pudo ver en

los ojos de la señorita Wolf que en realidad no se lo creía. Y de los guindillas tampoco podía fiarse. ¡Solo ayudaban a los ricos y poderosos! Así que tenía que comprobar por sí misma que todo estuviera bien. El señor Rothmayer lo terminaría entendiendo en algún momento, cuando se hubiera calmado. Y hasta entonces, Anna vagaría por las calles de Margareten y miraría a su alrededor.

Y ya había averiguado alguna cosa.

De Simmering hasta el centro había ido en carromato, y el resto del camino lo había hecho a pie, vestida solo con su bata gris de trabajo. Ya hacía un buen rato que se había comido los dos panecillos secos que había llevado de casa, y ahora le rugía el estómago. Preguntó a algunos niños de la calle, entre ellos a un par de la antigua pandilla de Jossi. Le hablaron del niño rico de Wieden, que se había pegado a Jossi como una lapa, y del tarado que a veces aparecía siguiendo al ricachón. El chaval rico había estado un tiempo con ellos, pero desde el lunes los tres habían desaparecido de la faz de la tierra. Se decía que Jossi había estado buscando al Nachtkrapp.

Y ahora Jossi estaba muerto. Y había otros dos chicos desaparecidos. Jossi también le había contado que habían desaparecido otros huérfanos, así que Anna buscó el orfanato. No fue difícil dar con él: un caserón macizo de dos plantas con ventanas enrejadas situado en la Laurenzgasse. En el lado izquierdo, rodeado por un alto muro, había un jardín con árboles, un pequeño bosque en medio de la ciudad. Sorprendentemente, en el interior no se oían voces de niños, quizá porque era la hora de comer. Una puerta de hierro forjado daba acceso al jardín.

Justo cuando Anna retrocedió unos pasos para ver mejor el edificio, sucedió lo del fiacre. Después de que el cochero casi la atropellara, volvió a subirse a la acera. Los transeúntes que pasaban a su lado le dirigían alguna que otra mirada ocasional. En Margareten, una chica solitaria con bata gris no llamaba la atención. El distrito quinto era un típico barrio obrero de viviendas bajas cuyas chimeneas despedían un humo negro y maloliente, de casas de alquiler enmohecidas, con patios traseros y callejones sin salida obstruidos por la basura. Estaba a un tiro de piedra del opulento distrito de Wieden, pero era un mundo aparte.

Nada destacable había sucedido en la última hora que llevaba paseando por la zona. En una ocasión abrieron la verja y salió un hombre con un rastrillo al hombro; debía de ser el jardinero. Tras las ventanas enrejadas, Anna pudo ver alguna que otra sombra, pero nada más. ¿Qué esperaba? ¿Una nota pegada al cristal con un mensaje de ayuda escrito con letra infantil? ¿Un grito de socorro? ¿El Nachtkrapp en persona revoloteando sobre el tejado? De pronto Anna se sintió insignificante e inútil. ¿Cómo había podido creer que ella sola podría

conseguir algo? No era más que una niña estúpida y descalza a la que le gruñía el estómago…

Pero, justo entonces, algo ocurrió.

Una figura se acercaba desde la Gassergasse. Anna no podía saber si era un hombre o una mujer, porque la persona en cuestión llevaba un pesado abrigo negro como el alquitrán, casi como el que siempre se ponía el señor Rothmayer. Tenía la cabeza y la cara cubiertas con una extraña gorra, también negra, cuya ancha ala le colgaba por detrás, como la de un marinero.

Al principio, Anna pensó que se trataba de un basurero o un vagabundo borracho. Había algo muy controlado, casi mecánico en sus movimientos. ¿Y si fuera un deshollinador? La aparición despertó su curiosidad. Se acercó sigilosamente a ella y se escondió detrás de un cubo de basura desbordado para vigilar al personaje.

El desconocido tiró del cordel de la campanilla que colgaba junto a la puerta y esperó. Silbaba una melodía que a Anna le resultaba familiar. Tardó un rato en desenterrarla de sus recuerdos: era una vieja canción infantil. Su madre se la había cantado alguna vez, pero nunca le había gustado porque le daba miedo. Iba de un niño del Pinzgau, la región cercana a Salzburgo en la frontera con Baviera, a quien no dejaban salir de casa porque el mal acechaba fuera. Anna recordó la letra de la primera estrofa: «No salgas, pequeño Pinzga; no salgas, retozón… Que afuera cae el día y aún no eres mayor…».

Un escalofrío repentino le recorrió la espalda y el corazón se le disparó. Le vinieron a la mente las palabras que Jossi había pronunciado justo antes de morir. Había hablado del Nachtkrapp, pero también dijo algo más. Anna no había pensado entonces en esa canción; sin embargo, ahora la recordó: «Pequeño Pinzga… No salgas, pequeño Pinzga…».

¡Esas fueron las últimas palabras de Jossi! ¿Se había referido a la canción?

El hombre siguió silbando y Anna recordó entonces otra estrofa de la espeluznante tonada infantil: «Si te agarran, será el fin. Ni los gritos ni los llantos salvarán al pequeñín, a nuestro Pinzga, el retozón».

¿Podía ser una coincidencia? ¿Y si Jossi había oído esa canción poco antes de morir? ¿Una canción que alguien en particular había cantado o silbado?

El Nachtkrapp.

Con el corazón acelerado, Anna observó el abrigo negro, grasiento y de faldones anchos, como las alas de un cuervo, las alas del…

—¡Eh, niña! ¿Qué haces vagando por ahí?

Anna se quedó helada cuando una mano la agarró del hombro. Tal fue su sobresalto que ni siquiera pudo gritar.

—Te escondes como una ladrona. ¿Es eso lo que eres, pequeña raterilla? ¿Eh?

La niña se volvió y vio el rostro gordinflón y barbudo de un guardia que la miraba con expresión iracunda.

—¡Habla por esa boca! ¿O acaso eres sorda?

—Yo..., yo... —balbuceó Anna. Volvió a mirar al inquietante extraño, pero justo entonces se abrió la puerta y el hombre vestido de negro desapareció tras el muro del jardín. Una sonrisa de triunfo se dibujó en el rostro del policía.

—¡Ah, ya veo! Te has escapado, ¿verdad? —Su mirada recorrió la bata gris de Anna—. ¡Puaj! ¿Esta es la ropa que os dan ahora en el orfanato? Parece de presidiario. Bueno, por lo menos tienes pinta de estar bien alimentada. —La empujó hacia la puerta, que volvía a estar cerrada—. En un momento solucionamos esto. Ya verás como ahí dentro vas a estar mejor que en la calle.

Anna estuvo a punto de rebelarse, pero decidió no hacerlo.

Si quería averiguar qué ocurría en el orfanato y qué hacía allí el hombre del abrigo negro, tendría que entrar, por las buenas o por las malas, para ver lo que pasaba. Tendría que preguntar a los otros niños y echar un vistazo. Además, siempre podría salir. Jossi lo había hecho varias veces. Pero ahora tenía una oportunidad única de entrar.

—Tengo hambre —gimoteó— y mucha sed. La gobernanta ha dicho que hoy había té.

—Bueno, ya te he dicho que la calle no es un lugar para ti. —El guardia tiró del cordel de la campanilla—. Los diablillos como tú deberíais alegraros de que haya alguien que cuide de vosotros. Aquí fuera os descarriáis u os morís de hambre.

Mientras esperaban delante de la puerta, Anna se acordó del señor Rothmayer y de sus clásicas rabietas.

Estaba segura de que podría explicárselo todo cuando llegara el momento.

XII

—¿Entonces piensa que la responsable de la muerte de mi amigo Theo es esa tal Claire Pauly? ¿La médium?

El jefe superior Moritz Stukart estaba sentado a su escritorio, meticulosamente ordenado, como de costumbre, y escrutaba a Leo a través de los cristales de sus quevedos. Hacía apenas unos minutos que habían regresado a la Jefatura desde el Prater en el carruaje oficial de Stukart. En la tienda de Meyerling, Leo le había contado al jefe superior lo sucedido hasta entonces. Julia no los había acompañado. De hecho, se había mostrado bastante contenida durante el interrogatorio de Stukart: se había limitado a hacer unas últimas fotografías del escenario del crimen y se había despedido de Rothmayer con pocas palabras. Al marcharse solo dijo que su hija estaba enferma y que acudiría más tarde a la Jefatura para revelar las placas. Si Stukart se había dado cuenta de las desavenencias entre Leo y ella, no lo había demostrado.

—Claire Pauly es quien tiene más motivos —retomó Leo la pregunta de Stukart—. Si el doctor Lichtenstein hubiera descubierto el engaño, la norteamericana se habría quedado en la calle. Pero no tiene por qué haberlo hecho ella sola. Puede que haya tenido un cómplice.

—A ese fotógrafo enano lo podría haber dejado tieso ella solita —intervino Stukart mientras ordenaba meditabundo los lápices en su escritorio—. No se necesita mucha fuerza para agarrar al tipo por la espalda y cortarle el pescuezo con un cuchillo bien afilado.

Leo asintió con la cabeza.

—Espero que el profesor Hofmann pueda decirnos algo más cuando termine la autopsia. Ya hay estudios que relacionan el ángulo de incisión de un arma blanca con la estatura del asesino.

—¿Es eso posible? —preguntó Stukart enarcando una ceja—. Es increíble lo que la criminalística moderna puede llegar a esclarecer, pero tampoco sería una prueba definitiva.

—No, no lo sería. —Leo suspiró—. Y, si le soy sincero, tampoco sé de dónde podría sacar una en este momento.

—¡Pues vaya a presionar a esa Pauly, maldita sea! ¡Interróguela! Quizá cometa algún descuido…

—Me parece que tiene mucha sangre fría. —Leo se encogió de hombros—. Además, es la protegida de Maria Vanotti. Imagínese a la diva de la ópera llamando al director general de la policía para quejarse…

—¡Por Dios, no siga! —protestó Stukart—. ¡Maldita sea! Estoy tentado de incorporar a más efectivos, pero Leinkirchner está muy ocupado con el caso Czerny. La familia del joven ha hecho gestiones ante la Corte, ¡el emperador en persona ha intervenido! No puedo armar tanto revuelo por un judío muerto… —De repente, el jefe superior parecía muy triste y cansado—. Hay mucha gente en Viena que no derramará ni una lágrima por Theo. Ya sabe: solo un judío muerto es un buen judío. —Se irguió—. Por eso tiene que resolver el caso, Herzfeldt. ¡Se lo debemos a nuestro pueblo!

—¿Perdón…? —Leo frunció el entrecejo.

«Nuestro pueblo…»

Nunca lo había visto de esa manera. ¿Qué más lo unía al judaísmo, aparte de algunos recuerdos de infancia? Janucá en vez de Navidad, las velas de havdalá, la comida kosher en el Sabbat… Quizá algunas palabras, como cábala o aleluya. En realidad, Leo nunca se había considerado judío, ni tampoco su padre. Siempre eran los demás los que lo hacían a uno judío. Gente como Paul Leinkirchner.

El mismo que ahora lo tenía contra las cuerdas por culpa de Julia.

Era desesperante. En el peor de los casos, Leinkirchner podría acusarlo de complicidad. Al fin y al cabo, Leo había revelado secretos oficiales a Julia y ella se los había pasado al gacetillero. Le invadió una rabia repentina, también contra Julia, que era la responsable de que hoy no fuera precisamente un día de aleluya…

—¿No me ha oído? —dijo Stukart sacando a Leo de sus cavilaciones—. ¡Tiene que encontrar al asesino de Theodor Lichtenstein antes de que el director general cierre el expediente! Ayer mismo me preguntó si no se trataría de un simple accidente. ¡Haga todo lo que esté en sus manos, Herzfeldt! Hágalo por mí, por Theo… y por… nosotros. —Alzó una ceja—. También me sentiré agradecido en ese sentido.

—Haré lo que pueda… —se limitó a decir Leo.

—¿Cómo está la señorita Wolf? —preguntó Stukart aparentemente confuso—. En el Prater me ha dado la impresión de que estaba algo ausente.

—Debe de tener algo que ver con su hija enferma, jefe superior.

—Entonces hágale llegar mis deseos de mejora. Y ahora será mejor que nos pongamos a trabajar. —Stukart mandó retirarse a Leo con un gesto—. Ese sepulturero es todo un personaje —comentó pensativo el jefe superior de policía mientras Leo se dirigía hacia la puerta—. Según el profesor Hofmann, sabe más sobre muertos que toda la brigada de homicidios junta. Creo que tendría que leerme alguno de sus libros. Y manténgame informado sobre Claire Pauly, ¿entendido, Herzfeldt?

Leo se despidió y volvió a su despacho. El inspector Loibl no

estaba allí. Tal vez su ausencia se debía al hijo desaparecido de los Czerny. Sobre la mesa de Loibl había un periódico abierto de par en par. Leo le echó una ojeada. Era el *Neues Wiener Journal*, y en la página que había quedado a la vista había un artículo sobre el caso de las desapariciones en Margareten. Curiosamente, el redactor también era el ubicuo Harry Sommer. Loibl había marcado el artículo con unas gruesas líneas de color rojo.

Leo sonrió satisfecho. Se alegró de que Leinkirchner y los demás sintieran en sus propias carnes lo complicado que era lidiar con la prensa. Al menos ahora parecía que reinaría la paz para él en el frente periodístico.

En el tercio inferior de la página del periódico había varios anuncios publicitarios en un recuadro. ¡Las cosas que compraba la gente! Ungüentos para las callosidades, relojes de precisión, pararrayos, un artilugio descrito como «bañera individual de olas» doméstica... ¿Qué diablos era aquello?

Aún más sorprendido quedó Leo al toparse con un anuncio en particular. Vacilante, lo leyó por segunda vez. Y después, una tercera.

«Francamente interesante...»

Reflexionó un momento y, de repente, lo vio claro.

«¡Podría haber sido así, por supuesto!»

Se le erizó el vello de la nuca, como siempre le pasaba cuando estaba a punto de resolver un enigma. Pensativo, tamborileó con los dedos sobre la mesa. El único problema era que no podía verificarlo. ¿O quizá sí? ¿Qué le acababa de decir Stukart?

«¡Haga todo lo que esté en sus manos, Herzfeldt!»

¿Todo? Si había oído bien, el jefe superior de policía en persona le había encomendado la tarea de resolver el caso con todos los medios disponibles a su alcance. Leo esbozó una sonrisa maliciosa... Pero antes de ponerse manos a la obra tendría que hacer otra averiguación. Cogió el teléfono y marcó el número de la centralita. Por suerte, Margarethe contestó de inmediato.

—¿Inspector...? —preguntó cautelosa la telefonista. Probablemente sospechaba que Julia le habría hablado a Leo de sus revolcones en la tercera planta—. Esto... ¿qué puedo hacer por usted?

—Quiero que averigües una cosa. No te llevará mucho tiempo. ¿Puedes ver si la cantante Maria Vanotti actúa esta noche en la Ópera de Viena?

—¿Desea ir a la función? ¿Con su madre, tal vez? Julia me dijo que...

—Por favor, limítate a hacer lo que te he pedido, Margarethe, ¿de acuerdo?

Cuando la telefonista le devolvió la llamada poco después, el inspector supo que esa misma noche podría poner su plan en marcha.

Unas horas más tarde, Leo se encontraba delante de la casa de la Kärntner Strasse vestido con sus mejores galas. Llevaba frac, sombrero de copa y un fular de seda de tacto suave y agradable; la perilla postiza le picaba un poco, al igual que la peluca. Ocultaba la cara tras un gigantesco ramo de rosas. No pensaba que el portero lo reconocería, pero quería ir sobre seguro.

Cuando el conserje vio al elegante caballero en la entrada con el voluminoso ramo de flores y una maleta de viaje, se le acercó exhibiendo una sonrisa expectante. De alguien con un porte tan ostentoso solo podía esperar una buena propina.

—¿Puedo ayudar en algo al caballero? —preguntó servil.

—Sí puede, buen hombre, sí puede —dijo Leo esbozando una amplia sonrisa—. Federico Ranzini —se presentó entregando ceremoniosamente una tarjeta al portero—. ¿Podría anunciarme a la *signora* Vanotti? Soy un viejo amigo y gran admirador suyo.

—Siento mucho comunicarle que la *signora* tiene función esta noche. Está en la ópera.

Leo puso cara de decepción.

—Oh, creía que hoy tenía descanso. Eso es lo que me dijo su agente, pero tal vez lo entendí mal. *Accidenti*! —chapurreó en italiano.

—Puede volver mañana —lo consoló el portero.

—¿Y qué hago con este precioso ramo de flores? Se marchitarán para entonces. He venido expresamente desde Verona... —Leo dejó la maleta en el suelo lamentándose, y entonces hizo como si hubiera tenido una idea—. Podría dejar las flores delante de su puerta con mi tarjeta. Sería, como se dice..., una sorpresa *molto carina*. Una bonita sorpresa, ¿no le parece?

—No sé yo... —respondió el portero con evasivas—. No me parece una cosa muy normal.

—Si fuera normal no sería una sorpresa, *capito*?

Leo sonrió con picardía y, como por arte de magia, en su mano apareció un billete de diez coronas doblado por la mitad. El portero tomó el dinero y, con el rostro inexpresivo, se lo metió en el bolsillo.

—El caballero tiene toda la razón. Es una idea excelente.

—Escribiré unas bonitas líneas para la *signora* —sugirió Leo—. ¿Tiene papel y lápiz?

El portero le proporcionó con qué escribir y Leo se dirigió a las escaleras cargando con la maleta y el ramo de flores.

—¿Dónde vive la *signora*?

—En el último piso. No tiene pérdida, solo hay un apartamento.

—Bueno, pues entonces no lo entretengo más.

—Y... ¿las líneas que quería escribir? —preguntó el portero.

—Ya se me ocurrirá algún verso mientras subo las escaleras. Hay un trecho hasta arriba, quizá tarde un poco más de lo normal. «*La*

donna è mobile, qual piuma al vento…» —canturreó Leo más mal que bien mientras el portero se encogía de hombros y volvía a sumergirse en la lectura de su periódico.

En cuanto quedó fuera de su vista, Leo aceleró el paso en silencio. Solo le quedaba esperar que el conserje se creyera durante un rato la historia de la poética notita. Y también que no se preguntara por qué había tenido que cargar con la voluminosa maleta hasta arriba solo para escribir una carta. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que el tipo empezara a sospechar? Cinco minutos, diez como mucho, calculó Leo.

Treinta segundos después se encontraba, resollante, frente a la puerta de la *signora* Vanotti. De la vez anterior recordaba que la cerradura no era excesivamente complicada. Dejó a un lado el ramo y abrió la maleta de viaje, que contenía, entre otras cosas, un montón de ganzúas. El instrumental, junto con algunas barbas postizas, pelucas y otros objetos, formaba parte de un surtido que Leo guardaba en su despacho. Ya le había sido de mucha utilidad en varias ocasiones, y volvería a serlo esta vez.

Leo se había traído de Graz dos años atrás su maletín de instrumental para escenarios del crimen, provisto de podómetro, lupa y cinta métrica. Desde entonces había ido ampliando poco a poco su contenido. Las ganzúas estaban bien engrasadas y afiladas. Dio con la correcta a la primera. En apenas otro medio minuto, la cerradura hizo un clic y la puerta se abrió sin hacer ruido.

Leo aguzó el oído y, tal como había esperado, no oyó nada. Dejó escapar un suspiro de alivio. Un rápido vistazo a una de las gacetas de cotilleos de Margarethe le había bastado a la telefonista para darle a Leo la información que le había pedido. Efectivamente, la *signora* actuaba esta noche y Leo había supuesto, como acababa de comprobar, que Claire Pauly también estaría en la ópera, como la última vez.

El inspector sacó de su maleta una pequeña lámpara de queroseno y entró en el apartamento lo más en silencio que pudo. Encendió la lámpara y reguló la llama para que luciera lo menos posible.

«Cinco minutos, no más…»

Recorrió deprisa las habitaciones para ver cuál era la que buscaba y al fin creyó encontrarla. Era una estancia no tan grande como el dormitorio de Maria Vanotti, pero donde también había una cama, un armario alto y, como era de esperar en una mujer, un tocador. Sobre él había un cenicero rebosante y desprendía un intenso olor frío a humo de cigarrillo. Leo sonrió.

Era la habitación de Claire Pauly, sin duda.

Empezó por el armario ropero, tratando de no dejar nada desordenado. A toda prisa palpó las prendas que había colgadas, todas ellas anchas y vaporosas, como sacos de patatas, siguiendo la nueva

moda estadounidense. En el estante superior había varias sombrereras que Leo agitó, pero eran claramente demasiado ligeras.

Nada.

Leo maldijo en voz baja. ¿Se había equivocado? ¿O Pauly ya se lo habría llevado?

Mientras pasaba la mano por las pilas de ropa de los estantes inferiores, se topó de repente con algo sólido. Era un estuche de piel. Lo sacó y echó una ojeada a su contenido. Una sonrisa se dibujó en su rostro. No era lo que esperaba, pero tampoco era un mal hallazgo. Tras dudar un momento, Leo se guardó el estuche en el bolsillo, cerró el armario y se dio la vuelta para marcharse. Estaba a punto de salir de la habitación, cuando detuvo la mirada en la cama.

«¿Y si...?»

No disponía de mucho tiempo. Tal vez el portero ya estuviera subiendo las escaleras. Sin embargo, se arriesgó.

Leo se arrodilló y miró debajo de la cama. Había allí una caja no mucho más grande que una de zapatos. La sacó y notó que pesaba bastante. Con dedos temblorosos, abrió la tapa y reprimió un grito de triunfo.

«Ahí está... ¡Ya te tengo!»

Cogió la caja plana, la metió en la maleta y se dirigió a la puerta principal. Justo la había cerrado cuando oyó pasos en la escalera. Colocó el ramo junto a la puerta, dispuso entre las flores el sobrecillo que llevaba preparado y bajó silbando alegremente. El portero llegó a su encuentro con cara de preocupación.

—Pensé que no iba a bajar. ¿Qué ha estado haciendo tanto tiempo?

—¿Qué palabras puede merecer una cantante tan célebre? —respondió Leo entre suspiros—. Me temo que me han salido unas líneas muy malas, pero como mínimo surgen del corazón, y eso es lo que importa, ¿no cree? Buenas noches y *arrivederci*. —Se despidió descubriéndose y pasó con su maleta junto al portero, que se limitó a echar un rápido vistazo a las flores y el sobre, y lo siguió con paso tranquilo.

Leo sonreía satisfecho. Si el hombre hubiera mirado más de cerca el sobre, se habría dado cuenta de que no iba dirigido a Maria Vanotti, sino a Claire Pauly.

Era una citación para presentarse en la Jefatura de Policía mañana por la mañana.

Allí, Leo daría a la impasible norteamericana una sorpresa no precisamente *carina*, sino muy desagradable para ella.

XIII

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Hay personas que aseguran que pueden ver espíritus. Entre ellas se cuentan lunáticos, pacientes con alferecía, histéricas y, en no pocos casos, también niños. Son precisamente los más pequeños los que, según se dice, son más sensibles. Ven apariciones en espejos o sentadas en sus camas, o incluso figuras humanas que los saludan desde el fondo de pozos profundos. En ocasiones, los niños se despiertan gritando y cuentan que han visto a una Dama Blanca o a un perro caminando erguido. Se dice también que esta capacidad se pierde con la edad.

—¿La señorita ha reservado?

En la entrada del café, el camarero jefe escrutó a Julia con una entrenada mezcla de rutina, desprecio y hosquedad vienesa. Por detrás de él, ella vio que la gran sala con techo abovedado y columnas de inspiración helénica estaba hasta los topes. Eran las diez de la mañana del sábado y las mesas estaban ocupadas exclusivamente por hombres que leían la prensa, jugaban al ajedrez o repasaban notas. Julia no pudo evitar preguntarse si en alguna de esas mesas se estaría escribiendo una obra maestra de la literatura o planeando una revolución. El Café Central, situado no muy lejos del Volksgarten, era frecuentado por escritores, artistas y bohemios vieneses, y no por casualidad Harry lo había propuesto como lugar de encuentro.

—He quedado con un tal Harry Sommer —dijo Julia, provocando que las comisuras de los labios del camarero descendieran un poco más.

—Ah, con el señor Sommer, del *Neues Wiener Journal*. Bueno, pues dígale a su amigo que aquí ya no se le fía más. Casi puedo utilizar su lista de deudas como guirnalda.

—No es mi amigo —respondió Julia—. Bueno, no en el sentido que usted imagina.

—Claro, claro, y yo no soy camarero, sino crítico teatral. Si hace el favor de seguirme…

El camarero jefe condujo a Julia a un rincón donde estaba sentado Harry con un montón de periódicos delante. Cuando la vio, el

periodista se levantó de un salto y le besó la mano con galantería.

—Julia, ¡estás preciosa! —Miró al camarero—. Traiga a la señorita un moka doble con poca leche.

—Muy bien, señor Sommer, se lo anoto en su lista. A su servicio.

El camarero se retiró y Harry esbozó su estudiada sonrisa. Llevaba un traje de verano de tonos claros y un pañuelo rojo en el bolsillo de la chaqueta. A pesar de que la mañana acababa de empezar, tenía una copa de vino medio llena sobre la mesa.

—Parece que vienes a menudo por aquí —dijo Julia.

—¿A menudo? —Harry se rio—. Digamos que es mi segunda oficina.

—¿Y el alquiler lo pagas después?

Harry se encogió de hombros.

—Son unos exagerados. No soy el único al que le fían. —Bajó la voz y señaló a algunos de los señores que había sentados a las mesas vecinas—. Ese es el doctor Sigmund Freud, está dando mucho que hablar con sus técnicas de hipnosis. Esos dos amargados de detrás de la columna son Stefan George y Hugo von Hofmannsthal. Se hacen llamar poetas, pero yo diría que se dedican más bien a beber. Y el tipo del bigote de morsa…

El camarero trajo el café y Harry enmudeció. Julia señaló como por casualidad los periódicos de la mesa.

—¿Ninguna noticia del barón fantasma?

—Ninguna noticia del barón fantasma. Por lo menos en nuestro periódico. Ni ninguna historia de espíritus.

—Muy bien —asintió Julia satisfecha. Al parecer, el asesinato del fotógrafo Meyerling aún no se había filtrado a la prensa. Esta misma mañana, la joven había revelado las fotografías del lugar del crimen en el laboratorio de la Jefatura. No se había cruzado con Leo, de lo cual se alegraba.

—En un primer momento, el redactor jefe se subía por las paredes; al fin y al cabo, con lo del fantasma hemos hecho unas tiradas muy respetables. Pero conseguí convencerlo de que todo eran patrañas y que, si seguíamos con eso, tarde o temprano acabaríamos haciendo el ridículo, si es que no nos denunciaban antes. —Se encogió de hombros—. Entonces le conté lo del hijo de los Czerny y no le pareció mal. Esa familia está relacionada con el emperador y nadie ha informado todavía del caso. Ha dicho que adelante con ello.

—¿Has podido averiguar algo? —preguntó Julia, y dio un sorbo de su café caliente.

Harry la miró con recelo.

—¿Por qué te interesa tanto este caso? Para mí es una buena historia, pero para ti…

—Es algo… personal —respondió Julia vacilante—. Le prometí a

alguien que trataría de aclarar lo sucedido, antes de que ocurra otra desgracia.

Le contó a Harry la desaparición de Anna.

—La niña quiere averiguar por sí misma por qué ha tenido que morir su amigo Jossi. Augustin Rothmayer se teme lo peor.

—Es ese sepulturero, ¿verdad? —Harry sonrió—. Tienes unos amigos muy raros.

—Sí, como tú, por ejemplo. Entonces, ¿has descubierto algo?

—No mucho, por desgracia. Sobre el caso Czerny, nada todavía, y sobre el orfanato, solo un poco. —Señaló la pila de periódicos—. He estado escarbando en la competencia. El Café Central es lo más parecido a una hemeroteca. ¡Tienen todos los periódicos! Nacionales y extranjeros. Me estoy quedando bizco de tanto leer.

—Me temo que es más por el vino —bromeó Julia—. ¡Y deja de quejarte! Pareces olvidar que me debes un favor. Vamos, ¿qué has averiguado?

Harry le dio un trago a su copa antes de empezar a informar:

—El orfanato de Margareten está en funcionamiento desde hace mucho tiempo, fue uno de los primeros que se fundaron en Viena. Pero desde hace unos años también hay instalado allí un hospicio municipal para niños abandonados. —Esbozó una sonrisa lastimosa—. Suena más bonito de lo que en realidad es: un centro de acogida para niños de la calle. Hay muchos artículos publicados sobre ese hospicio, y también alguna crítica sobre las condiciones del orfanato, pero nada que se salga de lo normal.

—¿Y lo normal sería…?

—Mala comida, ropa de abrigo escasa, poco espacio. Acaban de construir un barracón adicional en el jardín. Simplemente, hay demasiados niños en la calle, niños que no son de nadie. Y a los vieneses ya les va bien tener encerradas a esas criaturas. Hurtos, prostitución infantil, incluso atracos perpetrados por menores… Son como hienas, y cada vez hay más. ¡Viena está a reventar!

—¡Dímelo a mí! —refunfuñó Julia—. Y los más pequeños son los que terminan pagando el pato.

—Pero hay algo interesante —continuó Harry—. Hubo un caso hace un año, un muchacho que se escapó de casa y malvivía en las calles. Fue a parar al hospicio para niños sin hogar de Margareten. Sus padres lo localizaron allí y quisieron llevárselo de vuelta a casa, pero el chico ya no estaba.

—Tal vez se volvería a escapar —conjeturó Julia.

—Es lo que pensé al principio. Pero después me encontré con dos casos parecidos, todos ocurridos el año pasado. También varones, del mismo orfanato. Los padres se personaban allí, pero les decían que sus hijos ya no estaban. Cuando menos, es raro.

—Simplemente desaparecen... —Julia frunció el ceño—. De eso hablaba Jossi. Se rumoreaba que el joven Czerny había sido visto antes con una pandilla. Quizá haya una conexión...

—Al menos el joven Czerny no estuvo en el orfanato —señaló Harry—. La policía lo habría averiguado al momento. Todavía sabemos muy poco del muchacho. Me imagino que tus compañeros ya habrán interrogado a los padres.

—Sí, pero no han sacado nada en claro, he visto el informe. —Julia dio un resoplido sarcástico—. Es probable que mis colegas de la Jefatura tampoco hayan hecho un seguimiento adecuado. Conozco al inspector jefe que está al cargo y sigue creyendo que el chico se escapó de casa.

—Entonces tenemos que volver a interrogar a los padres —replicó Harry.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Digamos que tengo mis métodos —dijo él sonriendo de oreja a oreja—. ¿Quieres conocerlos? Si vienes, te enseñaré también mi última adquisición. Con ella, soy el periodista más rápido de Viena.

—Esto es absurdo y usted lo sabe, inspector. —Claire Pauly aspiró por la boquilla de su cigarrillo y exhaló el humo como si fuera un dragoncillo airado—. De hecho, ni siquiera debería estar aquí. ¡No tenía ninguna obligación de venir!

—Pero ha venido —replicó Leo—, cosa que le agradezco profundamente. En realidad solo quería despejar posibles malentendidos. ¿Le apetece un café? ¿Un moka bien cargado, quizá? ¿Un vaso de agua...?

—Lo que me apetece es irme lo antes posible.

—Muy bien, como desee.

Leo se reclinó en su silla. Estaban en una austera sala de reuniones de la Jefatura de Policía. No había ningún guardia presente ni nadie que registrara el interrogatorio por escrito. Leo era consciente de que se estaba metiendo en terreno pantanoso. Tras la gélida fachada de Claire Pauly se podía detectar cierta inseguridad. Probablemente eso tenía algo que ver con las líneas que Leo le había hecho llegar en el sobre la noche anterior:

Estimada miss Pauly:

En interés mutuo, le ruego que se reúna conmigo en la Jefatura de Policía. Me gustaría hablar con usted sobre la huida de su pájaro.

Atentamente,

L. v. Herzfeldt

Era interesante ver que Claire Pauly no tenía la menor idea de por dónde le iba a salir Leo. El inspector admiraba la sangre fría de esa mujer, que siempre parecía sabérselas todas. ¿Podría ser también una

asesina?

—¿Ha aparecido el loro? —preguntó él cándidamente.

—¿Qué le importa a usted el loro? —replicó Claire Pauly enojada —. ¿Y a qué viene esa ridícula notita?

—Bueno, como le dije, el animal me despertó el interés. Me gustan los pájaros que cantan o que hablan. A veces uno se siente solo en casa o en la oficina, ¿sabe? No estaría mal tener un loro como pasatiempo. Pero creo que ya no necesito ninguno. ¿Sabe por qué?

—No dudo que me lo va a explicar ahora mismo —dijo ella dando otra calada a su cigarrillo.

—Muy sencillo: porque ahora es posible grabar la voz de un pájaro y reproducirla en cualquier momento. ¡Un invento formidable! Se llama fonógrafo, estoy seguro de que habrá oído hablar de él. Después de todo, su inventor, un tal Thomas Alva Edison, es compatriota suyo. Ya no hay que preocuparse por el alpiste ni de tener la jaula limpia para poder oír el gorjeo de un pájaro, solo un fonógrafo de esos...

—¿Adónde quiere ir a parar, inspector?

—Hasta ayer pensaba que los fonógrafos eran unos armatostes grandes y pesados. Tampoco sabía que se podían hacer grabaciones en casa. Cualquiera puede hacerlo, ¡es muy fácil! En Estados Unidos es el último grito, es un *must-have*, como dicen ustedes. —Leo pronunció la palabra con un exagerado acento norteamericano—. Ayer vi en un periódico vienés un anuncio de un fonógrafo portátil que ni siquiera necesita conexión eléctrica. Un artilugio maravilloso, y no es muy caro. No pude evitarlo y fui a comprarme uno. ¿Quiere verlo...?

Leo abrió el cajón del escritorio y sacó una caja alargada de madera provista de una manivela y un cilindro. Mientras fijaba el correspondiente embudo de hojalata que hacía de altavoz, seguía hablando con despreocupación:

—Mi idea es registrar el canto de los pájaros sobre este cilindro de cera de aquí y meter el aparato en la jaula. Así ya no necesitaré ningún pájaro. ¿Qué le parece? —Levantó la cabeza—. Oh, miss Pauly, ¿no se encuentra bien? ¿Quiere un vaso de agua?

Claire Pauly se volvió blanca como la cal. El cigarrillo que había dejado en el cenicero se consumía delante de ella. Miraba fijamente el fonógrafo y no le salían las palabras.

—Pero... pero... eso es...

—Los americanos son un pueblo muy ingenioso. ¡Me quito el sombrero! —continuó Leo con tono desenfadado—. Ya he hecho una grabación. ¿Quiere oírla?

Giró la manivela y el cilindro empezó a dar vueltas. Un sonido familiar retumbó desde el embudo de hojalata. Era la voz del barón fantasma de la sesión espiritista de Maria Vanotti. Sombría y apagada,

flotaba por la habitación.

—Estoy aquí, entre vosotros…

Claire Pauly cruzó los brazos y miró con tanta rabia a Leo que este pensó que intentaba matarle con la mirada.

—Cómo se atreve, inspector…

—Chsss —dijo Leo llevándose el dedo índice a los labios—. Escuche, todavía hay más, solo ha hecho una pequeña pausa.

—¿Qué queréis de mí, mortales? —volvió a sonar la voz.

Leo cerró los ojos y habló con voz solemne:

—Dinos, espíritu, ¿eres realmente el difunto barón Von Reichenbach, maestro del Od?

—Sí, lo soy —se oyó desde el altavoz.

—¿No es maravilloso? —dijo Leo poniendo los ojos como platos y sonriendo de oreja a oreja—. También le puedo ofrecer un recital de violín. Está más adelante. ¿Quiere oírlo…?

—¡Basta! *Shut up*! —gritó Claire Pauly—. *You bloody son of a bitch…*

—Chs-chs-chs. —Leo sacudió la cabeza—. ¡Amigos, no en esos tonos!, como diría Beethoven. ¿Qué pensaría su estimada Maria Vanotti si la viera hablando así? Aunque mucho me temo que es su vocabulario de verdad, más de la calle que de Beethoven, ¿verdad, miss Pauly? —Detuvo bruscamente el cilindro con la grabación—. ¿O debería decir miss Emily Peterson?

—¿Cómo… cómo sabe mi…? —farfulló Claire Pauly.

—La tecnología avanza, miss Pauly, alias miss Peterson —dijo Leo inclinándose hacia delante—. No solo con los fonógrafos. Como sabrá, ya hay líneas telegráficas entre Europa y América. Pues bien, me ha costado un poco comunicarme con los compañeros de allí, pero esta mañana me han enviado un telegrama con la descripción exacta de una estafadora que se ha hecho un nombre como médium en Nueva York. Por lo visto, desplumó a varios ricachones incautos y huyó a Europa, donde era probable que ya hubiera hecho de las suyas. Joven, sin escrúpulos, políglota… ¡Usted encaja muy bien con esa descripción! —Señaló a Claire Pauly con el dedo—. Conoció a Maria Vanotti en Londres y, utilizando sus invocaciones y esa patraña espiritista, se instaló en su casa. Y cuando el doctor Lichtenstein amenazó con desenmascararla, ¡lo mató! —Leo iba alzando la voz—. Hizo circular esas fotografías de fantasmas con la ayuda de Gustav Meyerling. Y ayer se deshizo también de él por ser un cómplice molesto. ¡Admítalo!

—Pero… ¡menudo disparate! *How can you believe…*?

Leo veía cómo su interlocutora intentaba recuperar terreno. Temblorosa, señaló el fonógrafo y continuó:

—Usted… ¡no debería tener este aparato! ¡Ha irrumpido en la

vivienda de Maria Vanotti, y eso es ilegal!

—Entonces, ¿admite que este fonógrafo es suyo? ¿Que ha grabado con él la voz y la música de violín para hacernos creer toda esa farsa?

—*For Christ's sake*, ¡sí! ¡Pero yo no he matado al doctor Lichtenstein ni a nadie!

—Tal vez no haya sido usted la asesina —replicó Leo—, pero quizá haya tenido un cómplice obediente, ¡como Richard Landing, su amante! —Lanzó el estuche de piel sobre la mesa—. Anoche encontré esto en su armario. Son cartas de amor que usted le ha escrito a Richard Landing. De ellas se deduce que Richard mantiene una relación con la *signora* Vanotti, pero que comparte la cama con usted.

—¡Richard no es feliz con ella! Esa gorda mandona lo trata como a un perrito faldero... —Claire Pauly apretó los labios y en las comisuras de los ojos le brillaron las lágrimas. Su gruesa coraza de hielo parecía agrietarse lentamente—. ¡Richard y yo nos amamos! —estalló—. Tarde o temprano se lo queríamos decir a Maria.

—Claro —asintió Leo—, después de estafarle suficiente dinero, ¿no? Es usted una ladrona y una timadora, miss Pauly, o Peterson. Y el apuesto Richard es su cómplice.

—*Goddamn*, ¿sabe usted de dónde vengo? —estalló la mujer—. Ni de la exquisita Nueva York, ni de Londres. *I come from fucking Irish Donegal*! Mis padres eran tan pobres que hervíamos mondas de patata para hacer sopa. Cuando partí para América no llevaba encima más que un vestido sucio, y me violaron dos veces a bordo a cambio de un trozo de pan. Así que no me hable de robos y estafas, señor Von Herzfeldt —dijo, y casi escupió las dos últimas palabras—. Y hablando de robar... —continuó, mucho más descansada—, lo que ha hecho usted se llama robo con allanamiento de morada. ¿Qué cree que pensará la *signora* Vanotti cuando se entere de que ha entrado de noche en su casa para robar?

—¿Y qué cree usted que dirá cuando le enseñe las cartas y el fonógrafo? —contraatacó Leo.

Claire Pauly sonrió con frialdad. Había recuperado la compostura.

—No lo hará, inspector. Sabe bien que lo que ha hecho es del todo ilegal y podría costarle el puesto. Si yo caigo, usted cae conmigo, ¡así de simple! *We draw*! ¡Hemos quedado en tablas! ¿Se dice así, verdad?

Leo maldijo su suerte en silencio. Su estrategia no había funcionado. Había pensado que podría presionar a miss Pauly, alias Emily Peterson, hasta el punto de que confesara los asesinatos. Pero también sabía que ella tenía razón y que no podía usar las pruebas contra la médium.

—¿Cuándo fue asesinado exactamente el doctor Lichtenstein? —preguntó Claire de repente.

Leo la miró.

—El viernes por la noche de la semana pasada. Creemos que el asesino estaba con él en la cripta de San Esteban.

—Lo siento, inspector —dijo Claire sonriendo—, pero tengo una coartada para esa noche. Pasé todo el día de excursión por el campo con Maria, en uno de esos nuevos automóviles. Tuvimos una avería y no llegamos a la función hasta la noche. Puede interrogarla a ella y al chófer, que estuvo todo el tiempo con nosotras.

—Lo haré, no lo dude —respondió Leo con una convicción más fingida que sentida. Al fin y al cabo, ya no pensaba que fuera la asesina; ese papel no encajaba con ella. Era una luchadora nata, de origen humilde y una hábil estafadora, pero de ahí a matar a sangre fría...

—La voz del cilindro —retomó Leo al cabo de un momento— no es usted, ¿verdad? Y tampoco sabe tocar el violín.

—Es Richard —admitió—. Antes de iniciar su carrera como pianista tocaba el violín. La voz también es suya. En Nueva York hacía yo las voces, sobre todo con ventriloquía, pero esto es mucho mejor así. Casi nos morimos de risa cuando lo grabamos. Y funcionó. —Lanzó una mirada desafiante a Leo—. ¿Cómo lo ha descubierto?

—Aquella noche ya sospeché algo. La voz venía directamente de la habitación. Y poco antes de la sesión, usted se había dirigido a la jaula, que estaba cubierta con una tela, supongo que para poner en marcha el fonógrafo. —Leo señaló la caja que estaba entre ellos, encima de la mesa—. En el cilindro pasa algo de tiempo hasta que se oye la voz por primera vez.

—Dos minutos. —Claire Pauly encendió otro cigarrillo—. *Exactly*. Richard y yo lo teníamos ensayado: tomarnos de las manos, decir las palabras introductorias...

—Y cuando el otro día pregunté por el loro en la ópera, después de la función, resultó que el animal había desaparecido —continuó Leo—. Supongo que usted dejó que se escapara antes de la sesión de espiritismo; la jaula estaba cubierta con una tela. Y allí fue donde había dejado el fonógrafo.

—¡Nos alegramos tanto de que el pajarraco se largara! Maria también, por cierto. —Dio una ávida calada al cigarrillo.

—¿Y qué era esa nota que Richard le entregó y que usted guardó tan deprisa? —preguntó Leo—. Me refiero también a anteayer, cuando los vimos a los tres en el camerino después de la función.

—Era un pagaré. —Se encogió de hombros—. Richard ha acumulado muchas deudas de juego últimamente. Íbamos a pedirle a Maria que se hiciera cargo del pago y casi la teníamos a punto. Le había dicho que un espíritu maligno había inducido a Richard al juego. —Claire soltó una carcajada seca—. ¡Pero entonces irrumpieron

usted, Doyle y la boba de su madre! —Apagó el cigarrillo presionando con tanta fuerza en el cenicero que la colilla se desmigajó—. Así pues, ya conoce nuestra historia. Richard y una servidora somos pareja, y, en efecto, nosotros urdimos todo el montaje con el fonógrafo. Mis felicitaciones, inspector, es usted muy perspicaz. ¡Pero no tenemos nada que ver con la muerte del doctor Lichtenstein ni la de nadie más! Ni sé nada sobre fotografías de espíritus.

—¿Y tampoco llamó a Lichtenstein ni se reunió con él, ni lo amenazó de ninguna manera después de la sesión de espiritismo? —preguntó Leo.

—*For heavens's sake, no!*! —Claire Pauly se inclinó hacia delante—. Escuche, ese Lichtenstein era un… *a pain in the ass*, un verdadero incordio. Pero, por última vez, ¡ni Richard ni yo hemos tenido nada que ver con su muerte!

—Me gustaría hablar con él al respecto —apuntó Leo.

—A mí también me gustaría mucho hablar con él, inspector —lanzó un suspiro—, pero, desgraciadamente, Richard ha desaparecido.

Leo se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Que ha desaparecido?

—No sé nada de él desde ayer. No está en su casa, nadie sabe nada. Anoche no fue a la ópera y hoy tampoco se ha presentado en los ensayos. Para serle sincera, Maria y yo estamos muy preocupadas.

—Así que desaparecido… —murmuró Leo.

«¿O ha puesto tierra de por medio porque se siente amenazado?»

Reflexionó un momento. Podía ser que Claire Pauly no tuviera nada que ver con los asesinatos, pero ¿se podía decir lo mismo de Richard Landing? Al fin y al cabo, el doctor Lichtenstein había amenazado con poner al descubierto los trucos de su amada. ¿Un asesinato pasional, entonces?

De ser así, tal vez Richard no le había contado nada a Claire. Entonces, ¿cómo encajaba todo eso con el segundo asesinato, el de Gustav Meyerling? ¿Y con las fotografías del periódico enviadas por un anónimo?

—¿Qué tiene pensado hacer? —preguntó miss Pauly, sacando a Leo de sus cavilaciones—. ¿Va a contarle a Maria lo del fonógrafo y las cartas?

Leo se encogió de hombros y dijo:

—La verdad es que me trae sin cuidado que se dedique a estafar a millonarias estúpidas. Por mí, puede seguir haciendo ese estúpido teatro. —Levantó amenazadoramente el dedo—. Pero no se le ocurra intentarlo con mi madre. Lo único que quiero es resolver dos asesinatos. Si usted no ha sido, ¿quién, entonces?

—Puede preguntarle a un espíritu, tal vez el de ese fotógrafo muerto —dijo Claire guiñándole un ojo.

—¡Basta ya de tonterías! Será mejor que me avise cuando su amado Richard vuelva a dar señales de vida. Eso sería...

Llamaron a la puerta y Leo se sobresaltó.

—¡Por el amor de Dios! ¡He pedido que no me moleste nadie! —refunfuñó.

La puerta se abrió una rendija...

Y su madre se asomó por ella.

—¿Estás ahí, Leo? —preguntó vacilante.

Leo saltó de la silla.

—Mamá, ¿qué... qué demonios... qué estás haciendo en la Jefatura? ¿Ha pasado algo?

—Nada, solo quería hacerle una visita a mi hijo en su trabajo —respondió decepcionada—. ¿Qué hay de malo en ello? Tu compañero rechoncho, ese tal Leinkirchner, me ha dicho dónde podía encontrarte. Antes me he pasado por tu pensión. La casera es una mujer muy agradable, pero, Leo, por favor... Una habitación de pensión, ¡y con lo pequeña que es! ¿Cómo puedes...?

—¡Mamá! Estoy en medio de una reunión importante...

Solo entonces Wilhelmine se dio cuenta de que había otra persona en la habitación y puso cara de asombro.

—Pero ¡miss Pauly! ¿Qué hace usted aquí? No me irá a decir que mi hijo la está interrogando...

Claire Pauly sonrió dulcemente y respondió:

—Solo hemos tenido una agradable charla. —Se volvió hacia Leo—. ¿No es cierto, inspector?

—Esto... sí, una agradable charla informativa. Ya puede irse, miss Pauly. Seguimos en contacto.

Claire Pauly se levantó, se despidió de Leo con un apretón de manos y dijo:

—Por cierto, un traje muy elegante, inspector. —Se volvió hacia Wilhelmine—. Tiene un hijo muy guapo, señora Von Herzfeldt. Y muy... *smart*, como decimos en mi país. —Lanzó un beso al aire hacia Leo—. *Goodbye, everybody*!

Abandonó el despacho dejando tras de sí una nube de humo de cigarrillo.

Wilhelmine negó con la cabeza.

—Las mujeres norteamericanas son demasiado frívolas para mi gusto. —Echó un vistazo al austero espacio—. ¿Así que trabajas aquí? Un poco triste, la verdad. No vendrían mal unos cuadros y alguna planta de interior.

—No, mi despacho está en otro sitio, y también tengo... Pero ¡maldita sea...! —Leo se pasó los dedos por el pelo. La llegada de su madre lo había descolocado—. ¡No puedes presentarte así, sin avisar!

—Si no me dejaras abandonada... —dijo poniendo cara de pena

—. Además, de todos modos tenía que ir a la policía.

—Vaya, ¿y eso?

—En el hotel hay fantasmas.

Leo resopló.

—Mamá, por favor…

—Arthur coincide conmigo. Se oyen golpes por la noche. Arthur piensa que probablemente sea un espíritu el que golpea, un antiguo huésped fallecido.

—Mamá, el hotel apenas lleva abierto unos meses.

—Bueno, pues entonces será una especie de fantasma del castillo, qué sé yo. He informado al señor Becher, el gerente. Dice que se encargará del asunto. En su opinión, se trata de una tubería que gotea. ¡Pero estoy segura de que es un fantasma! Arthur me ha contado historias sobre estos espíritus golpeadores. En Edimburgo hubo uno que…

Mientras su madre no dejaba de hablar, Leo se preguntó si la idea de juntar a la fantasiosa Wilhelmine con un escritor y espiritista confeso había sido tan buena al final.

XIV

—¿Una bicicleta?

Julia se quedó mirando el armatoste metálico que estaba apoyado en un árbol no muy lejos del Café Central. De alguna manera, le costaba imaginarse a Harry vestido con traje de verano y pañuelito rojo, montado en esa cosa.

—¿Por qué no? —Harry puso cara de ofendido. Claramente, había imaginado que Julia reaccionaría de otra manera—. Es el vehículo más rápido para ir por la ciudad, más que el tranvía de caballos o los coches de punto, que siempre provocan atascos. —Señaló orgulloso el reluciente cuadro plateado—. No es barata. Es una bicicleta de seguridad de ruedas bajas, es decir, que las dos ruedas están a la misma altura. Los neumáticos son hinchables y...

—Sé lo que es una bicicleta de seguridad de ruedas bajas, y también sé lo que son los neumáticos hinchables —lo interrumpió Julia—. Deja de hablarme como si fuera una de tus conquistas.

Harry suspiró.

—Siempre me olvido de que tu padre era inventor.

—Era un herrero pobre con demasiadas ideas, para ser exactos. Pero sí, aprendí mucho de él.

De hecho, Julia ya había barajado la posibilidad de adquirir una de esas bicicletas de seguridad. Cada vez se veían más por las calles de Viena, también conducidas por mujeres, normalmente en grandes grupos y seguidas por las miradas maliciosas de los transeúntes masculinos. Las ciclistas llevaban faldas de corte más ligero y en su mayoría estaban a favor de ganar más derechos para la mujer, como el hasta entonces impensable derecho al voto. Julia simpatizaba con ese tipo de reivindicaciones. Pero una bicicleta era cara y no quería pedirle una a Leo, sobre todo porque él no le veía ningún sentido a ese medio de transporte. El inspector soñaba más bien con uno de estos automóviles nuevos, aún más caros, de los que hasta la fecha se habían visto muy pocos por las calles de Viena.

—¿Y qué vas a hacer ahora con la bicicleta? —preguntó Julia—. Creía que querías hacerme una demostración de tus métodos de búsqueda de información.

—A eso voy, y tú vas a ayudarme. Vamos a ver a los padres de ese niño desaparecido. Viven en Wieden, no muy lejos de aquí.

Julia no se mostró muy convencida.

—Si crees que voy a montar en esa cosa contigo...

—¡Vamos! Llegaremos en un momento. Siéntate en el manillar,

¿vale?

—¡No lo dirás en serio! —se opuso ella negando con la cabeza—. ¡Ni en sueños!

A pesar de sus protestas, dejó que Harry la subiera al manillar. A continuación, él montó en el sillín y avanzaron por el Ring haciendo eses. Los cocheros los insultaban con el puño en alto y los transeúntes se quedaban mirándolos como pasmarotes. Estuvieron a punto de caer varias veces. Mientras tanto, Harry no dejaba de tocar el timbre.

—¡Detente, es una locura! —gritó Julia sujetándose el sombrero con una mano.

En realidad no quería que Harry se detuviera. Era maravilloso notar el viento en la cara. Se sentía como si volviera a tener ocho o nueve años. A esa edad había ido con Harry a un pajar para saltar sobre el heno desde lo alto de una escalera una y otra vez, hasta que él se rompió un brazo. En otra ocasión habían descendido por la empinada carretera del pueblo montados en una carreta y el trayecto terminó en el fondo del aljibe del agua contra incendios. Se lo habían pasado en grande, y por ello aceptó de buen grado los azotes que recibió como castigo.

Un guardia tocó su silbato y Harry pedaleó con más fuerza. Al cabo de un rato ya no podía más y tuvieron que apearse. Él fue empujando la bicicleta, caminando junto a ella.

—No me digas que no ha sido divertido —dijo jadeante.

—Pues sí —admitió Julia sonriendo y se ató el sombrero con una cinta. Ambos estaban resollando—. La verdad es que sí.

Pensó en la última vez que había hecho alguna locura parecida con Leo. Él era reacio a ese tipo de cosas; probablemente habría temido por su costoso traje o por que el recién almidonado Homburg no saliera volando de su cabeza.

—No tengo mucho tiempo, Harry —dijo Julia al cabo de un rato, mientras caminaban por la Mariahilfer Strasse en dirección a Wieden con la bicicleta entre ambos—. Tengo que volver con Sisi y después tengo que revelar unas fotografías en la Jefatura. ¿Cuál es tu plan?

—Lo del orfanato me ha dado una idea —explicó Harry—. Al fin y al cabo, es posible que el joven Czerny esté en el hospicio municipal.

—Pero la policía ya lo ha comprobado. Lo he leído en el acta, no está allí.

—Sí, pero ¿lo saben sus padres? ¿Y qué pasa con los otros orfanatos? ¿No podría ser que dos empleados del orfanato de Margareten también quisieran hacer sus comprobaciones y por eso pidieran a la familia Czerny una descripción de su hijo desaparecido?

—Y esos dos empleados…

—… somos nosotros. —Harry esbozó una sonrisa traviesa.

—Pero los familiares nos pedirán alguna identificación, algún

documento… —objetó Julia.

—Sí, y por eso anoche mandé hacer un fajo de tarjetas de visita en la imprenta del periódico. —Le entregó una cartulina nuevecita y reluciente—. Konrad Haberer, del departamento de Asistencia Social del ayuntamiento, distrito quinto.

Julia se detuvo, miró la tarjeta y después a Harry.

—Conque así es como trabajáis los periodistas… —Se encogió de hombros—. ¡Qué diablos! Si de esta manera podemos averiguar más cosas sobre la muerte de Jossi y los niños desaparecidos, adelante con ello. Pero, por favor, ¡no dramatices demasiado!

—En los orfanatos trabajan más mujeres, así que te dejaré hablar a ti.

Entretanto, el entorno había cambiado. Cada vez se veían más mansiones. En su momento, Margareten y Wieden habían formado un único distrito, pero ya hacía mucho de eso. Ahora, los dos vecindarios eran mundos completamente distintos. La burguesía más adinerada vivía aquí, en Wieden, el distrito cuarto. Algunos aristócratas tenían también aquí sus palacios.

Tomaron una calle lateral y pronto se encontraron frente a una casa señorial de tres plantas con un amplio jardín rodeado de setos. Un perro ladraba en alguna parte, pero por lo demás reinaba la paz y la tranquilidad.

«Demasiada tranquilidad…»

Julia pensó en Alex Czerny, el joven de doce años desaparecido. ¿No sería que no soportaba esa tranquilidad? ¿Estaba siempre en el vecino barrio de Margareten precisamente por eso, porque, aparte de ruido y suciedad, también había más vida?

Harry dejó la bicicleta detrás de un saúco en flor y tocó el timbre de la puerta principal. Al cabo de un rato abrió la puerta una criada ojerosa con cofia y delantal blanco.

—¿Qué desean? —preguntó con aire cansado.

Harry saludó con una leve inclinación.

—Perdone las molestias. Nos gustaría hablar con el señor o la señora Czerny. —Le entregó una tarjeta a la sirvienta—. No les robaremos mucho tiempo.

—Esperen un momento, por favor.

La mujer desapareció en el interior de la casa con la tarjeta en la mano. Poco después apareció una dama vestida con elegancia: llevaba un traje oscuro y el pelo recién peinado y recogido en un moño apretado. Una nube de perfume caro la envolvía. Por sus ojeras, no parecía que hubiera dormido mucho en las últimas noches.

—¿Son del orfanato de Margareten? —preguntó la mujer mirando la tarjeta—. ¿Hay alguna… novedad? ¿Saben algo de Alex?

—Me temo que no, señora —respondió Harry—, pero tenemos un

par de preguntas que podrían ser útiles en este asunto.

—Pasen.

Decepcionada, la señora dio media vuelta y Harry y Julia la siguieron. Atravesaron un largo pasillo decorado con pinturas de escenas de caza y numerosos retratos de caballeros de aspecto decidido, vestidos con elegantes ropajes, luciendo medallas en el pecho y espadas al cinto. Julia dedujo que se trataba de miembros del histórico e insigne linaje de los Czerny. A la derecha estaba el salón de fumar, provisto de una chimenea que ahora, en pleno verano, estaba apagada. Sin embargo, a pesar de las altas temperaturas del exterior, parecía que el invierno se había instalado en los muros de la casa.

—Tomen asiento —dijo la señora Czerny, quien a su vez se sentó frente a ellos en un diván—. Mi marido está en la Bolsa, así que tendrán que conformarse conmigo. ¿De qué se trata?

Julia se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—Nos hemos enterado de la desaparición de su hijo...

—Por supuesto que se han enterado. Ha salido incluso en el periódico. —La señora Czerny se estremeció como si ese hecho por sí solo ya fuera sórdido—. Nuestro deseo era mantener a la prensa al margen, mi marido pensaba que era lo más conveniente. ¡Es terrible que haya salido a la luz! La policía también ha estado aquí; ¡nunca había venido a esta casa! Creíamos que podríamos arreglarlo... a nuestra manera. Tenemos contactos en las altas esferas, muy buenos contactos. Estamos directamente emparentados con la familia real húngara. Lo último que necesitamos es un escándalo.

Al escuchar ese tono tan frío, Julia se preguntó si el hecho de que la prensa y la policía hubieran invadido la vida privada de la señora Czerny era para ella más grave que la desaparición de su propio hijo.

—¿Cuánto tiempo lleva Alex desaparecido? —preguntó Harry.

—Hoy hace diez días. Le gusta jugar fuera, en el jardín. Tenemos un jardín muy grande, pero al muchacho se le hace pequeño y siempre se ha escapado. —La señora Czerny suspiró—. Eso no lo ha heredado de mí. Nunca nos lo ha puesto fácil... Es como si la vida que tiene aquí no lo llenara. Es una idea absurda, lo sé...

—Dicen que jugaba con otros muchachos de la calle —intervino Julia—, con los del distrito quinto.

La señora Czerny la miró furiosa.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿La policía? Lo mencioné por encima, sí, pero eso no debía trascender. A menudo volvía a casa con los pantalones sucios y rasgados. Una vez vi a la pandilla delante de la puerta. Rateros, puede que peor. Le tengo prohibido que vaya con ellos. Un Czerny no se mezcla con esa gentuza. De nuestra familia han salido grandes generales y diplomáticos...

Llamaron a la puerta y la criada apareció en el umbral.

—¿Qué pasa, Käthe? —preguntó enojada la señora Czerny.

—Me preguntaba si a los señores no les apetecería un café...

—Gracias, Käthe, pero no será necesario. Los señores no se quedarán mucho tiempo.

La puerta se cerró y la señora Czerny volvió a dirigirse a sus invitados.

—¿Pueden decirme por qué han venido? Si no saben nada del paradero de mi hijo, no entiendo por qué estamos manteniendo esta conversación.

—Verá, a menudo acogemos a niños que vagabundean por las calles —dijo Harry—. Tienen padres conocidos, pero, por el motivo que sea, no quieren volver con sus familias.

—¿Qué insinúa? —replicó airada la señora Czerny—. ¿Que Alex no quiere volver a casa? ¿Que ha huido de nosotros? Ese insolente inspector opina lo mismo.

—Solo queremos asegurarnos de que Alex no se haya colado en nuestro orfanato con un nombre falso —la tranquilizó Julia—, ni en ningún otro orfanato de la ciudad. La prensa ha dado una descripción del chico, pero no es muy precisa. ¿No tendrá usted una fotografía? Nos serviría para cotejarla con los niños.

La señora Czerny hizo memoria.

—Esperen.

La mujer desapareció un instante en una habitación contigua y regresó con una pequeña fotografía montada sobre una tarjeta de cartón. La imagen mostraba un niño de unos diez u once años, con el pelo oscuro peinado hacia atrás. Parecía pálido y distante, y sus ojos desprendían una mirada orgullosa y enojada que, definitivamente, recordaba a la de su madre.

—Es de hace algún tiempo —aclaró la señora Czerny—. Pueden llevársela. —Apretó los labios—. La policía ni siquiera me pidió una fotografía.

«Porque el inspector jefe Leinkirchner no cree que el caso sea lo bastante importante —pensó Julia—. Pero parece que eso va a cambiar, ahora que la Corte está al corriente. Y los periódicos.»

La señora Czerny se levantó y les tendió su mano fría y flácida.

—Si no se les ofrece nada más... Avísenme si averiguan algo, pero no creo que Alex esté en su orfanato. Si así fuera, ya habría dicho algo.

—Lo comprobaremos —dijo Harry—. Estoy seguro de que su hijo aparecerá pronto. En el orfanato o en otra parte.

—Esperemos que sí. Käthe les mostrará la salida.

Salieron del salón y siguieron a la criada hasta la puerta principal. Julia se estremeció. ¿Cómo podía una madre reaccionar con tanta frialdad? Tal vez fuera el miedo lo que hacía que la señora Czerny

actuara de esa manera tan extraña, casi como un autómata. Julia se preguntó cómo se comportaría ella si Sisi llevara diez días desaparecida. Probablemente enloquecería de pena y no podría pegar ojo. ¿Se pasaría el día recorriendo las habitaciones y los pasillos de esa mansión como si fuera una marioneta? ¿Trataría también de evitar pensar en la posibilidad cada vez mayor de que su hija estuviera muerta?

La criada se quedó plantada frente a la puerta de la casa. Se volvió y observó el fondo del pasillo, como si le preocupara que pudieran oírla.

—Necesito hablar con ustedes —susurró.

—¿Con nosotros? —preguntó Julia extrañada—. ¿Sobre qué?

—Yo..., he estado escuchando su conversación con la señora. ¡Mi hijo también ha desaparecido!

—¿Su hijo? —Harry la miró perplejo—. ¿Desde cuándo?

—Él y Alex... desaparecieron juntos. Pero la señora no quiere saber nada de eso, está como ofuscada por el miedo. —Temerosa, la criada bajó la voz—. Miren, ahora no puedo hablar. ¿Qué les parece si quedamos en otro sitio? ¿Conocen la pequeña cafetería del Resselpark?

—¿Al lado de la iglesia de San Carlos? Sí, la conozco —asintió Julia.

—Esta tarde libro. ¿Podrían estar allí a las tres? Se lo ruego, ¡es importante! —imploró con los ojos bañados en lágrimas—. Presiento que algo terrible les ha sucedido a los dos chicos. ¡Pero en esta casa no quieren saber la verdad!

Anna se quedó mirando el plato de guiso harinoso en el que flotaban algunos grumos de comida indefinible. Parecía sopa de cebada, pero era imposible asegurarlo. Estaba sentada frente a un tablero apoyado sobre caballetes, acompañada de una docena de niños más. Había varias mesas improvisadas repartidas en el gran espacio habilitado dentro del barracón situado en el jardín del orfanato.

—¿No te gusta la sopa? —La niña que tenía al lado señaló con la cuchara el plato de Anna. El suyo ya hacía rato que estaba vacío después de haber rebañado con pan el resto acuoso que había quedado —. Si no quieres más...

Sin decir nada, Anna acercó el plato a la niña. Tendría unos ocho o nueve años. Era delgada, de tez lívida y enjuta, casi como una anciana. Tosía mucho, sobre todo de noche, a raíz de la tuberculosis que padecía. Le habían cortado el pelo al rape y tenía picaduras inflamadas en el cuero cabelludo, probablemente de sarna. Se llamaba Elsa y era de Margareten, o al menos eso le había contado a Anna. También que sus padres habían muerto y que la pobre vivía en la calle desde hacía un año. Habían compartido cama en el dormitorio de

abajo. Elsa tenía una muñeca rota a la que le faltaba una pierna, y esa noche no se había separado de su mugrienta muñeca de trapo y había llorado hasta quedarse dormida.

Anna tampoco había descansado mucho. La tos y los jadeos, pero sobre todo los llantos y sollozos ocasionales de los muchos niños que había en la sala la habían mantenido despierta hasta altas horas de la noche. Cada vez que alguno de ellos sollozaba, uno de los guardias se le acercaba, lo agarraba con fuerza y le reprendía con tono amenazante. Entonces volvía a reinar el silencio, hasta el siguiente sollozo.

Anna tomó un sorbo de su taza de té aguado y echó un furtivo vistazo a su alrededor. Había unos ochenta menores en el comedor del barracón, todos con edades comprendidas entre los cuatro y los dieciséis años. Los más pequeños formaban un grupo aparte en otra sala, mientras que los mayores iban a parar a los talleres de hilado y costura, o simplemente eran devueltos a la calle. En el edificio del orfanato había otros tantos niños y niñas. Había chicos y chicas cuyos padres habían muerto y habían sido traídos aquí por parientes ricos; otros eran el resultado del desliz de alguna joven madre de buena familia. Sin embargo, aquí, en el barracón, el hospicio municipal para niños sin hogar, eran alojados los chicos de la calle del distrito quinto y más allá. Los agentes de la guardia del distrito recogían a los pobres diablos en las calles y los dejaban aquí como si fueran basura. Eran vagabundos, chaperos, limosneros y ladronzuelos que habían sido repudiados por sus progenitores; cuyas madres y padres estaban demasiado enfermos o demasiado borrachos para hacerse cargo de ellos, o que ni siquiera tenían padres. Para muchos vieneses, esos niños no eran más que escoria. Era muy probable que Jossi también hubiera estado alojado aquí, en el barracón, antes de conseguir escapar por enésima vez.

«Antes de que lo mataran», pensó Anna.

No había averiguado gran cosa desde su llegada el día anterior a mediodía. El guarda la había llevado directamente a ver a la directora del orfanato, una tal señorita Wildmoser. La supuesta señorita tenía más de cincuenta años, era alta y muy delgada, con el pelo negro, vestido negro y zapatos negros. Al presentarle a Anna, la mujer la examinó de arriba abajo con la mirada, escribió el nombre y edad de la pequeña en un libro enorme y la condujo al barracón. Anna había pasado la tarde de su llegada y esa mañana cosiendo junto con Elsa y otras chicas. Tenían prohibido hablar y el incumplimiento de las normas se castigaba con cachetes, aislamiento y ayuno.

Del estricto cumplimiento de las normas se encargaban Niko el Impío y Krampus.

Los apodos de los celadores se los habían puesto los niños, y Anna

supo enseguida por qué. Niko el Impío era un tipo barbudo y ancho de espaldas, y era considerado el más manso de los dos. Krampus, en cambio, era un gigantón corpulento que, con su bastón, asestaba unos golpes que podían lanzar a la víctima hasta la otra punta del taller de costura. Niko tenía una voz enigmática y cálida, como la del san Nicolás que trae golosinas a los niños la víspera del 6 de diciembre, mientras que Krampus solo sabía hablar a gritos. Pero cuando Niko se emborrachaba, era como si el mundo se acabara. Algunos niños temían más a Niko el Impío que a Krampus.

Los dos singulares celadores estaban ahora recorriendo las mesas y repartiendo capones y atronadoras advertencias entre los niños para que guardaran silencio mientras comían. Solo se oía el impacto de sus botas en el suelo a cada paso que daban y el tintineo de las cucharas en los platos de hojalata. Si los dos se detenían en algún lugar más de lo esperado, los niños de alrededor agachaban la cabeza en previsión de posibles golpes o castigos.

Cuando Krampus volvió a pasar de largo por la mesa de Anna, esta habló en voz baja con Elsa. El día anterior no tuvieron ocasión de hacerlo mientras cosían.

—¿Está buena? —preguntó Anna amablemente.

Elsa asintió mientras tomaba con avidez la sopa de Anna.

—Tengo hambre. En la calle no suele haber nada, como mucho una sopa de nabo aguada que reparten los curas, pero no me gusta. Además, siempre intentan tocarte la rodilla y subirte la falda.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —indagó Anna.

—Un par de semanas. —Elsa miró a su alrededor con cautela y luego susurró—: ¿Conoces a Babette?

—¿Babette? —Anna frunció el ceño—. ¿Es una amiga tuya?

—¡Mi mejor amiga! —Sacó su muñeca de trapo de debajo de la mesa—. Babette dice que no le gusta estar aquí. Nos dan de comer, pero Babette pasa mucho miedo. No puede dormir, siempre tengo que cantarle algo.

Anna sonrió con tristeza y dijo:

—Yo tampoco puedo dormir, Babette. —Acarició la cabeza de la muñeca rota. Entonces miró a Elsa y le preguntó—: ¿De qué tiene miedo tu amiga?

Elsa dirigió su tímida mirada a los dos celadores, que acababan de llegar al otro lado de la sala.

—Niko el Impío me recuerda a mi padre —susurró—. Nunca sabes por dónde te va a salir. Hace unos días me dio una manzana y, de repente... —Trataba de no romper a llorar—. Cogió a Babette y... le arrancó una pierna.

—¿Eso hizo Niko? —preguntó Anna—. ¿Y por qué?

—Porque dije una tontería. Dice que, si lo vuelvo a hacer, le

retorcerá el pescuezo a Babette. ¡Solo dije lo mismo que los niños mayores!

—¿Y qué decían?

Elsa apretó los labios y susurró:

—Que... a Karli se lo llevó el Nachtkrapp.

Anna se quedó de una pieza. ¡El Nachtkrapp! Pensó en el inquietante personaje que había entrado en el orfanato poco antes que ella tarareando aquella extraña melodía. Desde entonces no lo había vuelto a ver.

—¿Y quién es ese Nachtkrapp? —preguntó Anna con cautela.

—Ya sabes, ese malvado cuervo nocturno que se lleva a los niños que se portan mal. A las niñas, no; solo a los niños. Llega de noche, con las alas negras extendidas, entra por la ventana y los atrapa con sus garras. Luego se los lleva a su nido y alimenta a sus crías con ellos.

—Pero eso no es más que un cuento —trató Anna de consolar a Elsa.

—¡No lo es! Pregúntale a Emil el Rojo, si te atreves. Era el mejor amigo de Karli. Todos dicen que si Emil no se porta bien de una vez, el Nachtkrapp también se lo llevará.

—¿Y quién es Emil el Rojo?

Elsa hizo un gesto con la cabeza. Más al fondo había un grupo de muchachos mayores sentados a una mesa, tomando sopa en silencio con la cabeza agachada.

—Ese pelirrojo de ahí —susurró Elsa—. Los otros niños le tienen miedo porque es muy rápido dando puñetazos, pero conmigo siempre se porta bien.

Anna miró con disimulo. Emil podría ser un poco mayor que ella. Tenía el típico rostro demacrado de un matón callejero de poca monta y una fina cicatriz le atravesaba la mejilla derecha. El chico acababa de dirigirse en voz baja y con ademán intimidante a su vecino de mesa, quien a continuación le entregó un corrusco de pan.

—¿Qué te dijo Emil sobre el Nachtkrapp? —preguntó Anna—. Quizá él lo conozca...

—¡Eh, silencio ahí atrás! —La voz profunda de Krampus retumbó en la sala. El gigantón lanzó una mirada amenazadora a Anna y Elsa —. ¡Sí, hablo con vosotras dos! Si no cerráis el pico, os meteré la cabeza en la olla de sopa, ¿entendido?

Elsa se agachó tanto que casi desapareció detrás de su plato. Temblaba y abrazaba con fuerza la muñeca contra sí. Anna también pensó que era mejor guardar silencio. Además, ahora ya sabía con quién tenía que hablar.

Con Emil el Rojo.

Tal vez supiera algo sobre Jossi, y también sobre por qué una estúpida historia infantil había irritado tanto a Niko el Impío, hasta el

punto de impulsarle a arrancar la pierna a una muñeca.

—¡Cuánto humo hay aquí! ¿La ves?

Julia había llegado con Harry a la pequeña cafetería del Resselpark, cerca de la iglesia de San Carlos, y miraba a su alrededor en la sala abovedada de techo bajo.

Eran poco más de las tres de la tarde y había tenido el tiempo justo para ir a casa y comer con Sisi. Al parecer, Augustin Rothmayer había telefoneado por la mañana preguntando por ella, pero no había dejado ningún mensaje. Julia esperaba que el motivo de la llamada fuera la aparición de la pequeña Anna. Leo también había telefoneado al Dragón Azul, pero Julia había mandado decir que no estaba allí. ¡Que sufriera un poco! Al menos, la tos de Sisi estaba remitiendo. Había estado jugando a una especie de trile con Bruno y dos chicas del burdel y a duras penas la pudo convencer de que se comiera su puré de patata.

Después de la apresurada comida, Julia había vuelto a toda prisa a Wieden para encontrarse con Harry en la puerta de la cafetería. Escudriñó el lugar parpadeando repetidamente para mitigar el efecto del humo de cigarro. Si la criada sabía algo sobre la desaparición del joven Czerny, avanzarían un poco más. Después de todo, la mujer les había contado que también su propio hijo estaba desaparecido.

—Está ahí detrás.

Harry señaló una pequeña mesa situada al fondo. La criada había cambiado el delantal y la cofia por un vestido sencillo y deshilachado, y miraba con expresión triste la taza de café que tenía delante. Cuando Julia y Harry se acercaron, levantó la vista. Le costaba sonreír, pero parecía aliviada.

—¡Muchas gracias por venir! ¡Son ustedes muy amables!

Se dispuso a levantarse con ademán sumiso. A pesar de llevar ropa de calle, no podía evitar comportarse como una sirvienta.

—No se levante, por favor —dijo Julia, que tomó asiento junto con Harry—. ¿Qué quería contarnos?

—Sí, esto... —La mujer tragó saliva—. Solo espero que la señora no se entere...

—No se enterará —la tranquilizó Harry—. Nosotros..., es decir, el personal del orfanato está obligado a respetar la confidencialidad. Como si fuera secreto de confesión.

—Está bien. —La mujer asintió con entusiasmo. Hubo un silencio; obviamente no sabía por dónde empezar.

—Quizá si nos dice primero su nombre completo... —sugirió Julia, y esbozó una sonrisa—. Así será más fácil conversar. Su nombre de pila es Käthe, ¿verdad? Yo soy Julia Wolf y el caballero que está a mi lado se llama...

—... Konrad Haberer —completó Harry—. Mucho gusto.

—Tiene razón, discúlpeme. Es que estoy muy confundida. Me llamo Käthe Staudinger. —Se sorbió la nariz—. Hace ya algunos años que trabajo en casa de los Czerny. Siempre han sido muy buenos conmigo, sobre todo el señor, por eso me resulta difícil, ahora... —Vaciló—. Creo que la señora no quiere admitirlo.

—¿El qué? —preguntó Julia.

—Pues... que Alex nunca se ha sentido feliz en casa. Es un niño raro, deben saberlo. Pasa mucho tiempo fuera, no hay nada que lo retenga en casa. Salía mucho con los chicos de la calle del distrito quinto, creo que cometieron alguna que otra fechoría...

—¿Cómo lo sabe? —intervino Harry.

—Me lo contó mi hijo. Bueno, hasta donde pudo hacerlo. Pero no creo que me haya dicho ninguna mentira. Seppi sería incapaz.

—¿Seppi es su hijo? —quiso saber Julia—. Entonces, ¿Seppi y Alex eran amigos?

—Bueno, no sé si hasta ese punto, pero Seppi adoraba a Alex. Tienen más o menos la misma edad. Y Alex también era el único que jugaba con Seppi, aunque a veces podía resultar un poco pesado para el señorito. Seppi lo seguía a todas partes como... como un cachorrillo.

La criada volvió a sorberse la nariz y buscó en vano un pañuelo. Julia le ofreció el suyo.

—Muchas gracias —dijo Käthe, que después se sonó—. ¿Por dónde iba...? Bueno, tienen que saber que mi niño no es como los demás. Nació con hidrocefalia. No habla bien y le cuesta pensar. Su padre nos abandonó al poco de nacer el pequeño, cuando lo vio en la cuna. Huyó de él como si fuera... un monstruo. —Soltó otro llanto convulsivo—. Siempre lo he cuidado, nunca se me ha ocurrido deshacerme de él. Y los Czerny tuvieron la amabilidad de contratarme como criada a pesar de todo. ¡Seppi es mi vida! Y ahora... ¡se ha ido! —Lloró desconsoladamente en el pañuelo.

—Ha dicho que Seppi y Alex se fueron juntos —comentó Julia al cabo de un rato.

Käthe asintió y se sonó una vez más.

—Se fue corriendo tras él, estoy segura. El día que Alex se marchó, Seppi también desapareció de repente junto con el resto de los chicos. Pero la señora no quiere creerlo. De todos modos, ella nunca quiso que Alex jugara con Seppi, cosa que, por otro lado, puedo entender. Alex es de buena familia, mientras que mi Seppi, bueno... —Le costó encontrar las palabras—. Siempre estaré agradecida a los Czerny por acogerme, pero ahora todo el mundo habla de Alex y a nadie le importa mi Seppi.

—¿Ha ido ya a la policía? —preguntó Julia.

—Fui a la comisaría del Cuerpo de Guardia en Wieden. Me dieron largas y me dijeron que Seppi ya aparecería. No me tomaron en serio.

—Käthe negó con la cabeza, indignada—. Incluso les enseñé una fotografía suya. Entonces vi cómo se reían a mis espaldas y decían que el «mongolito» había desaparecido. ¡Mongolito! ¡Así lo llamaron!

—¿Seppi se iba a menudo con Alex y hablaba de los chicos de la calle? —inquirió Harry—. ¿Alguna vez mencionó a un tal Jossi?

—¿Jossi? —Käthe pensó un momento—. Sí, creo que he oído ese nombre. Puede que sea el cabecilla del grupo. Seppi dijo que Jossi los ayudaría a encontrar al Nachtkrapp. —Esbozó una sonrisa melancólica—. Ya sabe cómo son los niños, les encantan las historias de miedo.

—Historias de miedo, sí —murmuró Julia, antes de volverse hacia Käthe—. Esa fotografía que enseñó a la policía, ¿no la llevará encima, por casualidad?

La mujer asintió con entusiasmo.

—Imaginé que me la pedirían. La necesitan para encontrarlo, ¿verdad? —Rebuscó en su bolso y sacó una pequeña estampita que entregó a Julia con timidez—. Aquí tiene. Sé que... no es precisamente un niño guapo, pero lo es todo para mí. Es diferente de los demás, sí, pero yo veo su interior.

Julia echó un vistazo a la imagen y entonces supo por qué los policías se rieron y lo llamaron «mongolito». La fotografía mostraba a un niño regordete con la cabeza exageradamente grande y un poco aplastada hacia un lado, como si le pesara demasiado. A ello se añadía una dentadura saliente y la barbilla hundida. ¿Cuántas mofas habría tenido que soportar ese pobre chico a su corta edad? ¿Y la madre?

—Gracias —dijo Julia, y guardó la fotografía—. Trataremos de encontrar a su hijo.

—¡Se lo ruego! Puede que solo se haya perdido, o tal vez esté en algún orfanato u hospicio municipal y no sepa cómo volver a casa. El pobre no sabe valerse por sí mismo, probablemente ni siquiera sabe lo que le está pasando. —Käthe volvió a descargar su llanto en el pañuelo de Julia—. ¡Encuéntrenlo antes de que le pase algo malo, por favor! ¡Ustedes son mi última esperanza! ¿Quién nos va a ayudar a los más pobres?

Cuando la criada emprendió entre sollozos el camino de vuelta a la residencia de los Czerny, Julia y Harry permanecieron un rato más sentados a la mesa.

—Puede que el inspector jefe tenga razón después de todo —dijo Harry—. Es posible que Alex haya estado con esa pandilla de chicos de la calle, así que podría haber huido con ellos. Por lo visto es un vagabundo de verdad y no soporta estar encerrado en casa.

—Olvidas que a Jossi, el líder del grupo, lo mataron a puñaladas —replicó Julia—, y la probabilidad de que Alex Czerny también esté muerto es muy alta. Y hay otra cosa extraña, esa historia del Nachtkrapp. Según Anna y el señor Rothmayer, Jossi también habló

de él. Hasta ahora pensaba que solo era una historia de miedo, pero puede que el sepulturero tenga razón, después de todo...

—¡Exacto! —saltó Harry sonriendo de oreja a oreja—. Puede que el Nachtkrapp sea Seppi. El chavalín parece de veras un monstruo.

—Es un niño como los demás, y tiene una madre que lo quiere —respondió Julia con voz apenada.

—¡Eh, no quería decir eso!

—Vámonos, Harry. —Julia se levantó—. Quiero irme a casa con mi hija.

«Dejo demasiado tiempo sola a Sisi —pensó—. Si le pasara algo, nunca me lo podría perdonar.»

Por lo menos ahora tenía claro que seguiría investigando el caso de los niños desaparecidos. Ninguna madre debería pasar por lo que hoy le habían contado otras dos madres.

La amarga incertidumbre de no saber si tu hijo está vivo o muerto.

XV

—Un cuerpo interesante. Varias adherencias, principalmente en la zona de la columna vertebral, y después este cuadro de enanismo... —El profesor Eduard Hofmann observaba el pequeño ovillo humano sobre la mesa de disección como si fuera un insecto o un anfibio conservado en formol—. Me encantaría que engrosara el fondo de mi museo aquí, en el instituto. ¿Sabe si tiene algún pariente al que le podamos preguntar?

—Pues... no lo sé. —Leo carraspeó—. Tal vez los compañeros de la comisaría del Prater puedan hacer algo al respecto. Pero lo que más me interesa ahora es saber cómo fue asesinado y si hay alguna pista acerca de la autoría.

Se encontraban en la sala de disección del Instituto de Medicina Forense, separados el uno del otro por el cadáver de Gustav Meyerling, que, desnudo, frío y rígido, parecía aún más diminuto de lo que ya era. Los restos de sangre habían sido eliminados con agua y el tajo en el cuello era perfectamente visible. Como de costumbre, en el ambiente flotaba un ligero hedor a putrefacción que el formol apenas podía enmascarar. Hacía un calor sofocante. El almuerzo, regado con una copa de Sauvignon blanc frío, que Leo había ingerido en uno de los mejores restaurantes del distrito primero gruñía en su estómago.

—La causa de la muerte está clara —dijo Hofmann señalando la herida—. Un corte limpio a través de la laringe, las arterias y la tráquea. Cese del suministro de oxígeno. Muerte por asfixia antes que por desangramiento. La única arma posible es un cuchillo, pero no de dientes de sierra, sino uno muy afilado.

—¿El asesino podría haber sido una mujer? —preguntó Leo arrastrando las palabras. Empezaba a tener náuseas.

—¿Una mujer? —Hofmann balanceó la cabeza—. Mmm, es posible. Pero tendría que ser una mujer bastante alta.

—¿Por el ángulo de incisión?

Hofmann sonrió halagado.

—¡Ah! Parece que ha leído mi ensayo sobre la relación entre el ángulo de incisión y la estatura corporal. ¡Es usted un ejemplo para su profesión! —El profesor asintió con la cabeza—. Efectivamente, el ángulo sugiere un perpetrador de al menos un metro y setenta y cinco centímetros de altura.

—¿Cómo puede afirmarlo con tanta exactitud? —preguntó Leo escéptico.

—Porque tengo en cuenta otros parámetros. Acompáñeme...

Hofmann condujo a Leo hasta su escritorio, no lejos de la mesa de disección. Había sobre él, aparte de bisturíes, tazas de café sucias y reproducciones de órganos en escayola, varias fotografías del escenario del crimen.

—La señorita Wolf ha tenido la amabilidad de hacerme llegar estas imágenes —explicó Hofmann—. En ellas se aprecian restos de sangre en la cortina. Eche un vistazo.

Hofmann ofreció una lupa a Leo. Este se inclinó sobre la fotografía e identificó varias salpicaduras en la tela.

—El asesino estaba de pie detrás de su víctima —explicó el forense—. En el último momento, la víctima se da la vuelta hacia él y salpica la cortina. Sin embargo, la sangre alcanza la tela en la zona donde se encuentra el agresor. Ello permite determinar con bastante precisión la estatura.

—¿Significa esto que el asesino se manchó de sangre?

—¡Oh, sí! Sospecho que llevaría puesto un abrigo, se lo quitó antes de cometer el crimen y se lo volvió a poner después. No fue un robo. Asesino y víctima se conocían, habían charlado previamente. —Hofmann levantó el dedo, como si estuviera en una de sus clases magistrales—. Voy a escribir otro estudio sobre esta cuestión, que también enviaré a su viejo mentor Hans Gross, en Graz, para la próxima edición de su manual. ¿Tiene noticias de él?

—Eh... Creo que está bien, gracias —respondió Leo evasivo.

Hacía dos años que había llegado a Viena desde Graz portando en la maleta el *Manual del juez*, de Hans Gross, el primer compendio de criminalística moderna. Entretanto, los novedosos métodos de investigación aplicados por Leo seguían causando recelos en la Jefatura de Policía de Viena; por esta razón, era una gran suerte contar con compañeros de armas influyentes como el profesor Hofmann o el jefe superior Stukart. Sin embargo, el contacto con su antiguo superior Hans Gross era cada vez más escaso.

—Si he entendido bien su informe preliminar —continuó Eduard Hofmann—, ¿sospecha que este crimen y el asesinato con el puro del doctor Lichtenstein pueden estar relacionados?

—Sí, es posible —asintió Leo—, pero de momento solo es una hipótesis.

El inspector no dijo nada del interrogatorio ilegal al que había sometido a Claire Pauly, del cual tampoco dejaría que Stukart se enterara, o, como mínimo, no hasta que pudiera presentarle un sospechoso.

—Mmm, se trata de dos asesinatos muy distintos —reflexionó Hofmann—. Un envenenamiento se planifica con tiempo, y el caso del cianuro en el puro sugiere la intervención de un experto avispado. Sin embargo, esto de aquí... —señaló la mesa de disección sobre la que

yacía el cuerpo degollado de Meyerling— es más propio de un carnicero. Pero existe una posibilidad, por supuesto.

—¿Y cuál sería? —preguntó Leo.

—Bueno, pues que el segundo asesinato haya sido un acto irreflexivo o que el asesino no haya tenido mucho tiempo para planearlo. Digamos que lo ha tenido que hacer porque ha pasado alguna cosa que le ha obligado a actuar.

—Ha pasado alguna cosa… —murmuró Leo—. Sí, pero ¿qué? —Alzó la vista—. Gracias, profesor.

—Es mi trabajo, inspector. Y acuérdese de lo que le he comentado del enano. Sería una valiosa incorporación para mi museo.

Cuando, poco después, Leo regresó a la Jefatura de Policía, su estómago ya se había recuperado gracias al paseo al aire libre. La autopsia practicada por Hofmann había descartado a Claire Pauly como posible autora del asesinato de Meyerling, ya que era demasiado baja. Miss Pauly, alias Peterson, podía ser una impostora, pero en ningún caso una asesina. ¿Había entonces que centrar las sospechas en Richard Landing, el amante secreto de la estadounidense?

Una llamada a Maria Vanotti esa misma mañana había confirmado que el joven pianista seguía desaparecido. ¿Se sentiría amenazado? Leo reflexionó. No cabía duda de que Landing tenía un móvil para los dos crímenes: su amor hacia Claire Pauly. Si la conchabanza de ambos amantes saliera a la luz, su romance también quedaría al descubierto.

En el pasillo, de camino al despacho, se cruzó con Paul Leinkirchner. El inspector jefe estaba claramente de mal humor, como delataba la convulsiva contracción de la cicatriz en su cara. Resollaba como una morsa.

—Vaya, parece que este fin de semana no ha podido ir al zoo o al teatro con su señora esposa —lo saludó Leo mientras pensaba en los artículos de prensa sobre el hijo desaparecido de los Czerny. Esa misma mañana había salido publicado otro más.

—¡Déjeme en paz! —tronó Leinkirchner—. Tengo que ir a informar al director general de la policía. ¡Por Dios, ni que nos hubieran invadido los alemanes! La que se ha armado por un simple niño desaparecido…

—Por lo visto en el distrito quinto también han desaparecido más niños… —insistió Leo haciéndose el incauto—. Es lo que he leído por ahí.

—No entiendo cómo se han enterado esos chupatintas de la prensa. Por mí, seguro que no. —La mirada de Leinkirchner se volvió amenazadora—. ¿De su tesorito, tal vez? ¿Todavía no le ha cantado las cuarenta?

—Digamos que he dejado claras las cosas —replicó secamente

Leo.

—Muy bien, así me gusta… Y ahora, Herzfeldt, si me disculpa. Me voy antes de que el director general reciba una llamada telefónica del emperador en persona y le dé un patatús.

Leinkirchner siguió caminando con su eterna cojera y dejó a Leo pensativo en medio del pasillo. Una vez más, el irascible inspector jefe le había hecho pensar en Julia. Por la mañana, cuando la llamó al Dragón Azul y le dijeron que no estaba, creyó más bien que no quería hablar con él. ¡Maldita sea! ¡Se había comportado como un perfecto idiota! Ella nunca le había dicho que necesitara dinero para un nuevo tratamiento para Sisi, quizá porque, como tantas otras veces, no quería recibir ninguna ayuda económica de él. Entonces, ¿por qué se había creído con derecho a criticarla? Probablemente fuera lo que ella decía: que solo se sacaba algo de dinero extra y que ese tal Harry Sommer no era más que un viejo amigo de la infancia.

«Un viejo amigo…»

Se le aceleró el pulso solo de pensar en el petimetre de Sommer. Recordó la bravucona aparición del reportero en la cripta de San Esteban, vestido con aquel traje de verano barato y el ridículo sombrero de paja; solo cabía esperar que fuera un mujeriego. Y así lo habían confirmado sus revolcones con Margarethe en el cuarto de escobas de la Jefatura… Pero una mujer como Julia nunca mordería ese anzuelo. ¿O sí?

Leo decidió subir al laboratorio fotográfico para ver si la encontraba allí. Le pediría perdón y después la sorprendería con un romántico fin de semana juntos. Entonces ella le diría que lo amaba y todo volvería a ir bien.

Por desgracia, Julia no estaba allí. El laboratorio estaba vacío.

Leo se subía por las paredes. Si la encontraba de nuevo en compañía de ese Harry…

Necesitaba despejarse un poco. Además, tenía otras cosas de las que preocuparse. Stukart no lo dejaba en paz por culpa de Lichtenstein, su amigo muerto, y ahora se sumaba un nuevo asesinato… Por lo menos el asunto de la prensa ya estaba resuelto y los fantasmas habían dejado de rondar por Viena.

De repente, Leo cayó en la cuenta de que nadie había informado a la hija de Reichenbach de los nuevos acontecimientos. Sin duda le alegraría saber que la inquietante fotografía de la escena del crimen, donde supuestamente aparecía el espíritu de su padre, no era más que una broma de mal gusto. ¡Era justo lo que necesitaba Leo para desconectar! Así que, en vez de entrar en su despacho, dio media vuelta y volvió a la calle.

Empezaba la tarde de otro cálido y soleado sábado en Viena. El Ring estaba repleto de paseantes y los cocheros no daban abasto. Leo

se echó la americana al hombro y recorrió a pie la corta distancia que había hasta la Maria-Theresia-Platz y los dos museos que la flanqueaban. Al llegar a la entrada del Museo de Historia Natural mostró su insignia, cruzó la puerta y subió la amplia escalinata que conducía al piso superior.

—¡Eh, espere! —le gritó el portero—. No puede entrar sin más ni más…

—Encontraré el camino, gracias —murmuró Leo.

De repente se dio cuenta de que no estaba tan seguro de dónde se encontraba el despacho de Hermine Schuh. En algún lugar de la segunda planta, sí, pero ¿cuál? ¡El museo era un verdadero laberinto! Pasó por delante de una sala en la que había decenas de calaveras expuestas en vitrinas. El inspector se acordó entonces de la teoría de los cráneos de Lombroso que Leinkirchner había alabado hacía poco. Reconocer a un criminal por la forma de su cráneo… ¡Hasta ese punto se había llegado! Al final, la ciencia acabaría midiendo la cabeza de las personas para, dado el caso, encerrarlas en cárceles o campos de concentración como medida preventiva. Por suerte, eso solo pasaba en la mente de algunos científicos locos y nunca sucedería en la realidad…

Tras deambular un buen rato entre polvorientas vitrinas llenas de cráneos y esqueletos colgados y algunos expositores con huesos humanos de todos los rincones del mundo, Leo tuvo que admitir que se había perdido. Se sintió aliviado al ver en un rincón al vigilante regordete de la última vez. También estaba hojeando en esta ocasión una novelilla barata, probablemente de indios y vaqueros.

—Oiga, ¿tendría la amabilidad de ayudarme? —dijo Leo mientras caminaba hacia el hombre—. Estaba buscando el departamento de botánica, quería ver a la señora Hermine Schuh.

El hombre cesó sobresaltado su lectura.

—¿El departamento de botánica? —preguntó, confuso—. Está usted en la sección de Antropología.

—Sí, ya me había dado cuenta —respondió Leo intentando no perder la paciencia. Señaló las numerosas calaveras y dijo—: Eso de ahí no son flores. Creo que me he perdido, así que si fuera usted tan amable…

—La señora Schuh no está hoy aquí —se lamentó el vigilante—. Nunca viene los fines de semana. Suele pasarlos con su familia.

Leo maldijo en silencio. Tendría que haberlo imaginado: tratándose de una colaboradora voluntaria y, además, anciana, lo normal era que la señora Schuh no trabajara en fin de semana.

«Solo trabajan los policías y los vigilantes de museos», pensó.

—¿No sabrá por casualidad dónde vive? —inquirió Leo sin muchas esperanzas—. Me gustaría hacerle algunas preguntas más…

—Sí, sé dónde vive —contestó el vigilante, apático—. En Alsergrund, el distrito noveno. Concretamente, en la Währinger Strasse, en casa de su yerno, el profesor Exner, y su hija. Justo al lado del Josephinum, seguro que lo conoce.

—Gracias —dijo Leo sorprendido. Se acordó entonces de que la señora Schuh ya le había hablado de dónde vivía—. Me ha ayudado mucho. Que tenga un buen día entre tanta calavera.

Se descubrió para despedirse y salió de allí. Pensó en lo que debía de ser pasarse todo el día, semana tras semana, año tras año, sentado entre huesos y cráneos putrefactos. Comparado con eso, su trabajo en la brigada de homicidios era un paseo por el parque.

Anna no tuvo ocasión de hablar con Emil el Rojo hasta la tarde.

Había vuelto a los trabajos de costura después de comer y los celadores no les dejaron salir al jardín hasta más tarde. Por lo visto, era el momento en el que tenían permitido jugar. Anna recorrió con la mirada la extensa superficie con los dos edificios de aspecto tan dispar. Los niños del orfanato también habían salido al exterior, pero entre ellos y los chicos y chicas sin hogar del barracón parecía existir una línea invisible que los separaba. Ninguno salía de su lado del jardín ni jugaba con los de la otra parte. Había neumáticos y varias pelotas que los niños se lanzaban entre ellos, y en una zona pavimentada las niñas jugaban a la rayuela, saltando a la pata coja de casilla en casilla, mientras otras jugaban a la comba.

Se oyó un ladrido furibundo y Anna se dio la vuelta. Junto al barracón vio un cobertizo enrejado, del que salió otro ladrido y, después, un gemido de satisfacción. Niko el Impío estaba de pie junto al cobertizo y daba de comer a tres grandes perros pastores que andaban a la greña por los restos de carne. Mientras tanto, Krampus estaba medio dormido en un banco, dejando que el sol le diera en la cara, con su vara apoyada en el banco de al lado. Anna se dio cuenta de que el gigantón corpulento estaba observando a todos los niños a través de las rendijas de los ojos. Desde una ventana del primer piso del edificio del orfanato, la señorita Wildmoser, erguida como una reina, inspeccionaba sus dominios. En aquel ambiente amenazador, las risas de los niños sonaban a burla a los oídos de Anna mientras los zapatos de las niñas que saltaban a la comba repiqueteaban sobre el empedrado.

Al cabo de unos minutos, Anna vio por fin a Emil el Rojo. Estaba jugando a la pelota con los otros chicos, gritando órdenes y dando capones a un crío que había fallado un pase. Cuando la pelota rodó en su dirección, Anna se armó de valor. Detuvo el balón con el pie y miró al grupo con actitud expectante.

—¡Eh, pasa la pelota —gritó uno de los chicos— antes de que tropieces con ella! El balompié no es para niñas. ¡Vete a saltar a la

comba!

El resto de los muchachos estalló en una risa burlona.

Anna tocó la pelota con la punta del pie, la elevó en el aire y la dejó posarse suavemente en su cabeza. La balanceó sobre la frente y la hizo rodar hasta el hombro. Jossi le había enseñado ese truco en su época de vagabunda. Cada vez más niños jugaban al balompié e incluso se habían creado clubes, pero no para chicas, claro. Anna practicaba con las viejas calaveras que encontraba en las fosas abandonadas del Cementerio Central, y siempre a espaldas del señor Rothmayer, por supuesto. En una ocasión, Jossi le dijo que tenía un talento especial para ese deporte.

Los chicos se quedaron mudos, algunos miraban asombrados. Fue Emil el Rojo quien al final se echó a reír.

—¡Una chica que juega al balompié! ¿Dónde se ha visto eso? ¿No será que no eres una chica? Deja que te eche un vistazo...

Se acercó a Anna mostrando una sonrisa maliciosa y ella chutó el balón con fuerza hacia él. Emil lo detuvo, devolvió el pase y entre ambos se inició un intercambio frenético. Finalmente, el joven cogió la pelota con la mano y se apartó de la frente sudorosa un mechón de pelo rojo. Fue hacia la muchacha, se plantó delante de ella y la examinó con mirada amenazante. La superaba en estatura por casi una cabeza. Anna vio de cerca la cicatriz de su cara, el brillo turbio de su mirada, los nudillos desgastados de tanto reñir y pelear. Contuvo la respiración.

—¿Eres una de esas huérfanas malcriadas? Una niña mimada, ¿verdad? —dijo él en voz baja—. Nunca te he visto por aquí. —Señaló con el dedo hacia donde las niñas jugaban a la rayuela junto al edificio del orfanato—. ¿No deberías estar allí, con tus semejantes? Bebiendo limonada dulce, jugando a la comba...

—La comba es aburrida —replicó Anna—, y no soy ninguna niña mimada.

—¿Quién te ha enseñado a tocar el balón? —preguntó Emil—. ¿Tu padre? ¿Tu hermano?

—No tengo padre y tampoco hermanos. Aprendí en la calle, me enseñó un tal Jossi. —Anna miró desafiante al muchacho—. ¿Has oído hablar de él? Juega al fútbol como nadie en el distrito.

—¿Jossi, de los Compinches de Sangre? —Emil la miró sorprendido—. ¡Claro que lo conozco! Ha estado aquí varias veces, jugábamos juntos al balompié. ¿Qué tienes que ver tú con él?

—Era mi amigo. Ahora está muerto, acabaron con él a cuchilladas. Por eso estoy aquí. —Anna miró de reojo a los celadores y bajó la voz—. Sé que aquí desaparecen niños, Jossi me lo contó poco antes de morir. Y también... —Se atragantó—. También sé lo del Nachtkrapp. Puede que incluso lo haya visto.

—¿Tú... has visto al Nachtkrapp? —Lanzó una mirada fulminante a Anna—. ¡Mientes! Si lo hubieras visto, no estarías viva.

—Y sin embargo aquí me tienes, jugando al balompié contigo —contestó Anna impasible.

Emil guardó silencio durante un rato. Al cabo, ordenó al resto de los chavales que se fueran. Cuando se quedaron a solas, estalló:

—¡Maldita sea! Así que el monstruo también ha atrapado a Jossi. ¡Ven conmigo! ¡Quiero que me cuentes todo lo que sabes!

Emil se adelantó y Anna lo siguió hasta un pequeño robledal que probablemente ya existía desde mucho antes de que construyeran el orfanato. El joven trepó a una rama baja de uno de los robles y ayudó a Anna a subir con él. Arriba, el denso follaje los protegía de las miradas indiscretas.

—¿Qué sabes del Nachtkrapp? —preguntó Emil—. ¿Qué te ha contado Jossi? ¿Dónde lo has visto?

Anna le explicó a Emil todo lo que sabía. Le dijo que Jossi había muerto y cuáles fueron sus últimas palabras. Y también le habló del extraño encuentro que había tenido ella frente a la puerta del orfanato.

—El tipo silbaba una canción, la del pequeño Pinzga —concluyó Anna su relato—. Jossi también me explicó lo mismo. No puedo asegurar que el hombre del abrigo negro y el sombrero extraño sea el Nachtkrapp, pero daba mucho miedo. ¡Y era la misma canción!

—Si era él, tienes suerte de estar viva —dijo Emil—. Según dicen, no es más que un cuento de miedo, pero yo creo que existe de verdad. Va vestido todo de negro, como la despiadada señorita Wildmoser, y suele venir al orfanato por la tarde o por la noche. ¡Y se lleva niños! —Bajó la voz y susurró—: Unas veces los recoge en la cama y otras en el jardín. Hace unos días se llevó a Karli. El pobre fue al cobertizo a dar de comer a los perros y ya no volvió. La señorita Wildmoser dice que Karli se ha fugado, pero yo no lo creo. Nunca se habría ido sin mí, ¡éramos amigos del alma! —Emil cerró los puños con fuerza—. ¡Me juré a mí mismo que averiguaría lo que le ha pasado!

—Dicen que el Nachtkrapp solo se lleva a los niños, nunca a las niñas. ¿Es eso cierto? —preguntó Anna.

—Así es —confirmó Emil—. Y siempre a los más rebeldes, los que causan problemas, los que roban un segundo plato de comida, los que se pelean y siempre protestan. Creo que la señorita Wildmoser sabe que los niños hablan del Nachtkrapp. Y ella lo permite, porque esas historias hacen que nos portemos bien, no nos quejemos y obedezcamos. —Lanzó un escupitajo—. No llevo mucho tiempo aquí, pero conozco las historias. Y sí, desde hace años aquí desaparecen niños...

—El Nachtkrapp todavía no ha venido a por ti —dijo Anna, y

sonrió con tristeza—, y eso que dicen que eres..., vaya, que no eres un chico precisamente obediente.

—Eso dicen... Así que, ¡ten cuidado conmigo! ¡Buh! —bromeó el muchacho, pero recuperó la seriedad—. Yo también me lo he preguntado muchas veces. Quizá sea porque Krampus hace la vista gorda conmigo. Mi padre y él se conocían. Salían a menudo a emborracharse, hasta que mi viejo la palmó. Y a veces robo una botellita de vino de la despensa de la Wildmoser y se la doy a Niko el Impío. Aquí tienes que hacer amigos, de lo contrario, estás acabado. —Señaló el orfanato—. Allí son más amables con esos engreídos. Vienen de buena familia y hay quien paga para que los cuiden bien. Pero los del barracón solo somos basura.

—¿Y por qué sigues aquí? —quiso saber Anna—. Jossi escapó. Tú podrías hacer lo mismo.

—Claro que podría escapar —refunfuñó Emil—. Quise hacerlo, pero entonces pasó lo de Karli. Y ahora quiero averiguar quién o qué está detrás. Por eso sigo en esta pocilga, ¡solo por eso!

—Yo también quiero saber qué pasa —dijo Anna. Dejó que las piernas le colgaran de la gruesa rama—. Y no solo yo. Tengo... —Dudó antes de continuar—: Tengo amigos influyentes, también entre los guindillas.

—Amigos influyentes, claro, claro. —Emil se rio—. Los guindillas son los que nos traen aquí. No les importamos una mierda.

—No a los que yo conozco, créeme. Si les cuento lo que está pasando aquí, nos ayudarán, seguro. —Anna no sabía si lo que decía era verdad, pero quería creer que la señorita Wolf, el inspector Von Herzfeldt y el señor Rothmayer no la defraudarían.

Emil se quedó pensativo un rato mientras se oían las risas y los gritos de los niños que jugaban en el jardín.

—Mira, tengo un plan —dijo finalmente—. Ayer se me ocurrió una cosa. Sé que hay gato encerrado en la historia del Nachtkrapp. Si hablo de ello lo suficiente, si agito los ánimos de los otros niños, la señorita Wildmoser y sus dos sabuesos tratarán de taparme la boca, y para ello...

—... llamarán al Nachtkrapp —dijo Anna en voz baja.

—Exacto. ¡No le tengo ningún miedo! No sé cómo consiguió reducir a Karli, pero conmigo no podrá. Y entonces será mío —rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó una pequeña navaja— y lo apuñalaré. Me juré que lo haría.

—Eso es muy peligroso —advirtió Anna.

—Me da igual. En la calle me las tengo que ver cada día con monstruos de verdad, borrachos que quieren tocarme el cipote, chulos, matones, asesinos... ¡El Nachtkrapp no me da miedo!

—Pero sería bueno que alguien de fuera lo supiera —dijo Anna.

—Es posible. Por mí, cuéntaselo a tus amigos. Si estoy en lo cierto, pronto sacarán un ataúd de aquí. —Mostró una sonrisa triste—. Y yo no estaré dentro de ese ataúd.

Ambos permanecieron un rato en silencio.

Emil observó a través de las ramas.

—Si quieres escapar, ahora es el mejor momento —dijo por fin el muchacho—. De noche sacan a los perros, pero ahora todavía se puede. Yo distraeré a Krampus. —Señaló un rincón del jardín—. Hay un árbol cerca del muro. Si eres lo bastante hábil, puedes trepar por una rama y saltar al exterior. Creo que Jossi lo hizo así. —Le tendió la mano a Anna—. ¡Suerte! —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Y para ser una chica, debo decir que juegas muy bien al balompié.

Se bajó de la rama deslizándose sobre ella y se volvió de nuevo hacia Anna.

—Cuenta hasta cien y empieza a correr. Y no te detengas, por mucho que alguien grite.

Emil atravesó el bosquecillo con paso rápido en dirección al barracón. A través de las ramas, Anna lo vio acercarse a Krampus y entablar conversación con él. Contó por dentro hasta cien, luego bajó y corrió hacia la esquina del jardín sin mirar atrás. Había allí un montón de cascotes, incluidos varios ladrillos rotos. La muchacha dedujo que alguien los había colocado allí deliberadamente para poder llegar a la rama más baja.

«Jossi», pensó.

Borró de la mente el triste recuerdo y se subió a la pila de cascotes tambaleantes. Después de dar varios saltos, logró asirse a la rama. Se agarró a ella y se balanceó hasta superar la altura del muro.

Justo cuando saltaba al otro lado, oyó un grito enrabiado a sus espaldas. Era Krampus, que la había descubierto. Mientras los gritos se volvían cada vez más imperceptibles, Anna corrió por el callejón y desapareció por detrás de los edificios del otro lado.

Sí, tenía amigos. Amigos influyentes. Y les pediría ayuda ahora mismo.

Cuando salió del Museo de Historia Natural, Leo miró la hora en su reloj de bolsillo. Eran ya las cuatro de la tarde. Su madre lo había invitado a cenar esa noche en el exclusivo restaurante del Hotel Imperial, en plena Schwarzenbergplatz. Antes debía asearse y cambiarse de ropa, pero todavía tenía algo de tiempo. Decidió tomar un coche de punto para ir a la Währinger Strasse, en el distrito noveno. El vigilante del museo no se acordaba del número de la casa, pero le había dicho que la vivienda de los Exner se encontraba cerca del Josephinum. Leo estaba seguro de que encontraría la dirección.

El cabriolé de un caballo lo condujo hasta las inmediaciones del Hospital General, donde se hallaba el Josephinum, no lejos del

Instituto de Medicina Forense. El edificio de dos plantas había sido la sede de la Academia de Medicina y Cirugía Militar, pero ahora se utilizaba para almacenar modelos anatómicos de cera, entre ellos la famosa Venus durmiente: un cuerpo femenino abierto en canal con todos los órganos a la vista para su observación. El profesor Hofmann siempre hablaba de esa pieza con cierta envidia.

«Bueno, al menos es posible que el profesor tenga pronto un enano en su museo», pensó Leo.

Después de buscar un poco, encontró el apartamento de los Exner. Estaba en la planta baja de un edificio de viviendas de clase acomodada. Leo tocó el timbre y enseguida abrió la puerta una mujer joven que lo miró extrañada.

—¿Qué desea?

Leo se descubrió y mostró su insignia.

—Inspector Leopold von Herzfeldt... —empezó a presentarse.

La mujer puso cara de asombro.

—¡Dios mío! ¿Ha pasado algo malo?

—¡No, no! No se preocupe... Solo quería hablar un momento con la señora Hermine Schuh. ¿Está en casa, por casualidad?

—¿Mi madre? Sí, precisamente estábamos tomando el té. ¿Por qué no entra, inspector?

La joven condujo a Leo hasta un amplio salón que desprendía una atmósfera propia de la burguesía intelectual. Había un piano Bösendorfer, librerías con estantes bien surtidos y una mesa de estilo Biedermeier con un servicio de porcelana fina. Hermine Schuh estaba sentada en compañía de un señor barbudo y algo corpulento, con el chaleco desabrochado y zapatillas de andar por casa, al que estaba sirviendo una taza de té. Sorprendida, la señora Schuh dejó la tetera sobre la mesa y escrutó a Leo desde detrás de sus gafas.

—El joven inspector del museo... No me diga que ha interrogado al fantasma de mi padre. Si es así, mándele saludos de mi parte.

Leo esbozó una sonrisa irónica.

—Nada de eso, señora. Solo quería comunicarle que el asunto se ha esclarecido, al menos en lo que respecta a la fotografía donde aparece su padre.

—Me alegra oírlo. Siéntese con nosotros, se lo ruego. —La señora Schuh le indicó una silla y le presentó a los miembros de la familia—. Ya ha conocido a mi hija Ingrid. —Señaló entonces al señor barbudo de las pantuflas, que parecía mucho mayor que su esposa—. Este de aquí es mi yerno, Franz Exner. Es catedrático de física en la universidad y ejerce de profesor titular en el Instituto de Física Química. ¡Una verdadera eminencia!

—Hermine, por favor —protestó Exner risueño—. Simplemente me dedico a temas aburridos que no interesan a ningún mortal.

La señora Schuh sirvió una taza de té para Leo sin preguntarle.

—¿Temas aburridos? Es una ciencia seria y reconocida, y, por lo tanto, muy distinta de esos disparates espiritistas. Ni siquiera la Universidad de Viena está a salvo de esa basura. Parapsicología o física trascendental, lo llaman allí. ¡Física! Como si un nombre académico pudiera ocultar que son una panda de lunáticos. —Se volvió hacia su yerno—. ¿No es cierto, Franz? ¡Es lo que son!

Exner asintió con la cabeza.

—Sí, hay algún que otro colega confundido en la universidad, pero más en humanidades...

Leo dio un resoplido.

—Me temo que conozco a uno de ellos, el profesor Siegfried Schneider. Creo que es filólogo clásico...

—¡No me hable de él! —saltó Exner—. Su última ocurrencia fue pasearse por las aulas con un péndulo en la mano. Decía que estaba siguiéndole la pista al espíritu de un soldado turco que murió durante el asedio de Viena hace trescientos años. ¡El tipo es un fanático en toda regla! Y yo que pensaba que ya habíamos dejado atrás la Edad Media...

—¿Decía usted que ya se ha aclarado lo del fantasma de mi abuelo? —preguntó Ingrid a Leo—. No hemos leído nada en los periódicos, pero nos han hablado de ello, por supuesto.

—Fue una broma estúpida, sin más —respondió Leo—. Una doble exposición realizada con una imagen de su abuelo sobre una fotografía forense de la escena del crimen. Los periódicos han hecho circular más fotografías trucadas con el mismo procedimiento, pero todo ha terminado ya. Pensé que deberían ustedes saberlo.

Por precaución, Leo no comentó que el asesino, que ya había matado a dos personas haciéndose pasar por Reichenbach, seguía en libertad.

—Gracias, inspector —dijo Hermine Schuh, que acercó un plato de galletas de bizcocho secas a Leo—. Coja una. Las ha hecho mi hija.

—Muy amable, pero me han invitado a cenar y...

—Un par de galletas no le quitarán el apetito —comentó Hermine Schuh con tono severo—. Además, está usted en los huesos.

—Esto..., gracias. —Leo mordisqueó el bizcocho, reseco como el polvo—. Bonita casa —dijo para romper el incómodo silencio.

—¿Verdad que sí? —Hermine Schuh sonrió—. Tras la temprana muerte de mi marido, mi hija y mi yerno tuvieron la amabilidad de acogerme. Debe saber que mi padre no me dejó mucho en herencia. Al final no nos llevábamos muy bien. Tampoco aprobó mi matrimonio; él había pensado en otra persona para mí. Pero los jóvenes siempre hacen lo que quieren, ¿no cree?

—Tiene toda la razón —dijo Leo, y dio un sorbo del té ya

enfriado. Pensó en su propia relación con su padre y en cómo había ignorado los planes de boda que su progenitor había diseñado para él —. ¿A quién eligió su padre como futuro esposo suyo?

—A su ayudante. Pero la relación no fue nada satisfactoria. —Hermine Schuh titubeó un poco, como si se hubiera perdido en sus recuerdos—. Para ninguno de los dos. —De repente, recuperó el ánimo—. Por cierto, me acabo de acordar de una cosa. Le hablé de un periodista chupatintas que vino a verme al museo, ¿verdad?

Leo lanzó un gemido sarcástico.

—No me lo nombre. Es el tipo que endilgó a la policía la placa fotográfica para la doble exposición.

—¿De verdad? Bueno, pues no es el único que me ha preguntado por mi padre. Otra persona vino a verme una o dos semanas antes. Lo había olvidado, cosas de la edad...

—¡Caramba! —reaccionó Leo extrañado—. ¿Y quién era?

—No recuerdo su nombre. Era un joven pianista, encantador.

—¿No se llamaría Richard Landing, por casualidad? —preguntó Leo con la voz empañada.

—¡Efectivamente! —Hermine Schuh parecía entusiasmada—. Un jovencito muy agradable y educado. Me trajo el herbario de su tío abuelo para legarlo al museo. El herbario en sí no era gran cosa, pero mantuvimos una charla muy amena. Por lo visto, su tío abuelo y mi padre habían sido amigos. Me preguntó un par de cosas sobre él. Al final, incluso le di una fotografía suya.

—¿Le dio una fotografía de su padre? —Leo se incorporó de golpe.

—Sí, justo acabo de acordarme... El joven me dijo que a su tía abuela le haría mucha ilusión; por lo visto, también conoció a mi padre... —De repente, Hermine Schuh ató cabos—. Oh, ¿quiere decir que todo era una trampa? Caray, ¡debo de estar haciéndome vieja de verdad! —Suspiró quejumbrosa—. Pero fue muy amable conmigo y hablamos largo y tendido sobre fotografía. Mi difunto marido era un fotógrafo apasionado, abrió el primer estudio de daguerrotipos de Viena. ¡Hace ya mucho tiempo!

Leo se levantó.

—Me temo que tengo que despedirme. Creo que ya he abusado demasiado de su hospitalidad.

—¿No quiere otra galleta de bizcocho casera? —preguntó Ingrid —. Le puedo envolver unas cuantas para llevar.

—Esto..., no, gracias, muy amable. He quedado para cenar con mi madre y no le gusta que acuda sin apetito. Además, llego tarde.

Franz Exner se echó a reír.

—Pues le recomiendo que se dé prisa, jovencito. Nunca hay que hacer esperar a las madres ni a las suegras. ¡Siempre trae problemas!

Cuando, poco después, Leo cruzó la puerta al salir, su cabeza era un torbellino de pensamientos. ¡Richard Landing había utilizado falsos pretextos para obtener una fotografía de Reichenbach! Entonces, ¿había sido Landing quien mandó la fotografía al reportero? Y las otras imágenes, así como el sombrero de copa hallado en el escenario del crimen, ¿también habían salido de él?

¿Era él el asesino?

Para comprobarlo, Leo quiso hacer una llamada telefónica. Miró a su alrededor en busca de un hotel que pudiera tener un teléfono, pero no encontró ninguno que dispusiera de tan moderna instalación. Decidió entonces volver a la Jefatura. No quedaba muy lejos de allí, solo tenía que seguir por la Währinger Strasse.

Cruzó a toda prisa el Schottenring, tan concurrido como de costumbre, y entró en la Jefatura de Policía, que a esa primera hora de la tarde de sábado se encontraba particularmente vacía, y subió a su despacho. Sobre su escritorio había una guía de teléfonos. Cada año salía una nueva edición. Tres lustros atrás apenas había unos cientos de líneas, pero la cantidad de abonados ya había alcanzado los casi veinte mil en Austria, y la cifra no paraba de crecer. Leo hojeó el grueso mamotreto hasta que dio con el número de Maria Vanotti en la Kärntner Strasse. Pidió a la telefonista que lo comunicaran con él, pero nadie descolgó al otro lado. ¡Claro! La *signora* ya estaba en la ópera, y, con ella, Claire Pauly.

Volvió a hojear la guía telefónica para encontrar el número de la Ópera de Viena. Pidió de nuevo la comunicación a la telefonista y consiguió que lo atendiera uno de los porteros.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó el empleado con voz gangosa.

—Necesito hablar urgentemente con la *signora* Maria Vanotti. Es una emergencia.

—Vamos a ver, ¿dónde se cree que ha llamado? ¿A la central telefónica? La función comenzará en una hora. Si es usted un admirador de la Vanotti, puede mandar su ramo de flores a la entrada trasera…

—¡No soy ningún admirador! ¡Llamo de la policía! —le espetó Leo al hombre—. Y si no pone a la Vanotti ahora mismo al aparato, tendrá que enfrentarse a una denuncia por obstrucción a la actividad policial.

—No está bromeando, ¿verdad? —preguntó el portero atemorizado.

—Soy el inspector Leopold von Herzfeldt. Dele mi nombre a la Vanotti y verá como viene, se lo aseguro —replicó Leo con determinación.

Se oyó un chasquido en la línea cuando el portero apoyó el

auricular a un lado. Leo oyó un murmullo lejano de voces y las afinaciones de varios instrumentos de la orquesta. Por fin, sonó la voz angustiada de la diva.

—Inspector Von Herzfeldt, ¿es usted? ¿Sabe algo de Richard?

—Me temo que no, *signora* —respondió Leo con tono apenado—. Miss Pauly ya me ha contado que ha desaparecido. Iba a emitir un aviso de desaparición, pero tendría que hablar de nuevo con ella. ¿Está con usted?

—¿Claire? La tengo a mi lado. Mire, inspector, tengo que volver al escenario...

—Pásemela, por favor —dijo Leo—. ¡Le deseo mucho éxito hoy en la función, *signora*! Y no se preocupe, seguro que Richard no tardará en aparecer.

—¡Que Dios le oiga!

Se oyó un crujido en la línea cuando la diva le pasó el auricular a Claire, quien, al cabo de un momento, contestó con tono suspicaz.

—No estará intentando sabotear nuestro pequeño acuerdo, ¿verdad? —susurró la norteamericana al embudo de hojalata—. Ya le dije que si contaba algo del fonógrafo...

—No se trata de eso —la interrumpió él—. Es sobre la fotografía de Reichenbach que había pegada en el tablero de juego en casa de la *signora*. ¿Cómo llegó hasta allí?

—¿Se refiere a la imagen del tablero güija? Creo que era de Richard. —Hizo una pausa para pensar—. Sí, Richard debió de encontrarla en alguna parte. Maria nos había hablado del barón en alguna ocasión. Por lo visto se enteró de su historia en algún sitio. Luego Richard investigó un poco y pensó que sería una buena oportunidad para ganarnos a Maria. Le encantan las historias de terror con castillos de fantasmas y experimentos alquímicos, como la de ese doctor Frankenstein. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Se le ha ocurrido pensar que Richard podría haber utilizado esa fotografía para ir con ella a la prensa?

Se hizo un silencio durante el cual solo se oía el zumbido de la conexión telefónica.

—¿Quiere decir que Richard es el responsable? —dijo finalmente Claire Pauly—. ¡No lo creo!

—Hay algo más que me gustaría saber, miss Pauly. ¿Richard es aficionado a la fotografía?

—Ahora que lo dice... Sí, es su pasatiempo, incluso tiene una cámara. —De repente, enmudeció—. ¡Dios mío! ¿Quiere decir que podría haber asesinado a Lichtenstein y al fotógrafo del Wurstelprater? Richard nunca sería capaz de...

—Su amado Richard se ha esfumado, y lo ha hecho poco después del asesinato del fotógrafo, por cierto. Eso lo hace aún más

sospechoso. Miss Pauly, sintiéndolo mucho, me veo obligado a emitir una orden de búsqueda y captura contra Richard Landing. Dejo en sus manos cómo va a manejar la noticia. Puede que lo más adecuado, por el bien de los espectadores de la ópera, será no decir nada a la *signora* Vanotti hasta después de la función, no sea que la diva se desmaye en el escenario. Que tenga una buena noche, miss Pauly.

Leo colgó y tamborileó con los dedos sobre la mesa. Llevaba tanto tiempo convencido de que Claire Pauly era la asesina, que había pasado por alto ciertos factores relevantes. Entre ellos, cuál de los sospechosos podría estar familiarizado con las técnicas fotográficas. Ahora todo apuntaba a Richard Landing, y parecía que el tipo había levantado el vuelo. Como mínimo, Leo tenía algo con lo que presentarse ante el jefe superior Stukart. Y quizá incluso podrían capturar a Landing en el transcurso del fin de semana, pues enviarían una descripción del sospechoso a todas las estaciones de ferrocarril de Viena, así como al resto de las jefaturas de policía y grandes establecimientos hoteleros.

Si no fuera por el desencuentro con Julia, Leo tendría ahora un buen motivo de celebración. Lanzó un suspiro. Sentía que, cuanto más esperaba para pedirle perdón, más se alejaba de ella. ¡Tenía que hablar con Julia inmediatamente!

Volvió a mirar la hora. Eran casi las seis de la tarde. Tenía un montón de papeleo que hacer para emitir la orden de búsqueda, y la cena con su madre era a las ocho y media. Si iba a ver a Julia antes de esa hora, mal que bien tendría que renunciar a cambiarse de ropa. Pero merecía la pena... ¡Así vería su madre lo que era ser un agente de policía muy ocupado! Desde luego, muy distinto de un escritor británico esnob de novelas policíacas.

«El inspector Leopold von Herzfeldt, siempre de servicio...»

Leo cogió el teléfono y volvió a llamar a la centralita de la Jefatura.

—Margarethe —dijo tratando de parecer amable pero firme a la vez—, soy Herzfeldt. Ya sé que es sábado por la tarde, pero necesito tu ayuda. Hay que hacer algunas llamadas y enviar correspondencia.

Si se daba prisa, incluso le daría tiempo de ir a comprar un ramo de flores para Julia.

XVI

—No han salido nada mal, mi cielo… ¡Mira el tarado rechoncho!

La Gorda Elli contemplaba con creciente entusiasmo la media docena de fotografías que había sobre la mesa de su reservado del Dragón Azul. Julia había revelado las placas hacía algún tiempo, y no había tenido la oportunidad de enseñárselas a Elli hasta ahora.

—Nunca habría imaginado que el concejal la tuviera tan pequeña —dijo Elli esbozando una sonrisa maliciosa—. Hace falta una lupa para verla.

Julia miraba las fotografías de mala gana. Ya había tenido que verlas lo suficiente durante el revelado. El hombre que aparecía en ellas era un señor mayor, arrugado y desnudo, una combinación que no resultaba nada agradable, sobre todo si, además, lucía una máscara negra y una cortesana le azotaba su pálido trasero. En una de las imágenes, el hombre aparecía sin máscara y recibiendo una cucharada de papilla, como un niño pequeño. La prostituta que le daba de comer se había colocado de tal manera que el rostro del cliente había quedado justo enfrente de la cámara de Julia. Se trataba de un conocido concejal del ayuntamiento de Viena y la escena en la que aparecía retratado no favorecería precisamente su carrera política.

—Esto es mi seguro, jovencita —dijo Elli golpeando la última fotografía con sus dedos aporretados—. Hace poco, el tipo estuvo hablando en el pleno del ayuntamiento sobre la falta de decoro que abunda aquí, en Neulerchenfeld. Dijo que quería hacer limpieza… —Se rio entre dientes—. Bueno, pues en mi casa no va a entrar a limpiar. Y si lo hace, verá esta estampita en el periódico mientras desayuna acompañado por su señora esposa. —Elli se volvió hacia Julia—. ¡Buen trabajo!

Julia se encogió de hombros y dijo:

—No se necesita mucho arte para tomar imágenes a través de un agujero en la pared.

Le repugnaban las fotografías que de vez en cuando hacía para Elli. Si alguna vez se descubría que utilizaba el laboratorio de la Jefatura de Policía de Viena para revelar placas de importantes políticos y dignatarios de la ciudad, su despido sería el menor de sus problemas. Pero necesitaba el dinero. La próxima cita con el doctor que le había prometido ayudar a Sisi estaba al caer. Por lo visto se había descubierto un nuevo tratamiento, pero la primera visita con el especialista era tan cara que Julia tenía que complementar de algún modo sus escasos ingresos.

—El concejal Schönbrunner no tardará en llegar —dijo Elli, y se metió en la boca un bombón de mazapán. Después de relamerse, continuó—: Es otro de esos apóstoles de la moral. Por lo visto le gustan las niñas. Podríamos…

Indignada, Julia hizo ademán de protestar, pero Elli hizo un gesto para que callara.

—¡Nada de menores! ¿Estás loca? No soy ningún monstruo, solo regento un prostíbulo. Pero al tipo le gusta que las chicas se pongan ropa de niña, faldas cortas, calcetines, mochila de colegio, cosas así. Agnes le hace el servicio y tú sacas unas cuantas fotografías para mí.

Julia suspiró.

—¿De verdad tienes que hacer todo esto, Elli?

—Sí, tengo que hacerlo. Te pago muy bien por esos trabajos y, además, tú y Sisi tenéis la mejor habitación del Dragón. Y esto no es ningún hotel, ¿cuántas veces te lo he dicho?

Sonó el timbre de la puerta principal y Elli se levantó resollando.

—¡Santa paciencia! ¡No la dejan a una tranquila! He mandado a Bruno a la pastelería Demel para que me compre trufas de chocolate y ahora me toca hacer de portera. Lo que no me pase a mí…

La Gorda Elli volvió al cabo de un rato.

—Es otra vez ese bicho raro del Cementerio Central, ya ha venido un par de veces. Está con una muchacha… Dicen que quieren hablar contigo urgentemente.

—Son Augustin Rothmayer y Anna —dijo Julia esperanzada—. Bueno, por lo menos la niña ha aparecido.

—Cuando llama un señor a la puerta, lo último que espero encontrar es a un sepulturero —bromeó Elli—. Mira, ahora tengo que ir a hablar con algunas de las damas de la casa. Puedes quedarte en mi reservado el tiempo que quieras, así no molestarás a Sisi, que está en la habitación de arriba jugando con sus muñecas. —Levantó uno de sus dedos cortos y gruesos y, con tono severo, añadió—: Pero, a cambio, la semana que viene me harás unos cuantos retratos de Schönbrunner, ¿entendido?

La obesa dueña del prostíbulo recogió las fotografías y subió las escaleras. Poco después entraron Augustin Rothmayer y Anna al reservado. Ambos parecían muy alterados. Por suerte, Anna no parecía haber visto las pinturas eróticas que había en la pared y que mostraban a un grupo de ninfas y faunos en diversas posturas.

—Señorita Wolf, ha ocurrido algo… —empezó a decir Augustin Rothmayer, y se quitó el chambergo de ala ancha. Respiraba con dificultad—. Bueno, Anna ha visto algo, concretamente al Nachtkrapp. Y lo de los niños desaparecidos es todo cierto…

—Espere, no tan rápido —dijo Julia—. ¿Por qué no se sienta y me lo explica todo con calma? Y antes que nada, me alegro mucho de que

Anna haya vuelto.

—Esta niña me va a matar a disgustos —murmuró Rothmayer, y miró a Anna con semblante malhumorado—. Te mereces unos azotes por haberte puesto en semejante peligro. ¿Cómo se te ocurre desaparecer así, sin más? ¿Sabes lo preocupado que me has tenido? ¿Lo sabes?

—Lleva repitiendo lo mismo todo el camino desde Simmering —replicó Anna—. Lo siento, señor Rothmayer, pero no había otra manera.

—¿Que no había otra manera? Pareces estúpida…

—¿Alguien quiere un bombón? —dijo Julia para calmar los ánimos. Señaló la caja que había sobre la mesa—. Elli no se dará cuenta si falta alguno. Y ahora, sentaos, que así es imposible hablar.

Los dos tomaron asiento alrededor de la pequeña mesa redonda. Tras alguna duda inicial, Anna cogió un bombón y le dio un mordisco. Por la cara de sorpresa y placer que puso la muchacha, Julia dedujo que nunca antes había probado un dulce parecido.

—Están ricos, ¿verdad? —preguntó Julia con una sonrisa. Anna asintió con la boca llena—. Y ahora, ¿por qué no nos cuentas qué has visto exactamente? Una cosa detrás de otra.

Anna empezó a hablar del inquietante personaje que había visto en el exterior del orfanato y de lo que le había explicado Emil el Rojo. Mientras tanto, no dejaba de meter la mano en la caja de bombones hasta que la dejó vacía.

—Anna, es muy peligroso lo que has hecho —la riñó Julia—. ¿Y si te hubiera pillado el celador? ¿O ese tipo que, según dices, es el Nachtkrapp?

—¡Existe de veras! —protestó Anna—. ¡Créame, señorita Julia! ¡El Nachtkrapp se lleva a los niños del orfanato!

—Jossi no estuvo en el orfanato —señaló Julia—. Al menos no en las últimas semanas.

—Puede que Jossi viera algo —intervino Rothmayer— y que lo mataran para que no se fuera de la lengua. En cualquier caso, tenemos que hacer algo. —Miró a Anna, que estaba sentada a su lado con la boca manchada de chocolate—. Si no, esta jovencita volverá a escaparse. No puedo tenerla atada en el cementerio.

—No digo que no esté pasando nada —dijo Julia—, al contrario. De alguna manera creo que todo está relacionado con la desaparición del joven Czerny. Probablemente estaba con Jossi y con el otro chico de la casa de los Czerny.

Anna les contó lo que había averiguado junto con Harry y también les habló del hijo discapacitado de la criada. Anna asintió entusiasmada:

—¡Creo que ya sé lo que pasó! Jossi estaba buscando al

Nachtkrapp con los otros chicos, y lo encontraron… —Titubeó un momento—. Y entonces ocurrió la desgracia.

—¿Y qué proponéis? —preguntó Julia.

Augustin Rothmayer carraspeó.

—Bueno, hemos pensado lo siguiente. Puede que sea un disparate, pero es mejor que quedarnos de brazos cruzados…

El sepulturero explicó su plan a Julia.

Ella estaba a punto de darle una contestación cuando volvió a sonar el timbre de la puerta.

—Disculpadme un momento. Elli ha subido y Bruno no está. Puede que sea algún cliente…

Julia se levantó y cruzó el pasillo hasta la puerta principal. Abrió la rejilla y dijo sin mirar:

—Si viene por las chicas, vuelva sobre las nueve…

—No vengo por las chicas, vengo por ti —dijo una voz familiar al otro lado de la puerta.

Julia miró entonces a través de la abertura.

Vio un ramo de flores y entre ellas asomaba la cara de Leo.

De algún modo, Leo había imaginado que la reacción de Julia sería distinta. En el mejor de los casos, gratamente sorprendida, y en el peor, molesta y de mal genio. Sin embargo, solo parecía irritada.

—¿Tú? —dijo ella.

—Pues sí, yo… —Leo agitó el ramo—. Quería pedirte disculpas, Julia. He sido un estúpido y un vanidoso, y por supuesto sé que no estás liada con Harry Sommer…

—Escucha, Leo, ahora es un poco incómodo…

—¿Incómodo? —El inspector bajó el ramo de flores y un mal presentimiento lo asaltó—. Julia, si ese gacetillero está aquí contigo, ¡dímelo! Cualquier cosa es mejor que…

—¡Por el amor de Dios! ¡No, Harry no está aquí! ¡Y no me hagas más escenas de celos, por favor! Oh, maldita sea… Pasa.

Julia abrió la puerta y dejó entrar a Leo, que la siguió hasta el reservado, donde, nada más entrar, se quedó de piedra:

—Pero… ¿qué?

—Y ahora no digas que también tengo una aventura con el señor Rothmayer —dijo Julia señalando al sepulturero y a Anna, que estaban sentados a la mesa y miraban a Leo con curiosidad. El inspector vio que Anna tenía restos de chocolate alrededor de la boca y que había una caja de bombones vacía sobre la mesa. De repente, una vez más, se sintió terriblemente estúpido.

—Perdona —murmuró, y dejó el ramo a un lado—. A veces me comporto como un idiota.

Julia sonrió.

—Y por eso te amo —dijo ella—, solo que a veces te comportas

como una niñita celosa. —Su semblante recuperó la seriedad—. Bueno, y ya que estás aquí, tenemos algo que contarte.

La joven fue repasando de manera resumida los terribles sucesos ocurridos en el orfanato del distrito quinto, a la vez que Rothmayer y Anna la interrumpían de vez en cuando para añadir algún detalle. Leo escuchaba estupefacto.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me lo habías dicho antes? —preguntó al fin.

—¿Cuándo iba a hacerlo? Tenías demasiadas cosas de las que preocuparte —respondió ella—. Por ejemplo, de que pudiera escaparme con Harry —añadió guiñándole un ojo—. Creo que lo que nos ha explicado Anna bastaría para poner en aviso a la policía. ¿Qué opinas? ¿Se lo decimos a Leinkirchner?

Leo se encogió de hombros.

—No creo que al inspector jefe le apetezca escucharlo. Y menos aún cuando Anna ha actuado por su cuenta y no de una manera precisamente legal. Además, no creo que el testimonio de una niña de trece años acerca de un personaje de cuento infantil que secuestra a niños pueda interesar a nadie.

—¡Pero el Nachtkrapp es real! —protestó Anna.

Leo levantó la mano.

—Te creo cuando dices que algo no va bien en el orfanato, Anna, pero eso no es suficiente... —Pensó un momento—. Lo que sí haré mañana es pasarme por allí para echar un vistazo e interrogar a esa tal señorita Wildmoser. Puede que descubra algo. Y Leinkirchner no tiene por qué enterarse de momento.

—¿Lo hará, señor inspector? —preguntó Anna esperanzada.

—Sí. No sé si servirá de mucho, pero al menos lo habremos intentado.

—El señor Rothmayer tiene otro plan —dijo Julia—. Me lo acaba de contar. Queremos hacer guardia en el orfanato, de día y, sobre todo, de noche. Ese muchacho, Emil, tiene pensado provocar a los celadores hasta el punto de que le echen encima al Nachtkrapp. Y si eso llega a ocurrir, deberíamos estar allí antes de que pase algo malo.

—¿Hacer guardia? —Leo dio un resoplido sarcástico—. ¿Quién? ¿Un sepulturero, su aprendiza y una mujer con una cámara?

—Y un periodista —añadió parcamente Julia—. Se lo pediré a Harry. Estoy segura de que él no me fallará.

—No lo dirás en serio...

—Muy en serio —respondió ella con una sonrisa maliciosa—. Únete a nosotros, si quieres. Así por lo menos te asegurarás de que no intente llevarme a su casa.

—¡Por Dios, eso es chantaje! No puedes... —Leo se interrumpió y miró la hora en su reloj—. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —preguntó Julia.

—¡La cena con mi madre! —exclamó Leo dándose un cachete en la frente—. Casi me olvido. En media hora tengo que estar en el Hotel Imperial.

—¡Qué bien! Así podremos continuar la conversación en el carruaje. También podrás contarme qué ha pasado con el crimen del fantasma.

Leo miró a Julia aterrado.

—¿Quieres venir a cenar?

—Me dijiste que tu madre quería conocerme. Además, no sé por qué, pero tengo la impresión de que deberíamos volver a salir juntos —dijo Julia, y enarcó una ceja—. ¿O no crees que sea una buena idea?

—Sí que lo es, por supuesto, solo que...

Julia le guiñó un ojo y lo cogió de la mano.

—También exhibiré mi mejor faceta como nuera. Por cierto, disculpas aceptadas.

Menos de media hora después iban los dos de camino a la Schwarzenbergplatz en un coche de dos caballos. Augustin Rothmayer había enviado a Anna de vuelta al Cementerio Central para poder encargarse él mismo de la primera guardia de vigilancia frente al orfanato, como mínimo hasta el alba.

Leo seguía llevando su traje de oficina, que a esas horas ya empezaba a necesitar un buen planchado. Julia había elegido del guardarropa de Elli un vestido elegante pero no demasiado atrevido. El ramo de flores que Leo había comprado para ella yacía en el asiento a su lado como regalo para Wilhelmine.

—Vamos a llegar tarde —gruñó Leo—. ¡Mi madre no soporta que la gente llegue tarde!

No estaba seguro de que fuera una buena idea presentarse en la cena con Julia. Por otro lado, no tenía nada que ocultar, y menos aún a la mujer que amaba.

—Pues conmigo tienes la excusa perfecta —replicó Julia—: la típica invitada sorpresa. Y ahora cuéntame qué has descubierto.

—No es poco —admitió Leo—. El asesino sigue en libertad, pero el caso está prácticamente resuelto.

Le habló del interrogatorio y la confesión de Claire Pauly. También le contó lo que había averiguado cuando fue a ver a Hermine Schuh a casa de los Exner.

—Creo que se puede afirmar con completa seguridad que Richard Landing es nuestro asesino —concluyó—. No solo mató al doctor Lichtenstein, sino también al pobre Meyerling. Todos los indicios apuntan a él. Tenía un retrato de Reichenbach y entiende de fotografía. También estuvo en casa de Hermine Schuh para sonsacarle información. —Leo contó con los dedos—: Primero envenena a

Lichtenstein porque este amenaza con sacar a la luz la patraña del barón fantasma, lo cual habría puesto en peligro el romance de Richard con Claire. Después, Richard alimenta el revuelo en la prensa con fotografías trucadas que encarga a Gustav Meyerling, probablemente para hacer que el engaño fuera aún más grande y la Vanotti, más obediente...

—Y cuando se siente amenazado porque la policía empieza a investigar, se carga a Meyerling por ser un cómplice incómodo —concluyó Julia asintiendo con la cabeza—. Puede que de veras haya sido así.

—He emitido una orden de búsqueda y captura sobre Richard Landing —dijo Leo mientras el carruaje torcía por el Ring—. Mañana a primera hora informaré a Stukart.

—¿Y las estafas de Claire Pauly? —preguntó Julia.

—No son asunto de la policía. Y si quieres saber mi opinión, la culpa es de esos chiflados por dejarse engañar. —Leo se encogió de hombros—. Además, Claire tiene razón: lo que hice con ella no debe figurar en ningún informe policial. Fue ilegal, sin lugar a dudas.

Las calles estaban llenas de noctámbulos que, otra noche de sábado más, volvían a salir en dirección a la ópera, los restaurantes y los numerosos teatros que había en el distrito. Los hombres vestían frac y chistera, y las mujeres lucían flamantes sombreros.

El carruaje se detuvo en la Schwarzenbergplatz, una de las direcciones más exclusivas de Viena. En esta zona se encontraban los establecimientos hoteleros más caros, como el Grand Hotel, el recién inaugurado Hotel Bristol y, precisamente, el Hotel Imperial. Este edificio de cuatro plantas había sido el antiguo Palacio Württemberg y tenía la friolera de ciento cincuenta habitaciones. En ellas se habían alojado grandes personalidades, como el compositor alemán Richard Wagner, que alquiló media docena de habitaciones para él solo.

Leo y Julia entraron en el magnífico hotel, que ya disponía de iluminación eléctrica. El vestíbulo, con sus pesadas butacas de oreja, las paredes tapizadas con seda y la enorme chimenea, comunicaba con el restaurante. Un camarero jefe vestido de librea salió a su encuentro y deslizó su flemática mirada por el traje sin planchar y el sombrero Homburg abollado de Leo.

—He quedado aquí con mi madre —dijo el inspector con tono arisco para disimular su turbación. Le entregó el sombrero y el sobretodo—. Wilhelmine von Herzfeldt. ¿Puede indicarnos su mesa, por favor?

—¿Van a ser cuatro, entonces? —preguntó el camarero.

—Mmm..., ¿cuatro? —Leo se extrañó—. Bueno, la señorita acaba de unirse a nosotros... —dijo vacilante—. Oh, ya entiendo. Cuatro, sí... —No tardó en imaginar la identidad del cuarto comensal.

Con el labio superior fruncido, el camarero entregó el sombrero y el sobretodo a un botones.

—Síganme, si son tan amables.

El restaurante estaba muy concurrido. A las mesas con Borgoña y cangrejos de río se sentaba la flor y nata de la sociedad vienesa. Las conversaciones se mantenían en voz baja y el ambiente era rígido. Leo miró a Julia con disimulo. Sabía que ella odiaba ese tipo de establecimientos, así que el hecho de que lo hubiera acompañado hasta allí se podía considerar una muestra de buena voluntad por su parte.

En una mesa situada en el centro del salón estaba Wilhelmine von Herzfeldt en compañía de Arthur Conan Doyle. Una vez más, estaban conversando animadamente. Al parecer, el novelista acababa de contar un chiste en inglés que hizo partirse de risa a Wilhelmine. Algunos comensales miraban indignados a la pareja. Leo sonrió. Siempre le había gustado ese rasgo de su madre: a diferencia de su estricto padre, ella era sociable y hablaba sin tapujos y sin que le importase lo que pensaran los demás.

—Siento el retraso, mamá —interrumpió Leo la animada conversación—. De todos modos, parece que lo estabais pasando muy bien sin mí.

Wilhelmine se volvió hacia ellos y miró sorprendida a Julia.

—Has venido acompañado —dijo esbozando una leve sonrisa—. ¡Qué bien!

—Igual que tú —replicó Leo, que le entregó el ramo de flores. Saludó luego con la cabeza a Arthur Conan Doyle—. Me alegro de verlo de nuevo, señor Doyle. No cabe duda de que es mejor guía que yo para mostrarle la ciudad a mi madre.

—Sí, imagínate, hoy hemos ido al Prater y hemos estado en el hipódromo —le informó su madre, entusiasmada—. ¡A Arthie le encanta apostar!

Doyle sonrió.

—Los británicos apostamos por todo, incluso por el tiempo. Veo que hoy también ha venido acompañado de su encantadora colega de la policía, a la que le interesa el espiritismo.

—¿No me presentas a tu bella acompañante? —dijo Wilhelmine, que observaba a Julia como si fuera un vestido caro en un escaparate —. ¿Es la dama que creo que es? Al menos va mucho mejor vestida que tú —añadió con expresión severa.

—Sí, es Julia Wolf —respondió Leo—, compañera de trabajo y... —apretó la mano de Julia y la miró a los ojos— algo más.

—¡Caramba! —exclamó Doyle—. ¿Acaso hay unos esponsales que celebrar? Voy a pedir champán.

—Bueno..., creo que todavía no hemos llegado a ese punto —dijo

Julia con una sonrisa.

Se sentaron y el camarero trajo un cuarto cubierto.

—¿Así que trabaja con Leo? —preguntó Wilhelmine al cabo de un rato—. Me ha dicho que es fotógrafa. ¿Qué fotografía? ¿Animales, niños con traje de marinero?

—Soy fotógrafa forense en escenarios del crimen —respondió Julia mientras el camarero servía vino—. No es una profesión muy habitual. De hecho, soy la primera en Viena.

—Es decir, que fotografía... ¿Cómo decirlo? Bueno... —Wilhelmine trataba de encontrar una forma de decirlo.

—Sí, fotografío cadáveres —dijo Julia, y bebió un sorbo de vino —. Es una tarea esencial para la investigación policial.

—Con el debido respeto, milady —intervino Doyle—, ¿no es esa una tarea más masculina? Quiero decir, que las mujeres son más delicadas...

—Tenga usted la seguridad de que Julia hace su trabajo igual de bien que un hombre —dijo Leo.

—Y puede hablar por sí misma tan bien como un hombre —añadió ella bruscamente.

Se hizo otro silencio y Leo notó que se había puesto tenso. La conversación iba en la dirección equivocada. Por suerte, Doyle cambió de tema.

—Inspector, ¿ha reconsiderado la posibilidad de emplear recursos espiritistas en el caso Reichenbach? Por lo visto ha habido un segundo asesinato, el de un fotógrafo de espíritus en el Prater; creo haber leído algo así en el periódico. No es que no crea en las fotografías de espíritus, ¡al contrario! Pero ese hombre era un estafador. —Doyle reafirmó su convencimiento asintiendo con la cabeza—. En mi opinión, la cosa está clara: el espíritu se venga de todo aquel que mancilla su nombre. En el fondo, lo que necesita usted es la ayuda de un exorcista, alguien que expulse al espíritu.

—Como ya le comenté, en la Policía de Viena tenemos nuestros propios métodos —respondió Leo con una sonrisa y pinchó con el tenedor su entrante, un pedazo de terrina de salmón del tamaño de una uña de pulgar dispuesto sobre un lecho de berros—. Creo que pronto podremos anunciar la identidad del culpable.

Leo blasfemó para sus adentros. Al parecer, los periódicos habían informado del asesinato de Meyerling, así que se cuidaría mucho de contarle ahora al británico lo de la orden de búsqueda y captura de Richard Landing. Con eso solo conseguiría arruinar la cena. Además, Doyle no tardaría en enterarse por la *signora* Vanotti.

—Un exorcista de esos es lo que nos haría falta en nuestro hotel —se quejó Wilhelmine—. Tendría que haberme hospedado en el Imperial... En el Cobenzl se oyen golpes y ruidos por la noche, ¡es

insoportable! Adolf Becher, el gerente, insiste en que se trata de una tubería de agua, pero Arthie cree haber encontrado la verdadera razón.

—¿Y cuál sería? —preguntó Julia.

—Un fantasma, naturalmente. —Doyle se aclaró la garganta—. Mi teoría es que alguien fue emparedado vivo en el Cobenzl hace mucho tiempo. Era una forma de castigo muy popular entre los antiguos nobles. En Escocia tenemos muchos palacios y castillos donde se escuchan golpes. A menudo son almas desgraciadas que han quedado atrapadas. He oído hablar de un caso en Canterbury…

Llegó el camarero con el primer plato, mejillones del Danubio en salsa de vino blanco, y Doyle enmudeció.

—Las almas desgraciadas no tienen por qué estar muertas —comentó Julia al cabo de un rato mientras apartaba las conchas vacías—. Creo que deberíamos ocuparnos más de las vivas.

—No le falta razón, *madame* —dijo Doyle mientras se limpiaba con la servilleta un resto de salsa en el bigote—. ¿Piensa en alguna en particular?

—Pienso, por ejemplo, en los muchos pobres, gente sin hogar y trabajadores mal pagados que malviven ahora mismo en las calles de Viena mientras nosotros estamos sorbiendo conchas de mejillón.

Leo miró al techo. ¿Qué se proponía Julia? ¿De verdad quería discutir con un dandi británico y su madre, que no había trabajado en su vida, sobre las precarias condiciones laborales de la clase obrera vienesa?

—Habla usted como si fuera una militante socialdemócrata —dijo Wilhelmine, pronunciando la última palabra como si hubiera abierto un mejillón en mal estado.

—¿Qué habría de malo en ello? —replicó Julia sonriendo.

—En fin…, ¿qué tenemos de segundo? —intervino Leo en un intento de cambiar otra vez el rumbo de la conversación—. Me muero de hambre.

—Si fuera por tu acompañante, probablemente resentimiento y política —observó sarcástica su madre.

Doyle levantó la mano e intervino:

—No creo que las ideas de la socialdemocracia alemana sean malas en absoluto. Pero son teorías. Echo de menos la práctica…

—La práctica es, por ejemplo, encerrar a niños sin hogar en orfanatos y que a nadie le importe si desaparecen —dijo la joven.

—Julia, te lo suplico… —le pidió Leo—, no es momento de hablar de eso…

—¿Por qué no, inspector? —Doyle bebió un sorbo de vino—. Suena a caso nuevo, y siempre será más interesante que hablar de política así en abstracto. —Le guiñó un ojo a Julia—. Como sabrá, soy

escritor de novelas policíacas, así que, ¡adelante, cuéntenos! Quizá encuentre material nuevo, algo así como los Irregulares de Baker Street, ese grupo de niños de la calle que colaboran con mi personaje Sherlock Holmes, que en paz descanse. ¿De qué se trata?

—En realidad, es sobre el orfanato del distrito quinto…

—Julia, por favor… —lo intentó Leo de nuevo, pero su madre le hizo un gesto con la mano.

—¡Cállate, Leo! Ahora quiero escuchar toda la historia. —Se volvió hacia Julia—. Entonces, ¿qué pasa con esos niños desaparecidos?

Julia empezó a relatar en voz baja. Leo tuvo que admitir que no solo era una buena narradora, sino que, además, se ceñía a los hechos. Cuando terminó, la joven ya se había ganado a Wilhelmine, que se secaba las lágrimas con la servilleta.

—Dios mío, ¡qué horror! —dijo su madre—. Si de verdad ese tipo tan espeluznante anda suelto y se lleva a los niños, ¡habrá que hacer algo! —Se volvió hacia su hijo—. Pondrás freno a esto, ¿verdad?

—No es tan sencillo —trató Leo de eludir la respuesta—. Quiero decir que de momento solo son conjeturas…

—¡No te he educado para eso! ¡Leo, trabajas en la policía y luchas para que se haga justicia!

—Estoy de acuerdo —coincidió Doyle.

—Sí, pero la realidad de la vida policial no tiene nada que ver con una novela policíaca —murmuró Leo embocando su copa de vino—. Hay que llevar a cabo interrogatorios, establecer cadenas de pruebas, realizar turnos de vigilancia… Lleva un tiempo.

—A propósito de la vigilancia —dijo Julia—, hasta que la policía no intervenga, tenemos previsto hacer guardias por nuestra cuenta frente al orfanato, Leo, yo y un par de… amigos.

—*Great*! ¡Una idea excelente! —exclamó Arthur Conan Doyle dando un golpe sobre la mesa, lo que hizo que algunos de los clientes se volvieran de nuevo hacia ellos—. Una pequeña comunidad que se conjura para interponerse en el camino del mal. ¡Así es como debe ser! ¡Así se atrapa a los villanos! ¿Sería aventurado por mi parte preguntarles si puedo unirme al grupo?

—¿Unirse…? —Leo casi se atragantó con el vino—. ¿Quiere venir a vigilar el orfanato?

—¡Oh, sí, Arthie! —Wilhelmine aplaudió—. ¡Qué idea tan maravillosa! ¡Y emocionante! Me encantaría ir también con vosotros, pero no creo que mis nervios puedan soportarlo.

Arthur Conan Doyle levantó su copa.

—¡Brindemos, pues, por nuestro *Club of the Three Investigators*!

Cuando llegó el segundo plato, un pato glaseado relleno de frutas de la huerta, Doyle ya estaba elaborando un detallado plan de

guardias. Leo pidió una tercera botella de vino. Había decidido que no celebraría la velada sobrio.

Esta vez, Alex estaba despierto.

No había probado ninguna de las delicias que le había traído el Nachtkrapp. En vez de eso, las había escondido en la caja de juguetes. Se había pasado el día esperando a que llegara su verdugo y estremeciéndose al menor ruido.

Habían transcurrido dos días desde que el hombre había arrastrado algo al calabozo. Algo que Alex supuso que era otro niño. Desde entonces había vuelto de vez en cuando, y se oían ruidos de raspaduras y martillazos un poco más lejos, una vez incluso un chapoteo, como si arrojaran un objeto grande a una pila de agua. El hombre siempre acompañaba su trabajo silbando una melodía que Alex ya sabía que era una estúpida canción infantil.

«No salgas, pequeño Pinzga... Que afuera cae el día...»

Las palabras le parecían una burla. ¿Qué monstruo era ese que lo tenía allí encerrado?

Quienquiera que fuese, Alex había decidido defenderse.

Bajo la manta tenía agarrado el orinal, que estaba lleno de su propia orina casi hasta el borde. La había ido acumulando en tazas y recipientes durante los últimos días. Apestaba a horrores y el muchacho sabía que podía escocer mucho si entraba en contacto con los ojos. Él mismo lo había experimentado en una ocasión, cuando la banda de Jossi lo había sumergido en un barreño lleno de pis. Había sido una prueba de valor y Alex había logrado superarla. Pero después no pudo ver nada durante un buen rato, y los demás tuvieron que ayudarlo a enjuagarse el corrosivo líquido de los ojos.

Lleno de rabia, Alex se mordía los labios mientras esperaba en el duro y maloliente camastro. Se acabó, ya no iba a tener miedo, no iba a rendirse sin defenderse.

Lanzaría el orinal repleto a rebosar directamente a la cara del monstruo.

El monstruo era humano, Alex estaba seguro de ello, y a un humano se le podía engañar. Si conseguía que, aunque solo fuera por un instante, el Nachtkrapp no viera nada, quizá tendría una oportunidad. La puerta de la celda tenía un pestillo en el exterior. Si lograba esquivar al hombre y salir al pasillo, podría bloquear la puerta desde fuera. Ese era el plan...

Pero ¿y si no funcionaba?

Le temblaban las manos. Pensaba en su padre, al que había visto demasiado poco en los últimos años. Se acordó de una larga conversación que había mantenido con él en el cuarto de los juguetes. Su padre había visto los soldaditos de juguete que Alex había dispuesto formando un pequeño ejército. El general con sombrero de

tres picos, a lomos de un corcel, se encontraba un poco alejado, encima de una caja.

«¿Ese eres tú?», le había preguntado su padre señalando la solitaria figurita de estaño. Alex asintió en silencio y, acto seguido, el padre cogió al general y lo colocó entre sus soldados.

«Un verdadero cabecilla tiene que demostrar valentía, no puede agazaparse en una caja», fue la respuesta de su padre.

Jossi era un cabecilla así, y Alex también lo sería, valeroso, siempre al lado de sus soldados. Si Sepperl o Jossi también estaban presos allí, Alex los liberaría, escaparían juntos, y entonces...

Se oyeron pasos en el pasillo y Alex se quedó helado. Sintió un tirón en la vejiga; casi se mea encima del miedo.

«¡Ahí viene! ¡El Nachtkrapp ya está aquí!»

Bajo la manta, Alex agarró con fuerza el orinal y cerró los ojos. El pestillo se abrió y se oyeron pasos en la estancia.

Tap... tap...

Se escuchó el ruido de una bandeja, después se hizo el silencio. Probablemente, el hombre estaba ahora justo delante de Alex. El muchacho emitió un gemido, como si tuviera una pesadilla, y se revolvió un poco. Había entreabierto el ojo derecho y a través de la rendija de los párpados pudo ver que el hombre se inclinaba hacia él, casi con ternura, extendiendo la mano, como si quisiera acariciarle la mejilla.

—Chsss —hizo el hombre—, no tengas miedo, mi pequeño...

En ese preciso instante, Alex apartó la manta y lanzó con fuerza el orinal rebosante contra el Nachtkrapp. El líquido amarillo y corrosivo describió un arco y alcanzó un lado de la cara del hombre, que, sorprendido y furioso, empezó a gritar. Alex saltó de la cama y corrió hacia la puerta, que estaba a unos pocos pasos de distancia.

Su mano estaba a punto de asir el picaporte cuando el hombre lo agarró por el hombro y tiró de él. Se oyó entonces un gruñido que ya no parecía humano. Alex olió su propia orina, que goteaba de la ropa del hombre. El Nachtkrapp lanzó al muchacho al suelo y le propinó un golpe que le hizo doblarse sobre sí mismo como una muñeca. Un segundo golpe le alcanzó en la cabeza. Fue como si una ola negra lo sepultara.

—Niño malo —se oyó la voz del Nachtkrapp—. Niño malo... y travieso.

La voz sonaba extrañamente impersonal y entrecortada, como si las palabras estuvieran siendo tecleadas, una tras otra, como signos telegráficos sobre la retina de Alex.

—Puede que tengamos que examinarlo más de cerca. ¡Oh, sí, ya lo creo! ¡Niño malo y travieso!

Unos dedos grandes y callosos se deslizaron por la cara y la

cabeza de Alex, palpándole las sienes, la frente y las cejas, mientras el muchacho iba perdiendo la consciencia.

—*Os parietale, frontale, occipitale*... —siguió hablando la voz débil, como si mascullara un antiguo conjuro—. *Maxilla, mandibula*...

Y entonces Alex perdió el sentido.

XVII

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Uno de los fenómenos fantasmales más conocidos es el del espíritu golpeador, también conocido como «poltergeist». Lo encontramos en todas las culturas del mundo. Se trata de un espíritu invisible que se dedica a llamar la atención dando golpes, emitiendo ruidos, arrastrando muebles o, incluso, haciendo volar objetos. Siempre actúa en un único lugar y suele tener su origen en una muerte violenta. En ocasiones estos fenómenos van de la mano con casos de estafas.

En 1847 tres hermanas de California, conocidas como las Hermanas Fox, dijeron que en el sótano de su casa había enterrado un buhonero asesinado y que podían oír sus golpes desesperados. Durante las décadas siguientes, las hermanas hicieron gala de sus capacidades espiritistas en unas lucrativas giras que las llevaron hasta Europa. Hace pocos años, dos de ellas admitieron que los ruidos los producían ellas con los tobillos.

Leo estaba delante del orfanato de la Laurenzgasse y oía a través de los cristales de las ventanas las voces apagadas de los niños y alguna risa ocasional. Era domingo por la mañana temprano. Contemplaba el viejo edificio de varias plantas y el barracón situado al lado. A diferencia de lo que había explicado Anna, ninguna de las dos construcciones inspiraba mucho miedo, y el jardín incluso causaba una bonita impresión, quizá solo le faltaban algunos cuidados. La hiedra crecía en los muros de ladrillo.

Se preguntó por enésima vez qué estaba haciendo allí: seguir una pista salida de la imaginación desbordada de una niña asustada que decía que un Nachtkrapp se llevaba a los chicos malos, como en los cuentos para asustar a los niños. ¡Vaya disparate! De acuerdo, la vida en un orfanato como ese no debía de ser agradable. Sentía lástima por esos niños y, seguramente, algunos de ellos recibían palizas o sufrían otro tipo de castigos crueles. Pero lo que Anna había contado era algo muy distinto. ¿Una especie de monstruo que cazaba a niños y del que, al parecer, habían sido víctimas tanto Jossi como el desaparecido hijo

de los Czerny y su amigo Seppi?

Julia le había dado las fotografías de los chicos que había recibido de las dos madres tan dispares. Leo las había analizado con detenimiento. El simple hecho de que los dos muchachos hubieran vivido experiencias comunes ya le parecía absurdo. Alex Czerny venía de buena familia, era guapo y atlético, mientras que el otro, hijo de una criada, con hidrocefalia y dientes salidos, parecía sufrir alguna clase de retraso. ¿Qué tenían que ver el uno con el otro? Y, sobre todo, ¿qué tenían en común con el asesinado Jossi, quien por lo visto había sido el cabecilla de una pandilla de niños abandonados? Probablemente, que los tres eran niños, nada más. Pero Leo había prometido a Julia que iría a echar un vistazo. Y tenía que reparar el daño que le había hecho. Además, no quería que ella confiara en ese chupatintas de Sommer más de lo que confiaba en él.

«Así que vamos a aclarar esto de una vez por todas...»

Estaba tirando del cordel del timbre cuando le llamó la atención un personaje al otro lado de la calle. Se había calado el chambergo de ala ancha a la altura de las cejas y ahora se acercaba a Leo, intentando pasar lo más desapercibido que podía.

—Buenos días, señor Rothmayer —saludó Leo con una sonrisa cansada—. Si sigue arrastrando la pierna como un matón de tres al cuarto al que han herido, es muy probable que la guardia del distrito no tarde ni una hora en arrestarlo.

Rothmayer gruñó con desdén.

—Es camuflaje, inspector. Para después tengo preparada una arpillera agujereada y un cesto; pienso disfrazarme de buhonero.

—¿Y por qué no de fulana entrada en años? —preguntó Leo—. ¿O de músico de calle borracho?

—Muy gracioso, me parto de risa —dijo el sepulturero sin inmutarse—. Recuerde que esta tarde a las seis le toca sustituir al señor Doyle. Y después de usted vendrá el señor Sommer.

Leo resopló.

—No se preocupe, no me he olvidado.

Todavía tenía resaca por el vino que había bebido en el restaurante del Hotel Imperial la noche anterior. Arthur Conan Doyle se había convertido, sin que nadie se lo pidiera, en el líder de su pequeño comando de observación. Todo estaba planeado con precisión militar y se había elaborado un plan de turnos para los días siguientes. Doyle también había insistido en que debían mantener a Anna al margen. Y Julia solo estaría de guardia durante el día.

Como nadie respondía, Leo volvió a tirar del cordel mientras Rothmayer lo miraba fijamente.

—La señorita Wolf me ha dicho que ha resuelto usted el crimen del fantasma —dijo el sepulturero, al que por lo visto le parecía la mar

de normal que un matón de tres al cuarto estuviera hablando en plena calle con un inspector de policía—. ¡Felicidades, inspector! Pero ¿no se estará precipitando en sus conclusiones? Es decir, no dudo que Landing pueda haber matado a ese doctor Lichtenstein, pero ¿también a mi amigo Gustl, del Prater? Parece un poco rebuscado, ¿no cree?

—Lo que creo es que cada uno tiene que hacer su trabajo —respondió Leo—. Usted, el suyo y yo, el mío, señor Rothmayer. Si sigue charlando tan alegremente, solo nos faltará poner un cartel que diga «Atención, observadores». —A través de los barrotes de la entrada del orfanato vio que la puerta del edificio acababa de abrirse—. Parece que por fin me dan audiencia —susurró—, así que ¡lárguese!

—Buena suerte, inspector. ¡Y piense en los niños que podría salvar!

El sepulturero se caló el sombrero todavía más por debajo de la frente y se alejó cojeando. Poco después, un tipo alto y con aspecto de bruto se acercó a la verja del jardín. Llevaba un traje raído que le iba un par de tallas pequeño.

—¿Qué quiere? —le gritó a Leo.

Leo mostró su insignia.

—Soy Karl Kramer, de la Jefatura de Policía de Viena, sección segunda. Quisiera hablar con la dirección del orfanato.

Había decidido no dar su verdadero nombre. Si Leinkirchner se enteraba de que estaba investigando el caso del joven Czerny a sus espaldas, se armaría la de Dios es Cristo.

El gigantón miró con desconfianza la insignia de fieltro y abrió la puerta a regañadientes.

—En ese caso, adelante —refunfuñó—. Ahora hay clase. La señorita Wildmoser está enseñando etiqueta y urbanidad, así que tendrá que esperar.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Leo.

—Vaya pregunta —se mofó el tipo—. Pues hasta que la señorita acabe.

«Tú sí que necesitas un curso completo de urbanidad», pensó Leo mientras seguía al antipático personaje a través del jardín. Pasaron por delante del barracón y llegaron al edificio del orfanato, donde, justo en la entrada, a mano derecha, había un habitáculo estrecho con paredes revestidas de tablones que parecía un despacho. Estaba repleto de archivadores y estantes, y sobre una mesa rebosante de papeles había un flamante teléfono montado en una caja de madera de nogal pulida. Un hombre de barba poblada y descuidada que estaba sentado junto al aparato hizo desaparecer una botellita debajo de la mesa cuando Leo entró. El lugar olía a polvo, cera para suelos y licor dulzón.

—Este tipo es de la policía —explicó el gigantón—. Quiere hablar con la jefa.

El hombre de la barba, que llevaba puesta una especie de bata de conserje, escrutó a Leo con ojos enrojecidos y lagrimosos.

—¿Para qué, si se puede saber? —preguntó con voz arrastrada.

—Eso se lo diré a su jefa, no a usted —respondió Leo—. Dese prisa, por favor. No tengo todo el día.

El hombre eructó detrás de su mano y se levantó pesadamente de la silla.

—Voy a avisarla. Espere aquí mientras tanto. —Miró a su voluminoso compañero—. Tú quédate aquí y échale un ojo.

Cuando el barbudo salió del pequeño despacho, Leo olió el tufo de alcohol y arrugó la nariz asqueado.

El gigantón se cruzó de brazos y se quedó mirando a Leo con el gesto torcido. Mientras tanto, el inspector fue paseándose por la pequeña estancia observando los archivadores y las carpetas. Las etiquetas no le decían gran cosa. Obviamente se trataba de registros de nombres. Leo se preguntó cuántos niños sin hogar se habrían alojado allí. Desde luego, ese establecimiento no tenía capacidad para atender por sí solo a todos los mocosos pobres que rondaban por las calles de Viena. Se fijó en uno de los archivadores y tiró de él para estudiarlo con más detenimiento. Tenía una inscripción en el lomo: «Niños con necesidades educativas especiales».

—¡Eh, no se toca! —gruñó el tipo.

—¿Sabe hablar también formulando frases completas? —dijo Leo devolviendo el archivador a su posición en la estantería. El gigantón seguía observándolo en silencio.

—Está bien, Ruppert —sonó de repente una voz detrás de Leo—, puedes retirarte.

Cuando Leo se volvió, vio a una mujer de unos cincuenta años vestida completamente de negro. Tenía una expresión amargada y sus labios eran delgados y pálidos. Iba encorvada y se apoyaba en un bastón nudoso. Leo no pudo evitar preguntarse si también lo utilizaría para golpear a los niños.

—Annegret Wildmoser —se presentó la mujer—. Soy la directora de este orfanato. ¿Quería hablar conmigo? Espero que no sea otra vez por ese niño desaparecido…

—¿Se refiere a este? ¿A Alex Czerny? —Leo puso la fotografía del niño sobre la mesa. Notó que el gigantón la observaba mientras salía. La señorita Wildmoser miró la imagen por encima.

—Czerny, sí, creo que se llama así. Es de buena familia, por lo que dicen. Todavía no había visto ninguna fotografía, pero me dieron una descripción detallada. —Deslizó la fotografía hacia Leo—. La última vez sus compañeros no creyeron necesario pasarse por aquí.

Mandaron su petición por telegrama y les respondí de inmediato. Alex Czerny no está registrado con nosotros y, por lo tanto, tampoco puede haberse ido de aquí.

—¿Y este muchacho de aquí?

Leo mostró la fotografía del hijo de la criada. La señorita Wildmoser levantó una ceja burlona.

—Un hidrocéfalo, me acordaría de él. No, no hemos tenido a nadie así. —Señaló los archivos a su alrededor—. Créame, tenemos registradas todas las entradas y salidas, y así ha sido desde la inauguración. Casi mil niños en total, y creo que puedo afirmar que conozco muy bien a cada uno de ellos. Sé cuáles son sus puntos fuertes, sus debilidades. Sé quiénes son los más obedientes, los más aplicados y, también, los casos perdidos.

—Si no me equivoco, dirige usted dos establecimientos —dijo Leo, y señaló con el dedo a través de la estrecha ventana enrejada por la que se podía ver el barracón—. El orfanato y el hospicio para niños sin hogar.

La señorita Wildmoser asintió con la cabeza.

—En el orfanato tenemos sobre todo a hijos de madres pudientes que quieren ocultar un hijo ilegítimo. Las familias pagan bien y utilizamos el dinero para financiar el hospicio. —Dejó escapar un suspiro—. Esos mocosos del barracón son un verdadero incordio. La mayoría acaba como sus progenitores, borrachos o prostitutas. ¡Es un círculo vicioso! Pero al menos aquí no están en la calle.

—Nos han llegado noticias de que siguen desapareciendo niños de su hospicio —continuó Leo.

—¿Quién le ha dicho eso? —saltó la señorita Wildmoser lanzando una mirada penetrante y afilada, como la de un ave de presa apuntando a un objetivo lejano.

—Hay padres que lo han denunciado —arguyó Leo encogiéndose de hombros—. Cuando han venido aquí a recoger a sus hijos, estos ya no estaban. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. Al parecer, su archivo no es tan perfecto, después de todo.

—¡Bah! ¡Eso son insinuaciones infundadas! Solo es gente que empina el codo y a la que le gusta darse humos ante la prensa. Y por supuesto que hay niños que se escapan a pesar de que aquí los tratamos bien. —La mujer resolló de rabia—. ¿Sabe siquiera con quién tenemos que lidiar aquí? Pequeños ladrones y atracadores, ¡y los hay que con doce años ya han cometido su primer asesinato! Hace poco, uno de ellos casi apuñala por la espalda a uno de mis celadores. Será mejor que se asegure de que el ayuntamiento nos asigne más fondos antes de seguir vertiendo acusaciones infundadas, inspector. —Sacó su reloj de bolsillo y miró la hora—. Ahora, si me disculpa de nuevo, en nada serán las nueve. Tengo que subir a dar clase de bordado y

costura a las niñas del orfanato y no quiero hacerles esperar.

—Una última pregunta —dijo Leo—. ¿Le dice algo el Nachtkrapp?

Formuló la pregunta de manera intuitiva y con naturalidad. La reacción de la señorita Wildmoser fue muy interesante. Por primera vez, Leo tuvo la impresión de que la coraza de aquella mujer se debilitaba.

—¿El… Nachtkrapp? —reaccionó ella con algo de dilación; Leo notó un destello en sus ojos—. ¿A qué se refiere?

—Sí, ya sabe, a ese personaje que se utiliza para espantar a los niños —dijo Leo con indiferencia—. Me pregunto por qué los de su orfanato le tienen tanto miedo.

—¿Quién le ha contado semejante estupidez? —protestó la señorita Wildmoser apretando los dientes. Sus dedos se aferraban al mango de su bastón nudoso como si quisiera estrangularlo.

—Comprenderá que no pueda confiarle ningún detalle relativo a la investigación.

—Pues escúcheme bien, inspector… ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Kramer, Karl Kramer.

—Inspector Kramer, da igual quién se lo haya dicho, solo son tonterías que cuentan los niños, nada más. —La señorita Wildmoser había recuperado el control de sí misma—. Puede que mis celadores mencionen de vez en cuando al Nachtkrapp, pero solo es para asustar, pues funciona a las mil maravillas con los pequeños; es más efectivo y menos doloroso que la vara. Pero eso no significa que sea real. —Sonrió con rigidez—. ¿O de verdad piensa que en el orfanato hay una aparición haciendo de las suyas?

—Por supuesto que no —respondió Leo.

—Entonces nos hemos entendido. Por lo demás, espero que vuelva en otro momento con argumentos más sólidos. Soy la primera en querer que este asunto se aclare. Hasta que eso suceda, creo que los dos tenemos muchas cosas que hacer. Que tenga un buen día, inspector. Ruppert lo acompañará a la salida.

Mientras el gigantón de rostro feroz sacaba a Leo del despacho y lo conducía a la puerta del jardín, Leo pensaba en el breve destello en los ojos de la señorita Wildmoser al hablarle del Nachtkrapp. Y también en el hecho de que, mientras él salía el despacho, la directora del orfanato había cogido de la estantería un archivador muy concreto.

Era el archivador con la etiqueta «Niños con necesidades educativas especiales».

Las últimas notas ásperas se fueron apagando en la estancia y, cuando las cuerdas lanzaron un último lamento, Julia aplaudió.

—¡Maravilloso, Anna! ¡Excelente!

—No ha sido para tanto, señorita Wolf, y usted lo sabe. —Anna bajó el violín con una expresión desafiante en el rostro—. Sonaba como si fuera a estrangular a Luci. Ya ha visto que ha huido nada más empezar.

Efectivamente, Luci, el gato que vivía en la casa de Rothmayer, había desaparecido por la rendija de la puerta al sonar la primera nota. Julia estaba sentada en el duro banco del aposento y tenía en su regazo a la pequeña Sisi, que sonreía animada.

—Nadie nace maestro, Anna. Hay que practicar mucho, y pienso que sonaba... —titubeó—. Bueno, no está nada mal para empezar. De hecho, he reconocido de inmediato que era el quinteto *La trucha*, de Schubert.

—Era la canción del pajarero que canta Papageno...

—Eh..., sí, a esa me refería —dijo Julia haciendo un gesto de disculpa con las manos—. Ya sabes que no soy muy buena para estas cosas...

—Yo tampoco. —Anna bajó la cabeza—. ¡Maldita sea! ¡Nunca aprenderé! Cuando el señor Rothmayer toca parece muy fácil. ¡Pero ese maldito arco hace lo que le da la gana!

—Por lo menos ahora el señor Rothmayer te deja tocar el violín —consoló Julia a Anna mientras trataba de calmar a Sisi, que se movía de un lado a otro en su regazo.

Era casi mediodía y Julia llevaba con Sisi en el Cementerio Central desde primera hora de la mañana. Había prometido a Augustin Rothmayer que vigilaría a Anna mientras él montaba guardia en el orfanato. Después, por la tarde, ella lo sustituiría durante algunas horas.

En un principio, a Anna no le había gustado que la excluyeran de los turnos de guardia, pero cuando Rothmayer le dio permiso para tocar el violín su humor mejoró visiblemente. Julia ya había notado que la muchacha tenía talento la última vez que la vio. Pero para tocar el violín no bastaba con tener talento, había que practicar mucho. Y también hacía falta mucha disciplina, que no era el punto fuerte de Anna. En varias ocasiones, durante su breve actuación, había dado la impresión de que iba a estrellar el instrumento contra el borde de la mesa.

—¿Es un recuerdo de familia? —preguntó Julia para cambiar de tema. Señalaba el violín que Anna sostenía en sus manos.

Mientras tanto, Sisi había saltado del regazo de su madre para jugar con el gato, que había vuelto a la estancia. A Julia le apenaba que la pequeña no pudiera escuchar música, ni que fuera solo una cuerda de violín mal rascada. Mañana tenían su siguiente cita con el médico que le había prometido una posible cura para Sisi. Quizá no todo estuviera perdido por completo.

—El señor Rothmayer recibió el violín de su padre —explicó Anna mirando ceremoniosamente el instrumento—, y este lo recibió de su padre, y el… —Se quedó callada, como si la hubieran sorprendido haciendo algo malo—. No puedo revelarlo. El señor Rothmayer dice que es un secreto de familia.

Julia sonrió.

—Pues si es un secreto de familia, habrá que guardarlo.

Anna se sorbió la nariz y, con sumo cuidado, depositó el violín a su lado, sobre la mesa.

—¿Crees que podremos seguirle la pista al Nachtkrapp?

—No puedo responderte a eso —dijo Julia encogiéndose de hombros—. Lo único que puedo decirte es que estamos haciendo todo lo humanamente posible. Hoy el inspector le ha ido a cantar las cuarenta a esa señorita Wildmoser, y entre todos estamos haciendo guardia en el orfanato. Somos cinco adultos, entre ellos un famoso escritor inglés. Cuando el Nachtkrapp enseñe la patita, lo atraparemos.

Julia se alegraba de que el británico y Leo también formaran parte del equipo. Ayer, cuando acompañó a Leo a cenar con su madre, casi sintió lástima por él. Había notado en su cara que al principio no estaba muy entusiasmado con la idea, pero Julia quiso comprobar si él la iba a apoyar. Y así fue. Es más, se puso de su parte en distintas ocasiones durante la velada y paró en seco los comentarios mordaces de su madre. Pero para ello hizo falta mucho alcohol y Julia tenía ahora la cabeza como un bombo de las veces que Doyle le había rellenado su copa con vino y champán.

—¿Y si el Nachtkrapp no acude? —preguntó Anna.

Julia lanzó un suspiro y contestó:

—Bueno, vamos a esperar. A lo mejor el inspector ya ha averiguado algo, y entonces…

Un ruido llegó del otro lado de la puerta, seguido de un tintineo. Julia se interrumpió sorprendida.

—¿Qué ha sido eso?

Agarró instintivamente a Sisi, como si fuera a protegerla. Al hacerlo, oyó un bufido procedente del exterior.

—Puede que haya sido la gata del administrador —dijo Anna—. Siempre aparece por aquí, a Luci no le gusta nada.

—Ha sonado como si el animal hubiera volcado una de las macetas del alféizar.

Julia fue hasta la puerta. En efecto, fuera de la cabaña había macetas rotas y la tierra para plantar por todas partes. Se agachó para ordenarlo todo un poco. Con el rabillo del ojo le pareció ver un movimiento entre los árboles.

«¡El Nachtkrapp!», pensó, y se estremeció, casi riéndose de su propio miedo. Esas historias de apariciones la estaban trastocando un

poco.

—¿Qué te parece si salimos a dar un paseo? —propuso Julia a Anna cuando terminó de hacer un montón con los fragmentos de macetas y la tierra—. Así nos distraeremos. Puede que después te apetezca seguir practicando.

Anna estuvo de acuerdo. Ella y Sisi se pusieron a jugar entre las tumbas. Se subían a los túmulos de tierra fresca y se escondían detrás de las cruces funerarias. Julia, que seguía a las dos niñas a cierta distancia, sonreía. El Cementerio Central era para ellas un gran patio de juegos. No tenían ningún miedo, ni a los muertos ni a los fantasmas.

Julia las perdió de vista un momento. Justo cuando empezaba a preocuparse, las descubrió en el fondo de una fosa recién cavada. Una escalera descendía hasta los casi dos metros de profundidad que tenía la cavidad. Anna había ayudado a Sisi a bajar y ambas se encontraban junto a un sencillo ataúd de madera. La tapa estaba podrida y astillada. Debajo podían reconocerse partes de un esqueleto.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Julia—. ¡Salid de ahí inmediatamente, eso no es ningún juguete! —Lanzó una mirada severa a Anna—. ¿Has abierto tú el ataúd? No tiene ninguna gracia...

—¡Yo no he sido! —protestó la muchacha—. Ya estaba así. —Frunció el ceño—. Qué curioso. El señor Rothmayer siempre abre las tumbas de diez años cuando hace falta sitio para ataúdes nuevos. Pero este de aquí no es tan viejo. Además, falta algo.

—¿Qué falta? —quiso saber Julia.

—Compruébelo usted misma, señorita Wolf. —Anna señaló el interior del ataúd—. Bueno, en realidad no se ve.

Julia se dio cuenta entonces de lo que Anna quería decir.

Bajo la tapa del ataúd se podía apreciar una caja torácica y huesos de los cúbitos, junto con restos de la mortaja adheridos a ellos. También se reconocían las vértebras cervicales y los huesos de los hombros.

Pero faltaba la cabeza.

—Puede que lo haya hecho algún animal —murmuró Julia mientras seguía mirando el ataúd destrozado.

«Pero ¿qué animal puede tener tanta fuerza? —pensó—. La gata del administrador, seguro que no...»

—El señor Rothmayer se va a poner hecho una furia —dijo Anna—. La semana pasada ya perdió los estribos cuando desapareció una calavera en el sector séptimo.

—¿Ocurre muy a menudo? —preguntó Julia asombrada. Entonces recordó que el sepulturero había dicho algo parecido en su último encuentro en el cementerio.

«La gente gasta bromas con esas calaveras y dice que incluso

pueden hablar…»

—Últimamente, un par de veces —respondió Anna—. El señor Rothmayer cree que son travesuras de niños —se encogió de hombros —, o estudiantes de Medicina que buscan huesos para aprender anatomía.

Julia se estremeció.

—En cualquier caso, no es un espectáculo agradable. Tendríamos que avisar al administrador para que tape la fosa. Y ahora salid de ahí, ¡rápido! Volvemos a la cabaña.

Se le habían ido las ganas de pasear, y las dos niñas también parecían estar tristes y abatidas. Julia pensó en el movimiento brusco de antes en el bosque. No sabía qué la asustaba más.

Que hubiera sido un animal salvaje que rondaba por allí, o un humano.

O ninguno de los dos.

Varias horas después, Leo estaba agazapado en un soportal frente al orfanato. Se sentía como un navajero o un ladrón.

Reinaba la oscuridad. El reloj de una iglesia cercana acababa de dar las diez. Leo solo llevaba puesta su americana de tela fina y tenía frío, probablemente porque llevaba horas sin moverse. Pensó en los agentes que se pasaban la jornada haciendo guardias de vigilancia nocturna. ¡Dios, qué aburrimiento! Además, tenía hambre y sed. Ya hacía tiempo que se había comido el pequeño bocadillo de queso que se había traído. Y, a falta de comida, había fumado demasiado. ¡Lo que daría ahora mismo por tomarse un vaso de absenta con Julia en algún local de Leopoldstadt! Pero en vez de eso estaba aquí, en el distrito quinto, más solo que la una, persiguiendo a un fantasma, un personaje de cuento infantil…

Ya hacía un buen rato que había decidido que su participación en esa tontería acabaría por la mañana. A diferencia del británico Doyle, siempre ávido de diversiones, él no estaba de vacaciones y tenía un montón de trabajo que hacer. La orden de búsqueda contra Richard Landing ya hacía tiempo que se había emitido, Leo había redactado un extenso informe para Stukart y todas las comisarías del país habían sido informadas. El fugitivo, sin embargo, seguía en paradero desconocido. Quizá ya hacía tiempo que Landing estaba huido en el extranjero.

Entretanto, Doyle y la Vanotti ya habían sido informados de la desaparición de Landing y los posibles motivos de su huida. En el cambio de guardia, el escritor le había dicho al inspector que la *signora* estaba hecha un manojo de nervios y que su actuación de esa noche en la ópera había sido cancelada por enfermedad. Al parecer, Maria Vanotti se negaba a creer que su amado Richard estuviera detrás de los asesinatos de Lichtenstein y el fotógrafo Meyerling.

Probablemente Claire Pauly seguiría a su lado para consolarla, pero Leo se preguntaba cuánto tardaría la estafadora en poner tierra de por medio. Tarde o temprano, la norteamericana se daría cuenta de que no podría prolongar su farsa mucho más, sobre todo después de que Leo la desenmascarara.

Apagó el cigarrillo, estiró la espalda cansada y miró desde el soportal hacia el orfanato al otro lado de la calle. Hacía una hora que se habían apagado las últimas luces en el edificio, pero todavía se apreciaba un tenue resplandor en el despacho de la planta baja. De vez en cuando se escuchaban los ladridos de los perros que vagaban por el jardín desde el anochecer. El lacayo gigantón de la directora le había dicho que los tenían para disuadir a los ladrones. Pero Leo sabía que, en realidad, los perros estaban allí para otro fin: evitar que los niños se escaparan.

Aparte de eso, no había pasado nada, absolutamente nada, ni siquiera una ardilla saltando de un árbol a otro. Era finales de agosto, pero había refrescado y el repentino descenso de la temperatura había hecho que se levantara niebla en los callejones.

Con los dedos tiesos por el frío, Leo sacó su reloj de bolsillo. ¡Las diez y cinco ya! El cambio de guardia tendría que haber sido a las diez, y su relevo era justo Sommer. ¡Normal que un mujeriego llegara tarde! De hecho, Leo había pasado las últimas horas dándole vueltas a cómo debía ser su encuentro con Harry Sommer. Julia le había hecho prometer que mantendría la calma y los buenos modales. De acuerdo, lo intentaría, pero no le resultaría nada fácil. Sobre todo teniendo en cuenta que el tipo le había tomado el pelo a la policía, había falsificado como mínimo una fotografía y se había colado con nocturnidad en la Jefatura.

Y esto último era lo que más rabia le daba a Leo.

Para desentumecer los músculos, decidió caminar por delante del orfanato. No podía pasar por allí demasiadas veces, pues llamaría la atención. Pero a esa hora y en ese barrio no había casi nadie por las calles, solo algún viejo borrachín pendenciero o algún pobre trabajador que salía del turno de noche. En las casas vecinas apenas quedaban luces encendidas. Leo se subió el cuello de la americana y empezó a rondar. ¿Dónde se habría metido ese tipo? Casi prefería que Sommer se saltara la guardia, así podría decirle a Julia por la mañana que su viejo amigo del alma se había ido de picos pardos en vez de venir a ayudar, tal como habían acordado.

Justo cuando el reloj de la iglesia tocaba las diez y cuarto, apareció alguien. Leo reconoció de inmediato a Harry Sommer. Llevaba el mismo traje claro que en la cripta, probablemente el único que tenía, y ese ridículo sombrero de paja que le hacía parecerse a un turista renano. Cuando el tipo lo vio, saludó con la mano.

«¿No puede llamar más la atención?», pensó Leo.

Caminó hacia su relevo mirando ostensiblemente la hora en su reloj de bolsillo.

—Un cuarto de hora tarde —dijo Leo, y cerró la tapa del reloj.

Harry sonrió.

—Buenas noches, inspector. Es usted tal y como Julia lo describe.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo me describe?

—Pues como alguien muy muy meticuloso, en todos los sentidos. Un alemán de pura cepa —respondió el reportero con su sonrisa zalamera—. Bonito traje, por cierto. ¿Hecho a medida?

—No tan llamativo como el suyo —replicó Leo con ironía.

De repente sintió que se estaba comportando como un adolescente. El tipo no tenía por qué caerle bien, pero al menos podían tratarse como hombres.

—Si estoy bien informado —continuó Leo con un tono algo más amable—, estará de guardia hasta las cuatro de la madrugada, y entonces vendrá Doyle. Espero que no se duerma durante su turno.

—No se preocupe, no es la primera noche que paso en vela. Además, me he traído una petaca de aguardiente para entrar en calor. Y café, para no dormirme. —Frunció el entrecejo—. ¿Puedo preguntarle algo, inspector?

—Adelante —le instó Leo.

—Toda esta operación, ¿cree que va a servir de algo? ¿O solo lo hace para hacerle un favor a su amada?

—Buena pregunta.

Leo ponderó hasta qué punto debía incluir a Sommer en sus consideraciones.

—Creo que en el orfanato pasa algo raro —dijo por fin—. Cuando he interrogado a la señorita Wildmoser esta mañana, su reacción ha sido un tanto extraña, sobre todo cuando le he preguntado por el Nachtkrapp. Pero de ahí a saber qué relación hay con el hijo de los Czerny y si averiguaremos alguna cosa quedándonos plantados aquí delante... —se encogió de hombros—, no sabría decirle. Y usted, ¿por qué está aquí?

—Supongo que para ver si consigo una buena historia —respondió Harry esbozando una sonrisa—. Ahora que el barón fantasma ha vuelto a su tumba, tengo que encontrar más material. Y los niños desaparecidos siempre funcionan.

—Es repugnante —replicó Leo.

—¿Repugnante? Son precisamente los periódicos como el mío los que combaten las injusticias.

—Combatir injusticias... ¡No me haga reír! ¡Y no se haga el buen samaritano! —Leo señaló con el dedo a Harry—. Solo se dedica a hacer negocios con el miedo de la gente, y punto. Y ya que lo tengo

delante: manténgase alejado de Julia, ¿lo ha entendido? No quiero que la siga metiendo en sus sórdidos asuntos.

—¡El orgulloso caballero andante defendiendo a su amada de las fuerzas del mal! —Harry soltó una risita, pero recuperó la seriedad y, con el semblante enfurecido, añadió—: ¡Conozco muy bien a los tipos como usted! Nunca se han manchado las manos, vienen de buena familia, duermen entre algodones y se creen que pueden decirnos a los demás lo que tenemos que hacer. —Señaló la americana de Leo—. ¿Cómo ha conseguido este traje? Dudo que el sueldo de inspector de la Jefatura de Policía le alcance para pagarlo. ¿Se lo ha comprado su querida mamá? Julia me ha dicho que está de visita en la ciudad. ¿Ya han ido juntos de compras?

—¿Cómo se atreve? —Leo avanzó un paso hacia Harry—. El único motivo por el que no lo enjaulo por fraude e intrusión es porque es un viejo amigo de Julia. ¡Macarra de pacotilla!

Al pronunciar estas últimas palabras, Leo alargó la mano y, sin querer, rozó el ala del sombrero de Harry Sommer. El sombrero voló hacia el suelo y aterrizó en una boñiga de caballo. Harry cerró los puños.

—¡A mí nadie me llama macarra, ni siquiera un inspector de policía! ¡Retire sus palabras ahora mismo y recoja mi sombrero!

—¡Y una mierda! —se mofó Leo y levantó también los puños.

Le gustó decirle cuatro cosas a su rival. Pero, al mismo tiempo, se acordó de un episodio de su vida en el que una discusión similar había desembocado en un duelo a muerte. Leo había acabado con la vida de su mejor amigo en Graz por culpa de una mujer. El recuerdo vívido de las imágenes de aquel momento volvió con fuerza.

«Cinco pasos de distancia… Apunten… Fuego…»

Bajó las manos.

Harry pareció notar el estado de confusión de Leo.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿No tiene lo que hay que tener para una pelea entre hombres? ¡Vamos! ¡No sea gallina!

—Que lo zurzan —murmuró Leo, y se dio la vuelta sin decir nada más.

—¡Eh! —gritó Harry mientras Leo se alejaba—. ¡Mi sombrero!

Leo dobló la esquina y desapareció. La discusión y la perspectiva de un duelo habían despertado en él viejos temores, si bien Sommer no habría sido ni mucho menos capaz de ofrecerle satisfacción. Leo no había podido disparar a nadie desde aquellos días fatídicos en Graz. El mero hecho de sostener un arma en la mano le provocaba temblores y un sudor intenso. Por el momento había conseguido ocultarlo, pero ¿hasta cuándo?

Lo único que quería ahora era irse a casa y descansar, también del trabajo extenuante de los últimos días.

«Y en vez de eso, casi me bato en duelo con un viejo amigo de Julia…»

Seguía caminando cuando un coche de punto surgió de entre la niebla a unos pasos por delante de él. Se apartó para esquivarlo, pero, para su asombro, el carruaje descubierto de un caballo se detuvo no muy lejos.

El vehículo se quedó estacionado junto al muro del orfanato.

Un hombre que vestía un abrigo de largos faldones se bajó del pescante, amarró las riendas del caballo a un poste y se acercó al resquebrajado muro de ladrillos. Leo se dio cuenta entonces de que en el muro había una portezuela. En sus anteriores paseos no había reparado en ella por culpa de la abundante hiedra. Era una puerta estrecha y oxidada, sin más. Leo se ocultó en la penumbra y esperó.

El hombre no parecía haberlo visto. Llevaba una extraña gorra, como de marinero. Se detuvo delante del muro y silbó una melodía.

Poco después, la puerta se abrió causando un chirrido.

Leo reconoció al otro lado la presencia de dos hombres; eran los celadores del orfanato, el tipo barbudo y el gigantón. Entre ambos portaban un bulto alargado que parecía una alfombra enrollada. Al volver a observar el objeto, Leo se dio cuenta de que algo sobresalía de la parte inferior del fardo.

Eran dos pies de niño.

Se le erizó el vello de la nuca. Estuvo a punto de intervenir, pero se contuvo. No llevaba pistola por el motivo ya mencionado, pero también porque hasta ese momento no se había creído la historia del secuestrador de niños. Sin embargo, ahora tenía a tres de esos tipos delante de él. Tras un momento de vacilación, caminó con sigilo hacia la entrada principal, donde seguía Harry Sommer. Este se volvió hacia Leo y, cuando estuvo a punto de hablarle, el inspector se llevó el dedo índice a los labios y señaló detrás de él.

Harry comprendió al momento. Asintió con la cabeza y siguió a Leo. Juntos caminaron a paso rápido a lo largo del muro y se detuvieron en la esquina cubierta de hiedra, desde donde observaron lo que sucedía.

La niebla se había espesado, por lo que los tres hombres no notaron nada extraño. Intercambiaron unas breves palabras susurradas y el tipo del gorro marinero les entregó una pequeña bolsa. Seguidamente, el barbudo y el gigantón arrastraron el cargamento humano hasta el carruaje.

Leo sabía que no podían esperar mucho más. ¿Debían pedir ayuda? Para cuando llegaran los guardias, el coche ya habría desaparecido en la niebla. Para bien o para mal, tenían que actuar por su cuenta. Intercambió una mirada decidida con Harry. Tomaron cada uno un cascote de ladrillos del suelo y se abalanzaron sobre los

hombres.

Tenían el factor sorpresa de su lado. Leo lanzó su piedra contra el tipo barbudo y le dio en la cabeza. El hombre soltó un sonoro grito y retrocedió tambaleándose. El bulto humano cayó al suelo y se oyó un quejido procedente del interior de la tela. El gigantón fue más rápido que su compinche. Esquivó la piedra de Harry y fue hacia él emitiendo un gruñido y tomando impulso para propinarle un gancho largo. Harry esquivó el golpe y pateó a su oponente en la espinilla. Con el rabillo del ojo, Leo vio al tercer hombre, el del gorro marinero, desamarrando apresuradamente del poste las riendas del caballo.

—¡Alto ahí! —gritó Leo—. ¡Policía!

Una sombra se precipitó hacia él. Era el barbudo, que había conseguido levantarse. Leo vio el brillo de una nudillera metálica en el puño del tipo. Levantó las manos para protegerse, pero fue demasiado tarde. La nudillera le alcanzó en la boca y le partió el labio. Notó el sabor de la sangre caliente y devolvió el golpe dándole al barbudo en la boca del estómago, pero justo después el gigantón lo estaba estrangulando por detrás. Lo tenía agarrado con el pliegue del codo y lo levantó de golpe, Leo empezó a revolverse a un palmo del suelo. Veía círculos rojos girando delante de los ojos. Jadeaba, respiraba con dificultad... Se retorció y pateó a su oponente, pero fue en vano, y entonces perdió el sentido. Lo último que vio fue al hombre de la gorra de marinero, con los faldones del abrigo batiendo como las alas de un cuervo, corriendo por el callejón neblinoso... ¿O estaba volando?

«El Nachtkrapp —pensó Leo—. Entonces es de verdad...»

Se oyó un disparo atronador. Casi simultáneamente, Leo dejó de notar la presión alrededor de su cuello y, jadeante, se desplomó.

—*Let him go, now*! —se oyó una voz desde algún sitio—. *Hands up! I won't say it twice*!

Sonó un segundo disparo. Leo consiguió ponerse de rodillas y vio a Harry, que se levantaba a trompicones y se llevaba la mano a la barbilla. El gigantón, que ahora yacía sin vida en el suelo sobre un charco de sangre cada vez mayor, le había asestado un fuerte puñetazo. El barbudo, por su parte, tenía los brazos en alto, y a menos de cinco metros de él se encontraba Arthur Conan Doyle empuñando un revólver humeante.

—He decidido venir a echar un vistazo antes de mi guardia —dijo Doyle entre dientes—. Por deseo de su madre, por cierto —añadió mirando a Leo, que se limpiaba la sangre de los labios—. *Bloody hell*! Parece que he llegado justo a tiempo. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—El..., el niño —gimió Leo—. ¿Dónde está el niño?

Miró a su alrededor y vio en el suelo la lona enrollada. Fue hacia

allí tambaleándose y tiró de la tela. De debajo emergió el rostro de un niño de tez pálida y pelo rojizo. Tenía los ojos cerrados y gemía.

—Emil el Rojo —murmuró Leo—. Como dijo Anna. El Nachtkrapp se lo quería llevar.

—Pero no lo ha conseguido. —Harry se acercó cojeando al carruaje—. Hemos salvado al chico, pero el tercer tipo ha escapado... ¿Qué es esto? —Enmudeció al levantar una especie de saco de lona que había en el suelo del coche. Al abrirlo, exclamó—: ¡Dios santo! ¿Qué demonios...?

Harry dejó caer la bolsa como si se hubiera quemado las manos.

—¿Qué hay ahí dentro? —quiso saber Doyle—. *Tell me*!

Leo se agachó y cogió el saco. Cuando miró el interior, en un primer momento no pudo creer lo que veía. El contenido era de color blanco reluciente. Se acercó entonces a una de las farolas de gas y volvió a mirar. Lo que había visto era real.

En el saco había tres pequeños cráneos humanos, pulidos como bolas de petanca.

Eran claramente cráneos de niños.

Jadeando y respirando a duras penas, el Nachtkrapp corría por las calles de Viena.

Casi consiguen atraparlo, le había ido por un pelo. ¡Vaya fastidio! Y no solo por el hermoso ejemplar que se le había escapado, sino también por el saco de lona y su contenido. ¡Por Dios, no tendría que haberlo llevado con él! Pero esos cráneos le habían parecido tan perfectos, unas verdaderas joyas para su colección. Unos trofeos que habría examinado después.

El Nachtkrapp avanzaba tambaleándose por las oscuras y neblinosas callejuelas, gimoteando y maldiciendo al darse cuenta de que se le acababa el tiempo. ¡Ese estúpido inspector! Tendría que haberse deshecho de él mucho antes. Siempre metiendo la nariz donde no debía, y ahora incluso había estado en el orfanato con otros hombres. ¿Qué hacía allí?

¿Había sacado ese joven las conclusiones correctas? ¿Cómo lo había descubierto? Siempre había actuado con cautela y nunca lo habían seguido. Y ahora que tenía la colección casi completa, ¡va y le toca huir como una liebre! Era tan... ¡humillante! Una ira infinita lo invadió. ¡Él era el Nachtkrapp! ¡La gente debía temerlo, huir de él! Esta visión siempre lo había hecho fuerte, le había hecho olvidar las ofensas y los tormentos del pasado. En sus sueños volaba sobre Viena, invencible, como un cuervo de dimensiones monstruosas que de vez en cuando descendía en picado para atrapar alguna presa.

«Niños malos... Niños traviesos...»

Algún día le entenderían. Alguien muy especial le comprendería y todo iría bien.

Pero todavía quedaba mucho trabajo por hacer.

Recordó que quedaba un niño. Hasta ahora le había perdonado la vida. No solo eso, incluso lo había cuidado, obsequiado con juguetes y golosinas, le había dado… amor. Porque en ese niño se veía a sí mismo. Sin embargo, era como todos los demás: le había empapado de orina y se había burlado de él.

«Niño malo, niño travieso… Me he equivocado contigo. ¡Estoy seguro de que me he equivocado contigo, y pronto lo sabré! ¡Niño malo, niño travieso!»

El Nachtkrapp aceleró el paso y volvió a silbar la vieja melodía.

«No salgas, pequeño Pinzga…»

XVIII

—Estoy algo perplejo, inspector. ¿Está seguro de que no quiere añadir nada más a su informe?

Moritz Stukart volvió a limpiar los cristales de sus quevedos, se los ajustó en la nariz y escrutó a Leo, que estaba sentado frente a él. Era lunes por la mañana temprano y el despacho del jefe superior de policía olía a café recién hecho. Junto a Leo, Paul Leinkirchner bullía como un volcán a punto de entrar en erupción. El inspector jefe mascaba la punta de su puro y acompañaba los comentarios de Leo con ocasionales resoplidos sarcásticos.

—Es tal como se lo digo —repitió Leo—. Recibí un chivatazo...

—De ese periodista... —reiteró Stukart.

—Sí. El tipo me conocía porque cubría la información del caso Lichtenstein. Por lo visto le dijeron que en el orfanato pasaba algo raro y decidió ir a investigar por su cuenta.

—¿Y usted va y se reúne allí con él sin decírselo a sus compañeros? —preguntó Paul Leinkirchner tratando de contenerse—. ¿Los mismos compañeros que están llevando el caso de los niños desaparecidos en ese distrito?

—Yo... Bueno, decidí ir yo solo a echar un vistazo. Quería asegurarme de que no se tratara de un bulo.

—¡Por el amor de Dios, Herzfeldt! ¡No puede actuar por su cuenta! Es usted un irresponsable, ¿me oye? ¡Un irresponsable! —estalló finalmente Leinkirchner. Se sacó el puro de la boca y apuntó con él a Leo como si fuera a apuñalarlo—. ¡Mírese, maldita sea! ¡Lo han apaleado como a un simple camorrista! Ni siquiera llevaba su pistola. Y encima ha tenido que venir un británico a socorrerlo. ¡Un británico! ¿Es que la policía de Viena ya no es capaz de resolver por su cuenta un caso así?

—Parece que no —murmuró Leo tocándose el labio inflado, que aún le dolía.

—Tampoco entiendo muy bien lo de ese turista británico —intervino Stukart—. Por lo que he oído, es un escritor de novelas policíacas muy conocido; tampoco es que me interese mucho ese tipo de lectura. Lo hemos interrogado en calidad de testigo y ha dicho que conocía a su madre, inspector.

—Esto..., sí, fugazmente —apuntó Leo—. Solo fugazmente.

—Y se presenta por casualidad en el lugar de los hechos... Mmm... —Stukart parecía que perforaba a Leo con la mirada—. Bueno, sea como fuere... —prosiguió el jefe superior de policía arrastrando las

palabras—, tenemos que estarle agradecidos. Probablemente le salvó la vida, inspector, la suya y la de ese reportero. Y también la del niño al que iban a secuestrar. Lo habían anestesiado con éter, según ha informado el médico, pero ya se encuentra mejor. —Empezó a enumerar con los dedos—. Uno de los esbirros ha muerto del disparo en defensa propia del británico; el otro todavía no ha abierto la boca y el tercero, por desgracia, ha escapado. Lo que nos lleva al regalo que dejó en la escena del crimen…

Stukart metió la mano debajo de la mesa y sacó la bolsa de lona, de cuyo interior extrajo, con las puntas de los dedos, uno de los tres cráneos brillantes.

—Por el tamaño, es evidente que pertenecen a niños —dijo el jefe superior sacudiendo la cabeza con aversión—. ¿Cómo se explica esto? ¿Por qué llevaba el tipo semejante cargamento?

—Lo ignoro —dijo Leo—. Lo único que sé es que siguen desapareciendo muchachos del orfanato, sobre todo durante este año. El reportero también fue a ver a la madre de Alex Czerny, y más o menos confirmó que su hijo se juntaba con los chicos de la calle del distrito quinto. Y, al parecer, el hijo de su criada también formaba parte de ese grupo. Entre los chicos corre la voz de que ha sido el Nachtkrapp, ya sabe, ese personaje al que recurren los adultos para asustar a los niños que no se portan bien.

—¡No diga tonterías, por Dios! —saltó Leinkirchner—. El tipo es de carne y hueso, probablemente un lunático. Y está haciendo negocios turbios con el orfanato. Pronto sabremos más cosas, mis hombres se llevaron anoche a la señorita Wildmoser a la sala de interrogatorios. Ahora mismo iré a ver qué cuenta.

—Interesante… —dijo Leo—. Hasta hoy usted pensaba que lo del orfanato era una pista falsa.

—¡Esto es muy distinto!

—¿Y el carruaje? —preguntó Leo para redirigir la conversación. No tenía ningún sentido discutir con Leinkirchner; solo le traería problemas, y ya tenía más que suficientes.

Stukart se encogió de hombros.

—El carruaje no nos aporta nada. Fue robado cuando su conductor hizo una pausa para tomar un café en la Schwarzenbergplatz. Típico de los cocheros, sobre todo cuando perfuman su café con demasiado licor de cereza. Pierden la noción del tiempo y, cuando salen de la taberna, el coche ya ha desaparecido.

—Tenemos los cráneos —dijo Leo en voz baja—, cráneos de niños. —Miró el cráneo bruñido que había sobre la mesa, frente a él, y se estremeció—. ¿Está pensando lo mismo que yo, señor?

—¿Que el tipo se lleva a los niños por los cráneos? —Stukart aspiró con los dientes apretados—. Es muy retorcido, pero llevo unos

cuantos años en la Jefatura y sé que no podemos descartar nada. Nada en absoluto.

Pensativo, tamborileó con las yemas de los dedos sobre el tablero de la mesa.

—Está a punto de cerrar el otro caso, ¿no es cierto, Herzfeldt? —cambió de tema Stukart—. Ya sabe que para mí es muy importante que quede resuelto.

Leo asintió con la cabeza.

—He ordenado la búsqueda y captura de Richard Landing. Ahora solo resta esperar.

—Pues puede esperar ayudando a su compañero Leinkirchner con la investigación del orfanato.

El inspector jefe volvió la cabeza.

—¡De eso, ni hablar! ¡No voy a consentir que...!

—Paul, ¡escúcheme bien! —La voz del jefe superior Stukart adquirió un tono enérgico. Conocía a Leinkirchner desde hacía mucho tiempo, pero rara vez se dirigía a él por su nombre de pila—. ¡Estoy muy harto de sus quejas! Aquí todos somos compañeros y trabajamos codo con codo. Ahora mismo, el inspector Herzfeldt tiene tiempo y, al parecer, por el motivo que sea, dispone de un cierto... conocimiento previo sobre su caso. Así que haga el favor de colaborar. ¿O prefiere decirle al director general de la policía que no estamos haciendo ningún progreso en el caso Czerny porque dos de mis hombres prefieren pelearse como niñas celosas?

—No está del todo claro que haya alguna relación entre el joven Czerny y los niños del orfanato —rebatió desafiante Leinkirchner.

—¡Pues aclárelo, por el amor de Dios! ¡Y háganlo juntos! Y ahora, desaparezcan de mi vista, ¡los dos!

Se levantaron y, cuando cruzaron la puerta para salir del despacho, Stukart llamó a Leo.

—Quisiera hablar con usted un segundo, Herzfeldt.

Mientras Leinkirchner fumaba su puro en el pasillo, el jefe superior miró a Leo con expresión seria y le dijo en tono amenazador:

—¿Se cree que me chupo el dedo? No sé qué juego se lleva entre manos, pero sí sé que no nos está diciendo toda la verdad.

—Créame, señor, tengo mis razones —trató de aclarar Leo con voz quejumbrosa. Se cuidaría mucho de explicar a Stukart que Julia se había dedicado a investigar por su cuenta y sin autorización—. Pero le aseguro que es por el bien del cuerpo de policía de Viena.

Stukart guardó silencio un momento.

—¿Está seguro de que el autor de la muerte de mi amigo ha sido Richard Landing? —preguntó al cabo—. ¿El pianista?

—Todos los indicios apuntan a él —dijo Leo—. Creo que tenemos a nuestro hombre.

Stukart respiró aliviado.

—¡Gracias, Herzfeldt! Ha prestado un servicio excelente, no solo para mí, sino para todo el cuerpo. Y en cuanto a la otra cuestión..., bueno, ¡no se hable más! —Stukart recuperó la sonrisa—. Salude a la señorita Wolf de mi parte. Tal vez pueda conseguirles entradas para la ópera. Sabía que podía confiar en usted. *Mazel Tov*! Y ahora, échele el gancho a ese toro desbocado que tiene en el pasillo.

La sala de interrogatorios se encontraba en el sótano de la Jefatura. No era un lugar que a Leo le gustara especialmente. La única luz natural provenía de una deslucida claraboya y su mobiliario se reducía a una mesa atornillada al suelo y a unas cuantas sillas. Paul Leinkirchner estaba convencido de que una atmósfera deprimente hacía que los sospechosos tardaran menos en hablar. Pero también hacía que a los compañeros tampoco les gustase pasar mucho tiempo allí. Encima, en los sótanos no había café.

Leo y Leinkirchner bajaban las escaleras hombro con hombro y en silencio.

—Tengo que darle las gracias —dijo Leo al cabo de un rato.

—¿Perdón? —Leinkirchner se detuvo. No se esperaba esas palabras.

—Bueno, por no contarle a Stukart lo de la señorita Wolf. Ya sabe, lo del periodista...

—Puede que lo haga —refunfuñó Leinkirchner—, pero no creo que sirva de mucho.

—¿A qué se refiere?

El inspector jefe se echó a reír.

—¿Me toma por idiota? Stukart es judío, como usted. Se apoyan el uno al otro, por eso le dio a usted el caso Lichtenstein. Y ahora los acabo de ver confabulando otra vez. —Hizo un gesto de desprecio con la mano—. En el fondo, me alegro de no tener nada que ver con sus chanchullos judíos. Yo me limito a hacer mi trabajo, y punto. No me interesa lo que hagan a escondidas.

Leo se encogió de hombros.

—Lo que usted diga —murmuró con desgana. En realidad habría contado a Leinkirchner más cosas sobre sus averiguaciones acerca de las conexiones entre Alex Czerny y la pandilla de Jossi, sobre el hijo discapacitado de la criada, sobre las condiciones del orfanato... Pero si Leinkirchner no quería cooperar y lo increpaba por su origen semita...

«No te preocupes, que el judío mantendrá su boquita cerrada.»

Paul Leinkirchner se adelantó con paso cargado y pronto llegaron a la sala de interrogatorios, donde los saludó un guardia que vigilaba junto a la puerta. Leinkirchner se volvió de nuevo hacia Leo y le dijo:

—Aquí dentro mando yo, ¿entendido? Si tiene alguna queja, vaya a llorarle a Stukart.

La señorita Annegret Wildmoser estaba sentada a la mesa. Al igual que en el orfanato, llevaba un vestido de tonos negros y grises, y por su cara colgaban varios mechones que se habían desprendido de su apretado moño. Tenía la espalda erguida, como si se hubiera tragado un palo de escoba. La tez pálida y unas profundas ojeras le hacían parecer más mayor de los cincuenta años que tendría. Leo se preguntó cuánto tiempo llevaría sentada en esa postura. Sin saludar, Leinkirchner se dejó caer en una de las sillas, sacó una pequeña bolsa de piel y la depositó sobre la mesa, entre él y la señorita Wildmoser.

—¿Qué es esto? —preguntó él.

Annegret Wildmoser se encogió de hombros.

—Dígamelo usted.

El inspector jefe desanudó el cordón de piel y vació el contenido de la bolsa. Unas monedas de plata rodaron tintineando sobre el tablero. Eran piezas antiguas con distintas acuñaciones, algunas de la época de la archiduquesa María Teresa.

—El fugitivo las entregó a sus dos celadores, supuestamente como pago por secuestrar al muchacho.

La señorita Wildmoser apretó los labios.

—No sé de qué me habla, tendrá que preguntárselo a ellos. Yo solo hago mi trabajo. Es probable que esos dos se hayan ganado algún sobresueldo con ello…

—Extraño sobresueldo —intervino Leo haciendo rodar una de las viejas monedas de plata entre los dedos—. Me pregunto si nuestro hombre habrá descubierto algún tesoro enterrado. No es el medio de pago más sencillo de canjear, para eso hay que acudir a un perista, o bien fundir las monedas…

—¡Dios santo! ¡Ya le he dicho que no sé de qué me habla!

—¡Y una mierda! —gruñó Leinkirchner—. Lo que quiere es culpar de todo a sus dos esbirros para poder irse de rositas.

—Hemos interrogado al superviviente —volvió a hablar Leo, lo que le hizo ganarse una mirada fulminante de Leinkirchner—. Un tal… —hojeó los informes que habían traído del despacho de Stukart— Nikolai Trevic, natural de Bosnia. Nos ha dicho que usted ordenó el secuestro.

La señorita Wildmoser sonrió fríamente y dijo:

—¿Cree que no sé a qué está jugando, inspector? Nikolai no le ha dicho nada. Si no, ahora estaría haciendo preguntas muy distintas. No conseguirá enfrentarnos.

Leo se reclinó en su silla. Esa mujer se las sabía todas. Le recordaba un poco a Claire Pauly, pero Annegret Wildmoser era mucho más fría e imprimía un tono cruel en todo lo que decía.

Paul Leinkirchner decidió apostar más fuerte.

—Le hemos traído algo —dijo, amenazador—, un recuerdo de

nuestro personaje desconocido. Encontramos esto en su carruaje. ¿Sería tan amable de decirnos qué es?

El inspector jefe le acercó el saco de lona. Con cara extrañada, la señorita Wildmoser lo abrió y miró en su interior. Un chillido agudo salió de su garganta. La mujer se volvió blanca como la cal y dejó caer la bolsa.

—¡Jesús! Eso…, eso ha sido una broma de muy mal gusto…

—No es ninguna broma, señorita —dijo Leo—. Son tres cráneos, y a juzgar por su tamaño, son de niños. Los tenía el hombre al que sus secuaces entregaron el muchacho inconsciente. Y usted es la directora de un orfanato…

—¡No…, no lo dirá en serio! —Annegret tembló al darse cuenta de lo que Leo había insinuado—. No querrá decir que los niños…, que ellos… —Dejó de hablar y sacudió la cabeza, desconcertada.

Leo la observaba. El asombro de la mujer al ver las calaveras parecía real. O tal vez Annegret Wildmoser fuera una muy buena actriz, como Claire Pauly.

—De su orfanato desaparecen niños sin dejar rastro —continuó Leo—. Como se ha visto, los aturden con éter y se los lleva un tipo que le paga a usted con monedas antiguas. El mismo tipo en cuyo carruaje robado encontramos tres cráneos infantiles. —Se inclinó hacia la mujer—. No estoy insinuando nada, señorita Wildmoser, solo me limito a exponer los hechos. Todo esto me parece muy… siniestro. ¿Sabe lo que hará la gente si se entera por la prensa? Pagará al verdugo para que, cuando la estrangule en el garrote de la Audiencia Regional, lo haga de una manera especialmente dolorosa y prolongada. Aunque me temo que los vieneses preferirán que la quemen en la hoguera, como hacían a las brujas en otros tiempos. —Sacudió la cabeza, incrédulo—. Una mujer que vende niños huérfanos a un coleccionista de calaveras…

—¡No sé de qué me está hablando! —gritó de repente Annegret Wildmoser—. ¡Cielo santo! ¡Yo… no sabía eso! Quiero decir…, cómo iba a imaginar que…

Se interrumpió al darse cuenta de que ya se había traicionado.

—Ya es hora de poner las cartas bocarriba —gruñó Leinkirchner—. ¡Díganos de una vez todo lo que sabe! Es su única oportunidad de no acabar en el cadalso como la asesina de niños más cruel que ha existido desde Isabel Bathory, la condesa que se bañaba con sangre infantil. ¿La recuerda?

Annegret Wildmoser cerró brevemente los párpados.

—Sí…, es cierto —dijo por fin—. Hemos entregado niños…

—¡Los han vendido! —bramó Leinkirchner—. ¡A cambio de unas cuantas monedas de plata, como Judas! Hable de una vez. ¿Qué ha ocurrido?

—Ese…, ese hombre vino el año pasado a preguntarnos si teníamos casos de niños incorregibles. Dijo que tenía un método infalible para curarlos. Solo quería varones, nunca niñas. Pagaba con esas monedas tan raras… —Bajó la cabeza. Se le soltó otro mechón gris y le cayó sobre la frente—. Como los primeros que le entregamos se resistían y gritaban como locos, empezamos a utilizar cloroformo. Después, el tipo ya trajo su propio éter…

—¿Cuántos niños han sido? —quiso saber Leo.

—Yo… no lo sé. Una docena, tal vez más. Borrábamos sus nombres del registro. A veces venían los padres y preguntaban. Les decíamos que sus hijos se habían escapado, lo cual sucede a menudo… —La mujer se estremeció—. Entonces, los otros niños empezaron a hablar del Nachtkrapp…

—¿Cómo se llama? —preguntó Leinkirchner—. ¡Deme su nombre!

—¡Dios santo, no tengo ni idea! Lo veíamos sobre todo de noche. Hace poco vino de día y encargó otro muchacho. Ruppert habló con él…

Leo suspiró y dijo:

—Por desgracia, está muerto y no puede decirnos nada.

—El hombre era un tipo muy extraño —continuó Annegret Wildmoser—. Un poco cándido, pero a la vez brusco, como un marinero, y siempre iba con ese gorro tan raro. Pero cuando hablaba parecía… instruido, casi como un profesor. Y olía raro, a humedad, como un libro viejo. —Desesperada, levantó la mirada—. Quiero decir que nunca imaginé que… que haría algo así con los pequeños… ¿Cómo iba a saberlo?

—Eso no la salvará del castigo —dijo Leinkirchner—. ¡Rece para que encontremos al tipo! En ese caso, él irá a la horca en vez de usted. Pero eso no la librará de acabar en el infierno algún día por lo que ha hecho a esos niños.

El inspector jefe cogió algunas de las monedas de plata y las lanzó con todas sus fuerzas a la cara de la señorita Wildmoser.

—¡Tu recompensa, Judas!

El humo de tabaco en el Café Central era tan denso como la niebla en las calles de Viena la noche anterior. La humareda ascendía hasta el techo y, desde allí, se repartía entre las columnas griegas del local y por encima de las mesas, a las que, delante de una taza de café o de una copa de vino, se sentaban hombres que conversaban animadamente de política, arte o teatro. Era lunes por la mañana, pero el local estaba lleno hasta los topes.

Leo encendió su segundo Yenidze. La nicotina lo ayudaba a concentrarse y ordenar los inquietantes acontecimientos de las últimas horas. Había salido a toda prisa del interrogatorio para reunirse con Julia y Harry Sommer, que había propuesto el lugar de encuentro. A

Leo no le hacía mucha gracia que Julia quisiera traerse al reportero, por mucho que la aventura nocturna hubiera acercado un poco a los dos hombres. Pero tenía que admitir que había sido Harry, gracias a sus investigaciones, quien los había conducido al objetivo. Si no hubiera sido por él, otro niño podría haber sido víctima de ese chiflado.

Cuando Leo vio a Julia y Harry entrar juntos en el café, enfrascados en lo que parecía una animada conversación, sintió una punzada en el alma. Había entre ellos algo que él nunca tendría con Julia, una familiaridad forjada durante los años de infancia y juventud que habían compartido. Una vez más, Leo se dio cuenta de que Julia y él venían de dos mundos completamente opuestos.

Harry esbozó su sonrisa de pícaro y se dirigió a la mesa de Leo.

—Ese labio hinchado le favorece —dijo señalando la cara de Leo —. Le da un aire vicioso.

—Puedo prescindir de ello, pero gracias de todos modos —respondió Leo—. ¿Qué tal su barbilla?

Harry hizo una mueca de dolor.

—¡No me lo recuerde! Ese tipo me hizo ver las estrellas con su gancho.

—Al menos tú estás vivo y él no —dijo Julia, que entregó su sobretodo a un camarero y le pidió tres cafés. Miró con compasión a Leo y le dijo—: Ese labio no tiene muy buen aspecto.

—No hay para tanto —dijo Leo haciendo un gesto de despreocupación—. Mejor será que os cuente lo que ha dado de sí el interrogatorio de la señorita Wildmoser.

Les informó de los secuestros de niños pagados con monedas de plata, de los cráneos infantiles y del desconocido del que había hablado Annegret Wildmoser. Julia y Harry escucharon en silencio y profundamente consternados.

—¡Más de una docena de niños secuestrados...! —exclamó Julia horrorizada—. ¿Y crees de verdad que no sabía lo que el tipo hacía con ellos?

—Todavía no hay nada demostrado —dijo Leo—. Los cráneos no tienen por qué estar relacionados con los secuestros. Pero es muy raro, no cabe duda. Y después está eso de que el tipo busca chicos difíciles de educar, que podría curarlos... ¿Qué querrá decir?

—Puede que solo sea una excusa para que la señorita Wildmoser tenga la conciencia tranquila —intervino Harry—. Lo que encuentro interesante es el modo de pago, esas monedas antiguas. Quiero decir, ¿quién paga con algo así? ¿Y de dónde las ha sacado? Seguro que ganaría una fortuna si vendiera las monedas a un numismático.

—Pero entonces tendría que exponerse en público —dijo Leo pensativo—, y él no quiere eso. Creo que nuestro hombre es muy

tímido, quizá por algún motivo especial. Como el sapo aquel del cuento, que se esconde debajo de una piedra… Nunca da la cara.

—Está loco. —Julia se estremeció—. ¿Qué hará con los cráneos? —Se quedó pensativa—. Eso me recuerda otro robo de calaveras…

La joven explicó a sus dos amigos el suceso del ataúd abierto en la fosa del Cementerio Central.

—No es que crea que haya alguna conexión —concluyó—. Anna me dijo que de vez en cuando desaparecen cráneos en el cementerio, pero no de niños. Por lo visto son bromas de universitarios.

—Es verdad —asintió Leo—, la gente se los lleva de recuerdo. No quiero saber si los cráneos y huesos que tiene el profesor Hofmann en su colección son de origen legal o no. Pero sigue pareciéndome muy extraño que ese tipo atesore tantos cráneos. ¡Cráneos de niños! Creo que si averiguamos algo más sobre sus motivos, podríamos seguirle la pista.

—Iré a ver a Rothmayer otra vez —dijo Julia—. Si alguien sabe de cráneos, ese es él. Tal vez tenga alguna idea de qué puede haber detrás.

—Sí, hazlo —la animó Leo, que entonces se percató de que Harry estaba tomando notas—. Eh, no irá usted a publicar en su periodicucho todo lo que estamos diciendo aquí, ¿verdad? Esta una charla confidencial.

—¿Por qué no? —dijo Harry levantando la vista de su libreta—. Parece que no se acuerda de que yo también he estado allí esta noche. Un reportaje en primera persona, ¡a la gente le encanta! —Hizo como si escribiera un titular en el aire—: «Horripilante hallazgo en un orfanato, nuestro reportero da caza al coleccionista de calaveras».

—¡Va a poner en peligro nuestra investigación! —lo reprendió Leo.

—Pues ahora tiene la oportunidad de decirme qué puedo publicar —sugirió Harry—. ¡Vamos, es lo justo! Creo que me he ganado un poco de confianza.

Leo resopló y encendió otro cigarrillo.

—Usted y la confianza… Me daré por satisfecho si nuestro excéntrico británico no va por ahí diciendo que hay otro fantasma suelto. Al fin y al cabo, él también ha visto los cráneos. —Dio una calada y observó cómo el humo de su bocanada se mezclaba con el de la sala—. Doyle me ha llamado. Quería hablarme otra vez de calaveras y espíritus, pero le he parado los pies. Si hay algo que no necesito ahora mismo es a un cazador de fantasmas británico.

—Olvidas que te ha salvado la vida —le recordó Julia.

—Por suerte, mi madre acapara toda su atención —dijo Leo sonriendo—. Ella no deja de decir que su hotel está encantado. Doyle no tiene tiempo para ocuparse de nuestro caso.

—¿Nuestro caso? —preguntó Harry, y enarcó una ceja—. ¿He oído bien?

—Sí, nuestro caso —asintió Leo con resignación—. Maldita sea, parece que no voy a conseguir deshacerme de usted —hizo un gesto al camarero—, así que mejor será que lo remojemos con champán. Prometo no tirárselo a la cara.

Cuando llegaron las copas, brindaron.

—Por una larga y productiva colaboración —dijo Harry—. ¡Y por Viena!

—Dios santo, ¿se puede ser más patético? —gruñó Leo. Se volvió hacia Julia y dijo—: ¿Estás ocupada esta tarde? Podría tomarme el resto del día libre. ¡Hagamos algo juntos! Quizá un paseo en barco por el Danubio...

—Lo siento, Leo, ya he quedado —se disculpó ella, y levantó la mano—, pero no con Harry, así que no protestes. Tengo un par de... cosas que hacer.

—Ah... —Leo había notado el titubeo en la voz de Julia, pero decidió no insistir—. Como el otro día dijiste que...

—... ¿que deberíamos volver a hacer más cosas juntos? —Ella sonrió—. Es cierto. Pero también tienes que entender que no siempre hay que hacer lo que a su excelencia le apetezca.

—Bueno, otra vez será —dijo él, y chocó su copa con la de ella.

Tenía la impresión de que Julia todavía no lo había perdonado. ¿Por qué tenían que ser tan complicadas, las mujeres?

Del Café Central a la Jefatura de Policía solo había un corto paseo. Leo aceleró el paso mientras con la mano aguantaba el Homburg en su cabeza para que no se le cayera. La reunión con Julia y Harry había durado más de lo esperado, pero al menos se había reconciliado con ella a pesar de haber visto rechazada su invitación de dar un paseo fluvial por el Danubio. ¿Qué era eso tan importante que debía hacer Julia? ¿No le estaría dando largas como castigo por su comportamiento? ¿Qué más podía hacer Leo para demostrarle que lo sentía?

Era casi mediodía y Leo había acordado con el inspector jefe Leinkirchner que volvería a apretarle las tuercas a ese borracho de Nikolai. Hasta el momento, el celador del orfanato había mantenido un obstinado silencio, pero Leo esperaba que entretanto se hubiera vuelto más locuaz. Leinkirchner había propuesto someterlo a una abstinencia alcohólica hasta que cantara. Le plantarían una botella de brandy en las narices, como una zanahoria delante de un burro.

El interrogatorio matinal con Leinkirchner había ido como tantos otros. Terminaron discutiendo, porque el inspector jefe había vuelto a jugar con él la carta antisemita. Sin embargo, una vez que empezaban a colaborar entre ellos todo iba sobre ruedas. Ambos eran buenos

policías y tenían experiencia, y precisamente por ello Stukart insistía en que, a pesar de sus diferencias, tiraran juntos del mismo carro.

Cuando Leo entró en su despacho encontró a Erich Loibl sentado frente a una montaña de informes. Levantó la vista malhumorado.

—¡Ah, el salvador nocturno! —refunfuñó—. ¡Felicidades! En la Jefatura cuentan maravillas de su heroico enfrentamiento con esos villanos. Mientras tanto, los demás tenemos que quedarnos en la oficina haciendo el papeleo. —Loibl gimió y señaló un montón de clasificadores traspapelados—. Todo esto es de ese maldito orfanato. Tienen todas las entradas registradas desde hace lustros y ahora me toca a mí examinarlas en busca de niños desaparecidos. ¡Un trabajo de Sísifo!

—Céntrese solo en este año y en el año pasado —dijo Leo—. No creo que nuestro hombre lleve más tiempo actuando.

—Y del joven Czerny, ¿se sabe algo? —preguntó Loibl.

Leo se encogió de hombros.

—Creo que no estuvo en el hospicio. Probablemente se unió a esa pandilla de chicos de la calle. Esos mocosos debieron de descubrir algo sobre el Nachtkrapp y el tipo los hizo callar.

—Entonces, ¿Alex está muerto?

—¡Maldita sea! ¡No lo sé! Si hubiera hecho mejor su trabajo y no hubiera ido con el cuento de que el joven estaba huido, ahora sabríamos más cosas.

—¡Eh, vaya con cuidado! —Loibl lanzó una mirada amenazadora a Leo—. Baje esos humos, que en su caso del fantasma tampoco ha hecho muchos progresos.

—Por lo menos tengo un culpable —replicó Leo—, aunque se haya dado a la fuga. No tardaremos mucho en atrapar a Richard Landing.

—Ah, justo de él quería hablarle… Tengo algo para usted. —Loibl rebuscó en sus carpetas y sacó un telegrama—. Ha llegado esto de los compañeros del distrito segundo. Han encontrado a un hombre que coincide bastante con la descripción de su sospechoso.

—¿Y me lo dice ahora? ¡Deme eso!

Leo intentó coger el telegrama, pero Loibl no le dejó.

—Alto, delgado, dedos largos de pianista —leyó el compañero en voz alta—, melena rubia, alrededor de treinta años…

—Diablos, ¡bien podría ser él! Así que Landing sigue en Viena… —Leo asintió con la cabeza—. Pensaba que se lo había tragado la tierra…

—Bueno, no exactamente la tierra —dijo Loibl con una sonrisa que no presagiaba nada bueno—. No le he dicho dónde han encontrado los compañeros a Richard Landing. —Entregó el telegrama a Leo—. En el Danubio, con los peces. Su fugitivo está muerto. —Se

cruzó de brazos en actitud desafiante—. Dígame, ¿quién tiene ahora un problema con su caso?

Pocos minutos después, Leo volvía a salir a toda prisa de la Jefatura. Llevaba en la mano el telegrama que desvelaba dónde se había encontrado el cadáver. Hizo una seña a un coche de punto y le dijo al cochero que lo llevara al Danubio. Se acordó de la excursión fluvial que le acababa de proponer a Julia. Ahora acudía a una cita muy distinta en el río.

«Una cita con un cadáver...»

Leo no dejó de maldecir para sus adentros durante todo el trayecto. Para bien o para mal, había tenido que dejar en manos de Leinkirchner el interrogatorio del borracho de Nikolai; lo primero era lo primero. Por otro lado, no estaba seguro de si el muerto sería realmente Richard Landing. Pero, en caso de que lo fuera y se excluyera la posibilidad de un accidente, solo había dos opciones: suicidio por desesperación o asesinato.

«Un sospechoso de asesinato, asesinado —pensó Leo—. ¡Magnífico! Stukart me hará pedazos, después hará pedazos las entradas de la ópera para mí y para Julia...»

Si Landing había sido víctima de un asesinato, ¿quién podía haber sido el asesino? ¿Y por qué lo habría matado? Toda la teoría que Leo había construido alrededor de su sospechoso se derrumbaba como un castillo de naipes. Aunque también podía ser que el hombre, movido por la desesperación, se hubiera tirado de un puente.

Para despejar dudas, antes de salir Leo había llamado al profesor Hofmann y le había pedido que acudiera al lugar donde había aparecido el cadáver. Era un sitio poco común, y solo podía esperar que el profesor tuviera tiempo y ganas de presentarse allí.

El muerto había aparecido cerca del puente del Príncipe Heredero Rodolfo, situado justo al lado de los baños públicos. La construcción salvaba los varios cientos de metros de anchura que tenía el río en ese punto. Contrariamente a lo que ensalzaba la letra del famoso vals de Strauss, el Danubio no era de un bonito color azul, sino de un deslucido y turbio tono verdoso. Un amasijo de coches de punto, tranvías de caballos y transeúntes formaban un caos en constante movimiento sobre el puente.

En el margen que daba a la ciudad se encontraba la piscina municipal al aire libre. Ahora, con la canícula, se arremolinaban en la vega bañistas, hombres y mujeres por igual, enfundados en recatados trajes de baño cerrados hasta el cuello. Unos resbaladizos escalones de piedra se adentraban en las aguas del río, donde había amarradas varias embarcaciones de remo.

De lejos divisó Leo a un guardia tratando de hacer retroceder a un grupo de curiosos. Junto al policía había algunos jóvenes de

complexión atlética y con poblados bigotes, todos ellos ataviados con camisola blanca muy ceñida y pantalones con perneras hasta las rodillas, también blancos. El atuendo habría resultado cómico de no ser por los bíceps hinchados y las caras de pocos amigos. Leo se dio cuenta de que los tipos fornidos y el agente estaban manteniendo a raya a los mirones. Entre los hombres yacía un bulto en el suelo que, a primera vista, parecía un gran saco mojado.

El inspector bajó con cuidado los resbaladizos escalones hasta la orilla. El guardia se disponía a echarlo, pero justo entonces vio la insignia de la Jefatura de Policía. Reaccionó con alivio.

—¡Inspector, por fin! —estalló—. El compañero me ha dejado solo y…

—Veo que tiene refuerzos —lo interrumpió Leo señalando a la media docena de hombres musculosos que entretanto habían echado del lugar a la mayoría de los mirones. El hombre con el bigote más frondoso se volvió hacia él y le tendió su callosa manaza.

—Ernst Breitling, del club de remo Donauhort —se presentó con voz atronadora—, a su servicio, inspector. Es increíble cómo llegan a comportarse algunas personas. ¡Parecen animales! —Sacudió la cabeza indignado—. Los del equipo de remo hemos encontrado al infeliz en el agua. Acabábamos de cruzar la línea de meta de la regata de verano, y entonces…

—Muchas gracias —dijo Leo—. Ahora, si me permiten echarle un vistazo al cadáver…

El inspector se abrió paso al lado del hércules y se arrodilló junto al cadáver. Estaba tumbado bocabajo, con la ropa mojada pegada al cuerpo, y tenía hojas y pequeñas ramitas colgando del pelo. Solo llevaba puesto un zapato: Leo pudo ver que era un zapato de piel caro.

—Estaba encallado bajo el puente —explicó Breitling—. Aquí suele quedar embarrancado mucho material; a veces, incluso árboles enteros. El cuerpo había quedado atrapado entre las ramas. Interrumpimos la regata de inmediato, por supuesto.

—¿Me ayuda a darle la vuelta? —le pidió Leo.

Juntos elevaron el cadáver y lo colocaron bocarriba. Pesaba mucho más de lo esperado, debido a la ropa mojada. A pesar de las numerosas heridas que tenía en la cara, Leo supo que se trataba de Richard Landing.

—Maldita sea —murmuró.

—Es triste que ocurran estas cosas, ¿no cree? —dijo Breitling—. Ya es el tercer cadáver que encontramos bajo el puente este año. Suelen saltar desde allí… La verdad es que puedo pensar en mejores maneras de suicidarse. Un disparo en la cabeza, por ejemplo, es rápido y no duele. Un amigo oficial del ejército me contó una vez que…

—¿Sería tan amable de ocuparse de los curiosos? —lo

interrumpió Leo.

El hombre se marchó, ofendido. Leo se inclinó sobre el muerto y lo examinó superficialmente. Tenía cortes en la cara, y la piel ya había adoptado ese estado hinchado y arrugado tan característico de los cadáveres encontrados en el agua. Presentaba una herida en la nuca, y los bellos y esbeltos dedos de pianista, que hasta hacía poco habían tocado piezas de Brahms y Schubert para la *signora* Vanotti, se habían agrietado y vuelto blanquecinos. En la mano izquierda también tenía una herida, tal vez causada por haber servido de cebo; los dedos pulgar e índice habían desaparecido casi por completo.

«Parece que los peces del Danubio tienen hambre», pensó Leo.

El registro de la americana reveló la existencia de una cartera con unas cuantas coronas en billetes empapados. No había ningún billete de tren ni carta de despedida, pero las relucientes iniciales de Landing estampadas en el cuero no dejaban lugar a dudas: era el criminal que andaba buscando.

Cuando levantó la mirada, Leo se dio cuenta, aliviado, de que un hombre con abrigo, chaleco abotonado y sombrero de copa se acercaba a la orilla. Llevaba un típico maletín de médico.

—¡Profesor Hofmann! —gritó Leo con alegría y saludó con la mano—. ¡Estoy aquí!

El profesor bajó los escalones a tientas y depositó el maletín junto al muerto.

—Tendría que volver a nadar —dijo, y estiró la espalda—. Mantiene la musculatura flexible hasta la vejez. —Dirigió una mirada pensativa al cadáver—. Mmm, pero para eso hay que poder nadar, cosa que no siempre es posible en la vejez.

—Me urge saber si este hombre ha sido asesinado o si ha optado por el suicidio —dijo Leo.

—¿Y no podía esperar a que me lo trajeran al instituto?

—¡Necesito saberlo ahora mismo, profesor! —Leo miró a Hofmann con expresión suplicante—. A cambio me encargaré de que el cuerpo del fotógrafo de espíritus enano vaya a parar a su museo personal, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, inspector, veo que nos entendemos. —Hofmann esbozó una amplia sonrisa—. Un paseo por la orilla del Danubio siempre sienta bien. Bueno, vamos a ver qué tenemos aquí… —Se arrodilló junto al cadáver y empezó a examinarlo—. No hay descarnaciones en la piel, pero sí putrefacción, formación de gases, algunas marcas de mordedura —enumeró en tono doctoral—. El *rigor mortis* ya ha cedido. Naturalmente, podré decir más cosas después de practicarle la autopsia en el instituto, pero según la regla de Caspar…

—Hágame el favor de ceñirse a lo esencial, profesor —lo interrumpió Leo—. ¿Cuánto tiempo ha estado el hombre en el agua?

—Diría que unas setenta y dos horas —respondió Hofmann indignado—, pero no me haga poner la mano en el fuego.

—Tres días... —Leo frunció el ceño. El sábado, Claire Pauly había dicho que Richard Landing ya no había aparecido la noche anterior. Y hoy era lunes. Por lo tanto, Landing habría muerto esa noche en cuestión—. ¿Ha sido asesinado? —preguntó—. ¿O las heridas se han producido con posterioridad? ¿Se ha suicidado?

—¡Deme un poco de tiempo, por Dios! Lo imposible puede hacerse al momento, pero los milagros tardan un poco... —Hofmann palpó la cara del cadáver—. En los casos de asfixia por sumersión, se genera delante de la boca lo que se conoce como «hongo espuma». Aquí no lo veo, probablemente lo haya enjuagado el agua. Los cortes en la cara son sin duda de origen *post mortem,* tal vez causados por ramas u objetos similares...

—¿Y la herida en la nuca? —preguntó Leo—. ¿Podrían haberlo matado a golpes?

—Es difícil asegurarlo. —Hofmann seguía palpando el cadáver—. También pudo haberse golpeado al caer del puente o cuando el cadáver encalló en el pilar.

—¿Qué es eso?

Leo señaló la mano derecha del cadáver, que todavía conservaba todos los dedos. En las yemas y debajo de las uñas se podía apreciar una sustancia negruzca y aceitosa.

—Mmm, parece aceite lubricante. De una embarcación, tal vez, o también de algún tablón a la deriva con el que el cuerpo habría entrado en contacto... —Hofmann continuó la exploración por la mano izquierda. De repente, se detuvo—. ¡Ah! ¿Qué tenemos aquí?

—¿Qué? —preguntó Leo impaciente.

—No estoy muy seguro... ¿Puede traer un poco de agua?

Leo se levantó y echó un rápido vistazo a su alrededor. Tras una breve búsqueda, encontró un cubo en una de las barcas de remos, lo llenó de agua del Danubio y se lo llevó a Hofmann. El profesor cogió el cubo y lavó la mano izquierda del muerto. A continuación, sacó una lupa de su maletín e inspeccionó la extremidad con más detenimiento. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—*Quod erat demonstrandum*...

—¿Qué diablos ha visto, profesor? —lo urgió Leo—. ¡Hable de una vez!

—Véalo usted mismo. —Hofmann le pasó la lupa—. Los peces han mordido la zona, de manera que la causa original de la herida ya no es reconocible. Sin embargo, ¿ve estas partículas negras en los tres dedos restantes?

—Trazas de pólvora —dijo Leo en voz baja mientras se inclinaba sobre el cadáver con la lupa delante de los ojos.

—Exacto —asintió Hofmann—. La pólvora y el hollín penetran en la piel, y eso no lo quita ni el agua del Danubio.

—Pero ¿por qué en la mano? —preguntó Leo—. ¿Por qué no hay ninguna herida de disparo en la cabeza o en el pecho?

—Creo que ocurrió lo siguiente —empezó a teorizar Hofmann—: nuestro hombre se encuentra con su asesino en lo alto del puente. Este lo amenaza con una pistola. El asesino quiere obligarlo a saltar al río…

—… para que parezca un suicidio —murmuró Leo.

—Exacto, pero nuestro hombre decide no saltar y se produce una pelea. El asesino le dispara en la mano, de ahí los dedos que faltan; los mordiscos de los peces han ocultado la herida. Puede que el asesino también golpeara a su víctima con un objeto duro. En cualquier caso, el hombre cae al agua…

—… y muere. Y todo el mundo piensa que se trata de un suicidio. —Leo asintió con la cabeza—. ¡Maldita sea, podría haber ocurrido así!

Leo se quedó callado y miró pensativo al muerto.

«¿Con quién te encontraste en el puente, Richard? ¿Y por qué?»

—¿Está pensando en nuestro acuerdo? —interrumpió Eduard Hofmann las cavilaciones de Leo.

—¿Perdón? —preguntó Leo sobresaltado.

—Sí, el enano. Para mi museo en el Instituto Forense.

—Ah, eso. Veré lo que puedo hacer. Muchas gracias por venir, profesor.

Leo se levantó y miró una vez más el cadáver desfigurado de Richard Landing. Un joven y prometedor pianista al que su asesino le arrebató dos dedos de un disparo… No muy lejos de allí se oían las risas y el chapoteo de los bañistas. La vida no se detenía.

Al parecer, Leo iba a tener que empezar la investigación otra vez desde cero.

XIX

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Los fantasmas de niños inocentes son un recurso dramático habitual en las novelas de terror, y las historias tienen a veces un trasfondo real. Por ejemplo, cuentan que la tristemente célebre condesa Bathory tuvo una casa en la Augustinerstrasse de Viena, justo enfrente de la iglesia de los Agustinos. La apodada Condesa Sangrienta vivió a finales del siglo XVI y está considerada la asesina en serie más famosa de todos los tiempos. Se dice que acabó con la vida de un centenar de jovencitas y que se bañaba en la sangre de sus víctimas para conservar su belleza. Los gritos de las inocentes infelices llegaban hasta la calle, pero durante mucho tiempo nadie hizo nada. Fue finalmente el propio emperador quien tuvo que pedir la cabeza de la Condesa Sangrienta.

—¡Qué hijita más guapa tiene! ¡Y qué bien educada!

El doctor Ludwig Hochstetter guiñó un ojo a Sisi, que estaba sentada en el regazo de Julia y miraba la consulta con los ojos abiertos de par en par. Había una camilla, un sillón de tratamiento provisto de amplios reposabrazos, una enorme cantidad de libros científicos y largos estantes de acero pulido adosados a las paredes, sobre los que descansaban instrumentos médicos del todo extraños para Julia. Era la segunda visita que hacía al doctor Hochstetter. La primera había consistido en una simple consulta preliminar, pero que ya le había costado la friolera de treinta coronas. Había acudido aconsejada por Margarethe, que conocía a la recepcionista. El doctor Hochstetter era una eminencia en medicina interna; se decía que incluso los miembros de la corte pasaban de vez en cuando por sus manos. La consulta se encontraba en el distrito primero, cerca del Graben, una zona que Julia prefería evitar. La visión de las tiendas de ropa cara, perfumerías y escaparates con joyas relucientes solo le recordaba todas las cosas que nunca podría permitirse en su vida, por mucho que trabajara.

Justo después de reunirse con Leo y Harry en el Café Central, había vuelto a toda prisa a casa, se había puesto un bonito vestido y se había llevado a su hija. Todavía no le había hablado a Leo de las

visitas al médico, pues temía que la disuadiera. Julia había ahorrado todo lo que había podido en las últimas semanas y meses con la esperanza de encontrar una posibilidad de ayudar a Sisi. Y esa posibilidad se la ofreció el doctor Hochstetter, de cuyos métodos nuevos e inusuales ya había oído hablar. Los otros tratamientos, ya fueran medicamentos caros, enjuagues de lejía o inyecciones en los oídos, no habían dado hasta el momento ningún resultado.

El doctor Hochstetter era su última esperanza.

El hombre llevaba bata blanca, tenía el pelo rubio claro peinado hacia un lado, al estilo militar, y lucía un cuidado bigote untado con cera perfumada. Ludwig Hochstetter era un hombre apuesto, toda una autoridad en su campo y, sin duda, muy solicitado por las pacientes femeninas. Julia ya había visto que en la sala de espera solo había mujeres, elegantemente vestidas de terciopelo y pieles. Ella misma se había sentido con Sisi como el patito feo en ese grupo de orgullosos cisnes.

—Supongo que habrá oído hablar de mi método de tratamiento, ¿verdad? —preguntó Ludwig Hochstetter con voz sonora.

—Debo confesarle que no —admitió Julia. Dirigió una mirada ansiosa a los estantes con los horripilantes instrumentos, entre los que había algunos bisturíes—. Espero que no sea necesaria ninguna intervención complicada...

El doctor Hochstetter se echó a reír al ver la expresión de su cara.

—No se preocupe, no le cortaremos las orejas a su hija. Mi método es exclusivamente tópico. Se basa en las posibilidades ilimitadas de la electricidad.

—¿La electricidad? —Julia elevó una ceja; aquello era inusual—. ¿Cómo debo interpretar eso?

—Se lo mostraré.

El doctor Hochstetter se levantó y se dirigió a un armario del que sacó un aparato que a Julia le recordó un teléfono de gran tamaño, pero en vez de auricular y micrófono tenía dos clavijas de hierro que colgaban de finos cables. Alrededor de un cilindro situado en el centro del aparato también había más cable enrollado.

—Yo mismo he desarrollado este ingenio para estimular determinadas zonas del cerebro mediante la electricidad —explicó Ludwig Hochstetter—. La electroterapia ya se utiliza desde hace tiempo, pero solo hasta hace poco sabemos qué funciones desempeña cada zona del cerebro.

—¿Así que no son los oídos de Sisi los que están mal? —preguntó Julia.

—¡Claro que no! Estoy convencido de que su hija solo sufre una parálisis de la percepción auditiva, y esa parálisis se puede curar a base de ondas electromagnéticas. —El doctor Hochstetter cogió una de

las clavijas metálicas y la acercó a la cabeza de Sisi, que retrocedió horrorizada—. Utilizamos estos electrodos para estimular las distintas partes del cerebro, y para ello me baso en los estudios del famoso frenólogo Franz Joseph Gall. Su hija solo notará un cosquilleo. Debo admitir que el método todavía no está muy maduro y por ello le haré un precio especial.

—¿Cuánto? —preguntó Julia vacilante.

—Bueno, el procedimiento no surte efecto la primera vez. Calculo que necesitaremos como mínimo doce sesiones. —El doctor Hochstetter se acarició la melena perfectamente peinada y sacó un bloc de notas de debajo de la bata. Garabateó unos números y se los mostró a Julia—. Cincuenta coronas por sesión, la mitad por adelantado.

—¿Cincuenta coronas? —Julia hizo un rápido cálculo mental y vio que la terapia, si solo se limitaba a esas doce sesiones, ya le costaría seiscientas coronas. Era más de lo que ganaba en seis meses en la Jefatura—. Yo... nunca podré pagar esta cantidad.

—Pues es una pena. —El doctor Hochstetter suspiró y se guardó la libreta—. La terapia es muy popular, las plazas son limitadas...

—¿Y no podría... hacer una excepción? —tanteó Julia—. Tal vez pueda pagar a plazos.

—¿A plazos? —El hombre sonrió y se rascó la barba incipiente—. A ver, señorita, yo soy médico, y esto no es ninguna tiendecilla judía. —Hizo una pausa y miró a Julia con benevolencia—. Pero tal vez podamos encontrar una manera...

—¿Y cuál sería? —preguntó ella esperanzada.

Ludwig Hochstetter esbozó una amplia sonrisa y, mostrando unos dientes blancos como perlas, dijo:

—Bueno, no solo la hijita es guapa, también su señora mamá...

De pronto Julia notó una mano debajo de la falda y unos dedos que subían lentamente por su muslo.

—Si alargamos las sesiones media hora cada vez, entonces quizá podría...

Julia levantó la mano y le propinó un sonoro guantazo a Hochstetter. Fue una reacción espontánea, casi inconsciente. La mano del doctor en su muslo le había hecho recordar de inmediato una imagen del pasado, un recuerdo de su época de criada, cuando el señor de la casa le había pasado esos dedos blandos y flácidos por los glúteos.

«Si quieres un aumento de sueldo, estoy seguro de que encontraremos una solución, jovencita...»

Poco después la violó.

El doctor Hochstetter, asombrado, se llevó la mano a la mejilla. Ninguna de sus otras pacientes había reaccionado así. Y enseguida el

asombro se convirtió en ira.

—Pero ¿qué se ha creído? —rugió el hombre entre dientes—. Quiero hacerle un favor, y usted…

—Lo siento. Debe de haber sido algún tipo de estímulo eléctrico —repuso Julia sin inmutarse—. Cuando me meten una mano por debajo de la falda, se me dispara la mía. —Hizo bajar a Sisi del regazo y se levantó tratando de disimular su nerviosismo—. Muchas gracias por su… generosa oferta, doctor —consiguió decir—. Ahí fuera esperan unas cuantas pacientes que sin duda aceptarán encantadas su propuesta. Mi hija y yo encontraremos la salida solas.

Salió a trompicones con Sisi y pasó junto a las adineradas señoras que llenaban la sala de espera y la miraban atónitas.

—El doctor vuelve a estar disponible —anunció—. La siguiente que quiera dejarse manosear, que entre.

Cuando, antes de salir, pasó junto al mostrador de recepción, cogió un tintero y lo vació sobre los historiales de los pacientes, ante lo cual la anciana recepcionista se quedó mirándola boquiabierta.

—P-pero… —balbuceó la mujer—, ¿cómo se atreve?

Julia sonrió fríamente.

—¡Oh, seré torpe! Parece que el impulso eléctrico que me acaba de provocar el salido de su jefe sigue haciendo de las suyas. Preséntele mis respetos a su señora esposa cuando la vea.

Una vez en la calle, se detuvo y trató de contener las lágrimas. Hasta hacía un momento se había mantenido fuerte, pero el mal rato le estaba pasando factura. Apretó la mano de Sisi con tanta fuerza que la pequeña empezó a gemir.

—¡Perdóname, cielo! —Julia soltó a su hija y le acarició el pelo —. Los hombres a veces son unos cerdos. Supongo que no tardarás demasiado en descubrirlo —le explicó sin acompañar sus palabras con la lengua de signos.

Más tarde deseó haberle dado a ese indeseable una patada en la entrepierna. Estaba claro que la consulta solo era un señuelo, y al parecer muchas mujeres ya habían picado.

Julia recordó que, al principio, el doctor Hochstetter le había explicado que tenía un método completamente nuevo y poco probado, y después le había dicho que quedaban muy pocas plazas libres. ¡Ella también había estado a punto de picar!

Se sintió muy avergonzada de su estupidez. Ese cerdo le había hecho perder treinta coronas. Menos mal que no se lo había contado a Leo. Y ahora tampoco lo haría, se moriría de la vergüenza…

Le había gustado mucho que Leo la invitara a dar un paseo en barco por el Danubio, pero por otro lado también se había sentido molesta. Como tantas otras veces, él recurría a lo más fácil; Leo pensaba que una salida romántica solucionaría las cosas, pero no era

así. Julia tenía muchas preguntas, demasiadas como para encontrar respuestas a todas en un simple viaje por el río. Estaba convencida de que algo tenía que cambiar entre ellos, porque las cosas ya no podían continuar así.

Pero el mundo no dejaba de girar y había asuntos mucho más urgentes. Por ejemplo, que un loco asesino de niños siguiera haciendo de las suyas.

Se inclinó hacia Sisi y, vocalizando con claridad, le dijo:

—¿Quieres que vayamos a ver a Anna y al señor Rothmayer?

Sisi asintió entusiasmada. Le encantaba jugar con Anna, que ya se había convertido casi en una hermana mayor para ella. Además, alguien tenía que contarle a Augustin Rothmayer lo que había ocurrido en el orfanato la noche anterior. Podía llamarlo al teléfono del administrador del Cementerio Central y ahorrarse el viaje, pero de todos modos ya se había tomado el día libre. Y ahora además le habían surgido más preguntas.

Preguntas que solo un sepulturero podía responder y que la distraerían de los doctores Hochstetter y de los Leos de este mundo.

Hizo una señal a un coche de punto. Acababa de ahorrarse mucho dinero, así que podía permitirse un viaje hasta Simmering. Solo esperaba que el cochero no tuviera las manos largas.

Julia volvía a sentirse un poco más animada cuando, una hora más tarde, caminaba por el Cementerio Central en compañía de Augustin Rothmayer. El sol de la tarde brillaba cálido en lo alto, los pájaros trinaban entre los arbustos, y Anna y Sisi jugaban en el invernadero... La vida era demasiado bella como para que la estropeara un médico miserable. Pero Julia no había ido hasta allí para disfrutar de la paz idílica del camposanto. Acababa de contarles a Rothmayer y a Anna los sucesos de la noche anterior. Había pensado en omitir el asunto de las calaveras delante de la muchacha, pero Anna ya no era una niña pequeña. Había vivido muchas desgracias en su vida y había defendido a los niños del orfanato con gran valentía. La joven se había sentido muy aliviada al saber que por lo menos Emil el Rojo se estaba recuperando. Julia tuvo que prometerle que Leo y ella no descansarían hasta acabar con el siniestro Nachtkrapp.

—Háganlo por Jossi —le había dicho Anna con un semblante decidido que no encajaba en absoluto con una niña tan joven—, y por todos los niños que ese monstruo ha secuestrado.

Era bueno ver que, a pesar de todo el horror, Anna era capaz de olvidar y limitarse a jugar, al menos durante un rato. Probablemente las dos niñas estarían ensuciándose en el invernadero, arrojándose tierra la una a la otra. Pero a Julia no le importaba.

—¿Y dice que el tipo llevaba encima tres cráneos? —preguntó Rothmayer cuando pasaron junto a la zona judía del cementerio. A lo

lejos se oían retazos de una laudatoria pronunciada por un rabino—. Mmm, qué extraño...

—¡Por el tamaño solo podían ser cráneos de niños! —dijo Julia—. Ese monstruo ya se ha llevado a varios muchachos del orfanato. ¿Y si ha cometido una atrocidad? ¿Y si lo que quiere de ellos son... sus cráneos?

—¿Sus cráneos? —Rothmayer enarcó una ceja—. ¿Para qué iba a quererlos? ¿Por qué...?

El sepulturero dejó de hablar y guardó silencio mientras seguían caminando por el cementerio entre cruces y tumbas.

—¿En qué piensa? —preguntó Julia.

—Es demasiado pronto para aventurar una respuesta —trató de desentenderse Rothmayer—. Se especula mucho cuando se habla de estas cosas. Hay muchas supersticiones, historias de fantasmas y memeces de ese estilo...

—Pero de robos de calaveras sí que entenderá, me imagino —dijo Julia.

—¿A qué se refiere, señorita? —Rothmayer la miró receloso. Entonces cayó en la cuenta—. ¡Acabáramos! Usted debe de estar hablando de esas pruebas de valentía que tienen lugar en el cementerio de vez en cuando. ¡De esos arrogantes y majaderos estudiantes de Medicina que se dedican a hacer broma a costa de los muertos...!

—Justo el otro día, cuando estaba aquí, debió de ocurrir otra vez —intervino ella—. Fue realmente aterrador...

Le contó al sepulturero el episodio del esqueleto decapitado en la fosa con el que se había topado con Anna y Sisi.

—¡Es que no puedo dejar a esa chiquilla a solas ni un momento! —renegó Rothmayer tras escuchar el relato de Julia—. ¡No se le había perdido nada en el sector quinto! No me gusta nada esa zona junto al muro del cementerio...

—¿A qué se refiere?

—Bueno, allí es donde se da sepultura a los criminales, o mejor dicho, donde son soterrados. —Rothmayer bajó la voz—. Cuando un alma desgraciada es ejecutada en el patio de la Audiencia Regional, su cadáver es trasladado y enterrado allí con la máxima celeridad. Sin ceremonias ni cruces funerarias; un sepelio rápido, unas paladas de tierra, y sanseacabó.

—Y ese esqueleto sin cabeza... —empezó Julia.

—Era un tal Anton Seebrucker, condenado por doble homicidio. Mató a su mujer y a la hermana de esta con un hacha. El cadáver llegó el año pasado. La descomposición es más rápida junto al muro, hay buena tierra allí. Soterrado y olvidado... Bueno, no del todo. —El sepulturero frunció el ceño—. Alguien desenterró al infeliz. Fue una

casualidad que la cabeza que se llevó fuera precisamente la de un asesino. Aunque… —Soltó una risa burlona—. ¡La gente cree cada estupidez! Amuletos contra robos hechos con pulgares de ahorcados, pócimas elaboradas con el corazón de un emponzoñador, violines embrujados como el de Paganini… Dicen que vendió su alma al diablo por tocar como los ángeles… —Enmudeció de nuevo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —murmuró Rothmayer rascándose la nariz—. Es un poco disparatado, lo admito, pero ¿qué no es disparatado hoy en día? Dice que el tipo solo se lleva a muchachos que se portan mal, ¿verdad?

—Así es —asintió Julia—, igual que ese personaje asusta niños. El Nachtkrapp se lleva a los niños malos que se quedan en la calle por la noche y no hacen caso a sus padres.

—Interesante, muy interesante… —Rothmayer permaneció en silencio un momento—. Deje que compruebe una cosa —dijo al cabo —. Iré a ver a una persona y le haré unas preguntas. Entonces quizá sepamos algo más.

—No esperaba menos de usted —dijo Julia aliviada—. Quizá todo lo que descubra le sirva también de ayuda para ese libro que está escribiendo sobre fantasmas.

—Oh, sí, es muy posible. A veces, el límite entre la ciencia y los fenómenos fantasmales es muy difícil de distinguir, ¿no le parece? —comentó el sepulturero, y, como de pasada, añadió—: O entre el amor y el dolor.

Julia se detuvo.

—¿A qué se refiere?

—¿Está más calmado su celoso inspector?

—¡Ah, eso! Sí, un poco. Incluso me ha pedido disculpas, ya vio usted las flores que me trajo.

—Qué bien —dijo Rothmayer, y calló—. ¿Cuánto tiempo de relación llevan ya? —preguntó finalmente—. ¿Dos años?

Julia asintió con la cabeza.

—¿Y todavía no le ha propuesto matrimonio? ¿Ni un anillito de compromiso…?

—Siempre se ha interpuesto alguna cosa… Los dos andamos muy ocupados. Además… —Julia se interrumpió.

Rothmayer la miró expectante, pero guardó silencio.

«… ni yo misma estoy segura de qué quiero en verdad», pensó ella.

Por supuesto que deseaba que Leo le pidiera la mano. Pero, por otra parte, todo le parecía muy irreal. A diferencia de él, Julia no se hacía ilusiones. Leo venía de una familia rica y ella no era más que una simple fotógrafa que, además, tenía una hija ilegítima. La relación

que Leo mantenía con Sisi era afectuosa, pero... no ejercía de padre. Daba la impresión de que a él le bastaba con quedar de vez en cuando, ir a bailar, hacer el amor... Era un estado en suspenso que ambos alimentaban porque, en el fondo, los dos tenían miedo de dar el paso.

Fue Augustin Rothmayer quien rompió el silencio jurando en voz alta.

—¡Hostia consagrada! ¿Ha oído eso?

—¿El qué? —preguntó ella desconcertada.

—¡Se acaba de romper una maceta en el invernadero! —El sepulturero aceleró el paso—. Vayamos rápido a ver si esas mocosas han dejado algún tiesto intacto.

El conserje miraba con los párpados entrecerrados, alternando entre la insignia y la cara de Leo.

—¿Lo conozco de algo?

Leo esbozó una simpática sonrisa.

—Es posible. Vine la semana pasada en compañía de una señorita. Estábamos invitados a cenar en casa de la *signora* Vanotti.

—No, no me refiero a eso —dijo el conserje negando con la cabeza—. Su cara me suena, como si...

—Tal vez sea por la prensa. Soy policía y salgo a menudo en los periódicos. Y ahora, si me disculpa.

Leo dejó al conserje con la palabra en la boca y subió las escaleras en dirección a la vivienda de Maria Vanotti. Sudaba bajo el traje, y no solo por el calor veraniego que aún reinaba a última hora de la tarde. A pesar de la peluca y la perilla postiza que había llevado la vez anterior, cuando irrumpió en el apartamento sin permiso, el conserje había estado a punto de reconocerlo. Esta vez tampoco era una visita fácil: no había nada más desagradable que comunicar la muerte de un ser querido a sus amigos o familiares.

Al llegar arriba, pulsó el timbre y se armó de valor para afrontar la inminente conversación. La puerta no tardó en abrirse. Maria Vanotti llevaba una larga bata de color azul celeste que podía pasar perfectamente por un vestido de baile. A pesar del maquillaje, se notaba que tenía la cara pálida y abotargada, y llevaba el pelo amontonado en un tocado monstruoso. Cuando la diva reconoció a Leo, sus ojos brillaron de esperanza.

—Inspector, ¿sabe algo de Richard? *Dio buono*, ¡estoy muy preocupada! Hemos tenido que cancelar la función de esta noche, no estoy en condiciones de cantar ni una nota...

—¿Puedo entrar? —dijo Leo.

—Por supuesto, qué descortés por mi parte, disculpe. Pase al salón, se lo ruego.

Dejó entrar a Leo y lo acompañó a la enorme sala de estar con el piano de cola y el lujoso mobiliario. Claire Pauly estaba sentada a la

larga mesa frente a un cenicero rebosante de colillas.

—Mira quién ha venido, Claire. Es el inspector —dijo Maria Vanotti con voz quebradiza y emocionada—. Seguro que trae noticias de Richard. —Se volvió hacia Leo con expresión suplicante—. ¿Sabe dónde está?

Claire Pauly intercambió una mirada reveladora con Leo y este enarcó las cejas. A diferencia de la *signora*, Claire supo de inmediato el propósito de la visita.

—*Signora*, miss Pauly —comenzó Leo—, siento comunicarles que Richard Landing ha muerto. Mis condolencias.

Atónita, la *signora* Vanotti abría y cerraba la boca como un pez.

—Pero…, pero —pronunció al fin— ¿cómo…?

—Será mejor que se siente, *signora*. —Leo acomodó a la Vanotti en una silla y se sentó junto a ella y Claire Pauly—. Su cuerpo ha aparecido en el Danubio. Ahora mismo vengo del lugar donde lo han encontrado.

—Al final… se ha suicidado —dijo Maria Vanotti en voz baja—, como el Tristán de Wagner… *Orribile*!

—¿Qué le hace pensar que se ha quitado la vida? —quiso saber Leo.

—¡Por esas insinuaciones tan terribles! Claire me dijo que la policía sospechaba que Richard era el asesino de Lichtenstein. ¡Es absurdo! —Su voluminosa caja torácica tembló—. Estoy segura de que… se arrojó al Danubio por pura desesperación… ¡Es como una pesadilla! ¡Una pesadilla terrible!

La mujer sollozó con fuerza y Claire le tendió un pañuelo.

—¿Están seguros de que se trata de él? —preguntó Claire que, a diferencia de la diva, se mantenía sorprendentemente serena. Para haber vivido una aventura amorosa con Landing, no parecía demasiado afectada. Tal vez ya había asumido la muerte de su amante.

«O quizá sepa más de lo que dice saber», pensó Leo.

—Del todo seguros —respondió el inspector—. Yo mismo confirmé su identidad. Además, llevaba encima una cartera con sus iniciales grabadas.

—Aunque siga usted aferrándose a su absurda teoría de que Richard tiene algo que ver con los asesinatos —dijo Claire Pauly mientras encendía un cigarrillo introducido en una boquilla—, creo que sé por qué Richard ha decidido suicidarse. Sí, fue por desesperación, pero no solo porque anduviesen tras él. Sospecho que también influyeron sus deudas de juego.

La *signora* Vanotti se sonó la nariz y dijo:

—Él… me habló de esas deudas y me pidió dinero. La gente suele recurrir a mí, incluso para grandes préstamos, soy una mujer rica.

Pero nunca imaginé que…

—Richard Landing no se ha suicidado —la interrumpió Leo y dirigió la mirada hacia Claire—. Lo han asesinado.

—¿Asesinado? *For heaven's sake*! —La reacción de Claire Pauly fue instantánea. Dejó caer el cigarrillo encendido, que siguió humeando sobre la mesa—. Pero… ¿quién ha sido?

—Si lo supiéramos se lo diría, créanme, y el caso estaría cerrado. Sin embargo…

Leo no terminó la frase y siguió observando a Claire Pauly. La había excluido del círculo de sospechosos, pero la muerte de Landing lo cambiaba todo. ¿Había matado Claire a su único cómplice? La reacción de la norteamericana no inducía a suponerlo, parecía de veras muy consternada. Temblorosa, cogió el cigarrillo de encima de la mesa, quemándose los dedos sin querer antes de apagarlo en el cenicero rebosante.

—Richard estaba un poco raro el viernes por la noche, antes de que desapareciera —dijo pensativa al cabo de un rato.

—¿Raro, en qué sentido? —preguntó Leo.

—No lo sé, parecía ensimismado, retraído, ¿verdad, Maria?

Claire se volvió hacia Maria Vanotti, que asintió con la cabeza mientras lloraba en silencio.

—Sí, es cierto. —La *signora* se sorbió la nariz—. Estábamos ensayando aquí y se perdía constantemente, cosa nada habitual en él. Se fue antes de lo previsto, pensé que estaría enfermo… Y ya no volvimos a saber nada más de él.

«Porque se cruzó con su asesino», pensó Leo.

¿Había descubierto algo el pianista? ¿Lo habían matado por ello?

—No me encuentro bien, Claire —interrumpió la *signora* Vanotti las cavilaciones de Leo—. Creo…, creo que voy a desmayarme… —Puso los ojos en blanco—. Trae las sales, por favor…

Claire saltó de la silla y fue corriendo hacia una enorme cómoda, abrió las puertas, rebuscó en los estantes y volvió con una botellita que descorchó y sostuvo bajo los orificios nasales de Maria Vanotti.

—*Grazie*! —exhaló la diva con sus últimas fuerzas.

—Tendámosla en el diván —sugirió Leo.

Maria Vanotti era sorprendentemente pesada. Leo no pudo evitar acordarse de que Julia la había comparado con una ballena. Cuando por fin la tumbaron sobre el canapé, Leo y Claire Pauly casi se habían quedado sin fuerzas. La *signora* había cerrado los ojos y ya no reaccionaba; quizá estaba inconsciente.

—¿Va a quedarse en Viena —preguntó Leo a Claire en voz baja— después de todo lo que… ha pasado?

La última parte de la pregunta se prestaba a interpretaciones. Claire esbozó una leve sonrisa.

—No lo creo, inspector. Tampoco creo que continuemos con las sesiones de espiritismo, sobre todo ahora, después de la muerte de Richard.

—Probablemente el señor Doyle estaría encantado de colgarle también el sambenito de este asesinato al espíritu de Reichenbach —dijo Leo—. Sería entonces su tercera víctima.

Claire hizo un gesto despectivo.

—A ese Doyle le falta un tornillo —susurró para que Maria Vanotti no pudiera oírla—. Como a todos los británicos, por cierto. No se cansa de ver fantasmas. Debe de ser por los castillos y el mal tiempo que tienen allí.

—O por su gastronomía —bromeó Leo—. Seguro que les causa más de una pesadilla.

En cierto modo, a Leo le caía bien Claire Pauly. Era una canalla de sangre fría, pero, a diferencia de Annegret Wildmoser, la directora del orfanato, la estadounidense conservaba una cierta humanidad.

Claire se acercó a la cómoda.

—Me vendría muy bien un trago. ¿Le apetece un coñac?

—Con mucho gusto —aceptó Leo.

Claire abrió un compartimento del mueble y sacó una botella y dos copas de cristal de Bohemia.

—Para mí tampoco es fácil, créame... —empezó Leo. Justo en ese momento vio algo que había en la cómoda.

«¿Qué demonios...?»

Miró con más detenimiento; no se había equivocado: era una calavera.

Claire Pauly se le acercó con dos copas llenas hasta arriba y le sonrió. De repente, esa sonrisa le pareció a Leo extraordinariamente fría y calculadora.

—Hagamos un brindis, inspector.

Claire le entregó a Leo su copa, donde el pesado líquido marrón trasegaba de un lado a otro.

—Por Richard y el resto de los espíritus infelices que rondan por los rincones de Viena.

Leo volvió a mirar la calavera.

Y de repente creyó saber de quién era.

Más o menos a la misma hora, Augustin Rothmayer deambulaba por los interminables patios y pasillos del Hospital General de Viena en busca de una respuesta.

El Hospital General, situado en el distrito de Alsergrund, era un laberíntico edificio de grandes dimensiones. Proyectado en su día para albergar el mayor asilo de pobres de la ciudad, contaba ya con doscientos años de existencia, durante los cuales había sido sometido a incontables reformas y ampliaciones. Sus numerosos patios

acristalados estaban repletos de camillas y carritos de suministros. Legiones de médicos enfundados en bata blanca, enfermeras y musculosos auxiliares de enfermería pasaban a toda prisa junto a Augustin. Nadie reparaba en su presencia, de la misma manera que tampoco él conseguía detener a ningún miembro del ajetreado personal para preguntarle cómo podía llegar a su destino.

Quería ver al profesor Eduard Hofmann y lo había ido a buscar al Instituto de Medicina Forense, que, al igual que el Instituto de Patología, formaba parte del Hospital General. Pero, al parecer, el profesor se encontraba con los patólogos de la Spitalgasse. Así que Augustin había ido hasta allí, solo para darse cuenta de que se había perdido. Probablemente su extravío se debiera también a que no podía quitarse de la cabeza cierto pensamiento.

Se le había ocurrido una idea durante su charla con la señorita Wolf en el Cementerio Central. El hecho de que el Nachtkrapp llevara consigo tres cráneos de niño era muy extraño. Además, cierto comentario de Julia había hecho sonar una alarma en la cabeza de Augustin. Pero solo era una corazonada. Y para disipar dudas, tenía que hablar con el profesor Hofmann.

Entretanto ya había cruzado varios patios más y volvía a estar otra vez en el Instituto Forense, que en realidad creía haberlo dejado a su espalda. Augustin soltó un sonoro exabrupto. ¡Aquello parecía un castillo encantado! En el Cementerio Central de Viena, que era mucho más grande, se movía como pez en el agua porque sabía dónde estaban todas las tumbas, pero cuando tenía que caminar por calles o edificios se perdía.

Justo cuando estaba a punto de volver al área de patología, apareció Eduard Hofmann. El profesor salía de un acceso lateral colocándose a toda prisa la bata blanca sobre la camisa y el chaleco, y portando un manojo de llaves enorme en la mano. Miró asombrado al sepulturero.

—Señor Rothmayer, ¡qué alegría! ¡No esperaba verlo por aquí! ¿Ha venido para hablarme por fin de ese nuevo libro que está escribiendo? He encontrado un editor que...

Augustin le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—Ya habrá tiempo para eso en otro momento, profesor. Apenas estoy empezando a redactarlo.

—¡Pájaro tempranero, desayuna el primero, señor Rothmayer! —advirtió Hofmann levantando el dedo—. Los fantasmas están de moda. Ya verá como pronto vendrá alguien y escribirá una novela de espíritus o vampiros y le tomará la delantera. He oído hablar de un tal Bram Stoker en Inglaterra que...

—En otra ocasión, profesor, y no se lo tome a mal —lo interrumpió Augustin—. En realidad venía por... —titubeó—, bueno,

tengo una consulta un poco delicada acerca de una investigación.

—¿Sobre su nuevo trabajo? ¡Vaya, vaya! —Hofmann sonrió—. Será un placer ayudarlo. ¿De qué se trata esta vez?

—Se trata de calaveras. Porque usted sabe mucho de calaveras, ¿no es cierto? Sobre todo de una en particular… —Augustin dejó caer esto último poniendo cara de inocente. Silbó entonces una melodía clásica muy conocida que finalizó imitando un redoble de tambor.

Hofmann palideció.

—Pero… pero… ¿qué le hace pensar que yo…?

—Bueno, los sepultureros de Viena salimos de vez en cuando a tomar una copa juntos —dijo Augustin Rothmayer con una sonrisa sarcástica—. Charlamos, nos contamos cosas… Cosas sobre muertos…

Hofmann quiso replicar, pero Augustin no le dejó.

—Mire, profesor, por mí puede trincar tantos cráneos como quiera. Solo quiero hacerle unas preguntas, nada más.

—Esto… —Hofmann carraspeó—, ¿qué le parece si continuamos esta conversación en otro lugar, esto… en el lugar del crimen, por llamarlo así? Iba hacia allí de todos modos.

—Encantado, profesor. ¡Será un inmenso honor!

Augustin siguió a Eduard Hofmann a través de varias plantas y pasillos del Instituto Forense. Se detuvieron ante una discreta puerta, situada al final de un corredor lleno de muebles.

—Amplío mi colección constantemente, ya lo sabe —explicó Hofmann mientras buscaba en el manojo la llave correcta—. Aún no está abierto al público, es más bien una especie de… museo privado. Y, sí, hay algunas piezas que no son aptas para ser mostradas a todo el mundo. —Frunció el entrecejo—. Hace poco, un prometedor estudiante de primer año vomitó en el suelo, justo delante de los siameses. ¡Los jóvenes de hoy en día son tan flojos! Pero me imagino que usted, con su experiencia de sepulturero, no tendrá ningún problema. Pase, se lo ruego…

Se abrió la puerta y Augustin entró en el sanctasanctórum de Hofmann. Había oído hablar mucho de esa colección, e incluso había adquirido alguna que otra pieza de su fondo, pero nunca había visitado el Museo de Medicina Forense. El sepulturero sospechaba que solo unos pocos habían tenido ese placer. El profesor era un celoso guardián de su colección.

El museo constaba de media docena de salas conectadas entre sí. En ellas se exponían rarezas humanas clasificadas en vitrinas, como las que se podían encontrar en el Gabinete de Curiosidades del Wurstelprater, pero con la diferencia de que los fines eran aquí exclusivamente científicos. Olía a desinfectante, pero también se percibía un débil aroma que el sepulturero conocía demasiado bien.

El olor a carne descompuesta.

Augustin veía esqueletos con la columna vertebral retorcida, cráneos exageradamente grandes que recordaban globos inflados, muestras de rostros deformes colgadas de una pared, con narices bulbosas, ojos saltones, labios leporinos y bocas abiertas. En una vasija llena de alcohol, no mucho más alta que media pierna, flotaba una criatura más parecida a un gnomo que a un ser humano. En otro recipiente, Augustin descubrió un embrión momificado que parecía un hombrecillo de la luna. Mientras ambos recorrían las salas, el profesor entraba en éxtasis:

—Es asombroso lo que puede llegar a crear la naturaleza humana, ¿verdad? Algunas de estas piezas son de mi predecesor, el venerado Carl von Rokitansky. Las otras las he ido añadiendo con los años. Ahora mismo, el inspector Herzfeldt está haciendo gestiones para que el fotógrafo enano del Prater encuentre aquí su hogar definitivo. —Hofmann hizo una pausa al recordar algo—. Era amigo suyo, ¿verdad?

—Gustl se habría alegrado —dijo Rothmayer. No quería contrariar al profesor—. ¡Un honor para cualquier enano!

Hofmann señaló una sala que todavía estaba vacía.

—Aún nos queda espacio. Por cierto, aquí irá nuestra famosa colección de hímenes. Creo que es la mayor de Europa. ¿Le gustaría verla?

—Se lo agradezco, profesor, pero me interesan más los cráneos.

—Tiene razón, disculpe, ya me lo ha dicho antes. —El profesor Hofmann limpió nervioso los cristales de sus quevedos—. Verá, el cráneo al que se refiere no tiene nada de especial, o al menos, no exteriormente. No lo he etiquetado. Dudo que nadie, salvo yo, sepa reconocer a quién pertenece. Algo así no puede apreciarse desde fuera, es decir, el genio… Acompáñeme.

Volvieron a la primera sala, donde estaban expuestos los esqueletos. En el rincón de la vitrina, colocada sobre un bloque de mármol blanco, había una calavera.

—Este es —dijo Hofmann con voz devota—. El cráneo de Haydn. —Respiró hondo—. ¡Joseph Haydn, el gran compositor vienés! ¿Qué habría sido de la música hoy sin él? Probablemente no existirían Mozart, Schubert ni Beethoven… ¡Haydn fue el padre espiritual de todos! Seguro que conoce la historia de su cráneo.

—Sé que el cráneo fue extraído de la tumba poco después del entierro de Haydn en el cementerio de Hundsthurm —dijo Augustin—. Fue el secretario del príncipe Esterházy, un tal Rosenbaum. Puso la calavera en un pequeño mausoleo que tenía en su jardín. Al parecer, alguien lo descubrió allí más tarde y entonces fue a parar a manos de su predecesor, el profesor Rokitansky. No hay sepulturero que no conozca la historia. —Se rascó la nariz y continuó—: Oficialmente fue entregado a la Sociedad de Amigos de la Música hace unos años, pero

creo que era otro cráneo. ¿O me equivoco…? —Miró acechante al profesor.

Hofmann respiró hondo otra vez.

—No podía separarme de él, eso es todo. ¿No lo entiende? ¡Era el cráneo de un genio! Así que le entregué a la sociedad un cráneo distinto. —El profesor miró suplicante a Augustin—. No sé cómo se habrá enterado, señor Rothmayer, pero, por favor, no se lo diga a nadie. ¡El escándalo sería mayúsculo!

—Como le he dicho, no me interesa el cráneo, aunque venero a su antiguo dueño. Lo que me interesa es el motivo por el que el señor Rosenbaum lo robó hace casi noventa años.

Augustin miró la calavera, en la que había varias zonas marcadas con un trazo muy delicado, como si fueran los territorios de mapamundi.

—Me gustaría saber más —continuó— sobre las majaderías que se contaban entonces, y que hoy siguen contándose como si fueran verdades científicas. ¿Hay ciencia detrás, profesor? ¿O no son más que tonterías? ¿Cuál es su opinión?

—Qué curioso que me lo pregunte. —El profesor frunció el ceño —. Hace poco vino a verme un hombre. Quería saber un montón de cosas al respecto. Dijo que era para una investigación privada que estaba llevando a cabo. Me dijo su nombre, pero… —Hofmann sonrió —, era un nombre falso. Reconocí al tipo. Me pareció divertido que investigara un tema tan extraño, quiero decir, ¡teniendo en cuenta a qué se dedica! Puede que pensara que solo así podría conseguir una cita conmigo.

—¿Y quién era? —quiso saber Augustin.

Hofmann se lo dijo.

—Mmm, realmente asombroso… —Augustin se quedó en silencio un rato mientras pensaba—. Pero será mejor que primero me cuente más sobre el cráneo —dijo por fin—. Ya sabe, para la investigación de mi libro.

Cuando, al cabo de una media hora larga, ambos salieron del museo, Augustin Rothmayer ya había atado algunos cabos. El profesor le había confirmado su teoría. Sin embargo, el sepulturero no entendía por qué aquel hombre, precisamente, se había interesado tanto por la cuestión.

Ni por qué había acudido al profesor Hofmann con una identidad falsa.

¿Querría ocultar sus verdaderos motivos? También podía ser que hubiera una explicación mucho más inocente. Un melómano curioso, nada más.

Augustin decidió hacerle una visita. El hombre no vivía lejos de allí. Le haría algunas preguntas, y, luego, ya vería. Se acordó entonces

de que le había prometido a la señorita Wolf que hablaría con ella en cuanto supiera algo más, así que pidió papel y lápiz al profesor Hofmann y escribió unas notas.

—¿Sería tan amable de hacer llegar esta carta a una dirección? —pidió a Hofmann cuando terminó—. ¿Por recadero, quizá? Le haría un gran favor a una dama.

—¿Una carta de amor, señor Rothmayer? —preguntó Hofmann sonriente—. Nunca deja de sorprenderme.

Augustin no le respondió.

Tras despedirse, tomó la Spitalgasse hasta el Ring, donde el sol del atardecer ya se ocultaba detrás de las casas señoriales. Si se daba prisa, en una o dos horas sabría más cosas.

No podía imaginar que caminaba directo a la perdición.

XX

—¿De dónde ha salido ese cráneo?

La voz de Leo sonó gélida. Había retrocedido un paso y Claire Pauly lo miraba confundida. El inspector todavía estaba en el gran salón con piano del apartamento de Maria Vanotti.

—¿Qué cráneo? —preguntó Claire.

—Ahí, en la cómoda. —Leo señaló en esa dirección y la norteamericana se volvió.

—¡Ah, eso! Bonito ejemplar, ¿verdad? Al parecer es de un druida celta que fue víctima de las terribles masacres romanas. —Claire dio un sorbo a su coñac y miró entonces a Maria Vanotti en el diván, que parecía estar volviendo en sí de su desmayo—. Los druidas eran grandes brujos y podían ver a los espíritus, ¡sus cráneos atesoran mucha fuerza! De vez en cuando los utilizo en las sesiones para contactar con el más allá. Muchos médiums lo hacemos. —Enarcó una ceja y entregó a Leo su copa—. ¿Por qué lo pregunta?

—¡No me venga con tonterías! —exclamó Leo entre dientes—. Guárdese ese cuento para sus estúpidas sesiones de espiritismo. Se lo vuelo a preguntar: ¿de dónde ha salido ese cráneo?

—No creo que sea asunto suyo —replicó Claire con descaro.

—¡Por supuesto que lo es! ¡Porque eso es un cráneo infantil! ¡Y uno muy especial!

—¿Un cráneo infantil? —Claire volvió a dirigir la mirada a la cómoda—. Me temo que se equivoca, inspector. —Se acercó al mueble y cogió la calavera con las puntas de los dedos—. Mire, es demasiado grande para ser de un niño. La extraña forma a la que se refiere apunta más bien a algún tipo de culto que…

—¡Es de un hidrocéfalo, por Dios! ¡Es el cráneo de un niño con hidrocefalia y con los dientes salidos! Igual que el muchacho desaparecido hace poco. Se lo preguntaré por última vez: ¿de dónde ha salido ese cráneo?

Antes, al descubrir la calavera en la cómoda, Leo había pensado que solo podía tratarse de una casualidad: ayer había descubierto tres cráneos infantiles en un saco de lona y ahora se encontraba con otro cráneo de niño. Podría tratarse de algo común entre esos espiritistas chiflados, pero era la forma particular de la calavera lo que lo había desconcertado. Una forma que conocía a raíz de una fotografía descolorida. Una fotografía que Julia le había mostrado, y en la que aparecía un niño con hidrocefalia y sobremordida.

La fotografía de Sepperl, el hijo de la criada de los Czerny.

Leo se estremeció. Tenía la sensación de que había topado de repente con un oscuro secreto. Un secreto mucho más siniestro y extraño de lo que había imaginado. Hasta ese momento había dos casos separados: uno relacionado con el espíritu de Reichenbach, y el otro con un chiflado que secuestraba a chicos de la calle para extraerles el cráneo. Y ahora, de repente, en el salón de la *signora* Vanotti, los dos casos parecían estar estrechamente unidos. ¿Era eso posible?

¿Buscaba Leo en ambos casos al mismo asesino?

—El cráneo es un regalo que me hicieron —sonó desde el canapé la débil voz de Maria Vanotti—. Claire no tiene nada que ver. Me lo regalaron hace poco.

—¿Quién se lo ha regalado? —preguntó Leo con creciente impaciencia—. ¿Un admirador? ¡Responda!

—El profesor Siegfried Schneider —respondió despreocupada Maria Vanotti—. El profesor cree en el poder espiritual de esos cráneos. Me dijo que tenía muchos más. Quería traerlos a nuestras próximas sesiones. —Sonrió sin fuerzas—. ¡Qué caballero tan agradable, el profesor! Y muy entregado al espiritismo, casi obsesionado, diría.

La respuesta de la *signora* Vanotti fue un mazazo para Leo. De pronto recordó la descripción que la señorita Wildmoser había hecho del Nachtkrapp.

«Un tipo extraño… Cuando hablaba parecía… instruido, como un profesor. Y olía raro, a humedad, como un libro viejo…»

Leo pensó en lo que Siegfried Schneider, un hombre alto y bien parecido, había dicho en la primera sesión espiritista: «Estoy seguro de que, dentro de unos años, la parapsicología ocupará un lugar destacado entre las ciencias…». Y recordó también lo que Franz Exner, el yerno de Hermine Schuh y colega de la universidad de Schneider, había dicho sobre la pasión del profesor: «Su última ocurrencia fue pasearse por las aulas con un péndulo en la mano… ¡El tipo es un fanático en toda regla!».

Tambaleándose, la *signora* Vanotti se levantó del diván.

—Creo que también necesito un coñac. ¡Y doble! ¿Me sirves uno, Claire, si eres tan amable? —Dirigió una mirada cariñosa a Leo, que no se había movido de delante de la cómoda—. ¿Qué ocurre, inspector? Está blanco como un fantasma. ¡Bébase el coñac! Verá qué bien le sienta.

En las profundas entrañas de su guarida, el Nachtkrapp se inclinaba sobre un cráneo y, con un pincel, limpiaba los restos de tierra de la pálida frente. Cogió un paño y sacó lustre a la calavera como si fuera una bola de billar, sopló de nuevo sobre la bóveda craneal y el hueso frontal, y a continuación depositó la pieza en la

estantería junto al resto. Los cráneos estaban perfectamente alineados, clasificados y etiquetados con pequeñas letras y números cuyo significado solo un iniciado podría desentrañar. El Nachtkrapp se reclinó en su asiento y contempló satisfecho su colección.

Estaba casi completa.

Solo esperaba que no le hubieran seguido la pista en su huida. ¡Maldito inspector sabidillo! También pensó que alguien podría haber forzado la entrada de su laboratorio. No estaba muy seguro, pero sentía su aliento en la nuca.

Cada vez los tenía más cerca. Tenía que cancelar el plan, recoger, limpiar huellas...

El Nachtkrapp gimoteaba como un niño pequeño. Aquello era... ¡tan injusto! Estaba a punto de completar su gran obra. Y con ello entraría también en la historia, ¡sus libros estarían en las universidades y bibliotecas de todo mundo! Lo que otros habían empezado hacía mucho tiempo, él lo estaba completando ahora. Su nombre figuraría en las portadas de las publicaciones científicas más importantes.

«Unas últimas mediciones más, un par de cráneos más..., quizá en otro lugar.»

¡Entonces por fin lo comprenderían! Sería respetado y venerado, también por la única persona que siempre rondaba por su mente y que, sin embargo, nunca estuvo ahí para él, nunca fue accesible. Nunca en su vida.

Igual que un espíritu.

El Nachtkrapp reprimió una carcajada. Le sorprendió que justo ahora, después de todo lo que había pasado, estuviera pensando en un espíritu.

Todavía no tenía claro qué iba a hacer con ese chico malo y travieso que le había arrojado orina a la cara. En realidad, el muchacho había sido una captura accidental, un estúpido contratiempo. Esos tres chicos de la calle lo habían estado observando y tuvo que actuar con rapidez. Después lo lamentó, y tal vez solo había tenido la intención de resarcirse de algo con el joven, pero entonces se dio cuenta de que el amor que había mostrado hacia el muchacho había sido un error. El muy fresco lo había traicionado y humillado, como todos los demás en el pasado. Como una amarga bilis, los recuerdos volvieron a aflorar.

«Bébete la meada... ¡Bah, apestas! ¡Arrodíllate, ¿me oyes?! ¡Arrodíllate! Y ahora, abre esa boquita golosa, a ver qué te parece...»

Se sacudió y los recuerdos se desvanecieron, pero seguían acechándolo en los linderos de su conciencia, como perros rabiosos.

«¡Bájate el pantalón! ¿Ves el cinto? Si gritas, te daré con él en ese culo gordo que tienes, ¿me oyes? Y ahora, de rodillas... Más tarde

fregarás la habitación y después lamerás el suelo, también por las esquinas…»

Nervioso, el Nachtkrapp se puso a ordenar otra vez los cráneos y los organizó en filas, a un lado y a otro. El trabajo lo tranquilizaba, siempre lo tranquilizaba. Casi tanto como la larga espera entre medias, la calma…

Por desgracia, la tranquilidad se veía perturbada una y otra vez por los ruidos ahogados que el tipo de atrás en la esquina emitía a través de su mordaza. ¡Era muy molesto!

El Nachtkrapp se dio la vuelta y examinó a su presa, a la que había atado a una tubería de calefacción. Estrujado en el suelo yacía un tipo extraño, vestido de negro, con un chambergo de ala ancha. El hombre le había hecho un par de preguntas sospechosas, pero, por suerte, la conversación había tenido lugar en un sitio apartado. No había tardado en reducir a ese bicho raro y le había plantado la esponja en la cara. Al parecer, no había puesto suficiente anestesiante, o quizá el tipo, aunque fuera reseco como un arenque, aguantaba más que los demás.

Podía ayudar un poco, la verdad.

El Nachtkrapp aguzó el oído. Unas voces llegaban hasta allí. Estaba muy lejos, pero a la vez muy cerca. Le gustaba ese estado. Pero no podía quedarse allí para siempre, tenía que volver al trabajo. Volver a su laboratorio.

Cogió el frasco de éter y la esponja y se acercó al tipo flacucho, que se retorcía en sus ataduras como un pez atrapado en una red. Ponía los ojos en blanco y profería juramentos imperceptibles bajo la mordaza. ¡Era tan gracioso!

—Chsss, chsss, tranquilo —susurró el Nachtkrapp—. Pronto tendrás dulces sueños. Lo que daría yo por tener unos sueños tan dulces como los que te esperan…

Le apartó la mordaza de la boca por un breve momento.

—Maldito hijo de puta, te voy a… —jadeó el hombre.

Entonces, el Nachtkrapp volvió a estamparle la esponja en la boca y apretó. Hubo una breve sacudida y volvió a reinar la tranquilidad. La cabeza del hombre se inclinó hacia delante.

El Nachtkrapp guardó la esponja y el frasco de éter en su maletín. Acto seguido abandonó su pequeño escondite y volvió al trabajo.

Primero tenía que ocuparse del chico y, después, del tipo del chambergo. Pero cada cosa a su tiempo.

Trabajar en los cráneos de los dos acallaría por fin la tormenta en su cabeza.

Un último y tenue arrebol vespertino se extendía sobre los magníficos edificios de la Ringstrasse de Viena. Las blancas columnas, arcadas y ventanas con arco de medio punto de la nueva universidad

centelleaban con un ligero tono rosado mientras las farolas de gas se iban encendiendo poco a poco. Leo se detuvo un momento ante el edificio de inspiración renacentista construido hacía pocos años y se volvió hacia los cuatro guardias que esperaban sus órdenes.

—No sé cómo va a reaccionar nuestro hombre —dijo el inspector —. Uno de ustedes tendrá que vigilar la salida. El resto, síganme.

Subieron apresuradamente la ancha escalinata, donde se cruzaron con varios estudiantes que pusieron cara de asombro. Hubo murmullos aquí y allá. Al fin y al cabo, no era frecuente que varios policías vestidos con la típica guerrera de color verde oscuro irrumpieran en la universidad.

Leo se volvió hacia el bedel, que estaba sentado detrás de la entrada principal, en una hornacina acristalada.

—¿Dónde da clase hoy el profesor Siegfried Schneider? —preguntó Leo.

El hombre, ya mayor, parpadeó sorprendido y, ayudándose con el dedo índice, revisó el listado de clases que tenía sobre la mesa.

—Un poco tarde para armar tanto alboroto, ¿no creen?... Veamos... A estas horas ya no queda ninguna clase.

—Creo que es más bien una conferencia —aclaró Leo—, sobre espiritismo.

—¡Ah, esos que empujan vasos! —bromeó el bedel—. Haberlo dicho antes. ¿Viene a contactar con su abuelo, o quizá con su excelencia la archiduquesa María Teresa?

—Limítese a decirme dónde se celebra la conferencia —lo interrumpió Leo y le mostró su insignia.

El bedel se dio cuenta entonces de que detrás de Leo había también tres policías con casco de hojalata.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó con curiosidad.

—El número del aula, por favor —insistió Leo.

—Vale, vale. No seré yo quien impida al Cuerpo de Guardia ir a empujar vasitos. Por lo visto se ha puesto de moda.

El portero volvió a mirar el listado y le indicó el camino a Leo.

Atravesaron el patio porticado, donde apenas quedaban estudiantes a esas horas. La penumbra ya invadía las columnas y las hornacinas decoradas con plantas. Un pasadizo conducía al primer piso; Leo se apresuró a subir las escaleras. No sabía por qué iba con tanta prisa. La clase no terminaba hasta dentro de media hora, así que seguro que el profesor Schneider seguía allí.

Previamente, la casera de Schneider había informado a Leo de la celebración del acto. Después de llamar por teléfono desde el ático de la *signora* Vanotti para pedir refuerzos, Leo se había dirigido al apartamento del profesor. Allí, acompañado por los agentes de policía, había registrado por encima la habitación de Siegfried Schneider

mientras la indignada casera le exhortaba a no revolver nada. Leo no tenía ninguna orden de registro, pero alegaría fuerza mayor. Al fin y al cabo, existía la sólida sospecha de que el profesor Schneider era el criminal conocido como Nachtkrapp.

Ese monstruo que mataba niños y se quedaba con sus cráneos.

Leo estaba bastante seguro de que el cráneo infantil que el profesor le había regalado a la Vanotti era el del pobre Sepperl. El muchacho había desaparecido junto con Alex Czerny, al igual que Jossi, quien había mencionado al Nachtkrapp poco antes de morir. Además, Schneider coincidía con la descripción del sospechoso y tenía un móvil: como espiritista, le atraían los cráneos de los muertos, y la Vanotti había hablado de la amplia colección de calaveras que tenía Schneider. ¿Podía incluso estar detrás de los asesinatos de Lichtenstein, Landing y el fotógrafo del Prater?

Leo podría haber esperado a que el profesor hubiera vuelto a casa después de la conferencia, pero habría sido demasiado arriesgado. ¿Y si Schneider volvía a salir de caza esa noche? Al orfanato ya no podía ir, pero había niños sin hogar en todas las esquinas de Viena, o al menos en los distritos más periféricos. Por ello Leo había decidido intervenir aquí mismo, en la universidad.

Entretanto ya habían llegado al piso superior. Leo se apresuró a mirar los números de las aulas, pero no fue necesario. En la entrada de una de ellas había un letrero de cartón que anunciaba la conferencia sobre espiritismo.

LAS POSIBILIDADES DE LA «PARAPSICOLOGÍA».
INICIOS DE UNA NUEVA CIENCIA.
CONFERENCIA A CARGO DEL PROFESOR
SIEGFRIED SCHNEIDER

—Vosotros dos, quedaos junto a la puerta —susurró Leo a los guardias, y se dirigió al tercero, un agente veterano de aspecto experimentado—: Tú te vienes conmigo. Trataremos de llamar la atención lo menos posible, pero debemos estar preparados por si se escapa.

Sin llamar, Leo abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido. Al otro lado había un aula alargada con capacidad para unas sesenta personas, y más de la mitad de las sillas estaban ocupadas. Entre el público había estudiantes jóvenes, pero también muchos hombres y mujeres de mediana edad que parecían de clase acomodada. Leo vio que entre la multitud sobresalían rígidas chisteras y varios sombreros de señora adornados con flores de tela. En la primera fila reconoció a la baronesa Eleonore von Drasche-Wartinberg, que seguía la conferencia con su perro en el regazo.

De pie frente al atril, recio y robusto como un viejo roble, estaba

Siegfried Schneider. Leo se dio cuenta entonces de lo alto que era el profesor, una presencia imponente. Sobre el estrado recordaba a un predicador de los tiempos del Antiguo Testamento relatando los horrores del Apocalipsis.

—¡La separación entre este mundo y el más allá es un mito de la modernidad! —decía Schneider, grandilocuente—. Si nos fijamos en los pueblos antiguos, los celtas, los sumerios, los babilonios…, todos estaban convencidos de que los difuntos seguían estando entre nosotros. ¡Y es posible establecer contacto con ellos! Qué gran consuelo, pues, para quien ha perdido a su amado cónyuge, a su esposa enferma de tuberculosis, a sus hijos fallecidos a temprana edad… Todos siguen ahí, y podemos sentirlos. Y, sí, ¡podemos hablar con ellos!

Una mujer vestida de negro sollozaba en voz alta y otros oyentes asentían con semblante serio. En la última fila, una anciana apretaba contra su pecho una fotografía descolorida. Cuando se la llevó a la boca para besarla, Leo vio que en ella aparecía un joven y apuesto oficial vestido con uniforme de guardia; probablemente fuera un hijo caído en acto de servicio. Entonces se dio cuenta de lo que significaba el espiritismo para aquellas personas.

Consuelo.

¿Era criticable que estafadoras como Claire Pauly proporcionaran ese tipo de consuelo aunque solo fuera un engaño? ¿Aunque Doyle, el británico, hablara de mundos ocultos? El gran mundo del espiritismo comenzaba con un inofensivo vasito empujado, con una inexplicable música de violín, con voces del más allá. Era una fuente de consuelo, de acuerdo… Sin embargo, también implicaba a un siniestro asesino que coleccionaba cráneos de niños para, al parecer, comunicarse a través de ellos con el mundo de los espíritus.

Había llegado el momento de poner fin a ese horror.

Unos primeros oyentes miraron hacia atrás al darse cuenta de la presencia de Leo y el guardia. Comenzó un murmullo en el aula y el profesor Schneider tuvo que interrumpir su charla. Dejó a un lado su manuscrito y echó un vistazo a su alrededor en busca del origen del alboroto. Cuando por fin descubrió a Leo de pie junto a la puerta, una mirada de ira se encendió detrás de sus quevedos.

—Inspector —dijo Schneider con voz intensa y atronadora—, si desea escuchar mi conferencia, le ruego que tome asiento, como el resto de los asistentes. —Entonces se percató de la presencia del guardia uniformado—. Por el amor de Dios, ¿qué es esta pantomima? ¿Por qué ha venido con la policía?

Leo habría preferido esperar a que terminara la conferencia, pero no le quedó más remedio que actuar.

—Profesor, debo pedirle que me acompañe —dijo.

—¿Se puede saber el motivo? —replicó Schneider con una risa burlona.

Leo lanzó un suspiro y alzó las manos en señal de disculpa.

—Mejor se lo explico fuera…

—¡Queremos escuchar la conferencia! —gritó Eleonore von Drasche-Wartinberg—. No es la primera vez que viene usted a alterar una de nuestras pacíficas reuniones. ¡Esto es del todo inapropiado, inspector!

El perrito lanzó un gañido, como si quisiera reafirmar la reprimenda de su ama.

Leo empezó a caminar lentamente hacia el estrado, y el guardia lo siguió.

—Profesor, vuelvo a rogarle que… —comenzó de nuevo el inspector.

—¿Por qué ha venido la policía? —preguntó un señor mayor vestido con sombrero de copa y frac. Se levantó y miró a Leo con desprecio—. Exijo una explicación. Esto es un acto público, y no una reunión de maleantes.

Cuando Leo llegó al atril, Siegfried Schneider le lanzó una mirada hostil y dijo:

—No se atreva…

—Profesor —susurró Leo—, se lo ruego. De lo contrario tendré que…

En ese momento, Eleonore von Drasche-Wartinberg se le acercó sosteniendo al perro con el brazo.

—Le contaré a mi marido lo inapropiado de su comportamiento —lo amenazó la mujer—. Suele ir a cenar con el director general de la policía. Ya veremos lo que opina del comportamiento tan prepotente de sus subordinados.

—Con todos mis respetos, señora, esto no es ninguna demostración de prepotencia, sino una intervención policial…

De repente, el perrillo arremetió contra él.

—¡Fuera, chucho! —exclamó Leo, que le dio un cachete al animal. El perro gimoteó y Eleonore, espantada, lo dejó caer.

Entonces se instaló el caos. El perro se puso a ladrar como si se hubiera vuelto loco mientras Eleonore gritaba como una posesa. La gente se levantó de sus sillas y Siegfried Schneider se abrió paso por delante de Leo hacia la salida. Llevaba consigo los folios manuscritos de su discurso.

—¡Alto! —gritó Leo, pero el corpulento hombre siguió caminando.

—¡Alto, en nombre de la ley! —repitió Leo.

El policía que lo acompañaba arremetió contra el profesor. Siegfried Schneider cayó al suelo gritando y las hojas manuscritas

volaron en todas direcciones. Alarmados por el tumulto, los otros dos guardias entraron corriendo en el aula y trataron de contener a los asistentes que querían salir de allí. Los ánimos estaban alborotados, la gente gritaba y metía ruido. El policía veterano forcejeaba con el profesor Schneider. Y Eleonore von Drasche-Wartinberg tiraba de su perro gruñón, que se había aferrado con los dientes a la pernera del pantalón de Leo.

Justo entonces Leo tuvo claro que la misión se le había ido catastróficamente de las manos.

XXI

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

Muchas historias de fantasma giran en torno a personas que en su día fueron emparedadas vivas y cuyos gemidos, gritos y lamentos pueden oírse aún hoy. Cuentan que debajo del antiguo glacis por el que hoy discurre el Ring hay unos viejos pasadizos subterráneos donde, durante el sitio de Viena de 1683, quedaron sepultados marineros turcos, y que allí, por desgracia, murieron asfixiados. Durante las obras de construcción del Ring se descubrieron numerosas casamatas y, bajo sus bóvedas, esqueletos con sables oxidados y fragmentos de piezas de armadura.

¿Cuántos pasadizos tan espeluznantes habrá todavía bajo el suelo de Viena? ¿Cuántas historias de fantasmas aguardan todavía a ser descubiertas?

Las palomas revoloteaban sobre la cabeza de Leo. En un momento dado, arrullaron y se posaron a sus pies. El inspector rebuscó en la bolsa de papel las últimas migajas de pan y las arrojó a los pájaros, que empezaron a picotear ávidamente. Los más valientes se posaron en el respaldo del banco del parque, donde permanecieron a la espera.

—Lo siento —dijo Leo—. No me queda más pan. Buscad a otro desempleado ocioso.

Arrugó la bolsa de papel y levantó la mirada hacia un corrillo de ancianos que, apoyados en sus bastones, disfrutaban del sol matutino en el Volksgarten cultivando, por lo demás, el proverbial mal humor vienés. De repente se sintió muy viejo, o al menos con muchos más años de los treinta y dos que tenía. Le parecía que su vida profesional ya había terminado y que a partir de entonces se sentaría en el parque a dar de comer a las palomas todos los días.

Justo entonces, una de ellas defecó en su americana.

«Lo que me faltaba —pensó Leo, y se limpió el excremento como pudo con el pañuelo—. Estoy de mierda hasta el cuello...»

La Jefatura de Policía se encontraba a unos doscientos metros de distancia de allí, y sin embargo le parecía inalcanzable. Hacía apenas una hora había tenido que aguantar el peor sermón que le habían

echado en su vida. Se lo habían dado Stukart y Leinkirchner a dos voces. La misión del día anterior en la universidad había resultado un completo fracaso para el inspector. El profesor Siegfried Schneider había sufrido varias heridas durante la refriega con el guardia. En medio de ruidosas protestas, Leo lo había trasladado a la Jefatura en un transporte para arrestados. El posterior interrogatorio reveló que Schneider tenía una coartada incontestable para la citada noche frente al orfanato: había asistido a un encuentro de confraternización de antiguos compañeros de estudios hasta las tres de la madrugada. Más de media docena de participantes así lo habían confirmado, incluido el cochero que había llevado de vuelta a casa a los exalumnos ebrios. El cráneo en cuestión se encontraba ahora en el Instituto Forense, donde Eduard Hofmann estaba comprobando su antigüedad y autenticidad. En el interrogatorio, el profesor Schneider declaró bajo juramento que había adquirido la singular calavera para su colección hacía años en un hospital de Linz.

Y por si eso fuera poco, Siegfried Schneider había pedido a un abogado amigo suyo que estudiara la legalidad del registro llevado a cabo en su vivienda. Durante la hora que había durado la jeremiada de Stukart, el director general de la policía en persona le había llamado por teléfono porque varias personalidades de las altas esferas se habían puesto en contacto con él en relación con lo ocurrido en la universidad, entre ellas el barón Von Drasche-Wartinberg.

Inmediatamente después, el jefe superior Stukart comunicó a Leo la suspensión temporal de sus funciones.

Estaba acabado.

Unas pocas palomas se acercaron esperanzadas y Leo las ahuyentó con gestos cansados. Barajaba la posibilidad, a pesar de lo temprano que era, de irse a una taberna a emborracharse, cuando vio una figura familiar que se acercaba desde la entrada del Volksgarten. Leo parpadeó sorprendido cuando el hombre se le acercó.

No era otro que el jefe superior Moritz Stukart. Sin mediar palabra, Stukart se sentó en el banco junto a Leo, sacó una bolsa de papel y empezó a dar de comer a las palomas. Ni siquiera miró al inspector.

—¿Sabe que hay gente que viene al Volksgarten a envenenarlas? —dijo mientras observaba las aves—. ¡Es escandaloso! Las pobres no hacen daño a nadie.

Arrojó varios mendrugos de pan a las arrulladoras palomas, que se picoteaban entre ellas para hacerse con el mejor botín.

Leo carraspeó y dijo:

—Supongo que este encuentro no es casual. ¿Cómo me ha encontrado?

—No sabe usted la de compañeros suyos que lo primero que

hacen es ir al Volksgarten después de ser suspendidos. Es una especie de ritual. La Jefatura no queda lejos y es el primer lugar que se le ocurre a uno para ir a pasar el día cuando lo suspenden de trabajo. —Stukart sonrió—. Supongo que también habrá pensado en la taberna para ir a emborracharse, ¿verdad?

Leo permaneció en silencio y el jefe superior estiró las piernas sosegadamente.

—Además —continuó—, me apetecía dar de comer a las palomas, necesitaba salir y despejarme. Y también quería tratar un par de asuntos que han quedado pendientes acerca de su futuro profesional.

—¿Se refiere a alguna nueva misión? —preguntó Leo señalando a las palomas que picoteaban en el suelo—. ¿Cazar al asesino loco de palomas, tal vez? ¿O pretende enviarme a regular el tráfico en el Praterstern?

—¡No se ponga tan melodramático, inspector! —Stukart suspiró—. ¿Qué cree que debería haber hecho? Si se hubiera quedado en el despacho, Leinkirchner se lo habría comido vivo. Solo me he limitado a sacarlo de la zona de peligro.

—Es usted todo un caballero, jefe superior.

Moritz Stukart rio con brusquedad y siguió arrojando migajas a las palomas.

—Parece que hemos vuelto al punto de partida. Ese Nachtkrapp nos lo está poniendo muy difícil. Si no resolvemos pronto el caso, los periódicos nos culparán a nosotros. ¡Esos asesinatos de niños son una atrocidad! —Negó con la cabeza—. Y ese pianista, Landing, tampoco parece que él haya sido el asesino de mi amigo Theo.

—Probablemente, no —admitió Leo—. Es más, todo apunta a que el verdadero criminal se quitó de en medio a Richard Landing. Quizá el pianista descubrió algo y trató de chantajearlo. Por lo visto tenía muchas deudas de juego.

—¡Por Dios, Herzfeldt! —Stukart alzó la voz provocando la huida de las palomas—. Le pedí que resolviera el caso como un favor personal y, en vez de eso, se entromete en las investigaciones de Leinkirchner, se pierde en sospechas infundadas…

—Olvida que andaba tras la pista de ese loco asesino de las calaveras —apuntó Leo, ofendido.

—Al que todavía seguimos buscando. ¡Ahora tenemos dos asesinos!

—O puede que solo uno —dijo Leo.

Stukart frunció el ceño y miró al inspector a los ojos por primera vez.

—¿A qué se refiere? —preguntó el jefe superior.

—Bueno, cuando pensaba que Siegfried Schneider era el Nachtkrapp, de repente todo encajaba. Un profesor lunático y amante

del espiritismo anda detrás de cráneos infantiles. Entonces, el doctor Theodor Lichtenstein lo descubre de alguna manera; al fin y al cabo, ambos coincidieron en la misma sesión espiritista. Piense en la última partida de ajedrez que usted jugó con su amigo Theo, justo después…

—Mmm… —Stukart cabeceaba pensativo—, Theo dijo que sabía alguna cosa, algo tan dramático que no quiso contármelo. Probablemente tenía miedo.

—Miedo de su futuro asesino —confirmó Leo—. Al principio pensé que Richard Landing era el culpable y que mató por amor, porque Theo le había visto el juego a Claire y quizá incluso conocía su relación secreta con Richard. —Suspiró pensativo—. Pero con el profesor Schneider todo parecía encajar mucho mejor, en un sentido más amplio. Pensé que Lichtenstein había descubierto que Schneider había hecho algo malo. ¡Lo de las calaveras, precisamente! Entonces Schneider había eliminado a Theo. Y no solo a él, sino también a Richard Landing, quien quizá iba tras él para chantajearlo…

—¿Y qué me dice de la fotografía que alguien filtró a la prensa —preguntó Stukart—, del fotógrafo de espíritus muerto y del sombrero de copa encontrado en la cripta?

—Admito que todavía no sé cómo poner todo eso en su lugar. Si no fue Landing quien envió la fotografía al periódico y eliminó al fotógrafo de espíritus por ser un cómplice incómodo, entonces, ¿quién? El profesor Schneider, seguro que no.

—¡Maldita sea, no encaja nada! —exclamó Stukart negando con la cabeza—. Me temo que ha cometido algún error de fondo en este caso, Herzfeldt. Tenía muchas esperanzas puestas en usted. —Arrugó la bolsa de papel vacía y se levantó—. A lo mejor necesita unas vacaciones. ¿Por qué no se lleva a la señorita Wolf a la montaña o a la costa, a Trieste, por ejemplo? También puede ocuparse de su madre. He oído que está de visita en Viena.

—Eso no serían lo que se dice unas vacaciones —farfulló Leo en voz baja.

Moritz Stukart ya se había dado la vuelta para irse, pero se giró de nuevo hacia Leo.

—Naturalmente, también puede investigar en privado. Lo que haga durante sus vacaciones no es asunto mío.

Leo aguzó el oído.

—¿A qué se refiere?

—El asesino de mi amigo Theo sigue campando a sus anchas y no queda nadie en la Jefatura que pueda hacerse cargo del caso, y menos si la víctima es un judío. Tal vez debería usted observar más de cerca a Siegfried Schneider.

—Pero su coartada… —replicó Leo.

—¿Conoce la fraternidad Teutonia, de la que Schneider es

miembro? Son una panda de antisemitas. —Stukart resopló furibundo—. No admiten a judíos y se pasan el tiempo echando pestes contra la gran conspiración sionista mundial. Son un clan muy unido. ¡Ah! A propósito —esbozó una sonrisa cansada—, olvidé decirle que el director general quiere que se disculpe con Schneider personalmente. No levantará la suspensión hasta que lo haga. E incluso así, tampoco es seguro. —Se llevó la mano al sombrero—. Tengo que volver al despacho, inspector. Disfrute de sus vacaciones, ya hablaremos. ¡Y salude a la señorita Wolf de mi parte! Por cierto, hacen ustedes muy buena pareja.

Tras despedirse, el jefe superior Stukart se dirigió hacia la salida del Volksgarten seguido por una bandada de revoloteantes palomas.

Leo se quedó sentado en el banco durante un buen rato, perplejo por las palabras con las que Moritz Stukart acababa de despedirse. Lo habían suspendido temporalmente, pero el jefe superior le había ordenado que continuara su investigación. Leo tenía claro que Stukart no podría respaldarlo si algo salía mal. ¿Qué debía hacer? ¿Y si la coartada de Schneider fuera falsa? En cualquier caso, no podía quedarse con los brazos cruzados.

Se levantó del banco, se sacudió las migas del pantalón y dio una vuelta por el Volksgarten, que a esa temprana hora de la mañana estaba frecuentado sobre todo por señores mayores con bastón y jóvenes parejas de enamorados. La atmósfera estaba bañada por el aroma de las rosas que florecían por todo el recinto. El aire fresco y el ejercicio ayudaron a Leo a pensar.

Una pareja de tortolitos que se acercaba cogida de la mano le dio por fin una idea. El profesor Schneider no podía, por decirlo suavemente, ver a Leo ni en pintura, pero con Julia era distinto. En la sesión de espiritismo, el inspector se había dado cuenta de que ese viejo solterón se mostraba receptivo a los encantos de las mujeres más jóvenes. Así que, si iban a visitarlo los dos, quizá podrían conseguir algo. Además, Leo tendría que humillarse de todos modos ante Schneider si quería volver al cuerpo de policía en algún momento. Y cuanto antes lo hiciera, mejor. Quizá podría averiguar más cosas sobre la calavera y sobre dónde la había conseguido Schneider. El profesor podría no ser el Nachtkrapp, pero Leo intuía que le había ocultado algo durante el interrogatorio del día anterior.

«Y descubriré de qué se trata. De lo contrario, Stukart no habría apostado por mí, ¡maldita sea!»

No se rendiría. Y, por supuesto, tampoco se iría de vacaciones.

Primero iría a ver a Julia, pero a solas, sin ese Harry Sommer ni ningún otro petimetre revoloteando a su alrededor. Y cuando todo hubiera pasado, la paz volvería a su relación. Un hotelito en las afueras de Viena, excursiones por el bosque, tiempo para estar

juntos… ¿Qué le acababa de decir Stukart?

«Por cierto, hacen ustedes muy buena pareja.»

Con el ánimo renovado y paso decidido, Leo se dirigió hacia uno de los coches de punto que esperaban frente a la salida del parque.

A escasos tres kilómetros de allí, la Gorda Elli ordenaba el correo.

Estaba en su habitación del Dragón Azul, engullendo bombones y abriendo los sobres con un abrecartas. Últimamente recibía más correspondencia. Era como si todo el mundo quisiera algo de ella. Había facturas, invitaciones a bailes, airados y amenazadores escritos de ciudadanos respetables… Aparte de eso, seguían llegando cartas de clientes que creían haber encontrado el amor de su vida en una de las chicas, hombres que prometían a sus putillas el oro y el moro y juraban sacarlas de allí para darles una vida mejor.

¡Y una mierda!

Elli gruñó. Ninguna de sus chicas estaba obligada a quedarse, pero todas sabían lo que tenían en el Dragón Azul: una cama caliente, buenas compañeras y un sueldo decente. Elli era generosa y solo trabajaba con las mejores del ramo.

Por ello le fastidiaba tanto no haber captado a Julia para ejercer la profesión más antigua del mundo. La joven era deslumbrante, sabía cantar y bailar, pero sobre todo tenía ese algo que tanto gustaba a los hombres. En verdad, Elli quería ayudar a Julia. Le caía bien, tal vez un poco más que las otras chicas. En los últimos años, Julia se había convertido casi en una hija para ella.

Pero en la vida nada es gratis.

Con el dinero que Julia podría ganar como moza de fortuna podría pagar todos los tratamientos que su hija necesitaba. Tal vez creyera que Elli no sabía nada de sus visitas a los médicos, pero no conocía a la madama.

Elli lo sabía todo de todo el mundo.

Las fotografías que Julia hacía a escondidas a los ricos clientes del Dragón eran la salvaguarda de Elli. Nadie se atrevía a burlarse de ella, ya fueran banqueros, catedráticos o alcaldes. Julia recibía de Elli una cierta cantidad por las fotografías, pero ganaría mucho más como prostituta. O, mejor dicho, ¡como elegante cortesana! Elli soñaba con verla algún día luciendo un elegante vestido azul y una máscara en el rostro, bailando lascivamente, con los clientes rendidos a sus pies. Los hombres reaccionaban ante Julia como ella misma ante el chocolate.

Se relamió los labios y se llevó otro bombón a la boca.

Pero había algo que la Gorda Elli no soportaba, y era que Julia estuviera liada con un aristócrata estirado que, para colmo, era policía. ¿Es que no se daba cuenta de que el tipo era un vividor? Últimamente Julia iba demasiado a su aire, o así lo creía Elli. Se pasaba el día de un lugar a otro haciendo fotografías para la bofia

mientras las chicas cuidaban de Sisi; además, ya casi nunca cantaba ni bailaba. Y luego estaba ese tipo raro con chambergo de ala ancha. Al parecer, un sepulturero del Cementerio Central de Viena, que Julia solía visitar con Sisi…

«¡Vaya mierda!»

Elli casi había llegado al final de la pila de cartas, cuando cayó en sus gordas manos un sobre de pequeñas dimensiones. Parpadeó extrañada. Entonces vio que era para Julia. Y cayó en la cuenta: la carta la había traído ayer un recadero. En la dirección constaban las iniciales «A. R.». ¿Un nuevo pretendiente? ¡La cosa empezaba a gustarle!

Llamaron a la puerta. Elli lanzó un quejido y se levantó. El turno de Bruno no empezaba hasta la tarde, así que tenía que ocuparse ella de recibir a los clientes.

Al abrir, vio a su excelencia el policía estirado. ¡El que faltaba!

—Usted otra vez —refunfuñó Elli—. Se está volviendo un poco pesado. Esto no es ninguna cafetería.

—¿Puedo hablar con Julia? —dijo Leo—. ¡Es importante!

—Claro, claro, siempre es importante. Se nota que es usted alemán, siempre con prisas. —La mujer se hizo a un lado—. Suba a verla de una vez. Prefiero que venga ahora que por la tarde, así no alborota a los clientes.

—Gracias.

Leo subió a toda prisa las escaleras.

La Gorda Elli lo siguió con la mirada y frunció el ceño. Después volvió a su mesa y metió el sobrecito con la inscripción «A. R.» debajo de la pila.

—Siempre tiene que pasar algo —murmuró—. No la dejan a una en paz.

Si Julia se pensaba que podía estar en misa y repicando, que no se extrañara si las cartas le llegaban con algo de retraso.

Apenas quince minutos después estaba Leo sentado con Julia en un coche de punto de camino al Ring. Le había contado apresuradamente lo sucedido la noche anterior, incluido su cese temporal. Fuera, el tiempo había cambiado. El sol se había ocultado tras unas nubes, la atmósfera estaba cargada y olía a lluvia.

—O sea, que has metido la pata hasta el fondo —resumió Julia el relato de Leo mientras el carruaje avanzaba por la Neulerchenfelder Strasse—. Si lo he entendido bien, no solo has puesto en tu contra al profesor Siegfried Schneider, a los compañeros Leinkirchner y Stukart, y al mismísimo director general de la policía, sino también a un montón de gente muy poderosa.

—Ahora sí que me iría bien la ayuda de un espíritu —protestó Leo—. Tal vez debería reconsiderar la propuesta de Doyle. Todas mis

hipótesis han caído en saco roto. Lo único que tengo es esa calavera, que supongo que será del pobre Seppi.

—Y ni siquiera eso es seguro —objetó Julia—. Solo espero que no sea de verdad su cráneo. —Se quedó pensativa—. Entonces, ¿Stukart te ha pedido que investigues la coartada de Schneider?

Leo asintió.

—No le gustan esas fraternidades universitarias antisemitas. Según él, los viejos caballeros de Schneider podrían estar encubriendo al profesor. Creo que tendríamos que insistir de nuevo por ahí.

—¿Tendríamos? —reaccionó Julia extrañada—. Me parece que ya sé por qué estoy en este coche contigo.

—Seguro que te imaginas lo que puede pasar si me presento en casa del profesor después de lo sucedido… Pero el director general quiere que me disculpe, así que tengo que ir de todos modos. Entonces he pensado que, si vienes tú también, tal vez puedas ablandar al viejo o tirarle un poco de la lengua.

—Así que volvemos a salir juntos… para trabajar. Muy romántico…

—Julia, te juro que cuando esto termine pediré unas vacaciones más largas y nos iremos de viaje…

—Con Sisi, ¿verdad? —quiso dejar claro Julia.

—Ah, con Sisi, por supuesto —dijo Leo, que en realidad no había pensado en la niña—. Bueno, tal vez Bruno y las chicas podrían cuidar de ella un tiempo…

—Olvídalo —respondió ella secamente.

Giraron por el Universitätsring y se dirigieron al edificio de la universidad. Leo confiaba en que Siegfried Schneider tuviera hoy clase y pudieran esperarlo en algún sitio. El bedel lo saludó con una sonrisa.

—¿De visita otra vez, inspector? ¿Qué aula desea asaltar hoy?

—Hoy vengo de visita privada. —Leo señaló a Julia—. Mi señora esposa cree que debo disculparme con el profesor por las molestias que le he causado.

—Bueno, podría haber sido peor… —El bedel ojeó el listado—. Mmm, ahora mismo no tiene ninguna clase. Pruebe en su despacho, quizá tenga suerte.

El hombre le dijo el piso y el número de puerta, y Leo alzó su sombrero.

—Gracias, muy amable.

Cuando se hubieron alejado, Julia lo miró irritada.

—¿Mi señora esposa…?

—Perdona, es lo primero que me ha salido. Pensé que sería lo más creíble —dijo él, y le guiñó un ojo—. No volverá a ocurrir.

Poco después estaban frente al despacho de Schneider, en la segunda planta, cerca del aula donde se había celebrado la

conferencia la noche anterior. Leo llamó a la puerta. Al momento se oyó la voz ronca de Schneider:

—Hoy no hay tutorías. Vuelva mañana.

A pesar de la clara indicación, Leo abrió la puerta. El profesor Siegfried Schneider estaba sentado a una mesa grande y desgastada sobre la que se apilaban montones de libros, tazas de café vacías y viejos mapas enrollados. El profesor reaccionó como si hubiera visto un fantasma. Y Leo también quedó perplejo por un momento.

Schneider sostenía una calavera en las manos.

—¿Usted? Pero... ¿cómo se atreve?

El profesor tenía un ojo morado y varios arañazos en la cara. Tan enfadado como asustado, retrocedió con la silla.

—No se me acerque...

—Esto..., he venido a disculparme —dijo Leo, que no podía apartar la vista de la calavera que Schneider tenía en las manos. Al menos no parecía un cráneo infantil.

—Pero entre, haga el favor —dijo una segunda voz—. Veo que viene acompañado de la señorita Wolf. *How pleasant*!

Al girar la cabeza, Leo vio al hombre que hasta ese momento había permanecido oculto junto a la puerta. Estaba sentado en un cómodo sillón y fumaba un grueso puro. Con la otra mano balanceaba un vaso de whisky.

—¡Señor Doyle! —exclamó Leo sorprendido—. ¿Qué hace usted aquí?

—*Well*, he venido a visitar a un amigo del espiritismo. Somos, ¿cómo se dice?..., espíritus afines. Acaba de pedirme que lo tutee... En inglés no nos complicamos tanto —bromeó Doyle—. ¿Así que ha venido a disculparse, míster Herzfeldt? Siegfried acaba de contarme lo sucedido ayer. Acudir con un par de policías para propinar una paliza a un señor mayor no es precisamente jugar limpio, ¿no cree? *Not very British*!

—Por eso quería disculparme —replicó Leo.

—¡Métase sus disculpas donde le quepan! —saltó Siegfried Schneider—. ¿Cree que no sabía que lo han cesado? Las noticias vuelan. Y ahora viene aquí a arrastrarse para recuperar su puesto de trabajo. ¡Pues ya puede dar media vuelta y no volver!

Leo se preguntó quién le habría comunicado a Schneider su cese cuando apenas hacía unas pocas horas que se lo habían anunciado. Por lo visto, la red de viejos camaradas de la fraternidad era muy amplia.

—Profesor Schneider —intervino Julia—. Conozco a Leo, créame. Le cuesta mucho pedir perdón, pero cuando lo hace, es porque le sale de dentro. —Sonrió y miró a Leo—. ¿No es cierto, cariño?

—Eh, por supuesto —dijo Leo—. Tal vez ayer me excedí un

poco…

—¿Que se excedió un poco? ¡No me haga reír! —Schneider se señaló el ojo morado—. Casi no veo. He tenido que suspender mis clases esta semana…

—¿Me permite?

Julia se acercó a Siegfried Schneider y le palpó la mejilla. El profesor se sobresaltó, pero pronto suavizó la mirada.

—Mmm…, no tiene buen aspecto —continuó ella en tono compasivo—. ¿Ha probado a ponerse un buen filete crudo y frío? Hace maravillas. Después puedo ir a comprarle uno a la carnicería.

—Gracias, muy amable —murmuró Schneider, cuyo enfado se desvaneció con el contacto de Julia.

—En realidad no queríamos robarle mucho tiempo —volvió a empezar Leo—, pero para mí es muy importante pedirle perdón. Soy un hombre de honor, igual que usted, profesor.

—Deje de hacerme la pelota, por Dios —gruñó Schneider—. Hombre de honor… ¡bah! De acuerdo, acepto sus disculpas. Con tal de que se vaya…

—Creo que deberías decírselo —interrumpió Doyle al profesor—. Ya sabes lo que opino al respecto, Siegfried. Basta ya de secretos.

—¿Decirme qué? —preguntó Leo, que volvió a mirar la calavera que estaba encima de la mesa—. Profesor, si tiene alguna pista que pueda ayudarnos a encontrar al asesino…

Julia seguía de pie junto a Siegfried Schneider. Había sacado un pañuelo y le estaba humedeciendo las heridas resecas de la cara.

—Oh, Dios, ¿qué se supone que debo hacer? —murmuró el profesor, a quien el tratamiento le estaba sentando muy bien—. Puede que tengas razón, Arthur. Es inquietante, y probablemente la policía debería saberlo… —El profesor Siegfried Schneider hizo de tripas corazón y, al fin, se animó a hablar—: Como ha sido suspendido de empleo, asumo que ha venido a título personal. ¿Puedo contar con su discreción?

—Tiene mi palabra de honor de que ni una sola sílaba saldrá de este despacho —respondió Leo—. Y hablo también en nombre de la señorita Wolf.

—En ese caso… —Schneider se aclaró la garganta—. En realidad, aquella noche no estuve jugando a las cartas con los viejos camaradas de la fraternidad…

—¿Así que la coartada es falsa? —estalló Leo.

—¡Déjeme terminar! Si insinúa que he tenido algo que ver con ese chiflado, se equivoca. Estaba… en otro lugar.

—¿Dónde? —preguntó Leo.

El profesor empezó con su explicación.

Una explicación tan extraña que Leo no estaba seguro de si se

encontraba metido de lleno en medio de una novela de fantasmas.

Un murmullo despertó a Augustin. Sonaba como el Danubio, una corriente perpetua, mansa y silenciosa. Era como si estuviera en el fondo del río, movido por la corriente. De vez en cuando llegaban anguilas y le mordisqueaban sus dedos. Se había ahogado, estaba muerto...

Abrió los ojos. No, no estaba muerto. Pero por un momento no tuvo claro si una muerte rápida no habría sido lo mejor en ese estado. Seguía atado a ese tubo, que desprendía un calor desagradable; probablemente se trataba de un conducto de calefacción. Apenas podía respirar a través de la sucia mordaza, y encima tenía un dolor de cabeza insoportable, tal vez causado por la esponja que el loco le había apretado contra la boca. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Cuánto tiempo había pasado? No lo sabía.

Ya se había despertado en una ocasión, pero el hombre lo había vuelto a aturdir de inmediato. Al menos ahora el tipo ya se había ido. Augustin estaba solo. Miró a su alrededor.

Era una habitación polvorienta iluminada por una solitaria lámpara de gas que colgaba del techo. La luz parpadeaba y le agudizaba el dolor de cabeza. En el resplandor intermitente vio unas cuantas cajas y arcones, y más atrás, en la penumbra, había una mesa con una estantería encima. Había tuberías por todas las paredes, grandes y pequeñas, gruesas y delgadas, como venas de acero; era como si Augustin se encontrara en el corazón de un cuerpo gigantesco. Los conductos gorgoteaban y, por encima de todo, reinaban un zumbido y un murmullo constantes.

¿Dónde diablos estaba?

Ya en su último despertar se había maldecido por lo estúpido que había sido. Se había metido de lleno en la boca del lobo y se había dejado sorprender como un colegial. Pero ¿quién podría haber imaginado que precisamente ese hombre era quien estaba detrás de todos esos crímenes tan horripilantes? Así lo demostraba la estantería situada encima de la mesa. Aunque estuviera en la penumbra, Augustin podía ver lo que había en esos estantes.

Eran cráneos humanos, alineados con esmero y etiquetados con números.

Muchos eran cráneos infantiles, otros eran más grandes, y todos estaban pulidos como bolas de billar. A la luz parpadeante, la materia ósea despedía un brillo tenue y las cuencas de los ojos parecían mirar fijamente a Augustin. Las calaveras sonreían como si se burlaran de él por su estupidez.

«Te creías más listo que nosotros, ¿verdad? ¡Uuuuh! Ahora el Nachtkrapp también viene a por ti. ¡Estamos esperando a que tu cráneo se reúna con nosotros! ¡Oh, no sabes cuánto...!»

Antes, después de despertar por primera vez y descubrir los cráneos, Augustin supo que había estado acertado en su sospecha. No había adivinado quién era el culpable, sino su motivo. Era obvio, ¡incluso un idiota podía verlo! Sin embargo, ¿de qué le servía eso ahora, si su propio cráneo no iba a tardar en adornar esa estantería? Estaba seguro de que eso era lo que el hombre pretendía hacer con él, tal como había hecho antes con los demás.

Augustin aguzó el oído. Se oía otra cosa aparte del murmullo, un ruido muy suave, pero perceptible.

Eran voces humanas.

El sepulturero se revolvió y tiró de las ataduras, trató de librarse de la mordaza, pero fue en vano. Volvió a prestar atención. Las voces venían de lejos y, a la vez, parecían muy cercanas.

«Extraño. O es que...»

Cambió de postura y pegó la oreja al conducto caliente de la calefacción. Las voces se oían ahora con más claridad, pero el murmullo las amortiguaba. Entonces, de repente, Augustin sospechó dónde podía encontrarse. El hombre lo había llevado no muy lejos del lugar donde lo había reducido. La salvación estaba cerca y, a la vez, muy lejos.

Inalcanzablemente lejos.

La última esperanza de Augustin era la carta que había escrito a Julia. En ella había anotado sus observaciones y, también, adónde había ido. La carta ya tendría que haberle llegado. Pero eso no significaba que ella lo estuviera buscando. Eso solo pasaría cuando Anna lo echara de menos en el Cementerio Central. Y cuando se lo dijera a Julia.

Anna y Julia eran ahora sus únicas esperanzas.

Si llegaban antes de que el hombre regresara y terminara su trabajo, se salvaría. Si no...

«Entonces al menos volveré a ver a mi mujer y a mi hija, a la que tanto me recuerda Anna. Si es que hay vida después de la muerte... ¿Quién sabe?»

Las calaveras miraban fijamente a Augustin, pero no le dieron ninguna respuesta.

—Tiene que ver con el barón Von Reichenbach —empezó el profesor Siegfried Schneider.

Seguían en el despacho de Schneider en la Universidad de Viena. Arthur Conan Doyle fumaba su grueso puro y Julia se había sentado a su lado.

—¡No quiero oír hablar otra vez de Reichenbach! —estalló Leo—. Esa historia de fantasmas es más vieja que las patillas del emperador Francisco José. Pensé que iba a contar algo más relevante...

—¡Atienda de una vez! —lo interrumpió Schneider—. ¡Lo que le

voy a explicar son hechos!

—Si usted lo dice…

Con un gesto de impaciencia, Schneider invitó a Leo a sentarse a la mesa. La calavera lo miraba desde allí.

—Como probablemente sabrá, el barón Karl von Reichenbach se dedicó a investigar el Od, la fuerza ódica o fluido vital —continuó el profesor—. Fue su pasión, la obra a la que consagró su vida. Para ello adquirió hace muchos años un palacio en el Cobenzl, donde se dedicó por entero a sus investigaciones.

—Ya lo sabía —asintió Leo—. Incluso he hablado en un par de ocasiones con la hija del barón, que trabaja como botánica en el Museo de Historia Natural. Pero no entiendo qué tiene que ver Reichenbach…

—Inspector —sonó la voz gutural de Doyle desde el sillón—, *the Germans are always so impatient! Just listen…*

Leo calló y Schneider continuó su relato.

—La *signora* Vanotti nos habló de Reichenbach, alguien debió de darle el dato. ¡Cuántas cosas podría contarnos hoy el barón a los vivos! Por desgracia, hasta el momento no se han organizado más sesiones de espiritismo, seguramente debido a la trágica muerte de Richard Landing. La *signora* quería mucho a ese joven.

—¿Así que la *signora* Vanotti le ha contado lo de la muerte de Landing? —preguntó Leo.

—Por supuesto —refunfuñó Doyle—, ayer mismo. Claire la está cuidando muy bien.

Leo no mencionó que Claire había tenido una aventura con Richard Landing ni que estaba detrás de la farsa de las sesiones espiritistas. Intercambió una mirada cómplice con Julia.

—Continúe, por favor —le pidió Julia al profesor.

Schneider carraspeó.

—La cuestión es que he hecho algunas investigaciones sobre el barón Karl von Reichenbach, y también sobre su palacio en el Cobenzl.

—Ahora es un hotel —apuntó Leo—. Mi madre está alojada allí, al igual que el señor Doyle.

—Una mujer encantadora, *by the way* —dijo el novelista y dio un sorbo de whisky—. Tiene un olfato especial para lo sobrenatural del que usted, inspector, por desgracia carece…

—Arthur me habló hace poco de los espeluznantes ruidos que su madre creyó oír en el hotel —dijo Schneider—. Eso me llevó a pensar que el espíritu de Reichenbach podría haberse refugiado allí tras el vituperio que había sufrido recientemente. Se habría ido a su antigua casa, por así decirlo.

Leo puso los ojos en blanco al escuchar el disparate espiritista,

pero dejó que Siegfried Schneider siguiera hablando.

—Por desgracia, la hija de Reichenbach se ha negado a hablar conmigo —dijo el profesor en tono resentido—. No quiere saber nada de espiritismo, cosa que lamento de veras. Pero tengo unos viejos planos del palacio. Por lo visto, en su día hubo allí una gruta artificial, un jardín de atracciones, galerías subterráneas y, por supuesto, el laboratorio donde Reichenbach experimentaba con el Od. Decidí visitar el lugar… —Siegfried Schneider titubeó un momento—. Fue hace dos días, el domingo, la noche que usted, Doyle y los demás fueron a la caza de ese loco.

—¿Y por qué no lo dijo durante el interrogatorio? —preguntó Leo.

—Porque no le habrías creído —dijo Julia.

—Así es —asintió Schneider agradecido—. Por eso hice que unos amigos y ese cochero prepararan una coartada falsa. Los viejos camaradas de la fraternidad pensaron que me había ido a un burdel… —Sonrió con cansancio—. Pero en realidad estaba siguiendo la pista de Reichenbach y el Od.

—Entonces, esa noche fue usted al Cobenzl… —Leo se incorporó y, sin querer, adoptó la postura con que solía hacer los interrogatorios —. ¿Qué pasó entonces?

—Había encontrado una entrada lateral en los planos antiguos —informó Schneider—. Estaba alejada del hotel y pensé que podía conducir a la gruta y al jardín de atracciones. Me pasé un buen rato buscando, hasta que por fin la descubrí. Estaba oculta bajo la hiedra y los helechos. Pero algo me llamó la atención.

—¿Qué fue? —preguntó Julia, agitada.

—Bueno, vi que alguien había estado allí antes que yo y había puesto la hiedra, supongo que como camuflaje, pero lo noté por la hierba pisoteada. Con la luz de mi lámpara pude distinguir un pequeño sendero que conducía al camino. Había una puerta oxidada con un candado. Cogí mis ganzúas y…

—Un momento —lo interrumpió Leo—. ¿Sabe utilizar ganzúas?

El profesor esbozó una leve sonrisa.

—Suelo visitar iglesias antiguas, criptas, ruinas, cementerios… Por los cráneos, ¿sabe? Estoy convencido de que a través de un cráneo se puede establecer contacto con su antiguo dueño. Es mi humilde pasión.

Leo y Julia volvieron a intercambiar miradas. Leo seguía sin estar convencido de la inocencia de Schneider, más bien al contrario. El profesor acumulaba cráneos como quien coleccionaba sellos, y también debía de frecuentar los cementerios. Coincidía exactamente con el perfil que andaban buscando.

Un loco coleccionista de calaveras.

—No fue difícil forzar la cerradura —continuó Schneider—. Al otro lado había una galería que parecía atravesar la montaña por debajo. De las paredes sobresalían antiguos soportes oxidados para antorchas, y a lo lejos se oía un murmullo, como si hubiera un río subterráneo. Y también un… leve gemido.

—¿Oyó un gemido? —intervino Julia—. ¿El gemido de un niño tal vez?

—No puedo decirlo con seguridad, era muy suave. Quizá procedía de… de otro mundo.

Schneider se mordió los labios al notar la mirada de Leo.

—Bueno, en cualquier caso —continuó el profesor—, al cabo de un rato llegué a una segunda puerta, que también estaba cerrada con un candado. Frente a ella, en el suelo, había una caja que alguien debía de haber dejado precipitadamente. Me picó la curiosidad y la abrí…

—¿Y? —preguntó Leo, que casi no podía aguantar más tiempo sentado en la silla—. ¡Hechos! ¡Necesitamos hechos! ¿Qué diablos había en la caja?

—Esto. —Schneider señaló el cráneo que había sobre la mesa—. Una calavera, sucia y todavía llena de tierra.

—¿Esta misma calavera?

—¡Oh, no! —El profesor negó con la cabeza—. Este de aquí es el cráneo de otro hombre que…, bueno, adquirí hace mucho tiempo. El que había en la galería estaba sucio, como si lo acabaran de robar de una tumba. No era nada especial, pero el hecho de encontrarlo en ese lugar… —Schneider se estremeció—. Entonces pasó algo muy inquietante. El cráneo… me advirtió.

—¿El cráneo le advirtió? —Leo rio en voz baja. Aquello se estaba volviendo cada vez más demencial—. ¿No lo dirá en serio?

—Sí, ya sé que cree que no son más que estupideces espiritistas, inspector. ¡Pero le juro que del cráneo salió algo! De repente sentí un miedo espantoso y supe que tenía que escapar lo antes posible. Me apresuré a cerrar la caja con la calavera, volví corriendo a la primera verja y volví a cerrar el candado a mi paso. Y, en efecto, justo cuando estaba a punto de volver al camino, alguien se acercó andando sobre la hierba alta, lo oí claramente. Me escondí detrás de los árboles y entonces lo vi… —El profesor se estremeció—. Era el Nachtkrapp.

—¿El Nachtkrapp? ¿Cómo sabe que era él? —preguntó Leo. Cada vez creía menos a Siegfried Schneider. Todo aquello le sonaba a cuento chino para desviar la atención.

—Por la gorra, inspector. Ayer, en el interrogatorio, usted me habló de esa gorra de marinero, ¿lo recuerda? Además, el hombre llevaba un abrigo negro con faldones muy largos que recordaban a las alas de un cuervo. —Schneider frunció el ceño—. El tipo también

silbaba una canción. Era una tonada que todavía recuerdo de mi infancia. Hace así…

Desafinando un poco, tarareó una melodía. De repente, la cálida voz de Julia se sumó:

—No salgas, pequeño Pinzga; no salgas, retozón… Que afuera cae el día y todavía no eres mayor —cantó ella asintiendo emocionada con la cabeza—. ¡Anna también me lo contó! Es la canción que silbaba el tipo que vio delante del orfanato. Y Jossi también habló de ella antes de morir. —Julia miró a Leo con expresión apremiante y le dijo—: ¡Santo cielo, Leo! ¡El tipo al que el profesor vio en el Cobenzl es realmente el Nachtkrapp!

A varios kilómetros de allí, en el Cementerio Central, Anna hurgaba afligida en su almuerzo. Había calentado la sopa de cebada que había sobrado de la cena y la acompañaba con un vaso de agua mezclada con jarabe de saúco. De vez en cuando miraba a Luci, que ronroneaba tendido en el banco.

—¿Dónde estará? —preguntó Anna al gato—. ¿Qué crees? ¡Estoy muy preocupada!

El gato no dijo nada, por supuesto, y dejó a Anna con sus preocupaciones.

La tarde anterior, poco después de que la señorita Wolf hubiera estado allí con Sisi, el señor Rothmayer había ido al Instituto Forense. Le había dicho a Anna que quería hacerle una visita al profesor Hofmann para tratar cierto asunto. Ella pensó que tal vez fuera por el nuevo libro sobre fantasmas que estaba escribiendo el señor Rothmayer, pero también por un par de nuevos e interesantes huéspedes que habían llegado. El sepulturero llamaba «huéspedes» a los difuntos que llegaban al Cementerio Central, como si fuera un gran hotel. A veces sucedía que los «huéspedes» eran trasladados a otro hotel; concretamente, al museo de curiosidades de Hofmann. Y tampoco era raro que Rothmayer prolongara sus reuniones con Hofmann, ya que ambos se llevaban de maravilla. Pero nunca se había ausentado una noche entera.

Anna volvió a mirar a Luci, que ahora se estaba limpiando a conciencia.

—¿Dónde estará? —preguntó en voz baja, más para sí misma.

Anna sintió que el miedo la roía por dentro como una rata de cementerio. Por la mañana se había consolado pensando que Rothmayer habría bebido más de la cuenta, como a veces hacían los hombres mayores, y se habría quedado a pasar la noche en casa del profesor Hofmann. Pero el sepulturero casi nunca bebía y, además, ya era mediodía. ¡Podría haber llamado por teléfono al administrador del cementerio para avisar!

De repente, a pesar del ronroneo del gato, Anna se sintió muy

sola. El señor Rothmayer podía ser un gruñón y un lunático, pero ella lo quería como al padre que nunca había tenido. Desde la muerte de su madre, él había sido su familia, mucho más que el administrador, su esposa y sus aseadas hijas, que la habían adoptado oficialmente. Anna pasaba muy pocas veces por el edificio de la administración, casi siempre estaba con el señor Rothmayer. Trabajaba con él, tocaba música con él, notaba su cercanía...

Y ahora no estaba.

Apartó el plato de sopa y acarició a Luci pensativa, que retomó su ronroneo. Le temblaban las manos.

—¿Qué hago, Luci? —murmuró—. ¿Qué hago?

Y entonces supo qué debía hacer.

No se quedaría sentada de brazos cruzados. Iría a avisar a los guindillas. Concretamente, al inspector Herzfeldt, que era el único policía del que se fiaba. Seguro que él la ayudaría. Él y la señorita Wolf.

Con renovado valor, Anna se levantó, se puso los zapatos y salió de la cabaña a toda prisa.

Solo le quedaba rezar para que el inspector estuviera en su despacho. Si no, lo esperaría. Con suerte, aparecería en algún momento.

Un oscuro manto de nubes grises cubrió el cielo del Cementerio Central.

XXII

A primera hora de la tarde de ese mismo día, un carruaje cerrado subía traqueteante por el camino de la colina del Cobenzl. Sus pasajeros, tres hombres y una mujer, iban en silencio y mirando por la ventanilla con gesto pensativo. Solo el caballero del bigote, vestido de tweed inglés, abría de vez en cuando un cuadernillo y anotaba algo en él.

—¿Puedo preguntarle qué está escribiendo? —inquirió Leo a Arthur Conan Doyle.

El británico sonrió y dejó a un lado el cuaderno y una pluma estilográfica dorada.

—¿A usted qué le parece? Estoy tomando notas sobre este caso. Algún día podría convertirse en un buen argumento para una novela. Puede que fuera un error dejar morir a Sherlock Holmes. Este caso le habría encantado.

—Bueno, siempre cabe la posibilidad de resucitar a los muertos —replicó Leo en tono de guasa—. Ya lo hemos visto una vez. ¿Por qué no hace lo mismo con su detective, señor Doyle?

—¡Mófese cuanto desee, inspector! —intervino el profesor Schneider desde su asiento—. ¡Llegará un día en que la parapsicología será reconocida como ciencia! Solo puedo decirle que realmente noté algo cuando encontré la calavera en la caja. Me advirtió y…

Se oyó un trueno y, acto seguido, la lluvia empezó a chisporrotear en el techo del coche de punto. La tormenta, que ya llevaba tiempo acechando, al fin estalló.

—Lo que nos faltaba —se quejó Julia mirando el aguacero—. Tendríamos que haber traído paraguas. Esperemos que el agua no emborrone ninguna posible huella.

—Si es que hay alguna… —Leo resopló—. Bueno, por lo menos no puede haber mejor recibimiento para un castillo encantado.

Leo todavía no acababa de creerse la historia de Schneider, por mucho que el profesor hubiera descrito al Nachtkrapp con bastante precisión, incluida la canción infantil silbada. Al menos Schneider no podía conocer ese detalle.

En la universidad, el profesor le había dicho a Leo que estaba a punto de salir para Cobenzl con Doyle; diez minutos más tarde y ya no los habrían encontrado en el despacho. Doyle incluso había conseguido dos lámparas, así como un montón de ganzúas nuevecitas y una pala plegable. Leo y Julia no pudieron hacer otra cosa que unirse a los dos hombres.

Entre los árboles asomaba el hotel que, bajo la lluvia torrencial, ya no le parecía a Leo tan bonito y lujoso como en su última visita. Los relámpagos refulgían sobre el estanque de los patos y no dejaba de tronar. Fuera no se veía un alma. El viento agitaba las contraventanas del edificio, tras las cuales se percibía una iluminación amarilla y rojiza. Leo se preguntó dónde estaría su madre. Wilhelmine había planeado ir de excursión a Schönbrunn, pero, con el tiempo de perros que estaba haciendo, quizá hubiera decidido quedarse en el hotel. En cualquier caso, ya tendría tiempo de ocuparse de ella más tarde.

Siegfried Schneider pidió al cochero que se detuviera en el bosque, por debajo del hotel. El hombre lo miró sorprendido:

—¿Con los chuzos que caen? Si lo que querían era darse un baño, podría haberlos dejado en el Danubio. Habrían tardado menos y les habría salido más barato...

—Usted no ha estado en Inglaterra —dijo Doyle afablemente—. Allí llamamos a esto *a lovely day*. Estas cuatro gotas no son nada cuando uno va ataviado con un buen tweed inglés.

Leo abrió la portezuela y la lluvia le golpeó en la cara. Sostuvo con fuerza el Homburg sobre su cabeza y salió de la berlina. Los demás hicieron lo mismo. En ese momento, Leo se dio cuenta de que Doyle sacaba un pequeño revólver del bolsillo de su chaqueta y comprobaba el tambor.

—Es por nuestra seguridad —gruñó el inglés—. Usted también lleva encima su pistola, ¿verdad, inspector?

—Bueno, como sabrá, me han suspendido de empleo temporalmente, así que también he tenido que entregar el revólver.

Esto último no era cierto. De hecho, sí que se había planteado ir a recoger el arma a la pensión, pero al final había decidido no hacerlo. En parte, porque no había tiempo, pero sobre todo porque sabía que todavía le costaba mucho apretar un gatillo.

El coche de punto partió de vuelta a la ciudad y el grupo se adentró en la espesura que había a un lado del camino. El profesor Schneider buscó varias veces por la zona hasta que, por fin, gritó:

—¡El sendero empieza aquí! ¡Podemos orientarnos por ese roble achaparrado! ¡Rápido, antes de que la tormenta nos arrastre!

Siguieron a Schneider por un estrecho camino casi imposible de reconocer a causa de la lluvia torrencial y las ramas que colgaban sobre sus cabezas. Tardaron un buen rato, pero al fin apareció ante ellos una peña escarpada. No era especialmente alta; de hecho, se trataba de poco más que de un montón de rocas apretujadas y cubiertas de árboles en la parte superior. De las rocas colgaba hiedra, que el profesor apartó a un lado.

Detrás había una verja baja y oxidada con un candado. Aliviado, Schneider asintió con la cabeza y dijo:

—Está cerrado por fuera, así que no debería haber nadie dentro.

—También puede haber otra entrada —dijo Doyle, y empuñó su pistola—. *We will see.*

Schneider sacó el manojo de ganzúas. Leo miró asombrado cómo el profesor abría el candado en pocos minutos. La puerta se abrió bamboleándose y emitiendo un chirrido.

—Vamos —dijo Leo, y entró, seguido por Julia—. Al menos ahí dentro estará seco.

Hacía frío en la galería, pero no había humedad. Al abrigo de la lluvia, encendieron las dos lámparas de queroseno que llevaban consigo. Leo entornó los párpados y echó un vistazo a su alrededor. El túnel coincidía exactamente con la descripción de Schneider. Parecía haber sido excavado en la roca hacía mucho tiempo. En algunos tramos era tan bajo que había que agacharse. A juzgar por el óxido de los soportes para antorchas, el pasadizo debía de haber sido más transitado en el pasado. Al cabo de un rato, llegaron a la segunda puerta descrita por Schneider.

—La caja no está —dijo el profesor—. Seguro que el tipo la habrá arrastrado de vuelta a su escondite. Menos mal que dejé la calavera dentro. —Se inclinó sobre el candado—. Este costará más de abrir…

—Déjeme a mí —dijo Leo, que acudió en su ayuda. Poco después, el arco de cierre saltó y el inspector comentó satisfecho—: No es usted el único que sabe forzar cerraduras, profesor. Aprendí durante mi formación criminalística en Graz.

—Un inspector dandi, boxeador y además revienta candados… —murmuró Doyle—. Sería usted un buen personaje de novela, míster Herzfeldt.

—Es usted muy amable, pero soy de carne y hueso.

Leo empujó la segunda puerta y tomó la delantera.

Esta vez el camino no fue largo. Terminó después de girar la primera curva, en una grieta que había en la roca. Había pedruscos esparcidos a los lados, como si alguien los hubiera retirado recientemente.

—¿Oís eso? —preguntó Julia.

Leo aguzó el oído. En efecto, se oía un murmullo constante, tal como había descrito el profesor Schneider. Provenía de la grieta. Sin embargo, no se oían gemidos.

—Según mis cálculos, ahora deberíamos encontrarnos justo debajo del hotel —informó Siegfried Schneider—, debajo del palacio del Cobenzl. Solo falta saber si la gruta…

Atravesó la grieta y se detuvo, sobresaltado.

—Dios del cielo —susurró—. ¡Es maravilloso!

Leo, que iba detrás, vio lo que había dejado tan impresionado al profesor. Frente a ellos se abría una gruta que parecía en parte natural

y en parte artificial. Tenía cinco pies de altura y estaba parcialmente construida con ladrillos. Había una pequeña piscina con una estatua en el centro y el fondo de la pila seca estaba cubierto de escombros y piedras. El murmullo se había vuelto más intenso. Leo miró hacia arriba y vio un pequeño salto de agua que brotaba de un agujero en el suelo de piedra y que acababa filtrándose en la roca.

—Esto explica el murmullo —comentó Doyle, que también miraba al techo—. Ahora, con la lluvia, es más intenso.

Schneider asintió entusiasmado.

—La gruta con la piscina. ¡Tal como aparece en los planos antiguos! De aquí partía una galería hacia el jardín de atracciones del palacio; quizá haya quedado sepultado. El laboratorio de Reichenbach estaba por aquí abajo. Creo que tendríamos que...

—¡Chsss! —chistó Julia colocándose el dedo índice delante de la boca—. ¡No hable y escuche, profesor!

Los hombres guardaron silencio y Leo volvió a aguzar el oído. Entonces oyó el ruido; no muy alto, pero sí claro.

Era el gemido de un niño.

—¡Viene de allí! —gritó Julia señalando un segundo pasadizo al otro lado de la gruta—. ¡Rápido!

Se adelantó a toda prisa con su lámpara, y Leo y los demás la siguieron. La galería que había detrás del pasadizo no era muy larga, parecía más bien un corredor del cual partían varias puertas. En la penumbra de la luz de queroseno, Leo vio que había cerrojos en tres de ellas. Parecían nuevos. Se oían gemidos detrás de la primera puerta de la izquierda.

Leo corrió hacia allí y abrió el cerrojo. Al otro lado había una celda completamente oscura. Hedía a orina. Julia alzó la lámpara y todos miraron al interior de la estancia, donde solo había una mesilla, una caja y una cama.

Sobre el lecho, un muchacho tendido.

Estaba atado con unas cuerdas al armazón de la cama. La ropa que llevaba puesta, que parecía cara, estaba hecha jirones y él estaba pálido como un fantasma. Parpadeó por el resplandor repentino de la lámpara y al principio no pareció reconocer nada de lo que sucedía a su alrededor, pero entonces miró a sus salvadores con los ojos abiertos como platos. No podía articular ninguna palabra.

—¿Eres Alex Czerny? —preguntó Julia.

El joven asintió. Estaba llorando.

—Él... se ha llevado las velas —susurró el chico al cabo de un rato. Su voz era débil y entrecortada—. Me ató y se llevó las velas. Dijo que vendría a por mi cráneo más tarde. Porque... porque soy un niño malo y muy travieso. Estaba tan oscuro... tan oscuro...

—¿Hay más niños aquí? —preguntó Leo.

—No… no lo sé. A veces se oyen gritos…

Con la lámpara en la mano, Leo volvió corriendo a la puerta.

—¡Quédate con él! —le gritó a Julia—. Vamos a registrar el resto de las habitaciones.

Doyle esperaba en el pasillo con la pistola desenfundada y Siegfried Schneider, pálido, estaba apoyado contra la pared.

—No entiendo nada… —susurró—. Si esto es el laboratorio de Reichenbach, entonces…

Leo no le hizo caso y se asomó a las otras dos celdas, que también tenían el cerrojo echado. El mobiliario era asimismo escaso, pero no había ningún niño. Las estancias restantes estaban vacías. Al final del pasillo había una puerta de aspecto macizo. Leo corrió hacia ella. Era de hierro y tenía un enorme pomo en el centro. Lo giró; parecía recién engrasado, al igual que las bisagras. La puerta se abrió sin esfuerzo. Leo entró y…

Se le heló la sangre.

—¡Dios mío! —fue todo lo que pudo decir.

Una escena de un horror inimaginable se reveló ante él.

Inmóvil, como petrificado en la entrada de la habitación, Leo intentaba encontrar una explicación a lo que veían sus ojos.

En el centro había una plataforma de acero que se parecía sospechosamente a una de las mesas de disección del profesor Hofmann, y de la pared colgaban hachas y sierras de carnicero. En el suelo había varias cubetas metálicas que contenían un líquido turbio; a Leo le pareció ver flotando en ellas varios bultos informes. Los recipientes emanaban un olor cáustico. Justo enfrente había otra mesa junto a la cual pendía una gran lámina ilustrada. En ella había decenas de cráneos humanos reproducidos de frente, de lado y por detrás. Tenían ciertas zonas sombreadas con líneas y numeradas con cifras romanas, y en la parte inferior de la lámina pudo distinguir una leyenda. Sobre la mesa había libros abiertos y numerosas hojitas con anotaciones. Entre medio, una calavera que todavía tenía restos de tierra miraba sonriente a Leo.

—¡El laboratorio de Reichenbach! —dijo con voz apagada el profesor Schneider, que había entrado a la habitación después de Leo y Doyle—. Noto su espíritu…

—¡Deje ya de decir estupideces, por Dios! ¡Maldito espiritista! —estalló Leo—. ¿Es que no se da cuenta de lo que ha pasado aquí? Ese loco trajo a los niños, los encerró y después…

No pudo terminar la frase. El simple hecho de imaginar lo sucedido ya era demasiado espantoso.

Se acercó a la mesa donde estaba la lámina ilustrada y la observó.

—¿Qué demonios es esto?

Doyle se puso a su lado y también la analizó.

—Franz Joseph Gall —murmuró finalmente el novelista, señalando con el dedo la leyenda en la que había un nombre escrito y, debajo, una fecha: 1801.

Leo lanzó una mirada interrogativa a Doyle y le preguntó:

—¿Lo conoce?

—Conocerlo sería demasiado decir —respondió Arthur Conan Doyle encogiéndose de hombros—. De joven estudié Medicina y ejercí de médico, aunque fue poco tiempo. En clase nos hablaron una vez de la frenología, la teoría de Gall sobre el cráneo. Siempre ha sido ampliamente rechazada, pero todavía hay chiflados que muerden el anzuelo.

—¿Y qué dice esa... teoría? —quiso saber Leo, al que le costó repetir el término que había mencionado Doyle.

—*Well*, en pocas palabras... —el británico señaló los cráneos con las zonas sombreadas—, los rasgos del carácter de una persona, sus dones naturales, pero también sus..., bueno, sus *bad habits* serían reconocibles, en teoría, por la forma del cráneo. Observe aquí.

Señaló uno de los cráneos de la lámina, donde eran reconocibles incluso pequeñas imágenes en lo que podían ser subdivisiones del cerebro. Las imágenes eran reproducciones de sencillas escenas con personas amándose o peleándose, empuñando un arma o bebiendo en exceso.

—Cada rasgo de la personalidad se corresponde con una zona determinada del cerebro —explicó Doyle—, y la forma del cráneo permite deducir lo marcado que puede llegar a ser ese rasgo. El cráneo lo dice todo de una persona, desde sus sentimientos más profundos hasta todo lo malo que alberga en su interior.

Leo escuchaba perplejo. Seguía sin explicarse qué hacía una lámina tan particular en ese horripilante laboratorio. En su confusión, sin embargo, todo parecía encajar con el perfil de un loco.

—¿Y aún hay gente que se cree estas tonterías? —inquirió Leo—. Me parece...

Pero justo entonces se acordó de lo que Loibl le había contado hacía unos días en el despacho. Un criminólogo llamado Cesare Lombroso estaba convencido de que era posible reconocer a los malhechores a partir de la forma de sus cráneos y aseguraba que podrían ser atrapados antes de que cometieran el delito. A Paul Leinkirchner en particular le entusiasmaba ese nuevo método policial. Leo se estremeció. ¿Qué abismos de maldad se abrían con semejante teoría? Como si se pudiera juzgar a las personas por adelantado, acusarlas de los peores vicios de carácter basándose en la forma de su cráneo y hacerlas responsables de crímenes que no habían cometido...

—¡El chico necesita un médico! ¡Rápido! —sonó la voz de Julia detrás de ellos—. Está muy débil y deshidratado. Además, sufre una

fuerte conmoción y… Oh, Dios mío, ¿qué es esto?

Acababa de entrar y miraba horrorizada a su alrededor.

—Parece el antiguo laboratorio de Von Reichenbach —dijo Leo—. Pero ahora… —Suspiró—. Es un abismo de la locura. Vamos a llamar a Leinkirchner y Loibl, hay mucho que hacer aquí.

Unas pocas horas más tarde, Leo y Julia estaban en el vestíbulo del hotel. Todavía no se habían recuperado de la impresión y bebían en silencio un refrigerio de agua de seltz con rodajas de limón que el gerente Adolf Becher les había preparado. La mesa a la que estaban sentados se encontraba en un reservado, de manera que no podían ser molestados por los huéspedes.

Becher había intentado en varias ocasiones sonsacarles algo sobre el misterioso hallazgo encontrado bajo el hotel, pero Leo le había ido dando largas. Sin embargo, era imposible ocultar que alguna cosa había pasado. Apenas había transcurrido media hora desde la llamada de Leo. Entonces se presentaron en el hotel tres vehículos de la policía de Viena, con Leinkirchner y Loibl al frente. De los carruajes salieron agentes en tropel, que registraron las galerías subterráneas y se incautaron de todos los objetos sospechosos. Julia había tomado fotografías, sobre todo de la última sala, donde estaban las cubetas de ácido, la mesa de disección y el panel con las ilustraciones.

—Es increíble —dijo Julia al cabo de un rato—. Todo apunta a que ese loco de verdad ha secuestrado a niños del orfanato para conseguir sus cráneos. —Se estremeció al pensar en su propia hija—. Quién sabe si lleva mucho tiempo haciéndolo…

—La mayoría de los chicos llevan desaparecidos unos dos años —explicó Leo—. Creo que fue entonces cuando el tipo empezó a actuar. Bueno, por lo menos eso explica por qué mi madre oyó un poltergeist dando golpes en el hotel. Probablemente fuera el Nachtkrapp en plena acción… Los ruidos del laboratorio han podido transmitirse por alguna tubería. Además, la habitación de mamá está en la planta baja, hacia el fondo, justo encima de las antiguas bodegas.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Julia—. Antes apenas podía quitármela de encima…

Wilhelmine había pasado casi todo el día en el hotel-palacio. Cuando llegaron los vehículos de la policía y ella vio a su hijo, se abalanzó sobre él y lo acribilló a preguntas. Estaba muy enfadada porque Leo, que a fin de cuentas era su hijo, le había revelado tan poco como al resto de los huéspedes. Por el momento el caso seguía estando bajo investigación y no se podía revelar ninguna información al público. A Julia se le removía el estómago solo de pensar que la prensa y, sí, su amigo Harry Sommer se pudiesen enterar de algo. No podrían ocultar para siempre lo sucedido, pero por lo menos sí hasta que la policía de Viena comunicara alguna conclusión.

—Arthur Conan Doyle está cuidando de mi madre —dijo Leo—. Le he pedido por favor que, por ahora, no hable del asunto. A ver si lo consigue… —Sonrió—. La verdad es que se llevan muy bien, casi parecen una parejita. Si papá supiera que mamá se ha echado un amiguito en el hotel… —Su rostro recuperó la gravedad de repente—. ¡Maldita sea! Estamos ante un caso diabólico. Es una verdadera locura… No consigo resolver este rompecabezas…

—¿Todavía crees que los dos casos están conectados? —preguntó Julia—, ¿los crímenes del fantasma y el Nachtkrapp?

Dio un sorbo al refresco de sabor ácido e hizo una mueca. De buena gana le pediría al gerente que le sirviera whisky. El alcohol le sentaría muy bien después de tanta agitación, y además sabía mejor.

—Ambos casos tienen que ver con Reichenbach, eso es lo llamativo —dijo Leo—. Pero de qué manera pueden estar conectados… —Se encogió de hombros—. Tendré que olvidarme de ello. Todavía no tengo la más mínima idea.

—Sobre todo porque parece que podemos excluir a Siegfried Schneider del círculo de sospechosos —coincidió Julia—. ¿Qué clase de asesino te lleva al lugar de su crimen?

—En eso tienes razón —asintió Leo—. Schneider está realmente conmocionado, apenas le he podido tomar declaración. Esperaba encontrarse ahí abajo con el laboratorio de Reichenbach, y en vez de eso nos topamos con una pesadilla.

—Me importa muy poco cómo se encuentra Schneider —replicó Julia—. Lo principal es que el chico se recupere.

Un médico había examinado a Alex Czerny y le había procurado los primeros auxilios. El muchacho acababa de ser trasladado al Hospital General de Viena. El pronóstico era bueno, sobreviviría. Sin embargo, Julia sospechaba que las heridas mentales y anímicas tardarían mucho más en curar, o quizá no lo harían nunca. ¡Lo que el chico necesitaba ahora era el calor de una madre! Aunque Julia se equivocaba si pensaba que la señora Czerny podía proporcionárselo.

—¿Has podido averiguar algo más sobre ese tal Franz Joseph Gall? —preguntó ella para disipar sus malos pensamientos. Señaló los libros y unas hojitas con anotaciones que Leo había sacado del laboratorio y que ahora estaban sobre la mesa—. Parece que nuestro sospechoso ha estudiado a fondo esos textos.

—Gran parte de sus anotaciones son dificilísimas de descifrar —dijo Leo—, el tipo utilizaba una especie de taquigrafía. Con los libros es distinto, pero de momento solo los he hojeado un poco. —Abrió uno de ellos, un viejo volumen ilustrado con algunos grabados de cráneos—. Gall vivió hace unos cien años y no todo lo que escribió eran disparates. Hoy está ampliamente reconocido que el cerebro es el órgano más importante y que en él se originan nuestras capacidades

intelectuales. Pero entre los científicos no existe unanimidad acerca de si la forma del cráneo puede permitir sacar conclusiones sobre el carácter de las personas. La teoría de los cráneos de Gall ya fue muy discutida en su época, hasta el punto de que el emperador lo expulsó del país. Después, el tipo se dedicó a recorrer Europa con sus teorías extrañas y al final se instaló en París. —Lanzó un suspiro de preocupación—. Por desgracia, sus ideas siguen vivas. Paul Leinkirchner me habló hace poco de un criminólogo italiano que trabaja con los mismos principios.

—Hablando del rey de Roma... —Julia hizo un gesto con la cabeza—. Ahí viene tu amigo.

En efecto, el inspector jefe Leinkirchner se acercaba a la mesa. Andaba con su habitual cojera y tenía una expresión en la cara más hosca de lo normal. En la comisura de los labios llevaba pegada la punta de un cigarro puro.

—Me ha destrozado el caso, Herzfeldt —gruñó—, como de costumbre.

—Oh, muy amable de su parte —replicó Leo—. Tampoco esperaba que me lo agradeciera...

—¿Agradecérselo? —Leinkirchner apagó la colilla aplastándola contra el cuenco con las rodajas de limón—. ¿Por qué, si se puede saber?

—¿Le parece poco descubrir el escondite de ese loco y encontrar a Alex Czerny sano y salvo? —Leo se encogió de hombros—. Al menos he conseguido arrojar algo de luz sobre su caso —satirizó, haciendo hincapié en el posesivo.

—Mi caso, tiene toda la razón —bramó Leinkirchner—, sobre todo porque usted está suspendido de empleo temporalmente, por si lo había olvidado. —Dio un resoplido—. Dejando a un lado que ha investigado por su cuenta, Herzfeldt, ahora conocemos el escondite, de acuerdo, pero todavía estamos muy lejos de haber encontrado al sospechoso. Seguro que su acción precipitada lo ha ahuyentado y ya no volverá por aquí. Tendría que habernos avisado, así lo habríamos seguido y podríamos haberlo atrapado.

—Había un peligro inminente —replicó Leo—. Usted mismo ha visto al chico.

—Razón de más para habernos avisado y no irrumpir con un par de aficionados. ¡Por no hablar de la señorita Wolf! ¿Qué hace ella aquí? ¡Voy a formular una queja ante Stukart por ello!

—De todos modos tenía que hacer las fotografías —dijo Julia con indiferencia.

En el fondo, ella sabía que el inspector jefe tenía razón. Tendrían que haber avisado a la policía. Pero la historia de Schneider había sonado demasiado absurda como para acudir primero con ella a Paul

Leinkirchner; se habría reído de ellos y los habría echado de su despacho.

—Y otra cosa más, inspector —siguió quejándose Leinkirchner—. Hemos explorado el lugar a fondo y allí abajo no hemos encontrado lo esencial.

—¿A qué se refiere? —preguntó Leo.

—¡A los cráneos, sabelotodo! Según su teoría, el tipo habría liquidado a más de una docena de niños del orfanato. ¿Dónde están sus cráneos, eh? —Leinkirchner se apoyó en la mesa con sus fornidos brazos y lanzó a Leo una mirada acechante—. Solo hemos encontrado uno y está claro que pertenece a un adulto.

Julia maldijo en voz baja. Leinkirchner volvía a tener razón. No había ni rastro de cráneos infantiles. Si eran los trofeos del Nachtkrapp, y de eso estaba segura, ¿por qué no estaban en el laboratorio?

«¡Porque no los guarda allí! —pensó ella—. Están en otro lugar...»

—Espero tener su informe sobre mi mesa mañana a primera hora —ordenó Paul Leinkirchner—, y una copia para el director general de la policía. Será mejor que se le ocurra algo rapidito. De lo contrario, su suspensión será permanente y podrá volver a Graz a pasarse todo el santo día jugando al billar y bebiendo champán. Que tengan buena noche.

El inspector jefe se descubrió brevemente y se marchó.

—Y hasta aquí el agradecimiento de Leinkirchner —refunfuñó Leo —. Nunca cambiará.

—Estoy de acuerdo con él sobre los cráneos —dijo Julia—. ¿Dónde están? ¿Y por qué elegiría el sospechoso un lugar tan apartado para sus experimentos?

—¿Porque querría trabajar sin que lo molestaran? —sugirió Leo.

—Hay muchos sitios así en Viena, no hace falta desplazarse al Cobenzl. ¡Son más de diez kilómetros de trayecto! Piénsalo. Es raro que se lleve a los niños hasta aquí. Podrían pararlo por cualquier motivo en el camino...

—Maldita sea, tienes razón —juró Leo—. Tiene que haber una razón de peso que le haya llevado a instalar aquí su mortífero laboratorio. Pero no consigo averiguar cuál es. Y hay otra cosa que tampoco entiendo. ¿Por qué precisamente huérfanos, para los que incluso ha llegado a pagar?

—Con monedas de plata antiguas —añadió Julia—. Por lo menos ahora sabemos de dónde las ha sacado. Es probable que las encontrase en alguna de las galerías subterráneas del palacio.

—Sigo preguntándome por qué no rapta a desconocidos en la calle... Sería mucho menos arriesgado. —Leo señaló los libros que había sobre la mesa—. Si nuestro hombre es un loco seguidor de las

teorías de Franz Gall, es porque está buscando algo en esos cráneos. Tal vez algo anormal, inusual… Pero ¿qué? —De repente, se interrumpió—. Cielo santo…

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia.

—¿Qué ha dicho Alex cuando lo hemos encontrado?

—Algo así como que el Nachtkrapp lo había castigado porque el chico quería escapar. —Julia frunció el ceño—. El tipo le había quitado las velas, lo había atado…

—¡Niño malo, niño travieso! —exclamó Leo—. ¡Así llamaba el Nachtkrapp a Alex! ¡Niño malo y travieso! Todos los muchachos que han desaparecido del orfanato eran unos revoltosos, lo dijo la propia directora. Y eran varones. Alborotadores, pequeños ladronzuelos y bravucones, niños que se han descarriado a una edad muy temprana. —Leo asintió con la cabeza—. ¿Y si nuestro hombre elige a esos chicos en particular porque… quiere demostrar algo a partir de sus cráneos?

—Que llevan la maldad dentro… —dijo Julia pensativa—. Diablos, ese podría ser el móvil…, el motivo que andábamos buscando.

—El criminólogo del que te acabo de hablar, este tal Lombroso, también quería demostrar algo parecido. Que los criminales podrían ser identificados de forma prematura, incluso antes de cometer un delito. —Leo no daba crédito—. Y pensar que estas teorías siguen rondando por la cabeza de la gente…

—Un momento. —Julia recordó algo—. La calavera de la mesa, la que tenía restos de tierra —dijo en voz baja—, esa que al parecer estaba en la caja de la entrada y que el bicho raro del profesor Schneider decía que le estaba advirtiendo de algo…

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Leo.

—Puede que sea el cráneo del que te hablé, el del Cementerio Central. Rothmayer dijo que era de un asesino convicto, porque los entierran en esa zona del cementerio. Tal vez quien lo robó no fuera ningún buscador de recuerdos, sino el propio Nachtkrapp…

—… para seguir confirmando su teoría… Es posible. La forma del cráneo de un criminal…

Leo dio un sorbo a su agua de seltz y guardó silencio.

—¿Qué hay de Rothmayer? —preguntó finalmente—. Tendríamos que explicarle lo que ha pasado aquí.

—Hace un rato llamé por el teléfono del hotel al administrador del cementerio —respondió Julia—. Me ha dicho que no sabía dónde estaba el sepulturero, ni tampoco Anna. De hecho, los andaba buscando porque los necesitaba en el invernadero.

—Deben de estar en algún rincón de ese gigantesco cementerio. Es muy difícil encontrar a alguien allí, te lo digo por experiencia. —Leo suspiró—. Me habría gustado escuchar la opinión de Rothmayer sobre el caso.

—A mí también —admitió Julia—. Cuando lo visité ayer me dijo que tenía una pista, y que quería comprobar algo.

—Bueno, hasta que se ponga en contacto con nosotros, tendremos que seguir husmeando por nuestra cuenta. En cualquier caso, no apuesto ni una corona por que Leinkirchner y Loibl hagan algo. No, si se trata de pequeños ladronzuelos y médicos judíos. —Leo reflexionó un momento y consultó su reloj de bolsillo de plata—. Creo que iré a ver a Hermine Schuh al Museo de Historia Natural. Hoy está abierto hasta tarde, así que aún debería estar allí.

—¿Y qué esperas ganar con esto? —preguntó Julia.

—La señora Schuh es hija de Reichenbach y, como acabas de decir, debe de haber alguna razón por la que el Nachtkrapp tiene su laboratorio aquí, en el Cobenzl, el antiguo palacio de Karl von Reichenbach. Quizá la señora sepa algo. —Leo se encogió de hombros —. Pero tampoco me hago muchas ilusiones...

—Leinkirchner te ha prohibido terminantemente que sigas investigando —le advirtió Julia.

—Pero también quiere que le entregue un informe, y para eso necesito recabar algo de información —dijo Leo esbozando una sonrisa—. Información que solo Hermine Schuh puede proporcionarme.

—Bueno, tú sabrás... —Julia se encogió de hombros—. Pero tendrás que ir solo. Debo volver con Sisi. Ya está casi anocheciendo y me necesita.

—Bueno, mientras no quedes con Harry y le cuentes lo que ha pasado aquí... —bromeó Leo, y le guiñó un ojo—. Ya sé que no hay nada entre vosotros, pero si todo esto se hace público demasiado pronto, puede armarse una buena. Si lo ves, díselo.

—No te preocupes, yo tampoco quiero eso.

Julia se interrumpió cuando Adolf Becher se acercó a ellos. El gerente se inclinó y dijo:

—Señor Herzfeldt, su madre desea verlo. Está en la recepción con el señor Doyle.

—Seguro que quiere saber qué ha ocurrido exactamente —refunfuñó Leo, y puso los ojos en blanco—. Su curiosidad no tiene límites.

—Pues si le soy sincero, señor, yo también estaría encantado de saber un poco más sobre la intervención policial que ha tenido lugar en las dependencias del hotel —se quejó Becher ceceando con nerviosismo—. Mis huéspedes están más que inquietos y me preocupa que decidan interrumpir su estancia. Como usted imaginará, ello supondría una grave pérdida económica para nuestro recién inaugurado hotel. Como gerente, me siento obligado a...

—Lo sabrá a su debido tiempo —lo interrumpió Leo en seco—.

Hasta entonces, no cruce el cordón policial instalado en el bosque. El cuerpo de guardia ha apostado allí a varios agentes.

—¿Hay algún peligro? —preguntó Becher—. ¿Es que la gruta artificial corre el riesgo de derrumbarse? ¿O han encontrado sustancias explosivas en el viejo laboratorio de Reichenbach? Vaya usted a saber de lo que es capaz ese Od…

—No se preocupe, sus huéspedes están a salvo. Gracias por el agua de seltz.

Dicho esto, Leo se levantó y se dirigió con Julia a la recepción, donde Wilhelmine esperaba en compañía de Arthur Conan Doyle. Cuando la señora reconoció a su hijo, lo saludó con la mano.

—¿Me acompañas, por favor? —susurró Leo a Julia—. Cuando hablo con mi madre siempre me pone en algún aprieto.

—Supongo que eso les pasa a la mayoría de los hombres con las mujeres —le dijo Julia con una sonrisa—. Pero no te preocupes, que no te abandonaré.

Ella le cogió de la mano y juntos fueron a la refriega.

XXIII

De Espíritus y fenómenos fantasmales, de Augustin Rothmayer, escrito en Viena en 1895

El cerebro de un enemigo es el manjar favorito de los antropófagos del Pacífico Sur. Cuanto más fuerte es el adversario, más importante es para los nativos ingerir el contenido de su cráneo, pues con ello esperan ver transferida para sí toda esa fuerza. Los antiguos germanos, por su parte, bebían hidromiel de los cráneos de sus enemigos. Son costumbres ante las que las generaciones posteriores solo podemos sentir repugnancia. Sin embargo, todavía hay gente que cree que en un cráneo pervive una especie de vida latente. ¿Cómo se explica, si no, que de los cementerios desaparezcan tantas calaveras, y que estas vuelvan a aparecer en teatrillos baratos y ferias, o en manos de pitonisas trapaceras?

Una media hora después, Leo cruzaba a toda prisa la Maria-Theresia-Platz.

Había pagado varias coronas de más al cochero para que fuera más deprisa. Ya casi eran las siete de la tarde, pero era martes y el Museo de Historia Natural prolongaba el horario de visita. Quizá por ello Hermine Schuh seguiría allí y Leo podría hacerle algunas preguntas. Prefería eso a ir a casa de ella, donde tal vez su hija y su yerno estarían presentes.

Algo carcomía al inspector, una simple idea, una ocurrencia quizá, pero cada vez que intentaba comprenderla se desvanecía. Tenía que haber una razón muy concreta por la que el Nachtkrapp había consumado en el Cobenzl, el antiguo palacio de Reichenbach, su espantosa obra.

«¡Pero cuál, maldita sea! ¡Piensa!»

Tal vez la señora Schuh podría ayudarlo. Siendo hija de Reichenbach, probablemente era la persona que más cosas sabía del viejo palacio. ¿No había comentado alguna vez que su juventud la había pasado allí? Leo se acordó de que le había hablado del laboratorio en el sótano. ¿Conocería también el acceso subterráneo?

El inspector entró en el gran vestíbulo del museo, donde se cruzó con los últimos visitantes que lo abandonaban. Se volvió hacia el

portero, que lo miró sorprendido.

—Es usted el señor inspector, ¿verdad? Si viene a visitar el museo, ha llegado un poco justo. Cerramos en diez minutos.

—Ya lo visitaré en otro momento, gracias. Solo quería hablar con la señora Schuh. ¿Sigue aquí?

—No lo sé. En cualquier caso, no la he visto salir —dijo el portero encogiéndose de hombros—. Lo mejor es que vaya a ver si está en su despacho. Pero, como le he dicho, dentro de diez minutos...

—Sí, termina su jornada, lo he entendido.

Leo subió a toda prisa las escaleras hasta el segundo piso. Las salas por las que pasaba estaban vacías, ya no quedaban visitantes. Esqueletos humanos, mariposas muertas y demás animales disecados se preparaban para una larga y silenciosa noche. Las primeras penumbras invadían las vitrinas acristaladas desde las que tigres, leones y monos en rígidas posturas miraban fijamente al solitario intruso con sus brillantes ojos de cristal.

Esta vez Leo conocía el camino. A la entrada del pasillo por el que se accedía al despacho de Hermine Schuh estaba el vigilante regordete sentado en su silla, como la última vez, con la mirada perdida.

«Seguro que también está deseando que termine su jornada —pensó Leo—. Y también que empiece su jubilación. Así podrá pasarse el día leyendo con calma sus novelas de vaqueros.»

Saludó con la cabeza al viejo vigilante, que volvió boquiabierto de su letargo. El hombre parecía un poco irritado por la aparición de Leo.

—Pero... —empezó el hombre.

—Sí, lo sé, cierran en diez minutos —dijo Leo sin detenerse—. Solo voy un momento a hablar con la señora Schuh. Ahora salgo.

Llamó a la puerta del despacho y esperó. Poco después se sintió aliviado al oír un «¡Adelante!» acompañado de un resuello.

Hermine Schuh estaba sentada a su escritorio. Sobre el tablero se amontonaban pilas de cajas de herbarios que apenas dejaban ver a la ancianita que había detrás, rodeada de las motas de polvo que se desprendían de las hojas prensadas. La mujer entrecerró los ojos y se asomó por detrás de las cajas.

—¡Inspector! —exclamó sorprendida—. No me diga que ese desvarío espiritista con mi padre todavía continúa. Como los periódicos ya no hablan de eso, esperaba que...

—No es eso —dijo Leo—. Esta vez se trata de algo mucho más serio que una estúpida fotografía de un espíritu. ¿Puedo sentarme un momento?

—Por lo visto, es urgente. Tome asiento. —Hermine Schuh señaló la silla de delante del escritorio, que también estaba llena de cajas—. Déjelas en el suelo, pero procure no mezclarlas —dijo en tono severo.

Leo reacomodó la tambaleante pila de cajas, se sentó y empezó su relato. Le contó a la anciana el horrible descubrimiento en el antiguo palacio de su padre. Ella escuchó en silencio.

—¿Un tipo que secuestra niños y colecciona sus cráneos? —dijo finalmente—. ¡Qué atrocidad! Y además en nuestra antigua casa... —Enarcó las cejas—. ¿No me estará contando una historia de miedo, inspector?

—Por desgracia, no. Como se trata del palacio de su padre, pensé que podría darme alguna información. —Leo se inclinó hacia ella—. Estoy buscando una razón por la que el sospechoso habría elegido ese lugar como escondite. Usted me contó que pasó su infancia en el Cobenzl...

Hermine Schuh asintió.

—Los mejores años de mi vida. Pero tenía prohibido entrar en el laboratorio de mi padre. No tengo ni idea de cómo era.

—Hemos encontrado allí varios libros de Franz Joseph Gall y un panel ilustrado sobre su teoría de los cráneos —explicó Leo—. ¿La conoce?

—Por supuesto. ¡Una estupidez casi tan mayúscula como la del espiritismo! —Hermine Schuh dio un chasquido sarcástico—. Hace mucho que la ciencia ha refutado esas conjeturas.

—Pero en la época de su padre todavía tenían cierto eco —la contradijo Leo.

—Si insinúa que mi padre tuvo algo que ver con las fantasías de Gall, siento decepcionarlo. Ya por aquel entonces le parecían muy oscuras. Los libros que ha encontrado allí no pueden haber salido de la biblioteca de mi padre.

—¿Y no se le ocurre qué podría estar buscando allí el sospechoso? —preguntó Leo, al límite de la desesperación—. ¿O quizá cómo pudo enterarse del acceso?

—No sabía que hubiese una entrada lateral —dijo la anciana frunciendo el ceño—. Antes había un acceso desde el palacio, pero puede que ahora esté tapiado. Tampoco había gran cosa allí abajo, aparte del laboratorio. Por lo que recuerdo, estaba la gruta y la piscina. Todo lo había hecho el anterior propietario. A mi padre no le interesaba, solo le preocupaba su trabajo. —Con expresión malhumorada, añadió—: Pero seguro que ese lunático profesor Schneider que lo acompañaba ya se lo habrá contado.

—Parece que no le cae muy bien —comentó Leo en un tono que dejaba claro que no era una pregunta.

—Supongo que no. —Hermine rio secamente—. ¡Menudo bicho raro! Mi yerno le habló de él. Schneider vino a verme hace algún tiempo porque quería saber más cosas de mi padre y el palacio. ¡Pero conozco a esa gente y sé de qué pie cojea! La cuestión es que eché al

tipo en el acto, igual que a ese chupatintas del periódico, ¿cómo se llamaba?

—Sommer —respondió Leo—, Harry Sommer.

El inspector se alegró para sus adentros de que la anciana lo viera a él con mejores ojos que a Harry. Pero entonces Leo recordó que el apuesto Richard Landing también había intentado ganarse a Hermine Schuh con sus encantos.

—¿Han encontrado ya al asesino de ese malogrado médico judío? —preguntó de repente la señora Schuh.

—Esto..., no, todavía no, por desgracia —respondió Leo, desprevenido.

—Pues ya tiene dos casos sin resolver, inspector —comentó ella, lacónica—. Siento no poder ayudarlo con ninguno. —Señaló los folios amarillentos que tenía delante, donde había pegadas unas hojas de helecho aplastadas—. Ahora, si me disculpa. Los empleados del museo han terminado su jornada, pero yo pienso quedarme aquí unas horas más. Estos ejemplares de *Osmunda regalis* me esperan...

—Por supuesto. Muchas gracias por su tiempo.

Decepcionado, Leo se levantó de la silla. En realidad no había esperado gran cosa de su visita a Hermine Schuh, pero la sensación de vacío se había vuelto aún más insoportable. La anciana había puesto el dedo en la llaga al referirse a los dos casos sin resolver. Sencillamente, no estaba avanzando. ¡Era desesperante! Tal vez nunca encontraría al culpable o a los culpables. El Nachtkrapp seguía siendo lo más parecido a un fantasma, igual que el asesino de Lichtenstein.

Leo se dirigía a la puerta del despacho para salir cuando Hermine volvió a hablarle.

—¿Y dice que los muchachos que ese loco ha raptado eran huérfanos?

Con la mirada fija en los folios, la mujer seguía ordenando las hojas de helecho que había sobre la mesa.

—Sí, así es. ¿Por qué?

—¿Puedo preguntar de qué orfanato proceden los niños?

—Del orfanato del distrito quinto —respondió Leo extrañado—. Ahora hay también allí un hospicio para niños sin hogar. De momento, parece que casi todos los niños desaparecidos proceden de allí. ¿Por qué lo pregunta?

—Es extraño, muy extraño... —dijo Hermine Schuh mientras seguía clasificando el herbario y deslizaba sus dedos sobre los folios, alisando una hoja aquí, apartando restos de plantas secas allá—. Pero quizá solo sea una coincidencia.

—¿Qué le parece extraño? —preguntó Leo, que de repente sintió una gran curiosidad. Tenía la sensación de que Hermine Schuh le ocultaba algo, pero ella se limitaba a negar con la cabeza.

—No es nada. Simplemente el recuerdo de una anciana… Nada importante. Al menos, no para usted. Es una cuestión personal.

—Señora Schuh, si hay algo que le gustaría comentarme… —insistió Leo—, puede…

Justo entonces llamaron a la puerta.

A Julia le remordía la conciencia cuando llegó por fin a Neulerchenfeld. En realidad había querido estar de vuelta a mediodía, pero se habían sucedido demasiados acontecimientos. Seguro que Sisi la estaba esperando con impaciencia.

Por la mañana le había prometido que después de comer irían al Brunnenmarkt a tomar un helado. ¡Y ya casi estaba anocheciendo! ¿Quién iba a pensar que tras la visita al profesor Schneider se añadiría una excursión al Cobenzl que, a su vez, terminaría en una pesadilla?

Con los terribles crímenes del Nachtkrapp en la cabeza, Julia caminó más rápido de lo normal los últimos metros que quedaban para llegar al Dragón Azul. ¡Echaba tanto de menos a su hija! Le vino a la mente entonces el repulsivo doctor Hochstetter y sus métodos de charlatán. Julia se acordó de que el tipo también le había hablado de la teoría de los cráneos de Gall. Menos mal que ella no se había dejado engañar. ¡Había que acabar con toda esa gentuza aprovechada!

Tocó el timbre y Bruno abrió poco después.

—¿Está bien Sisi? —estalló Julia.

El corpulento portero la miró asombrado.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? —replicó sonriente—. Parece mentira que siempre preguntes lo mismo. Además, ahora está muy bien acompañada. Compruébalo tú misma.

Julia siguió a Bruno al reservado de Elli, donde se quedó perpleja ante lo que veía desde la puerta. Sentada a la mesa estaba la Gorda Elli con Sisi instalada sobre sus muslos flácidos y Anna a su lado. Las tres estaban devorando una caja de bombones. Las dos niñas tenían los labios embadurnados de chocolate.

—¡Anna! —gritó Julia sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Pues esperarte, ¿qué creías? —refunfuñó Elli—. La pobre lleva horas aquí. Dice que tiene que hablar contigo urgentemente. Estas dos renacuajas han revuelto toda la casa. Solo he conseguido calmarlas con bombones —dijo la madama metiéndose otra chocolatina en la boca.

Julia pensó que Elli causaba una impresión para nada desagradable con Sisi en su regazo.

—He ido a ver a los guindillas —explicó Anna exaltada—. Quería hablar con el inspector, pero no estaba… Entonces vine aquí y…

—Poco a poco, Anna —la tranquilizó Julia—. ¿Qué ha pasado?

—¡El señor Rothmayer se ha ido! —estalló Anna.

—¿Se ha ido? —preguntó Julia extrañada—. ¿Qué quieres decir?

—Ayer por la tarde tomó un tranvía de caballos y se fue al centro, justo después de hablar con usted, señorita Wolf. Dijo que se iba a hablar con el profesor Hofmann... ¡y aún no ha vuelto! Lo he estado esperando...

La muchacha se interrumpió para tratar de contener las lágrimas.

—Bueno, eso no quiere decir nada —trató de consolarla Julia—. Los adultos a veces hacen cosas raras. Puede que se haya tomado un par de copas...

—¡El señor Rothmayer no bebe! —replicó Anna desafiante—. Y siempre avisa si vuelve tarde.

Julia no sabía qué responderle. Anna tenía razón. Era muy raro que el sepulturero tardara tanto tiempo en dar señales de vida. Era... alarmante. ¿Qué podía haber pasado?

—¿Y dices que el señor Rothmayer quería hablar con el profesor Hofmann? —le preguntó a Anna.

La pequeña asintió.

—Bueno, entonces deberíamos llamar al Instituto Forense. Puede que allí sepan algo. —Julia se volvió hacia Elli—. Podemos utilizar tu teléfono...

Elli carraspeó y preguntó:

—¿Cómo se llama ese sepulturero? ¿Rothmayer? —Parecía avergonzada—. ¿Augustin Rothmayer?

—Sí, así se llama. —Julia la miró irritada—. Lo conoces perfectamente, Elli. Es el caballero alto y delgaducho que me ha traído flores alguna vez...

—Sí, crisantemos... —gruñó Elli—. Él mismo parece salido de una fosa. Un tipo espeluznante; no es compañía para ti, jovencita.

Sisi se revolvió en el regazo de la Gorda Elli y señaló la caja de bombones casi vacía porque quería otro.

—Bueno, a lo que iba —continuó Elli con un tono más suave—. Creo que la carta que trajo el recadero es de ese tipo. Fue ayer, olvidé decírtelo. Espera, voy a por ella.

Dejó a la protestona Sisi en el suelo y corrió torpemente hacia la cómoda. Tras una larga búsqueda en los estantes del mueble, sacó por fin un sobrecillo.

—Aquí está, lleva sus iniciales. ¡Podría haber escrito el nombre completo!

Le entregó el sobre a Julia, que lo abrió expectante. La carta era de Augustin Rothmayer; reconoció su caligrafía minúscula y cuidadosa.

El contenido era muy extraño.

A medida que iba leyendo, su tez se volvía cada vez más pálida.

Al terminar, miró a Elli y le preguntó:

—¿Puedes cuidar de Sisi un rato más? Tengo que irme otra vez.

—¿Adónde?

—Te lo diré más tarde. ¡Es urgente!

Julia le dio a Sisi un beso de despedida en la mejilla embadurnada de chocolate y salió disparada de nuevo a la calle.

Anna la siguió pegada a ella.

Augustin Rothmayer se retorcía con desesperación en esas ataduras que le cortaban la piel y le estrangulaban las venas. Casi no sentía las manos. En la habitación donde aquel poseso lo tenía retenido hacía un calor insoportable. Además, le dolía mucho la cabeza, probablemente a causa del éter o del cloroformo que el tipo había utilizado para anestesiarlo.

Pero lo peor era la sed.

En el estado de semiinconsciencia apenas la había notado, pero ahora le venía con más fuerza. La sed se intensificaba por el constante murmullo del agua. Procedía del conducto al que Augustin estaba atado. Las voces lejanas que había oído en las últimas horas se habían ido apagando poco a poco. Ahora solo podía escuchar el rumor de la tubería, acompañado de un chasquido rítmico que lo estaba volviendo loco. Era como si un objeto metálico golpeara algo duro, una y otra vez.

Clac… Clac… Clac…

El sonido le ponía los nervios de punta, penetraba por el conducto auditivo y le llegaba hasta el cerebro. Era incluso más terrible que la sed y el calor.

Clac… Clac… Clac…

Augustin se retorcía y gritaba de desesperación. Pero la mordaza, una sucia maraña de tela que le apretaba el paladar como si fuera una manzana seca, ahogaba sus gritos. Moriría asfixiado, o de sed, o perdería la chaveta. Solo faltaba saber qué sería lo primero.

Pensó en Anna, la primera Anna, cuya tumba cubierta por la maleza en el cementerio de Sankt Marx seguía visitando y cuidando con regularidad. Allí yacía también su esposa. Y también pensó en la Anna de hoy. Seguro que la pobre estaría terriblemente preocupada.

Tampoco podía quitarse de la cabeza la vieja y conocida canción vienesa…

«Oh, querido Augustin, esto es el fin…»

Sí, aquello era el fin. O, por lo menos, eso parecía. ¿Dónde lo enterrarían? Nadie, excepto el inspector, sabía que su familia estaba enterrada en Sankt Marx. Así que, ¿le darían sepultura en el Cementerio Central, cerca de la casita que había construido con tanto amor? Pero primero tenían que encontrarlo aquí. Quizá para entonces lo hallarían ajado como una ciruela seca, igual que una momia del antiguo Egipto. Eso si ese tarado no le extraía antes el cráneo y lo colocaba en la estantería con el resto.

Por lo menos, Augustin sabía ahora quién había ido al Cementerio Central a desenterrar el cráneo del asesino ejecutado. Tenía que haber sido ese lunático, encajaba con su motivación. Quizá incluso lo habría visto por el cementerio, pero probablemente no se había fijado en él; pasaba tan desapercibido… El propio Augustin se había dejado engañar por el aspecto exterior del hombre. Solo así había logrado someterlo y encerrarlo aquí.

El sepulturero tiraba de las ataduras cada vez con menos fuerza. ¿Qué habría sido de su carta? ¡La señorita Wolf ya tendría que haberla recibido! ¿Y si el chiflado también la había raptado a ella, o al inspector?

«¿O a Anna?»

Al fin y al cabo, lo que el tipo buscaba eran cráneos infantiles.

Al pasarle esto último por la cabeza, Augustin sacó fuerzas de flaqueza. Se rebeló, forzó las ataduras, se retorció como un pez en una red. Si frotaba las cuerdas contra la tubería el tiempo suficiente, tal vez acabarían cediendo. Cerró los ojos un instante, hizo acopio de las últimas energías que le quedaban y se puso manos a la obra.

Con tesón y constancia, como si estuviera cavando una fosa profunda.

Julia y Anna llegaron al Museo de Historia Natural justo cuando el portero cerraba una de las grandes puertas dobles. Ya tenía el manojo de llaves en la mano y miró malhumorado a las recién llegadas.

—Lo siento, señorita —murmuró—, pero…

—¿Sigue aquí el inspector? —preguntó Julia extenuada. Habían llegado a la Schwarzenbergplatz en el tranvía de caballos y recorrido el último tramo corriendo—. Ha venido a ver a la señora Hermine Schuh. Todavía tiene que estar en el edificio…

—¡Santo Dios! ¿Se puede saber qué les ha dado con la señora Schuh? —refunfuñó el hombre—. Nadie le ha hecho caso durante años y, de repente, todo el mundo hace cola por ella. Escritorzuelos, polizontes, ahora incluso mujeres…

—¿No me ha oído? ¡Es urgente!

—Me importa un rábano. Y aunque fuera usted la mismísima emperatriz Sisi, mi jornada ha terminado, y punto.

Julia cogió a Anna de la mano.

—El inspector es mi marido —dijo con voz lastimera—. ¡Nuestra hija parte hoy mismo para el internado de Sankt Pölten y no podrá ver a su padre hasta Navidad! El tren sale dentro de media hora… —Se volvió hacia Anna, que forzó un par de lágrimas—. ¿Es que no le da pena, la pobrecilla?

El portero puso los ojos en blanco.

—¡Santa paciencia! Pasen antes de que la moza de Sankt Pölten se

ponga a berrear por mi culpa. —Se hizo a un lado—. Su marido probablemente esté arriba, en la segunda planta, despacho 208. Dígale a la señora Schuh que les deje salir por la entrada lateral, ella tiene una llave maestra. Espero que no se queden encerrados. No a todo el mundo le gusta pasar una noche a solas en el museo, con todos esos esqueletos y animales disecados.

—Muchas gracias. Mi hija lo incluirá en sus rezos.

Julia y Anna se deslizaron por la rendija de la puerta y el vigilante cerró tras ellas. Sus pasos resonaban inquietantes en el amplio y alto vestíbulo mientras la luz rojiza del atardecer caía sobre ellas a través de la cúpula de cristal.

No era la primera vez que Julia entraba en el museo. Ya lo había visitado varias veces con Sisi, sobre todo las salas de la sección de zoología que, con sus animales disecados, eran las que más interés despertaban entre los más pequeños.

Ambas subieron las escaleras hasta el segundo piso.

Julia no sabía por qué se le aceleraba el corazón. Quizá fuera porque tenía el claro presentimiento de que un gran misterio estaba a punto de ser resuelto allí mismo, en el museo.

El misterio de la identidad del Nachtkrapp.

Al menos eso era lo que había insinuado Augustin Rothmayer en sus escuetas líneas. Julia habría recibido la carta del sepulturero ayer si Elli no hubiera aplazado su entrega. Y el hecho de que Rothmayer estuviera en paradero desconocido desde entonces no hacía más que aumentar las sospechas de Julia. No había conseguido disuadir a Anna de que la siguiera al museo, pero en el fondo entendía que la muchacha no quisiera quedarse de brazos cruzados en el Dragón. Ya había esperado bastante.

Al llegar a la segunda planta buscaron por las numerosas salas y pasillos hasta que por fin vieron el despacho 208. Al ir hacia él, Julia se percató de la presencia pasajera de una silueta detrás de una de las vitrinas de cristal en la sala vecina; debía de ser un miembro del personal de limpieza, ya que no quedaba ningún visitante en el edificio. En el pasillo había un carro de limpieza con cubos, fregonas y escobas. Julia llamó a la puerta y abrió un Leo desconcertado.

—¿Tú, aquí? —preguntó sorprendido—. ¿Con Anna? Pero...

—¡Tengo que hablar urgentemente contigo! —dijo Julia en voz baja—. He recibido una carta del señor Rothmayer...

—Qué bien —dijo Leo—. Al final ha aparecido. Deja que me despida de la señora Schuh y...

—¡Por Dios, Leo, escúchame! ¡El señor Rothmayer no ha aparecido! —Julia elevó la voz más de lo que pretendía—. Pero sé adónde fue ayer. Me lo contó por escrito. Quería ver a alguien muy concreto.

—¿Va todo bien, inspector? —sonó la voz suspicaz de Hermine Schuh desde el interior del despacho. La anciana no parecía poder ver a Julia desde su asiento—. ¿Con quién habla?

—Mmm, con una colega —respondió Leo con evasivas—. Un momento, por favor... —Se volvió hacia Julia—. ¿Rothmayer dijo que estaba aquí, en el museo? —susurró—. ¿Con quién quería hablar? ¿Con Hermine Schuh?

—No, con otra persona. Con...

Julia enmudeció. Pensó en la silueta de la sala contigua, la que había visto detrás de la vitrina de cristal. Y de repente supo que la persona que había entrevisto allí no era del personal de limpieza. Era alguien que siempre estaba allí y que, sin embargo, nunca destacaba, alguien que existía en todos los museos del mundo, sin llamar la atención, como si fuera un objeto de exposición más. Era la persona sobre la que Augustin Rothmayer le había escrito en su carta.

—¡El vigilante del museo! —dijo Julia con voz apagada—. Rothmayer quería hablar con el vigilante del segundo piso. ¡Dios mío, creo que acabo de verlo!

—Pero ¿por qué precisamente con el vigilante del museo? —preguntó Leo—. ¿Por qué querría Rothmayer...?

Se oyó un ruido cercano.

—¡Señorita Wolf! —gritó Anna—. ¡Mire!

Julia se dio la vuelta y vio a un hombre mayor, algo corpulento y vestido de uniforme, que corría por el pasillo. Un cubo de limpieza rodaba hacia ellos derramando agua jabonosa por el suelo. El hombre se había escondido detrás del carro de la limpieza y había escuchado la breve conversación entre Leo y Julia.

—¡Rápido! —gritó ella—. ¡Es él!

Sin pensarlo dos veces, Julia corrió tras el hombre, que acababa de desaparecer por una esquina. Leo y Anna la siguieron. Ante ellos se extendía otro pasillo, del que partía una hilera de puertas. Julia miró a su alrededor.

El vigilante había desaparecido.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Dónde ha ido tan rápido? Tiene que estar por aquí.

—No estaría mal que me explicaras de qué va todo esto —dijo Leo—. Rothmayer quería ver al vigilante del museo, eso lo entiendo. Pero ¿para qué? ¿Y por qué huye el tipo?

—Rothmayer fue a ver al profesor Hofmann —explicó Julia a toda prisa—. Al parecer sospechaba que la desaparición de los niños del orfanato tenía alguna relación con la teoría de los cráneos de Gall. Así que fue a ver a Hofmann a su museo privado del Instituto Forense, y este le contó que un vigilante del museo le había preguntado hacía poco por Gall y sus cráneos.

—¿Un vigilante del Museo de Historia Natural? ¿Y Hofmann lo reconoció?

—Sí —asintió Julia—. El profesor viene aquí a menudo, sobre todo para ver la colección de antropología. Dijo que era el vigilante del segundo piso, donde se conserva también la colección de cráneos. A Hofmann le chocó bastante que un simple empleado se interesara por esas teorías. Y encima bajo un nombre falso, como si tuviera algo que ocultar. El tipo se hizo pasar por alguien al que Hofmann conocía de sus clases.

—¡Y el señor Rothmayer no aparece desde entonces! —intervino Anna—. ¿Lo entiende, inspector? Vino al museo y ahora ha desaparecido. ¡Seguro que ese tipo le ha hecho algo!

—Creo que ya sé de quién habláis. Me he cruzado varias veces con él en el museo. No tenía la menor idea… —Se interrumpió y echó un vistazo al oscuro pasillo—. ¡Y ahora parece que se lo ha tragado la tierra, maldita sea! Esto de aquí parecen despachos. ¿Qué puerta habrá tomado? ¡Hay casi una docena de ellas!

—Por suerte, no puede salir del museo —dijo Julia—. Si he entendido bien al portero de abajo, ahora están todos los accesos cerrados. Nos ha dicho que solo la señora Schuh tiene una llave maestra. —Miró a Leo—. ¿Te ha dicho algo que nos pueda ser útil?

—Lamentablemente, no. Pero ha pasado algo raro. —Leo frunció el ceño—. Al terminar la conversación me ha vuelto a preguntar por el orfanato del distrito quinto. Hay algo ahí que… Iba a hacerle unas preguntas, y ha sido cuando has llamado a la puerta.

—Quizá nos pueda decir algo sobre el vigilante, o dónde puede estar —conjeturó Julia—. Al fin y al cabo, el tipo trabaja en las salas de botánica, que es la especialidad de la señora Schuh. Es posible que lo conozca.

—¡Vamos a preguntarle! ¡Rápido! —exclamó Anna, que ya corría por el pasillo de vuelta al despacho de Hermine Schuh.

Julia y Leo la siguieron. Al llegar, encontraron la puerta abierta de par en par.

El despacho estaba vacío.

Julia tuvo un mal presentimiento:

—Quizá el tipo ha entrado por otro sitio —susurró. Señaló una segunda puerta más pequeña en el interior del despacho, parcialmente oculta tras unas estanterías de herbarios—. Si el tipo quiere salir del museo, necesitará la llave de la señora Schuh. O quizá la ha tomado como rehén…

—¡Por todos los diablos! ¡Este museo es un laberinto!

Leo ya estaba frente a la segunda puerta y la abrió. Tras ella había una sala alargada cuya única salida era una claraboya que daba al patio. A izquierda y derecha, y también en el centro, podían verse

estanterías repletas de cajas polvorientas que llegaban hasta el techo. Olía a cola seca, polvo y moho.

—Si todo esto son herbarios, no los podrán clasificar ni en cien años —dijo Leo—. La señora Schuh tiene mucho que... ¡Un momento!

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia.

—¡Dios, qué oscuro está esto! Y ni siquiera ha anochecido del todo. No me extraña que ya hayan electrificado el edificio, con la poca luz que entra aquí.

Leo buscó a tientas un interruptor. Cuando por fin lo encontró, se encendió una lámpara en el techo.

—Había visto bien —dijo Leo, y señaló el suelo frente a él.

Una mancha de sangre brillaba a la luz de la lámpara.

Desde la puerta, un rastro regular de gotas rojas recorría la sala junto a cajas y estanterías. Leo se llevó el dedo índice a los labios y miró a Julia en señal de advertencia.

—Quédate aquí, Anna —susurró Julia.

—Pero... —protestó Anna.

—No discutas. ¡Es muy peligroso!

Julia dejó a la enojada Anna en la puerta y siguió a Leo al interior de la sala. Ambos siguieron el rastro de sangre, que los condujo al otro extremo de la estancia alargada. Una estrecha escalera de caracol con barandilla de hierro conducía a la buhardilla. También había gotas de sangre en los peldaños.

Mientras subían por la escalera, esta fue emitiendo un chirrido enervante. Julia cerró los ojos y maldijo en silencio. Quizá el tipo no se había fijado antes en ellos, pero ahora ya sabía que le pisaban los talones. Subieron las escaleras lo más sigilosamente que pudieron y llegaron a la buhardilla.

Una solitaria bombilla lucía justo encima de la escalera de caracol y apenas iluminaba la totalidad del espacio de techo bajo. Había varias claraboyas, pero estaban tan sucias que apenas entraba luz por ellas. Julia entornó los ojos y miró a su alrededor.

La buhardilla también estaba repleta de cajas y cartones, y en las estanterías se acumulaban huesos blanquecinos y docenas de cráneos humanos. En la penumbra, Julia pudo reconocer otro tipo de huesos, que debían de proceder de animales de gran tamaño. Había aves disecadas casi desplumadas, un lobo apolillado y un oso erguido en una hornacina con el pelaje hecho jirones. El estrecho espacio en forma de tubo parecía no tener fin. Julia pensó que podía ser una especie de circuito cuadrado que se extendía bajo el tejado del museo. No vieron más rastro de sangre. Tal vez estaba demasiado oscuro, o...

Julia se espantó al ver una figura en un rincón y se tapó la boca para reprimir el grito. Entonces se tranquilizó. No era más que el muñeco de un jefe indio de tamaño natural que sostenía una lanza y

miraba con gesto amenazador.

Leo hizo una señal y se dividieron en silencio. Julia se mantuvo en el lado izquierdo, donde pasó junto a unas estanterías con unas cajas y otros animales disecados. Un cuervo hecho trizas la miraba con sus ojos de cristal inánimes. Julia pensaba que el fugitivo se abalanzaría sobre sus espaldas en cualquier momento y la degollaría. El corazón le latía desbocado. ¿Por qué se había metido en esa locura? Al menos, Anna se había quedado a salvo en el piso de abajo. Trataba de localizar a Leo cuando oyó un débil tarareo. Era profundo y monótono, como una canción de cuna.

Julia conocía la melodía: «No salgas, pequeño Pinzga, no salgas, retozón, que afuera cae el…».

El tarareo cesó.

En su lugar, una voz masculina resonó en la oscuridad de la buhardilla:

—No se acerque. Concédanos este momento. Ya casi se acaba.

El dueño de la voz no parecía estar muy lejos. Al otro lado de una estantería llena de cráneos, Julia divisó una figura agazapada en el suelo, con la espalda apoyada en una de las vigas inclinadas del techo. De nuevo volvió a sonar el canturreo: «No salgas, pequeño Pinzga, no salgas, retozón… Que afuera cae el día y aún no eres mayor».

Al mirar con más detenimiento, Julia reconoció a una segunda persona. La mujer yacía como muerta, con la cabeza apoyada en el regazo del vigilante regordete. La escena le recordó a Julia la *Piedad*, de Miguel Ángel. Todo parecía muy tranquilo, de no ser por el charco de sangre que se extendía alrededor del zapato de Hermine. El vigilante le acariciaba las mejillas y cantaba en voz baja:

—Si te agarran, será el fin. Ni los gritos ni los llantos…

Hermine Schuh tenía los ojos abiertos de par en par. Estaba horrorizada y respiraba entrecortadamente mientras la sangre le brotaba de una herida que tenía en el cuello. Junto a ella, en el suelo, había una daga oxidada que debía de proceder de alguna de las muchas cajas que había en la buhardilla.

—… salvarán al pequeñín, a nuestro Pinzga, el retozón —siguió cantando el vigilante con voz frágil.

Entonces levantó la vista y vio a Julia al otro lado de la estantería. Una sonrisa se dibujó en los labios del hombre.

—Siempre me lo cantaba —dijo él con la mirada perdida. Se inclinó sobre Hermine y le acarició la mejilla ensangrentada—. ¿Te acuerdas o ya lo has olvidado, igual que te olvidaste de mí? Tu pequeño, estúpido y molesto Pinzga.

Su voz adquirió de repente un tono distinto, más rudo y malvado, nada afectuoso.

—Yo nunca te olvidé, ni un solo día, tú… Maldita perra egoísta…

Te esperé tanto tiempo, madre.

Los labios de Hermine Schuh vocalizaban palabras mudas mientras el Nachtkrapp acompañaba con su canturreo la muerte de la mujer.

XXIV

Leo también había oído el canturreo. Se había acercado a Julia por detrás con sumo cuidado y ahora estaba junto a ella atónito, escuchando las palabras del vigilante. ¿Acababa de decir «madre»? Eso era imposible. ¿O era Hermine Schuh realmente su madre?

El hombre estaba loco, no había duda de ello. Si se trataba del Nachtkrapp que buscaban, era muy probable que por su cerebro enfermizo rondaran ideas aún más dementes. Pero ¿había algo más? Leo recordó que, cuando días atrás le había preguntado por la dirección de Hermine Schuh, el vigilante, sorprendentemente, supo decírsela. ¿Por qué?

«¿Porque en realidad sabe mucho más…?»

A su lado, Julia parecía estar pensando en lo mismo.

—¿Hermine Schuh es su… madre? —preguntó vacilante—. ¿De verdad?

El vigilante asintió y acarició el pelo gris de Hermine, ya casi inconsciente. Una vez más, Leo se dio cuenta de lo poco llamativo que era ese hombre. Resultaba difícil calcular su edad; parecía viejo, pero con algo infantil. Era musculoso, pero seguía pareciendo regordete. Tenía una estatura media, la piel pálida y el pelo fino. Y a pesar de su corpulencia, casi parecía que se podía ver a través de él.

«Invisible para todos —pensó Leo—. También para mí.»

Se había topado con él varias veces en el museo y nunca le había despertado ninguna sospecha. ¿Por qué iba a sospechar de él? Era un simple empleado del museo.

—Quería estar cerca de ella —dijo el vigilante en voz baja—. Tantos años sin reconocerme… A veces, cuando nos cruzábamos, la rozaba con suavidad, como por descuido…

—Pero ¿por qué nunca le dijo que usted era su hijo? —preguntó Julia—. ¿Cómo es que no lo conoce? —Contempló horrorizada el charco de sangre. La daga estaba justo al lado; el hombre podía volver a cogerla en cualquier momento y asestar otra puñalada—. Y si es su madre, ¿por qué…?, ¿cómo es que usted…?

—Tengo una corazonada —dijo Leo en voz baja.

Pensó en lo que Hermine Schuh, pensativa, le había preguntado acerca del orfanato. ¿Cuáles habían sido sus palabras? «¿Y dice que los muchachos que ese loco ha matado eran huérfanos?… Es extraño, muy extraño… Pero quizá solo sea una coincidencia… Es una cuestión personal.» Y se acordó de algo más. Hermine Schuh también le había dicho que el primer matrimonio que su padre había planeado para ella

no había funcionado.

«Él había pensado en otra persona para mí. Pero los jóvenes siempre hacen lo que quieren...»

—Su madre se deshizo de usted, ¿verdad? —preguntó Leo al vigilante, tratando de tantearlo con cuidado—. Usted también fue un niño del orfanato del distrito quinto, ¿no es cierto?

—Era tan hermosa —dijo el vigilante con la mirada perdida—. Siempre la esperaba asomado a la ventana. «Esa es tu madre», me decían. «Es rica y célebre, una aristócrata.» Alguien lo había oído por casualidad... A veces me traía regalos, soldaditos de plomo, una vez una peonza. Pero los chicos siempre me lo quitaban todo, tiraban los soldados al fuego... —Se sacudió como si así pudiera borrar el mal recuerdo—. El momento más bonito y, a la vez, el más terrible era cuando me cantaba una nana, porque yo sabía que, cuando me despertara, ella ya se habría ido y tardaría semanas en volver. —Tarareó de nuevo la canción infantil—. Siempre me la cantaba... «No salgas, pequeño Pinzga...»

—Dios mío, ¿es eso cierto? —susurró Julia—. ¿Cómo puede hacer algo semejante una madre? ¿Entregar su propio hijo a un orfanato?

—Sí, ¿cómo puede una madre hacer algo así? —se preguntó también el vigilante, zarandeando a Hermine Schuh, que, gravemente herida, jadeó en respuesta—. ¿Me oyes, madre? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¡Maldita perra! ¿Sabes lo que era pasarme horas asomado a la ventana para esperarte, semana tras semana? Hasta que, una vez, esperé en vano y ya no volviste. ¡Nunca! ¡Abandonaste a tu pequeño Pinzga! —Gritó estas últimas palabras en la cara ensangrentada de su madre—. Pero soy tu hijo, aunque no quieras reconocerlo. Pertenezco a esta familia. ¡Tengo mis derechos! ¡Incluido el derecho al amor! ¡Oh, sí! —Se rio a carcajadas—. Como el amor que tu padre te dio. Encontré unas fotografías de los dos en el laboratorio del abuelo, unas viejas imágenes de una niña y un padre cariñoso. ¡Dónde estaba tu amor hacia mí! ¡Dónde!

—El barón Karl von Reichenbach es su abuelo —le susurró Julia a Leo—. ¡Ya sabemos por qué el Nachtkrapp tenía su escondite en el Cobenzl!

Leo también lo tuvo claro. Siempre se había preguntado por la conexión, por la razón por la que, de entre todos los lugares, el sospechoso había elegido el viejo laboratorio de Reichenbach como escondite para cometer sus terribles actos. Ahora lo sabían. ¡El Nachtkrapp era nieto de Reichenbach! Un hijo repudiado que trabajaba de vigilante en el Museo de Historia Natural para estar cerca de una madre a la que, atrapado entre la repulsión y el anhelo, odiaba y amaba en la misma medida. En algún momento debió de descubrir quién era su familia, y probablemente entonces exploró el Cobenzl, el

palacio de su abuelo, e instaló allí su sanguinario laboratorio personal.

Pero todavía quedaban muchos cabos sueltos para Leo. ¿Por qué el hijo, cuando ya fue un joven adulto, no se puso en contacto con su madre? ¿Por qué estaba tan obsesionado con la teoría de los cráneos de Gall? Y, sobre todo, ¿por qué asesinaba a los niños del orfanato donde él mismo se había criado?

—Mire —interrumpió Julia las cavilaciones de Leo, dirigiéndose al vigilante con voz amable—, seguro que tiene usted un nombre. Yo me llamo Julia. ¿Puede decirnos cuál es su nombre de pila?

El Nachtkrapp los miró irritado, pero Leo comprendió lo que Julia pretendía hacer. Si querían salvar a Hermine Schuh, si querían saber qué le había ocurrido a Augustin Rothmayer, necesitaban establecer una relación de confianza con el criminal. Julia actuaba siguiendo sus instintos, tal como Hans Gross, el viejo mentor de Leo, le había enseñado a su pupilo en Graz.

«Hazte amigo del criminal, demuéstrale comprensión...»

—Yo... me llamo Dietmar —respondió el vigilante.

—Dietmar, qué nombre más bonito. —Julia asintió con la cabeza—. Digno del nieto de un barón. Antes nos ha hablado de los regalos que le traía su madre. ¡Mírela, Dietmar! ¿Se acuerda de cómo era ella entonces?

—Sí..., me acuerdo. —Los ojos de Dietmar se volvieron vidriosos mientras miraba a su madre, ya inconsciente—. Estaba tan guapa con su vestido de verano... Los chicos siempre se ponían celosos cuando venía a verme. Ellos nunca recibían visitas...

—Sí, Dietmar, esa era su madre, y lo sigue siendo ahora. Bella y encantadora. Seguro que no quieres hacerle más daño, ¿verdad?

—¡Pero me abandonó! ¡Me entregó a ese... infierno! Me pegaban, me mojaban las mantas con agua helada, me restregaban mierda de perro por encima, solo porque..., porque era distinto. ¡Porque estaban celosos de mí! Eran muy malos, eran malos y traviesos, sí. ¡Malos y traviesos!

La voz de Dietmar había adoptado un tono infantil y llorica, como si hubiera vuelto a la infancia.

—Pero ahora su madre está con usted —dijo Julia—. Y no volverá a abandonarlo. ¡Ella lo quiere! Pero si la mata, se irá para siempre. —Continuó con voz dulce—: Yo también soy madre. Una madre nunca deja de querer a sus hijos, aunque a veces vayan por mal camino y no sean capaces de demostrarlo...

—¡Se lo merece! —gritó Dietmar—. Su cráneo será el último de mi colección, el último eslabón de mi cadena de pruebas. Quería esperar, pero ya es...

Su mano se dirigió a la daga que estaba en el suelo.

—¡No! —gritó Leo—. ¡No lo haga!

Justo entonces, la luz de la buhardilla se apagó.

La negrura era tan intensa que, por un momento, Leo pensó que se había quedado ciego. ¿Qué había ocurrido? Alguien debía de haber pulsado el interruptor de la luz en el cuarto de servicio. ¿Anna? No tenía tiempo de pensar en ello. Lo que hizo fue correr hacia el vigilante, que estaba a punto de apuñalar a su madre con la daga. Se oyó un estruendo al desplomarse una hilera de estanterías. Leo notó que algo suave y con olor a enmohecido le rozaba la cabeza, probablemente uno de los animales disecados. Sus manos tantearon en el vacío: no había nada en el lugar donde esperaba encontrar al vigilante. Siguió palpando y consiguió agarrar el vestido manchado de sangre de Hermine Schuh. La anciana emitió un leve quejido. No muy lejos, se oyó un chirrido seguido de un golpeteo.

—¡Anna! —gritó Leo—. ¡El interruptor de la luz! Si estás por aquí, ¡enciende la luz!

—¡Lo siento, inspector! —se oyó la voz de Anna desde abajo—. Le oí gritar y pensé que...

—¡Hiciste bien, Anna, pero ahora enciende la luz! ¡Rápido!

La lámpara de encima de la escalera de caracol se encendió y Leo, parpadeando, miró en torno a sí. Estaba de rodillas junto a Hermine Schuh, con las manos metidas de lleno en el charco de sangre. Había varias estanterías volcadas y destrozadas, y un montón de huesos y animales disecados esparcidos por el suelo. Julia trataba de abrirse paso en el caos.

—¿Dónde ha ido el tipo? —le preguntó Leo—. ¿Lo has visto?

—No lo sé. Se ha oído un golpeteo, parecía una trampilla. Lo que importa ahora es cómo se encuentra la señora Schuh —dijo Julia, que se inclinó sobre la anciana y le tomó el pulso. Miró a Leo con expresión apremiante—. Tenemos que tapar la herida, ¡rápido! Antes de que pierda más sangre.

Se apresuró a buscar un vendaje improvisado. Al no encontrar nada, empezó a rasgar tiras desde el dobladillo de su vestido. Mientras tanto, Leo recorrió la estancia con la mirada, atento a una posible emboscada.

«¿Dónde demonios te has metido?»

Al fondo vio más animales disecados, un puma con las fauces abiertas, un oso polar podrido, un esquimal con una lanza, un hombre desnudo de piel negra... Otras figuras se agazapaban en la sombra. ¿Sería una de ellas el Nachtkrapp? ¿O había huido? De ser así, ¿adónde?

Entonces, Leo vio la trampilla.

Estaba junto a una pilastra de ladrillo en el centro de la habitación y había quedado entreabierta. Leo se acercó con cautela hacia ella e introdujo la cabeza para echar un vistazo. Al otro lado

había un profundo pozo, parecido al tiro de una chimenea. Como era de esperar, estaba oscuro. Leo oyó una especie de murmullo efervescente, acompañado de un golpeteo regular, como si alguien estuviera...

Entonces vio que el pozo tenía peldaños.

—¡Creo que ha bajado por aquí! —le gritó a Julia—. ¡Encárgate de la señora Schuh!

—No irás a... —empezó ella, pero Leo ya había metido las piernas en el estrecho pozo y empezaba a descender por los peldaños.

Estaba oscuro como una tumba, solo en el fondo Leo creyó ver un débil resplandor. En el interior del pozo, el murmullo efervescente se oía con mucha más intensidad, como si una tormenta infernal se estuviera desatando en algún lugar de las profundidades. Leo sintió una brisa cálida que soplaba a su alrededor. Fue entonces cuando dedujo para qué servía el pozo.

«¡La calefacción! Es el sistema de ventilación del museo.»

La sospecha se convirtió en certeza cuando a los lados vio las aberturas de unos conductos separados a intervalos regulares. Cada conducto medía aproximadamente medio metro de altura, por lo que, en teoría, era posible avanzar a rastras en su interior. Estos sistemas de ventilación ya existían en otros grandes edificios de la ciudad. Era probable que en algún lugar del sótano hubiera un gran ventilador encargado de impulsar aire caliente o frío a través de las tuberías. Los peldaños servían para labores de mantenimiento. Leo aguzó los oídos. Debajo del murmullo creyó oír el crujido de los peldaños. Por lo visto, el Nachtkrapp se encontraba en algún lugar debajo de él.

Leo siguió descendiendo. No se habría atrevido a meterse por los conductos laterales; el pozo ya era lo bastante estrecho. Además, cada vez hacía más calor. Era como viajar al centro de la Tierra. Al parecer, algunas zonas del museo también se calentaban en verano para eliminar la humedad de las salas.

Leo se detuvo un instante. ¿Cuánto podía haber descendido ya? De momento había encontrado tres conductos laterales. Recordó entonces haber visto trampillas de ventilación en los techos de varias salas. ¿Podía el Nachtkrapp moverse de esta manera por el museo? Sin que nadie se diera cuenta, siempre cerca de su madre... Como una garduña o un lirón, deslizándose deprisa por detrás de las paredes.

El débil resplandor ya era más intenso, la fuente de luz había aumentado. Leo vio debajo de él un orificio ancho como sus caderas, y los peldaños parecían terminar allí. Atravesó la abertura y llegó al final del pozo. Debajo estaba la sala de la que procedía el murmullo efervescente.

«El centro del infierno», pensó. ¿Lo estaría acechando allí el Nachtkrapp?

Leo se armó de valor, se soltó de los peldaños y cayó los aproximadamente dos metros de altura que había hasta el suelo de una cámara iluminada por una centelleante lámpara de gas. Estuvo a punto de desplomarse, pero consiguió mantener el equilibrio en el último segundo. Al echar un vistazo a su alrededor, vio que de la pared partían varios tubos de calefacción. Más atrás pudo distinguir una vieja mesa de trabajo con una gran estantería encima. En ella había más de dos docenas de cráneos alineados.

Cráneos pequeños, como de niño.

Entre el bramido constante se oyó un estrépito.

Leo se volvió hacia un lado y vio a Augustin Rothmayer atado a uno de los tubos de calefacción. El sepulturero tenía la boca amordazada y lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Hmmmpffff —masculló mientras sacudía la cabeza de un lado a otro—. Bfffmmm...

—Señor Rothmayer —dijo Leo—. Espere...

En ese momento, una sombra se abalanzó sobre él por detrás.

Julia arrancó otra tira de su vestido y la envolvió alrededor del cuello de Hermine Schuh; la sangre empapó el vendaje improvisado, pero parecía que el flujo disminuía paulatinamente. Apretó la herida con los dedos. Unos pasos sonaron por detrás. Julia volvió la cabeza y, sobresaltada, vio a Anna, que había subido por la escalera de caracol y ahora estaba de pie en la buhardilla, sin saber qué hacer.

—Mira a ver si encuentras una manta —le dijo Julia—. Tenemos que mantenerla caliente.

A Hermine Schuh le temblaba todo el cuerpo debido a la pérdida de sangre. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad.

—Todo irá bien —dijo Julia en voz baja, no muy convencida. También prestaba atención por si podía oír alguna señal de Leo, pero lo único que le llegaba era un débil murmullo procedente del pozo.

—Tengo... frío... —sonó de pronto la débil voz de Hermine—. ¿Dónde... dónde estoy?

Julia se sobresaltó. Al parecer, la anciana había vuelto en sí. Entretanto, Anna había encontrado una roñosa manta de lana con la que cubrió a Hermine.

—Se encuentra a salvo —dijo Julia—. La llevaremos al hospital. —Palpó en la ropa de la mujer—. Pero necesitaremos la llave para salir... ¿Puede decirnos dónde está la llave maestra?

Anna carraspeó por detrás. Tenía un manojo de llaves en la mano y señalaba hacia las escaleras:

—Las he encontrado abajo, en su escritorio...

—¡Anna, eres la mejor! —exclamó Julia aliviada—. Ahora ve a buscar un teléfono y llama a la Jefatura. Diles que envíen un transporte de inmediato. Si se dan prisa y les abres la puerta principal,

quizá podamos salvar a la señora Schuh.

Anna asintió con la cabeza y salió a toda prisa con el manojo de llaves. Cuando Julia se volvió hacia Hermine, la mujer abría los ojos.

—Déjeme... morir —jadeó—. Yo... me lo merezco...

—Chsss, no hable —dijo Julia—. No debe malgastar fuerzas.

Pero la anciana siguió hablando:

—Él tiene razón... No fui una buena madre... ¿Qué clase de madre abandona a su hijo? —Una repentina y débil sonrisa se dibujó en su rostro—. Yo notaba algo, muy dentro de mí sabía que..., que era él. Esa mirada, la forma en que me saludaba cada vez que venía al museo... Había algo entre nosotros. Siempre quise preguntárselo, pero nunca me atreví. Tal vez porque temía descubrir la verdad... Ahora ya es tarde...

—Cálmese, no debería...

—¡Tonterías! —bramó repentinamente la anciana con una energía asombrosa—. Además, yo ya estoy en las últimas... —Resolló y volvió a flaquear—. Alguien tiene que saber la verdad... Mi... mi confesión. ¡Escúcheme!

Sin decir nada, Julia le secó la frente sudorosa.

—Él... es hijo de Franz Schöneich, un ayudante de mi padre —empezó Hermine con la voz entrecortada—. Un joven inteligente, pero... extraño, excéntrico. Mi padre lo eligió para ser mi futuro marido, incluso pagó el anillo de compromiso. Tenía... un fragmento de meteorito como símbolo de eternidad... —La anciana se rio y arrojó un esputo de sangre—. Papá no quería ver que Franz era distinto. Inteligente, pero extraño. Y muy... impulsivo. Una vez, estando a solas en el palacio, se me insinuó cuando aún no éramos novios. Yo... ¡solo tenía dieciséis años! Todavía era una niña...

—Oh, Dios —susurró Julia. No quería alterar a Hermine más de la cuenta, pero la pregunta le salió de los labios antes de pensarlo dos veces.

También porque la respuesta le recordó su propio destino.

—La violó, ¿verdad? Se quedó embarazada...

Hermine asintió.

—Intenté abortar, pero no funcionó. Cuando mi padre supo lo que había pasado, ya fue demasiado tarde. Echó a Franz y di a luz en secreto en el palacio. Yo... no quería tenerlo. ¡Era una adolescente! —Volvió a temblar con fuerza—. No sé si puede entenderlo...

—Claro que lo entiendo —dijo Julia en voz baja—, también soy madre.

Pensó en Sisi, que también había sido el resultado de una violación. A diferencia de Hermine, Julia siempre había querido tenerla. Sin embargo, también podía entender que una madre repudiara a su propio hijo porque le recordara al padre y a su terrible

acto. Julia conocía a varias mujeres, la mayoría jóvenes criadas, que habían abortado por ese motivo. Acudían a las aborteras clandestinas, conocidas como «hacedoras de ángeles», y en ocasiones la intervención terminaba también con sus vidas.

—Papá llevó a la criatura recién nacida al orfanato del distrito quinto —continuó Hermine con la voz entrecortada—. Acababan de inaugurar el hospicio y tenía buena reputación. Muchas hijas de buena familia caídas en desgracia llevaban allí a sus hijos ilegítimos. En realidad no me permitían ver a Dietmar, pero yo… no podía soportarlo, así que seguí haciéndole visitas a escondidas hasta que, al cabo de dos años, conocí al que sería mi futuro marido, Carl Schuh…

Enmudeció. Julia pensó que había vuelto a perder el conocimiento.

—Carl me prohibió que volviera a verlo —susurró finalmente Hermine con las últimas fuerzas que le quedaban—. Papá ya había muerto cuando nació Ingrid. Yo… intenté olvidar a Dietmar. Pero él no me olvidó…

Julia volvió a pensar en Sisi. Intentó imaginar si habría sido capaz de llevar a su hija a un hospicio y olvidarse de ella para siempre. Le resultó imposible. Sisi era carne de su carne y, aunque a menudo maldijera al hombre que le había hecho aquello, nunca le mendigaría ninguna ayuda. Prefería pasar el resto de su vida viviendo con su hija en el burdel de la Gorda Elli.

—Debió de buscarla cuando por fin abandonó el orfanato —dijo Julia pensativa—, con el corazón dividido entre el odio y el amor. ¿Quién sabe si se habría abierto a usted algún día…? —Frunció el ceño—. ¿Sabe si conoció a su padre?

—Franz murió hace mucho tiempo —jadeó Hermine—. De tuberculosis. No derramé ni una lágrima por él. Pero, verá, tengo una terrible sospecha… —Volvió a escupir sangre—. Ya en aquel entonces, Franz se interesaba por las estúpidas teorías de Franz Gall. Estaba loco, ahora lo sé. ¡Igual que su hijo! Siempre quiso demostrar que el mal estaba latente en algunas personas desde su nacimiento, que determinadas características se pueden reconocer por la forma del cráneo. Puede que Dietmar haya encontrado los viejos documentos de su padre. Esos cráneos de niños a los que se refería el inspector… De niños del orfanato… —Hermine se mordió los labios ensangrentados —. ¿El inspector ha dicho que los muchachos eran anestesiados previamente?

—Así es… —respondió Julia vacilante—. ¿Por qué lo…?

—Hace unas semanas noté que alguien robaba éter del almacén del departamento de botánica —la interrumpió Hermine—. Lo usamos para matar mariposas para nuestras colecciones. Pero me temo que Dietmar lo robaba para… un fin muy concreto. —La anciana lanzó una

mirada desesperada a Julia—. ¡Creo que mi hijo es un monstruo! Oh, Señor, ten piedad de mi alma... Yo... ¡he dado a luz a un monstruo!

Hermine Schuh dio un último resuello agónico y se desplomó.

De algún lugar del edificio llegaba un fuerte vocerío y el sonido de botas pateando el suelo.

Anna había alertado a la policía.

El peso del voluminoso hombre hizo que Leo diera contra el suelo. El inspector podía sentir el aliento caliente en la nuca. Con el rabillo del ojo vio a Augustin Rothmayer, que seguía atado a la tubería de la calefacción y lo miraba con los ojos como platos.

—Usted no lo entiende... —jadeó el Nachtkrapp—. Yo... ¡lo hago por el bien de la humanidad! Por un fin superior...

Leo olió algo que le recordó a un hospital, un olor amargo y áspero. Notó la presión de un paño en la cara.

«¡Éter!»

Pronto se sintió algo mareado y sus fuerzas empezaron a flaquear.

«¡Vamos, defiéndete!»

Con un último esfuerzo, Leo se levantó y consiguió sacarse al tipo de encima. Respiró hondo y se levantó; frente a él yacía el Nachtkrapp con el rostro contraído en una mueca de locura. Pero inmediatamente volvió a ponerse en pie.

—¡Déjelo ya, por el amor de Dios! —gritó Leo—. No tiene sentido. ¡Así solo conseguirá empeorar las cosas!

Pero el vigilante ya se había abalanzado sobre Rothmayer. La daga con la que había apuñalado a su madre relucía de repente en su mano. Con un movimiento decidido, agarró al maniatado sepulturero y le colocó el filo sobre la garganta.

—¡Atrás! —gritó el hombre con voz casi infantil—. ¡Atrás, o le corto la cabeza! ¡Sin anestesia! ¡Lo juro por Dios!

Leo, que estaba a punto de abalanzarse sobre su oponente, se detuvo. Levantó las manos y dijo:

—Sea razonable...

—¿Razonable? —Dietmar von Reichenbach rio desesperado—. ¡Ya lo soy! Son los demás los que no quieren entrar en razón. ¡En el fondo lo hago por usted, inspector!

—¿Por mí? —preguntó Leo desconcertado. Una vez más reparó en lo débil e infantil que sonaba la voz de ese hombre. El hijo de Hermine Schuh debía de tener casi sesenta años, pero seguía siendo sorprendentemente fuerte para su edad—. Se refiere...

—¡A la policía, sí! —Con la mano que tenía libre señaló los cráneos de la estantería—. Sigo esperando la demostración definitiva, pero creo que he descubierto una protuberancia sospechosa en el hueso parietal. ¡En todos y cada uno de esos cráneos! ¿No entiende lo que eso significa?

—Escuche, está usted enfermo… —empezó Leo.

—¡No estoy enfermo, maldita sea! ¡Pero esos muchachos sí lo estaban! ¿Es que no lo entiende? Eran niños malos y traviesos, y de adultos habrían sido criminales. Los bultos lo demuestran. ¡Le he hecho un favor a la humanidad!

—¿Y por eso ha asesinado a todos esos niños? ¿Para demostrar con sus cráneos que eran malos?

Leo se estremeció. Sus sospechas iniciales parecían confirmarse.

—¡Por supuesto! Hay gente que nace siendo mala. Ya lo sabía cuando era niño, en el orfanato. Los demás me torturaban, me pegaban, me quitaban los zapatos en invierno y me hacían caminar sobre la nieve como si fuera una res. Se meaban en mi comida y me azotaban con una vara en el culo hasta que no podía ni sentarme. Hicieron de mi vida un infierno. Y lo hicieron porque eran malos. ¡Eran unos niños malos y traviesos!

De repente Leo vio en el Nachtkrapp al joven débil y ligeramente afeminado que había sido. El niño pequeño y regordete abandonado por su madre y atormentado por los otros chicos del orfanato. Avanzó un paso hacia Dietmar von Reichenbach, pero este apretó la daga contra la garganta de Rothmayer con tanta fuerza que brotaron de su piel pequeñas gotas de sangre.

—¡No se acerque más! —gritó Dietmar von Reichenbach, que ya parecía del todo poseído por la locura. El sistema de ventilación seguía rugiendo—. ¡Solo ha venido a robar mis investigaciones y apropiarse de todo este conocimiento! He hecho mis averiguaciones sobre usted, inspector. Sé que es un ferviente defensor de la nueva criminalística, como Cesare Lombroso, su colega italiano. Hombres como él, y como su predecesor, Franz Joseph Gall, son unos pioneros de la ciencia. Marcaron un camino, y lo siguen haciendo, para conseguir un mundo sin crímenes. Si liquidamos a todos los criminales antes de que cometan sus fechorías, ya no habrá sufrimiento, y todo el mundo será feliz… —Soltó una carcajada salvaje y continuó—: Mi madre iba a ser la demostración definitiva. Estoy seguro de que su cráneo también presenta una protuberancia en el hueso parietal, de que… ¡es una persona irremediablemente mala! ¡Una mala madre! Mi padre lo sabía y por eso me dejó una carta y sus notas… ¡Yo he culminado sus investigaciones!

El Nachtkrapp seguía sosteniendo la daga en la garganta de Rothmayer. Sin embargo, un destello sospechoso iluminó la mirada del sepulturero, como si quisiera decirle algo a Leo sin palabras. El inspector desvió entonces la mirada hacia las ataduras en la tubería de la calefacción. Y se dio cuenta de que se estaban aflojando un poco. Rothmayer le hablaba con la mirada:

«¡Entreténgalo, inspector! Solo unos minutos más…».

—Usted ha desenterrado cráneos en el Cementerio Central, ¿no es cierto? —preguntó entonces Leo para ganar tiempo—. Cráneos de asesinos ajusticiados…

El Nachtkrapp asintió orgulloso.

—¡Era esencial para mi investigación! Pero también me interesaba la otra cara. Si se puede estudiar lo malo, también se puede estudiar la bondad y el genio. Franz Gall lo sabía cuando se interesó por el cráneo de Haydn. ¡El genial compositor! Yo quería saber más, pero el profesor Hofmann se mostró extrañamente reservado. Es una pena, lo había tomado por una persona más accesible. Sus publicaciones así lo sugieren.

—¿Conoce la obra del profesor Hofmann? —preguntó Leo asombrado. Dirigió la mirada a Augustin Rothmayer, que seguía frotando las cuerdas contra la tubería.

—¡Por supuesto! ¡Igual que la de Lombroso, Gall y muchos otros científicos! No se imagina la cantidad de tiempo libre que tiene un vigilante de museo. La sección de antropología no suele estar muy concurrida, la mayoría de los visitantes no pasan del piso de abajo y sus animales disecados. Solía pasarme mucho tiempo a solas, con mis cráneos y mis libros, o bien me retiraba aquí, a mi pequeño reino.

Leo pensó en los muchos escritos que habían encontrado en el laboratorio de Reichenbach en el palacio. También recordó cómo el viejo y regordete vigilante siempre estaba leyendo libros que parecían novelas baratas de indios y vaqueros, pero por lo visto se trataba de literatura científica. Así de fácil era equivocarse sobre una persona…

—Así que este es su… archivo —dijo Leo mirando las calaveras alineadas en la estantería.

—Bueno, al principio pensé en instalar aquí mi taller —respondió el Nachtkrapp en tono afable, como un científico disertando sobre sencillas series de ensayos—, pero habría llamado demasiado la atención, con tanto serrar y cortar, y las cubetas de ácido… Necesitaba un lugar apartado. Fue una suerte que, durante mis exploraciones iniciales, diera con el viejo laboratorio del abuelo. Era ideal para mis objetivos. Pero donde me siento realmente a gusto es aquí, en la sala de calderas del museo. ¡Este murmullo es música para mis oídos! —Se rio a carcajadas y continuó—: Acordé con la dirección del museo que me designara como único responsable del sistema de refrigeración. Aquí no me molesta nadie y puedo recorrer el museo por los conductos de ventilación. Me encanta pasearme de noche por las salas desiertas y curiosear por las trampillas. —Dietmar von Reichenbach hablaba extasiado—. Esqueletos de dinosaurio, mariposas atravesadas por alfileres, depredadores disecados… Cuando todas esas criaturas mueren es cuando empiezan a vivir, ¿no le parece, inspector? Como hombre que investiga homicidios, usted debería sentir lo mismo…

—Es una idea interesante… —dijo Leo volviendo a lanzar una mirada fugaz a Rothmayer—. No se me había ocurrido…

Justo entonces, estalló por fin la escena ante él.

Las ataduras se rompieron produciendo un fuerte chasquido y el sepulturero se abalanzó sobre su torturador. A pesar de la mordaza, Leo pudo oír el grito ahogado de Augustin Rothmayer, que arrebató la daga al tipo y la arrojó lejos de allí. Sin embargo, con más rapidez de la que Leo había esperado de un hombre tan corpulento, el vigilante se escabulló del abrazo de Rothmayer y corrió hacia una de las dos salidas, una gruesa puerta de hierro que el hombre abrió y por la que desapareció. El inspector fue tras él.

—¡Atrape a ese cabrón, maldita sea! —gritó Augustin Rothmayer, que entretanto se había arrancado la mordaza de la boca—. ¡Lo voy a enterrar vivo por todo lo que me ha hecho!

La puerta daba a una galería que terminaba al cabo de unos metros formando un ángulo recto con un conducto de la altura de una persona. El murmullo y el bramido eran allí infernales y soplaba una fuerte corriente de aire por la abertura.

—¡Deténgase! —gritó Leo. Su voz resonó en las planchas de acero que revestían la galería cilíndrica.

Pero el Nachtkrapp no se detuvo. Giró a la derecha, en el sentido de la corriente de aire. A la izquierda, Leo vio una enorme turbina cuyas aspas giraban a toda velocidad. Ocupaba toda la sección del conducto. Leo supo por fin de dónde venía aquel bramido. El viento le tiraba violentamente del pelo.

«¡La turbina de ventilación! Desde aquí se distribuye el aire por todo el museo…»

—¡No me atraparéis! —exclamó el Nachtkrapp—. ¡Nunca! Terminaré mi investigación y después…

Detrás de Leo se oyó un estampido lo bastante fuerte como para ahogar el bramido por un momento. Al volverse, Leo vio a Rothmayer moviendo una enorme palanca situada junto a la entrada del conducto. En ese instante, las palas del rotor giraron de repente en la dirección opuesta, creando una corriente de aire inversa que hizo que el Nachtkrapp se tambaleara hacia atrás.

En dirección a la turbina.

Dietmar von Reichenbach gritó sorprendido. Un extremo del faldón de su uniforme de vigilante se había enganchado en la turbina y tiraba inexorablemente de él hacia las palas del rotor. La tela se iba enrollando centímetro a centímetro…

Los gritos del Nachtkrapp se hicieron cada vez más fuertes hasta transformarse en un chillido agudo y, después, en un alarido desgarrador.

—¡No! ¡Noooooooo…!

Las palas del rotor habían alcanzado el talle de la chaqueta del uniforme y empezaron a trocear la prenda.

Y, con ella, también al hombre que la llevaba.

—¡Noooooo!

El grito cesó de repente y Leo apartó la vista horrorizado. Unas gotas de sangre caliente le salpicaron la cara como si fuera lluvia. El mecanismo del rotor dio un último crujido y la turbina dejó de girar.

—¡Menuda carnicería! —gruñó el sepulturero en el repentino silencio.

—¿Cómo supo...? —empezó Leo.

—Por el nuevo sistema de refrigeración que han instalado en el depósito de cadáveres del Cementerio Central —explicó Rothmayer con voz ronca—. Funciona igual, en ambas direcciones. Otro de esos artilugios inventado por Groeppner e Hijos, los mismos del aparato para enterrar cadáveres. Por lo menos, este funciona estupendamente —dijo mirando el charco de sangre que se extendía bajo las palas del rotor. Luego repitió—: Menuda carnicería, por los clavos de Cristo... Me conformaba con enterrarlo vivo, pero creo que esto también servirá. Ahora solo falta que vengan a limpiar.

Apenas una hora después, Leo estaba con Julia delante del museo mientras dos enfermeros salían portando una camilla. En ella se podía apreciar la delgada figura de Hermine Schuh tapada con unas mantas. Los camilleros la introdujeron a toda prisa en un coche de caballos que llevaba el distintivo del Hospital General de Viena.

—¿Saldrá de esta? —preguntó Leo.

Julia se encogió de hombros.

—Es una mujer fuerte, yo misma lo he visto al final. Pero ha perdido mucha sangre. Y si a ello sumamos el trastorno por lo de su hijo... Los sanitarios le han aplicado los primeros auxilios en la buhardilla. Solo nos queda ver cómo evoluciona en el hospital.

Julia le había contado a Leo la confesión de la anciana, que coincidía con lo que Dietmar von Reichenbach le había explicado al inspector. A pesar de que era una suave noche de verano, Leo sentía frío. Varios curiosos se habían detenido en la Maria-Theresia-Platz y observaban a los numerosos guardias uniformados que atravesaban las puertas del Museo de Historia Natural.

—¡Es una locura! —exclamó Leo—. Dietmar von Reichenbach debió de trabajar aquí durante años sin decirle a su madre quién era. Quería estar cerca de ella, pero también la odiaba. Su cráneo habría sido el último de esa supuesta gran serie de experimentos, él mismo me lo ha dicho. Menos mal que hemos conseguido detenerlo.

—No. Hemos llegado tarde —replicó Julia con amargura—. ¡Ha matado a tantos niños del orfanato! Y todo por culpa de esas teorías de charlatán.

—Al menos hemos podido salvar a Alex Czerny —puntualizó Leo.

—¿Y qué hay de su amigo discapacitado, ese tal Sepperl? Viste su cráneo en casa de Maria Vanotti.

—No sabemos si es su cráneo. Todavía estamos a la espera del examen definitivo. Pero sospecho que no se trata de él. —Leo frunció el ceño mientras otro grupo de policías entraba en el museo—. Creo que el profesor Siegfried Schneider dice la verdad. El cráneo no proviene del palacio ni del museo. Schneider lo adquirió hace años en el hospital de Linz, lo cual significa que Sepperl todavía puede estar vivo. Alex dijo que el muchacho huyó cuando el Nachtkrapp los atacó a ellos y a Jossi.

—Aun así, hay más de una docena de niños muertos. —Julia sacudió la cabeza—. Sigo sin comprender por qué hay personas capaces de cometer semejantes atrocidades. Casi dan ganas de creer a Dietmar von Reichenbach. El mal existe...

—Sí, el mal existe. Pero solo se desarrolla en nosotros con el tiempo —dijo Leo—. Estoy convencido de que nadie viene al mundo siendo malo. El Nachtkrapp fue en su día un niño inocente y atormentado. Y fue el dolor mental que le infligieron lo que lo convirtió en un monstruo.

—Una excusa perfecta para cualquier asesino, ¿no crees? —Julia dio un resoplido sarcástico—. Dile al juez que tuviste una infancia difícil y te dejará en libertad.

—Estás tergiversando mis palabras. Lo que quería decir era que...

Leo se interrumpió al ver una figura corpulenta que se dirigía hacia ellos. Sobre ella flotaba un oscuro nubarrón de humo de cigarro.

—El inspector jefe Leinkirchner —le susurró a Julia—. Prepárate para lo peor.

Pero, contra todo pronóstico, Leinkirchner parecía estar de buen humor, al menos para lo que era habitual en él. Incluso sonreía, aunque la suya no dejaba de parecer una sonrisa de tiburón.

—Debe de tener un ángel de la guarda, Herzfeldt —dijo el inspector jefe, y se sacó el puro de la boca—. Mis felicitaciones, no pensé que sobreviviría a todo esto.

—No las merezco, Leinkirchner —correspondió Leo con una leve reverencia—. Si se refiere a la pelea con el Nachtkrapp, le diré que...

—No hablaba de eso —le cortó—. Me refería más bien a su supervivencia profesional. Si no me equivoco, ha vuelto a actuar por su cuenta a pesar de estar cesado...

—Bueno, me había pedido un informe, ¿lo recuerda? Y para ello debía hablar con la señora Schuh. Yo no he tenido ninguna influencia sobre lo que ha pasado después. Considéreme más bien un testigo.

—Sí, lo que usted diga, resabido —replicó Leinkirchner haciendo un gesto de desprecio con la mano—. Parece que tiene usted

defensores muy poderosos, Herzfeldt. El profesor Franz Exner, yerno de Hermine Schuh, acaba de llamar por teléfono al director general de la policía; deben de conocerse de jugar a las cartas en el casino. Exner lo ha elogiado a usted por haber rescatado a su suegra de las garras de ese monstruo. No ha quedado mucho de él, por cierto. —Hizo una mueca de repugnancia—. ¿Y es cierto lo que ha declarado a los compañeros en el acta? ¿El vigilante del museo era el hombre al que buscábamos?

—El Nachtkrapp —asintió Leo—. Se llamaba Dietmar von Reichenbach y era hijo ilegítimo de Hermine Schuh. Por eso tenía el laboratorio en el Cobenzl, el antiguo palacio de su abuelo. Los cráneos de los niños los encontrará aquí abajo, en la sala de ventilación del museo. También ha tomado como rehén ahí al señor Rothmayer.

—Sí, el sepulturero del Cementerio Central. —Leinkirchner dio una profunda calada a su puro y exhaló el humo—. ¿Dónde está ahora? Los compañeros me han dicho que se ha ido con la muchacha al concluir su interrogatorio y después de recibir unas primera curas. Supongo que le vendría bien que lo viera un médico...

—Me temo que al señor Rothmayer no le entusiasman los médicos —intervino Julia—. Quizá haya ido a ver al profesor Hofmann, con él estará en buenas manos.

—Un enterrador y un médico forense —gruñó Leinkirchner—. ¡Vaya dúo! ¿No estaban escribiendo un libro a cuatro manos? Eso me han contado...

—Algo así —dijo Leo evasivo.

—Bueno, en cualquier caso, Hofmann también nos ha llamado. Quería hablar personalmente con usted, Herzfeldt. Dijo que tenía algunas novedades que podrían interesarle.

—¿Novedades? —Leo aguzó el oído—. ¿Sobre qué?

—Tendrá que preguntárselo usted. Imagino que se refería a esos crímenes del fantasma. —Leinkirchner se quitó el bombín y se rascó la calva—. Empiezo a perder la memoria... Creía que el caso ya estaba cerrado. Fue aquel pianista que se lanzó al Danubio desde un puente, ¿verdad?

—Eso pensaba yo —respondió Leo en voz baja.

—No me irá a decir que también fue nuestro Nachtkrapp. Eso facilitaría mucho las cosas. Habríamos matado dos pájaros de un tiro.

—No sé... No estoy tan seguro de ello —dijo Leo tras dudar un poco—. En los últimos días me ha rondado algo por la cabeza, sobre todo en lo referente al *cui bono*.

—¿*Cui* qué? —Leinkirchner frunció el ceño—. No me venga con academicismos, Herzfeldt.

—Es latín y significa «a quién beneficia». Y creo que ahora tengo una posible respuesta a esa cuestión. Pero me faltan las pruebas, y de

momento no tengo posibilidad de obtenerlas. —Leo lanzó una mirada interrogativa a Leinkirchner—. Como sabe, sigo suspendido de empleo. ¿Qué le parece si trabajamos juntos, para variar?

—¿Trabajar juntos usted y yo? ¡Lo que no pasa en un año, sucede en un rato! —bromeó Leinkirchner, y soltó una carcajada—. ¿Qué obtengo yo a cambio?

—Un caso resuelto y el agradecimiento personal del jefe superior Moritz Stukart. —Leo sonrió—. ¡Vamos, estimado inspector! No me diga que no siente curiosidad por saber quién está detrás de los crímenes del fantasma. Le revelaré algo ahora mismo: no es ningún espíritu.

Leinkirchner escrutó a Leo un buen rato. Luego tiró el puro al suelo y lo apagó con el tacón.

—¡Diablos, Herzfeldt! ¡Siempre me saca de quicio! Sabe perfectamente que no puedo resistirme a un caso sin resolver. Venga a verme a mi despacho mañana por la mañana y ya veremos.

Dio media vuelta y volvió hacia los vehículos policiales que había apostados frente al museo.

Julia miró a Leo con cara de asombro.

—¿Qué estás tramando?

—Déjate sorprender —dijo Leo sonriente—. Hoy he visto algo claro. Aparte de eso, me gustaría recuperar el tiempo perdido.

—¿A qué te refieres?

—¡A nuestro día de ópera! ¿Qué te parece este sábado? Si Maria Vanotti se ha recuperado para entonces, tendremos una maravillosa Reina de la Noche para la función. —Le guiñó un ojo a Julia—. Y puede que también una solución al caso para ti. Más emocionante incluso que una ópera.

XXV

Cuatro días después...

La Reina de la Noche cantaba briosa su famosa aria de notas agudas mientras Julia dejaba vagar su mirada por la gran sala.

No sabía qué le parecía más bonito, si la orquesta, con sus violines, violonchelos y contrabajos; el canto perlado de Maria Vanotti; el vestuario reluciente de los personajes; el decorado con un castillo en una montaña; o, simplemente, el ambiente festivo. Desde niña, Julia había soñado con ir a la Ópera de Viena y, por fin, su deseo de la infancia se había hecho realidad.

Leo, que estaba sentado a su lado en el palco, parecía igual de entusiasmado. Sin embargo, Julia tenía la impresión de que la escena no ejercía en él el mismo efecto mágico. Tal vez porque, a diferencia de ella, Leo ya había ido muchas veces a la ópera. Pero quizá, sobre todo, porque estaría pensando en la reunión que iba a tener lugar esa noche, después de la función.

Una reunión en el hotel-palacio del Cobenzl para la cual Leo había anunciado una sorpresa. Julia sospechaba cuál iba a ser esa sorpresa.

«Desenmascarar a un asesino...»

Leo le apretó la mano. Se pegó a ella y le susurró al oído:

—¿Te gusta la función?

—¿Que si me gusta? ¡Es como celebrar la Navidad y el cumpleaños el mismo día!

—De hecho, debía ser un regalo de cumpleaños, solo que, por desgracia, llega con un poco de retraso. —Le guiñó un ojo—. Nadie podría haber adivinado que...

La dama de edad avanzada que estaba a la derecha de Julia miró indignada hacia ellos y Leo continuó en voz baja:

—Nadie podría haber adivinado que un fantasma nos aguaría la fiesta. Échale un vistazo a nuestra ballena cantarina.

Le entregó los prismáticos a Julia para que viera con más detalle a Maria Vanotti. No pudo evitar sonreír. La Vanotti era realmente una ballena, pero una ballena que cantaba como los ángeles. Teniendo en cuenta que su joven amante secreto había fallecido la semana pasada, la diva parecía bastante recuperada. Quizá la música le proporcionaba algo de consuelo. Era su primera actuación desde la muerte de Richard Landing.

Julia se había enterado el día anterior con gran alivio de que al

menos Hermine Schuh estaba fuera de peligro. Sin embargo, la mujer se encontraba demasiado débil para asistir a la reunión de esta noche. En su lugar, Leo había convocado al yerno, Franz Exner, y la hija, Ingrid, así como a todos los participantes que habían sobrevivido a la fatídica sesión de espiritismo. Incluso Harry Sommer, en calidad de representante de la prensa, había sido invitado. Y también, por supuesto, la médium Claire Pauly, que probablemente se encontraba ahora en algún lugar detrás del escenario. La Vanotti todavía no sabía nada de las estafas de Claire, y ni Leo y ni Julia planeaban decírselo. Mientras nadie muriera en las sesiones, cada uno era responsable de su propia suerte.

Leo había anunciado por la mañana que todo estaba listo para la reunión en el hotel-palacio. Había hecho algunas averiguaciones con Paul Leinkirchner y Erich Loibl, pero todavía no le había contado a Julia de qué iba aquello exactamente ni cuáles eran las novedades que le había comunicado el profesor Hofmann. A Leo le encantaban las sorpresas, sobre todo cuando se trataba de sus casos, y, por cómo le brillaban los ojos, Julia sabía que estaba impaciente por que llegara el momento. Y ahora tocaba disfrutar. Por eso Leo había conseguido esas localidades de palco, que debían de ser de las más caras del teatro. La madre había insinuado varias veces que le habría gustado acompañarlos, pero, por suerte, Leo lo había impedido.

Esa noche era para Leo y Julia.

El aria terminó con una nota que podría haber hecho estallar una copa de cristal y el público aplaudió con entusiasmo.

—¿Veremos a tu madre esta noche? —preguntó Julia entre los aplausos.

—¡Por supuesto! —asintió Leo—. No se lo quiere perder. Arthur Conan Doyle también estará. Los dos han prolongado su estancia en el hotel-palacio hasta mañana. También porque les he pedido un pequeño favor —añadió con una mirada reveladora.

—Y después tu madre volverá a Graz, ¿verdad? —preguntó Julia esperando que así fuera. A la larga, Wilhelmine podía ser una persona agotadora.

—A no ser que se escape a Londres con Doyle —respondió Leo esbozando una sonrisa—. Pero me temo que acabará eligiendo al aburrido de mi padre.

Al final, la Reina de la Noche fue derrotada, y Pamina y Tamino se fundieron en un abrazo, al igual que Papagena y Papageno. Julia se emocionó y aplaudió hasta que le dolieron las manos.

—¡Ha sido maravilloso! —dijo cuando salieron de la sala de espectadores—. No quiero saber cuánto habrán costado las entradas.

—Tendrás que preguntarle al jefe superior Stukart. Me las ha conseguido él, por cortesía del director general, que me ha levantado

la suspensión. Por méritos especiales.

Cogidos del brazo, se dirigieron al guardarropa.

—Por cierto, Stukart también estará allí esta noche. Creo que la reunión le resultará especialmente satisfactoria.

Leo le dio una moneda a la empleada y ayudó a Julia a ponerse el sobretodo.

—Va a ser un encuentro de lo más ilustre —dijo Julia—. ¿Y el asesino o la asesina estará entre los asistentes?

—No seas tan curiosa. —Leo esbozó su típica sonrisa de dandi—. Déjate sorprender. En menos de dos horas, como muy tarde, lo sabrás. Espero que para entonces hayamos podido dar carpetazo al caso. Y sin espíritus de por medio.

Media hora más tarde, su coche de punto dejaba atrás las últimas casas de Grinzing y subía por el empinado y serpenteante camino del Cobenzl. Poco después, Leo y Julia veían el hotel iluminado en lo alto de la colina.

Leo esbozó una sonrisa aprobatoria: hoy sí que parecía un palacio de cuento de hadas. Como las noches seguían siendo agradables y templadas, el jardín y el estanque de los patos estaban llenos de huéspedes del hotel. La historia del inquietante coleccionista de calaveras del sótano no parecía haber perjudicado el negocio, todo lo contrario. Leo tuvo la impresión de que incluso había más clientes que la semana anterior. Junto al estanque, un quinteto de cuerda tocaba valses bajo un dosel mientras los camareros de librea repartían copas de espumoso champán. De los árboles colgaban infinidad de farolillos que esparcían una magia especial por el lugar.

Leo miró a su alrededor. Algo separados del resto de los invitados, vio a Eleonore von Drasche-Wartinberg hablando con el profesor Siegfried Schneider mientras el perrillo de la baronesa corría detrás de unos patos asustados. Franz Exner y su esposa Ingrid también habían llegado. Junto a ellos, Harry Sommer, vestido con chaqueta de color crema, entregaba a Ingrid una copa rebosante de champán. Probablemente quería interesarse por el estado de salud de su madre.

«Baboso…», pensó Leo. Estaba seguro de que Sommer solo buscaba alguna historia que vender. Pues bien, hoy la tendría…

El inspector se sintió aliviado al saber que su madre lo esperaba dentro del hotel en compañía de Arthur Conan Doyle. De no ser así, seguro que ya la tendría a su lado acribillándolo a preguntas.

—Mira —dijo Julia señalando la entrada del hotel—, ahí está el jefe superior Moritz Stukart. ¿Me equivoco, o acaba de dar una calada a un cigarrillo? El fanático de la vida sana está fumando como nunca.

Leo se acercó a Stukart y se descubrió para saludarlo. Abochornado, el jefe superior tiró la colilla al suelo y la apagó con la punta del zapato.

—Son los nervios —dijo Stukart—. Acabo de gorronear un cigarrillo al personal del hotel. ¡Sabía fatal! —Sonrió con desgana—. Espero que hayan disfrutado de la ópera, sobre todo después de que les estropeara la función la última vez. —Su rostro recuperó la seriedad—. ¿Está seguro de que su cadena de pruebas es concluyente? ¿Sabe ya quién es el culpable? ¿O la culpable?

—Creo que sí —respondió Leo—. Pero nuestro asesino todavía necesitará una ayudita para que podamos probar su culpabilidad. Por eso he convocado esta reunión, para desafiar sus rutinas e inducirlo al error.

—Inducirlo al error… —Stukart asintió con complicidad—. Habla como Hans Gross, su mentor en Graz. También le diré que me parece un despliegue algo exagerado para un interrogatorio. Pero si así conseguimos detener al asesino de mi amigo Theo… ¡Oh, ahí llega la estrella!

El jefe superior señaló un magnífico carruaje de dos caballos que acababa de detenerse en la avenida de gravilla del jardín. El cochero bajó del pescante, abrió la portezuela y se apearon Maria Vanotti y Claire Pauly. La diva ya no vestía como su personaje de *La flauta mágica*, pero seguía pareciendo una verdadera reina de la noche. Varios huéspedes del hotel la reconocieron y empezaron a cuchichear. La Vanotti corrió hacia Leo haciendo ondear los faldones de su abrigo.

—Inspector, espero de todo corazón que mi asistencia merezca la pena —dijo dándose aire con un abanico de seda—. Ha sido una actuación agotadora, y mi voz todavía no se ha recuperado después del trágico deceso de Richard… *È terribile*!

Pronunció las dos últimas palabras en italiano como si todavía estuviera cantando.

—Le aseguro que ha estado maravillosa. Lo hemos podido comprobar por nosotros mismos —dijo Leo, y se volvió hacia Julia—. ¿No es cierto?

—¡Oh, sí! ¡Un sueño hecho realidad! Le dije antes a Leo que su voz podía romper el cristal…

—*Well*, no estoy segura de si eso se puede considerar un cumplido —dijo Claire Pauly, que con su melena de paje y los pantalones *bloomer* parecía el amante masculino de Maria Vanotti. La norteamericana sonrió por lo bajo y añadió—: Pero esta noche escucharemos sobre todo la voz del inspector, ¿no es así? Estoy impaciente por ver su actuación, señor Von Herzfeldt.

—Entonces, vayamos al escenario —respondió Leo, e hizo una leve inclinación—. He reservado la sala de fumadores para nosotros. Después de ustedes, distinguidas damas.

Entraron en el edificio del hotel, donde los esperaba Adolf Becher, el gerente, con pose servicial.

—Su madre y el señor Doyle ya han tomado asiento en el salón —dijo Becher—. Está todo a punto, inspector, tal como me pidió. Hay té y canapés. Aunque el señor Doyle ha pedido whisky a gritos.

—Llévele su whisky si eso lo calma. —Leo sonrió y añadió—: Ah, señor Becher. Me haría un gran favor si se uniera a nuestro ilustre grupo. Al fin y al cabo, también se trata de su hotel. Además, es posible que surja alguna pregunta acerca del sospechoso que quizá solo usted pueda responder…

—¿Preguntas sobre el sospechoso? —Becher dibujó un arco perfecto con una ceja—. ¿Que yo pueda responder? Pensaba que ya no quedaba ningún cabo suelto. Leí en el periódico que el coleccionista de cráneos era un empleado del Museo de Historia Natural. ¡Menuda atrocidad! ¡Y encima, aquí, en mi hotel!

En realidad, esta era la versión oficial que Leo había acordado con Harry Sommer. Harry había obtenido la historia en exclusiva, pero, a cambio, no debía informar de que el Nachtkrapp era el hijo ilegítimo de Hermine Schuh, antigua baronesa Von Reichenbach. Tampoco se había vuelto a publicar nada sobre la muerte de Richard Landing ni de los misteriosos asesinatos que habían acabado con la vida de Theodor Lichtenstein y del fotógrafo de espíritus Gustav Meyerling.

—Falta por resolver un par de detalles finales —dijo Leo—, y por ello hemos convocado esta la reunión. Así que, si no le importa, tome también asiento, se lo ruego.

—Lo que usted diga. —Adolf Becher se atusó el pelo recién engominado—. Pero antes le serviré el whisky al señor Doyle, si no queremos que vaya él mismo al bar y arme un alboroto.

El gerente desapareció en el vestíbulo del hotel y Leo y Julia continuaron su camino hacia el salón.

—Empieza la función —murmuró Leo.

El salón de fumadores del hotel tenía las paredes revestidas de madera, y en el centro había varias mesas de juego cubiertas con tapetes de tela verde. Los asientos de las sillas estaban forrados con cuero de becerro y sobre varias columnas de probable inspiración griega que llegaban hasta la cintura descansaban unos ceniceros de mármol. Leo encontró la decoración algo recargada, pero el salón era perfecto para sus propósitos. Nadie los molestaría durante la siguiente hora.

El inspector observaba cómo los invitados iban acudiendo y tomando asiento. Arthur Conan Doyle había conseguido su whisky y estaba sentado junto a Wilhelmine y Adolf Becher en la mesa situada más a la derecha. Se notaba que el gerente se sentía incómodo en tan distinguida compañía. Los miembros de la sesión espiritista, por su parte, estaban acomodados en la gran mesa central, una de cuyas

sillas estaba ocupada por el perrito de Eleonore von Drasche-Wartinberg. Y en la parte izquierda del salón estaban Ingrid y Franz Exner, acompañados del jefe superior Moritz Stukart y de Julia, que miraba expectante a Leo. El inspector esperó a que las conversaciones de los presentes fueran cesando, y entonces golpeó una de las tazas de porcelana con una cucharilla de plata.

—En primer lugar, quiero darles las gracias a todos y cada uno de ustedes por haberse desplazado hasta el Cobenzl —comenzó Leo—. Agradezco especialmente la presencia de la *signora* Vanotti, que acaba de llegar después de una aclamada actuación en la Ópera de Viena...

Maria Vanotti asintió con elegancia y Leo continuó:

—Les aseguro que su presencia aquí no habrá sido en vano, aunque solo sea por haber sido invitados a este magnífico establecimiento hotelero tan cargado de historia. —Señaló hacia la ventana, donde el edificio iluminado se reflejaba en el estanque—. Hace más de medio siglo, este antiguo palacio era propiedad del barón Karl von Reichenbach, un científico, alquimista y librepensador que ha dejado una huella inolvidable y que, incluso en forma de espíritu, sigue captando nuestra atención en la actualidad.

—Inspector, nada de lo que nos cuenta supone ninguna novedad para nosotros —intervino el profesor Siegfried Schneider—. Además, sabemos bien que usted no cree en los espíritus. Así pues, ¿qué hacemos aquí?

—Exacto, ¿qué hacen aquí? —preguntó Leo poniendo cara de no saber la respuesta—. Todos ustedes forman parte de un enigma que gira en torno a tres asesinatos sin resolver. —Hizo una pausa dramática y miró a los asistentes—. Y uno de ustedes es nuestro asesino...

Un cuchicheo excitado se formó en el grupo.

—¡Esto es un escándalo! —clamó Eleonore von Drasche-Wartinberg, lanzando a Leo una mirada enfurecida—. Ya ha intentado en una ocasión achacarnos esos asesinatos a los espiritistas, inspector. Y ahora vuelve a insistir. ¡Es ridículo!

—Creía que ya tenían al sospechoso —dijo Claire Pauly dando una calada a la boquilla de su cigarrillo—. Según la prensa, el asesino es ese vigilante del museo. ¿No es cierto?

—Sí, él es el asesino de todos esos desafortunados niños del orfanato, cuyos cráneos coleccionaba —respondió Leo—. Pero ¿es también el asesino del doctor Theodor Lichtenstein, del fotógrafo Gustav Meyerling y del joven y talentoso pianista Richard Landing? Reconozco que, hasta hace poco, yo mismo andaba equivocado en la búsqueda del culpable. Durante mucho tiempo sospeché de Claire Pauly...

—*Bullshit*! —exclamó la estadounidense, esbozando una sonrisa

sarcástica.

Pero Leo continuó imperturbable:

—Como mínimo usted tenía un motivo de peso, miss Pauly. Para usted, invocar al barón Von Reichenbach era un asunto muy importante. Después de todo, Maria Vanotti le había pedido que lo hiciera y, además, le está pagando el alojamiento y la comida, y apuesto a que algún que otro capricho. El doctor Lichtenstein amenazó con destapar su espectáculo espiritista, Claire, así que usted lo mató y alentó el revuelo en los periódicos con las fotografías falsas.

—¡Cómo se atreve, inspector! —dijo indignada Maria Vanotti—. Mi amiga Claire nunca…

—Cálmese, *signora* —trató de tranquilizarla Leo—. Claire no es la asesina. Lo tuve claro cuando fue capaz de presentar una coartada sólida: había salido de excursión al campo en automóvil con usted.

—*Corretto* —asintió enrabiada Maria Vanotti—. ¡Usted lo ha dicho!

—Pero quien no fue de excursión con ustedes fue Richard Landing —añadió Leo—, y, por lo tanto, se convirtió en mi siguiente sospechoso. Landing tenía deudas de juego y le pidió un préstamo a usted, *signora* Vanotti. Además, era aficionado a la fotografía y… —miró a Claire Pauly— era el amante secreto de miss Pauly.

—Claire, ¿de qué habla el inspector? —preguntó María Vanotti volviéndose hacia la médium, que se había ruborizado y fumaba nerviosamente su cigarrillo—. ¿Es eso cierto? Por favor, ¡dime que no es verdad!

La estadounidense no abrió la boca.

Leo había prometido a Claire no hablarle de sus estafas a la *signora*, pero se había visto obligado a darle ese puyazo.

—Es mejor que las señoras resuelvan sus diferencias más tarde —dijo entonces—. Lo único que importa ahora es que Richard tenía un motivo. Como prueba de amor, mata al doctor Lichtenstein porque este quiere desenmascarar las imposturas de su amante secreta. Richard utiliza fotografías falsas para asegurarse de que todo el mundo hable del fantasma de Reichenbach, lo cual realza la condición de médium de Claire. Y también hace callar al fotógrafo Meyerling porque sabe demasiado. Un caso claro como el agua, de hecho. Tenemos un móvil, una oportunidad y una coartada… —Leo suspiró—. Pero, por desgracia, Landing apareció muerto en el Danubio hace unos días.

—¡Se suicidó! —suspiró Maria Vanotti—, ¡atrapado entre dos mujeres! —Miró furiosa a Claire—. ¡Tú hiciste que se matara!

—Estoy en condiciones de asegurarle, *signora*, que Richard no lo hizo por ninguna de las dos. Ni tampoco por la mala conciencia de ser el posible asesino. No fue un suicidio. Richard Landing fue asesinado,

la autopsia no dejó lugar a dudas. La pregunta es: ¿quién lo asesinó? ¿Quizá algún otro participante en la funesta sesión de espiritismo? —Leo se volvió hacia el profesor Siegfried Schneider, que seguía sus argumentos con atención—. Mis sospechas recayeron entonces sobre el profesor, quien a su vez también poseía una misteriosa calavera. Incluso llegué a pensar por un momento que Siegfried Schneider era el Nachtkrapp y nuestro asesino en los otros casos. Aprovecho esta ocasión para disculparme públicamente por haber pensado semejante estupidez, profesor.

Siegfried Schneider hizo un gesto de descuido con la mano y dijo:

—Perdonado y olvidado. Al final atrapó al verdadero Nachtkrapp.

—Sí, así es. Y por un momento pensé que con ello quedaban todos los casos resueltos. —Leo hizo una seña con la cabeza a Ingrid Exner, que escuchaba en silencio junto a su marido—. Al parecer, el vigilante del museo había oído la conversación de Richard Landing con su madre, señora Exner, así que el tipo sabía que un grupo de espiritistas estaba interesado en el barón Von Reichenbach. ¿Había matado el Nachtkrapp a Lichtenstein y a Landing porque no quería que el grupo averiguara más cosas sobre el palacio y su escondite? De ser así, ¿cómo se explica el asesinato del fotógrafo en el Prater? ¡Y no olvidemos la fotografía del espíritu con la que todo empezó! La fotografía que cierto periodista recibió anónimamente y que después él endilgó a la policía para gastar una broma de mal gusto…

Leo lanzó una mirada enojada a Harry Sommer, pero el reportero no dejó que su proverbial buen humor se viera afectado.

—Buena observación —dijo Harry desde su asiento—. A día de hoy, sigo sin saber quién me envió esa maldita fotografía. Ni las que le siguieron después. ¿Cómo se explica eso?

—Exacto, ¿cómo se explica eso? —asintió Leo—. En jurisprudencia recurrimos en estos casos a la expresión latina *cui bono*, es decir, ¿a quién beneficia? ¿A quién beneficia que un periódico reciba esas fotografías? Fotografías que estaban destinadas a causar revuelo, junto con un asesinato cometido por un fantasma… ¿A quién beneficiaba todo eso? —Respiró hondo. Se acercaba al verdadero motivo de la reunión: desenmascarar al asesino—. Hace poco entendí por qué la cuestión del beneficio debe presidir toda investigación de asesinato. Mi mentor, Hans Gross, tampoco dejaba de recordárnoslo, por cierto. *Cui bono*? Y eso nos conduce a este hotel, y, más concretamente, a usted, Adolf Becher.

De repente, todas las miradas se posaron en el gerente. En el silencio que se instaló se habría podido oír el impacto de un alfiler al caer en el suelo.

Leo miró a Adolf Becher, que justo en ese momento estaba de pie sirviendo una taza de té a Wilhelmine. Becher no levantó la vista,

como si lo que había dicho Leo no fuera con él.

Pero el inspector continuó, impasible.

—Me complace ver que su hotel anda en boca de todos, señor Becher. La fastuosa celebración junto al estanque de los patos, el excelente quinteto de cuerda, los numerosos huéspedes, incluidos algunos famosos... ¡Enhorabuena!

—La verdad es que no me puedo quejar —dijo Becher encogiéndose de hombros y depositando la tetera sobre la mesa.

—Sobre todo si hasta hace poco solo tenía pérdidas. He preguntado a su banco, señor Becher. La inversión para transformar este viejo palacio fue enorme y el plazo de devolución del préstamo hacía tiempo que había vencido... Estaba usted al borde de la quiebra. Y ahora, este éxito repentino. Podríamos hablar de un lance de fortuna... —Leo hizo una pausa antes de asestar el golpe final—. ¿O hay algo más? ¿Un crimen atroz, tal vez?

De repente, Adolf Becher se sentó erguido y jugueteó con su corbata.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó bruscamente. El tono respetuoso había desaparecido de su voz—. Es imposible que el banco le haya...

—De hecho, no fue el banco quien me puso sobre la pista correcta —lo interrumpió Leo—, sino la *signora* Vanotti. Hace apenas unos días me contó que usted le había pedido un préstamo, igual que había hecho Richard Landing. Se me ocurrió preguntarle porque, en una de nuestras últimas conversaciones, la *signora* se había quejado de que todo el mundo le pidiera préstamos.

Leo apuntó hacia Adolf Becher con el dedo y continuó:

—Usted fue a ver a la *signora* Vanotti y le habló maravillas del viejo palacio donde un tal barón Karl von Reichenbach había investigado la legendaria fuerza ódica. Usted sabía que, como aficionada al espiritismo, Maria Vanotti se volcaría en toda esa charlatanería. Y de hecho le prometió el préstamo.

—¡Tonterías! —Becher se exaltó—. Yo solo...

—¡Fue exactamente así, señor Becher! —intervino Maria Vanotti—. Usted fue la primera persona que me habló de Reichenbach. Fue después de una función, ¿no se acuerda? Por entonces yo no conocía al barón.

—Así es. Eso fue lo que me contó también la *signora* —asintió el profesor Schneider.

—El señor Becher también me pidió un préstamo a mí —intervino sorprendida Eleonore von Drasche-Wartinberg—. Incluso tuve una discusión con mi marido por este motivo, pero al final accedió porque consideró que el hotel sería una buena inversión. Y también por la historia de Reichenbach.

—Permítame que le refresque un poco la memoria —continuó Leo dirigiéndose a Becher—. Por desgracia, un médico llamado Theodor Lichtenstein amenazó con echar por tierra sus planes. Ayer mismo vi la lista de huéspedes de su hotel, y el doctor Lichtenstein se alojó aquí unos días el mes pasado, seguramente para terminar de escribir con tranquilidad su libelo contra el espiritismo. —Esbozó una sonrisa—. Déjeme adivinar: el hombre le habló de su aversión al espiritismo y de su intención de desenmascarar a Claire Pauly y poner en evidencia la estúpida invocación de un espíritu en casa de la *signora* Vanotti. ¡El espíritu del barón Karl von Reichenbach, precisamente! Y entonces usted debió de pensar que Maria Vanotti y Eleonore von Drasche-Wartinberg no le harían ningún préstamo. ¿A santo de qué iban a financiar el hotel-palacio si los experimentos de Reichenbach sobre el Od eran un embuste? Usted se encontraba al borde de la ruina y los préstamos eran su última oportunidad. Y fue entonces cuando decidió actuar. Y se convirtió en un asesino.

Adolf Becher estaba ahora desplomado en su silla, con la mirada perdida. Wilhelmine y Arthur Conan Doyle se habían alejado de él.

—¡Usted amenazó a Lichtenstein! —prosiguió Leo su parlamento con semblante furibundo—. El doctor le habló a un buen amigo de esas amenazas, pero no las tomó en serio, tal vez incluso se burló de ellas. Así que usted tendió una trampa a Lichtenstein y lo envenenó con el puro. Pero incluso fue más lejos: envió un anónimo al *Neues Wiener Journal* con un retrato del barón, y prometió un gran reportaje a cierto periodista. Después llegaron más fotografías de espíritus trucadas que usted encargó a Gustav Meyerling. ¡Todo valía con tal de que su destartalado hotel-palacio saliera en la prensa!

Leo se acercó a Becher y le dijo en la cara:

—*Cui bono*... Todo el revuelo de los espíritus beneficiaba sobre todo a su hotel. Me ha llevado mucho tiempo descubrir sus manejos, señor Becher. He estado a punto de no conseguirlo.

—¡No tiene ninguna prueba! —protestó Adolf Becher entre dientes—. ¡Ni una sola!

Su ceceo era ahora más intenso, parecía una serpiente.

—¿Está seguro? Déjeme pensar. —Leo frunció el ceño—. Mmm... Hasta ahora todo son suposiciones, es cierto. Una idea que va cobrando fuerza. De hecho, empecé a sospechar la primera vez que visité el hotel. Al principio me dijo que no sabía nada de Reichenbach, y después, de repente, empezó a hablar del Od, del laboratorio de Reichenbach y de la gruta artificial. Sabía más de él de lo que decía saber. Incluso más de lo que decían los periódicos.

—¡Yo me enteré de todo gracias él! —dijo Harry Sommer—. ¡Demonios, es cierto! Cuando vine a informarme al hotel, Becher me lo contó.

—¡Y qué! —gruñó Becher—. Me fui de la lengua, nada más. No creo que eso sirva de prueba ante un tribunal.

—Ciertamente, no. La primera prueba es esto de aquí.

Como si se tratara de un truco de magia, Leo se sacó de debajo de la chaqueta un objeto de color negro con forma de disco, lo golpeó con suavidad y el disco se transformó en una antigua chistera de copa alta.

—*Voilà*! El sombrero de copa plegable que encontramos en la cripta junto al cadáver de Lichtenstein. El mismo modelo que usaba Karl von Reichenbach. —Leo sonrió—. Quería que la fotografía fuera perfecta, ¿verdad? El sombrero de un fantasma, ¡qué miedo! La misma chistera que aparecerá después en las fotografías.

Con gestos exagerados, como de mago de teatrillo, Leo mostró a los presentes el objeto de la prueba.

—Al principio no me fijé bien en el sombrero de copa. Lo recuperé hace poco del depósito de objetos probatorios. A primera vista no tiene nada raro. El ala es de goma laca y está cosida con raso por ambos lados. Tiene un cintillo de cuero, probablemente añadido después porque el sombrero sería demasiado grande para el anterior dueño. —Leo sonrió—. Pues mire usted por dónde, debería haber mirado debajo del cintillo, señor Becher, como hice yo hace unos días. Descubrí algo sorprendente...

El inspector quitó el cintillo del sombrero y dejó al descubierto una inscripción.

—Es el nombre de la tienda donde todavía se pueden adquirir estos sombreros pasados de moda —explicó—. Wieling e Hijos, en el Graben. El nombre suele quedar oculto debajo del ala para no alterar el aspecto del sombrero. Hice algunas averiguaciones en la tienda. Hay muy poca demanda de chisteras antiguas; en los últimos meses solo se han vendido dos, y ambas a la misma persona. El anciano señor Wieling tiene muy buena memoria y pudo describirme bien al sujeto: bigotillo fino, pelo con pomada negra y raya a un lado, y un ligero ceceo al hablar. Estoy seguro de que el señor Wieling no pondría ningún inconveniente para acudir a una rueda de reconocimiento. —Leo volvió a plegar el sombrero de copa con un rápido movimiento—. ¿Y usted, señor Becher?

El gerente del hotel no respondió, y Leo continuó:

—También sería de gran ayuda que nos facilitara una muestra de su pomada para el pelo. Había restos de un ungüento negro en el interior del sombrero de copa. Y no solo ahí. También se encontró una sustancia aceitosa negra en las yemas de los dedos de Richard Landing. El profesor Hofmann, del Instituto Forense, la descubrió hace apenas unos días. —Leo sonrió por lo bajo—. No era aceite lubricante, como se pensó en un principio, sino pomada negra para el pelo. El

señor Landing debió de entrar en contacto con su pelo, señor Becher, durante la pelea en el puente del Danubio, donde usted le disparó y lo empujó al río.

La tez de Adolf Becher se había vuelto blanca como la cal.

—Esto... es una conjura. Están ustedes conspirando contra mí. Pero no se saldrán con la suya ante un tribunal.

—Tal vez tenga razón, porque todavía falta la última prueba concluyente —dijo Leo, y miró a Arthur Conan Doyle—. Señor Doyle, si es tan amable...

Doyle bebió un sorbo de su whisky con fruición, luego se levantó y caminó lentamente hacia el pequeño mueble bar. Abrió la vitrina y sacó una bolsa de cuero, que depositó sobre la mesa delante de Adolf Becher. Al gerente se le cortó la respiración.

—¿Do-dónde la ha encontrado?

—¿Usted dónde cree? —gruñó Doyle—. En la caja fuerte de su oficina.

—Pero ¿cómo...? —Becher palideció aún más—. ¿Cómo sabe la combinación?

—¿Se acuerda de que hace unos días le pedí que guardara mis joyas? —intervino Wilhelmine—. Mi querido hijo me dijo que lo hiciera. A pesar de mi avanzada edad, tengo una vista de lince y muy buena memoria para los números. 201257. ¿Es su fecha de nacimiento?

—Pero usted no puede... —se indignó Becher.

—Solo quería recuperar mis joyas. ¿Acaso está prohibido? —Wilhelmine puso cara de santa—. Por eso le pedí al señor Doyle que me abriera la caja fuerte anoche. Y, bueno, había una bolsa dentro. Debo confesar que me pierde la curiosidad. Así que cuando vi lo que había en su interior, no tuve más remedio que comunicárselo a mi hijo. Seguro que lo entenderá, señor Becher.

Mientras tanto, Arthur Conan Doyle iba vaciando la bolsa de cuero. Había un revólver, un frasco con un polvo blanco y un paquete de fotografías.

—¿Quería deshacerse del contenido de la bolsa? —preguntó Leo a Adolf Becher—. ¿O es que lo guardaba para otros crímenes? —Señaló la mesa—. En estas fotografías aparece un siniestro hombre vestido con frac y sombrero de copa. Es de suponer que estaban destinadas a ilustrar más reportajes de prensa, ¿me equivoco?

—¡El hombre del sombrero de copa! —exclamó Julia—. Lo vi fuera de la tienda de Gustav Meyerling. ¡Era el señor Becher!

Leo asintió:

—Probablemente había ido al estudio de Meyerling para hacerse más fotografías. —Se volvió hacia Becher, que se hundía cada vez más en su silla—. Pero se sintió amenazado. Quizá Meyerling quiso

chantajearlo. Y entonces lo mató, por considerarlo un cómplice molesto.

El inspector sostuvo en alto el frasco y el revólver.

—Cianuro y una pistola, los instrumentos con los que se cometieron los otros dos asesinatos. Mis felicitaciones por el puro envenenado, por cierto. No es algo que se le ocurra a cualquiera. ¿Será porque es usted licenciado en Farmacología? Su nombre aparece en el registro colegial, pero al parecer es la oveja negra del gremio. Fue acusado de venta ilegal, y entonces se pasó a la hostelería, para acabar como asesino.

—¡Una conjura! —volvió a jadear Becher—. Todo esto no es más que una gran conjura. La policía no puede sustraer pruebas de forma ilegal.

—La policía no, tiene razón —admitió Leo—. Pero si lo ha hecho mi madre, es distinto. Ella solo deseaba recuperar sus joyas, un delito menor… —Se encogió de hombros—. Pero ahora las pruebas están en poder de la policía…

En mitad de la frase de Leo, Adolf Becher se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

—¡No me atraparéis! —gritó—. ¡Panda de miserables! Os tendrían que…

El jefe superior Moritz Stukart se interpuso en el camino del huidizo. Había sacado su revólver y apuntaba a Adolf Becher.

—¡Hágame un favor y huya! —dijo Stukart entre dientes—. Así podré meterle una bala en la cabeza, ¡bastardo! Ha matado a mi mejor amigo, Becher. Para mí sería un inmenso placer volarle la tapa de los sesos.

Adolf Becher se detuvo y levantó las manos. De pronto pareció muy pequeño y perdido.

—Yo… no quería esto —balbuceó—. ¡Pero necesitaba el dinero! Íbamos en el buen camino con el hotel, podría haber sido un nuevo Savoy, un segundo Waldorf… —Sacudió la cabeza—. Fue una coincidencia que me pusiera a hablar con Lichtenstein en el vestíbulo. Había venido para redactar tranquilamente su polémica crítica del espiritismo. Charlamos sobre Reichenbach y esos espiritistas chiflados, y me contó que se proponía desenmascarar a los estafadores. Casi me da un ataque cuando me dijo que la *signora* Vanotti y Eleonore von Drasche-Wartinberg formaban parte del mismo círculo de espiritistas.

La voz de Becher adquirió un tono quejumbroso.

—¡Le supliqué a Lichtenstein, pero no me hizo caso! Dijo que la verdad tenía que salir a la luz. Entonces le propuse ir a una de esas visitas guiadas en la cripta de la catedral —gimoteó Becher—. Le dije que allí también fingen que hay fantasmas para divertir a los turistas, y que podría ir para destapar el engaño…

—Y no se le ocurrió otra cosa que matarlo —lo presionó Stukart, que empuñaba su revólver con la mano temblorosa—. Lo envenenó con un puro regalado y adornó al tipo con el bonito sombrero de copa para la prensa, a la que informó convenientemente…

—¡Entiéndalo! Tuve que hacerlo, ¡por el bien del hotel! Y lo del fotógrafo del Prater y ese pianista arrogante, Landing, fue fruto de la desesperación, una cadena de circunstancias desgraciadas… No quería matarlos, ¡créame! —La verbosidad de Adolf Becher se había transformado en confesión—. De repente, los dos querían dinero. ¡Un dinero que yo no tenía…! No tengo ni idea de cómo me descubrió Richard Landing.

—Creo que lo sé —dijo Leo—. Landing sabía que la *signora* Vanotti iba a hacerle un préstamo. Y también sabía un poco de fotografía. Es posible que mandara hacer ampliaciones y lo reconociera a usted en una de ellas. Richard Landing nos aventajaba en muchas cosas. Era un joven muy inteligente, no cabe duda. Aunque demasiado codicioso, por desgracia. —Leo se encogió de hombros y continuó—: Dice que los asesinatos de Meyerling y Landing fueron el resultado de su desesperación. Pero no el de Theodor Lichtenstein, que fue planeado a sangre fría.

—¡Eso son paparruchas! ¡Es usted culpable de triple asesinato! —gruñó Stukart, que seguía apuntando al gerente con la pistola—. No busque excusas, Becher. —Se volvió hacia Julia—. Señorita Wolf, haga entrar a los compañeros antes de que pierda la paciencia.

—Será un placer, jefe superior.

Julia se levantó y abrió la puerta que daba al vestíbulo del hotel. Al otro lado estaban Paul Leinkirchner y Erich Loibl. En la americana del inspector jefe se notaba el bulto de la cartuchera.

—Diantre, creía que Herzfeldt no pararía de hablar —refunfuñó Leinkirchner—. Cinco minutos más y lo mando arrestar por aburrimiento deliberado.

El inspector jefe fue hasta Moritz Stukart y Adolf Becher, quien, con la cabeza gacha, esperaba su destino. Se oyó el chasquido del cierre de unas esposas.

—Adolf Becher —anunció el jefe superior Stukart—. Está usted arrestado por el asesinato de Theodor Lichtenstein, Gustav Meyerling y Richard Landing. Solo espero que el ejecutor de la justicia vienesa se tome su estrangulamiento con especial lentitud —añadió en voz baja. Luego se volvió hacia Leinkirchner y Loibl y ordenó en voz alta—: Señores, ¡llévense a este hombre!

—Habría sido un hotel legendario —dijo Becher mientras los dos inspectores se lo llevaban esposado—. ¡El más bonito de Viena! ¡Y su fama habría dado la vuelta al mundo! Son las historias las que hacen especiales a los hoteles.

—Pues, desde hoy, el señor Becher ya forma parte de la historia del Cobenzl —dijo Leo en voz baja—. Un gerente asesino. ¿Qué otro hotel tiene algo parecido? Quizá algún día su espíritu venga a rondar por aquí. —Sonriendo, se volvió hacia Julia—. ¿Qué te parece si nos tomamos otra copa de champán junto al estanque de los patos? Todavía no hemos brindado por nuestra exitosa noche en la ópera.

Poco después estaban ambos sentados en un banco del jardín, junto al estanque, escuchando un vals lento interpretado por el quinteto de cuerda. Los numerosos clientes seguían deambulando bajo los farolillos o balanceándose al ritmo de la música. Ninguno de ellos se había enterado de que el gerente acababa de ser detenido. Leo había querido evitar cualquier publicidad. Al fin y al cabo, los empleados no tenían la culpa de que su jefe fuera un asesino. Sin embargo, Leo no pensaba que el hotel sobreviviera mucho más sin las inyecciones financieras de Eleonore von Drasche-Wartinberg y de la *signora* Vanotti.

—Ahora ya sé qué has estado haciendo los últimos días y por qué no has tenido tiempo de salir conmigo a bailar —dijo Julia.

Leo observaba el revoloteo de unas luciérnagas. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió relajado.

—Admito que ha sido un caso muy duro, pero después de identificar a Becher como el principal sospechoso, todo ha ido más rápido de lo esperado. Buscar a un asesino es como hacer un puzle. A la que das con las piezas correctas, las otras empiezan a encajar. Leinkirchner y Loibl me han ayudado mucho, a pesar de nuestros constantes roces. —Lanzó un profundo suspiro—. Pero me temo que eso no va a cambiar.

—Al menos Leinkirchner no me ha denunciado a Stukart por filtrar información confidencial al periódico —dijo Julia—. Pero creo que, de todas formas, el jefe superior ya lo sabía. —Frunció el ceño—. Por cierto, nunca lo había visto tan alterado como hoy. Normalmente es una persona seria y tranquila.

—Recuerda que Becher mató a su mejor amigo. Stukart temía que no descubriéramos al asesino, tanto más cuanto que Lichtenstein era judío. En la Jefatura suelen barrer este tipo de casos debajo de la alfombra.

—Lo que tendría que hacer Stukart es ascenderte a inspector jefe…

Leo rio.

—¿Justo después de que me hayan suspendido? No creo que lo haga. Además, Paul Leinkirchner nunca lo permitiría. Leinkirchner quiere seguir siendo mi superior, al menos sobre el papel. Así podrá seguir esclavizándome, y a ti también.

—A mí, ya no creo —dijo Julia en voz baja—. Al menos, no por

mucho tiempo.

Leo enarcó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer quedé con Harry en la cafetería. Él… —Julia titubeó—. Harry me va a conseguir un puesto de fotógrafa en el *Neues Wiener Journal*. Es una buena oferta…

—¡Julia, por favor! ¡No lo aceptes! —Leo la miró atónito—. Ese gacetillero solo quiere tenerte cerca. No pensarás en serio que…

—¡Por Dios, Leo! ¡Estoy harta de tus celos! Harry y tú no tenéis por qué llevaros bien, pero tienes que aceptarlo como amigo mío.

—Mira, podría hablar con Stukart… —insistió Leo—. Tal vez pueda conseguirte un aumento de sueldo…

Julia lo interrumpió:

—No se trata de eso, Leo. La fotografía forense es muy dura. Siempre es lo mismo, sangre y cadáveres… He trabajado para Harry en alguna ocasión y he hecho fotografías que…, bueno… —Julia buscó las palabras adecuadas—. Fotografías que conmueven, que pueden ayudar a cambiar alguna cosa. Y eso es precisamente lo que quiero hacer. Y quizá algún día me dejen escribir algo, un reportaje sobre las injusticias sociales en Viena. Hay unas cuantas…

—¿Quieres ser periodista? —preguntó Leo, escéptico—. ¿Mujer y periodista?

—¿Por qué no, maldita sea? Tampoco nadie creyó que fuera capaz de convertirme en fotógrafa forense, y aquí me tienes. Los hombres tenéis que haceros a la idea de que ya no gobernáis solos este planeta.

—En lo que respecta a eso, te doy toda la razón. —Leo le guiñó un ojo, pero recuperó la seriedad—. ¿Te lo has pensado bien? En la policía tendrías unos ingresos asegurados. Piensa en Sisi. ¿Y si Harry cambia de opinión?

—¿Por qué los hombres siempre creéis que podéis decidir por nosotras? Ni Harry ni tú podéis decidir por mí. Esa es otra razón por la que quiero dejar la policía. —Julia miró a Leo con determinación—. Ya no quiero que ningún hombre me diga lo que debo o no debo hacer. Tú me diste el equipo fotográfico y me enseñaste a hacer fotografías, y siempre te estaré agradecida por ello, Leo. Pero tengo que valerme por mí misma, aunque eso signifique arriesgarme… en todos los aspectos… —Vaciló—. Creo que necesitamos un descanso, Leo. Una pausa…

—Yo también lo creo —asintió él—. Buscaremos un hotelito y…

—No me refiero a eso. Quiero decir que necesitamos un descanso el uno del otro.

—Pero ¿por qué? ¿Qué…?

Julia se arrimó a Leo.

—Mira. Te quiero mucho, de verdad. Pero los dos debemos tener claras algunas cosas. No podemos seguir así, Leo. Llevamos juntos casi dos años, yo soy madre de una niña y ya no somos unos veinteañeros.

—¿Quieres decir que deberíamos casarnos? —Leo la miró y se echó a reír—. Maldita sea, ¿por qué no? Es la peor noticia que podría darle a mi padre, pero...

—Leo, las cosas no funcionan así. La gente no se casa para molestar a su padre ni para complacer a alguien. La gente se casa porque es eso lo que quiere. Además, sinceramente, ¿de verdad crees que tú, un miembro de la alta sociedad, y yo, un hija de herrero y madre soltera, tenemos algún futuro?

—Para todo hay una solución.

—Claro, pero hay que pensarlo con calma. Juntos, pero también por separado.

—Vale..., lo he entendido. O por lo menos creo que lo he entendido.

Leo cogió a Julia de la mano. La miró a los ojos y en ellos creyó distinguir un brillo húmedo.

—Julia, te amo —dijo él—, y yo haría cualquier cosa por... —Levantó la mirada y lanzó un suspiro—. Por Dios, ¿qué hacen aquí...?

Su madre y Arthur Conan Doyle se acercaban desde el hotel. Cada uno llevaba un vaso de whisky bien lleno en la mano. Los andares de Wilhelmine empezaban a no ser demasiado estables.

—¡Aquí se esconde la pareja de tortolitos! —arrulló la madre—. Os hemos estado buscando por todas partes. Queríamos hacer un brindis por nuestro éxito. —Soltó una risita—. ¡Ha sido tan emocionante! No todos los días se desenmascara a un asesino.

—Su contribución ha sido esencial, querida —dijo Arthur Conan Doyle—. *Very well done*! El cuerpo de policía se pierde a una detective excepcional.

—¿Usted cree? —Wilhelmine sonrió—. Bueno, debo decir que lo pasé muy bien. Cuando distraje a Becher en la recepción y memoricé la combinación de la caja fuerte... Aunque sigo sin entender cómo alguien tan educado y agradable se ha podido convertir en un asesino.

—Creo que cualquiera puede convertirse en asesino —intervino Leo—. En la mayoría de los casos, solo hacen falta un motivo y una oportunidad. Piensa en todos los crímenes cometidos por celos. —Miró a Julia, que parecía haber recuperado la compostura—. El amor es uno de los motivos más poderosos.

—Hablando de amor —dijo Wilhelmine mirando seriamente a su hijo—. Si sigues así, yo sí que voy a matar a alguien.

—¿A qué viene eso?

—¿Que a qué viene? ¿Se puede saber cuándo vas a pedirle a esta jovencita que se case contigo? —La madre dejó su vaso y los

contempló a ambos—. ¡No podéis seguir así, Leo! Se nota que os queréis. Y para eso no hay cura. —Se encogió de hombros—. Tampoco tenemos que decirle nada a tu padre, al menos de momento. Primero os comprometéis y después os casáis y os vais de viaje un tiempo. Había pensado Venecia, París, Florencia…

—Londres, Edimburgo… —añadió Doyle.

—No lo dirá en serio, señor Doyle… En su país llueve todo el tiempo. ¿Qué se le ha perdido allí a una pareja de enamorados?

Doyle sonrió con picardía.

—Bueno, también se pueden quedar en la habitación del hotel.

—¿Puedo opinar yo también? —habló Julia, y se volvió hacia Leo —. Di algo, que ya parece una boda arreglada.

—Nosotros…, bueno, no queremos ir tan deprisa —dijo Leo con evasivas. Se levantó y le tendió la mano a Julia—. ¿Te apetece bailar?

—¡Oh, qué romántico! —Wilhelmine aplaudió—. Un vals bajo la luz de los farolillos en un antiguo palacio… —Dio un codazo burlón a Doyle en el costado—. Señor Doyle, estoy esperando…

—Por supuesto, milady.

Los cuatro se acercaron al quinteto de cuerda, que empezaba a interpretar otro vals.

—¿Ha pensado alguna vez que podría tomar nota de sus casos? —preguntó Arthur Conan Doyle a Leo mientras las parejas se movían al ritmo de la música—. Creo que sería un éxito. Una serie de novelas de detectives ambientadas en Viena…

—¡Solo me faltaba eso! —resopló Leo—. Lo de escribir historias, mejor se lo dejo a usted, señor Doyle.

—Mmm, quizá dejé morir a Sherlock Holmes demasiado pronto —dijo Doyle pensativo—. Me está rondando por la cabeza una historia de fantasmas con Holmes. Hay una leyenda de un perro en Dartmoor, en una vieja casa solariega…

—Ahórreme las historias de fantasmas, Doyle. Ya hemos tenido bastantes últimamente, ¿no cree?

Con estas palabras, Leo se alejó con Julia dando vueltas a ritmo de vals mientras la pálida luna se elevaba sobre los bosques del Cobenzl.

Epílogo

Una noche de finales de septiembre
en el Cementerio Central…

Augustin Rothmayer dejó a un lado el lápiz afilado, estiró el espinazo y miró la última página que había escrito. ¡Eran las diez pasadas y llevaba tres horas escribiendo! Por fin había terminado el borrador de su última obra. Ahora tocaba revisar, retocar, corregir, desechar. Al final, el manuscrito se convertiría en lo más parecido a un pollo desplumado y tendría que empezar otra vez desde cero. La gente no se daba cuenta del enorme esfuerzo que suponía escribir un libro. El profesor Eduard Hofmann no dejaba de atosigarlo para que lo terminara y la editorial estaba esperando la versión definitiva. Escribir era un tormento…

Desde su pupitre, Augustin observaba a Anna acurrucada en el banco junto al gato. Al fin y al cabo, todo lo hacía por ella.

«Anna…»

No tenía a nadie más. La muchacha era su familia, su vida, su recuerdo de tiempos más felices. Era bueno que ella no lo supiese. En cualquier caso, le iba a ir mucho mejor que a él. Los derechos de autor que percibía por la venta de los libros iban a parar íntegramente a una cuenta bancaria a la que Anna podría acceder cuando alcanzara la mayoría de edad. Y es que con Augustin terminaba la estirpe de sepultureros Rothmayer.

De todos modos, la época dorada del oficio de cavar tumbas ya había terminado. Los entierros se habían convertido en un reñido negocio que se confiaba a grandes empresas, conocidas como pompas fúnebres. La muerte se había industrializado y centralizado. El siguiente paso sería la incineración, que ya se estaba llevando a cabo en varias ciudades alemanas. Llegaría un día en que ya no harían falta sepultureros…

«Pero antes me lanzo yo mismo al foso, ¡malditos cambalacheros de cadáveres!»

Augustin se sacudió los malos pensamientos de la cabeza y se volvió hacia Anna.

—Hora de acostarse —ordenó—. Mañana tenemos que trenzar un montón de coronas de flores. Con este calor, la gente muere como moscas.

Anna hizo un mohín.

—¡Pero me prometió que tocaría algo para mí!

—¿Ah, sí? Mmm… —Augustin se rascó la coronilla—. Sería más bonito que tocaras tú para mí.

Anna dejó escapar un suspiro.

—Ya lo he intentado, ¡pero es muy difícil!

—Hay que practicar cada día, hasta que se te caigan los dedos. Es como todo en la vida. Escribir, enterrar cadáveres, atrapar asesinos…

Ya habían pasado dos semanas desde el cautiverio de Augustin en el Museo de Historia Natural. De vez en cuando seguía despertándose en plena noche con una sed terrible, pero lo peor de todo era lo estúpido que se sentía por no haber desenmascarado antes al asesino. Aunque, a decir verdad, el inspector sabidillo también había tardado lo suyo en dar con el autor de los crímenes. Por lo que decían, el hotel en la colina del Cobenzl tendría que cerrar sus puertas ese año. Entonces, los únicos que iban a rondar por allí serían realmente fantasmas.

Los tiempos estaban cambiando… Augustin había leído en el periódico un artículo reciente, escrito por la señorita Wolf, algo sobre el matadero de Viena y el mal estado de sus instalaciones. Las fotografías también las había hecho ella. El artículo no estaba mal escrito, y así se lo había comunicado Augustin a la joven esa misma mañana, cuando había estado de visita con la pequeña Sisi. El que no había vuelto a dejarse ver era el inspector, pero seguro que aparecería por allí en cuanto necesitara la ayuda de Augustin. Era algo que caía por su propio peso, igual que una palada de tierra sobre una tumba.

—Hay que practicar cada día —terminó Augustin su sermón—, pero, por supuesto, siempre es mejor si practicas acompañada.

—¿Y cómo voy a hacerlo? —respondió Anna malhumorada—. Solo tenemos un violín. Además, según usted, su violín es demasiado delicado para mí. Es de Mozart, y si se me cae al suelo, es probable que me parta un rayo.

—Sí, probablemente —murmuró Augustin. De repente, esbozó una amplia sonrisa—. Por eso tengo otro para ti.

De debajo del pupitre sacó un pequeño violín de madera de nogal. Era un tres cuartos y, por tanto, el más adecuado para dedos pequeños.

Los dedos de una niña de trece años.

Anna miró boquiabierta la pieza reluciente.

—¿Es… es para mí? —logró decir finalmente—. ¿Este violín es para mí?

—¡Claro que es para ti, boba! ¿Para quién si no, eh? ¿Para Luci? Me ha costado una fortuna, ¡así que cuídalo bien, rediós! Además, no se toca solo.

Le entregó el violín.

—Yo… ¿Puedo?

—Claro que puedes. Todos los días desde hoy, conmigo. Te enfadarás y renegarás, pero cada vez lo harás mejor. Y algún día tocarás tú solita. En un café, o en un auditorio, quizá…

—Igual que usted hace años, señor Rothmayer, ¿verdad?

La miró con gesto adusto.

—¿De dónde has sacado eso?

—Bueno, una vez me explicó que antes de ser sepulturero tocaba el violín… —dijo Anna—. Y que tocó con el viejo Strauss…

—¡Eso fue hace mucho! Además, ¡a ti qué te importa!

Augustin descolgó de la pared el violín de Mozart y afinó las cuerdas. Lo hizo de espaldas a Anna para que no pudiera verle los ojos llorosos.

«Cómo pasa el tiempo… Tiene talento, como la otra Anna, aunque no lo sepa. Pero yo sí que lo sé.»

—Empezaremos con unos ejercicios sencillos —dijo él—. Mira, te mostraré cómo tienes que sostener el arco.

Al principio sonó como un graznido. Pero, pronto, poco a poco, las primeras notas empezaron a inundar, aun a tientas, la pequeña cabaña. Con delicadeza y sin adornos.

A Augustin le parecían una sinfonía.

A pocos kilómetros de allí, un niño de once años llamó a la puerta de una mansión. Tenía la ropa hecha jirones y un aspecto desnutrido. Le habían pasado muchas cosas en las últimas semanas y le costaba recordarlo todo. Pensar no era su fuerte, pero tenía una voluntad de hierro. Igual que una mula, le había dicho su madre muchas veces. Y él lo había entendido. Solo con su voluntad había sido capaz de encontrar el largo camino de vuelta a casa.

Tras su huida, había corrido en la dirección equivocada y ya no había sabido hacia dónde ir. Un trapero y vendedor ambulante le echó el ojo y se lo llevó en su ronda diaria. El hombre le preguntó de dónde venía, pero el chico no hablaba bien, masticaba las palabras como si fueran tocino estropajoso. O quizá el vendedor ambulante no había hecho el esfuerzo de entenderlo, ya que solo quería que trabajara para él. A cambio, le daba de comer. Al cabo de unas noches se trasladaron a las afueras, a los bosques de Viena. Pero el hombre le pegaba y lo llamaba estúpido. Y el chico no sabía cómo podía regresar a Viena.

Así que volvió a huir. Se subió a un tranvía de caballos que iba en dirección a la ciudad, y llevaba un buen rato sentado en el vagón, mirando por la ventanilla con la boca abierta, cuando vio una calle que le resultó familiar. Una vez, su madre le había comprado allí una manzana escarchada. ¡Aún recordaba aquel sabor tan dulce!

Después estuvo caminando durante horas por avenidas y callejones. Solo cuando la luna estuvo en lo alto y las farolas de gas ya ardían, encontró por fin la casa. ¿Habría conseguido llegar también su

amigo Alex? Había huido del hombre malo, igual que el otro chico. ¿Cómo se llamaba? Lo había olvidado. Había olvidado muchas cosas. Pero no cómo era su madre.

Cuando, vestida con el delantal de criada y la cofia blanca, le abrió la puerta, el chico solamente dijo:

—Mamá.

Ella gritó y tomó al niño en sus brazos.

—¡Sepperl, mi Sepperl! —gritó una y otra vez, hasta que se abrieron los postigos de las casas vecinas y la gente empezó a curiosear—. Ha vuelto. ¡Mi Sepperl ha vuelto! ¡Ahora todo irá bien!

—Todo está bien —murmuró Sepperl acurrucando su voluminosa cabeza contra su madre, que lloraba de alegría—. Todo está bien, mamá.

Había vuelto a casa.

Nota del autor y agradecimientos

(CON alerta de *spoilers*, como de costumbre.)

Recuerdo que la primera paga que me dieron mis padres era de tres marcos a la semana. Por esa cantidad, en la papelería Fekete te daban un Raider (ahora lo llaman Twix, pero tampoco ha cambiado mucho) y un tebeo de pocas páginas. Solía decidirme por un cómic de superhéroes —Batman o Spiderman—, un número de *Yps* o una revista de terror llamada *Ghost Stories*. En esta última aparecían escenas truculentas con zombis medio descompuestos, vampiros sedientos de sangre y fantasmas rondando en cementerios de pesadilla. ¡Me encantaba! En la última viñeta siempre salía una lápida con la inscripción: «Parecerá extraño, pero así está escrito…». Tomaba prestada la pipa de mi padre y un sombrero suyo parecido al de Sherlock Holmes, me sentaba en un banco que había junto al parque de arena y me pasaba el rato leyendo los tebeos, mordisqueando la fría boquilla de la pipa y sintiéndome muy adulto. Admito que puede parecer un poco extravagante para un niño de apenas ocho años, pero juro que era tal como lo explico. De pequeños, los escritores en ciernes quizá sean un poco distintos del resto de los chicos de su edad.

Por aquel entonces conocía a unos gemelos que tenían un tebeo de fantasmas que daba muchísimo más miedo; probablemente fuera de su padre. Todavía tengo grabadas en la memoria muchas imágenes que aparecían en aquellas páginas. Les pedí prestado el cómic y nunca lo devolví. Lo escondía bajo el colchón de mi cama como si fuera una revista pornográfica, lo sacaba de vez en cuando y me deleitaba con la visión de cadáveres acuchillados, cuervos picoteando en cuencas oculares, gente enterrada viva y escaparates de carnicerías repletos de carne… humana.

Un buen día, la revista desapareció de mi dormitorio, pero las pesadillas continuaron. Algunas de ellas aparecen en esta novela —de hecho, en todas mis novelas—. Creo que todos guardamos algún recuerdo traumático de nuestra infancia. La ventaja de ser escritor es que puedes utilizar tus miedos y traumas como material para historias que otras personas disfrutan leyendo. Y, encima, puedes ganarte la vida con ello.

Cada entrega de la serie del Sepulturero aborda un fenómeno espeluznante que se explica científicamente. En la primera entrega fueron los vampiros y muertos vivientes; en la segunda, las momias y las maldiciones; y ahora le ha tocado el turno a los fantasmas y las sesiones de espiritismo. La Viena de finales del siglo XIX es un marco extraordinario para este tipo de historias. El espiritismo estaba de moda en esa época, e incluso la emperatriz Sisi y la reina Victoria de

Inglaterra participaban en las sesiones de invocación de espíritus. Tampoco faltaban los timos, no solo a base de supuestas fotografías de espíritus, sino también con todo tipo de cachivaches. En 1884, el príncipe heredero Rodolfo desenmascaró a un impostor en plena sesión espiritista, lo cual causó un enorme revuelo del que se hizo eco la prensa vienesa.

La colina de Reisenberg, popularmente conocida como «el Cobenzl», situada en Döbling, el distrito decimonoveno de Viena, desempeña un papel fundamental en esta novela. El químico y naturalista barón Karl von Reichenbach (1788 – 1869), que también se dedicó a explorar en los límites de la ciencia, vivió allí a mediados del siglo XIX, en un palacio. Entre otras cosas, se dedicó al estudio del Od, o fuerza ódica, una especie de ectoplasma que supuestamente se genera durante las sesiones espiritistas. La población vienesa consideraba a Reichenbach un alquimista; se dice que había un laboratorio en el sótano del palacio y también se habla de la existencia de una gruta artificial. Su hija, Hermine Schuh (1819 – 1902), trabajó como botánica y fue suegra del físico Franz Exner. Todo lo demás sobre su persona que aparece en esta novela es ficticio. También es inventado el personaje de Eleonore von Drasche-Wartinberg; la verdadera esposa del poderoso Barón del Ladrillo vienés tenía otro nombre.

Sí que es cierto que el palacio se convirtió más tarde en un hotel que quebró al poco tiempo. Las escasas fotografías que se conservan muestran un magnífico edificio que frecuentaban conocidas personalidades. Cuentan que Sigmund Freud se alojó allí unos días a finales del siglo XIX. Por desgracia, nada de aquel antiguo esplendor queda ya en la cima del Cobenzl, puesto que el palacio fue demolido en 1966. Sin embargo, sigue mereciendo la pena caminar desde Grinzing hasta el Reisenberg atravesando los viñedos, disfrutando de las vistas y haciendo una parada en algún merendero de la zona para pedir una o dos jarritas de vino. Muchas ideas para la novela han sido esbozadas en lo alto de la colina y en las terrazas de los bares de la llanura.

La teoría de los cráneos de Franz Joseph Gall, que sirve de móvil a uno de los asesinos, ya fue controvertida en vida del propio Gall (1758 – 1828). De hecho, el anatomista fue expulsado del país en 1805 por el emperador Francisco II. Sin embargo, ello no le impidió seguir divulgando su teoría en París y otras ciudades europeas. También es verídico que el cráneo de Haydn fue desenterrado por un admirador de Gall. Más tarde, la calavera fue a parar a manos del anatomista Carl von Rokitansky (predecesor de Eduard Hofmann). Posteriormente estuvo custodiada por la Musikverein de Viena hasta que, al final, recaló en la población austríaca de Eisenstadt, donde fue

depositada junto con los restos mortales del compositor.

Las teorías de Gall se retomaron más tarde en los escritos de Cesare Lombroso (1835 — 1909), un forense italiano que se dedicó a extraer conclusiones sobre rasgos de personalidad criminal a partir de las formas de los cráneos. Creía que incluso los niños podían ser identificados como delincuentes tomando como referencia ciertas características físicas. La teoría de Lombroso sirvió más tarde a los nacionalsocialistas como modelo para sus experimentos de biología racial.

El Museo de Historia Natural de Viena albergó hasta 1996 una «sala de las razas» en la que, partiendo de diversas tipologías humanas, incluidos algunos ejemplos de cráneos humanos, se demostraba la superioridad de la «raza» occidental moderna. La controvertida muestra permanente fue clausurada ese año y sustituida por una exposición nueva que merece la pena visitar.

En general, el Museo de Historia Natural es un lugar maravilloso cuya visita recomiendo encarecidamente. Es como un museo de museos. Pasear por sus innumerables salas repletas de enormes esqueletos de dinosaurios, animales disecados y objetos arqueológicos es como volver al siglo XIX. Y, sí, también recuerda un poco a la película *Noche en el museo*. Algo de ella hay en esta novela, simplemente porque es una película que solía ver a menudo con mis hijos.

El orfanato del distrito quinto, en la Laurenzgasse con la Gassergasse, existió de verdad, al igual que el hospicio para niños sin hogar creado en el jardín de las instalaciones en 1888. Y también es cierto que los hijos ilegítimos de las clases pudientes vivían a menudo en los orfanatos vieneses, donde encontraban un lugar donde alojarse. El Nachtkrapp (que en castellano podría traducirse como «el cuervo nocturno») es un personaje que asusta a los niños típico de la cultura austríaca y bávara, parecido al hombre del saco en España. Según la tradición, el Nachtkrapp se lleva volando a los niños que siguen jugando en la calle cuando cae la noche. Los espeluznantes sucesos del orfanato de Margareten relatados aquí son, por supuesto, ficticios.

Y finalmente llegamos a una figura por la que siento un afecto especial. El médico y escritor sir Arthur Conan Doyle pasó un año de su adolescencia en un colegio de jesuitas en Austria y por lo visto hablaba un alemán más que aceptable. En los años noventa del siglo XIX realizó un viaje de estudios y recreo a Viena, entre otros destinos, quizá también para distanciarse un poco de su personaje novelesco Sherlock Holmes, al que había hecho morir en las cataratas suizas de Reichenbach en 1893. El hecho de que esas cataratas lleven el mismo nombre que el barón fantasma Reichenbach es una coincidencia. ¿O tal vez no…?

Doyle fue un convencido defensor del espiritismo hasta su muerte, lo cual no parece encajar en absoluto con la personalidad fría y racional del detective de su creación. La muerte literaria de Sherlock Holmes provocó furiosas reacciones por parte de sus seguidores en Londres. Así, más de veinte mil lectores cancelaron sus suscripciones a la revista *The Strand Magazine*, donde se habían publicado hasta entonces por entregas las aventuras del detective. La gente llevaba brazaletes de luto por las calles y, en una ocasión, una enfurecida lectora arremetió contra Doyle con su bolso de mano.

Al final, Sherlock Holmes resucitó en la célebre y escalofriante novela policíaca *El sabueso de los Baskerville*, y si lo hizo, solo fue porque Arthur Conan Doyle —si damos crédito a lo que dice mi novela— se inspiró en las investigaciones de Leo para escribir la historia.

Parecerá extraño, pero así está escrito…

Como de costumbre, muchas son las personas que han contribuido a que usted, estimada lectora, estimado lector, tenga ahora este libro en sus manos. En primer lugar quiero dar las gracias, de nuevo, a Werner Sabitzer por su inestimable ayuda con las cuestiones de historia policial (¡y mucho más!). Brigitte Kolin me proporcionó fotografías y documentos antiguos del palacio del Cobenzl, y Verena Pawlowsky me contó muchas cosas sobre los orfanatos de Viena. Willi Urbanek aportó datos interesantes sobre el distrito de Alsergrund. Christian Bräuchler y Karin Wiltschke me mostraron el Museo de Historia Natural. Y muchísimas gracias de nuevo a la señora Wiltschke, que me regaló un recorrido inolvidable por todo el museo, incluidas las buhardillas. De esa visita nacieron muchas ideas para la novela. Jan Beenken me proporcionó detalles importantes sobre fotografía, y mi padre me aclaró, como siempre, todas las dudas médicas que le planteé.

Muchas gracias a todas las damas (y a los pocos caballeros) de la editorial Ullstein, con quienes llevo trabajando tantos años; a Gerd, Martina y Sophie, de mi agencia Gerd F. Rummler, y a mi editora de tantos años, Uta Rupprecht (¡qué sería de mis libros sin ti!).

Mi último agradecimiento es para Karen, la mejor esposa de todas, que sobre todo me hace saber lo que Julia piensa, siente y dice. Ha sido ella la que ha puesto a Leo varias veces en su sitio, créanme.

Hasta mi próxima novela.

Oliver Pötzsch

Título original: *Der Totengräber und der Mord in der Krypta*
del mapa de Viena, Peter Palm
de la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2024
Editorial Planeta, S. A., 2024
Colección: Planeta Internacional
Serie: El sepulturero
ISBN: 9788408292449